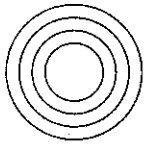
Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia



Barrington Moore, Jr.

Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia

El señor y el campesino en la formación del mundo moderno

Traducción de Jaume Costa y Gabrielle Woith

EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

La edición original inglesa fue publicada por Beacon Press, de Boston, Mass., USA, con el título *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World.*

© Barrington Moore, Jr.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

La primera edición castellana de esta obra fue publicada en la colección «Historia, Ciencia, Sociedad» en 1973.

Primera edición en esta colección: octubre de 2002.
© de esta edición: Ediciones Península s.a.,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
E-MAIL: correu@grup62.com
INTERNET: http://www.peninsulaedi.com

Fotocompuesto en V. Igual s.l., Córcega 237, bajos, 08036-Barcelona.
Impreso en Domingraf, Pol. Ind. Can Magarola, P. Autopista nave 2, 08100 Mollet del Vallès
DEPÓSITO LEGAL: B. 38.000-2002.
ISBN: 84-8307-512-1.

CONTENIDO

Prólogo 9

Primera parte. *Orígenes revolucionarios de la democracia capitalista* 23

I. Inglaterra y las contribuciones violentas al gradualismo 25
1. Impulsos aristocráticos coadyuvantes a la transición al capitalismo en el campo 25
2. Aspectos agrarios de la Guerra Civil 39
3. «Enclosures» y destrucción del campesinado 47
4. Gobierno aristocrático para el capitalismo triunfante 58

II. Evolución y revolución en Francia 73
1. Contrastes con Inglaterra y causas que los originaron 73
2. La respuesta nobiliaria a la agricultura comercial 80
3. Las relaciones de clase bajo el absolutismo real 97
4. La ofensiva aristocrática y el colapso del absolutismo 106
5. La relación de los campesinos con el radicalismo durante la Revolución 116

6. Los campesinos contra la Revolución: la Vendée 146
7. Consecuencias sociales del terror revolucionario 159
8. Recapitulación 169

III. La Guerra Civil Americana: la última revolución capitalista 173
1. Plantación y fábrica: ¿un conflicto inevitable? 173
2. Tres formas de crecimiento capitalista norteamericano 179
3. Hacia una explicación de las causas de la Guerra Civil 203
4. El impulso revolucionario y su fracaso 215
5. El significado de la Guerra Civil 226

Segunda parte. *Tres rutas hacia el mundo moderno en Asia* 237

Nota preliminar 239

IV. La decadencia de la China imperial y los orígenes de la variante comunista 243
1. Las clases altas y el sistema imperial 243
2. La «*gentry*» y el mundo del comercio 256
3. La no adopción de la agricultura comercial 262
4. Colapso del sistema imperial y auge de los caciques guerreros 266
5. El interludio del Kuomintang y su sentido 275
6. Rebeliones, revolución y campesinos 294

V. El fascismo asiático: el Japón 333
1. Revolución desde arriba: respuesta de las clases dirigentes a las nuevas y a las viejas amenazas 333
2. La ausencia de una revolución campesina 368
3. El orden de los Meiji: los nuevos terratenientes y el capitalismo 398
4. Consecuencias políticas: naturaleza del fascismo japonés 420

VI. La democracia en Asia: la India y el precio del cambio pacífico 451
1. Relevancia de la experiencia india 451
2. La India mogol: obstáculos a la democracia 455
3. La sociedad aldeana: obstáculos a la rebelión 473
4. Cambios producidos por los británicos hasta 1857 488
5. Pax Britannica 1857-1947: ¿Un paraíso para el terrateniente? 504
6. El vínculo burgués con el campesinado a través de la no violencia 526
7. Una nota sobre la extensión y el carácter de la violencia campesina 538
8. La independencia y el precio del cambio pacífico 547

Tercera parte. Inferencias y proyecciones teóricas 583

VII. La ruta democrática hacia la sociedad moderna 585
VIII. Revolución desde arriba y fascismo 615
IX. Los campesinos y la revolución 643

Epílogo. Imágenes revolucionarias y reaccionarias 685

Apéndice

Una nota sobre la estadística y sobre la historiografía conservadora 721

Notas 741

Bibliografía 833

PRÓLOGO

Este libro pretende explicar los diferentes papeles políticos desempeñados por las clases superiores terratenientes y el campesinado en la transformación de las sociedades agrarias (definidas simplemente como sistemas donde una gran mayoría de la población vive de la tierra) en sociedades industriales modernas. Algo más específicamente, trata de descubrir la gama de condiciones históricas bajo las que uno de aquellos grupos rurales o ambos a la vez se convirtieron en fuerzas importantes para la emergencia de las versiones parlamentarias occidentales de la democracia y de las dictaduras de derecha y de izquierda, es decir, de los regímenes fascistas y comunistas.

Como ningún problema llega nunca a secas y sin llover al estudioso de la sociedad humana, vale la pena indicar muy brevemente las consideraciones implicadas en el que nos ocupa. Ya algún tiempo antes de iniciar en serio esta obra hace más de diez años, me había vuelto escéptico sobre la tesis de que el industrialismo sería la causa principal de los regímenes totalitarios del siglo xx, por el hecho muy obvio de que Rusia y la China eran países eminentemente agrarios cuando los

comunistas se establecieron en ellos. Mucho antes aún me había convencido de que la comprensión teórica adecuada de los sistemas políticos requiere que se atienda a las instituciones y la historia de Asia. Por eso me pareció a lo menos una estrategia prometedora investigar qué corrientes políticas se dieron entre las clases que vivían del campo, y dedicar tanta atención a las sociedades de Asia como a las occidentales.

Para empezar (en la primera parte), el libro considera el itinerario democrático y capitalista hacia la Edad Moderna, y asimismo cómo se resolvió tal transformación en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Mi intención original había sido completar esa sección con capítulos similares sobre Alemania y Rusia con miras a mostrar cómo los orígenes sociales del fascismo y del comunismo en Europa diferían de los de la democracia parlamentaria. Tras algunas vacilaciones, me decidí a prescindir de esos dos capítulos, en parte porque el libro ya era bastante largo, en parte porque durante el curso de su redacción se hicieron asequibles tratados excelentes a los que me hubiera sido imposible añadir nada en cuanto a interpretación de la historia social de ambos países. Por otro lado, no he dejado de aprovechar libremente materiales sobre Alemania y Rusia con fines de ilustración comparativa y en la exposición teórica de la tercera parte. La bibliografía reúne las fuentes que han formado la base de mi concepción de la historia social de Alemania y Rusia. No referirse explícitamente a Alemania y Rusia tiene por lo menos la ventaja compensatoria de permitir una exposición más extensa (en la segunda parte) de las ver-

siones asiáticas de fascismo, comunismo y democracia parlamentaria, en el Japón, la China y la India, donde los problemas agrarios son aún agudos. Dado que la historia y la estructura social de dichos países a menudo es bastante desconocida de los lectores occidentales cultos, cabe suponer que los críticos serán indulgentes con un autor que escribe más sobre lo que menos conoce.

Contra semejante selección de casos es posible objetar que su ámbito es demasiado amplio para que lo cubra una sola persona y, a la vez, demasiado estrecho para permitir generalizaciones bien fundadas. Acerca de la posibilidad de que la empresa sea demasiado ambiciosa, lo único que el autor, propiamente, tiene derecho a decir es que ha habido muchos momentos en que él mismo lo hubiera reconocido de buena gana. Las críticas del segundo tipo podrían señalar que ninguno de los Estados de extensión menor —Suiza, Escandinavia o los Países Bajos entre los democráticos, las áreas más reducidas de victoria o control comunista por otro lado, como Cuba, los satélites de la Europa oriental, Vietnam del Norte, Corea del Norte— reciben consideración alguna. ¿Cómo es posible generalizar sobre el desarrollo de la democracia occidental o del comunismo excluyéndolos? La exclusión de los Estados democráticos occidentales de segundo orden, ¿no da un sesgo antirrural a todo el libro, desde el principio hasta el fin? A esa objeción, creo que existe una respuesta objetiva. Este estudio se concentra en ciertos estadios importantes dentro de un prolongado proceso social que se ha ido conformando en diversos

países. Como parte de tal proceso han ido imponiéndose nuevos ajustes sociales, con o sin violencia, que han dado a ciertos países el liderazgo político en distintos momentos de la primera mitad del siglo xx. Lo que interesa aquí de modo central es la innovación que ha conducido al poderío político, y no la propagación y la recepción de instituciones que han sido forjadas acá y allá, salvo donde han conducido a una pujanza significativa en la política mundial. El hecho de que los países de menor relieve dependan económica y políticamente de los grandes y poderosos indica que las causas determinantes de su política se encuentran fuera de sus límites. Indica asimismo que sus problemas políticos no son en realidad comparables con los de los países más importantes. Por eso un estudio general sobre las precondiciones históricas de la democracia y del autoritarismo que incluyera lo mismo pequeños que grandes países sería probablemente tan amplia como llena de lugares comunes abstractos.

Desde ese punto de vista, el análisis de la transformación de la sociedad agraria en países específicos produce resultados tan valiosos, por lo menos, como amplias generalizaciones. Es importante, por ejemplo, saber cómo la solución de los problemas agrarios contribuyó al establecimiento de la democracia parlamentaria en Inglaterra, mientras que el fracaso hasta hoy en la solución de aquéllos, planteados de modo muy distinto, constituye una amenaza para la democracia en la India. Además, para un país cualquiera en particular, uno está obligado a encontrar líneas causales que no encajarían fácilmente en teorías de alcance más

amplio. Una dedicación demasiado devota a la teoría, por el contrario, entraña siempre el peligro de que uno ponga excesivo énfasis en hechos que encajan en la teoría más allá de su importancia en la historia del país en cuestión. Por todas esas razones la interpretación de la transformación en distintos países ocupa la mayor parte del libro.

En el esfuerzo por entender la historia de un país específico, una perspectiva comparativa puede llevar al planteamiento de cuestiones muy útiles y, a veces, nuevas. Hay aún más ventajas. Las comparaciones pueden servir para rechazar de plano explicaciones históricas aceptadas. Y una aproximación comparativa puede llevar a nuevas generalizaciones históricas. En la práctica todas esas características constituyen un proceso intelectual único y hacen que un tal estudio sea más que una colección heterogénea de casos interesantes. Tras observar, por ejemplo, que los campesinos indios han venido a sufrir de hecho durante los siglos xix y xx tanto como los campesinos chinos sin engendrar un movimiento revolucionario masivo, uno empieza a reconsiderar las explicaciones tradicionales sobre lo que ha tenido lugar en ambas sociedades y presta atención a los factores relacionados con alzamientos campesinos en otros países, con la esperanza de discernir causas generales. O tras tener noticia de las desastrosas consecuencias para la democracia de la coalición entre *élites* agrarias e industriales en la Alemania del siglo xix y principios del xx, el tan traído y llevado matrimonio del hierro y del centeno, se pregunta por qué un matrimonio similar entre hierro y algodón no impidió en

países. Como parte de tal proceso han ido imponiéndose nuevos ajustes sociales, con o sin violencia, que han dado a ciertos países el liderazgo político en distintos momentos de la primera mitad del siglo xx. Lo que interesa aquí de modo central es la innovación que ha conducido al poderío político, y no la propagación y la recepción de instituciones que han sido forjadas acá y allá, salvo donde han conducido a una pujanza significativa en la política mundial. El hecho de que los países de menor relieve dependan económica y políticamente de los grandes y poderosos indica que las causas determinantes de su política se encuentran fuera de sus límites. Indica asimismo que sus problemas políticos no son en realidad comparables con los de los países más importantes. Por eso un estudio general sobre las precondiciones históricas de la democracia y del autoritarismo que incluyera lo mismo pequeños que grandes países sería probablemente tan amplia como llena de lugares comunes abstractos.

Desde ese punto de vista, el análisis de la transformación de la sociedad agraria en países específicos produce resultados tan valiosos, por lo menos, como amplias generalizaciones. Es importante, por ejemplo, saber cómo la solución de los problemas agrarios contribuyó al establecimiento de la democracia parlamentaria en Inglaterra, mientras que el fracaso hasta hoy en la solución de aquéllos, planteados de modo muy distinto, constituye una amenaza para la democracia en la India. Además, para un país cualquiera en particular, uno está obligado a encontrar líneas causales que no encajarían fácilmente en teorías de alcance más

amplio. Una dedicación demasiado devota a la teoría, por el contrario, entraña siempre el peligro de que uno ponga excesivo énfasis en hechos que encajan en la teoría más allá de su importancia en la historia del país en cuestión. Por todas esas razones la interpretación de la transformación en distintos países ocupa la mayor parte del libro.

En el esfuerzo por entender la historia de un país específico, una perspectiva comparativa puede llevar al planteamiento de cuestiones muy útiles y, a veces, nuevas. Hay aún más ventajas. Las comparaciones pueden servir para rechazar de plano explicaciones históricas aceptadas. Y una aproximación comparativa puede llevar a nuevas generalizaciones históricas. En la práctica todas esas características constituyen un proceso intelectual único y hacen que un tal estudio sea más que una colección heterogénea de casos interesantes. Tras observar, por ejemplo, que los campesinos indios han venido a sufrir de hecho durante los siglos xix y xx tanto como los campesinos chinos sin engendrar un movimiento revolucionario masivo, uno empieza a reconsiderar las explicaciones tradicionales sobre lo que ha tenido lugar en ambas sociedades y presta atención a los factores relacionados con alzamientos campesinos en otros países, con la esperanza de discernir causas generales. O tras tener noticia de las desastrosas consecuencias para la democracia de la coalición entre *élites* agrarias e industriales en la Alemania del siglo xix y principios del xx, el tan traído y llevado matrimonio del hierro y del centeno, se pregunta por qué un matrimonio similar entre hierro y algodón no impidió en

los Estados Unidos que se produjera la guerra civil; y así uno ha dado un paso cara a especificar las configuraciones favorables y desfavorables al establecimiento de la democracia occidental moderna. Es obvio, con todo, que el análisis comparativo no representa ningún sustitutivo para la investigación detallada de los casos específicos.

Las generalizaciones bien fundadas se asemejan a una carta en gran escala de un extenso territorio, como la que utilizaría un piloto de avión al atravesar un continente. Tales cartas son tan esenciales para ciertos fines como son necesarias las más detalladas para otros. Nadie que busque una orientación preliminar respecto a determinado territorio pretenderá conocer la localización exacta de cada casa y cada sendero. En cambio, si se explora a pie —y en la actualidad el historiador comparatista no hace otra cosa buena parte del tiempo—, lo primero que se conoce son los detalles. Su sentido y su parentesco emergen tan sólo gradualmente. Puede haber largos períodos en que el investigador se sienta perdido en una maleza de hechos habitada por especialistas ocupados en salvajes disputas sobre si la maleza es un pinar o una jungla tropical. Es improbable que salga de tales refriegas sin rasguños y magulladuras. Y si cartografía el área que ha visitado, puede muy bien suceder que uno cualquiera de los nativos le acuse de haber omitido su casa, triste eventualidad si el investigador ha encontrado allí, justamente, buen sustento y refresco. Es probable que la protesta sea aún más viva si el explorador, al fin del viaje, intenta fijar en forma muy sumaria para quienes quizá sigan

sus pasos las cosas más notables que ha visto. Eso es exactamente lo que voy a intentar llevar a cabo ahora, o sea esbozar con trazos muy gruesos mis hallazgos principales con miras a dar al lector un mapa preliminar del terreno que vamos a explorar juntos.

En el conjunto de casos aquí examinados, se pueden distinguir tres grandes vías en el tránsito del mundo preindustrial al moderno. La primera de ellas pasa por lo que me ha parecido apropiado denominar revoluciones burguesas. Ese término, además de ser una bandera roja para muchos eruditos a causa de sus connotaciones marxistas, presenta otras ambigüedades y desventajas. Sin embargo, por razones que se verán a su tiempo, pienso que es una designación necesaria para ciertos cambios violentos que tuvieron lugar en las sociedades inglesa, francesa y norteamericana en el curso de su evolución hacia democracias industriales modernas, y que los historiadores asocian con la Revolución Puritana (también llamada con frecuencia Guerra Civil Inglesa), la Revolución Francesa y la Guerra Civil Americana. Un rasgo clave de tales revoluciones es el desarrollo de un grupo social con base económica independiente que ataca los obstáculos que se oponen a la versión democrática del capitalismo, obstáculos heredados del pasado. Aunque gran parte del ímpetu procediera de las clases ciudadanas mercantiles y artesanas, ello está lejos de explicarlo todo. Los aliados que encontró ese ímpetu burgués, los enemigos con que chocó, varían muchísimo de un caso a otro. Las clases altas rurales, principal punto de partida de nuestras consideraciones, o bien fueron una parte im-

portante de la marea capitalista y democrática, como en Inglaterra, o bien quedaron al margen en las convulsiones de la revolución o guerra civil. Lo mismo se puede decir de los campesinos. O bien la orientación primordial de sus esfuerzos políticos coincidió con aquel empuje hacia el capitalismo y la democracia política, o bien, de lo contrario, fueron irrelevantes, ya porque el avance capitalista destruyó la sociedad rural, ya porque se inició en un nuevo país, tal como los Estados Unidos, sin auténtico campesinado.

A través de grandes revoluciones y guerras civiles, la primera y más temprana de las tres vías arriba distinguidas condujo a la combinación de capitalismo y democracia occidental. La segunda vía también fue capitalista, pero culminó durante el siglo xx en el fascismo. Alemania y el Japón son los dos casos más obvios, si bien tan sólo el último se trata con detalle en este estudio, por las razones ya comentadas. La calificaré de forma capitalista y reaccionaria. Representa un tipo de revolución desde arriba. En tales países el impulso burgués fue mucho más débil. Si llegó a cobrar cariz revolucionario, la revolución fue desbaratada. Más tarde sectores de la relativamente débil clase comercial e industrial contaron con elementos disidentes de las más rancias y aún dominantes clases rectoras, reclutados sobre todo en el campo, para imponer cambios políticos y económicos indispensables para la construcción de una sociedad industrial moderna, bajo los auspicios de un régimen semiparlamentario. El desarrollo industrial, bajo tales auspicios, fue quizá rápido. Pero el resultado, tras un breve e inestable período

de democracia, fue el fascismo. La tercera vía es, por supuesto, el comunismo, ejemplificado en Rusia y en China. Las magnas burocracias agrarias de esos países sirvieron para inhibir los impuestos comerciales y luego industriales en mayor medida aún que en los casos precedentes. Los resultados fueron biformes. En primer lugar las clases urbanas fueron demasiado débiles para constituir siquiera un asociado advenedizo según la forma de modernización adoptada por Alemania y el Japón, aunque hubo tentativas en tal sentido. Y al faltar los más mínimos pasos hacia la modernización, el campesinado continuó siendo ingente. Ese estrato, sujeto a nuevas sobrecargas y presiones al introducirse el mundo moderno, suministró la mayor afluencia de fuerza revolucionaria destructiva que echó abajo el antiguo orden e impulsó a aquellos países a la era moderna bajo regímenes comunistas que hicieron de los campesinos sus víctimas predilectas.

Finalmente, podemos ver en la India un cuarto modelo general que se caracteriza por el débil impulso hacia la modernización. En aquel país, hasta el momento, no se ha dado ni una revolución capitalista desde arriba o desde abajo, ni una revolución campesina que haya conducido al comunismo. Asimismo el impulso hacia la modernización ha sido muy débil. Por otro lado, no han dejado de hacer acto de presencia en él algunos, por lo menos, de los requisitos históricos previos de la democracia occidental. Hace cierto tiempo que posee un régimen parlamentario que es considerablemente más que mera fachada. Justamente porque en la India el impulso hacia la modernización ha

sido más débil, su caso resulta algo aparte de cualquiera de los esquemas teóricos que parece posible construir para los restantes. A la vez sirve de saludable refutación a tales generalizaciones. Es útil, en especial, para tratar de entender las revoluciones campesinas, por cuanto el grado de miseria rural en la India, donde no se ha dado revolución campesina alguna, es más o menos igual al de la China, donde rebelión y revolución han sido decisivas lo mismo en los tiempos premodernos que en los recientes.

Para resumirlo con la mayor concisión posible, nos mueve el propósito de comprender el papel de las clases altas rurales y de los campesinos en las revoluciones burguesas que condujeron a la democracia capitalista, las revoluciones burguesas abortadas que condujeron al fascismo, y las revoluciones campesinas que condujeron al comunismo. Las formas como las clases altas rurales y los campesinos reaccionaron al reto de la agricultura comercial fueron factores decisivos para que se dieran determinados resultados políticos. Espero que en el curso de la exposición que va a seguir se pondrá de manifiesto la aplicabilidad de aquellas etiquetas políticas, los elementos que tienen o no en común aquellos movimientos en diversos países y distintas épocas. Hay un punto, con todo, que merece ser puesto de relieve en seguida. Aunque en cada caso destaque una configuración dominante, es posible discernir configuraciones subordinadas que en otro país constituyen los rasgos dominantes. Así en Inglaterra, durante la última parte de la Revolución Francesa y hasta después del final de las guerras napoleónicas, existían algunos de los elementos de una configuración reaccionaria reconocibles como rasgos dominantes en Alemania: una coalición entre las más rancias *élites* terratenientes y las comerciales e industriales en ascenso, dirigida contra las clases bajas ciudadanas y rurales (pero capaz a veces de atraerse el importante apoyo de éstas en determinadas cuestiones). De uno u otro modo, en efecto, tal combinación reaccionaria de elementos aparece en cada una de las sociedades estudiadas, incluso en los Estados Unidos. Igualmente el absolutismo real en Francia muestra algunos efectos sobre la vida comercial idénticos a los de las grandes monarquías burocráticas de la Rusia zarista y la China imperial. Observaciones de ese tipo acrecientan un tanto la confianza en la posibilidad de que categorías fundadas empíricamente trasciendan los casos particulares.

Existe, sin embargo, una fuerte tensión entre las exigencias de explicar en debida forma un caso particular y la búsqueda de generalizaciones, en especial porque es imposible saber a ciencia cierta cuán importante puede ser un problema particular hasta que uno ha terminado de examinarlos todos. Esa tensión es responsable de una cierta falta de simetría y de elegancia en la manera de presentar esta obra, que deploro, pero que he sido incapaz de eliminar tras varias redacciones. De nuevo el paralelo con el explorador de tierras desconocidas puede no estar de más: no se le pide que construya un camino real llano y directo para el grupo de viajeros que va a seguirle. De ser su guía, se considerará que cumple adecuadamente con su cometido si

evita las pérdidas de tiempo en marchas atrás y errores de su primera exploración, se abstiene cortésmente de conducir a sus compañeros por lo más intrincado de la maleza y, mientras les va guiando con cautela hacia delante, les indica los pozos de lobo más peligrosos. Si un torpe desliz le hace caer en una trampa, puede incluso que algunos de los de la partida, lejos de regodearse a sus expensas, estén dispuestos a darle una mano para ponerle otra vez en su camino. Es para un equipo así de compañeros en busca de la verdad que he escrito este libro.

El Centro de Investigación Rusa de Harvard me ha favorecido con una preciosa dádiva de tiempo. Por el interés comprensivo que me han manifestado sin el menor vestigio de impaciencia, estoy especialmente agradecido a diversos funcionarios del Centro durante cuyo ejercicio el libro ha sido escrito: los profesores William L. Langer, Merle Fainsod, Abram Bergson, director, Marshall D. Shulman, director asociado. Mis numerosos descuidos han obligado a la señorita Rose DiBenedetto a mecanografiar repetidas veces incontables páginas del manuscrito siempre con inalterado buen humor.

A lo largo de toda la empresa, mi excelente amigo el profesor Herbert Marcuse me ha sostenido con su amalgama única de cálido aliento y de crítica penetrante. Quizá cuando más me ha ayudado ha sido cuando me ha creído menos. Otro buen amigo, el difunto profesor Otto Kirchheimer, leyó el manuscrito de cabo a rabo y sacó a la luz algunas tesis implícitas que después he tratado de hacer explícitas. El concurso que me ha prestado Elizabeth Carol Moore en todos los estadios ha sido tan fundamental y tan variado que sólo un autor y marido puede apreciarlo. Ambos nos hemos beneficiado a menudo, y en gran medida, de la inteligencia y la prudente inventiva de algunos de los que integran el personal de la Widener Library, en especial del señor Foster M. Palmer y de la señorita Y. T. Feng.

Distintos colegas con especiales conocimientos objetivos, gracias a sus observaciones sobre capítulos particulares, me han salvado de necios errores y me han hecho sugestiones valiosas. Su generosidad al confesarme que en esta obra han encontrado materia de reflexión e incitaciones a replantearse algunos puntos en sus respectivas especialidades ha constituido para mí una recompensa de sumo valor. Por más aclaraciones que hiciera constar, enumerar aquí sus nombres les identificaría en cierto modo con mis puntos de vista y conferiría a este libro una injustificada aureola de consenso erudito. Por eso he preferido darles las gracias privadamente. De aquellos no mencionados aquí lo mismo que de los que sí lo han sido, he aprendido que la noción de una comunidad de eruditos es más que pura retórica.

BARRINGTON MOORE, JR.

PRIMERA PARTE

ORÍGENES REVOLUCIONARIOS DE LA DEMOCRACIA CAPITALISTA

I

INGLATERRA Y LAS CONTRIBUCIONES VIOLENTAS AL GRADUALISMO

1. IMPULSOS ARISTOCRÁTICOS COADYUVANTES A LA TRANSICIÓN AL CAPITALISMO EN EL CAMPO

Al acometer el estudio de la transición del mundo preindustrial al moderno examinando la historia del primer país que dio el salto, viene a la mente de modo casi automático esta cuestión: ¿por qué el proceso de industrialización en Inglaterra culminó en el establecimiento de una sociedad relativamente libre? Que la Inglaterra contemporánea lo es hace ya largo tiempo, y quizás incluso considerablemente más liberal que los Estados Unidos en las áreas cruciales de la libertad de expresión y la tolerancia de oposición política organizada, parece bastante claro. El componente aristocrático en esa actitud magnánima de las clases dominantes es asimismo ostensible. Indicar todas las razones importantes por las que vino a crearse tal situación sería una tarea que irá más allá de nuestras necesidades, aun siendo necesario contar con otras posibles causas que las aquí investigadas a fin de mantener una perspectiva apropiada. Este capítulo se centrará en el papel particular y muy significativo que las cla-

ses rurales ejercieron en la transformación hacia el industrialismo.

Si el énfasis puesto en las vicisitudes de nobles y campesinos —así como en las numerosas gradaciones intermedias que son un rasgo distintivo de la sociedad inglesa— procede del plan general de este libro y de las cuestiones de que ha arrancado, otro eje de la investigación resulta del examen de lo dado por evidente. No es necesario leer mucha historia inglesa, ni ser más escéptico que en el grado prescrito en los textos *standard* sobre el método científico, para reconocer que hay un elemento mítico en los lugares comunes sobre la peculiar capacidad británica de resolver sus diferencias políticas y económicas mediante procesos pacíficos, limpios y democráticos. Tales ideas, más que un mito, son una verdad parcial. Limitarse a desacreditarlas no pone en claro las cosas. Las convenciones de los escritos históricos que inician la crónica de la industrialización inglesa en algún punto después de 1750 ayudan a perpetuar esa verdad parcial iluminando la pacífica historia doméstica, muy pacífica en contraste con Francia, durante los siglos XVIII y XIX, y dejando en la sombra la época de la Revolución Puritana o Guerra Civil.[1] La mera observación de ese hecho significa enfrentarse con la cuestión de cuál ha sido el nexo entre violencia y reforma pacífica: ante todo en las democracias modernas y, más generalmente, en la transformación aquí y allá de las sociedades basadas en la agricultura, en sociedades basadas en las tecnologías industriales modernas.

Las pugnas sociales que estallaron en la Guerra

Civil inglesa del siglo XVII tenían sus orígenes en un complicado proceso de cambio que había empezado varios siglos antes. Es imposible decir con exactitud cuándo empezó, como también lo es probar que debía revestir la forma de una guerra civil. Pero el carácter del proceso en sí mismo está razonablemente claro. Una sociedad moderna y secularizada iba abriéndose paso poco a poco en su camino ascendente a través de la vigorosa y muy enmarañada exuberancia del orden feudal y eclesiástico.[2] Más específicamente, desde el siglo XIV en adelante se manifiestan algunos signos que indican la creciente importancia del comercio tanto en el campo como en las ciudades, la desarticulación del feudalismo y su reemplazamiento por la relativamente pálida versión inglesa del absolutismo real; ambos fenómenos prosiguieron en el contexto de un conflicto religioso cada vez más áspero, en parte reflejo y en parte causa de las ansiedades y amarguras que necesariamente acompañan el declive de una clase de civilización y el ascenso de otra nueva.

Aunque la explotación de la lana se conociera ya en Inglaterra de antiguo, fue a fines de la Edad Media cuando el país se convirtió en la fuente más rica e importante de lana fina.[3] Las repercusiones del negocio lanero se dejaron sentir, no tan sólo en las ciudades, sino asimismo en el campo, posiblemente aún más en éste, y por supuesto en la política. Como los mercados ingleses de la lana estaban en el Continente, en particular en Italia y los Países Bajos, es al desarrollo de ciudades mercantiles en esos países donde debería acudirse para encontrar los inicios del fuerte impulso

comercial que con el tiempo iba a regir la sociedad inglesa. Tal análisis nos llevaría demasiado lejos; para nuestros propósitos basta con admitir esa influencia decisiva como puro dato. Operaron también otros factores importantes. En 1348-1349, la Peste Negra segó con profunda guadañada la población de Inglaterra y redujo las disponibilidades en mano de obra. No mucho después estallaron dentro de la «Lollardy» los primeros retumbos de mal agüero de revuelta religiosa, seguidos en 1381 por una seria rebelión campesina. Más adelante habrá ocasión de examinar tales conmociones entre las clases bajas y su significado.

Por ahora atenderemos sobre todo a las clases altas. Durante la última parte del siglo XIV y la mayor parte del siglo XV, se fueron operando cambios importantes en su posición. La tierra y las relaciones posesionales basadas en ella cesaron en buena medida de ser el cemento que entrejuntaba señor y hombre. Pese a que otros aspectos del feudalismo, se mantenían vigorosos, el rey llevaba ya tiempo intentando con éxito diverso encauzar dichos reajustes hacia sus propios fines, trabajándolos para reforzar su poder. Separado de sus raíces en el suelo, el feudalismo se había vuelto parasítico: sacaba su fuerza de las maniobras de los magnates poderosos y las contramaniobras del monarca.[4]

La Guerra de las Dos Rosas (1455-1485) fue para la aristocracia terrateniente, más que una catástrofe natural, una catástrofe social, una sangría que la debilitó severamente y permitió a la dinastía Tudor, que surgió del conflicto, reasumir con mayor éxito el proceso de consolidación del poder real. Bajo Enrique VIII,

cuestiones políticas y religiosas tuvieron quizá por consecuencia que se diera otro paso hacia la agricultura comercial. Un historiador marxista ha sugerido que es posible que la confiscación de los monasterios por Enrique VIII en 1536 y 1539 ayudara a promover nuevos propietarios rurales con mentalidad comercial a expensas de la vieja aristocracia y de sus tradiciones centrífugas.[5] Parece más probable, sin embargo, que la significación capital del reinado de Enrique VIII consistió en menoscabar uno de los pilares del antiguo orden, la Iglesia, y en dar un ejemplo a ese respecto que sus sucesores tendrían que lamentar. Entraron en acción movimientos más profundos que no necesitaban ya que los alentara la corona, la cual se enfrentó cada vez más con ellos como a una amenaza al orden establecido.

Combinada con el estímulo ininterrumpido del negocio lanero, la paz tudoriana engendró un estímulo poderoso para el desarrollo de una actitud comercial e incluso capitalista en el campo. Junto con otras obras, el estudio no superado de R. H. Tawney sobre la vida económica de Inglaterra antes de la Guerra Civil muestra que hacía ya mucho tiempo que aquellas fuerzas habían desquiciado la estructura feudal:

> En los turbulentos años del siglo XV la tierra tenía aún importancia militar y social aparte su valor económico; los señores salían a caballo a la cabeza de sus súbditos para convencer a un mal vecino con arcos y lanzas; y un gran número de llevadores era más importante que un alto rendimiento pecuniario del suelo. La disciplina tudoriana, con su rígida prohibición de la *livery* y el *maintenance*, sus jurisdiccio-

nes administrativas y su incansable burocracia, reprimió las guerras privadas con mano dura, y, quitándole los dientes al feudalismo, hizo del manejo de dinero algo más importante que el manejo de hombres... [Ese cambio...] marca la transición de la concepción medieval de la tierra como la base de funciones y obligaciones políticas a la moderna, que la considera como una inversión que reporta ingresos. La propiedad rural tiende, brevemente, a comercializarse.[6]

Paz monárquica y lana tuvieron que combinarse de un modo específico para formar una de las fuerzas decisivas que propulsarían a Inglaterra tanto hacia el capitalismo como hacia una revolución que terminaría por hacerlo democrático. En otros Estados, notablemente Rusia y la China, gobiernos fuertes impusieron su mando sobre dilatados territorios. En Inglaterra, en cambio, el hecho de que el éxito de los gobernantes fuera muy limitado contribuyó sobremanera al triunfo final de la democracia parlamentaria. Y, por otro lado, entre negocio lanero como tal y democracia no hay una conexión necesaria. En España, durante el mismo período, el efecto de la cría de ganado lanar fue más bien el contrario, ya que los rebaños trashumantes y sus dueños se convirtieron en uno de los instrumentos utilizados por el monarca centralizador en oposición a las tendencias locales y particularistas, y contribuyeron así al desarrollo de un absolutismo real asfixiante.[7] La clave de la situación inglesa es que la vida comercial, lo mismo en la ciudad que en el campo, durante los siglos XVI y XVII se desarrolló en gran parte, aunque no enteramente, en oposición con la corona, por razones que se verán a su tiempo.

Bajo la presión de las circunstancias, la noción medieval que llevaba a juzgar los hechos económicos conforme a su contribución a la salud del organismo social entró en barrena. Cesó de creerse que el problema agrario consistía en hallar el mejor método posible de mantener a las gentes en la tierra y empezó a considerarse que era cuestión de dar con la mejor manera posible de invertir capital en ella. Se empezó a tratar la tierra, cada vez más, como algo que podía comprarse y venderse, sujeto a uso y abuso, en una palabra como propiedad privada capitalista moderna. También bajo el feudalismo había existido, por supuesto, propiedad privada en el campo. Pero, en todas las partes del mundo donde se desarrolló el feudalismo, la propiedad de la tierra había llevado siempre aparejadas las cargas y trabas de una gran variedad de obligaciones respecto a otras personas. El proceso por el que esas obligaciones desaparecieron, y quién salió ganando o perdiendo con el cambio, implicó encrucijadas políticas de suma trascendencia en todos los países que conocieron el feudalismo. En Inglaterra las novedades emergieron pronto a la superficie. Mucho antes de Adam Smith, grupos dispersos de ingleses residentes en el campo empezaron a considerar el interés privado y la libertad económica como la base natural de la sociedad humana.[8] Ante el prejuicio muy extendido de que el individualismo económico surgió principalmente entre la burguesía, vale la pena notar que los propietarios rurales «cercadores», con anterioridad a la Guerra Civil, proporcionaron ya a tales doctrinas subversivas un semillero por lo menos notable.

Uno de los signos más reveladores del cambio de perspectivas fue el *boom* en el mercado de tierras que empezó alrededor de 1580 y duró aproximadamente medio siglo. Las rentas anuales subieron a un tercio del precio de venta de las fincas pocas décadas antes.[9] Semejante *boom* difícilmente se hubiera dado sin cambios estructurales de gran envergadura en la misma organización de la agricultura, y puede interpretarse como una consecuencia de tales cambios.

Los más importantes de ellos fueron las *enclosures* («cercamientos»). Este término tiene diversidad de sentidos que se refieren a hechos bastante diferentes que sucedieron todos por aquellos tiempos y cuya importancia relativa no está enteramente clara. Durante el siglo XVI el primordial fue el de «usurpaciones consumadas por *lords of manors* o sus *farmers* de la tierra sobre la que la población de aquéllos tenía derechos comunales o que consistía en labrantíos abiertos».[10] Movidos por la perspectiva de las ganancias que obtendrían ya por la venta de lana ya por el arrendamiento de sus tierras a los que se dedicaban a ello, con aumento de las rentas, los señores encontraron una gran variedad de métodos legales y semilegales para privar a los campesinos de sus derechos de cultivo en los campos abiertos y asimismo de sus derechos a utilizar las tierras comunales para apacentar sus ganados, recoger leña, y otros por el estilo. Aunque el área concreta afectada por tales *enclosures* parece que fue pequeña —menos de una vigésima parte del área total de los condados que más las sufrieron—, ese hecho, si realmente es un hecho, no significa que la situación en

aquellas zonas no fuera grave. Del mismo modo se podría argüir, como nota Tawney, que la superpoblación urbana no tiene en Inglaterra ninguna importancia puesto que el área total del país dividida por la población da un cociente de aproximadamente un acre y medio para cada ser humano. «La expulsión de un colono de cada una de cincuenta *manors*, y el desahucio de cincuenta colonos de un solo *manor*, dan exactamente los mismos resultados estadísticos» —y muy distintos resultados sociales. Al fin y al cabo, el desorden político y social de aquellos tiempos hubo de tener una base real. «Los gobiernos no se arriesgan a ofender a las clases poderosas por mero capricho, ni grandes masas de hombres se amotinan por haber confundido un labrantío con un pasturaje de ovejas».[11]

No cabe duda que una cantidad considerable de tierra anteriormente sujetas a normas consuetudinarias que prescribían los métodos de cultivo se iban convirtiendo en tierras de que los individuos podían disponer a discreción. Simultáneamente la comercialización de la agricultura significaba pasar del señor feudal —que, en el peor de los casos, era un tirano arbitrario, y, en el mejor, un padre despótico— a un terrateniente más próximo a un avisado hombre de negocios que explotaba las riquezas materiales del dominio pensando en el provecho y el rendimiento.[12] Tales hábitos, en el siglo XVI, no eran por entero nuevos. Ni estaban tan difundidos como lo estarían tras la Guerra Civil y durante el siglo XVIII y principios del XIX. Ni quedaban limitados a la aristocracia rural. También se habían propagado entre las capas superiores del campesinado.

Éstas estaban constituidas por los *yeomen*, una clase cuyos límites fueron definiéndose poco a poco entre la pequeña *gentry* arriba y los campesinos menos prósperos abajo.[13] Aunque no todos ellos, en modo alguno, fueran poseedores de tierras francas ni disfrutaran de los derechos modernos de la propiedad privada de bienes raíces, empujaban apremiantemente en esa dirección a la vez que se desembarazaban de las obligaciones feudales que aún subsistían.[14] Económicamente eran un «grupo de pequeños capitalistas ambiciosos y agresivos, conscientes de que no tenían suficiente sobrante para aventurarse a grandes riesgos, atentos a que con frecuencia el provecho consiste, tanto como en el gastar, en el ahorrar, pero determinados a sacar ventaja de toda oportunidad, cualquiera que fuere su origen, para incrementar sus ganancias».[15] Sus posesiones podían ir de veinticinco a doscientos acres en zonas de labranza y hasta unos quinientos o seiscientos en terrenos de pasto. Si bien los grandes ganaderos de ovejas podían, por supuesto, trabajar a costes por unidad más bajos y vender su lana con mayores beneficios, los *yeomen* e incluso los campesinos menos prósperos se dedicaban asimismo ampliamente a la cría de ovejas.[16] Otra fundamental fuente de ingresos para la *yeomanry* era el cultivo de cereales comerciales. Los próximos a Londres y a otras florecientes ciudades, así como los que tenían acceso al transporte por agua, poseían sin duda enormes ventajas sobre los otros.[17]

Los *yeomen* fueron la principal fuerza impulsora de las *enclosures* campesinas. Esos cercamientos, que perseguían ganar tierras para la labranza, se diferenciaron

bastante de los que llevaron a cabo los señores dedicados a la ganadería lanar. Fueron ante todo una forma de roturar baldíos, tierras comunales, y muy a menudo campos de vecinos, incluso de señores que no velaban demasiado por defender sus derechos. Otras veces las *enclosures* campesinas fueron convenios para consolidar parcelas y abandonar el sistema de hazas en campos abiertos. Dentro de los límites de su situación, los *yeomen* sentían también el ansia de superar las rutinas agrícolas tradicionales y de experimentar nuevas técnicas que dieran mayor rendimiento.[18]

Desde el punto de vista comparativo, los *yeomen* del siglo XVI equivalen un tanto a los *kulaks* de la Rusia de fines del siglo XIX y aun de después de la Revolución, si bien vivían en un medio mucho más favorable a la empresa individual que sus homólogos rusos. Los *yeomen*, por regla general, son los héroes de la historia inglesa, mientras que los *kulaks* son los villanos de la rusa, lo mismo para los conservadores que para los socialistas, contraste muy revelador de las diferencias entre ambas sociedades y sus respectivas trayectorias hacia el mundo moderno.

Los que promovieron la ola del capitalismo agrario, los principales beneficiarios de la victoria sobre el antiguo orden, procedían de la *yeomanry* y aún más de la aristocracia rural. Las máximas víctimas del progreso fueron, como de costumbre, los campesinos corrientes. Ello sucedió así, no porque los campesinos ingleses fueran particularmente tercos y conservadores, se apegaran a los hábitos precapitalistas y preindividualistas por pura ignorancia y estupidez, por más

que tal pareciera ser el caso para los contemporáneos. La persistencia de los viejos hábitos tuvo sin duda un papel; pero ante ese hecho, como ante otros muchos que irán ofreciéndose en el curso de este estudio, es necesario preguntarse por qué los viejos hábitos persistieron. La razón es bastante fácil de advertir. Una de las características del sistema agrícola de la Edad Media en Inglaterra, como en otras muchas partes del mundo, era que la tenencia de cada campesino estaba formada por una serie de hazas estrechas desparramadas entre las de sus iguales en campos no cerrados o abertales. Como el ganado pacía en esos campos tras la cosecha, el tiempo de proceder a ella debía ser aproximadamente el mismo para todos los interesados, y las operaciones del ciclo agrícola debían estar más o menos coordinadas. Dentro de tales ajustes, había cierto margen para las variaciones individuales,[19] pero sobre todo una imperiosa necesidad de organización cooperativa que fácilmente podía petrificarse en costumbre como la manera más fácil de resolver los problemas. No cabe duda que reajustar el uso de las hazas cada temporada, pese a que ello aconteciera alguna que otra vez, hubiera sido una empresa muy ardua. Es también obvio que los labriegos estaban interesados en seguir disponiendo de las tierras comunales, que les proporcionaban pastos y leña suplementarios. Mas en general, si se tiene en cuenta que los campesinos ingleses se habían ganado una posición relativamente envidiable amparándose en la costumbre de cada *manor*, no es extraño que consideraran el amparo de la costumbre y de la tradición como el dique que podría defenderles contra la marea capitalista invasora, de la que difícilmente estaban en condiciones de aprovecharse.[20]

A despecho de alguna que otra ayuda de la monarquía, el dique empezó a desmoronarse. Por así decir, las ovejas se comieron a los hombres. Los labriegos fueron ahuyentados de la tierra; lo mismo las hazas aradas que las tierras comunales, convertidas en dehesas. Un solo pastor podía encargarse de apacentar los rebaños sobre la tierra que antes había alimentado a muchos seres humanos.[21] Evaluar tales cambios con toda justeza es probablemente imposible, aunque no cabe duda que fueron sustanciales. Ahora bien, como el mismo Tawney pone sumo cuidado en subrayar, las aguas que en el siglo XVI agrietaron el dique no fueron más que un chorro delgado en comparación con el torrente que lo destruiría tras la Guerra Civil.

Así pues, en Inglaterra, los principales promotores de lo que culminaría en una sociedad moderna y secularizada fueron ante todo, a la sazón, hombres de comercio, tanto en el campo como en las ciudades. En vivo contraste con lo que sucedió en Francia, aquéllos empujaron hacia delante por sí mismos, y no escudándose en un patrocinio real paternalista. A veces, claro está, algunos cooperaron de buen grado con la corona, si había pingües beneficios que ganar con ello. Sin embargo, especialmente al avecinarse la Guerra Civil, los ciudadanos acaudalados se volvieron contra los monopolios reales, que sentían, si no como cadenas para la producción, por lo menos como barreras para sus ambiciones.[22] La corona, bajo Isabel y los dos primeros Estuardo, realizó algunos esfuerzos para mitigar los

efectos de tales tendencias sobre los campesinos y las clases más pobres de las ciudades. Grandes masas de campesinos, desaposentados y a la deriva, constituían cada vez más una amenaza para el orden establecido, hasta el punto de producirse revueltas intermitentes.[23] Un historiador concienzudo califica la política real de política de benevolencia espasmódica. Durante la Tiranía de los Once Años, cuando Carlos I gobernó sin Parlamento por medio de Strafford y Laud, el afán de benevolencia fue quizá más vigoroso. Tribunales reales como la Star Chamber y la Court of Requests dieron al campesino la única protección que obtuvo contra las *enclosures*.[24]

A la vez, para imponerse, la corona no se olvidó de llenar sus arcas con multas. Como quiera que fuere, una imposición vigorosa estaba fuera de su alcance. A diferencia de la monarquía francesa, la corona inglesa no había sido capaz de montar una maquinaria administrativa y legal que, independiente y eficaz, hiciera acatar su voluntad en el campo. Los que velaban por el orden en el campo eran por lo general miembros de la *gentry*, o sea aquellos, precisamente, contra quienes iba dirigida la política protectora de la corona. La consecuencia capital de ésta era, entonces, enemistarse con los que propugnaban el derecho de cada cual a hacer lo que quisiera de su propiedad. La política real favorecía que los elementos ciudadanos y rurales de mentalidad comercial, unidos ya por otros muchos vínculos, se aglutinaran en una oposición coherente contra la corona.[25] En el sector agrario, la política agraria de la casa Estuardo constituyó un rotundo fra-

caso y contribuyó a precipitar la Guerra Civil, un conflicto «entre derechos individuales y autoridad real, concebida, en último extremo, como basada en una sanción religiosa.[26] Llegados a este punto, debería estar razonablemente claro de qué derechos individuales se trataba y que no eran, a buen seguro, los de las masas campesinas, con todo aplastante mayoría de la población de Inglaterra.

2. ASPECTOS AGRARIOS DE LA GUERRA CIVIL

A la luz de los antecedentes generales expuestos, parece que son escasos los motivos para poner en duda la tesis de que elementos de mentalidad comercial entre las clases altas rurales, y en menor proporción entre los *yeomen*, fueron una de las principales fuerzas que se opusieron al rey y a las tentativas reales de preservar el antiguo orden, y por lo tanto causa importante, aunque no única, de que estallara la Guerra Civil. El desarrollo del comercio en las ciudades durante los siglos XVI y XVII proporcionó al campo inglés un mercado para los productos agrícolas, con lo cual se puso en marcha en el propio campo un proceso que conduciría a la agricultura comercial y capitalista. La intrusión de influencias comerciales creó una nueva situación cada vez más extendida a la que los diferentes grupos *dentro de* cada una de las clases agrarias, ninguna de las cuales se distinguía con rasgos muy acusados de las otras o de las urbanas, se adaptaron en distintas formas y con grados de éxito diversos. Los aristócratas titulados,

con costosos hábitos de pompa y relacionados con la corte, fueron en general los menos capaces de cambiar, si bien algunos se adaptaron.[27] El cuerpo rural cuyos miembros más emprendedores se adaptaron con pleno éxito fue el grupo amplio y algo difuso situado bajo los pares y sobre los *yeomen*, en otras palabras, la *gentry*. Pero su éxito no se debió por entero a las meras actividades agrícolas. La *gentry*, de miras progresivas, tenía toda suerte de conexiones personales y de negocios con las capas superiores ciudadanas o burguesía, en el sentido más riguroso del término.[28] De la *gentry* como clase procedieron, pues, los representantes más destacados de aquella tendencia histórica decisiva que modificaría la estructura de la sociedad rural de Inglaterra. En cuanto al contraste de tipos de economía, estructura social, y actitudes correspondientes, entre la *gentry* y la aristocracia rural, se dio «una pugna entre economías de diferentes tipos, que se correspondían más estrechamente con peculiaridades regionales que con divisiones sociales. Hubo bastantes miembros de la *gentry* que se estancaron o fueron cuesta abajo. Sería fácil encontrar terratenientes nobles que anduvieron con el tiempo, y sacaron el mejor partido de sus propiedades».[29] Los miembros de la *gentry* que «se estancaron» fueron, claro está, los relativamente poco emprendedores que no supieron manipular su situación económica en el campo y carecían de útiles conexiones urbanas de naturaleza comercial y oficial. Esos «*growlers and grumblers*» («gruñones y rezongones») proporcionarían parte del elemento radical en que se apoyaron Cromwell y la Revolución Puritana, aunque

el ímpetu de ésta brotó ante todo de más abajo de la escala social.[30] Por el impacto del comercio y de alguna industria, la sociedad inglesa estaba, pues, transformándose de arriba abajo dejando bolsas de descontento radical producidas por las mismas fuerzas que por algún tiempo ocuparían el primer plano. Como veremos, secuencias similares de desenvolvimientos son también características, a grandes rasgos, de las otras grandes revoluciones modernas, la francesa, la rusa y la china. En ese proceso general, cuando el antiguo orden se desintegra, sectores sociales afectados negativamente por tendencias económicas de larga duración sacan la cabeza y realizan buena parte de la violenta «faena sucia» de destruir el *ancien régime*, despejando el camino para instituciones de nuevo cuño.

En Inglaterra la más notable «faena sucia» de tal tipo fue el acto simbólico de decapitar a Carlos I. La exigencia de juzgar al rey salió en primer lugar del ejército. Las influencias populares eran en él bastante intensas. Procedían de estratos inferiores a la *gentry*, muy probablemente de menestrales urbanos y labriegos.[31] Por la época de la ejecución, Cromwell y sus oficiales habían logrado ya refrenarlas. En cuanto a la ejecución misma, tuvo que ser impuesta en el Parlamento prácticamente a punta de espada. Así y todo, un número respetable de sus miembros (cuarenta y nueve) se negaron a juzgar al rey; los que firmaron la orden de muerte sumaron cincuenta y nueve. Hay indicios de preponderancia de la *gentry* menos acaudalada entre los regicidas, y de la más rica entre aquellos que se negaron a juzgar al rey. La imbricación entre ambos

grupos, sin embargo, era considerable; un análisis sociológico mecánico no cernerá al justo los sentimientos políticos del momento.[32] Cabe suponer que la monarquía constitucional hubiera podido advenir de otro modo. Pero la suerte de Carlos I fue una tremenda advertencia para el futuro. Ningún rey inglés posterior trataría ya de reintroducir seriamente el absolutismo real. La tentativa de Cromwell de establecer una dictadura parece un mero intento de recomponer la situación *a posteriori* y, de hecho, no puede compararse con la fase semidictatorial de la Revolución Francesa, en que aún se dio mucha destrucción del *ancien régime*. Los campesinos y la plebe urbana, por otro lado, que corrieron con la «faena sucia» en las demás revoluciones, no se significaron durante la Guerra Civil Inglesa, salvo en ciertos breves actos simbólicos muy importantes.

Innovadores y tradicionalistas se hallaban unidos por muchos vínculos, incluidos temores comunes frente a las capas inferiores, la «baja suerte». Tales vínculos ayudan a explicar por qué las alineaciones de clase estuvieron lejos de ser claras en aquella revolución. Carlos I hizo como mejor pudo para cortejar a la *gentry*, y consta que consiguió atraérsela en una escala muy amplia.[33] A despecho de la oposición de los Estuardo a las *enclosures*, el apoyo de buena parte de la *gentry* rica a la causa real no puede sorprender demasiado. Difícilmente cabría esperar de gentes acomodadas como eran aquéllas que tuvieran la conciencia laxa cuando se trataba de dar un puntapié a dos de los máximos puntales, rey e Iglesia, que sostenían el orden

social. A la larga, transformados éstos, más de acuerdo con sus necesidades, volverían a darles la bienvenida. En las tres otras grandes revoluciones mencionadas, así como en la Guerra Civil Norteamericana, se iba a manifestar la misma actitud ambigua respecto a los aspectos del antiguo orden que sostenían los derechos de propiedad. La política de los dirigentes de la rebelión, por el contrario, fue clara y sin rodeos. Se opusieron a toda interferencia en los derechos de propiedad de los señores rurales por parte del rey y de los radicales de las capas bajas. En julio de 1641, el Long Parliament abolió la Star Chamber, la más eficaz arma monárquica contra los señores rurales «cercadores», a la vez que símbolo relevante del poder real arbitrario. Las amenazas radicales desde dentro del ejército de los *levellers* y *diggers* fueron desviadas por Cromwell y sus colaboradores con firmeza y habilidad.[34]

Existen aún otros factores que explican que la Revolución Puritana no desembocara en ningún momento en una pugna bien definida entre estratos superiores e inferiores. En el conflicto se combinaron cuestiones económicas, religiosas y constitucionales. No se dispone de suficientes datos para señalar concluyentemente hasta qué punto coincidieron: la base social del puritanismo está por analizar. Pero los indicios son de que, en diversos momentos, se produjeron cristalizaciones de la opinión en torno a ellas. De ahí que, al desplegarse los avatares dramáticos de la Revolución y encontrarse enfrentados los individuos con acaecimientos que no podían controlar y cuyas implicaciones no podían prever —en otras palabras, al

avanzar y retroceder el proceso de polarización revolucionaria—, muchos de ellos, ya en encumbrada ya en humilde posición, se sintieran terriblemente apurados y sólo pudieran decidirse con enormes dificultades. Lealtades personales podían arrastrarles en dirección opuesta a principios que sólo seguían a medias, y viceversa.

En el plano económico, la Guerra Civil no produjo un traspaso masivo de la propiedad rural de un grupo o clase a otro. (A ese respecto, todo indica que se ha entendido mal a Tawney.) Sus efectos sobre la posesión de tierras fueron aún menores, probablemente, que los de la Revolución Francesa, para la cual la investigación moderna ha ratificado la tesis polémica de Tocqueville de que el desarrollo de una clase de campesinos propietarios, lejos de ser la consecuencia de la venta de haciendas de *émigrés*, precedió a la Revolución. En Inglaterra, el bando parlamentario anduvo crónicamente corto de dinero y financió la guerra en parte usufructuando la administración de los dominios de los realistas, en parte confiscándolos directamente. Agentes realistas se las arreglaron para readquirir algunos dominios, aun contribuyendo con ello al financiamiento de sus enemigos. Los dominios recuperados después fueron muchos más. Un estudio de esas transacciones en la Inglaterra sudoriental, cuyo autor cree que puede tener aplicaciones más amplias, muestra que más de las tres cuartas partes de las haciendas vendidas bajo la Commonwealth volvieron a sus propietarios con la Restauración. Las otras habían sido ya recuperadas antes de 1660. Los adquiridores de tierras

de la corona y de la Iglesia no parecen haber sido capaces de retenerlas tras la Restauración, aunque Thirsk no da estadísticas sobre este particular.[35]

Tales constataciones, sin embargo, no se aducen en apoyo de la tesis de que la Revolución Puritana no fue en absoluto una revolución. Sus consecuencias revolucionarias fueron profundas y duraderas en el área de la legislación y de las relaciones sociales. Con la abolición de la Star Chamber, los campesinos perdieron su amparo capital contra el incremento de las *enclosures*. Es cierto que bajo Cromwell, especialmente en la última fase del mando de *the major generals*, se hicieron aún algunas tentativas para atajar sus efectos. Pero fue ya el último esfuerzo en ese sentido.[36] Aunque puedan caber dudas sobre las características sociales de aquella *gentry* que sostuvo la revolución, está muy claro quién salió ganando con la victoria. «Con la Restauración el *encloser* arrolló todos los obstáculos», si bien los plenos efectos de ello tardarían algún tiempo en dejarse sentir.[37] Tronchando el poder del rey, la Guerra Civil había removido la principal barrera contra el señor rural «cercador» y, simultáneamente, preparado a Inglaterra para el gobierno de un «comité de señores rurales», designación poco lisonjera, pero que cuadra bastante bien al Parlamento del siglo XVIII.

Los críticos que califican la Guerra Civil de revolución burguesa llevan razón cuando argumentan que el conflicto no vino a parar en la toma del poder político por la burguesía... Las clases altas rurales, como veremos, retuvieron firmemente el control del aparato político no tan sólo durante el siglo XVIII, sino incluso

tras el *bill* de reforma de 1832. No obstante, si se atiende a las realidades de la vida social, semejante circunstancia resulta trivial. Influencias capitalistas habían penetrado en el campo, y lo habían transformado a fondo, mucho antes de la Guerra Civil. La conexión entre señores rurales «cercadores» y burguesía llegó a ser tan íntima, que a menudo se hace difícil determinar dónde empiezan los unos y acaban los otros en los círculos familiares tan ramificados de entonces. El resultado de aquel conflicto fue una abrumadora, si bien incompleta, victoria para la democracia parlamentaria y el capitalismo coligados. Como puntualiza un historiador moderno, «el orden aristocrático sobrevivió, pero transformado, pues el dinero, más que el nacimiento, fue ahora su base. Y el Parlamento mismo se convirtió en un instrumento de capitalistas terratenientes, *whigs* y *tories*, y de sus conexiones y aliados, cuyos intereses promovió ahora el Estado sin vacilar».[38]

Para hacerse cargo de la magnitud de las consecuencias de la Guerra Civil, es necesario alejarse de los detalles y echar un vistazo hacia delante y hacia atrás. El principio fundamental de la sociedad capitalista es que el uso sin restricciones de la propiedad privada para el enriquecimiento personal, a través del mecanismo del mercado, produce riqueza y prosperidad en constante aumento y en beneficio de toda la sociedad. En Inglaterra ese espíritu triunfó, a la larga, por métodos «legales» y «pacíficos», los cuales, no obstante, durante el siglo XVIII y principios del XIX, quizá llegaron a causar en realidad más violencia y sufrimientos que la misma Guerra Civil, tanto en el campo como en

las ciudades. Si bien el impulso originario hacia el capitalismo es probable que hubiera nacido en las ciudades en tiempos remotos de la Edad Media, continuó obrando después en el campo tan fuertemente como en las ciudades, de las que aquél recibía una corriente de aire perpetua que le comunicaba las llamas que devoraban el antiguo orden. Los principios del capitalismo y la democracia parlamentaria son diametralmente antitéticos a los que sustituyeron, superados en gran medida durante la Guerra Civil: autoridad de base divina en política, y producción para satisfacer las necesidades, más que para el provecho individual, en economía. Sin el triunfo de aquellos principios en el siglo XVII, es difícil imaginar cómo hubiera podido la sociedad inglesa modernizarse pacíficamente —en la medida que tal proceso fue de veras pacífico— durante los siglos XVIII y XIX.

3. «ENCLOSURES» Y DESTRUCCIÓN DEL CAMPESINADO

La violencia revolucionaria puede contribuir tanto como la reforma pacífica al establecimiento de una sociedad relativamente libre, y en Inglaterra fue, en efecto, el preludio de una transformación más pacífica. Pero no toda violencia con relieve histórico adopta la forma de una revolución. Puede darse también, y en gran escala, dentro del marco de la legalidad, incluso de una legalidad encaminada con derechura hacia la democracia constitucional occidental. Tal fue el caso

de las *enclosures* que siguieron a la Guerra Civil y continuaron produciéndose al principio de la era victoriana.

Medio siglo atrás, muchos eruditos veían en los cercamientos del siglo XVIII el principal resorte de que se valió una aristocracia rural casi todopoderosa para destruir al campesinado independiente de Inglaterra.[39] La erudición posterior, lenta y pacientemente, ha ido astillando esa tesis. Pocos historiadores profesionales, excepto tal vez algunos marxistas, la aceptarían en la actualidad. Es incuestionable que la antigua interpretación peca de errónea en muchos detalles y resulta dudosa en ciertos puntos cruciales de la argumentación central. Con todo, los autores de antaño hacían hincapié en un punto que a menudo desaparece en las exposiciones más recientes: las *enclosures* fueron el golpe de gracia para la estructura entera de la sociedad campesina inglesa encarnada en la aldea tradicional.

Como hemos visto, la sociedad campesina había sufrido agresiones mucho antes ya del estallido de la Guerra Civil. La guerra eliminó al rey como última protección que le quedaba al campesinado contra los despojos de las clases altas rurales. Si bien la burocracia de los Tudor y los Estuardo no había sido muy eficaz, por lo menos había procurado contener la marea de cuando en cuando. Tras la Restauración y la Gloriosa Revolución de 1688, postreros retumbos del terremoto, Inglaterra se estabilizó en el siglo XVIII bajo el gobierno del Parlamento. Aunque el rey no fuera en modo alguno un mero figurante, no intentó ya interferirse en la progresión de las *enclosures*. El Parlamento

era más que un comité de señores rurales; los intereses comerciales urbanos tenían en él, como mínimo, alguna representación indirecta a través del corrompido sistema de representación municipal.[40] La administración local, con la que los campesinos estaban en contacto directo, se hallaba más firmemente aún que antes en manos de la *gentry* y de la aristocracia titulada. A medida que avanzaba el siglo XVIII, la tramitación de asuntos públicos en las parroquias, que en número de unas quince mil formaban las células del cuerpo político de Inglaterra, se llevó cada vez más a puertas cerradas, hasta perder todo vestigio del carácter popular y democrático que pudiera haber tenido durante la Edad Media.[41]

Fue el Parlamento, por otra parte, quien acabó por controlar la tramitación de las *enclosures*. Formalmente, los procedimientos por los que un señor rural hacía aceptar una *enclosure* por, decreto del Parlamento eran públicos y democráticos. En la práctica, sin embargo, los grandes propietarios de haciendas dominaban los procedimientos del principio al fin. Para que el Parlamento aprobara una propuesta de *enclosure*, se requería el consentimiento de «tres cuartas partes a cuatro quintas partes». Pero ¿qué consentimiento? La respuesta debe buscarse en los bienes, no en las personas. Los sufragios no se contaban, sino que se pesaban. Un gran propietario podía hundir a una comunidad entera de pequeños propietarios y colonos.[42]

La supremacía política y económica de los grandes señores rurales durante el siglo XVIII era en parte el resultado de tendencias muy anteriores a la Guerra Ci-

vil, sobre todo la autoridad de notables locales y la ausencia de un fuerte aparato burocrático que la refrenara, incluso bajo los Tudor y los Estuardo. Y los efectos de la propia Guerra Civil, en vivo contraste con los de la Revolución Francesa, habían sido robustecer en gran manera la posición de las clases altas terratenientes. Ya ha habido ocasión de aducir algunos datos que indicaban que el cambio en la distribución de la propiedad de la tierra durante la Revolución Puritana había sido relativamente pequeño.[43] Con sólo dos excepciones, todas las grandes familias radicadas en 1640 en los condados de Northamptonshire y Bedfordshire se hallaban todavía allí un siglo más tarde.[44]

La aristocracia rural de Inglaterra, habiéndose adaptado temprano al mundo del comercio, hasta el punto de llegar a tomar la delantera en la marcha hacia la nueva era, no fue arrastrada por las convulsiones que acompañaron el cambio. Aunque en el siglo XVIII su entrelazamiento con la burguesía fue menor que bajo Isabel y los primeros Estuardo, la conexión entre una y otra clase continuó siendo estrecha.[45] Como ha observado sir Lewis Namier, las clases dirigentes inglesas del siglo XVIII no fueron «agrarias» como sus contemporáneas de Alemania; la civilización que crearon no fue ni urbana ni rural. No vivían ni en castillos fortificados, ni en *manor houses*, ni en palacios erigidos en las ciudades (como en Italia), sino en casas solariegas ubicadas en sus dominios.[46]

Existe amplio acuerdo entre los historiadores acerca de que el período que va poco más o menos desde 1688 hasta el final de las guerras napoleónicas fue la

edad de oro de las grandes haciendas rurales. En partes sustanciales del país, se ensancharon éstas a costa, algunas veces, de la pequeña *gentry*, y en especial de los campesinos. Nadie ha tomado aún la voz para negar la importancia fundamental de las *enclosures* o que innumerables campesinos perdieron sus derechos sobre los terrenos comunales de las aldeas al ser éstos absorbidos por los grandes señores rurales. Fue aquélla una época de perfeccionamiento de las técnicas agrícolas: incremento del uso de fertilizantes, nuevos cultivos, rotación de cultivos... Los nuevos métodos no podían aplicarse en los campos sujetos a las reglas de la explotación comunal; los gastos que exigían resultaban más penosos para el agricultor de escasos, o hasta medianos, recursos. No cabe duda que el aumento en extensión de las granjas se debió, en gran parte, a los mayores beneficios y menores costos de las unidades más extensas.[47]

Los contemporáneos fueron conscientes de esas ventajas, que les entusiasmaron —quizás en demasía. Como su equivalente en las ciudades, y de hecho como todos los revolucionarios modernos, el capitalista rural justificaba la miseria que causaba apelando a los beneficios que procuraba a la sociedad, a la par con sus inmensas ganancias personales. Sin tales ideas de beneficio para la sociedad y los sustanciales elementos de verdad que contenían, sería imposible comprender la implacabilidad del movimiento cercador.[48]

Hasta aquí he hablado como si el capitalista rural hubiera sido una sola persona. En realidad fueron dos: el gran propietario de tierras y el gran *farmer* arrenda-

tario. El primero era un aristócrata que no trabajaba con sus manos y que a menudo confiaba los detalles prácticos de la administración a un mayordomo, si bien por lo general lo vigilaba de cerca. Antes de examinar los pliegos oficiales, Walpole leía los informes de su mayordomo. La contribución del gran señor rural al desarrollo de la agricultura capitalista, en aquella etapa, fue sobre todo legal y política; era él, por lo común, quien estatuía las *enclosures*. Careciendo de siervos para trabajar la tierra, solían arrendarla a grandes granjeros que la llevaran. Muchos de éstos utilizaban mano de obra asalariada. Bastante al principio aún del siglo XVIII, los propietarios de tierras estaban ya «bien enterados de lo que era una buena hacienda. Era la llevada por grandes granjeros que tuvieran doscientas o más acres, pagaran sus rentas regularmente y mantuvieran la posesión en buen estado. Los tres métodos más importantes de desarrollo en ese período fueron todos ellos medios al servicio de tal finalidad —consolidación de las haciendas, *enclosure* y reemplazamiento de los contratos de arrendamiento vitalicios por contratos de duración limitada a años— y en la práctica estuvieron relacionados unos con otros de muy diversas maneras».[49] Los grandes *farmers* pagaban una contribución económica. Aunque los propietarios corrieran con las cargas de gravosos impuestos, —los renteros se hallaban en una posición suficientemente sólida para imponerlo—, raras veces proporcionaban a éstos capital de explotación.[50] Tampoco se esperaba de ellos que lo hicieran. Con todo, los grandes renteros, junto con los más ricos poseedores de tierras francas,

y no el célebre puñado de «audaces señores rurales», fueron los auténticos pioneros del desarrollo agrícola, a juicio de un historiador reciente.[51]

El espacio de tiempo en que tales cambios se produjeron con mayor rapidez y profundidad no está del todo claro. Parece muy probable, sin embargo, que el movimiento de *enclosure* acumuló considerable fuerza alrededor de 1760. Cobró quizá su máxima aceleración durante las guerras napoleónicas, para extinguirse después de 1832, habiendo contribuido entre tanto a cambiar el campo inglés más allá de todo cálculo. El alza de precios de los alimentos y probablemente también las dificultades para obtener mano de obra parecen haber sido los principales factores que indujeron y compelieron a los señores rurales a ensanchar sus posesiones y a racionalizar la manera de cultivarlas.[52]

Así pues, en partes sustanciales de Inglaterra, al hacerse más extenso el gran dominio y ser dirigido cada vez más, según principios comerciales, la comunidad campesina medieval quedó, finalmente, destruida. Es bastante probable, aunque no del todo seguro, que la ola de *enclosures* parlamentarias durante el siglo XVIII y principios del XIX significó tan sólo dar sanción legal a un proceso de erosión de la propiedad campesina que hacía ya algún tiempo que venía desarrollándose.[53] Por la experiencia de otros países, sabemos que la intrusión del comercio en una comunidad campesina pone en marcha casi siempre una tendencia a la concentración de la tierra en menor número de manos. Tal tendencia había sido perceptible en Inglaterra al menos desde el siglo XVI. En el corazón de un área duramente golpea-

da por la *enclosure*, el 70 por ciento de las tierras de una aldea habían sido ya separadas de la economía campesina antes que el Parlamento decretara la *enclosure* del lugar. Hacia 1765 sólo tres familias de cada diez ocupaban tierras en aquella área con creciente industria. El resto eran braceros, calceteros, pequeños artesanos. Setenta pequeños campesinos, de menos de un centenar, poseían menos de la quinta parte de todas las tierras, mientras que una docena de familias selectas poseían tres quintas partes.[54] Una situación similar debió de prevalecer en la mayoría de las zonas duramente sujetas a la *enclosure* en la segunda mitad del siglo XVIII. Si, para hacerse cargo del área afectada, uno mira un mapa de Inglaterra sombreado de acuerdo con las áreas totales de los condados donde tuvo lugar la *enclosure* de campos comunales, comprueba que estuvo sujeta a ella más de la mitad del país. Aproximadamente la mitad, a su vez, de esta área, sobre todo en los Midlands pero con una amplia lengua que se extiende hacia el Norte, sufrió el impacto más fuerte, con proporciones de un tercio a una mitad, e incluso más, de las áreas totales de los condados.[55]

Como acostumbra a suceder en los cataclismos sociales de esa naturaleza, el destino de los que salieron perdiendo en la transformación es muy difícil de discernir. En el curso de los procedimientos de *enclosure*, aquellos que tenían derechos de propiedad que defender pudieron, por lo común, capear mejor el temporal que aquellos que no los tenían. Con todo, muchos pequeños propietarios debieron soportar gravosas costas conexas a los procedimientos de *enclosure*, así como de-

sembolsos de capital para cercar con seto y abrir zanjas, lo cual hizo precaria su situación.[56] Aquellos cuyos derechos de propiedad eran tenues o inexistentes no aparecen en la documentación histórica, precisamente porque carecían de derechos de propiedad que defender. «Esos trabajadores sin, o casi sin, tierras, junto con los pequeños llevadores que desaparecieron con la consolidación (de las haciendas), representan las verdaderas víctimas de la *enclosure* y, si no se les tiene en la mente constantemente, pueden ser también las víctimas del método estadístico».[57] Dentro de esas capas más bajas, antes de la *enclosure*, había existido cierta variedad en la posición económica y legal. Las familias más pobres —los *cottagers*, por ejemplo— tenían una pequeña vivienda y el derecho de cultivar algunas piezas de tierra y quizás, además, de criar una vaca, algunas ocas, un cerdo... Por lo general, hombres y bestias se habían ganado una existencia en la que los derechos sobre los terrenos comunales desempeñaban un papel importante. Para los *cottagers* y, ciertamente, para los braceros sin tierras que tan sólo disfrutaban de uso consuetudinario, y no legal, de los terrenos comunales, la pérdida de tal derecho o privilegio significaba el desastre. «La apropiación por los propietarios legales de prácticamente la totalidad de los baldíos comunales para usar de ellos en exclusiva significaba que la cortina que separaba al ejército creciente de braceros de la proletarización completa había sido arrancada. Era, sin duda, una leve y escuálida cortina... pero existía, y privarlos de ella sin proporcionarles un sustitutivo implicaba la exclusión de los braceros de los beneficios

que sólo su intensificado laborar hacía posibles».[58] Las gentes humildes situadas en las bajuras de la colectividad rural quedaron, pues, marginadas, y pasaron o bien a engrosar el nuevo ejército de braceros rurales, necesario por algún tiempo a fin de dotar a las *enclosures* de setos, zanjas y caminos o para llevar adelante las nuevas prácticas agrícolas, que aún no era posible ejecutar con maquinaria que ahorrara mano de obra, o bien a unirse a los miserables obreros en ciudades opresoras. La erudición moderna tiende a creer que los desposeídos *cottagers* y braceros sin tierras preferían de ordinario permanecer en el campo, y que los que se convertían en obreros industriales eran el «excedente no absorbido».[59] En general, sin embargo, sólo los jóvenes, los solteros y los artesanos estaban dispuestos a abandonar el suelo natal —y los nuevos patronos industriales sólo querían individuos como ellos. Los hombres maduros con familia no eran tan adiestrables ni tan capaces de erradicarse del tejido de la vida rural. Permaneciendo en el campo, podían recurrir a su «último derecho» —el derecho al socorro de pobres.[60]

En una aldea del Leicesterhire, «como en millares de otras parroquias de los Middlands y el Sur», los cercamientos de campos comunales, junto con la ruina del estado llano y las exigencias de una economía monetaria, llevaron consigo un ininterrumpido aumento de las contribuciones «de pobres», que, hacia 1832, debían alcanzar a tener «casi la mitad de las familias de la aldea en cobranza regular del socorro de pobres y muchas más cobrando socorro intermitente». En el siglo anterior esas mismas familias habían sido pequeños granjeros que se bastaban a sí mismos o *cottagers* no en exceso apurados, que podían obtener lo necesario para vivir en una economía de campos libres.[61] Allí donde el sistema de campos libres había funcionado plenamente bien, como para suministrar en cantidad suficiente lo que se necesitaba, había constituido la base de cierta igualdad económica aldeana. Había servido también para reforzar la red de relaciones sociales basada en la división del trabajo que *había sido* en realidad la sociedad de la aldea. Cuando, en el pasado, la sociedad de la aldea había sido fuerte, los campesinos habían luchado vigorosamente, y con algún éxito, para defender sus derechos. En el siglo XVIII, tras el golpe de gracia de las *enclosures* y las influencias comerciales, los pequeños granjeros dejaron de resistir, no se batieron ya.[62] Parece, pues, bastante claro que, al desaparecer los terrenos comunales y empezar a imponerse en el campo un nuevo sistema económico, la vieja comunidad campesina, finalmente, cedió y pasó a desintegrarse.[63]

Echando una mirada retrospectiva al movimiento de *enclosure* en conjunto y teniendo en cuenta los resultados de la investigación moderna, parece asimismo harto evidente que, junto con la expansión de la industria, los cercamientos fortalecieron en gran manera a los propietarios rurales más poderosos y descalabraron al campesinado inglés, eliminándole como factor de la vida política británica. Desde el punto de vista de los procesos tratados aquí, es éste, por encima de todo, el punto decisivo. Además, al campesino «sobrante», le

daba lo mismo si el tirón de las ciudades o fábricas era más o menos importante que el empujón que le expulsaba de su mundo rural. A fin de cuentas, en uno u otro caso, estaba atrapado entre alternativas que significaban degradación y sufrimiento comparadas con la vida tradicional de la comunidad aldeana. Que la violencia y la coerción que produjeron tales resultados tuvieran lugar durante un largo espacio de tiempo, y casi por entero dentro del marco de la ley y el orden, que contribuyeran a la larga a establecer la democracia sobre una base más firme, todo ello no debe ocultarnos la masiva violencia ejercida por las clases altas contra las bajas.

4. GOBIERNO ARISTOCRÁTICO PARA EL CAPITALISMO TRIUNFANTE

El siglo XIX, por el contrario, se caracterizó por la transformación pacífica; durante su transcurso, la democracia parlamentaria fue estableciéndose con firmeza y ampliándose de precedente en precedente. Antes de examinar qué papel desempeñaron los cambios agrarios en ese proceso, conviene hacer una breve pausa y considerar cómo la violencia de los siglos XVII y XVIII —abierta y revolucionaria en el primero, más disimulada y legal, pero no por eso menos violenta, en el segundo— habían preparado el camino para la transición pacífica del XIX. Romper la conexión entre ambos procesos sería falsificar la Historia. Afirmar que aquélla, de algún modo, fue necesaria e indispensable,

justificar el presente por el pasado con un argumento que es imposible comprobar. Todo lo que puede hacer el historiador social es apuntar una conexión contingente entre cambios en la estructura de la sociedad.

Puede que el legado más importante del pasado violento fuera el haberse fortalecido el Parlamento a expensas del rey. El hecho de que el Parlamento existiera significaba que se contaba con una institución flexible que constituía, tanto una arena en la cual podía integrarse a nuevos elementos sociales a medida que planteaban sus exigencias, como un mecanismo institucional para componer pacíficamente los conflictos de intereses entre los distintos grupos. Si bien el Parlamento, tras la Guerra Civil, había quedado ante todo como un instrumento de las clases altas rurales con mentalidad comercial, no era tan sólo eso; como iba a mostrar la experiencia, podía llegar a ser mucho más. El haber desarrollado aquella clase una base económica que la había conducido a oponerse violentamente a la corona antes de la Guerra Civil tuvo mucho que ver con la vigorización del Parlamento, punto que se verá más claro cuando será posible comparar el curso de los hechos en Inglaterra con otros casos en que ello no sucedió. El fuerte tono comercial en la vida de las clases altas rurales, lo mismo de la *gentry* que de la nobleza titulada, llevó también aparejado que no existiera ninguna falange demasiado compacta de oposición aristocrática al progreso de la misma industria. A pesar de que algunos de sus miembros expresaran a menudo sentimientos adversos, se puede afirmar con justicia que el sector más influyente de las clases altas rurales

actuó como una avanzada política del capitalismo comercial e industrial. Así continuaban actuando, sólo que de nuevas maneras, durante el siglo XIX.

La otra gran herencia era la destrucción del campesinado. Por brutal y despiadado que parezca el concluirlo, hay razones de peso para sostener que contribuyó al cambio democrático pacífico en la misma medida, quizá, que la pujanza del Parlamento. Implicó que la modernización pudiera avanzar en Inglaterra sin el inmenso fondo de fuerzas conservadoras y reaccionarias que ha existido, en determinados momentos, en Alemania y el Japón, para no mencionar a la India. También, por supuesto, que la posibilidad de revoluciones campesinas a la manera de Rusia y de la China no entrara ya en el orden del día de la Historia.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX, la victoria de la democracia parlamentaria no tenía, ciertamente, nada de inevitable. Es improbable, en efecto, que la gran mayoría de los individuos tuvieran ni la noción más vaga de qué podían significar tales palabras y de qué clase de sociedad se dibujaba en el horizonte. El comercio, durante el siglo XVIII, había hecho progresos considerables. Se manifestaban ahora los primeros signos de conflicto entre los intereses rurales y los relativos al comercio. Elementos influyentes de éste trataban de promover una política exterior agresiva en pos de materias primas y mercados, mientras que gran parte de la *gentry* se resistía a pasar adelante por miedo de contribuciones más elevadas, en una época en que la contribución territorial era la máxima fuente de rentas públicas. Entre tanto empezaban a hacerse oír vo-

ces radicales que denunciaban la necesidad de revisar la anticuada estructura social de Inglaterra, en especial su corrompido Parlamento. El cliché de que la política del siglo XVIII fue un batallar de camarillas sin auténticos puntos en disputa es simplemente falso. Existían las mismas tensiones entre nuevas y antiguas formas de sociedad y de civilización que en el siglo XVII, traspuestas a una nueva era, aunque quizá sea exagerado afirmar que, tras la pérdida de las colonias americanas, Inglaterra estaba a dos dedos de la acción revolucionaria.[64]

El estallido de la Revolución Francesa puso fin a toda esperanza de reforma. Más específicamente, tan pronto como la Revolución Francesa dejó atrás su fase liberal, cuando la huida de Luis XVI a Varennes y su nueva captura «arrancaron el velo de ilusiones» sobre expectativas liberales y la Revolución empezó a entrar en una fase radical, los que simpatizaban con ella en Inglaterra se encontraron en una posición cada vez más embarazosa. Pitt el Joven cortó toda especulación sobre reforma. Inglaterra empezó a entrar en una fase de represión que se prolongó hasta después de las guerras napoleónicas. Su característica fundamental fue que las clases altas, tanto en las ciudades como en el campo, cerraron filas en torno de lemas patrióticos y conservadores contra la amenaza del radicalismo y la tiranía franceses y contra la más remota de que sus privilegios peligraran.[95] Si la amenaza de revolución y dictadura militar no se hubiera desvanecido con la batalla de Waterloo, es sumamente improbable que Inglaterra hubiera reanudado en el siglo XIX aquellos pa-

sos lentos y titubeantes hacia la reforma política y social que había interrumpido a fines del XVIII. Que existieran regímenes aceptables en Europa y no se cerniera, por lo tanto, desde ésta ninguna amenaza era uno de los requisitos previos para la evolución democrática pacífica de Inglaterra.

Para comprender por qué la fase reaccionaria fue relativamente breve y por qué el movimiento hacia una sociedad más libre rebrotó durante el siglo XIX, es necesario llevar la atención más allá de las clases terratenientes. Estas habían alcanzado el cenit de su poder, económico y político a la vez, antes del cambio de siglo; su desenvolvimiento posterior combina defensa y concesiones, otorgadas tanto más fácilmente cuanto el proceso de erosión fue pausado y su base económica quedó firme. Las habituales metáforas mecánicas son aquí engañosas. Aunque los elementos urbanos capitalistas «subieron», las clases rurales superiores no «cayeron» —al menos no por largo tiempo. Hacia el final de las guerras napoleónicas, los más modernos de aquéllos habían alcanzado ya considerable fuerza gracias a sus realizaciones económicas, las cuales, como subrayan los historiadores de nuestros días, tenían detrás una dilatada historia. Les había sido allanado el camino durante el liderazgo de las clases terratenientes. Los capitalistas ingleses del siglo XIX no tuvieron que apelar a nada parecido a Prusia y sus *Junker* para dar cima a la unidad nacional, romper las barreras internas al comercio, establecer un sistema legal uniforme, circulación monetaria moderna, y otros requisitos previos para la industrialización. Hacía ya mucho

tiempo que se había racionalizado el orden político y creado un Estado moderno. Sólo con un mínimo de ayuda de ese Estado, lograron, en su calidad de primera burguesía plenamente capitalista, convertir gran parte del globo en área comercial propia. Pese a los perjuicios que le ocasionaron transitoriamente las guerras napoleónicas, el capitalismo industrial inglés consiguió extenderse, en general por medios pacíficos, y así absorber los recursos foráneos y convertir a Inglaterra, durante el siglo XIX, en el taller del mundo. Las otras tareas capitalistas, como el acrecentamiento de la disciplina obrera, los líderes industriales ingleses fueron también capaces de llevarlas a cabo por su propia cuenta, sólo con un mínimo de ayuda del Estado y de la aristocracia rural. Se vieron obligados a ello, por cuanto el aparato represivo del Estado inglés era relativamente débil a consecuencia de la Guerra Civil, con la prematura evolución de la monarquía que había traído, y de depender más de la armada que del ejército. En contrapartida, la ausencia de una monarquía fuerte apoyada en el ejército y la burocracia, como en Prusia, hizo más fácil el desarrollo de la democracia parlamentaria.

Mientras tanto la *gentry* terrateniente y los elementos situados más arriba que ella en la escala social tenían aún firmemente en sus manos las palancas del poder político. Nutrían los gabinetes, monopolizaban la representación de las zonas rurales, y aun se sentaban en el Parlamento como representantes de las ciudades. A nivel local, su influencia seguía siendo muy grande. Como ha indicado un historiador de nuestros

días, la antigua clase dirigente controlaba todavía con firmeza el poder a mediados del siglo XIX. «El sistema político aún era, en considerable medida, el juguete de la nobleza y de la *gentry*, y en particular de los propietarios hereditarios de los grandes dominios». El núcleo de ese sistema no comprendía quizá más de mil doscientas personas.[66]

Por otro lado, no obstante, tales estratos rectores manejaban las palancas del poder dentro del contexto de enérgicos desafíos de otras clases. Poner tan sólo de relieve su posición privilegiada en el aparato político formal, e incluso en el informal, daría una impresión engañosa de la potencia de la *gentry* y de la nobleza.[67] Aunque el *bill* de Reforma de 1832, que dio el voto a los capitalistas industriales, decepcionó las esperanzas y demostró infundados los temores de, respectivamente, los más ardientes abogados y los más acérrimos adversarios de aquélla, su aprobación no deja de significar que la burguesía había enseñado los dientes.[68] Lo mismo se puede decir de la derogación de las *Corn Laws* («leyes sobre cereales») en 1846. Las clases altas rurales no sufrieron ningún desastre, pero conocieron los límites de su poder.

Tampoco ante la agitación «cartista», durante la década 1838-1848, surgió una política de reacción muy dura, intransigente. Cierto es que el gobierno conservador, espoleado por la reina Victoria y el duque de Wellington, recurrió a las tropas, abrió correspondencia privada en busca de información y enjuició a algunos de los adalides de la conspiración —que el jurado trató con lenidad—, y asimismo que aprovechó

la ocasión para desencadenar un ataque contra la prensa radical del momento. Pero los *whigs*, que ocuparon el poder al principio y al final de dicho período, fueron mucho más tolerantes. *Lord* John Russell, ministro del Interior, prohibió toda interferencia a los grandes mítines «cartistas» celebrados en otoño de 1838. Excepto en determinadas fases relativamente breves, el gobierno *whig* prestó muy poca atención a los «cartistas». Los papeles privados de Russell no contienen sino una referencia ocasional a su movimiento. La única efusión de sangre se dio cuando veintidós «cartistas» fueron muertos a tiros en un tumulto, episodio que tuvo lugar, irónicamente, pocos días después de que el fiscal de la corona de los *whigs* se enorgulleciera de que se había suprimido el movimiento «sin derramar ni una sola gota de sangre».[69]

Al desarrollar el movimiento «cartista» intentos armónicos de violencia, ponía a dura prueba los principios liberales. El trato relativamente suave que le dispensaron las clases dirigentes puede imputarse a tres factores. En primer lugar, a que entonces existía una fuerte corriente de opinión favorable a hacer algo para aliviar la miseria de las masas, a la vez que marcadamente adversa a recurrir a la fuerza. Esa corriente de opinión es atribuible, a su vez, a la experiencia histórica de Inglaterra, cuando menos a partir de la Revolución Puritana. Russell era un *whig* doctrinario consagrado al ideal de la libertad y ansioso de evitar todo atentado a la libre discusión de las cuestiones políticas.[70] Y, en tercer lugar, cabe que, al combinarse una legislación que tendía a mejorar la situación de los po-

bres con un giro favorable de la situación económica, el movimiento «cartista» perdiera gas antes de haber llegado a constituir una amenaza realmente seria.

La situación inglesa durante la primera mitad del siglo XIX, y aun hasta bastante después, contrasta vivamente con la que se observa en Alemania, donde en aquel mismo período de tiempo (y también más tarde) una burguesía mucho más débil se apoyaba en la aristocracia rural para protegerse contra el descontento popular e imponer las medidas políticas y económicas necesarias para la modernización. En Inglaterra los intereses terratenientes se enzarzaron, hasta cierto punto, en una contienda de popularidad con la burguesía para ganarse el apoyo de las masas. Después de 1840 la clase de los propietarios rurales encontró en el sostenimiento de las leyes sobre las fábricas una forma adecuada de responder a los ataques de los industriales contra las *Corn Laws*, aunque convendría notar que hubo clarividentes partidarios de reducir la jornada laboral entre los mismos industriales.[71]

Así pues, el tema de la oposición acérrima al progreso de la democracia parlamentaria no constituyó sino una corriente rara y menor entre la aristocracia rural de Inglaterra en el siglo XIX.[72] No es posible encontrar en la historia inglesa el equivalente de aquellos conservadores alemanes cuyos representantes parlamentarios se pusieron en pie para mostrar su encendido aplauso al desafío resonante de *Herrn* von Oldenburg auf Januschau: «El rey de Prusia y Káiser de Alemania debe estar siempre en condiciones de decir a cualquier teniente: "¡Tome diez hombres y fusile al Reichstag!"».[73]

Una de las razones por que semejante escena parece incongruente con la Inglaterra del siglo XIX es que, a diferencia de los *Junker*, la *gentry* y la nobleza de Inglaterra no tenían gran necesidad de confiar en palancas políticas para apuntalar una posición económica tambaleante. Ni siquiera la abolición de las *Corn Laws* tuvo los efectos calamitosos pronosticados por algunos. Si acaso, las condiciones de la agricultura después de 1850 fueron más bien mejores que antes. Los precios seguían aumentando. La administración de las haciendas se acercaba cada vez más a la de las empresas capitalistas a medida que los encargados se esforzaban por sacar ventaja de los grandes progresos en técnicas agrícolas llevados a efecto en las décadas precedentes. Hubo ahí, claro está, considerables diferencias. En los sectores cimeros, confiar gran parte de la responsabilidad a un agente fue una costumbre bastante extendida. De esa manera el propietario ganaba tiempo libre para el deporte, la cultura y la política, al paso que el cometido del agente adquiría muchas de las cualidades de una profesión liberal. El gran señor rural, con todo, tomaba las decisiones principales o asumía la responsabilidad de ellas, y no dejaba para los agentes sino la rutina. Para la *gentry*, la alternativa más bien estaba entre una administración solícita por sí mismos o, por el contrario, confiarla a abogados de las ciudades, que a menudo ignoraban las peculiaridades rurales y que se hacían ricos —así pensaban algunos de los miembros de aquélla— a costa de la pobreza de los propietarios.[74] Partícipes del avance general de la era victoriana y dadas a adquirir de continuo caracteres burgueses y capi-

talistas, las clases altas rurales de Inglaterra tenían muchas menos razones que sus equivalentes continentales para oponerse al progreso del capitalismo y de la democracia.

En el siglo XIX, como ya antes, los límites entre la nobleza acaudalada y la *gentry*, por un lado, y los sectores más elevados del mundo de los negocios y de las profesiones liberales, por el otro, eran desdibujados e inciertos.[75] En numerosos casos individuales, resulta muy difícil determinar si una persona pertenece a una u otra de aquellas categorías. Esa dificultad, la desesperación de todos aquellos que emprenden un análisis estadístico de la estructura de las clases en Inglaterra, constituye en sí misma uno de los datos más importantes sobre tal estructura.[76]

Cabe la posibilidad de que, cuantitativamente, la ósmosis entre mundo de los negocios y aristocracia rural en el siglo XIX no fuera muy distinta en Inglaterra y en Alemania. Hay incluso algunas exploraciones estadísticas que indican, cosa bastante sorprendente, que fue más intensa en Prusia. Un investigador afirma que ha logrado averiguar que, en una dilatada serie de años antes de 1918, la Cámara de Diputados prusiana incluía entre sus miembros algo más de un 78 por ciento, por término medio, procedentes de la burguesía (*Bürgertum*) y la nobleza nueva. En la diplomacia y la administración, por otro lado, auténticas claves del poder en Alemania, las proporciones de elementos no nobles eran, respectivamente, de un 38 y un 43 por ciento. Para Inglaterra, cierto estudio del Parlamento durante los años 1841-1847 halla tan sólo un 40 por

ciento de miembros relacionados con el mundo de los negocios, mientras que el 60 por ciento restante no estaban unidos a él por ningún vínculo.[77] El manejo de tales datos plantea espinosos problemas técnicos; por ejemplo, si las cifras totales estadísticas de cada país son realmente comparables. ¿Es apropiado poner uno al lado de otro, el 40 por ciento del Parlamento inglés relacionado con el mundo de los negocios y el 78 por ciento de la Cámara de Diputados prusiana procedente del *Bürgertum*? Soy escéptico sobre el particular; creo, por el contrario, que ni siquiera si pudiéramos resolver los problemas técnicos habríamos avanzado demasiado.

Una medida cuantitativa, por sí misma, nos dice bien poco acerca de la anatomía social y el funcionamiento de las distintas partes de la sociedad. En la Prusia del siglo XIX, los miembros de la burguesía que se asociaron con la aristocracia abrazaron, por lo general, los hábitos y las actitudes de esta última. La relación entre ambas clases en Inglaterra tuvo un signo casi opuesto. Por lo tanto, aunque dispusiéramos de una medida técnica perfecta que diera una lectura numérica idéntica de la cantidad total de fusión en Inglaterra y Prusia, caeríamos en un error catastrófico si dijéramos que los dos países se comportaron de modo parecido. Las estadísticas, cuando abstraen de la esencia de la situación el todo del contexto estructural en que la ósmosis social tuvo lugar, tienden un lazo al lector incauto. Vale la pena recalcarlo porque las estadísticas están ahora de moda. Los hombres que detentan el poder no necesariamente lo ejercen en interés, tan

sólo, de la clase de que proceden, sobre todo en las situaciones de transición.

También en Inglaterra se dio cierta tendencia a la adopción de caracteres aristocráticos por la *élite* comercial e industrial. Todos los análisis de la Inglaterra anterior a 1914, y según y como incluso más allá de aquel hito, dan fuertemente la impresión de que el poseer acres de césped que allanar con el rodillo y una casa en el campo era indispensable para la preeminencia política y social. Sin embargo, a partir aproximadamente de la década de 1870, los dominios rurales dejaron, cada vez más, de ser los fundamentos del poder político para convertirse en meros símbolos de preeminencia social.

En parte porque el fin de la Guerra Civil Americana y el empleo del buque de vapor habían empezado a hacer asequibles en Europa los cereales norteamericanos, sobrevino entonces una depresión agrícola que pasó a erosionar seriamente la base económica de los estratos rurales superiores.[78] Más o menos lo mismo sucedió en Alemania, y será de nuevo instructivo contemplar a Inglaterra sobre el fondo de aquélla. Allí los *Junker* pudieron servirse del Estado en sus esfuerzos para preservar su posición y, asimismo, para formar un frente agrícola unido con los campesinos propietarios del resto de Alemania. En ningún momento atravesó Alemania por una experiencia comparable a la abolición de las *Corn Laws*. En vez de ello, los sectores principales de la industria forjaron el matrimonio del hierro y el centeno (plenamente consumado por el arancel de 1902), del que sacaron, como su parte en el negocio, un programa de construcción naval. La coalición entre los intereses de los *Junker*, del campo y de la industria en torno de un programa de imperialismo y reacción tuvo, en conjunto, resultados desastrosos para la democracia alemana. En la Inglaterra del siglo XIX, tal amalgama, no se produjo. Los programas políticos imperialistas tenían ya en Inglaterra mucha historia detrás. Eran una alternativa, quizás incluso un apéndice de los programas librecambistas, más que un fenómeno social completamente nuevo que surgiera del capitalismo avanzado.[79] Ante los problemas agrícolas, los gobiernos conservadores de 1874-1879 no tomaron sino tímidas medidas paliativas; los liberales, de 1880 en adelante, o dejaron que las cosas siguieran su curso o atacaron activamente los intereses agrarios.[80] La norma fue dejar que la agricultura se las apañara por sí misma, es decir, se suicidara de una manera decorosa confortada por algunas lágrimas retóricas. Difícilmente se la hubiera abandonado así a su suerte sin la circunstancia de que a la sazón hacía ya tiempo que los estratos superiores de Inglaterra no eran ya agrarios. El centro de la actividad económica había pasado a la industria y al comercio. Disraeli y sus sucesores demostraron que, con alguna que otra reforma, se podía mantener y sostener una base popular para el conservadurismo dentro de un contexto democrático. Iban a sobrevenir aún conflictos, como cuando Lloyd George cargó la mano sobre la nobleza terrateniente en su presupuesto de 1909 y ello provocó una crisis constitucional. Pero por entonces, pese al furor de los sectores afectados, el problema agrario y la cuestión del poder de la aristocracia rural

habían quedado en segundo término para ceder el paso a nuevas cuestiones, en especial cómo incorporar el obrero al consenso democrático.

Si echamos una mirada retrospectiva al conjunto del siglo XIX, ¿qué factores se destacan como responsables del progreso de Inglaterra hacia la democracia? Los herederos de un pasado violento han sido ya mencionados: un Parlamento relativamente fuerte e independiente, influencia del comercio y la industria, con su propia base económica, ningún problema campesino serio. Otros factores son específicos del siglo XIX. Gobernando dentro del contexto de un capitalismo industrial en rápido desarrollo, las clases rurales superiores integraron a los nuevos elementos en sus filas a la vez que competían con ellos en busca del apoyo popular —o, por lo menos, evitaron un descalabro con concesiones oportunas. Tal política era necesaria por no existir un aparato de represión eficaz. Era, además, posible, por cuanto la posición económica de las clases dirigentes se desgastó lentamente y de una manera que les permitió pasar de una base económica a otra con sólo un mínimo de dificultades. Por último, tales orientaciones tan necesarias como posibles se materializaron gracias a que líderes prestigiosos vieron y manipularon los problemas harto correctamente y a tiempo. No hay ninguna necesidad de negar la significación histórica de los hombres de Estado moderados e inteligentes. Es preciso, sin embargo, atender a la situación dentro de la que se movieron, una situación creada en gran medida por hombres que habían sido también inteligentes, pero muy poco moderados.

II

EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN EN FRANCIA

1. CONTRASTES CON INGLATERRA Y CAUSAS QUE LOS ORIGINARON

Entre los factores decisivos en el desarrollo de la democracia en Inglaterra figuraron, como hemos visto, la independencia de la *gentry* y la nobleza rurales respecto a la corona, su adopción de la agricultura comercial, en parte como respuesta al ascenso de una clase mercantil y manufacturera con sólida base económica propia, y la desaparición del problema campesino. La sociedad francesa entró en el mundo moderno por un camino muy distinto. En vez de abrirse paso a brazo partido hacia un alto grado de independencia, la nobleza francesa, o más específicamente su sector cimero, se convirtió en una escolta decorativa del rey. Pese a la inversión de esa tendencia en la segunda mitad del siglo XVIII, la consecuencia final fue la destrucción de la aristocracia. En vez de una clase alta rural que recurriera a la agricultura comercial a la manera inglesa, en la Francia de la monarquía borbónica encontramos primordialmente una nobleza que vivía de lo que podía sacar de las obligaciones que gravitaban

sobre los campesinos. En lugar de la destrucción de la propiedad campesina, observamos su consolidación gradual, lo mismo antes que después de la Revolución. El comercio y la fabricación franceses marcharon rezagados con respecto a Inglaterra. Desde el siglo XVI hasta el XVIII inclusive, las principales variables estructurales y tendencias históricas que caracterizaron a la sociedad francesa del *ancien régime* difirieron en gran manera de las de Inglaterra. Cómo y por qué hubo cierta semejanza en el resultado político final durante los siglos XIX y XX constituye, junto con algunas de las diferencias importantes, el enigma central que voy a tratar de descifrar en este capítulo. Toda vez que sin la Revolución es muy improbable que se hubiera llegado a ninguna semejanza, aquel gran acontecimiento será el tema central de mi análisis.

En comparación con su equivalente en Inglaterra durante el siglo XVIII, la nobleza francesa vivía en gran parte de los derechos percibidos en especie o en metálico de sus campesinos. Los orígenes de tal diferencia arrancan de suficientemente atrás en las nieblas de la primitiva historia francesa para hacer desaconsejable que un aficionado trate de mirárselos muy de cerca, sobre todo desde el momento que el gran historiador francés Marc Bloch prefirió levantar las manos de la empresa antes que apuntar una explicación. Me limitaré, pues, a decir que, aproximadamente a fines del siglo XIV y durante el siglo XV, habían empezado ya a aparecer muchos de los rasgos fundamentales. Ante todo que el señor consagraba relativamente poca atención al cultivo de su dominio estricto, más bien poco

extenso, y que parece habérsele encogido aún al ir cediendo fracciones de él en pequeñas parcelas a los campesinos a cambio de una parte de la cosecha. De ser posible, el señor prefería arrendar su tierra en bloque y, en muchos casos, en condiciones que indican que esperaba recobrarla en el futuro. Pero ello no siempre era posible. El noble se encontraba a menudo muy lejos guerreando y, por otro lado, era difícil hallar mano de obra para trabajar la tierra. La mejor solución, al menos para muchos, parece haber sido descargarse lo más posible de las responsabilidades del cultivo en renteros que llevaran grandes unidades o, con mayor frecuencia, directamente en el campesino. Algún tiempo antes la nobleza francesa había empezado a adquirir un régimen jurídico más preciso mediante reglas estrictamente definidas en términos de ley.[2]

Esos dos rasgos de un régimen legal más definido —aunque lejos de estar tan claro como el agua— y de dependencia de los tributos campesinos iban a diferenciar la nobleza francesa de la *gentry* inglesa para el resto de sus días. Ya en fecha bastante temprana, el campesino francés había conseguido escapar de la servidumbre personal, sobre todo aprovechándose de la demanda de mano de obra en el campo, que aumentó cuando el desarrollo de las ciudades ofreció la posibilidad de ganarse la vida de otra manera. Por los tiempos de la Revolución, los campesinos estaban cerca de poseer derechos de propiedad *de facto*.[3]

Debajo de esa continuidad, hubo también importantes elementos de cambio. El sistema de grandes posesiones territoriales trabajadas por siervos, como aca-

bamos de ver, empezó a sufrir modificaciones no más tarde de la segunda mitad del siglo XIV. Al final de la Edad Media y durante los comienzos de la era moderna, en especial quizás en el curso del siglo XVI, cuando un aumento en la afluencia de oro y plata parece haber hecho subir los precios, hay indicios de cierta crisis en los ingresos señoriales. Amplios sectores de la nobleza militar, la *noblesse d'épée*, resultaron duramente afectados. Ello debió de hacer más fácil para los reyes y sus talentosos ministros extender la autoridad real, proceso que culminaría en el largo reinado de Luis XIV (1643-1715). La nobleza, por supuesto, no aceptó su suerte pasivamente. Frente a la catástrofe, muchos nobles intentaron volver grupas, dejar de ser *rentiers* y reconstituir, bajo su propio control, los dominios.[4] Pero, por lo general, les faltaba para ello la base económica, como la producción lanera que hizo posible semejante política en Inglaterra.

Los miembros de la burguesía que habían hecho dinero en las ciudades y empezado a adquirir tierras de los nobles en apuros tuvieron algo más de éxito. El proceso se inició en el siglo XV y prosiguió hasta el final del siglo XVIII. Gracias a esa afluencia de caudales, se produjo cierta reconstitución de los dominios rurales, con lo cual se creó en algunas partes de Francia una nueva situación que presentaba semejanzas con la de Inglaterra, por cuanto los nuevos propietarios vivían en sus haciendas y las administraban pensando en los beneficios. Pero la afinidad es superficial. En la Francia del siglo XVII, e incluso con posterioridad, los beneficios no procedían de la venta de productos en el

mercado, sino de percibir rentas de, los campesinos. Como observó Bloch, la fortuna que pudiera producir una gran hacienda procedía de percibir una serie de pequeños tributos, algunos de ellos en especies, de una serie de pequeñas unidades. Aunque en ocasiones se delegara la responsabilidad en un intermediario, las mejores perspectivas de éxito dimanaban de una administración cuidadosa, detallada y más bien pleitista.[5]

Era una situación ideal para los abogados, y en más de un aspecto. Los cada vez más extendidos tentáculos de la burocracia real necesitaba abogados en su pugna con la nobleza vieja. Y los burgueses ricos que adquirían tierras escalaban círculos sociales más altos o por serles concedida nobleza o por compra de un puesto burocrático (*office o charge*).[6] Aunque la *noblesse de robe* fuera a menudo enojosa para el rey —sólo Luis XIV supo tratarla a su tiempo con deliberado desdén—, proporcionó uno de los principales instrumentos al absolutismo en su pugna con las tendencias localistas y con la nobleza militar. Dadas las pingües ganancias que se solían alcanzar en la burocracia real, especialmente en el siglo XVIII al aflojarse el control del rey, es probable que sus atractivos sirvieran para menoscabar cualquier tendencia a dirigir las haciendas según los criterios ingleses.

En todo caso, el «retorno» al gran dominio constituyó un fenómeno relativamente limitado. No fue, ni de lejos, tan común en Francia como en Inglaterra o en el Este de Alemania. Grandes sectores del país siguieron en manos de los campesinos. Así pues el sistema, en conjunto, se caracterizó por la coexistencia de

grandes y pequeñas unidades.[7] Francia no experimentó un vasto movimiento cercado». En líneas generales, el gran propietario tenía interés en preservar las tenencias campesinas, desde el momento que le proporcionaban la base de su propia existencia.[8] Sólo en la segunda mitad del siglo XVIII empezó la situación a cambiar.

La decadencia de la *noblesse d'épée* formaba parte del mismo proceso por el que el rey consolidaba y extendía su autoridad. En el curso del siglo XVI, y en los siglos subsiguientes, el rey desposeyó a los nobles de muchas de sus funciones judiciales, reclutó soldados y colectó contribuciones en sus tierras, intervino con frecuencia en sus asuntos, y les forzó a someterse a sus parlamentos.[9] En los tiempos de Luis XIV, la nobleza parecía haber quedado reducida a un papel de fastuosa indolencia en Versalles o bien al de vegetar plácidamente en las provincias. Esa impresión, sin embargo, es algo engañosa. Es cierto que el Rey Sol la hizo en extremo inofensiva. Pero debió pagar ciertas costas que sólo en parte resultaban ventajosas para la corona. Pudo conseguir para muchos de los miembros de aquélla buenos puestos en la Iglesia, que reportaban enormes ingresos, entonces mucho mayores incluso que los del Estado. A cambio de esa colaboración de la Iglesia haciéndose cargo de un sector de la nobleza, el rey protegió a la Iglesia contra la herejía.[10] Una de las consecuencias fue la revocación del Edicto de Nantes. En segundo lugar, la corona debió pagar con la guerra. Si bien Luis XIV barrió a la nobleza del centro del gobierno, dejó en sus manos tanto el ejército como la

Iglesia.[11] La guerra perpetua constituía el perpetuo tema de conversación entre la nobleza cortesana, y ayudaba a crear una atmósfera de lealtad al rey.[12]

En Versalles, el sistema de vida que compelía al consumo ostentativo arruinó a muchos nobles. La encuesta de Colbert, llevada a cabo a través de los intendentes, reveló asimismo en las provincias una pobreza muy extendida.[13] De ahí que sea tentador establecer una conexión entre el absolutismo real y el no afianzamiento de la agricultura comercial como factores que se afirmaron uno a otro durante un largo período de tiempo. Hasta hace bastante poco, la contraposición por los historiadores de una aristocracia brillante y parasítica en París al noble rural que se desmoronaba orgullosamente en el campo en medio de una agricultura estancada tendía a explicar así el trasfondo de la Revolución y la desaparición de la aristocracia por violencia revolucionaria. El trabajo de investigación del erudito norteamericano Robert Forster, publicado desde 1960, ha modificado en gran manera esa imagen familiar. Al ponernos en condiciones de determinar más precisamente las diferencias estructurales entre la modernización del campo inglés y la del francés, ha hecho una contribución de sumo valor para comprender el trasfondo y las consecuencias de la Revolución. Como el papel de la agricultura comercial es básico para el eje de la argumentación del presente libro, será oportuno hacer una pausa para examinar la situación de cerca.

2. LA RESPUESTA NOBILIARIA A LA AGRICULTURA COMERCIAL

En lo que concierne a las últimas décadas del siglo XVII y la primera del siglo XVIII, hay pocos motivos para dudar de la tesis de que el impulso hacia la agricultura comercial fue débil comparado con el que se dio en Inglaterra, y no sólo entre la nobleza, sino en Francia en conjunto. Al igual que en Inglaterra, el problema agrícola clave era el de abastecer de grano a las clases que comían pan pero no cultivaban trigo. La producción de cereales presentaba un cuadro global de estancamiento roto por cierto impulso hacia la producción para el mercado en los alrededores de las grandes ciudades. En tales áreas, los máximos beneficiarios parecen haber sido los campesinos más ricos, con preferencia a la aristocracia rural. Generalmente no se extendían más allá de las vecindades de unas pocas grandes ciudades y de ciertos depósitos para la exportación en las fronteras. Sólo París formó un *hinterland* notable. La mayor parte del territorio sacaba sus provisiones de áreas inmediatas.[14]

La concepción general que se tenía del problema del grano consistía en regular un abastecimiento limitado obtenido de un área limitada. La succión de las contadas grandes ciudades se sentía sobre todo en tiempos de escasez, y entonces como un factor disruptivo.[15] En las últimas décadas del siglo XVII y a principios del siglo XVIII, los mercaderes y sus agentes en algunas localidades, en especial las cercanas a París, adoptaron la práctica de recorrer el campo para comprar cualquier excedente que pudieran hallar. Tal práctica despertó grandes rencores por representar un trastorno de las fuentes locales de abastecimiento; se extendió en oposición a la costumbre reinante y, asimismo, a la legislación.[16] Aunque los propietarios de dominios ricos podían recibir grano en concepto de derechos feudales y disponer de él a través de comisionistas en las ciudades, era práctica muy común comprar grano de los campesinos más pudientes, claro indicio de que éstos competían con éxito con los nobles por un mercado limitado.[17] Si acaso existieron en Francia, en las décadas finales del siglo XVII y en la primera del XVIII, terratenientes emprendedores que acercaran un plano a otro a la manera inglesa, han pasado inadvertidos a los historiadores. Posiblemente hubo unos cuantos. Pero es sumamente improbable que tuvieran la menor importancia. Durante el siglo XVIII, al subir de punto los alicientes del comercio, los nobles franceses respondieron de un modo enteramente distinto.

Si sólo se considerara el tráfico del grano, se correría el riesgo de dar una impresión muy engañosa. El vino fue un producto comercial, y de enorme importancia. De hecho el vino fue para la agricultura francesa, quizás incluso para el conjunto de la sociedad francesa, lo que la lana para la agricultura y la sociedad inglesas en los siglos XVI y XVII. Un estudioso amante de las estadísticas ha calculado que, durante los últimos tiempos del *ancien régime*, en un año ordinario, Francia producía vino suficiente —unos treinta millones de hectolitros— para proporcionar cargamento a

la totalidad de la flota mercante británica de entonces.[18] Era tan imposible para un francés beber todo el vino que podía producir como para un inglés llevar toda la lana de las ovejas que podía criar. De ahí que el cultivar la vid y el criar ovejas significaran igualmente ser empujado hacia el mercado, pasar a depender de los derechos de reyes y cancilleres y tratar de influir en ellos, hallar métodos eficaces y congeniar con los libros de cuentas más que con el *beau geste*, la espada, la *largesse* y otras actitudes aristocráticas. Pero las similitudes no van más allá, no afectan a lo que realmente importa.

Las consecuencias económicas y políticas de la vinicultura y la cría de ovejas son muy distintas. En lo que parece haber sido un arranque de entusiasmo galo, combinado con la manía estadística norteamericana, el eminente historiador económico francés C.E. Labrousse se ha esforzado por demostrar con copiosas estadísticas que una prolongada depresión en la economía del vino constituyó un factor decisivo para el atraso de la economía francesa en general y el estallido de la Revolución. Los resultados, a mi entender, son más aplastantes que convincentes. El nexo con el atraso industrial no queda demostrado. Los dos ingentes estudios de Labrousse, tan sólo una pequeña parte de la totalidad de la empresa tal y como había sido planeada originalmente, se limitan casi por entero a aspectos agrícolas. Aunque sea agradable ver en el consumo de vino una cura, cuando menos potencial, del atraso económico, algunos hechos aducidos por el mismo autor indican que, para la Francia del siglo XVIII, tal perspectiva era poco realista. Las nueve décimas partes del vino producido, estima Labrousse, se consumían en la propia Francia. El cultivo de la vid estaba difundido por toda Francia: de las treinta y dos *généralités* o divisiones fiscales del *ancien régime*, sólo tres situadas en el Norte y en el Noroeste no eran zonas productoras de vino.[19] Malos transportes, cultivo de la vid extendido por todo el país, la mayor parte del vino bebida en la propia Francia; todos esos hechos inducen a concluir que la mayor parte del vino era *vin ordinaire*, probablemente bastante más detestable que el de hoy en día, y no un producto de lujo que posibilitara ganar fortunas y sostener la economía.

Los vinos que proporcionaban un buen rendimiento comercial parecen haber sido producidos en las mismas áreas limitadas de Francia que ahora. La favorable circunstancia de su proximidad al transporte marítimo debió de conferir una enorme ventaja al puerto de Burdeos durante el siglo XVIII. El vino deparó la base económica para el auge, durante el siglo XVIII, de una nobleza provinciana muy próspera y fuertemente orientada hacia el comercio en Burdeos y sus cercanías. Las uvas se transmutaban en oro, y el oro en formas muy atractivas de cultura que iban desde las bailarinas hasta el *Esprit des Lois* de Montesquieu. (Ese destacado filósofo fue ocasionalmente para la industria vinícola lo que los modernos llamarían un «cabildero».)[20] De suyo, sin embargo, los beneficios vinícolas se acaban ahí, como parece que sucedió en Burdeos. La vinicultura no puede formar la base de una industria textil como la ganadería lanar. Tampoco puede

proveer de alimento a la población urbana como el cultivo de trigo. En todo caso, el impulso para el cambio proviene de las ciudades, no del campo. Lo que acontece en el campo resulta importante primordialmente por los cambios sociales, en la medida que puedan o no extenderse a la generalidad de los que siguen constituyendo la mayoría aplastante de la población durante los primeros estadios del desarrollo industrial.

La viticultura no produjo en Francia cambios entre el campesinado de la naturaleza de los que la agricultura comercial trajo consigo en Inglaterra, tales como cercamientos masivos. Aquélla, en particular antes de los fertilizantes artificiales, era lo que los economistas llaman una variedad de agricultura intensiva de mano de obra: requería grandes cantidades de mano de obra campesina bastante especializada y, en cambio, cantidades relativamente pequeñas de capital en forma de tierra o de bienes de equipo. La situación inglesa, a grandes rasgos, se caracterizaba por todo lo contrario. Ahora bien: la sociedad rural francesa del siglo XVIII estaba constituida de tal modo, que pudo enfrentarse con los problemas de la agricultura intensiva de mano de obra bastante satisfactoriamente —si no desde el punto de vista del campesinado, por lo menos desde el de la aristocracia. Como hay, cosa extraña, escasa diferencia entre los reajustes sociales de un área de gran desarrollo vitícola y los de las áreas cerealeras donde habían penetrado y adquirido fuerza influencias comerciales, podemos pasar aquí por alto los detalles. La distinción esencial es bien simple: el aristócrata francés retenía al campesino en la tierra y utilizaba los re-

sortes feudales para extraer de él mayor cantidad de productos. Después el noble vendía esos productos en el mercado. En el caso del vino, sus privilegios legales eran especialmente útiles, puesto que mediante ellos podía hacer mucho para impedir que los campesinos llevaran vino a Burdeos en competencia con el de los *châteaux* nobles. Careciendo del privilegio de llevar vino a la ciudad, y asimismo de los recursos necesarios para aplazar su venta hasta el momento más favorable, los productores más modestos se veían obligados a vender su vino al terrateniente noble.[21]

En el Burdeos del siglo XVIII, sólo encontramos fortunas de grandes dimensiones basadas en el vino entre la *noblesse de robe*, la nobleza judicial, cuyos orígenes eran principalmente burgueses, aunque en el siglo XVIII, para muchas familias *de robe* de toda Francia, el origen burgués podía ser algo que pertenecía a un pasado remoto. La rancia nobleza militar, la *noblesse d'épée*, no era ni rica ni ilustre. Y sus miembros parecen haber constituido la aplastante mayoría de las cuatrocientas y pico familias nobles de la región de Burdeos. Sólo unas pocas brillaban en la alta sociedad de Burdeos. La mayor parte vivían en o cerca de soñolientas parroquias, a menudo en *chateaux* celados por álamos o perdidos en las aldeas. Dominios trigueros de alrededor de cien acres y pensiones reales de algunos centenares de *livres* proporcionaban la base de una existencia que no era ni austera ni opulenta, sino en extremo provinciana. Los señores de parroquias, muchos de ellos oficiales del ejército retirados, tenían ingresos no superiores a tres mil *livres* por año, casi de

indigencia comparados con los ordinarios de un noble acomodado con viñedos en que sustentar su prosperidad.[22] Por lo menos en aquella zona, el contraste entre la vieja nobleza militar y la más reciente *noblesse de robe* era impresionante. Y debía de haber por toda Francia muchos nobles que se asemejaban a tales señores de parroquias. Muy probablemente los nobles no emprendedores eran una mayoría —sospecho que una mayoría aplastante—, aunque todavía no se poseen datos que remachen esa conjetura. Al notar semejante contraste, a un sociólogo de nuestros días le vienen a la mente de modo casi automático ciertas cuestiones. ¿Había alguna suerte de barreras legales y culturales que impidieran a la *noblesse d'épée* practicar con éxito el comercio? ¿Qué importancia tenían esas barreras?, o sea: ¿hasta qué punto explican las características económicas y políticas de la nobleza francesa y el hecho de que la arrollara una gran revolución?

Un cúmulo de constataciones me induce a contestar con una negativa muy firme al último interrogante y a argüir que es un planteamiento falso para comprender la conexión entre cambios económicos y políticos. Tanto Marx como Weber, en algunos de esos puntos, han llevado por mal camino a sus seguidores —en particular a aquellos que pretenden ser lo más estrictamente científicos posible—, por inestimable que haya sido su contribución en otros aspectos. Pero consideremos primero las constataciones.

Existían, ciertamente, obstáculos culturales y legales que resultaban del prejuicio aristocrático contra el comercio y de la ley de *dérogeance*, a saber que todo noble que se dedicaba a una ocupación degradante perdía su estado noble. La legislación sobre *dérogeance* apuntaba con preferencia al comercio urbano y a la industria. Pretendía trazar una divisoria entre actividades a gran escala tales como la venta al por mayor y el comercio internacional, que la monarquía fomentaba activamente, a veces enfrentándose a las objeciones del Tercer Estado, y actividades menores como explotar una tienda de venta al detalle, que eran las que estaban prohibidas a la nobleza. En la agricultura, existía una ley categórica renovada en 1661 contra el que un noble explotase por sí mismo sus tierras, salvo una pequeña extensión, cuatro *charrues*, o sea cuatro veces el área que podía labrarse con un solo arado.[23] La principal fuerza que mantenía dichas leyes, así como la opinión pública que las respaldaba, era la monarquía. Sin embargo, incluso bajo Luis XIV, su política en ese terreno resultaba ambivalente y confusa. La monarquía quería una nobleza próspera como apéndice decorativo de la corona y, asimismo, como auxiliar para retener a las gentes en sus sitios, y se mostraba afligida en las frecuentes ocasiones en que tropezaba con la evidencia de pobreza entre los nobles. Pero la corona no quería que la nobleza se creara una base económica independiente que le permitiera desafiar el poder real.

El prejuicio contra la pretensión de ganar dinero dedicándose a la agricultura probablemente pesaba mucho sobre la nobleza más alta, incluso sobre los nobles sujetos de modo menos directo a las costumbres de la vida cortesana. Una vida de hidalga indolencia y de intriga en Versalles sería sin duda mucho más apa-

sionante que cuidar de vacas y de campesinos y enseñaría a encontrar molesto el tufo del estiércol en las botas. Por otro lado, un buen número de aristócratas eludían las leyes amasando sus fortunas en las Indias Occidentales, donde a menudo trabajaban hacha en mano y a la cabeza de cuadrillas de negros de su propiedad. Después volvían a Versalles o a París para participar en la vida cortesana. En otras palabras: dedicarse a una agricultura comercial lucrativa implicaba para el alto aristócrata un abandono temporal de la alta sociedad francesa.[24] En el primer cuarto del siglo XVIII, el prejuicio general contra las ocupaciones humildes parece que fue bastante fuerte: Carré cita algunos testimonios sacados de cartas coetáneas, entre ellos el caso de un duque que abrió una especiería, con lo cual se granjeó la inquina del gremio especiero. Cuando el asunto se hizo público, los mozuelos le perseguían por la calle gritando: «*Il a chié au lit*».[25] Dentro del mismo siglo XVIII, se manifestó más tarde una vigorosa corriente de opinión en sentido contrario, favorable a que la aristocracia desarrollara actividades comerciales. Inglaterra y todo lo inglés, incluyendo las prácticas agrícolas, se pusieron muy de moda en los altos círculos y, por breve tiempo, ejercieron alguna influencia en el plano político. Tuvo lugar una enconada guerra de panfletos en torno a la conveniencia del comercio para la nobleza. Con el correr de los años, la elusión de las leyes se extendió más y más. Muchos aristócratas estaban envueltos en empresas comerciales, cuya presencia en ellas disimulaban con ficciones y testaferros.[26]

Todos esos hechos indican que, durante el siglo XVIII, las barreras culturales y legales fueron volviéndose mucho menos importantes. Para el noble de provincias, el que nos interesa aquí de modo primordial, eran en gran parte letra muerta. Como señalaba un panfleto coetáneo, cuando el noble rural había vendido su trigo, vino, ganado o lana, nadie le acusaba de *dérogeance*.[27] Cuando se le presentaba la oportunidad, quizá debería decirse la tentación, de proceder así, la nobleza de espada no demostraba ninguna repugnancia por ganar dinero comerciando. En el caso de las cercanías de Tolosa, región donde podían conseguirse buenas ganancias con el trigo, los hábitos y costumbres de la más antigua nobleza se hicieron por entero utilitarios e indistinguibles de los de la semiburguesa nobleza de toga.[28] Refiriéndose a la nobleza de provincias en general, Forster ha explicado la siguiente tesis:

> Lejos de ser un holgazán, lerdo y empobrecido *hobereau*, el noble provinciano era igualmente capaz de ser un propietario rural activo, sagaz y próspero. Esos adjetivos pretenden sugerir algo más que una cartera abultada. Implican una actitud respecto a la fortuna familiar caracterizada por la austeridad, la disciplina y la administración estricta habitualmente implicadas en el término «burgués».[29]

De ahí se desprende con meridiana claridad que la legislación y el prejuicio arriba referidos no obstaculizaron por sí mismos de modo significativo que los puntos de vista y comportamientos comerciales se extendieran entre la aristocracia rural francesa. Pero no es éste el lugar de perquirir una explicación, cualquie-

ra que sea, del supuesto atraso de la agricultura francesa con respecto a la inglesa.

¿Es que estaba tan atrasada como eso? ¿Hasta qué punto era representativo el tipo de noble cuyo bosquejo por Forster acabamos de citar? Por ahora la respuesta a interrogantes de ese orden no puede ser sino sumamente provisional. Si fuera posible establecer algún índice del grado de penetración comercial en la agricultura y situar las diferencias en un mapa de la Francia de fines del siglo XVIII, nos encontraríamos sin duda con ámbitos considerables donde algo que podría llamarse espíritu de capitalismo agrario era muy fuerte. La ejecución de semejante tarea, sin embargo, sería muy laboriosa y, desde el ángulo de las cuestiones planteadas, no serviría para mucho. Las estadísticas no resolverán por sí solas el problema, que es ante todo de naturaleza cualitativa.

También ahí está en debate mucho más que la mera emergencia de una nueva actitud psicológica y sus posibles causas. Los que siguen a Weber, en especial aquellos que hablan en términos de cierta abstracta energía hacia la realización, negligen la importancia del contexto social y político en que los cambios se manifiestan. El problema no se reduce a saber si los nobles rurales franceses trataron o no de organizar sus dominios cara al rendimiento y de vender sus productos en el mercado. Ni tampoco consiste simplemente en echar cuentas sobre cuántos nobles adoptaron tal actitud. La cuestión clave estriba en aclarar si, haciéndolo, alteraban o no la estructura de la sociedad rural de modo parecido a lo que tuvo lugar en aquellas partes de Inglaterra donde fue más fuerte el movimiento de *enclosure*. La respuesta es negativa. Los nobles que representaban la punta de lanza del avance comercial en el campo francés trataban de sacar más de los campesinos.

Por fortuna Forster nos ha obsequiado con un detallado estudio de la nobleza en una parte de Francia, la diócesis de Tolosa, donde el impulso comercial fue vigoroso y donde el cultivo de granos para el mercado fue una ocupación noble por excelencia. El cuadro que traza permite poner los dedos con bastante precisión en las similitudes y diferencias entre la *gentry* reformadora de Inglaterra y su equivalente en Francia, no menos atenta a la economía.

En la Francia meridional, y quizá también en otras partes de Francia más ampliamente de lo que se ha reconocido, el incentivo a cultivar granos para el mercado fue bastante poderoso. La población se desarrolló muy de prisa tanto en la totalidad del reino como en aquella zona, donde aumentaron asimismo los precios de los cereales. Ciertas presiones políticas locales habían ocasionado grandes mejoras en el transporte, gracias a lo cual resultó posible vender el grano a considerable distancia de Tolosa y en cantidades notables para el siglo XVIII. En todos esos aspectos, la situación era bastante similar a la de Inglaterra. Como ya hemos indicado, los nobles de Tolosa, lo mismo los *d'épée* que los de *robe*, se adaptaron a las circunstancias que ellos mismos habían contribuido a crear con idéntico éxito que los «audaces» señores rurales de Inglaterra.[30] Quizá los nobles de Tolosa obtenían un porcentaje mayor

de sus ingresos en forma de *rentes*. Dado que muchas de éstas eran *rentes* sobre los dominios del Languedoc, región primordialmente agrícola y de burguesía débil y atrasada, la mayor parte del dinero que afluía a sus bolsillos se basaba aún en el trigo.[31]

Por otro lado, el modo de practicar la nobleza tolosana la agricultura para el mercado fue por entero distinto del de la *gentry* inglesa. Dejando aparte la introducción del maíz durante el siglo XVI como cultivo forrajero para los animales, que incrementó grandemente la cantidad de trigo que era posible llevar al mercado, no hubo innovaciones técnicas importantes. La agricultura se mantuvo, fundamentalmente, dentro del mismo sistema técnico y social de la Edad Media. Tal vez contribuyeran a impedir la transformación factores geográficos, diferencias en el suelo y el clima,[32] pero sospecho que los factores políticos y sociales fueron más importantes. A grandes rasgos, lo que aconteció puede expresarse de modo muy sencillo: los nobles utilizaron el sistema social y político existente para arrancar más grano de los campesinos y venderlo. Si los nobles no hubieran sido capaces de proceder así, venciendo la repugnancia de los campesinos a ceder su grano, las masas ciudadanas no habrían tenido nada que comer.[33]

De modo parecido a lo que tuvo lugar más de un siglo después en algunas partes de la China y el Japón, los campesinos siguieron usufructuando el suelo, pero bajo una serie de obligaciones que permitían a los nobles, convertidos de hecho en propietarios rurales con mentalidad comercial, absorber gran parte de la cose-

cha. Aquí está la principal diferencia con la situación inglesa. Los nobles tolosanos, diversamente a los de otras muchas partes de Francia, poseían por sí mismos casi la mitad de sus señoríos y sacaban el grueso de sus ingresos estrictamente agrícolas de tales tierras. Pero también ésas estaban divididas en una serie de pequeñas parcelas, donde seguían viviendo campesinos.[34] Algunos de ellos, conocidos como *maître valets*, recibían una choza, bueyes, unos pocos útiles rudimentarios y un salario anual en grano y en dinero. La cosecha entera de cereales pasaba a los graneros del señor. A un observador falto de sentido crítico, el *maître valet* con su choza podía parecerle un campesino, por cuanto cultivaba su pequeña granja con la ayuda de su familia. Tal vez él mismo se sintiera un campesino: Forster nos dice que tenía cierto prestigio porque a menudo su familia llevaba generaciones cultivando la hacienda del señor. En estrictos términos económicos, no obstante, era un trabajador asalariado.[35] Otros campesinos cultivaban la tierra del señor como aparceros. En teoría, señor y arrendatario se repartían la cosecha a partes iguales; pero, en la práctica, el contrato fue cada vez más favorable al señor, en especial porque la manipulación de los derechos señoriales le permitió hacerse con la parte del león en lo tocante al ganado, el principal capital agrario de aquella región. También favoreció al señor el crecimiento de la población, al aumentar la competencia para llevar sus tierras.[36]

En la práctica, asimismo, la diferencia entre *maître valet* y aparcero era escasa. La unidad básica de producción era la *métairie*, una granja de treinta y cinco a

setenta acres, cultivada por una sola familia campesina ya como asalariados ya como aparceros. En el caso de los nobles más hacendados, la unidad de propiedad podía ser mayor y contener varias *métairies*. Una aplastante mayoría de los dominios nobles se administraban de ese modo. El arrendar la tierra a un gran explotador por rentas en dinero, la práctica inglesa, existía también en aquella región, pero era raro.[37]

Semejante sistema de tener a los campesinos en la tierra como mano de obra encontraba apoyo en instituciones legales y políticas heredadas del feudalismo, pero esos derechos eran de importancia menor como fuente de ingresos en la diócesis de Tolosa. Con todo, el derecho de justicia señorial, por ejemplo, deparaba un buen instrumento para forzar a los llevadores negligentes a pagar los atrasos y formaba parte de la serie de sanciones políticas que permitían a la nobleza ganarse su superávit económico.[38] En breve los campesinos iban a hallar aliados que les capacitarían para asaltar tales murallas políticas y desarmar así a la nobleza.

Al contrario que en Inglaterra, las influencias comerciales, al penetrar en el campo francés, no minaron ni destruyeron la organización feudal. A lo sumo infundieron nueva vida a los viejos ajustes, aunque de una manera que a la larga tendría desastrosas consecuencias para la nobleza. Tal es la lección que se puede deducir de los detallados estudios de Forster, así como de las fuentes clásicas más antiguas y las descripciones más generales si se miran con la penetración que proporcionan las descripciones mas detalladas. Si tratamos de representarnos la situación de Francia como

un todo hacia el final del *ancien régime*, lo que probablemente veremos será, por un lado, una serie de campesinos cultivando la tierra y, por el otro, el noble colectando una parte de lo que han producido, ya directamente en forma de productos, ya indirectamente en forma de dinero efectivo. Es muy posible que las descripciones clásicas del pasado subvaloraran el alcance del papel del noble, que los economistas calificarían de contribución directiva a la producción total. Pero estaba atrapado en una situación embarazosa. Todas las contribuciones que había aportado bajo el feudalismo en el sentido de salvaguardar el orden político y la seguridad habían pasado a manos de los funcionarios reales, si bien había sabido retener ciertos derechos de justicia local y aprovecharlos para fines económicos. Tampoco había llegado a convertirse, por otro lado, en un auténtico granjero capitalista. Lo que el señor rural poseía eran, esencialmente, ciertos derechos de propiedad, centrados en la exigencia de una parte específica del excedente económico, cuyo cumplimiento aseguraba el aparato represivo del Estado. Aunque en términos formales y legales lo esencial de los derechos de propiedad estribara en la tierra, aquello que describían los títulos de propiedad *(terriers)* cuidadosamente conservados del noble, la tierra sólo era útil al noble en la medida que los campesinos que la cultivaban le producían ingresos. Podía obtenerlos por convenios de aparcería, que venían a cubrir entre dos terceras partes y tres cuartas partes de Francia. Los aparceros coincidían a menudo con los pequeños, *propiétaires* campesinos, los cuales, de tener esa fortu-

na, tomaban a veces pequeñas piezas de tierra en aparcería para aumentar la producción insuficiente de las reducidas parcelas propias.[39] Por lo común la tierra se arrendaba a campesinos cuyas explotaciones no sobrepasaban las cincuenta hectáreas.[40] En algunas regiones, los nobles arañaban ingresos del campesinado devengando una serie de tributos feudales, sin poseer por sí mismos una hacienda importante.[41]

Las principales fuerzas que crearon las relaciones económicas hasta aquí descritas fueron las influencias capitalistas que irradiaban de las ciudades y los persistentes esfuerzos de la monarquía para sojuzgar a la nobleza. Como en Inglaterra, las relaciones con elementos comerciales e industriales y con el rey influyeron de modo decisivo en la determinación de las características de la nobleza. También como en Inglaterra, la respuesta al nuevo mundo del comercio y de la industria implicó un grado muy considerable de fusión entre las clases altas rurales y la burguesía. Pero si esas variables abstractas, rey, nobleza y burguesía, fueron las mismas en ambos países, su carácter cualitativo y su interrelación fueron muy distintas. En Inglaterra, la fusión entre campo y ciudad anduvo dirigida en general contra la corona, no tan sólo antes de la Guerra Civil sino durante buena parte del período subsiguiente. En Francia, la fusión tuvo lugar gracias a la corona, con consecuencias políticas y sociales muy distintas.

3. LAS RELACIONES DE CLASE BAJO EL ABSOLUTISMO REAL

Basta con una simple ojeada al comercio, la fabricación y la vida urbana durante el apogeo del absolutismo real en el siglo XVII para que uno se pregunte de dónde pudo salir la fuerza para engendrar una revolución burguesa y capitalista en el siglo XVIII, y si aquellos que caracterizan así a la Revolución Francesa no habrán sido víctimas de un espejismo doctrinal, punto que se discutirá mejor más adelante. Bajo la monarquía del siglo XVII, la burguesía francesa no era, como había pasado a ser su equivalente en Inglaterra, una punta de lanza de la modernización que arrastrara consigo el campo hacia el aún invisible mundo del capitalismo industrial. Dependía, en cambio, estrechamente del favor real, y estaba sujeta a la regulación real y orientada hacia la producción de armas y de objetos de lujo para una clientela restringida.[42] Dejando aparte el grado mucho mayor de control y el más alto nivel tecnológico, especialmente en las artes bélicas, la situación quizá se asemeja más a la del Japón de los últimos Tokugawa o incluso a la de la India de la era de Akbar que a la de Inglaterra en el mismo período. En el plano político, también la vida municipal estaba sujeta a controles reales, que habían ido aumentando de modo intermitente desde el restablecimiento de la paz y el orden bajo Enrique IV. Tras haberse producido un breve renacimiento municipal durante la *Fronde* en Burdeos, Marsella, Lión y París, Luis XIV se decidió a no tolerar ya oposición alguna de sus *bonnes*

villes. Los controles reales, a lo largo de su reinado, tomaron rápido incremento en las partes más antiguas de Francia. A través de las ciudades el rey controlaba las provincias, si bien existían muchas diferencias locales; aun permitiendo a veces que siguieran celebrándose elecciones municipales, era siempre él quien designaba el corregidor, directa o indirectamente.[43]

De todo ello resulta evidente que, bajo Luis XIV, el impulso hacia el establecimiento de las bases de una sociedad moderna, es decir un Estado unificado e incluso algunos de los hábitos modernos de precisión y de obediencia, procedía mucho más de la burocracia real que de la burguesía. Es improbable, sin embargo, que ello obedeciera a un designio deliberado de la corona. Su auténtica función consistía entonces en mantener el orden, supervisar la economía y extraer de la sociedad francesa cuantos recursos pudiera para sustentar la política real de guerra y de magnificencia. De las dos, la guerra costaba mucho más cara que la magnificencia, aunque no sea posible llevar a cabo evaluaciones exactas. Ni qué decir tiene que la burocracia real de los días de Luis XIV era mucho menos eficaz en cumplir tales tareas que el aparato administrativo de un Estado del siglo xx.

La administración real francesa debió afrontar las mismas dificultades que han atormentado también a otras burocracias agrarias, como las de la Rusia zarista, la India mongol y la China imperial. En las sociedades preindustriales, era prácticamente imposible engendrar y extraer el excedente económico necesario para pagar a los miembros de la burocracia un salario que asegurara su dependencia efectiva de la corona. Otros métodos de pago sí que eran posibles, por ejemplo la garantía de obtener ingresos de determinadas tierras o la práctica china de tolerar la corrupción para colmar la diferencia entre los ingresos que correspondían a un rango oficial y lo que el monarca podía permitirse pagar en concepto de salarios. Tales compensaciones indirectas, no obstante, implican los riesgos de disminuir el control central y de alentar una explotación que puede excitar el descontento popular. La monarquía francesa intentó resolver el problema vendiendo puestos en la burocracia. Aunque esa práctica no se haya dado únicamente en Francia, la medida en que los reyes franceses recurrieron a ella y el modo como no tan sólo impregnó toda la burocracia real sino que además influyó en el carácter de la sociedad francesa en conjunto, distinguen a Francia bien marcadamente de otros países. La sociedad francesa de los siglos xvii y xviii nos depara una ilustrativa mezcla de rasgos encontrados que algunos estudiosos consideran como característicamente occidentales y característicamente orientales: el feudalismo, la burguesía y la burocracia. La venta de oficios compendia dicha mezcla de instituciones comerciales y precomerciales, y representó asimismo una tentativa para conciliarlas.

Durante largo tiempo la venta de oficios fue una medida política de sentido común. Al dar acceso a la burguesía a la administración real, ganaba aliados para el rey entre esa clase.[44] Probablemente, en las condi-

ciones francesas, era un ardid indispensable para consolidar el poder del rey y, por lo tanto, para marginar la nobleza vieja, superar las barreras del feudalismo y echar así los cimientos de un Estado moderno. Y, desde el punto de vista del rey, era a la vez una importante fuente de ingresos y un método barato de administración, aunque ninguna de esas particularidades resultaba ventajosa para la sociedad francesa en conjunto.[45]

Pero encerraba asimismo desventajas, que cobraron cada vez mayor importancia con el correr del tiempo. La venta de oficios significaba de hecho que los puestos se convertían en una forma de propiedad privada que pasaba de padres a hijos. Fomentaba, pues, que el rey perdiera el control sobre sus subordinados. La famosa *Paulette* de 1604, durante el reinado de Enrique IV, garantizó plenos derechos de propiedad a los detentores de oficios a cambio del pago de un impuesto, con lo que vino a sellar la transición del cargo burocrático a la propiedad. A fin de paliar tal situación, los reyes recurrieron a la característica contramedida de crear nuevos oficiales, los intendentes, para que vigilaran las actividades de los otros.[46] Esos mismos cargos, no obstante, pasaron a hallarse pronto indirectamente sujetos a compra.[47]

Al principio, el estado de nobleza adquirido por la compra de un oficio quedaba limitado a la persona del comprador. Después se hizo hereditario. Bajo Luis XIV, desapareció la norma de que se requerían tres generaciones en el mismo cargo para conferir nobleza hereditaria. Como los altos cargos tendían, de todos modos, a permanecer en la misma familia, el cambio fue más que nada simbólico.[48] El impulso burgués hacia la propiedad encontró considerable satisfacción en la burocracia real, mientras que cualquier impulso hacia la independencia política se vio frenado al convertirse el burgués en un aristócrata. Más tarde ello iba a limitar muy severamente la capacidad de la monarquía para adaptarse a sí misma y a la sociedad francesa a problemas cada vez más acuciantes.

Las contradicciones y paradojas del sistema eran ya visibles en pleno apogeo del absolutismo. Sin el recurso de la venta de oficios, «el maná que nunca falta», Luis XIV habría tenido que buscar probablemente el consentimiento de la nación, a través de los Estados Generales, para reunir dinero.[49] La venta de oficios estaba, pues, en la raíz de la independencia del rey respecto a la aristocracia y a cualquier control eficaz por un parlamento. Era el punto de apoyo clave del absolutismo real.

Al mismo tiempo, con todo, aquella práctica minaba la independencia del rey. Está en la raíz de la paradoja el que el rey más poderoso de Europa, contra quien no era posible, ni siquiera imaginable, la menor resistencia intestina, aparezca aún a los historiadores tan mal obedecido, que tenia que considerar la desobediencia como perfectamente normal.[50]

Si bien en las primeras fases del desarrollo de la monarquía la venta de oficios había ayudado a vincular la burguesía a la arremetida del monarca contra el feudalismo, el recurso continuo a tal medida debía revelar más y más que comunicaba también características feudales a la burguesía. En 1665, Colbert basó su

propuesta para abolir la venta de oficios en el argumento de que la suma de dinero envuelta en el tráfico de cargos volvería con ello al comercio efectivo, lo que resultaría beneficioso para el Estado. Sugirió que dicha suma importaba quizás el valor de todas las tierras del reino.[51] No cabe duda que la afirmación de Colbert era exagerada. Pero es ciertamente correcta su tesis de que el sistema distraía energía y recursos del comercio y la industria. Por otro lado, al dar a los plebeyos burgueses un título de nobleza e imposibilitar que se supervisaran con rigor sus actividades, la venta de oficios ayudó a que se crease un sentido de identidad corporativa y de inmunidad a las influencias de fuera, o sea *esprit de corps*. Los que detentaban cargos se cerraban a la influencia real y se convertían en tenaces defensores de los intereses locales y privilegios establecidos.

El proceso se ve con mayor claridad en los *parlements*, órganos judiciales que, como los de otros países, incluso en la Norteamérica del siglo xx, habían adquirido considerable poder administrativo. Durante la Edad Media. habían proporcionado al rey una de las armas más eficaces contra la nobleza. En tiempos de la *Fronde*, y con posterioridad, querían pasar por uno de los baluartes de la libertad contra el despotismo absoluto. En el siglo xviii se habían convertido ya en el principal bastión de la reacción y los privilegios, «la barrera inflexible contra la que se hacía añicos en vano el espíritu reformador del siglo».[52] A los *parlements*, en esa pugna con el rey, se unieron otros órganos corporativos. Según Martin Göhring, cuyo estudio sobre tales aspectos se ha hecho clásico, dieron a la monarquía el empujón final que la derribó.[53]

Por la luz que proyecta sobre nuestro problema, vale la pena referir aquí un episodio de aquel conflicto, la tentativa de Luis XV y su canciller Maupeou de terminar con la venta de oficios y la venalidad de la justicia. El incidente tuvo lugar en 1771, poco antes de la muerte de Luis XV, y levantó al punto una tempestad de oposición. Guiada por la nobleza, aquélla se expresó en términos de derechos naturales del hombre y de libertad individual y política, e incluso echó mano del Contrato Social. Voltaire se apercibió de la impostura y apoyó a Maupeou. Detestaba a los *parlements* en cuanto perseguidores no tan sólo de Calas sino de literatos como él mismo.[54]

Nos equivocaríamos si pusiéramos a un lado la aparición de consignas revolucionarias al servicio de una causa reaccionaria por no ver en ello sino un exponente de privilegios egoístas que buscan justificarse a sí mismos mediante cualquier argumento oportuno. Por alguna cosa nada menos que Montesquieu defendió la venta de oficios como parte de su famosa teoría de los poderes intermedios. Como señala Göhring, los conceptos de la inviolabilidad de la propiedad y de la libertad individual recibieron un impulso poderoso de aquella situación histórica concreta.[55] No era la primera vez, ni sería la última, que una aristocracia agarrada con testarudez a privilegios reaccionarios ayudaba a poner en marcha ideas revolucionarias. Con todo difícilmente encontraríamos un exponente más significativo de la interpenetración de rasgos burocráticos, feu-

dales y capitalistas característica de la sociedad francesa de fines del siglo XVIII, que la aparición en ese contexto de tales ideas.

Cuando murió Luis XV, la reforma de Maupeou parecía tener posibilidades de éxito.[56] Luis XVI subió al trono en 1774. Uno de los primeros actos de su reinado fue deshacer la obra de Maupeou y restaurar el *statu quo*. Ese hecho tan sorprendente ha llevado a un buen número de historiadores, entre ellos el socialista Jaurès, a pensar que un rey fuerte podría haber evitado la Revolución y guiado a Francia por el camino de la modernización con medios pacíficos.[57] Aunque sea imposible corroborar o refutar a ciencia cierta tal hipótesis, el reflexionar sobre ella fuerza a uno a formular otros interrogantes que ponen al descubierto las cuestiones básicas. ¿Qué alternativas tenía realmente abiertas la monarquía, digamos a la muerte de Luis XIV en 1715? ¿Qué líneas de desarrollo político había cerrado ya el curso de la historia previa?

Era improbable que la sociedad francesa pudiese engendrar un parlamento de señores rurales con ingerencias burguesas de las ciudades a la manera inglesa. El incremento de la monarquía francesa había privado en gran medida a las clases altas rurales de responsabilidad política y había desviado el impulso burgués hacia sus propios objetivos. Pero tal trayectoria no era necesariamente la única posibilidad, pese a las dificultades que encierra discernir las alternativas abiertas a la corona. Está claro, con todo, que si el rey hubiese tenido el menor interés en perseguir una política activa habría debido reforjar un instrumento eficaz de gobierno, una burocracia renovada. Y ello hubiera significado poner fin a la venta de oficios y a la justicia venal, así como reformar el sistema de impuestos para distribuir las cargas de modo más equitativo y recaudar las rentas públicas con mayor eficacia. Habría sido también necesario, cuando menos por algún tiempo, reducir la costosa política de guerra y de magnificencia. Las barreras internas al tráfico, que continuaban siendo enormes, habrían tenido que desaparecer, y el sistema legal modernizarse considerablemente para permitir el crecimiento del comercio y de la industria, que empezaron a presentar algunos signos de vitalidad independiente hacia el final del siglo XVIII. Destacados hombres de Estado, de Colbert a Turgot, propugnaron muchos aspectos de tal programa. Para explicar la incuria de la monarquía, podemos descartar al punto cualquier argumento que pretenda imputarla a que el clima intelectual de la época imposibilitaba que nadie situado en un puesto de influencia viera el problema. Lo veían muy claramente. Que los intereses creados hubieran opuesto dura resistencia, eso es obvio. Sería difícil, no obstante, argüir que tales obstáculos eran insuperables. ¿Habrían sido acaso más severos que los afrontados por Enrique IV al forjar la unidad francesa?

Por ahora basta con indicar la dirección hacia la que conducen tales consideraciones. Es concebible que Francia hubiese podido seguir el camino conservador de modernización a la manera de Alemania o del Japón. Por otro lado, y debido a razones que sólo pueden ir apareciendo de modo gradual en el curso de la totalidad del libro, es probable que en tal caso los obs-

táculos hubiesen sido aún mayores. Sea como fuere, la monarquía no procedió según ningún programa político consecuente, y no sobrevivió. Los problemas agrarios contribuyeron con un papel muy importante a ocasionar ese resultado.

4. LA OFENSIVA ARISTOCRÁTICA Y EL COLAPSO DEL ABSOLUTISMO

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el campo francés presenció la reacción señorial y experimentó un breve y limitado movimiento cercador. Llamar a aquella reacción feudal es engañoso. Lo que sucedió, como hemos visto más arriba en este mismo capítulo, fue que penetraron prácticas comerciales y capitalistas en la agricultura a través de métodos feudales. Tal fenómeno llevaba ya largo tiempo produciéndose, pero en la segunda mitad del siglo XVIII adquirió mayor amplitud. Una de las formas que revistió dicha penetración fue la restauración de los derechos y tributos feudales allí donde se había dejado que cayeran en desuso. Algunos historiadores económicos ven sus orígenes en la necesidad de dinero contante del señor, en continuo aumento.[58] Puede que buena parte de la presión procediera de los recién ennoblecidos, que adoptaban una actitud más comercial y menos patriarcal respecto a sus dominios: hacían su administración más estrecha, explotaban los derechos feudales antiguos y establecían nuevos tributos cuando era posible.[59] Ese proceso parece haberse caracterizado sobre todo por los esfuerzos de los señores para obtener una parte mayor de las cosechas de los campesinos con miras a la venta. Conseguir controlar las tierras de los campesinos era secundario; importaba mucho más hacerse con sus cosechas. Los tributos feudales pagados en frutos eran los ingresos agrícolas que más rendían, en parte porque se recaudaban en proporción directa con la cosecha.[60]

Limitarse a acentuar los aspectos puramente económicos, no obstante, representaría pasar por alto el punto clave. Como se ha indicado repetidas veces en estas páginas, los reajustes feudales, combinados con los del absolutismo real, constituían los mecanismos políticos a través de los que la aristocracia rural francesa extraía un excedente económico de los campesinos. Sin esos mecanismos políticos, el sistema económico del campo no podía funcionar. Tal era el significado concreto de los privilegios. He aquí también el rasgo esencial que distinguía a la aristocracia francesa de las altas clases rurales inglesas, que desarrollaron métodos de extraer el excedente totalmente distintos. Y es en este punto, asimismo, que una versión simplificada del marxismo, cualquier noción de que la subestructura económica determina de algún modo automáticamente la superestructura política, puede llevar por mal camino. El mecanismo político era decisivo, y los campesinos, en la época de la Revolución, revelaron un agudo instinto político al perseguir hacer pedazos tales engranajes y palancas, instinto que no siempre les acompañó, como veremos dentro de poco. Contribuyendo a destrozar aquéllos, imposibles de reparar, co-

adyuvaron a destruir el *ancien régime*. La significación de la reacción señorial, insisto en ello, reside en el impulso, sea cual fuere, que dio a tales cambios políticos.

El movimiento cercador fue una forma más ostensible de transformación capitalista de la agricultura. Pasó a cobrar fuerza durante la segunda mitad del siglo XVIII, aunque jamás llegara a ser tan amplio como en Inglaterra, salvo quizás en la Normandía, donde las industrias textiles, en especial en los contornos de Caux, tomaron incremento lo mismo en las ciudades que en el campo.[61] El movimiento cercador francés significó, pues, en parte una respuesta al comercio, como en Inglaterra. Pero en Francia, mientras duró, fue mucho más asunto de política gubernamental y de discusiones intelectuales que en Inglaterra, donde consistió en un movimiento espontáneo de la *gentry*. Cuando, por algún tiempo, los fisiócratas consiguieron que le prestaran oídos importantes oficiales reales, la política de cercamiento fue momentáneamente promovida.[62] Sin embargo, así que el gobierno encontró resistencia, se echó atrás. El impulso se extinguió, en lo esencial, por el año 1771. La timidez fue la nota dominante del *ancien régime* hasta el final.[63] El embate fisiocrático duró más. Aunque por largo tiempo no se atrevieran los fisiócratas a arremeter contra el feudalismo, en 1776, bajo el ministerio de Turgot, su amigo y secretario Boncerf propuso, cuando menos para la siguiente generación, la redención monetaria de los derechos feudales.[64]

Así pues, el capitalismo se estaba infiltrando en el

campo francés por cualquier hendedura que se le abriera, ya revistiendo la forma del feudalismo a través de la reacción señorial, ya la de un ataque al feudalismo, ya bajo la bandera del «progreso» y la «razón» a través del movimiento cercador oficialmente patrocinado. La penetración más rápida tuvo que aguardar a las medidas de la Revolución, y a sus mucho más tardíos resultados. Ciertos derechos de pasto comunal, por ejemplo, no se abolieron hasta 1889.[65]

Aunque la limitada penetración capitalista fracasara durante el siglo XVIII en revolucionar la agricultura y eliminar el campesinado, advino de tal manera, que intensificó fuertemente la hostilidad campesina contra el *ancien régime*. Los campesinos se resintieron del aumento de los derechos feudales y del restablecimiento de antiguos derechos por hábiles abogados. Cosa más importante aún: el flirteo del gobierno con los cercamientos motivó que los campesinos se volvieran contra la monarquía. Muchos *cahiers* de las *communes* en 1789 exigían enérgicamente la restauración del antiguo orden y la retirada de los edictos de cercamiento.[66] Todo ello trajo por consecuencia alentar la unidad del Tercer Estado y empujar a muchos campesinos y a un sector de los habitantes de las ciudades a una oposición más vehemente contra el antiguo orden. Tales corrientes explican en gran parte por qué el campesinado más próspero de Europa llegó a convertirse en una fuerza revolucionaria de primera magnitud.

A través de los *parlements*, los peldaños más altos de la *noblesse de robe* apoyaban e intensificaban la reacción señorial. Con anterioridad, según hemos visto, la

burocracia real había servido para atraer caudales comerciales a la causa real. A la vez, sin embargo, había provocado que pequeños, pero influyentes sectores de la burguesía se convirtieran en vehementes defensores de privilegios concebidos como propiedad privada vinculada al individuo. He aquí, de nuevo, maneras de pensar y de hacer capitalistas infiltrándose por entre los poros del antiguo orden. Durante el siglo XVIII, esas tendencias no tan sólo continuaron, sino que se intensificaron. Ya en 1715 trascendían signos de que la nueva nobleza judicial había ganado aceptación, de que los muros no cesaban de allanarse y de que, en realidad, Francia conocería pronto una sola nobleza que defendería el mismo conjunto de privilegios contra la intrusión real y popular. Hacia 1730, la fusión era muy visible.[67] Dado que la nobleza vieja carecía de cualquier base institucional que le permitiera desafiar con eficacia al rey y que, en cambio, el grupo más reciente poseía tal base en el sistema de tribunales soberanos, el estrato más antiguo creyó necesario, pensando en dichas ventajas políticas, concederle aceptación social. Como el estilo de vida de los dos sectores se hacía cada vez más semejante, las dificultades para fusionarse fueron disminuyendo también sin cesar.[68] Bajo Luis XIV, el aparato judicial del rey continuó funcionando como un gran centro de reclutamiento que integraba a los plebeyos ricos en aquella parte de las fuerzas vivas que constituía el punto focal de la oposición a la reforma. De novecientos cuarenta y tres *parlementaires* reclutados durante el período 1774-1789 y todavía en funciones en 1790, no menos de tres-

cientos noventa y cuatro, o sea el 42 por ciento, eran antiguos *roturiers* convertidos en nobles en virtud de su nueva posición.[69]

De la más o menos operante coalición que hemos venido exponiendo, la nobleza vieja devengó el poder reservándose ciertas posiciones clave para sí misma. Hacia el final del *ancien régime* consiguió, en efecto, levantar más y más barreras al poder del dinero. Los altos cargos y el ejército constituyeron vedados donde aquél encontraba sus fronteras.[70] Por los años ochenta, la coalición aristocrática en un todo había «arruinado a Maupeou y Turgot, reconquistado todos los obispados del reino, impuesto la norma de los cuatro cuarteles de la nobleza para los altos mandos del ejército y forzado a la monarquía a una amilanada y, a la larga, fatal solicitud por los intereses privilegiados».[71]

La integración de muchos burgueses en la nobleza hace muy dudosa una difundida exégesis de la Revolución: que una de sus causas capitales fue el carácter cerrado de la aristocracia francesa; cerrado, claro está, en comparación con los límites fluidos y la facilidad de acceso que reinaban en la Inglaterra contemporánea. Las constataciones precedentes indican que el contraste estribó sobre todo en una formalidad legal. En la práctica, el acceso al estado aristocrático puede que no presentase vallas más difíciles en la Francia de la segunda mitad del siglo XVIII que en la Inglaterra del mismo período. Estamos faltos de estadísticas. Otra vez nos encontramos aquí, sin embargo, con una cuestión en la que las evaluaciones cuantitativas no pueden penetrar las importantes diferencias cualitativas.

Como se ha indicado antes, la situación en que se dieron movilidad social ascendente y fusión fue en conjunto muy distinta en uno y otro país. En Inglaterra, la fusión tuvo lugar en gran medida fuera del ámbito de influencia de la monarquía y contra el rey. Los propietarios rurales cerradores no querían que el rey se entrometiera en los asuntos de sus campesinos; los ciudadanos acaudalados, que hiciera de las buenas oportunidades de negocio un vedado para un puñado de favoritos. Importantes sectores de ambas clases ni necesitaban ni querían en aquel país armas políticas recibidas en préstamo del arsenal de un feudalismo muerto o del absolutismo real. En Francia, por el contrario, la monarquía convirtió a plebeyos en aristócratas hacendados que necesitaban protección feudal; a fin de cuentas, por tanto, en obstinados defensores de los privilegios y vigorosos oponentes de sus propios esfuerzos intermitentes para una reforma. Y lo hizo con tales procedimientos, que se creó enemigos entre los sectores de la burguesía que no estaban identificados con el antiguo orden.

Estos burgueses, entre tanto, iban volviéndose cada vez más fuertes. Hasta aquí no han recibido atención de los historiadores y sociólogos en el mismo grado que la nobleza y los campesinos.[72] No obstante, algunos puntos de gran importancia para el presente análisis se hallan pasaderamente bien establecidos. El siglo, en sus líneas fundamentales, fue de acusado progreso económico para el comercio y para la industria. Sobre todo se intensificó el comercio con el extranjero, de hecho con mayor rapidez que en la misma In-

glaterra.[73] En lo que concierne a los últimos años del *ancien régime*, hay diversidad de opiniones. C. E. Labrousse, que ha llevado a cabo un detallado estudio de los precios, cree que desde alrededor de 1778 en adelante se atravesó por un período de fuerte depresión, que afectó tanto a la industria como a la agricultura.[74] En cambio, en una obra anterior, Henri Sée describe las dos últimas décadas del siglo como una fase en que se produjo un esfuerzo supremo en la gran industria; si Francia continuaba rezagada con respecto a Inglaterra al estallar la Revolución, ello se debía tan sólo a que había partido de mucho más atrás que su competidora del otro lado del Canal.[75] La regulación por el gobierno de la industria fue aún muy importante en el siglo XVIII, aunque la oleada de edictos sugiere que las regulaciones no resultaban muy eficaces. En la segunda mitad del siglo, el control del gobierno disminuyó.[76] Al irse ensanchando la base social del comercio y en menor grado, de la industria, subieron de punto las exigencias de que se desembarazase el tráfico y la producción de sus ancestrales cadenas.

Turgot sirvió de portavoz a tales fuerzas. Creía firmemente en el despotismo ilustrado y en la libertad de producción y de intercambio lo mismo para la industria que para la agricultura, y llegó al poder. Una ojeada a las reformas que intentó y a la oposición que despertaron nos ayudará a apreciar la potencia de las fuerzas impulsoras de una versión clásica del capitalismo, basado en la propiedad privada y la libre competencia y sin el apoyo de las instituciones precapitalistas. Su programa, sólo en parte reali-

zado, incluía una reforma del sistema contributivo, libre tráfico de granos (introducido por el edicto del 13 de setiembre de 1774), la supresión de la *corvée*, la supresión de los gremios, y libertad de los trabajadores para elegir su ocupación.[77] La política de Turgot descontentó a los pequeños consumidores de alimentos, gravemente trastornados por el alza de precios que siguió al libre tráfico de granos. Estallaron tumultos en todo el país; algunos amotinados llegaron a invadir el patio de Versalles para exigir que se obligara a los panaderos a reducir los precios del pan, hecho que prefiguraba los de la Revolución en el apogeo del Terror. Aunque en esa ocasión Luis XVI se mantuvo firme, el incidente difícilmente podía reforzar el crédito de Turgot en la corte.[78] No cabe duda que existía una fuerte exigencia popular de una economía controlada de tipo muy arcaico, es decir de una economía en que el énfasis no estuviera puesto en el aumento de la producción, sino en que una autoridad benevolente asegurara una «equitativa» distribución de las necesidades elementales a los pobres. Ese sentimiento, con hondas raíces entre los estratos inferiores de los campesinos y de la plebe urbana, los famosos *sans-culottes* sería la fuente más importante de medidas radicales a lo largo de la Revolución. Los proyectos de Turgot despertaron, además, la oposición de los financieros que se aprovechaban de la corrupción de la burocracia y de los fabricantes que estaban indignados de que aquél se negara a proteger la industria francesa, en particular la que dependía del algodón y el hierro, contra la competencia extranjera

y a prohibir la exportación de materias primas necesarias para la industria.[79]

La coalición de intereses contra Turgot es un indicio más de que las fuerzas que perseguían romper las duraderas cadenas del feudalismo y establecer algo así como la propiedad privada y la libre competencia estaban lejos de ser las dominantes en la sociedad francesa en vísperas de la Revolución, por más incremento que hubieran tomado durante lo ya transcurrido del siglo XVIII. Calificar a la Revolución de burguesa y capitalista tan sólo en ese sentido es a todas luces erróneo. Al introducirse en Francia, el capitalismo se revistió a menudo de una máscara feudal, sobre todo en el campo. La apetencia de derechos de propiedad dentro del sistema reinante era muy fuerte, como lo demuestran la venta de oficios y la reacción señorial. El capitalismo, como advirtió Jaurés, el gran historiador socialista de la Revolución, sin sacar luego de ello las necesarias conclusiones, impregnó el *ancien régime*, y lo retorció de tal manera, que exasperó a importantes sectores de las clases privilegiadas y, asimismo, a los campesinos, a la vez que les volvía también contra la monarquía. En parte por esa razón, el empuje radical que alimentó a la Revolución, centrado en los *sans-culottes* y en ciertos sectores del campesinado, fue explícita e intensamente anticapitalista. Los campesinos ricos, como veremos, fijaron los límites hasta dónde podía llegar el anticapitalismo radical. A la larga, las fuerzas que pugnaban por una propiedad privada libre de ancestrales cadenas alcanzaron importantes victorias en la ciudad y en el campo. Para conseguir triun-

far, sin embargo, los capitalistas tuvieron con frecuencia necesidad de la ayuda de sus más acerbos enemigos.

5. LA RELACIÓN DE LOS CAMPESINOS CON EL RADICALISMO DURANTE LA REVOLUCIÓN

Hasta aquí se ha tratado de iluminar las fuentes tanto de la rigidez como de las exigencias de cambio que se acumulaban de modo gradual entre las clases dominantes. Al pasar a analizar la propia Revolución, los hechos imponen un cambio de enfoque que centre la atención en las clases bajas. La sociedad francesa se desintegró de arriba abajo cuando la monarquía, por razones institucionales y personales, fue cada vez menos capaz de controlar las fuerzas disgregadoras especificadas en los apartados precedentes. El colapso aumentó el descontento latente entre las clases bajas y posibilitó que saliera a luz. Nos consta que hacía ya cierto tiempo que ello se fraguaba. Revueltas campesinas en que también participaba la gente menuda de las ciudades salpican el transcurso del siglo XVII. Acontecieron en distintas partes de Francia en 1639, 1662, 1664, 1670, 1674 y 1675.[80] Por sí solo, no obstante, el resentimiento popular no podía promover una revolución. Si se intensificó o no en la fase previa a la Revolución, no está del todo claro; es muy probable que sí lo hiciera. Sea como fuere, sólo al combinarse, aunque por breve tiempo, con los de grupos más poderosos, podrían los agravios populares contribuir a echar a pique la monarquía entre fuego, sangre y humo.

La causa de los estallidos previos, la naturaleza del mundo de los campesinos, los problemas de los que constituían la gran mayoría de la población francesa, no aparecen sino confusamente en los estudios de los grandes días del absolutismo real.[81] Al aproximarse la Revolución, trascienden más detalles, hasta el punto de que por lo menos algunos de los perfiles esenciales de la sociedad campesina resultan bastante distinguibles. En ausencia de una revolución comercial como la que tuvo lugar en Inglaterra o de una reacción señorial por el estilo de la que se dio en Prusia, y también en Rusia por razones bastante distintas, muchos campesinos franceses se habían convertido de hecho en pequeños propietarios. Si bien es imposible dar cifras precisas sobre esos *coqs de paroisse* —cuyos equivalentes recibirán el nombre de *kulaks* en Rusia en una etapa más tardía—, no cabe duda que representaban una minoría considerable y muy influyente. La gran mayoría de los campesinos quedaban por bajo de ellos según imperceptibles gradaciones, desde los que tenían reducidos *lopins de terre* hasta los que no tenían nada de nada, los jornaleros agrícolas. A uno le da la impresión —pero no es más que una impresión— que el número de los pequeños explotadores de tierras y de los que no disponían de ninguna había ido aumentando, con lentitud pero de continuo, por lo menos desde dos siglos atrás. Lefebvre afirma que en 1789 la gran mayoría de los propietarios rurales no poseían suficiente tierra para vivir y debían trabajar para otros o encontrar alguna ocupación auxiliar. Tropezamos aquí de nuevo con la falta de estadísticas de conjunto. Pero, en mu-

chas partes del país, las familias sin ninguna tierra pueden haber significado del 20 hasta incluso el 70 por ciento de la población campesina.[82]

Entre los campesinos más pobres, cabe discernir dos grandes reivindicaciones. Primeramente, y quizá más que cualquier otra cosa, querían una parcela de tierra si no tenían ninguna, y ensancharla un tanto si ya tenían una. En segundo lugar, ansiaban preservar aquellas costumbres específicas de la comunidad aldeana que les beneficiaban. El apego de los campesinos pobres a la comunidad aldeana no se extendía a todos sus aspectos. Cuando vislumbraron, durante la Revolución, la oportunidad de conseguir una parcela de tierra si se dividían los terrenos comunales de la aldea, lo reclamaron a voz en grito. Fueron sobre todo los campesinos ricos quienes se opusieron al parcelamiento de aquéllos, en parte porque a menudo eran los únicos que los utilizaban como pastos para el ganado con que labraban sus tierras.[83] Sin embargo, ciertas prácticas colectivistas eran importantes para los campesinos pobres. La más notable consistía en el derecho de *vaine pâture*. En las extensiones cultivadas, ese derecho formaba parte del antiguo sistema de campos abiertos, que imperaba aún en amplias zonas de Francia a falta de un movimiento cercador poderoso. Los labrantíos, dispuestos en hazas, rodeaban el racimo de viviendas que constituían la aldea. Debían pasar todos por cada fase del ciclo agrícola al mismo tiempo, práctica conocida en Francia con el nombre de *assolement forcé*, y con el de *Flurzwang* en los países de habla alemana. Una vez recogida la cosecha, los derechos del

propietario, como observa gráficamente Bloch, se dormían, y el ganado vagaba libremente por los campos, no cercados. También en los henares, propiedad a la sazón o de un señor o de la aldea en conjunto o de un campesino acomodado, imperaba en muchas zonas un concierto similar: una vez que se había segado el heno, los prados se dejaban abiertos para que el ganado pudiese pacer en ellos y comerse la segunda hierba (*regain*). El derecho de *vaine pâture* era importantísimo para los campesinos más pobres, expuestos a que se les impidiera hacer mucho uso de los terrenos comunales. Aunque a menudo carecían de caballos y de arados, solían poseer una vaca o una oveja y algunas cabras que les procuraban carne para comer o la oportunidad de conseguir un poco de dinero. Eran también importantes el derecho de espigar, que llevaba a hordas de campesinos pobres a pulular por los campos durante un número especificado de días bajo la ansiosa mirada de los propietarios, y los de recoger leña y pastorear animales en los bosques.[84]

Las consecuencias políticas fueron un cisma dentro del campesinado y una desintegración muy marcada de la comunidad campesina. Como en muchas otras partes del mundo, los campesinos más pobres resultaron en Francia las víctimas principales cuando las fuerzas de la modernización desbarataron la vetusta sociedad aldeana que había gobernado la división del trabajo y les había conferido a ellos desde tiempo inmemorial un lugar modesto, pero respetado, dentro de su pequeño mundo. Si bien las aldeas francesas, de las que existían muchos tipos distintos, sufrieron por

lo general más tarde y con menor intensidad y por distintas razones que sus equivalentes inglesas, no obstante, al acercarse el siglo XVIII a su final, tal forma de sociedad aparece sometida a un embate muy visible.[85] La situación creada entonces empujó a muchos pobres rurales a violentas teorías igualitarias. Para ellos la modernización significaba ante todo que los campesinos prósperos bloqueaban el reparto del suelo (incluso de las tierras confiscadas durante la Revolución) y les condenaban al hambre al restringir los derechos de espigar y de pastoreo, una de las secuelas del avance rural hacia formas modernas de propiedad privada. En la cúspide de la Revolución, el radicalismo de las ciudades y el del campo se dieron la mano, hecho que ayuda a explicar la profundidad y violencia de la Revolución Francesa en comparación con su precursora inglesa. No hubo, sin embargo, una sola revolución campesina que llevara un solo camino, a veces uniéndose, a veces oponiéndose a la revolución de las ciudades y de la capital. Coexistieron, por lo menos, dos revoluciones campesinas, la de la aristocracia campesina y la de la más amplia y difusa mayoría, cada una de las cuales siguió su propio curso que, eventualmente, las llevó a fusionarse o a entrar en oposición con las oleadas revolucionarias de las ciudades.

Volviendo ahora a los rangos superiores del campesinado, parece claro, por lo menos pasaderamente claro, que sus motivos de descontento dimanaban de su posición ambigua: poseían la tierra sin que en rigor les perteneciera.[86] De todas formas, como es bien sabido, la posición legal y social del campesinado francés,

en sus niveles más altos, estaba sujeta a menos restricciones represivas que en cualquier otro país del continente. La mayoría de ellos eran personalmente libres. Por eso sus exigencias, hasta donde podemos alcanzar a ver por las refracciones de los *cahiers*, apuntaban primordialmente a eliminar los aspectos arbitrarios del sistema feudal, que habían venido aumentando durante los últimos años del antiguo orden. En agudo contraste con la burguesía, no impugnaban la posición social y los privilegios especiales de la nobleza. Al contrario: a menudo los reconocieron de modo expreso,[87] hecho que indica que no percibían quizá ninguna conexión general entre los privilegios de la nobleza y sus propios problemas. No cabe duda que, en 1789, sin que hubieran mediado graves trastornos, no se habrían convertido en una fuerza revolucionaria activa. Esas sacudidas no tardaron en llegar.

Uno de los impulsos revolucionarios procedió de los manejos de la nobleza y de las vacilaciones del rey que precedieron y siguieron a la reunión de los Estados Generales. Los campesinos, ciertamente, ni percibían el alcance ni se preocupaban demasiado de cuestiones tales como la de que se votara por estamentos o por individuos, que agitaba el resto de Francia. Es asimismo improbable que les inquietase de modo profundo el quebranto de las finanzas borbónicas y la perspectiva de bancarrota. La distribución de las cargas fiscales entre los distintos estamentos tampoco debía de apasionarles en exceso; el campesino se interesaba por su cuota en su aldea, la cual variaba de un lugar a otro en forma tan aturdidora, que sólo los es-

pecialistas podían alcanzar a comprenderla.[88] Todas esas cuestiones, en cambio, agitaban sobre manera a un amplio sector de los ciudadanos instruidos. La nobleza estaba tratando de adueñarse del Estado valiéndose del mecanismo de los Estados Generales, lógica secuela de sus objetivos durante la llamada reacción feudal. Su aversión a transigir en tal empeño hizo momentáneamente de lo que no era más que una etiqueta para designar los sectores que no pertenecían ni a la nobleza ni al clero —el *Tiers État*— algo próximo a una tendencia política homogénea.

Muchos de los nobles más ricos y, en especial, de los liberales, que desempeñaron un papel conspicuo en aquella primera fase de la Revolución, estaban bastante dispuestos a hacer concesiones considerables. En lo tocante a las cuestiones agrarias, incluso lo estaban a sacrificar algunos de los derechos feudales más opresivos sin indemnización. El elemento reaccionario que por algún tiempo se fusionó con el *Tiers État* procedía muy probablemente en gran medida de la multitud de pequeños señores rurales que vivían de sus derechos y no tenían ni voluntad ni capacidad ni oportunidad de llevar sus negocios como los plebeyos, aun cuando se les indemnizara por la pérdida de los derechos feudales.[89]

Otros impulsos eran más fortuitos. En 1786, el gobierno francés había reducido fuertemente sus derechos de aduana sobre las manufacturas inglesas, lo cual dejó sin trabajo a mucha gente. Resultaron también afectados, en algunas regiones, los campesinos, al quedar restringido o eliminado el empleo exterior. Un decreto del año 1787 anuló las restricciones al tráfico de granos, entre ellas las que imponían que los cultivadores los llevasen al mercado local. La cosecha del otoño de 1788 fue desastrosamente escasa. Siguieron un invierno de extraordinaria crudeza y una primavera plagada de violentas tempestades e inundaciones.[90] En el verano de 1789, las calamidades naturales se combinaron con las incertidumbres y ansiedades políticas para suscitar una serie de pánicos y de revueltas campesinas en muchas partes de Francia.

Empezó con ello a ponerse de manifiesto el potencial radical del campesinado. Aunque los trastornos conocidos como la *Grande Peur* revistieran distintas formas en las diversas partes de Francia, la oposición al feudalismo se presentó por doquier. Incluso en las zonas donde no se alzaron, los campesinos se negaban a cumplir con sus obligaciones feudales.[91] Se propagaban con rapidez toda suerte de rumores exagerados; los temores de un complot aristocrático, no carente de fundamento, facilitaron que los campesinos obtuviesen el apoyo de las clases ciudadanas más pobres. Al deteriorarse la autoridad del gobierno central, Francia parecía estarse descomponiendo en una red de pequeñas ciudades y comunidades. La desintegración del orden público motivaba que los ciudadanos acomodados de la burguesía acogieran de buena gana en sus filas a los nobles liberales. Las clases más pobres, por otro lado, recelaban de ellos y trataban de marginarlos. Así, en las zonas donde reinaba el pánico, los dueños de propiedades medianas en la ciudad o en el campo se constituían en grupos de defensa locales para prote-

gerse a sí mismos contra los bandoleros, que suponían movidos por una aristocracia intrigante.[92]

Allí donde se produjeron auténticas revueltas agrarias y *jacqueries*, no existió *Grande Peur*.[93] En esas zonas, el bandolero era el campesino en marcha. No había ninguna necesidad de pensar en bandoleros, y ninguna posibilidad tampoco de imaginar que eran el instrumento de los aristócratas. La violencia campesina en gran escala asustaba a la burguesía, en particular a aquellos burgueses para los que los derechos feudales representaban una forma tan sagrada de propiedad como cualquier otra, y los echaba en brazos de la nobleza. Después de la toma de la Bastilla, la burguesía de algunas regiones, sobre todo de Alsacia, donde los alzamientos campesinos fueron especialmente violentos, cooperó sin reservas con las clases privilegiadas para reprimirlos.[94]

La Revolución había ya desencadenado fuerzas sociales ansiosamente dispuestas a ponerle fin. La contrarrevolución tenía algo así como su liderazgo en París, y valimiento cerca del rey. Por algún tiempo, parecía posible que le sonriera el éxito. El 11 de julio de 1789, Necker fue destituido precipitadamente y desterrado de Francia. La nobleza había dado muestras de que no estaba dispuesta a aceptar la victoria del *Tiers État*, que se había separado de los Estados Generales llevándose consigo al clero y a cuarenta y siete nobles para formar la Asamblea Constituyente, formalmente establecida el 7 de julio de 1789. Se estaban concentrando tropas alrededor de París. El campo se hallaba agitado por la razones que ya hemos visto. El

hambre amenazaba. Existían sospechas de que el rey preparaba un golpe. La Asamblea Constituyente se temía lo peor. En aquel momento, un alzamiento popular salvó la revolución moderada y la propulsó hacia adelante. La población de París no tenía la intención de salvar la Asamblea; actuó «de rechazo», a manera de reacción defensiva. En aquellos días fueron continuos los pánicos, primeras manifestaciones de la *Grande Peur*. Viendo París rodeado por tropas reales y «bandoleros» y temiendo que sería bombardeado y entregado al pillaje, masas de ciudadanos levantaron barricadas y se apoderaron de treinta y dos mil rifles en los Inválidos. Por la mañana del 14 de julio, se dirigieron a la Bastilla para conseguir más armas y acabaron tomando por asalto el famoso símbolo de la autoridad arbitraria.[95]

En la toma de la Bastilla y la breve oleada de venganza popular que le siguió, aparecieron ya, como indica Lefebvre, algunos de los rasgos esenciales del componente radical de la Revolución Francesa: el temor de complots contrarrevolucionarios, el alzamiento defensivo de las masas, integradas sobre todo por artesanos pobres y oficiales, y la voluntad de castigar y destruir a los enemigos.[96]

Tales características reaparecen en cada uno de los principales flujos populares de la Revolución. Es bien sabido que la Revolución empezó con una ofensiva de la nobleza y fue radicalizándose a medida que avanzaba. Hasta poco antes de la caída de Robespierre, el 9 Termidor o 27 de julio de 1794, fueron llegando al poder sectores cada vez más radicales de la burguesía que se-

guían, asimismo, orientaciones políticas más y más radicales. Siempre que las fuerzas conservadoras —que, por supuesto, fueron cada vez menos conservadoras y estuvieron representadas, en las sucesivas ocasiones, por un grupo distinto—, trataron de frenar la Revolución, una ofensiva radical desde abajo las propulsó hacia delante. Tres grandes convulsiones populares, tres famosas *journées*, jalonaron esa serie de giros repentinos hacia la izquierda. La primera fue la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789. La segunda, la toma de las Tullerías el 10 de agosto de 1792, que condujo a la ejecución de Luis XVI. El tercer alzamiento, el del 31 de mayo de 1793, tuvo lugar en medio de circunstancias parecidas, pero más graves, y formó parte de la cadena de sucesos que llevaron al reinado del «terror» y a la breve supremacía de Robespierre. El principal impulso que determinó cada flujo procedía de los *sans-culottes* parisienses. Y el éxito de las sucesivas oleadas duraba siempre tan sólo lo que el apoyo activo del campo. Cuando ése cesaba, cuando las exigencias de los *sans-culottes* entraban en conflicto con las de los campesinos propietarios, el impulso motor de la revolución radical se iba agotando, y sus residuos urbanos eran fácilmente reprimidos.

Por eso es justo sostener que el campesinado, aun no siendo la principal fuerza propulsora, fue el árbitro de la Revolución, una fuerza muy importante, en una medida responsable de lo que, retrospectivamente, parece el logro más importante y perdurable de la Revolución: el desmantelamiento del feudalismo.

Volviendo al curso de los hechos, la toma de la Bastilla fue más trascendental en un sentido simbólico

que como una victoria política o militar concreta. Resultaría más importante el golpe mortal asestado al feudalismo pocas semanas después, en la famosa noche del 4 de agosto de 1789, cuyos orígenes, según se acaba de indicar, pueden hacerse remontar de un modo directo a disturbios campesinos. La Asamblea Constituyente se encontró entonces en delicada postura. La mayoría de sus miembros eran hombres de ley y orden, por más que les hubiera salvado un alzamiento popular. Poseedores de considerables bienes, no tenían por lo general ningún deseo de ver desenfrenarse a los campesinos. Sin embargo, de volver al rey y a lo que quedaba del aparato real para restaurar el orden, harían el juego a los elementos intransigentes de la aristocracia y se perderían las ganancias de la Revolución. Estando así las cosas, las maniobras de una minoría lograron llevar a la Asamblea a aprobar los decretos.

Aunque el texto de la declaración empiece afirmando que la Asamblea destruía por completo el feudalismo, ello era exagerado. La anulación de los derechos feudales basados en la tierra quedaba sujeta a pagos que los redimiesen, lo cual hubiera significado su supervivencia por bastante tiempo. Subsistían también otros remanentes, entre ellos las prerrogativas honoríficas. Sólo más tarde, en fases más radicales de la Revolución, vino a consumar la legislación posterior la casi totalidad de la tarea de desmontar los residuos de la estructura feudal, no cabe duda que en una línea de continuidad con la obra del absolutismo real, como subrayó ya De Tocqueville. La Asamblea, con todo,

votó la igualdad ante la ley, la abolición de los derechos feudales de naturaleza personal (sin indemnización), la igualdad de las puniciones, la facultad de acceso de todos los ciudadanos a los servicios públicos, la abolición de la venta de oficios y la supresión del diezmo (sin indemnización). Semejante serie de decretos justifica que se considere aquel señalado momento como el «certificado de defunción del *ancien régime*».[97]

Permítaseme insistir en que no se trató de un arranque de generosidad espontánea. La Asamblea actuó con un puñal al pecho: los desórdenes populares.[98] Echar mano de ocasiones como esa, en que las clases altas se mostraron propicias a las concesiones, fuera de su contexto para argüir que no había necesidad del radicalismo revolucionario, sería falsificar completamente la situación.

La segunda fase radical, provocada también por un conato de reacción, repitió el mismo modelo, pero con intensidad mayor. La tentativa de fuga del rey, frustrada en Varennes (20-25 de junio de 1791), destruyó cualquier hipotética posibilidad de que la Revolución viniese a parar a una monarquía constitucional gobernada por las clases superiores como en Inglaterra. En la primavera de 1792, estalló la guerra con Austria. Los adalides de la Gironde, dentro de la que pesaban fuertemente los intereses comerciales y exportadores, la promovieron para difundir el evangelio revolucionario y, a la vez, por razones más materiales. Lafayette intentó utilizarla para un fin radicalmente opuesto: restaurar el orden. El peligro de un golpe militar era real.[99] A partir de noviembre de 1791, se produjeron

una serie de alzamientos populares en muchas zonas rurales para protestar contra la exportación de granos en aquel momento de aguda escasez. La idea de enviar granos fuera del país —cuando valían más en Francia que en el exterior— era, de por sí, ciertamente absurda. Los alborotos, aunque reprimidos sin grandes dificultades, revelan el estado de excitación y de desorden. Las capas pobres de las ciudades, asimismo, sufrían duramente los efectos de la creciente inflación.[100] A una atmósfera tan cargada, se añadían aún los reveses militares. El golpe que clarificó el aire, la toma por asalto de las Tullerías y la famosa matanza de guardias suizos —10 de agosto de 1792— fue obra otra vez de las multitudes parisienses, en especial artesanos pobres, oficiales, etcétera.[101] Aunque centrado en París, el movimiento popular y radical recibió el apoyo activo de las provincias. Fue el gran momento de la canción de guerra y revuelta de Rouget de Lisle, cantada por los batallones jacobinos en su marcha desde Marsella para acudir en ayuda de sus camaradas de París. La convulsión del 10 de agosto no se limitó tan sólo a París como la del 14 de julio, sino que tuvo carácter de alzamiento nacional.[102]

En el plano político interior, las consecuencias fueron la virtual abdicación de la Asamblea Legislativa, que había reemplazado a la Asamblea Constituyente en octubre de 1791; el proceso de Luis XVI, si bien no se celebraría hasta fines de 1792; y, más de inmediato, la venganza popular que trajo las «matanzas de septiembre» de 1792. Dichas matanzas parecen haberse iniciado tan espontáneamente como todas las acciones

de masas. Un gentío al acecho se apoderó de un grupo de presos bajo escolta y los ejecutó sumariamente. Después las matanzas se extendieron a las cárceles. Perdieron la vida entre mil cien y mil cuatrocientos presos, en su gran mayoría ladrones comunes, prostitutas, falsificadores y vagabundos. Sólo alrededor de una cuarta parte eran sacerdotes, nobles, o políticos de toda clase.[103] Escenas semejantes tuvieron lugar en otras ciudades y poblaciones francesas. Las «matanzas de septiembre» son significativas, sobre todo, por revelar la ceguera e irracionalidad de la venganza popular. El Terror, del que aquéllas constituyeron un preludio y que apareció en la fase siguiente, estuvo más organizado y fue menos caprichoso en sus resultados.

Gracias a los levantamientos de 1791-1792, los campesinos consiguieron importantes logros por el verano de 1792. El 25 de agosto fueron anulados los derechos feudales, sin indemnización, a menos que subsistiera el título original. Por otro decreto, del día 28, se devolvía a las aldeas sus terrenos comunales allí donde los señores los hubieran usurpado. Otro decreto aún, perseguía facilitar al proletariado rural el adquirir tierras disponiendo la venta de las haciendas confiscadas de *émigrés* por pequeñas unidades. En París, la Comuna empleó a los desocupados en obras de fortificación.[104] Con tales medidas el gobierno dio un paso hacia la satisfacción de las exigencias de la oprimida mayoría campesina integrada por los que tenían poca tierra y los totalmente desheredados, en un esfuerzo para vincularlos a los intereses de la Revolución. Pero el paso fue tímido. El gobierno revolucionario de París se mostró vacilante en la cuestión crucial de repartir las tierras comunales y de *émigrés* entre los campesinos humildes. Ello trajo por consecuencia que se agudizara el divorcio entre ricos y pobres. Los campesinos más ricos proclamaban soliviantados que dar propiedad a los desheredados significaba lo mismo que la *loi agraire*: el comunismo de la propiedad.[105]

A la vez la incertidumbre del gobierno promovía la circulación de ideas radicales entre el campesinado. Los enemigos del radicalismo campesino las englobaban todas dentro del turbador rótulo general de *loi agraire*. La igualación de la propiedad era probablemente la idea que contaba con mayor predicamento entre los campesinos más pobres. Pero circulaban también otras que trascendían las concepciones de la propiedad privada en que permanecieron siempre los dirigentes revolucionarios, incluso durante la fase siguiente más radical. Consistían en una mezcla de ideas cristianas y colectivistas. Es difícil determinar con exactitud cuánto eco encontraron entre los campesinos, no tan sólo por la falta de documentos, sino asimismo por la rígida represión. Carnot, que aborrecía a los radicales, exageraba sin duda cuando, el 7 de octubre de 1792, desde Burdeos, escribía que la idea de la *loi agraire* había sembrado el terror por todas partes.[106] Es obvio que el radicalismo campesino asustaba a las autoridades. En un vehemente discurso ante la Convención, Barère reclamó medidas que mostraran al campo que no se toleraría ni el más leve ataque a la propiedad privada. El día siguiente, 18 de marzo de 1793, la Convención estableció la pena de muerte para

aquellos que predicaran la *loi agraire*.[107] Sobrevivió, sin embargo, lo suficiente del contenido de dichas ideas para indicarnos que se ajustaban a las necesidades de los campesinos pobres y satisfacían algunas de ellas. De ahí que convenga examinar con algún detalle esa corriente radical subterránea.

El primer embate radical surgió en conexión con las supuestas exportaciones de granos mencionadas poco ha como parte del trasfondo del alzamiento del 10 de agosto de 1792. En el curso de uno de los disturbios, los campesinos de los municipios vecinos asesinaron a un rico curtidor de Étampes (Beauce). El caso se propagó a modo de onda por toda Francia; el entierro de la víctima fue convertido en una fiesta nacional. No obstante, un *curé* jacobino del lugar, Pierre Dolivier, tuvo la valentía de oponerse a la ola de sentimentalismo. En mayo de 1792 presentó a la Asamblea Legislativa una petición en que arremetía contra la víctima presentándola como un personaje rico y codicioso que había especulado con los granos y que merecía de todo en todo su suerte. A continuación Dolivier no tan sólo pedía controles de precios en beneficio de los pobres y hambrientos, sino que atacaba el mismo derecho de propiedad: «*La nation seule est véritablement propiétaire de son terrain*».[108] Mathiez señala con acierto el elemento arcaico del pensamiento de Dolivier. Luis XIV había proclamado que era el dueño de la propiedad de sus sujetos. Ahora la nación había sucedido al rey. Por otro lado, hay una tesis de Dolivier y sus herederos que sorprende al lector de hoy en día por su modernidad: el Estado tiene la obligación de

atender a que la mayoría menos afortunada de sus ciudadanos no muera de hambre, y esa obligación está por encima de los derechos e intereses egoístas de propiedad.

Así defendiendo la ación violenta de los atropellados campesinos y atacando la propiedad, Dolivier escandalizó a la asamblea. Pero Robespierre hizo uso de la palabra para abogar por el *curé* en términos que anunciaban su comportamiento posterior durante el Terror y contrastaban con él a la vez. Vituperó en bloque a la ávida clase burguesa que no había visto en la Revolución sino un medio de suceder a la nobleza y al clero y que defendía la riqueza con la misma terquedad que las clases privilegiadas habían defendido el nacimiento.[109] Las ideas de los radicales extremistas no eran, pues, del todo incompatibles con las de los pequeños propietarios que tenían en Robespierre su portavoz...

Tras la toma de las Tullerías, afloraron ideas similares en otras partes de Francia, junto con esporádicas e infructuosas tentativas de ponerlas en práctica. Otro *curé* decía a sus feligreses: «*Les biens vont être communs, il n'y aura qu'une cave qu'un grenier où chacun prendra tout ce que lui sera nécessaire*». Aconsejaba a su rebaño que instalaran almacenes comunes de los que podrían servirse según sus necesidades, cosa que permitiría suprimir el dinero. A ese respecto debemos recordar que la inflación había ya hecho elevar muchísimo los precios y que un sector del campesinado consumía más alimentos de los que producía en sus tierras. Los que carecían de tierra, claro está, se encontraban comple-

tamente sin medios para producir sus propias subsistencias. Un habitante de Lión, esta vez un ciudadano por tanto, elaboró y publicó un detallado sistema para la nacionalización de las necesidades básicas. El Estado tenía que comprar las cosechas a precios fijos; después, a fin de garantizar a los campesinos contra las fluctuaciones del mercado, almacenarlas en *greniers d'abondance*; y, además, distribuir pan a precios fijos. Tal concepción está próxima a la de «granero siempre normal» de tiempos más recientes, aunque esa última fue una respuesta a la producción excesiva y no a la escasez.

Nos ha llegado también otro panfleto de tono mucho más religioso. Pedía al cielo la ira de Jehová contra los ricos soberbios e invocaba en su nombre «*la loi des Francs... AGRAIRE!*». Al igual que los radicales ingleses de los tiempos de la Revolución Puritana, el autor del panfleto volvía la mirada hacia un pasado mítico para tratar de demostrar que los galos y los germanos redistribuían sus tierras cada año.[110]

Ciertos motivos centrales, es fácil verlo, corren a través de todas esas protestas agrarias radicales. Todas reclaman o bien la abolición absoluta de la propiedad privada o bien su limitación muy estricta conforme a líneas igualitarias. En segundo lugar, proponen medidas para llegar a un control de los mecanismos del mercado, tales como depósitos de almacenaje y libre distribución de los productos a escala local o los más complejos *greniers d'abondance*. Las gentes de las ciudades estaban quizá más inclinadas a abogar ante todo por el uso de la guillotina como el mejor medio para

arrancar las necesidades vitales de manos codiciosas y mezquinas.[111] Hallamos ya ahí las semillas de las divergencias posteriores. Por el momento, sin embargo, basta con notar que el radicalismo agrario era una respuesta bastante explícita no tan sólo a las condiciones perturbadas de aquel momento, sino asimismo a la intrusión del capitalismo en el campo. La agresividad de las ideas que le caracterizaban iba dirigida de lleno contra los que se enriquecían manipulando el mercado. Lo necesario para vivir, se pensaba, era demasiado caro y demasiado difícil de obtener. Respecto a esas cuestiones elementales, los campesinos pobres, e incluso los no tan pobres, y los *sans-culottes* de las ciudades podían estar de acuerdo. Mientras los intereses de ambos grupos convergieron, la revolución radical pudo mantener encendido un fuego debajo de la revolución llevada adelante en nombre de la propiedad privada y los derechos del hombre. La revolución burguesa necesitaba la ayuda de la revolución radical, como ya hemos visto a propósito de los hechos del 14 de julio y el 4 de agosto de 1789. Hasta cierto punto las dos revoluciones —varias revoluciones menores, en realidad, que se fundían en dos grandes corrientes fácilmente distinguibles— podían trabajar juntas y reforzarse una a otra. En el fondo, no obstante, eran incompatibles, debido a sus actitudes incompatibles respecto a la propiedad: la incompatibilidad de los que tienen propiedad y los que no la tienen.[112] Cuando la corriente radical se fraccionó y las clases poseedoras ya no necesitaron de su ayuda, la Revolución entró en barrena. La convergencia y separación final de los ra-

dicales y las clases poseedoras es el proceso que vamos a analizar en la tercera fase.

El último embate radical empezó, como los que le habían precedido, con un levantamiento popular en París a fines de mayo de 1793. Fue de nuevo una respuesta correctiva a un peligro real. En marzo, el general Dumouriez se había vuelto traidor tras su derrota ante los austríacos. Había concertado con ellos un armisticio para marchar sobre París, sentar a Luis XVII en el trono y restablecer la constitución de 1791.[113] La revuelta realista estaba ya en marcha en la Vendée. Marsella había sido víctima de insurrecciones contra los *sans-culottes* y Lión contra los jacobinos, y habían escapado al control de los revolucionarios.[114] El alzamiento de mayo fue un golpe muy bien urdido, «la *journée* mejor organizada de la Revolución», que permitió a la facción más radical de la burguesía acaudillada por Robespierre imponerse sobre la Gironda.[115]

El radicalismo de los parisienses pobres había empezado entre tanto a encontrar expresión articulada, más o menos por el mismo tiempo que las bolsas dispersas de radicalismo agrario salían a luz en el campo. La política de la Gironda tendente a dejar que los precios de los alimentos, en las condiciones de entonces de guerra y revolución, hallaran su nivel natural por la mecánica de la oferta y la demanda reunió a los pequeños artesanos, oficiales, obreros y la heterogénea población flotante de París —en una palabra: los *sans-culottes*— en una miseria común. La inflación empeoró aún las cosas; de hecho fue una manera de cargar el coste de la guerra sobre las espaldas de los pobres.[116] En enero de 1793, los propios líderes de la Gironda se vieron obligados a confesar que el precio del trigo no bajaría por sí mismo.[117]

Tal era la situación en que Jacques Roux y los *enragés* empezaron a despertar interés en París. Sus ideas, más simples aún que las de los radicales agrarios recién expuestas, se cifraban en dos proposiciones: *a*) La libertad de comercio redundaba en provecho de los especuladores y causaba agudos sufrimientos a los pobres. *b*) Debería utilizarse la fuerza para poner fin a la especulación. Había también un punto en que, significativamente, miraban hacia atrás. En un momento dado, en junio de 1793, Jacques Roux denunció ante la misma Convención el contraste entre la afabilidad de la existencia bajo el *ancien régime* y la plaga de miserias que atormentaban al pueblo bajo una revolución pretendidamente llevada a cabo en su nombre. Y, acto seguido, expresó a las claras su nostalgia por los días en que reglamentaciones paternalistas evitaban que los pobres tuvieran que pagar por las necesidades elementales tres veces más de lo que valían. El programa de Roux, si puede llamarse así, no iba más allá de esas nociones. Proclamarlas, sin embargo, por muy simples que fueran, representaba impugnar el derecho de propiedad y la legitimidad de la Revolución entera, y ciertamente requería valor.[118]

Así pues, los radicales del campo y de la ciudad compartían una hostilidad común contra los ricos que se estaban aprovechando de la Revolución y del funcionamiento sin trabas del mercado. Otro testimonio de que el radicalismo urbano y el rural estaban persi-

guiendo objetivos compatibles, nos lo depara un significativo detalle citado por Mathiez en relación con el levantamiento del 31 de mayo de 1793. Algunos meses antes, habían venido a París delegados de los *fédérés* de ochenta y tres departamentos. Aunque los líderes de la Gironda esperaban utilizar a ese grupo en su pugna contra la Comuna de París y la Montaña, los delegados cayeron bajo la influencia de los *enragés*.[119] Que gentes de las provincias en quienes confiaba la Gironda fueran susceptibles de tales ideas indica la amplitud del radicalismo anticapitalista a la sazón.

Fue, probablemente, por ese motivo que la Montaña, poco después del levantamiento del 31 de mayo de 1793, creyó aconsejable hacer importantes concesiones al campesinado. El 3 de junio decretó la venta de las haciendas de *émigrés* por pequeñas unidades, pagaderas en diez años; el 10, el reparto voluntario de las tierras comunales de las aldeas entre sus habitantes —se ignora, sin embargo, si se llevó jamás a efecto—, y, el 17 de julio, la abolición sin indemnización de todo lo que quedaba de derechos señoriales.[120] Para resumir el significado del alzamiento y de los hechos que giraron a su alrededor, diremos que la revolución burguesa había sido fuertemente empujada hacia la izquierda bajo la presión radical y forzada a desembarazarse de los moderados (vicisitud dramatizada en el arresto de treinta y un diputados girondinos el 2 de junio) al marchar codo a codo, aunque en irregular formación, los radicales urbanos y campesinos.

El flujo popular ayudó a hacer posible el período heroico y desesperado de la Revolución, el reinado del

terror y la llamada dictadura del Comité de Salud Pública, la creación de un nuevo ejército, el rechazamiento de los aliados contra Francia al otro lado del Rin, la derrota de la contrarrevolución en la Vendée. Claro está que, en comparación con los niveles del siglo xx, la dictadura del Comité de Salud Pública fue algo informe y primitivo. Los medios técnicos de comunicación y transporte excluían el control centralizado de la economía. No se intentó ninguna medida a escala nacional para racionar el consumo de la población.[121] Esa negligencia fue una de las razones principales de que los *sans-culottes* urbanos dejaran al final de sostener a Robespierre. En el plano agrario, los problemas clave fueron el de conseguir granos, en primer lugar para los ejércitos y después para París y las grandes ciudades, y el de asegurar su trasiego de las zonas donde había un excedente a las que padecían escasez. Ese último aspecto prolongaba, en condiciones nuevas y revolucionarias, una dificultad que había afligido largo tiempo al antiguo orden. Para resolver dicha serie de problemas, el gobierno revolucionario recurrió a requisas y a controles de precios. Pero, en muchos casos, el requisar no implicó sino, transferencias a un departamento cercano o a un ejército en activo por las inmediaciones.[122] El complicado sistema administrativo se veía embarazado de continuo por conflictos de jurisdicción, y los representantes del Comité de Salud Pública tomaban partido bastante a menudo por intereses locales opuestos a los de París y la Revolución.[123] Sin embargo, pese a la dura resistencia, pese a la confusión reinante, el sistema funcionó: abasteció las ciu-

dades y los ejércitos, salvó la Revolución y evitó el hambre. La necesidad patriótica y revolucionaria venció los escrúpulos teóricos de los dirigentes, entusiásticos partidarios del liberalismo económico.[124]

Por encima de tales convicciones, la situación de emergencia llegó a conducir a algunos experimentos dispersos que apuntaban hacia una dirección socialista y que son significativos como antecedentes de las granjas colectivas del siglo xx. Se habló algo de convertir las grandes haciendas confiscadas a los *émigrés* en granjas nacionales o alguna variedad de empresas comunales con miras a alimentar las ciudades.[125] Como complemento de la *levée en masse*, o reclutamiento nacional, decretada el 23 de agosto de 1793, el gobierno intentó conseguir que los que explotaban haciendas confiscadas entregaran la producción a depósitos nacionales de almacenaje, *greniers d'abondance*, con lo cual ponía en efecto, aunque probablemente sin tener conciencia de ello, una de las ideas claves del radicalismo agrario. La tentativa, con todo, resultó un fracaso.[126]

Los campesinos más ricos, aquellos que producían un excedente considerable más allá de sus propias necesidades, eran quienes más vivamente sentían el impacto de los controles del Comité de Salud Pública, y constituyeron la fuente principal de resistencia. Aunque la legislación anticlerical había motivado que algunos campesinos se sintieran a disgusto ya desde 1790 (cuando se instituyó la Constitución Civil del Clero), lo que volvió a gran número de ellos contra la Revolución fueron las medidas de urgencia de 1793-1794 relativas a los suministros de alimentos. Como

productores, los campesinos evadían el sistema de controles de precios. Hacerlo era relativamente fácil; a pesar de los esfuerzos para evitar las ventas clandestinas, no entrañaba demasiados riesgos. La compulsión del antiguo régimen sobre el campesino para que llevara sus productos al mercado ya no existía.[127] Como respuesta a las evasiones y a las imperiosas necesidades que le acuciaban, el gobierno apretó los tornillos. Al principio las requisas habían permitido a los campesinos retener lo suficiente para sus familias y para la siembra, reglamentación elástica que los campesinos ensanchaban cuanto podían. La Convención suprimió la *réserve familiale* el 25 Brumario (15 de noviembre de 1793).[128] Los esfuerzos del gobierno para obtener grano y compeler a su venta por los canales y precios legales, respaldados por la amenaza de la guillotina y a veces por medidas expresas contra el sacerdote, parecían a las aldeas algo más que medidas de guerra provisionales. Y en efecto: en muchos lugares, la fase radical de la Revolución consistió en un ataque directo contra los campesinos acomodados, aunque breve y turbio.[129] Quizá lo peor de todo estribara en que sus principales agentes fueron individuos de las ciudades y *outsiders* —con frecuencia mucho más despiadados que los administradores y recaudadores de impuestos de la monarquía—, ayudados algunas veces de un ejército revolucionario: en el apogeo del «terror popular», o sea, entre la adopción del *maximum général*, el 15 de septiembre de 1793, y la ejecución de Hébert y otros adalides de los *sans-culottes*, el 24 de marzo de 1794, el gobierno permitió la formación de «ejércitos» revolu-

cionarios, cuyo objetivo fue más el de allegar grano que combatir al enemigo.[130]

El hecho decisivo de la fase radical es, obviamente, éste: los *sans-culottes* urbanos habían conseguido empujar a los dirigentes jacobinos a directrices políticas que salvaron la Revolución, pero a costa de que los campesinos se volvieran contra ella. La fase radical habría podido ir más allá si el gobierno de París hubiera estado en condiciones de contar con las masas campesinas contra los campesinos ricos. Pero lo limitado de la capacidad y voluntad del gobierno en cuanto a robustecer los controles de precios contribuyó a evitar que tal divorcio se materializara. Las subidas de precios pusieron en graves apuros a los poseedores de pequeñas parcelas, que tenían poco para vender, y a los braceros, que debían comprar por lo menos una parte de sus subsistencias. Fueron esos últimos quienes más sufrieron de la violación del *maximum*. Durante algún tiempo, su situación resultaba aún tolerable —conforme a los detallados y completos estudios del Norte por Lefebvre—, por cuanto los precios del pan subieron con menor rapidez que los jornales. Pero, a fines de 1793, padecían estrecheces peores que los habitantes de las ciudades.[131] Hasta tal punto, que las condiciones imperantes en el campo enajenaron a la Revolución el apoyo radical y secaron las fuentes del radicalismo rural.

Las medidas que propusieron en marzo de 1794, inmediatamente antes de la ejecución de los líderes *sans-culottes*, ponen de manifiesto que Robespierre y Saint-Just eran conscientes de que necesitaban apuntalar su régimen con concesiones a los campesinos pobres. Si las propuestas que formularon en aquel momento, conocidas como decretos de Ventôse,[132] eran o no algo más que una maniobra política, es objeto aún hoy de debate. Sea como fuere, lo que demuestra el episodio es que Robespierre y Saint-Just sabían muy poco acerca de los problemas de los campesinos y que sus propuestas no llegaban ni con mucho a satisfacer las exigencias de aquéllos, expresadas en peticiones cuyo contenido general tenían que haber conocido los dirigentes revolucionarios.[133] Por otro lado, aunque hubieran querido hacer más, Robespierre y Saint-Just disponían de reducidísimo espacio para maniobrar. Las tierras confiscadas a los *émigrés* no habrían suministrado lo suficiente para satisfacer las necesidades de los pobres. Dividir toda la tierra disponible y conceder las piezas resultantes a la masa de campesinos con poca o ninguna tierra que las pagaran en plazos cómodos habría desvalorado aún más el *assignat*.[134] Habría sido muy difícil, quizás imposible, satisfacer los deseos explicitados por los campesinos pobres sin obstaculizar la revolución burguesa y capitalista. Tal y como estaban las cosas, incluso las moderadas propuestas de Robespierre y Saint-Just tropezaron en la Convención y el Comité de Salud Pública con una oposición tan intensa, que vinieron a parar en nada.

Así, durante la fase radical, las necesidades y aspiraciones de los *sans-culottes* urbanos terminaron por entrar en directo y abierto conflicto con todos los sectores del campo. El síntoma más revelador fue el deterioro de los intercambios entre las ciudades y el campo, en particular del aprovisionamiento de las ciu-

dades, problema que iba también a influir en extremo sobre el curso y las consecuencias de la Revolución Rusa. Durante el invierno de 1793-1794, la situación económica de los *sans-culottes* parisienses empeoró sensiblemente, pues los campesinos, resintiéndose de las correrías de las organizaciones *sans-culottes* por el campo, suministraron cada vez menos.[135] Una encuesta del gobierno simultánea con el proceso de Hébert puso al descubierto que los campesinos ya no llevaban provisiones a París debido a que había individuos que salían al campo y compraban los productos a un precio más alto que el fijado. Es obvio que ese subterfugio sólo era viable para los parisienses que poseían algún dinero. Los campesinos, a su vez, se quejaban de que ir a París no les reportaba ningún provecho, puesto que no podían obtener allí lo que necesitaban.[136] Y tal situación no quedaba limitada a París. También en otras partes de Francia las ciudades se cerraban a los forasteros, mientras que los mercaderes de las aldeas opinaban que no podían procurarse en ellas lo que les hacía falta.[137]

Los historiadores marxistas explican el fracaso de la revolución radical y la caída dramática de Robespierre por el aserto de que una revolución burguesa no podía satisfacer las exigencias de los *sans-culottes* parisienses.[138] Aunque en parte iluminadora, tal explicación me parece metafísica y unilateral en conjunto. Es cierto que los *sans-culottes* no defendieron a Robespierre y que el mismo Robespierre tampoco buscó de veras su ayuda durante la crisis, aun cuando otros sí intentaron agitarlos. El descontento de los *sans-culottes*

fue, pocas dudas caben al respecto, la causa inmediata de la ruina de Robespierre. El sostén de las masas se había evaporado. Pero ¿por qué se había evaporado? En ese punto, hablar de un conflicto entre una revolución burguesa y una revolución más radical oscurece las cosas. Robespierre y el Comité de Salud Pública se habían mostrado dispuestos a ir mucho más allá de los límites de una revolución en beneficio de la propiedad privada. Lo malo fue que las medidas políticas en ese sentido, si bien surtieron efecto para asegurar la victoria militar, pusieron al campo en conflicto directo con los pobres urbanos, y ello en tal forma, además, que la miseria de los habitantes de las ciudades, lejos de resultar aliviada, se agravó.

En realidad, el *élan* revolucionario de los *sans-culottes* no se disipó con la ejecución de Robespierre. Después de Termidor y del desmonte de los controles económicos subsistentes, la situación material de los parisienses pobres aún se deterioró más, si cabe. Replicaron con motines en la primavera de 1795, quizá de mayor violencia todavía que las grandes jornadas revolucionarias del 14 de julio de 1789, 10 de agosto de 1792 y 31 de mayo de 1793. El populacho invadió la sala de la Convención, mató a uno de sus miembros y enarboló una cabeza en la punta de una pica.[139] Pero ese fervor popular revolucionario no tuvo consecuencias. El campo se resistió a moverse en ayuda de París. No existía tampoco ninguna razón para que el gobierno revolucionario hiciera concesiones al radicalismo. El rey había sido eliminado, la nobleza parecía que también, y los ejércitos revolucionarios defendían vic-

toriosamente las fronteras. De ahí que las fuerzas del orden y la propiedad pudieran utilizar el ejército (que actuó entonces por primera vez contra una insurrección popular) para atajar la última oleada poderosa de los *sans-culottes*.[140] La represión subsiguiente dio principio al Terror Blanco. Por muy radical que fuera la ciudad, no podía hacer nada sin la ayuda de los campesinos. La revolución radical había llegado a su fin.

6. LOS CAMPESINOS CONTRA LA REVOLUCIÓN: LA VENDÉE

Antes de pasar a examinar las consecuencias generales del impulso radical en la Revolución, será útil detenernos brevemente en el análisis de la resistencia campesina violenta que caracterizó la famosa contrarrevolución de la Vendée. En estado latente desde cierto tiempo atrás, se hizo contienda declarada en marzo de 1793, para prolongarse con distintos altibajos hasta 1796. Seguirían sus huellas imitaciones un tanto pálidas en las crisis políticas posteriores, como la caída de Napoleón en 1815 y el mal concebido alzamiento legitimista de 1832. La contrarrevolución de la Vendée resulta hoy en día un tema quemante como pocos por ser el único alzamiento campesino de grandes proporciones dirigido contra lo que se ha dado en llamar, con escasa exactitud, la *izquierda*. Los rebeldes se batían a los gritos de «¡Viva el rey y nuestros buenos curas! ¡Queremos nuestro rey, nuestros curas y el antiguo régimen!».[141] Es quizá significativo que, en aquellos momentos de espontaneidad, se olvidaran de reclamar el retorno de los nobles, aunque aceptaron líderes nobles. Si miramos los hechos algo más de cerca, comprobamos que la paradoja de una revolución campesina conservadora se desvanece. El impulso esencial de la contrarrevolución fue de signo anticapitalista, contra los comerciantes y fabricantes de las ciudades próximas y los dispersos por el mismo corazón de la Vendée. En su violento rechazar el capitalismo que iba introduciéndose en el campo, la contrarrevolución de la Vendée se asemeja a los grandes alzamientos campesinos de Rusia y China suministradores de la parte más considerable de la fuerza popular que derruyó los antiguos regímenes antes de las victorias comunistas del siglo xx.

Descubrimos también en aquélla, por supuesto, rasgos específicos de Francia y de la época, anterior a la aparición de los movimientos anticapitalistas marxistas. Según acabamos de ver, el anticapitalismo era en el campo francés una fuerza de entidad. ¿Qué factores permitieron y provocaron que explotara en la Vendée en forma de auténtica contrarrevolución?

Con miras a aclarar esa cuestión, dos investigadores han estudiado a fondo hasta qué punto la sociedad de la Vendée difería de la de las regiones adyacentes adheridas a la corriente mayor de la Revolución.[142] Sus pesquisas han establecido de modo muy convincente que las diferencias existían. En la zona contrarrevolucionaria, la agricultura comercial no había penetrado. En vez de vivir en aldeas rodeadas de campos abiertos distribuidos en características hazas, los campesinos

habitaban en alquerías individuales aisladas o en caseríos dispersos y cultivaban parcelas de tierra cercadas con setos. Las técnicas agrícolas se hallaban estancadas. Los nobles, absentistas, poseían más de la mitad de la tierra. En las «patrióticas» y revolucionarias regiones adyacentes, en cambio, las influencias comerciales eran fuertes, aunque coexistían con el arcaico sistema de aldeas apiñadas y campos abiertos. Los nobles eran menos influyentes, pero más numerosos.

Con la información de que hoy se dispone, sería posible proceder a dibujar un retrato pasaderamente completo de la sociedad de la Vendée y determinar en qué se distinguía ésta de las regiones vecinas leales a la Revolución. Tales diferencias en la estructura social, sin embargo, ¿dan de veras respuesta a nuestra cuestión? A ese respecto, tengo serias dudas. Lo harían si se demostrara que se produjeron conflictos inherentes a las relaciones entre las áreas contrapuestas. Si existiera, por ejemplo, algún dato que indicara que la más comercial necesitaba acrecer de continuo la extensión de las tierras cultivadas e invadía, entonces, la Vendée, se podría dar fácil crédito a que tarde o temprano ello hubiera desembocado en un conflicto muy grave. Pero los que han estudiado el problema no intentan siquiera, en rigor, presentar argumentos de ese tipo. Lo único que ponen de manifiesto es la existencia de diferencias y el hecho del conflicto. El enlace entre ambas cosas, la conexión entre formas sociales específicas y el hecho político de un estallido contrarrevolucionario, queda oscuro, por lo menos para mí.[143] En el siguiente capítulo, nos encontraremos con un problema similar, aunque a escala más amplia, al tratar de comprender la conexión entre el esclavismo de plantación y el capitalismo industrial en la Guerra Civil Americana. Por sí solas, las diferencias sociales y económicas no explican jamás un conflicto.

En el caso de la Vendée, la reflexión general sugiere en el acto dos posibles conexiones entre los caracteres sociales de la región y el brote contrarrevolucionario. Es lógico sospechar que la presión de la nobleza sobre el campesinado había sido considerablemente más leve en aquella parte de Francia. Parece asimismo verosímil que, en ese contexto, se hubiera dado un crecimiento gradual del comercio y de la fabricación —o bien en la misma Vendée o bien en las regiones vecinas, que de un modo u otro la habrían invadido—, y ello de tal forma, que las gentes de las ciudades vinieron a ser en extremo opresivas y odiosas para las masas campesinas. Ni una ni otra hipótesis, con todo, encuentra demasiado sostén en la documentación, que apunta en su mayor parte hacia el sentido contrario.

Desde el momento que todas las fuentes ponen de relieve el aislamiento de la Vendée, su apartamiento e inaccesibilidad a las dos grandes fuerzas que estaban modernizando a Francia, la monarquía y las corrientes comerciales, la concepción general de una penetración comercial y un consiguiente descontento social parece ya de buenas a primeras poco prometedora. Existía, es cierto, una industria textil diseminada por las ciudades del corazón de la Vendée y consagrada a tejer linos finos para mercados de fuera de la región. En los años anteriores a 1789, se produjo en el ramo textil una fuerte depresión que afectó duramente a los teje-

dores. Hay indicios de que algunos tejedores se volvieron entonces vehementemente antiburgueses. Los datos sobre los tejedores, no obstante, son ambiguos y contradictorios.[144] Además, su conexión con los campesinos, la mayoría de la población, era casi inexistente. A diferencia de otras partes de Francia, los campesinos de la Vendée no trabajaban en ocupaciones artesanas para complementar sus ingresos. Un individuo o era campesino o era tejedor. En líneas generales, la economía comercial coexistía con la rural casi sin tener contacto alguno con ella. Hablar de una explotación burguesa del campo es forzar los datos más allá de lo admisible. A lo sumo se dio cierta dosis de adquisición de tierras por las familias burguesas prósperas de las ciudades. En algunas partes de la Vendée, ello alcanzó sin duda proporciones considerables.[145] Pero el mismo proceso se estaba desarrollando en muchas partes de Francia sin engendrar contrarrevoluciones. En resumidas cuentas, las relaciones entre ciudadanos y campesinos antes del estallido de la Revolución dan muy poco de sí para justificar los sucesos sangrientos de 1793. En cuanto a los que se produjeron más tarde, ése ya es otro cantar.

La presión del régimen señorial sobre los campesinos es más difícil de evaluar. En aquella parte de Francia los nobles poseían buena parte de la tierra —en la zona nuclear de la contrarrevolución, la parte del león, alrededor del sesenta por ciento.[146] La mayoría de los nobles eran absentistas. La investigación moderna ha echado abajo la idea de que los campesinos izaron la bandera de la contrarrevolución movidos por la lealtad

a los aristócratas que vivían entre ellos y compartían su rústica existencia.[147] Los ingresos de la nobleza procedían del arriendo de sus tierras a los campesinos. Muchos nobles contrataban a intermediarios profesionales que eran burgueses. (Es muy poco probable que esa circunstancia pudiera haber sido la causa de una hostilidad particular virulenta contra la burguesía, toda vez que existía también en muchas otras partes de Francia.) Si las rentas aumentaron o no en los últimos años del *ancien régime*, no está claro. Aunque suela decirse que los nobles absentistas de la Vendée se hallaban sobre todo interesados en percibir ingresos fijos, resulta difícil comprender por qué habrían estado menos expuestos a las tentaciones del consumo ostentativo que otros absentistas. Hay también indicios, hacia las postrimerías del *ancien régime*, de una reacción señorial y de un endurecimiento general de las condiciones de vida campesinas.[148]

Nos ha llegado un testimonio, es cierto, que podría indicar que la carga fue más ligera: los *cahiers* de 1789 contienen bastantes menos quejas sobre cuestiones estrictamente «feudales» en el área contrarrevolucionaria que en las vecinas. Sin embargo, como está alerta a puntualizar Tilly, ese hecho tan sólo significa que los grupos reprobadores de los privilegios nobles tenían poco peso en las deliberaciones públicas que preparaban la redacción de los *cahiers*: En otras palabras, que las voces críticas, intimidadas por la prepotencia del señor y sus agentes, no se habrían atrevido demasiado a hablar alto. Quedó manifiesto, por lo demás, un conglomerado considerable de críticas, y, en

otros aspectos del *ancien régime* relacionados con todo detalle, los *cahiers* no revelan nunca una ausencia marcadamente característica de motivos de queja locales. Salieron a luz todas las quejas habituales.[149]

Hasta aquí, poco hay que sugiera que las relaciones agrarias eran más amables para los campesinos de la Vendée, por lo menos en materia de cargas estrictamente económicas. Como hemos notado arriba, una supuesta diferencia fundamental recalcada antes a menudo por muchos autores —la pretendida residencia de la nobleza entre los campesinos y la comunión de ambos sectores en una misma actitud cultural— ha resultado ser un mito. Ahora bien: un aspecto de las relaciones agrarias sí que parece lo bastante característico del área contrarrevolucionaria para que se le conceda sumo valor explicatorio.

En contraste con las regiones «patrióticas» adyacentes, donde los campesinos vivían en aldeas bastante grandes y cultivaban campos abiertos distribuidos en hazas, el corazón del territorio contrarrevolucionario se caracterizaba por los cercamientos. Cuándo y por qué se había procedido a cercar no aparece en las fuentes que he examinado, si bien está muy claro que el sistema de granjas aisladas había formado parte del orden establecido desde tanto tiempo atrás, que al estallar la Revolución no había ya memoria de su origen. Las granjas, arrendadas a los campesinos por la nobleza, solían tener una extensión de veinte a cuarenta hectáreas, bastante grande para Francia, aunque existían también unidades más pequeñas. La principal cosecha era, por lo regular, el centeno, para la subsistencia. Los

contratos de arrendamiento se establecían por períodos de cinco, siete o nueve años. Pese a ser renteros, y no propietarios, los cultivadores de mayor importancia, aquellos que debían de marcar la tónica política en el campo, podían renovar los contratos con bastante facilidad. A menudo tales familias llevaban ya generaciones explotando las mismas tierras.[150]

El significado político de ese hecho, sugeriría yo, estriba en que los campesinos más notables del territorio que iba a ser contrarrevolucionario disfrutaban ya de algunos de los beneficios capitales de la propiedad privada agraria. No estaban sujetos a las decisiones colectivas de la aldea respecto a los tiempos de arar, sembrar y cosechar, ni en cuanto al abandono de los campos al ganado una vez recogida la cosecha. Esas decisiones, podía tomarlas por sí mismo cada rentero. Y, si cumplía con sus obligaciones, podía transmitir las tierras que explotaba a la generación siguiente. El obstinado individualismo y la independencia del campesino de la Vendée no son, probablemente, meros clisés literarios, desde el momento que tenían fuertes raíces en el orden social del campo, con su propiedad semiprivada y suma dispersión de las viviendas. En muchos casos, el trato con los vecinos debía de ser nulo durante largos espacios de tiempo.[151] De haber llegado a estos campesinos desde el exterior una oleada revolucionaria en pro de una propiedad privada sin trabas que hubiera perseguido en la Vendée abolir el pago de rentas a la nobleza, es razonable pensar que se habrían adherido a ella de buena gana. Aun así, con todo, ¿qué más habrían podido prome-

terse de semejante revolución? Debajo de ellos, vale la pena notarlo, no existía un semiproletariado de braceros hambrientos de tierra que pudiera empujar a la revolución, una vez llegada, a dirigirse hacia la izquierda.[152] Por otra parte, ¿qué era de esperar que sucedería si la Revolución, además, de no abolir las rentas, oprimía a los campesinos con más contribuciones que bajo el antiguo orden? ¿Qué, si promovía una considerable apropiación de tierras por los burgueses? ¿Qué, finalmente, si advenía como un ataque en masa contra la sociedad campesina?

Pues bien: *así ocurrió*.

Las rentas eran una forma «burguesa» de propiedad, y continuaron siendo exigidas hasta producirse la contrarrevolución, quizás incluso posteriormente. Cuando el valor del *assignat* se hundió, los propietarios cobraron sus rentas en especie, y puede que de ese modo las incrementaran. El desarraigo de las obligaciones más estrictamente «feudales» no parece haber aliviado a los campesinos. Cuando fue abolido el diezmo, los propietarios procedieron a aumentar sus rentas en la cuantía correspondiente.[153] En materia de contribuciones, el gobierno revolucionario exigió mucho más que el *ancien régime*. Teóricamente, los propietarios debían absorber esa sobrecarga; pero hay indicios de que, en la práctica, la echaron sobre las espaldas de sus renteros.[154] La política fiscal revolucionaria, con todo, no es probable que resultara decisiva, por cuanto ocurrió más o menos lo mismo en otras partes de Francia. Lo que más contó, dentro de las condiciones específicas de la Vendée, fue la acometida

contra el clero, que formaba parte de una ofensiva general: económica, política y social a la vez.

Una de las fases de esa ofensiva fue la reorganización del régimen local de la Vendée durante 1790. Su máxima consecuencia se cifró en la instalación de un cargo electivo de nuevo cuño, el *maire*, como portavoz de la comunidad local, la *commune*. En muchos casos, sus habitantes respondieron de un modo significativo eligiendo al *curé* como alcalde. En la Vendée, el *curé* era el dirigente «natural», pues se hallaba en el centro de las relativamente escasas redes de cooperación que existían en aquella sociedad de casas de campo aisladas y aldehuelas dispersas. Los asuntos religiosos deparaban en la Verdée las más señaladas ocasiones en que se reunían los campesinos, situación muy distinta de la que imperaba en las aldeas del resto del país, donde los campesinos se rozaban día por día. Casi todas las organizaciones formales a que podía pertenecer un campesino —escuela, hermandades, juntas parroquiales, y por supuesto la misma Iglesia— eran religiosas. Todo el dinero que daba el señor para buenas obras, lo administraba el *curé*. Era él, esencialmente, quien regía los asuntos internos de la *commune*, incluso durante los primeros tiempos del período revolucionario.[155] Invocar los especiales sentimientos religiosos de los campesinos de la Vendée para explicar el hecho de que se dejaran llevar por los *curés* a la contrarrevolución representa tomar el rábano por las hojas. Es muy probable que tales sentimientos fueran allí más fuertes. Pero ¿qué hubiera podido mantenerlos vivos sino la circunstancia de que el *curé* desempeñaba un singular

papel en aquella diferenciada sociedad rural, hacía cosas que buena parte de los campesinos deseaban que se hicieran por razones bastante obvias? Ir contra el *curé* equivalía a amenazar la médula de la sociedad rural.

La gran ofensiva revolucionaria se concretó en la incautación de bienes eclesiásticos y la exigencia de que los sacerdotes juraran su lealtad al nuevo régimen de Francia dentro de la Constitución Civil del Clero. En aquella parte de Francia, sus efectos empezaron a hacerse sentir en 1790, o sea en simultaneidad con la ofensiva en las *communes*. La venta de bienes de la Iglesia sirvió para que la burguesía cargase con numerosas tierras. Los intentos de los campesinos más acomodados en el mismo sentido fracasaron. Parte de los compradores no eran forasteros, sino comerciantes, notarios y funcionarios locales, los responsables de traducir las reformas generales de la Revolución en cambios en el seno de sus comunidades rurales.[156] Por importante que fuera la apropiación de tierras, no hay ningún motivo para creer que resultó determinante. En el corazón de la Vendée, el *curé*, aunque hombre acaudalado, sacaba por lo regular sus ingresos exclusivamente de los diezmos.[157] Es, pues, improbable que desapareciesen de la vista de los campesinos muchos terrenos visibles o disponibles.

La medida clave fue la de exigir que el *curé* prestara juramento de fidelidad al gobierno revolucionario, con la secuela de su reemplazo por un forastero si se negaba a hacerlo. En la Vendée, el juramento se tomó en 1791. Prácticamente todo el clero se rehusó a prestarlo en los lugares que iban a ser los principales centros de la contrarrevolución, mientras que en las áreas «patrióticas» adyacentes, menos de la mitad.[158] Los nuevos sacerdotes que fueron mandados a la región desde otras partes, y que, claro está, habían prestado el juramento, pronto se hallaron, en el mejor de los casos, aislados en medio de un ambiente hostil, y, en el peor, en serio peligro físico. Entre tanto densas masas de la población se congregaban clandestinamente, a veces en iglesias cerradas y abandonadas, pero más y más a menudo en hórreos y en campos abiertos, o en cualquier sitio donde no pudiera descubrirles un «patriota» local. Las misas clandestinas se caracterizaban por el entusiasmo.[159] He aquí la ruptura con la legalidad imperante. La sociedad que había constituido un mundo tenido por inmutable pasó de un golpe intacta a constituir un mundo contrarrevolucionario. El intento de imponer una recluta forzosa en 1793 no fue sino la chispa que hizo estallar una situación ya explosiva. Y hemos llegado, con los precedentes comentarios, al fin de nuestra relación.

En las revoluciones, lo mismo que en las contrarrevoluciones y las guerras civiles, sobreviene un punto crucial en que de súbito las gentes constatan que han roto de manera irrevocable con el mundo que han conocido y aceptado toda la vida. Para las distintas clases e individuos, ese destello de una nueva y sobrecogedora verdad se presentará en sucesivas fases del colapso del sistema imperante. Hay también decisiones y momentos únicos —la toma de un palacio, la decapitación de un rey o, a la inversa, el derrocamiento de un dictador revolucionario— después de los cuales no se puede volver

papel en aquella diferenciada sociedad rural, hacía cosas que buena parte de los campesinos deseaban que se hicieran por razones bastante obvias? Ir contra el *curé* equivalía a amenazar la médula de la sociedad rural.

La gran ofensiva revolucionaria se concretó en la incautación de bienes eclesiásticos y la exigencia de que los sacerdotes juraran su lealtad al nuevo régimen de Francia dentro de la Constitución Civil del Clero. En aquella parte de Francia, sus efectos empezaron a hacerse sentir en 1790, o sea en simultaneidad con la ofensiva en las *communes*. La venta de bienes de la Iglesia sirvió para que la burguesía cargase con numerosas tierras. Los intentos de los campesinos más acomodados en el mismo sentido fracasaron. Parte de los compradores no eran forasteros, sino comerciantes, notarios y funcionarios locales, los responsables de traducir las reformas generales de la Revolución en cambios en el seno de sus comunidades rurales.[156] Por importante que fuera la apropiación de tierras, no hay ningún motivo para creer que resultó determinante. En el corazón de la Vendée, el *curé*, aunque hombre acaudalado, sacaba por lo regular sus ingresos exclusivamente de los diezmos.[157] Es, pues, improbable que desapareciesen de la vista de los campesinos muchos terrenos visibles o disponibles.

La medida clave fue la de exigir que el *curé* prestara juramento de fidelidad al gobierno revolucionario, con la secuela de su reemplazo por un forastero si se negaba a hacerlo. En la Vendée, el juramento se tomó en 1791. Prácticamente todo el clero se rehusó a prestarlo en los lugares que iban a ser los principales centros de la contrarrevolución, mientras que en las áreas «patrióticas» adyacentes, menos de la mitad.[158] Los nuevos sacerdotes que fueron mandados a la región desde otras partes, y que, claro está, habían prestado el juramento, pronto se hallaron, en el mejor de los casos, aislados en medio de un ambiente hostil, y, en el peor, en serio peligro físico. Entre tanto densas masas de la población se congregaban clandestinamente, a veces en iglesias cerradas y abandonadas, pero más y más a menudo en hórreos y en campos abiertos, o en cualquier sitio donde no pudiera descubrirles un «patriota» local. Las misas clandestinas se caracterizaban por el entusiasmo.[159] He aquí la ruptura con la legalidad imperante. La sociedad que había constituido un mundo tenido por inmutable pasó de un golpe intacta a constituir un mundo contrarrevolucionario. El intento de imponer una recluta forzosa en 1793 no fue sino la chispa que hizo estallar una situación ya explosiva. Y hemos llegado, con los precedentes comentarios, al fin de nuestra relación.

En las revoluciones, lo mismo que en las contrarrevoluciones y las guerras civiles, sobreviene un punto crucial en que de súbito las gentes constatan que han roto de manera irrevocable con el mundo que han conocido y aceptado toda la vida. Para las distintas clases e individuos, ese destello de una nueva y sobrecogedora verdad se presentará en sucesivas fases del colapso del sistema imperante. Hay también decisiones y momentos únicos —la toma de un palacio, la decapitación de un rey o, a la inversa, el derrocamiento de un dictador revolucionario— después de los cuales no se puede volver

atrás. Determinada acción violenta se convierte en la base de una nueva legalidad. Amplios sectores de la población pasan a formar parte de un nuevo orden social.

Esos rasgos, la contrarrevolución de la Vendée los comparte con otros cataclismos sociales violentos, aunque allí no se manifestaran casi nunca más que a la diminuta escala de la parroquia o de la *commune*. Lo que parece bastante más singular es la simple transformación de la organización social imperante en el campo, que constituía el orden legal y aceptado, en la base de la revuelta. En mis pesquisas, no he dado con ningún indicio del estallido de la sociedad tradicional en masas de individuos errantes, de multitudes revolucionarias, ni de la consiguiente generación de nuevas organizaciones revolucionarias y nuevas formas de solidaridad, proceso que más tarde los comunistas aprenderían, a través de las adversidades y yerros de la experiencia, a dirigir hacia sus objetivos. No obstante, en muchos de sus rasgos, la contrarrevolución de la Vendée prefiguraba lo que iba a suceder cuando el capitalismo chocara con las sociedades campesinas premodernas. En cuanto a la contienda armada en sí misma, podemos prescindir de relacionarla, toda vez que lo ocurrido previamente encierra las lecciones de mayor interés para nuestros propósitos. Baste con decir que la represión del movimiento contrarrevolucionario fue el acto más sangriento del drama revolucionario francés. Pasemos, en cambio, a relacionar de un modo general el terror revolucionario, dentro del que la venganza exigida por campesinos, y contra campesinos, dio lugar a un enorme y trágico número de víctimas.

7. CONSECUENCIAS SOCIALES DEL TERROR REVOLUCIONARIO

La experiencia del Terror y de la Revolución Francesa en general dieron un fuerte impulso a aquella operativa corriente del pensamiento político occidental caracterizada por su repudio de la violencia política, sea cual fuere su forma. Aún en la actualidad, probablemente, muchas personas cultas consideran el Terror como un demoníaco estallido de violencia populachera indiscriminada en la selección de sus víctimas, expresión después del odio y el extremismo más ciegos, en el fondo de una característica mentalidad utópica que está en las raíces del totalitarismo del siglo xx. Trataré de demostrar que esa interpretación no es más que una deformada caricatura.

Como toda caricatura, contiene algunos elementos verídicos, sin los que la imagen resultante no guardaría ninguna relación reconocible con la realidad. Las víctimas de las «matanzas de septiembre» —en su mayoría pobre gente que el azar quiso que se hallaran en la cárcel cuando la muchedumbre irrumpió en ella— evidencian que el resentimiento popular podía estallar en ramalazos de venganza indiscriminada. Sin embargo, un análisis desapasionado no puede quedar reducido a echarse atrás con horror; es necesario discernir las causas. Ésas residen, la cosa está bastante clara, en las circunstancias agravantes del momento y en la historia de degradación y opresión que tenían tras sí las masas populares hundidas en el fondo del orden social. Expresar repugnancia por las «matanzas de septiembre»

olvidando los horrores subyacentes significa caer en una trampa partidista. En ese sentido, no hay ahí ningún misterio. En otro, sí. Como veremos con mayor claridad más adelante, al tratar de la India, los sufrimientos, por atroces que sean, no siempre engendran por necesidad estallidos revolucionarios, y menos aún una situación revolucionaria. Tal problema, con todo, no podemos abordarlo todavía. Limitémonos, por el momento, a constatar que la desesperación y la ira del pueblo fueron reacciones comprensibles a las circunstancias.

Para que el Terror llegara a ser un instrumento político efectivo, es decir para que produjera resultados políticos sustanciales, debió someterse el impulso popular a cierto control racional y centralizado. El impulso procedía ante todo de los *sans-culottes*. Ya desde el principio, hubo algo más que mero resentimiento en el clamor por la guillotina. Era también una protesta contra las manipulaciones del mercado, que estaban produciendo inenarrable miseria, y una primaria manera de forzar a los enriquecidos especuladores a desasirse de las mercancías acaparadas. Aunque durante algún tiempo la situación y las exigencias de los campesinos pobres corrieron paralelas con las de los ciudadanos pobres, aquéllos no fueron en absoluto una fuerza sustancial para el imperio del «terror» organizado de 1793-1794. La violencia campesina desempeñó un papel relevante en la Revolución Francesa, sobre todo como fuerza aplicada a desmantelar las prácticas feudales, pero fundamentalmente en las primeras fases.

Las cosas rodaron de tal modo, que el impulso popular y el burocrático estuvieron parcialmente fundidos y parcialmente en contradicción. En esencia, lo que sucedió fue que Robespierre y la Montaña adoptaron gran parte del programa de los *sans-culottes*, incluso el «terror» en masiva escala, trataron de utilizarlo para sus propios fines y, con el tiempo, volvieron las armas contra las fuerzas populares.[160] Su proceder, en globo, fue racional. Nos consta, gracias a detalladas investigaciones, que el «terror» se ejerció sobre todo contra las fuerzas contrarrevolucionarias y que fue más severo allí donde la contrarrevolución había prendido más.[161] Hubo, ciertamente, excepciones e injusticias. Pero el Terror, en sus rasgos esenciales, no consistió en un derramar sangre por el insano placer de derramarla.

Dentro de Francia, las fuerzas contrarrevolucionarias tuvieron dos bases geográficas distintas: la Vendée y las ciudades mercantiles y portuarias de Lión, Marsella, Tolón y Burdeos. El contraste entre uno y otro foco de la contrarrevolución proyecta una luz esclarecedora sobre el carácter social de la propia Revolución. La Vendée era la parte de Francia donde las influencias comerciales y modernas habían penetrado menos; las ciudades meridionales, en cambio, donde más. En la Vendée, ni que decir tiene, el Terror requirió el mayor número de víctimas. La situación en que se hallaba el Sur parece casi diametralmente opuesta a la de la Vendée, en particular por lo que respecta a Lión, donde la industria sedera se había desarrollado hasta el punto de arruinar a los artesanos y engendrar

un incipiente proletariado moderno. En buena parte del Sur de Francia, el elemento comercial más acaudalado de las ciudades mostró marcada inclinación a darse las manos con la nobleza y el clero, que esperaban utilizar la Gironda y el movimiento federalista como cuña para la restauración de la monarquía. Al radicalizarse la Revolución, se desarrolló en algunas ciudades una pugna con bruscos vaivenes. Lión, Marsella, Tolón y Burdeos cayeron bajo el control de la burguesía más rica, coligada con los estamentos privilegiados, y se volvieron contra la Revolución. Su reconquista por ésta presentó distintas formas, según las circunstancias y personalidades locales. En Burdeos, tuvo lugar pacíficamente; en Lión, tras una encarnizada lucha, se desencadenó una de las represiones más sangrientas del Terror.[162] Tanto en la Vendée como en las ciudades portuarias, las ejecuciones representaron tan sólo un aspecto relativamente pequeño del terror rojo en conjunto. Las autoridades revolucionarias mandaron ejecutar a menos de diecisiete mil personas. Cuántas murieron en las cárceles o de otra manera, en definitiva víctimas como aquéllas de la Revolución, no lo sabemos. Greer estima que, en total, de treinta y cinco mil a cuarenta mil personas pueden haber perdido la vida como consecuencia directa de la represión revolucionaria, cifra que Lefebvre considera una conjetura bastante razonable, aunque poco más que eso significa.[163] Que ese baño de sangre encerró aspectos trágicos e injustos, ningún autor serio lo negará. Al valorarlo, sin embargo, es preciso tener en cuenta los aspectos represivos del orden social que lo motivaron a modo de

reacción. El orden social imperante va produciendo mecánicamente año tras año un trágico número de víctimas por muertes innecesarias. Sería muy instructivo calcular el porcentaje de muertes en el *ancien régime* por factores tales como inanición evitable e injusticia, si acaso fuera posible proceder a ello de una forma u otra. A primera vista, parece sumamente poco probable que quedase muy por bajo de la proporción de 0,0016 que resulta de la cifra de cuarenta mil víctimas de Greer si se compara con la de una población estimada en veinticuatro millones, la más baja que nos propone Greer.[164] Yo pienso que sería mucho más alta. Las cifras mismas son discutibles. La conclusión hacia la que apuntan lo es menos: hacer hincapié en los horrores de la violencia revolucionaria olvidando la de los tiempos «normales» es pura hipocresía partidista.

No va nada descaminado, en cambio, el lector que siente que hay algo de inhumano en ese pasar balance a base de inexorables estadísticas. Incluso si fuesen perfectas, no contestarían a algunas de las cuestiones más importantes y difíciles. ¿Era necesario el terror, el derramamiento de sangre por la Revolución? Y en todo caso, ¿qué se logró con él? Pasaremos, para terminar, a comentar brevemente esos puntos.

La revolución radical fue parte integrante de la revolución en nombre de la propiedad privada y los derechos del hombre justamente en cuanto respuesta negativa a la revolución burguesa. Los elementos anticapitalistas de la revolución de los *sans-culottes* y de las protestas de los campesinos más pobres representaban una reacción contra las penalidades acarreadas por

la ininterrumpida penetración de rasgos capitalistas en la economía durante la última fase del *ancien régime* y durante la propia Revolución. Considerar a los radicales como una bandería extremista, una excrecencia de la revolución liberal y burguesa, equivale a volver las espaldas a esa evidencia. Lo uno era imposible sin lo otro. Está también bastante claro que la revolución burguesa no habría ido tan lejos como lo hizo sin la presión de los radicales. Según hemos visto, los conservadores de las sucesivas fases trataron más de una vez de frenar la Revolución.

Lo verdaderamente trágico es que fracasaran, se apresurará quizá a decir el oponente democrático de la violencia. Si hubieran tenido éxito, si la Revolución Francesa hubiera venido a parar en la suerte de compromiso alcanzado por el impulso revolucionario inglés hacia 1689, la democracia habría podido irse estableciendo paso a paso más o menos como en Inglaterra, con lo que Francia se habría ahorrado las innecesarias y sangrientas sacudidas posteriores. Aunque en última instancia indemostrable, esa tesis merece una respuesta razonada. El máximo argumento contra ella ha sido dado ya con bastante detalle: la estructura social subyacente de Francia era fundamentalmente distinta y excluía, por tanto, una transformación pacífica —que, como hemos visto, en realidad estuvo lejos de ser tal— semejante a la experimentada por Inglaterra durante los siglos XVIII y XIX.

En una palabra: es muy difícil negar que, si Francia debía entrar en el mundo moderno por la puerta democrática, no podía menos que pasar por los fuegos

de la Revolución, también en sus aspectos violentos y radicales. La conexión me parece en verdad casi tan estrecha como la que haya podido establecer jamás cualquier investigación histórica, pese a estar no menos cierto de que va a continuar siendo objeto de debate en tanto y mientras existan historiadores de distintas convicciones. Para todo aquel que acepte dicha conclusión, será legítimo plantear el segundo interrogante: ¿qué contribución visible aportó a las instituciones democráticas el derramamiento de sangre, la violencia?

En el caso de la Revolución Francesa, no es ni con mucho posible sostener la contribución de la violencia al gradualismo democrático con argumentos tan firmes como en el de la Revolución Puritana. El mero hecho de las guerras napoleónicas excluye semejante interpretación. Para mencionar tan sólo otro extremo, los investigadores franceses del siglo XX señalan las hendiduras dejadas por la Revolución como la causa primordial de la inestabilidad de las instituciones políticas de Francia. Sin embargo, ciertos cambios de la sociedad francesa obrados gracias a la Revolución resultaron en definitiva favorables al desarrollo de la democracia parlamentaria.

La Revolución hirió mortalmente a todo el engranado complejo de los privilegios aristocráticos: monarquía, aristocracia terrateniente y derechos señoriales, complejo que constituía la esencia del *ancien régime*. Lo hizo en nombre de la propiedad privada y la igualdad ante la ley. Negar que el impulso predominante y las consecuencias capitales de la Revolución

fueron burguesas y capitalistas no pasa de ser una sofistería trivial. Lo que sí es cuestionable de tal perspectiva es cualquier argumentación en el sentido de que un grupo relativamente sólido de intereses comerciales e industriales había alcanzado suficiente poder económico en el último cuarto del siglo XVIII para sacudirse las cadenas feudales, en lo esencial por sus propias fuerzas, a fin de iniciar un período de expansión industrial. Así presentada, la tesis pone excesivo énfasis en la influencia independiente de aquellos intereses. Que el resultado último de todas las fuerzas en acción, no obstante, no fue otro que la victoria de un sistema económico basado en la propiedad privada y de un sistema político basado en la igualdad ante la ley, las características básicas de las democracias parlamentarias occidentales, y que la Revolución fue un hito crucial en ese proceso, son verdades innegables, por muy tópicas que parezcan.

Con la Restauración, es cierto, un rey de la dinastía borbónica reinó de nuevo durante una década y media, de 1815 a 1830, y la aristocracia rural reconquistó temporalmente gran parte de lo que había perdido. Algunos estudiosos estiman que recuperó alrededor de la mitad de la propiedad territorial perdida con la Revolución. Volvió a ser, no cabe duda, el grupo político predominante, de hecho el único. El no compartir el poder con la *haute bourgeoisie*, o sea el no hacer de esa clase su aliado en vez de su enemigo, fue una de las causas importantes de la Revolución de 1830. En esa fecha la aristocracia desapareció de la arena política en cuanto grupo político coherente y

efectivo, aunque conservara considerable prestigio social hasta mucho tiempo después.[165]

Desde el punto de vista de las cuestiones planteadas en este libro, la destrucción del poder político de la aristocracia rural constituye el más significativo proceso de los que se desarrollaron en el curso de la modernización francesa. En último extremo, su origen puede atribuirse mayormente, aunque no de todo en todo, a la respuesta que dio la nobleza francesa a los problemas agrícolas en una sociedad cada vez más comercial. El absolutismo real pudo domar y controlar a una aristocracia que tenía dificultades para establecer una base económica independiente. La Revolución completó la obra de los Borbones, como percibió ya De Tocqueville. Ello trajo por consecuencia la destrucción de una de las bases sociales indispensables de los regímenes autoritarios derechistas, que muestran una fuerte tendencia a culminar en el fascismo al sufrir el impacto de la industria avanzada. Dentro de esa perspectiva muy amplia, la Revolución Francesa aparece como sustitutivo parcial o alternativa histórica para el desarrollo de una agricultura comercial libre de rasgos preindustriales. En otros países de primer plano, si el impulso subyacente a la revolución burguesa ha sido débil o ineficaz, ha advenido o bien el fascismo o bien el comunismo. Al destruir una de las causas capitales de semejante resultado, la supervivencia de la aristocracia rural en tiempos modernos, y llevarlo a cabo a fines del siglo XVIII, la Revolución Francesa aportó una contribución capital al desarrollo de la democracia parlamentaria en Francia.

Así pues, en lo tocante a la aristocracia rural, la contribución de la Revolución parece haber sido favorable y aun decisiva. Pero justamente los mismos procesos destructores de la aristocracia rural iban a la vez creando pequeña propiedad campesina. En ese aspecto, las consecuencias fueron mucho más ambiguas. Lefebvre nos recuerda que la venta de tierras confiscadas a la Iglesia y a los *émigrés* no constituyó la fuente de la propiedad campesina, que trae sus orígenes de tiempos muy anteriores. En realidad fue la burguesía la que, por lo general, se aprovechó más de las ventas, aunque localmente se dieran aumentos importantes en la propiedad campesina.[166] Otro de los máximos beneficiarios de la Revolución fue la aristocracia campesina. Sin embargo, las requisas, el intento de imponer precios topes a los precios de los granos y el brío comunicado a los pequeños explotadores y braceros durante la fase radical de la Revolución motivaron que el estrato superior de los campesinos se volviera contra la República, hecho de gran transcendencia que dejaría un legado funesto por largo espacio de tiempo.[167]

Se posee información menos sólida acerca de la sociedad campesina durante el siglo XIX, e incluso el XX, que para la del siglo XVIII.[168] Ese soporte posibilita las generalizaciones que siguen. En primer lugar, que a los campesinos de mayor cuantía les importaba muy poco la democracia como tal. Lo que ambicionaban eran garantías efectivas para la propiedad y la posición social en sus propias aldeas. Más concretamente, garantías contra cualquier recusación seria de la propiedad adquirida por la *vente des biens nationaux* de procedencia aristocrática o contra cualesquiera ideas radicales que propugnasen una redistribución de la propiedad. En segundo lugar, que el continuo incremento de la industria capitalista tendía a socavar la pequeña propiedad campesina, que se hallaba en desventaja en la producción para el mercado. Los portavoces de los campesinos se quejaron a menudo de que las condiciones en que debían operar les eran adversas. Esas razones concurrentes explican que la propiedad campesina haya tenido consecuencias ambiguas: nos aparece como una amenaza contra la gran propiedad —tanto en sus formas capitalistas como en las aristocráticas precapitalistas— y, a la vez, como una muralla exterior que la protege. En el siglo XX, la ambigüedad se manifiesta más por lo claro allí donde los campesinos apoyan al Partido Comunista Francés.

Tal paradoja, en realidad, es más aparente que real. En su calidad de grupo precapitalista, los campesinos a menudo despliegan fuertes tendencias anticapitalistas. En el curso de esta exploración, trataré de indicar las condiciones en que dichas tendencias adoptan formas reaccionarias o revolucionarias.

8. RECAPITULACIÓN

El mensaje central que he sabido discernir en los orígenes, curso y consecuencias de la Revolución es que la destrucción violenta del *ancien régime* fue un paso crucial *para Francia* en el largo camino hacia la democracia. Es necesario subrayar que lo fue precisamente

para Francia, donde los obstáculos con que se enfrentaba la democracia no eran los mismos que en Inglaterra. La sociedad francesa no había engendrado —ni probablemente podía engendrar— un parlamento de señores rurales con injerencias burguesas al modo de Inglaterra. En Francia, tendencias previas habían determinado que las clases altas, en vez de formar parte de la cuña introductoria de la democracia liberal, le fueran adversas. Por lo tanto, para que la democracia triunfara en Francia, debían quitarse de en medio ciertas instituciones. Constatar semejante conexión entre ambos fenómenos no implica en absoluto la tesis de que la historia francesa tenía que culminar necesariamente en la democracia liberal o de que la Revolución era inevitable. Al contrario: hay motivos para sostener que todo el proceso hubiera podido desarrollarse de modo muy distinto y que, por esa misma circunstancia, la Revolución fue aún más decisiva.

Dentro de las condiciones creadas por el absolutismo real, las clases altas rurales de Francia se adaptaron a la intrusión gradual del capitalismo oprimiendo más a los campesinos, aunque dejándolos en un régimen propincuo a la propiedad *de facto*. Hasta aproximadamente la mitad del siglo XVIII, la modernización de Francia tuvo lugar por obra de la corona. Como parte de ese proceso, la nobleza y la burguesía fueron fusionándose, en forma bastante distinta que en Inglaterra. Tal fusión se efectuó más bien a través de la monarquía que contra ella; para decirlo de un modo taquigráfico, inexacto pero que quizá resulte aquí útil, por la «feudalización» de un sector considerable de la bur-

guesía, y no al contrario. Ello trajo por resultado final que quedara en extremo limitada la libertad de acción de la corona, su capacidad de decidir qué cargas debían establecerse y cómo debían repartirse entre los distintos sectores sociales. Esa limitación, acentuada por los defectos de carácter de Luis XVI, creo yo que fue el principal factor determinante de la Revolución, antes que cualquier conflicto de intereses sobre manera violento entre clases o grupos. Sin la Revolución, aquel proceso integrador de la nobleza y la burguesía habría quizá continuado e impulsado a Francia hacia una forma de modernización desde arriba, semejante en sus rasgos esenciales a la de Alemania y el Japón.

Pero la Revolución lo impidió. No fue aquélla una revolución burguesa en el sentido estricto de la conquista del poder político por una burguesía que ya con anterioridad hubiera ganado las alturas cimeras del poder económico. Hubo un grupo de tal naturaleza dentro de la burguesía, pero la historia previa —el absolutismo real— había impedido su pleno desarrollo, de modo que no era lo bastante fuerte para poder conseguir demasiado por sí solo. Lo que en realidad aconteció fue que determinados sectores de la burguesía escalaron el poder apoyándose en movimientos radicales de la plebe urbana, desatados por el colapso del orden y la monarquía. Esas mismas fuerzas radicales impedirían después que la Revolución diera marcha atrás o se detuviera en alguna coyuntura favorable para aquellos sectores burgueses. Mientras tanto los campesinos, entonces sobre todo los estratos superiores, habían sacado partido de las circunstancias para impo-

ner el desmantelamiento del sistema señorial, el logro más señalado de la Revolución. El radicalismo rural y el urbano, que compartían una contradictoria amalgama de ansias de pequeña propiedad y de afanes colectivistas que miraban hacia el pasado, pudieron marchar juntos por algún tiempo, hasta y durante las fases más radicales de la Revolución. Pero la necesidad de abastecer a los estratos urbanos más pobres y a los ejércitos revolucionarios chocó con los intereses de los campesinos más acomodados. La creciente resistencia de los campesinos, al dejar sin subsistencias a los *sans-culottes* de París, enajenó a Robespierre el apoyo popular y paralizó la revolución radical. En adelante los *sans-culottes* harían la Revolución burguesa; los campesinos determinarían hasta dónde podía llegar. La manquedad de la Revolución, por otro lado, imputable en gran parte a la estructura de la sociedad francesa a fines del siglo XVIII, acarreó que hasta pasado mucho tiempo no pudiera establecerse en la sociedad francesa una democracia capitalista hecha y derecha.

III

LA GUERRA CIVIL AMERICANA: LA ÚLTIMA REVOLUCIÓN CAPITALISTA

1. PLANTACIÓN Y FÁBRICA: ¿UN CONFLICTO INEVITABLE?

Las principales diferencias entre la ruta norteamericana hacia la democracia capitalista moderna y las seguidas por Inglaterra y Francia dimanan del arranque posterior de Norteamérica. Los Estados Unidos no se vieron con el problema de desmantelar una compleja y arraigada sociedad agraria de formas o feudales o burocráticas. La agricultura comercial fue importante ya desde el principio, por ejemplo en las plantaciones de tabaco de Virginia, y muy pronto, al poblarse el país, pasó a predominar. Las pugnas políticas entre una aristocracia rural precomercial y un monarca no forman parte de la historia norteamericana. Tampoco ha poseído nunca la sociedad norteamericana una clase maciza de campesinos comparable a las de Europa y Asia.[1] Por todos esos motivos, puede ser que alguien arguya que la historia norteamericana no contiene ninguna revolución comparable a la Revolución Puritana y a la Francesa, ni, por supuesto, a las revoluciones del siglo XX en Rusia y la China. Sin embargo, se han produ-

cido en nuestra historia dos grandes estallidos de violencia, la Revolución Americana y la Guerra Civil, ésa última uno de los conflictos más sangrientos registrados hasta entonces en la Historia moderna. Es bastante obvio que ambas han sido elementos importantes en el proceso por el que los Estados Unidos se han convertido hacia la mitad del siglo xx en la suprema democracia capitalista industrial. Se considera, por lo común, que la Guerra Civil marcó una violenta divisoria entre las épocas agrarias e industriales de la historia norteamericana. De ahí que este capítulo verse sobre sus causas y consecuencias, con miras a dilucidar si, en efecto, fue una ruptura violenta con una estructura social más antigua que condujo al establecimiento de la democracia política, de un modo comparable a las revoluciones Francesa y Puritana. Más en general, espero mostrar cuál es su sitio en la secuencia genética de grandes sacudidas históricas que podemos hacer arrancar de las guerras campesinas del siglo xvi en Alemania, y que, a través de la Revolución puritana, la francesa y la rusa, culmina en la Revolución china y aun en los conflictos de hoy en día.

Tras muchas dudas, he llegado a la conclusión de que la Guerra Civil americana fue la última ofensiva revolucionaria por parte de lo que se puede llamar legítimamente democracia capitalista urbana o burguesa. El esclavismo de plantación en el Sur, será mejor añadirlo en seguida, no representaba ningún lastre económico para el capitalismo industrial. Más bien parece, al contrario, que ayudó a promover el crecimiento industrial norteamericano en los primeros estadios.

Pero el esclavismo era un obstáculo para la democracia política y social. Esa interpretación encierra ambigüedades. Las que proceden del carácter de los datos irán siendo expuestas a medida que se desarrolle el análisis. Otras están más en el fondo y, como trataré de demostrar al final del capítulo, no desaparecerían cualesquiera que fuesen los datos que se sacaran a luz.

Además de cuestiones de espacio y tiempo, no menos asequibles al lector que al autor, existen factores objetivos para dejar a un lado la Revolución americana tras dedicarle unos breves comentarios. Desde el momento que no dio lugar a cambios fundamentales en la estructura de la sociedad, hay motivos para que uno se pregunte si merece en lo más mínimo ser llamada revolución. En el fondo fue un conflicto entre intereses comerciales de Inglaterra y Norteamérica, aunque ejercieran también un papel asuntos más elevados. El empeño en que Norteamérica haya tenido una revolución anticolonialista puede ser bueno para fines de propaganda, pero es mala historia y mala sociología. La característica distintiva de las revoluciones anticolonialistas del siglo xx es el esfuerzo por establecer una nueva forma de sociedad con sustanciales elementos socialistas. Sacudirse el yugo extranjero no es sino un medio para conseguir tal fin. Las corrientes radicales que existieron dentro de la Revolución americana no fueron capaces, en su mayor parte, de abrirse camino hasta la superficie. El efecto capital de aquélla fue promover la unificación de las colonias en una sola unidad política y su separación de Inglaterra.

Se suele presentar a la Revolución americana como

un buen ejemplo del genio norteamericano (o anglosajón) para el compromiso y la concordia. La Guerra Civil, en cambio, no sirve para ello; corta una raja sangrienta en nuestra historia. ¿Por qué sucedió así? ¿Por qué nuestra cacareada capacidad de componer nuestras diferencias nos falló en aquel punto? Como a san Agustín el problema del mal humano y la caída de Roma, esa cuestión ha fascinado profundamente durante largo tiempo a los historiadores norteamericanos. Una ansiosa inquietud, bien comprensible, parece estar en la misma base de su interés. Por espacio de cierto tiempo, adoptó la forma de si la guerra hubiera podido o no evitarse. La generación presente de historiadores ha empezado a mostrar impaciencia ante ese modo de plantear el problema. A muchos les parece éste puramente semántico, toda vez que si uno de los dos bandos hubiese estado dispuesto a someterse sin luchar la guerra no se habría producido.[2] Pero así eluden la verdadera cuestión: ¿por qué no hubo voluntad de someterse, ya en uno de los bandos ya en ambos?

Tal vez convendría plantearlo en términos menos psicológicos. ¿Había, en un sentido objetivo, un conflicto mortal entre las sociedades del Norte y del Sur? El pleno significado de esa cuestión aparecerá más claramente si tratamos de darle respuesta, no mediante una disquisición teórica, sino a base de hechos específicos. En sustancia, nos estamos preguntando si los requisitos institucionales para el desarrollo de una economía de plantación basada en el esclavismo chocaron seriamente en un momento dado con los necesarios, a su vez, para el desarrollo de un sistema industrial capi-

talista. Doy por sentado, en principio, que es posible descubrir de qué requisitos se trataba en realidad, en el mismo sentido objetivo en que un biólogo puede descubrir para cualquier organismo viviente las condiciones necesarias para su reproducción y supervivencia, tales como tipos específicos de nutrición, grado de humedad... También debería estar claro que los requisitos o imperativos estructurales para el esclavismo de plantación y el primitivo capitalismo industrial van mucho más allá de los simples ajustes económicos; que llevan, sin duda, al ámbito de las instituciones políticas. Las sociedades esclavistas no revisten las mismas formas políticas que las basadas en una mano de obra libre. Pero, para volver a nuestra cuestión central, ¿es ello acaso motivo para que deban contender?

Cabría partir de un concepto general a guisa de que hay un conflicto inherente entre la esclavitud y el sistema capitalista de mano de obra asalariada formalmente libre. Aunque tal conflicto constituye una parte básica del análisis de los hechos aquí debatidos, no voy a utilizarlo a título de proposición general de la que la Guerra Civil derivaría como un caso particular. Según veremos dentro de poco, el algodón producido por la mano de obra esclava desempeñó un papel decisivo en el desarrollo, no tan sólo del capitalismo norteamericano, sino también del capitalismo inglés. Los capitalistas no tuvieron escrúpulo alguno en adquirir mercancías producidas por esclavos si podían sacar provecho de ellas elaborándolas y vendiéndolas. Desde un punto de vista estrictamente económico, la mano de obra asalariada y el esclavismo de plantación

contienen idéntico potencial para intercambios y relaciones políticas complementarias que para un conflicto. Podemos, pues, contestar al interrogante que nos hemos planteado con una negativa provisional: no hay ninguna razón general abstracta por la que Norte y Sur debieran contender. En otras palabras: tuvieron que darse circunstancias históricas especiales para que resultara inviable el acuerdo entre una sociedad agraria basada en una mano de obra no libre y el capitalismo industrial ascendente.

Para rastrear qué circunstancias estuvieron de por medio, es útil echar un vistazo a un caso en que se produjo un acuerdo entre ambos tipos de subsociedades dentro de una unidad política más amplia. Si sabemos qué posibilita un acuerdo, también sabemos algo de las circunstancias que podrían imposibilitarlo. Otra vez el paralelo con Alemania resulta útil y sugestivo. La historia alemana del siglo XIX demuestra bastante por lo claro que la industria avanzada puede muy bien avenirse con una forma de agricultura que posea un sistema de mano de obra sumamente represivo. El *Junker* alemán, ciertamente, no era del todo un propietario de esclavos. Y Alemania no era los Estados Unidos. A punto fijo, sin embargo, ¿dónde radicaron las diferencias decisivas? Los *Junker* se las arreglaron para atraer a los campesinos independientes dentro de su órbita y establecer una alianza con sectores de la gran industria gozosos de contar con su ayuda para, combinando represión y paternalismo, retener a los obreros industriales en sus puestos. Las consecuencias, a la larga, fueron fatales para la democracia en Alemania.

La experiencia alemana sugiere que, si el conflicto entre Norte y Sur se hubiera arreglado por las buenas, el compromiso habría sido a expensas del desarrollo democrático subsiguiente de los Estados Unidos, posibilidad, que yo sepa, no explorada por ningún historiador revisionista. También nos indica dónde podríamos bucear con provecho. ¿Por qué los capitalistas del Norte no necesitaron de los «*Junker*» del Sur para establecer y afianzar el capitalismo industrial en los Estados Unidos? ¿Es que faltaban en los Estados Unidos los vínculos económicos y políticos que existieron en Alemania? ¿Es que había en la sociedad norteamericana grupos distintos, por ejemplo granjeros independientes en vez de campesinos? ¿Dónde y cómo estaban alineados los principales grupos en la situación norteamericana? Pero ya es tiempo de examinar más de cerca el escenario norteamericano.

2. TRES FORMAS DE CRECIMIENTO CAPITALISTA NORTEAMERICANO

Antes de 1860, los Estados Unidos habían desarrollado tres formas de sociedad bastante distintas en partes del país también diversas: el Sur algodonero; el Oeste, tierra de granjeros independientes; y el Nordeste, en rápido proceso de industrialización.

Las líneas divisorias y de cooperación no habían seguido siempre, ni mucho menos, tales direcciones. Es cierto, sin embargo, que desde los días de Hamilton y Jefferson se había dado una pugna a ultranza entre

los intereses agrarios y los urbanos comerciales y financieros. La expansión del país hacia el Oeste insinuó por un momento, bajo el presidente Jackson, en los años treinta del siglo XIX, que los principios democráticos del campo —en la práctica, un mínimo absoluto de autoridad central y una tendencia a favorecer más a los deudores que a los acreedores— habían alcanzado una victoria definitiva sobre los de Alexander Hamilton. Pero, incluso en los propios tiempos de Jackson, la democracia agraria tropezó con graves dificultades. Dos desenvolvimientos estrechamente relacionados iban a destruirla: el ininterrumpido crecimiento del capitalismo industrial en el Nordeste, y la apertura de un mercado de exportación para el algodón del Sur.

Aunque la importancia del algodón para el Sur sea muy sabida, su significado para el desarrollo capitalista global se conoce menos bien. Entre 1815 y 1860, el algodón ejerció una influencia decisiva sobre el índice de crecimiento de la economía norteamericana. Hasta alrededor de 1830, fue la causa más importante del aumento de la fabricación en el país.[3] Sin que perdiera su relieve en el orden interno, por entonces las exportaciones algodoneras adquirieron enorme magnitud.[4] En 1849, un 64 por ciento de la cosecha de algodón iba al extranjero, sobre todo a Inglaterra.[5] Desde 1840 hasta la Guerra Civil, Gran Bretaña sacaba de los Estados Unidos del Sur las cuatro quintas partes de sus importaciones de algodón.[6] Está muy claro, por consiguiente, que la plantación explotada por medio de esclavos no representó una excrecencia anacrónica

para el capitalismo industrial. Fue parte integrante de ese sistema, y uno de sus motores en todo el mundo.

En la sociedad sureña, los propietarios de plantaciones y de esclavos significaban una minoría muy reducida. Hacia 1850, probablemente había menos de trescientos cincuenta mil propietarios de esclavos dentro de una población blanca total, en las áreas de esclavitud, de unos seis millones.[7] Con sus familias, ascendían como máximo a una cuarta parte de la población blanca. Y aun, dentro de tal grupo, los que poseían la mayoría de los esclavos no pasaban, a su vez, de exigua minoría: cierto cómputo para 1860 estima que un 7 por ciento de los blancos poseían casi las tres cuartas partes de los esclavos negros.[8] Lo mismo las mejores tierras que el meollo del poder político tendían a recaer en sus manos.[9]

De esa élite de poseedores de plantaciones, se pasaba gradualmente a los granjeros que cultivaban la tierra valiéndose de unos pocos esclavos, entre un gran número de pequeños propietarios de haciendas sin esclavos, hasta llegar a los blancos pobres de las zonas donde la agricultura se reducía a un desmazalado cavar maizales de escasa extensión e improductivos. Los blancos pobres quedaban al margen de la economía de mercado; muchos de los pequeños granjeros no estaban sino en su periferia.[10] Los más acomodados aspiraban a poseer algunos negros más y a convertirse en plantadores a gran escala. Es probable que la influencia de ese grupo intermedio declinara después de los tiempos de Jackson, aunque existe toda una escuela de historiadores del Sur empeñados en romantizar a los

yeomen y «gente sencilla» del viejo Sur como la base de un orden social democrático.[11] Ello, a mi entender, es un solemne disparate. En todas las épocas y en todos los países, los reaccionarios, los liberales y los radicales han pintado retratos de los campesinos según sus respectivas teorías. El elemento de verdad, ciertamente importante, contenido en aquella imagen particular estriba en que los pequeños granjeros del Sur aceptaron, por lo general, el liderazgo político de los grandes plantadores. Los autores impregnados de marxismo proclaman que tal unidad dentro de la casta blanca era contraria a los auténticos intereses económicos de los pequeños granjeros y que tan sólo vino a producirse porque el temor a los negros cohesionaba a los blancos. Es una exégesis tan posible como dudosa. En muchas ocasiones, si no existe una alternativa manifiesta y, en cambio, se vislumbra alguna posibilidad de convertirse uno en gran hacendado, los pequeños propietarios se dejan guiar por los grandes.

Dado que el esclavismo de plantación fue el hecho dominante de la vida sureña, parece necesario examinar el funcionamiento del sistema para descubrir si engendraba fricciones de cuenta con el Norte. Se puede avanzar al acto una consideración: el esclavismo, casi de seguro, no estaba a punto de extinguirse por razones internas. Resulta difícilmente sostenible la tesis de que la guerra era «innecesaria», en el sentido de que tarde o temprano también se habría llegado a los mismos resultados por medios pacíficos, o sea que no existía un auténtico conflicto. Si el esclavismo tenía que desaparecer de la sociedad norteamericana, era necesaria la fuerza.

Sobre ese particular, los mejores indicios provienen del Norte, donde la emancipación pacífica durante la Guerra Civil chocó con dificultades casi insuperables. Los Estados de la Unión cerraron los oídos y expresaron toda suerte de aprensiones cuando Lincoln intentó introducir un moderado proyecto emancipador con compensación para los antiguos propietarios. Lincoln tuvo que abandonar el plan.[12] La Proclamación de Emancipación (1 de enero de 1863), como es bien sabido, exceptuó los Estados esclavistas de la Unión y los territorios del Sur comprendidos dentro de sus límites; para decirlo con palabras de un observador inglés contemporáneo (Earl Russell, antepasado de Bertrand Russell), emancipó tan sólo a los esclavos «allí donde autoridades de los Estados Unidos no pueden ejercer ninguna jurisdicción».[13] Si la emancipación pacífica tropezó con tales dificultades en el Norte, las del Sur apenas requieren ya comentario alguno.

Las consideraciones precedentes inclinan con fuerza a concluir que el esclavismo resultaba provechoso económicamente. El autor de una monografía aparecida hace poco arguye de un modo muy lógico que ahí radicó la causa principal de que persistiera en el Sur. Los lamentos del Sur de que, con el esclavismo, se estaba perdiendo dinero, los rechaza por considerarlos una de las racionalizaciones con que los portavoces sureños intentaban hallar un fundamento moral más elevado para aquél, con lo cual nos encontraríamos ante una temprana versión de las responsabilidades civilizadoras del hombre blanco. Avergonzándose de justificarlo con razones puramente económicas, cosa que les

hubiera puesto al mismo nivel de los mezquinos y rapaces yanquis, preferían proclamar que era la forma natural de sociedad humana, no menos beneficiosa para el esclavo que para el amo.[14] Más recientemente aún, dos economistas insatisfechos con los datos sobre los que descansaban los estudios anteriores, en su mayor parte registros de contabilidad fragmentarios e incompletos de las primeras actividades efectuadas en las plantaciones, han intentado aclarar los interrogantes planteados examinando información estadística más general. A fin de averiguar si el esclavismo resultaba más o menos provechoso que otros sistemas, han reunido estadísticas sobre los precios medios de los esclavos, los tipos de interés sobre los papeles comerciales básicos, los costes de mantenimiento de los esclavos, los rendimientos por palmo de terreno de primera clase, los costes de comercialización del algodón, los precios del algodón, y otros datos relevantes. Aunque soy algo escéptico acerca de la fiabilidad y el valor representativo de las estadísticas originales, sus conclusiones están en la línea de otras conjeturas y probablemente lo más cerca posible de la realidad a que puedan llevar tales métodos. También ellos concluyen que el esclavismo de plantación reportó pingües ganancias, además de constituir un sistema eficaz desarrollado en las zonas más apropiadas para la producción de algodón y otras fibras. En cuanto a las áreas sureñas menos productivas, producían esclavos y exportaban el excedente a las regiones productoras de cosechas de fibras.[15]

Saber que el esclavismo de plantación era, en conjunto, algo lucrativo es importante, pero insuficiente. Entre los dueños de plantaciones, hubo diferencias de tiempo y de lugar, que acarrearon notables consecuencias políticas. Por los tiempos en que estalló la guerra, el esclavismo de plantación se había convertido en un rasgo característico del bajo Sur. Había desaparecido de las plantaciones de tabaco antes de 1850, en especial porque no resultaba demasiado ventajosa para las explotaciones a gran escala. En Maryland, Kentucky y Missouri, el propio término de «plantación» había caído casi en desuso con anterioridad a la Guerra Civil.[16] Alrededor de 1850, donde se podía obtener ganancias más crasas era en las tierras vírgenes: inicialmente, las mejores oportunidades se habían presentado en regiones como Alabama y Misisipí; después de 1840, en Tejas. Incluso en las tierras vírgenes, lo más indicado era saldar y trasplantarse antes de que el suelo se agotara.[17]

Ese migrar el esclavismo de plantación del Sur hacia el Oeste creó un grave problema político. Extensas áreas del Oeste se hallaban todavía despobladas o escasamente pobladas. Aunque el cultivo del algodón tuviera ante sí obvias limitaciones de clima y suelo, nadie podía estar seguro de cuáles eran a punto fijo. Si el esclavismo se extendía, el equilibrio entre los Estados esclavistas y los de hombres libres podía romperse —lo cual claro está, tan sólo resultaba importante si lo era, a su vez, la diferencia entre uno y otro tipo de sociedad. Para 1820, el problema ya se había agudizado en gran manera, si bien se alcanzó una composición en el Compromiso de Missouri, que contrapesó la entrada de Missouri como Estado esclavista con la de Maine

como Estado de hombres libres. A partir de entonces, siguió un curso intermitente. Solemnes y magistrales acuerdos políticos parecían resolverlo de una vez para siempre, y al poco se deshacían. La cuestión de la esclavitud en los «territorios», como se llamaba a las áreas que aún no habían pasado a ser Estados, tuvo un papel de primera magnitud en el desencadenamiento de la guerra. La incertidumbre inherente a la situación, muy probablemente, exageró los conflictos económicos de un modo desproporcionado.

La tendencia migratoria del esclavismo de plantación fue también importante en otros aspectos. Al declinar en el viejo Sur el cultivo del algodón, hubo cierta tentativa de adaptarse a las circunstancias criando esclavos. Es difícil determinar su alcance. Pero existen indicios —cuando menos— bastante fehacientes de que ello no bastó para satisfacer la demanda. El precio de los esclavos aumentó casi de continuo desde los primeros años cuarenta hasta el estallido de la guerra. El precio del algodón tendió asimismo a aumentar, pero con fluctuaciones mucho más marcadas. Tras el pánico financiero de 1857, el último se desplomó, mientras que aquél continuó subiendo sin tasa.[18] La prohibición de importar esclavos parece haber cuajado en un bloqueo bastante efectivo. Los clamores del Sur en torno a la reapertura de la trata de esclavos, clamores que se intensificaron inmediatamente antes de la ruptura definitiva de las hostilidades, mueven a pensar en una seria escasez de mano de obra que entorpecía el sistema de plantación. Cuán seria, sin embargo, ya es más difícil decirlo. Como los capitalistas están casi siempre in-

quietos por la perspectiva de que la mano de obra escasee, parece oportuno considerar los lamentos del Sur en ese sentido con un poco de escepticismo. Es muy dudoso que el sistema de plantación estuviera a punto de expirar por la estrangulación económica del Norte.

Hasta aquí, la tesis de que los requerimientos de la economía de plantación significaron una fuente de conflicto económico con el Norte industrial no resulta demasiado convincente. A fin de cuentas, ¿no era también un capitalista el propietario de plantación? Nevins observa con acierto: «Era tan difícil explotar una gran plantación como una compleja fábrica moderna, con la que aquélla se asemejaba en importantes aspectos. Los métodos al buen tuntún no servían; había necesidad de incesante planificación y solícita diligencia».[19] ¿No hubiera sido, pues, perfectamente posible para el plantador entenderse con sus hermanos capitalistas del Norte, no más calculadores que él? A mi juicio, lo habría sido, en efecto, de haber estribado tan sólo el problema en cálculos económicos estrictamente racionales. Pero, para Max Weber, la actitud racional y calculadora, la visión del mundo en términos de cuentas y balances, puede existir en una amplia gama de sociedades, que en algunos casos pueden enfrentarse por otras cuestiones.[20] Como ya hemos notado al tratar de la nobleza francesa, tal actitud no basta, por sí sola, para engendrar una revolución industrial. No lo hizo, ciertamente, en el Sur, donde el desarrollo urbano, salvo algunos grandes *entrepôts* como Nueva Orleans y Charleston, se quedó muy atrás comparado

con el del resto del país. La civilización del Sur, por tanto, fue capitalista, pero escasamente burguesa. No se basó en la vida urbana. Y, en vez de impugnar la idea de calidad según el nacimiento, al igual que la burguesía europea cuando había puesto en tela de juicio el derecho de la aristocracia a gobernar, los plantadores sureños asumieron la defensa de los privilegios hereditarios. He aquí una diferencia y un conflicto reales.

La idea de que todos los hombres han sido creados iguales se contradecía, para mucha gente del Sur, con los hechos de la experiencia cotidiana, hechos que ellos mismos habían creado por considerables y buenas razones. Bajo la presión de la crítica del Norte y frente a la tendencia universal a rechazar el esclavismo, los del Sur elaboraron toda una serie de defensas doctrinales para el sistema. Las tesis liberales burguesas, las de las revoluciones Americana y Francesa, se convirtieron en peligrosas doctrinas subversivas para el Sur, por cuanto amenazaban la misma médula de su sistema: la propiedad de esclavos. Para comprender cómo debió de sentirse un plantador del Sur, un habitante del Norte de nuestros días haría bien en preguntarse cómo se sentiría hoy un sólido hombre de negocios norteamericano si la Unión Soviética ocupara el área geográfica del Canadá y estuviera tomando incremento a ojos vistas. Imagínese, además, que el gigante comunista escupiera advertencias como un descosido (aun negando el gobierno que reflejaran su auténtica política) y mandara sin cesar agentes a través de la frontera. La amargura y ansiedad del Sur no procedían tan sólo de una minoría exaltada. En un llamamiento al compromiso entre las dos partes, Henry Clay, el más famoso de los moderados del Sur, profirió palabras reveladoras, muchas veces citadas: «Vosotros los del Norte estáis de mirones a salvo y en seguro mientras la conflagración que he descrito está ardiendo en los Estados de esclavos... En uno de los platillos de la balanza, tenemos, entonces, sentimiento, sentimiento, meramente sentimiento; en el otro, propiedad, el tejido social, vida, y todo lo que hace la vida deseable y feliz».[21]

A medida que el capitalismo industrial se afianzaba más y más en el Norte, los sectores privilegiados del Sur miraban a su alrededor para descubrir y enfatizar cualesquiera rasgos aristocráticos y preindustriales que pudieran hallar en la sociedad a la que pertenecían: cortesía, elegancia, refinamiento, actitud desprendida muy diversa de la del Norte, tachada de mezquina y rapaz. Poco antes de la Guerra Civil, tomó cuerpo la tesis de que el Sur producía con el algodón la principal fuente de riqueza norteamericana, de la que el Norte percibía las utilidades. Según indica Nevins, esas ideas corrían parejas con doctrinas fisiocráticas acerca de que los beneficios de la industria y el comercio procedían de la tierra.[22] Nunca dejan de aflorar con la industrialización; también, a veces, sin necesidad de ésta: la expansión de la agricultura comercial en una sociedad precomercial engendra distintas formas de nostalgia romántica, así la admiración de Atenas por Esparta o la de la Roma republicana en su última fase por las supuestas virtudes de los orígenes.

Las racionalizaciones sureñas entrañaban cierta ver-

dad. De lo contrario difícilmente habrían podido obtener crédito. Existían, en efecto, diferencias del tipo de las señaladas entre las civilizaciones del Norte y del Sur. Y los del Norte se lucraban, en gran manera, comercializando el algodón. No cabe duda, sin embargo, que la dosis de falseamiento era mucho mayor. Las supuestas virtudes aristocráticas y precomerciales, o anticomerciales, de la aristocracia de plantación descansaban en los provechos estrictamente comerciales sacados del esclavismo. Delimitar lo cierto de lo falso sería en extremo difícil, quizá imposible. Para nuestros propósitos, no es necesario. Intentarlo quizá tan sólo conduciría a borrar relaciones importantes y oscurecer así el discernimiento. Es tan injusto imputar las causas motivas de la guerra a factores puramente económicos como ver en ella ante todo el resultado de diferencias morales acerca del esclavismo. Ésas últimas dimanaban de las diferencias económicas. El hecho de la esclavitud fue el pleito moral que despertó mayor apasionamiento en ambos bandos. Sin el abierto conflicto de ideales en torno a él, los sucesos que condujeron a la guerra y la propia guerra resultarían incomprensibles. Está claro como la luz del sol, por otro lado, que fueron factores económicos los que crearon una economía esclavista en el Sur, así como estructuras sociales diferentes con ideales antagónicos en otras partes del país.

Argumentar así no equivale a sostener que el mero hecho diferencial, de un modo u otro, ocasionó inevitablemente la guerra. Buena parte de la población, lo mismo del Sur que del Norte, no se interesaban por el

problema de la esclavitud, o bien obraban como si no les interesara. Nevins llega a afirmar que las elecciones de 1859 pusieron de manifiesto que aun entonces, casi ya en el último momento, por lo menos tres cuartas partes de la población nacional se oponían a las ideas radicales proesclavistas y antiesclavistas.[23] Incluso si su cálculo exagera la fuerza del sentimiento neutral, uno de los aspectos más notables y dignos de estudio de la Guerra Civil es que aquella masa de opinión indiferente no lograra impedirla. De ahí que historiadores tan inteligentes como Beard duden de la importancia del esclavismo como punto conflictivo. Eso, a mi entender, es un error, y un error muy grave. No obstante, el fracaso y colapso de la moderación constituye una parte esencial del proceso, sobre la que los historiadores simpatizantes con el Sur han vertido buena luz. Para que se creara una situación propicia a la guerra, habían de tener lugar cambios no tan sólo en el Sur, sino además en otras partes del país.

El impulso principal para el desarrollo del capitalismo del Norte durante la década de los años treinta había provenido, como hemos visto, del algodón. Durante la década siguiente, el ritmo del crecimiento industrial se aceleró sobre manera, hasta el punto de que el Nordeste se convirtió en una región manufacturera. Esa expansión puso término a la dependencia de la economía norteamericana de una sola materia prima agrícola. El Nordeste y el Oeste, que en el pasado habían abastecido al Sur de buena parte de sus subsistencias y continuaban haciéndolo, pasaron a depender menos del Sur y más uno de otro. El algodón era aún

importante para la economía del Norte, pero cesó de dominarla.[24] En orden al valor de su producto, el algodón ocupaba el segundo lugar entre las manufacturas norteñas en 1860. Ya en aquel tiempo, por otro lado, producía el Norte una amplia gama de artículos manufacturados —aunque generalmente— en pequeñas fábricas. Un alto porcentaje de la producción iba destinado a satisfacer necesidades propias de una comunidad agrícola: harina, maderas, botas y zapatos, ropas para hombres, hierro, cuero, géneros de punto, licor, maquinaria.[25] Según veremos dentro de poco, la producción manufacturera del Norte vino a ser objeto de intensos intercambios con las áreas occidentales del país, en rápido crecimiento.

Si bien el pasar a depender menos el Norte del algodón del Sur y el desarrollo de ciertos antagonismos económicos fueron las tendencias dominantes, no son las únicas que merecen nuestro interés. Conviene no sobrevalorar las tendencias divisorias. En los intercambios con la economía de plantación, el Nordeste suministraba los servicios de financiación, trasporte, aseguramiento y comercialización.[26] El grueso del algodón exportado salía de puertos del Norte, de los que Nueva York era el más importante. Así pues —y ello, ciertamente, constituía un motivo de choque—, los ingresos del Sur se gastaban en buena medida en el Norte a fin de adquirir los servicios para comercializar el algodón, comprar todo lo necesario para las plantaciones que no podía producirse *in situ*, y aún, ítem no insignificante, en virtud de las vacaciones de los ricos plantadores, que gustaban de huir del calor. Tanto el

Norte como el Oeste, además, vendían artículos manufacturados y subsistencias al Sur. Los años cincuenta vieron llegar a su apogeo el tráfico por vapores a lo largo del Misisipí.[27] Lo más importante de todo: el rendimiento de las tejedurías de algodón de Nueva Inglaterra, relativamente a la competencia extranjera, se incrementó entre 1820 y el estallido de la guerra. De 1830 en adelante, los Estados Unidos estuvieron en condiciones de participar en el mercado de exportación.[28] Si ese impulso hubiese sido más fuerte, es probable que los intereses del Norte y del Sur se habrían acercado, y cabe presumir que la guerra no habría tenido lugar. Sea como fuere, los intereses de los hombres de negocios del Norte estaban muy lejos de empujar a una guerra de liberación, ni siquiera a una guerra por motivo de la Unión. No existe ningún estudio completo de las actitudes y actividades de los industriales del Norte.[29] Parece desatinado, no obstante, cualquier razonamiento a base de que los industriales del Norte rabiaban por manejar los resortes del gobierno federal exclusivamente en pro de sus intereses económicos.

Lo que el capitalismo del Norte necesitaba era que el gobierno, del tipo que fuera, protegiese y legitimase la propiedad privada. Para que los propietarios sureños de plantaciones, y esclavos apareciesen como una amenaza contra tal institución, se requerían circunstancias muy especiales. Los capitalistas del Norte reclamaban, asimismo, cierta ayuda del gobierno en el proceso de acumular capital y llevar adelante una economía de mercado: más específicamente, cierta pro-

tección arancelaria, favorecer el establecimiento de una red de transportes (empeño en que no siempre se procedió de un modo estrictamente ético, aunque los grandes escándalos en torno a los ferrocarriles se produjeron más tarde), moneda sólida, y un sistema bancario central. Sobre todo, los líderes norteños más calificados deseaban estar en condiciones de comerciar sin que les embarazaran fronteras regionales y estatales. Estaban orgullosos de ser ciudadanos de un gran país —como también lo estaban muchos otros, por supuesto—, y, al desatarse finalmente la crisis secesionista, reaccionaron contra la perspectiva de una Norteamérica balcanizada.[30]

La cuestión económica que excitó más los ánimos fue la arancelaria. Desde el momento que la industria norteamericana progresó en gran manera bajo aranceles relativamente bajos tras 1846, la exigencia del Norte de que se elevaran y la correspondiente oposición del Sur parecen, a primera vista, un falso problema, un motivo para disputarse cuando, en realidad, se está furioso por algo distinto. Si la industria norteña iba en bonanza, ¿qué necesidad podía tener de protección política? Toda la tesis de que el Sur estaba intentando ejercer algo así como un veto contra el progreso industrial del Norte empieza a parecer muy dudosa en cuanto uno plantea esa cuestión. Al mirar más de cerca secuencia temporal, buena parte del misterio se disipa, aunque será necesario volver a debatir este punto una vez que hayan surgido otros hechos relevantes. Es cierto que, después de 1850, se produjo un crecimiento industrial muy rápido. No lo es menos, sin embargo, que en determinados sectores, los férreos y los textiles, surgieron agudos trastornos a mediados de la última década antes de la guerra. A fines de 1854, las existencias de hierro se estaban acumulando en todos los mercados del mundo, y la mayor parte de las fábricas norteamericanas habían cerrado. En cuanto al sector textil, el Lancashire había conseguido producir géneros de bajo precio con costes más reducidos que las fábricas de Nueva Inglaterra; entre 1846 y 1856, las importaciones de estampados de algodón saltaron de 120.000 a 1.042 millones de metros; las de calicó ordinario, de 915.000.000 a 8.230.000.000. En 1857, en medio de una grave crisis financiera, se aprobó bajo las presiones del Sur un arancel que, lejos de intentar aliviarla, reducía los derechos de aduana en aquellos sectores.[31] En parte *porque* seguían a un período de prosperidad y rápido crecimiento, parece que tales cuitas despertaron profunda indignación en los círculos industriales del Norte.

Otra necesidad de los capitalistas del Norte era disponer de mano de obra suficientemente abundante que trabajara por salarios que pudiesen permitirse pagar. He aquí un grave punto conflictivo. El territorio libre del Oeste motivaba que los obreros tendieran a marcharse, o por lo menos mucha gente lo creía así. Y una de las principales fuerzas impulsoras del sistema de Jackson había sido una operativa coalición de plantadores, «mecánicos» u obreros y granjeros libres contra las finanzas y la industria del Nordeste. ¿Dónde podría, pues, obtenerse mano de obra? ¿Cómo rompería el capital norteño su cerco político y económico?

Los líderes políticos y económicos del Norte dieron con una solución: desprender del Sur a los granjeros del Oeste y vincularlos a su propia causa. Tales cambios fueron posibilitados por importantes alteraciones en la estructura económica y social del Oeste. Pasaremos en breve a examinarlas con algún detalle. Pero ya desde ahora podemos percibir su significado: valiéndose de esas tendencias, los capitalistas del Norte eludieron la necesidad de apelar a los «*Junker*» del Sur para retener a la mano de obra. Aquéllas, más quizá que cualquier otro factor, establecieron la plataforma para un conflicto armado y alinearon a los combatientes de tal forma, que fue posible una victoria parcial para la libertad humana.

Entre el término de las guerras napoleónicas y el estallido de la Guerra Civil, lo que ahora se conoce como el Oeste Medio, pero que entonces era simplemente el Oeste, fue transformándose de tierra de pioneros en tierra de agricultura comercial. Parece, en efecto, que muchos de los que vivieron la época ruda del pionero se alejaron de ella muy aprisa, dejando los panegíricos para la posteridad. Se dispuso bastante pronto de excedentes comerciales de comestibles, que servían para comprar algunos elementos necesarios y, en menor escala aún, superfluos. Hasta los años treinta, el grueso de los excedentes se dirigía hacia el Sur para nutrir la economía más especializada de aquella área, tendencia que iba a continuar, pero perdiendo su primado, cuando el mercado del Este pasaría a ser más importante.[32] Abandonados aún en gran manera a sus propios recursos, los pequeños granjeros independientes, en el primer tercio del siglo XIX, ansiaban arrebatar el control de las tierras públicas a los políticos de Washington, que o bien especulaban con ellas a gran escala o bien se mostraban indiferentes a las demandas y necesidades del Oeste. Pretendían la autonomía local, algunas veces a expensas del delgado hilo que les vinculaba con la Unión.[33] Simpatizaban con los ataques de Andrew Jackson contra las ciudadelas de riqueza del Este, y formaban una de las alas de la coalición más o menos «plebeya» que gobernaba entonces el país.

El desarrollo de la industria en el Este y el consiguiente aumento de la demanda de granos y carne al Oeste cambiaron tal estado de cosas. Las olas de expansión hacia el Oeste, en 1816-1818, 1832-1836, 1846-1847 y 1850-1856, reflejan la rentabilidad creciente del trigo, el maíz y sus derivados.[34] De los años treinta en adelante, la producción del Oeste se reorientó gradualmente hacia la costa oriental. La «revolución en los transportes», la construcción de canales y vías férreas, resolvió el problema del acarreo a través de las montañas e hizo así posible una nueva salida para los productos agrícolas del Oeste. En términos absolutos, el tráfico del Oeste con el Sur no declinó; incluso, de hecho, aumentó. Fueron las proporciones las que cambiaron y contribuyeron a acercar el Oeste al Norte.[35]

La demanda de productos agrícolas fue transformando gradualmente la estructura social y las actitudes psicológicas del Oeste, hasta el punto de posibilitar un nuevo alineamiento. La actitud del primitivo

capitalismo individualista y a pequeña escala, característica del Nordeste, se extendió al estrato superior dominante de los granjeros del Oeste. Dentro de las condiciones tecnológicas de la época, la granja familiar fue un mecanismo social eficaz para la producción de trigo, maíz, cerdos, y otros productos comerciables.[36] «Al llevar el transporte rápido los productos agrícolas a los mercados del Este y reportar a cambio dinero contante y sonante —dice Beard en uno de los muchos pasajes de *American Civilization* que condensan la esencia de un cambio social básico en unas pocas sentencias contundentes— al elevar los ferrocarriles, la población creciente y las buenas carreteras, el valor de las tierras, las casas de ladrillo y de esqueleto de madera empezaron a reemplazar a las cabañas de leños; con profundo significado político, la prosperidad tendía a apagar la pasión por el "dinero fácil" y a adormecer el inveterado odio contra los bancos. En fin, más allá de las montañas los cánticos de los granjeros afortunados cubrían los lamentos de los blancos pobres...»[37] Otra de las consecuencias fue la extensión e intensificación del sentimiento antiesclavista, atribuible probablemente al arraigo de la granja familiar como productiva empresa comercial en el suelo del Oeste.[38] Se nos plantea aquí un problema: la granja familiar sin esclavos era también muy corriente en el Sur, aunque parece haberse tratado en el mismo menos de una empresa comercial y más de una empresa de subsistencia. En todo caso, es obvio que el sistema agrícola del Oeste, al desarrollarse fuera de la esfera de influencia de la plantación y basarse primordialmente en miembros de la

familia para la labranza, había de engendrar considerable temor a la competencia del esclavismo.[39]

A su vez, los plantadores del Sur, que al principio habían dado la bienvenida a los granjeros del Oeste como aliados contra la plutocracia del Norte, antes ya de la mitad del siglo XIX pasaron a ver en la expansión de la agricultura independiente una amenaza contra el esclavismo y la totalidad de su sistema. Precedentemente, las propuestas de repartir las tierras del Oeste entre pequeños granjeros que las pagaran a plazos habían creado un antagonismo entre aquél y las regiones de la costa del Este, que temían la emigración —o sea la pérdida de mano de obra—, además de algunas del Sur, como Carolina del Norte. Las iniciativas en apoyo de un sistema de granjas independientes habían procedido del Sudoeste. Con el establecimiento de la agricultura comercial en el Oeste, tales alineaciones se modificaron. Muchos de los habitantes del Sur se volvieron contra las tesis «radicales» de dar la tierra a granjeros que «abolicionarían» la región.[40] Los intereses plantacionistas en el Senado desbarataron el *Homestead Bill* de 1852. Ocho años más tarde, el presidente Buchanan vetó una medida similar, a plena satisfacción de casi todos los congresistas del Sur, que no habían podido impedir que se aprobara.[41]

La reacción del Norte a los cambios en la sociedad agraria del Oeste fue más compleja. Los fabricantes norteños no eran de suyo favorables a que se concediera tierra a cualquiera que la pidiese, puesto que de ello sólo podía resultar la disminución del número de brazos que acudían a ofrecerse ante las verjas de las fábri-

cas. La hostilidad del Sur contra el Oeste deparaba al Norte una buena oportunidad para aliarse con los granjeros, pero se tardó en comprenderlo. La coalición no se convirtió en una fuerza política hasta la campaña electoral republicana de 1860 que llevó a Lincoln a la Casa Blanca, pese a que se le oponían la mayoría de los votantes del país. El acercamiento parece haber sido obra, más que de los hombres de negocios, de políticos y periodistas. La propuesta de abrir las tierras del Oeste a pequeños colonizadores era un medio oportuno para que un partido vinculado a los intereses de aquellos con bienes e instrucción lograra atraerse una masa de seguidores, en especial entre los obreros urbanos.[42]

La esencia del pacto era muy simple: el mundo de los negocios debía sostener la exigencia de los granjeros de tierra, popular también entre los obreros industriales, a cambio de su apoyo para un arancel más elevado. «¡Vota por tu granja! ¡vota por tu arancel!» fue la consigna solidaria republicana en 1860.[43] Vino así a constituirse un «matrimonio del hierro y el centeno» —para establecer una vez más un paralelo con el pacto alemán entre industria y *Junker*—, pero con familias granjeras del Oeste, y no con aristócratas rurales, y por ende con consecuencias políticas diametralmente opuestas. No faltaron ni objeciones al enlace ni clamoreos por el divorcio, incluso durante la misma Guerra Civil. En 1861, C. J. Vallandigham, un paladín de los pequeños granjeros, argüía aún que «el Sur plantador era el aliado natural de la Democracia del Norte y especialmente del Oeste», porque el pueblo del Sur era un pueblo agrícola.[44]

Pero eran voces del pasado. Lo que había posibilitado la realineación, además de los cambios en el carácter de la sociedad rural del Oeste, habían sido las circunstancias específicas del desarrollo industrial en el Nordeste. La existencia de tierra libre dio un sesgo único a las relaciones entre capitalistas y obreros en los estadios primitivos del capitalismo norteamericano, estadios caracterizados en Europa por la continua expansión de los movimientos radicales violentos. Las energías que en Europa se habrían invertido en organizar sindicatos y elaborar programas revolucionarios, se aplicaron en los Estados Unidos a forjar proyectos para dar a todos los trabajadores una granja libre, la quisieran o no. A algunos contemporáneos, tales propuestas les sonaban a subversivas.[45] Los efectos reales de la marcha hacia el Oeste, sin embargo, no fueron otros que robustecer las fuerzas del primigenio capitalismo competitivo e individualista, al difundir el interés en la propiedad. Beard nos lo pinta demasiado bonito cuando califica el ofrecer los republicanos al proletariado famélico los dominios nacionales «como un don espontáneo más significativo que el pan y los circenses, gesto que hundió al movimiento socialista».[46] Apenas hubo tiempo para que todo eso sucediera. Fue la Guerra Civil, como él mismo observa unas frases más adelante, que atajó el radicalismo. Y qué socorro proporcionara en realidad la tierra del Oeste a los trabajadores del Este antes de la Guerra Civil, es aún hoy una cuestión sumamente incierta. Los especuladores ya estaban metiendo mano a grandes proporciones de ella. Tampoco parece muy probable que los

habitantes verdaderamente pobres de las ciudades del Este pudiesen abandonar el pozo de la mina o el banco de la fábrica para comprarse una pequeña granja, equiparla con herramientas, por más sencillas que fueran, y explotarla con provecho, aun cuando se beneficiasen de la perspectiva de que otros sí podían hacerlo.

A pesar de todas esas restricciones, queda de la famosa tesis de Turner sobre la importancia de la frontera para la democracia norteamericana un residuo esencial de verdad: la realineación de las clases sociales y sectores geográficos que produjo, por lo menos temporalmente, el Oeste abierto. El engarce entre la industria del Norte y los granjeros libres excluyó por el momento la clásica solución reaccionaria a los problemas del industrialismo ascendente. La que se hubiera dado de alinearse los industriales del Norte con los plantadores del Sur contra los esclavos, los pequeños granjeros y los obreros industriales. No es ninguna fantasía abstracta. No pocas fuerzas empujaban en tal sentido antes de la Guerra Civil, y ello ha pasado a ser una característica relevante del paisaje político norteamericano desde el final de la Reconstrucción. En las circunstancias de la sociedad norteamericana a mediados del siglo XIX, cualquier solución pacífica, cualquier victoria de la moderación, del sentido común y del proceso democrático, hubiese significado sin remedio una solución reaccionaria.[47] Habría tenido que ser a expensas del negro, como de todas formas iba a serlo a la postre, a menos que se quiera tomar en serio la especie de que hace más de cien años lo mismo los pobladores del Norte que los del Sur estaban dispuestos

a abandonar el esclavismo e incorporar al negro en la sociedad norteamericana. La ensambladura entre la industria del Norte y los granjeros del Oeste, tan lenta en sus preparativos como súbita en su llegada, contribuyó en gran manera a eliminar por el momento la posibilidad de una expeditiva solución reaccionaria a los problemas políticos y económicos del país en beneficio de los estratos económicos dominantes. Por el mismo motivo, abocó el país a la Guerra Civil.

3. HACIA UNA EXPLICACIÓN DE LAS CAUSAS DE LA GUERRA CIVIL

La alineación de las grandes agrupaciones sociales dentro de la sociedad norteamericana en 1860 procura un buen camino para explicar el carácter de la guerra, las divergencias capaces o no de desencadenarla —más llanamente: qué debió de ventilarse en la guerra. Nos dice hasta qué punto *era probable* que estallase una contienda; de suyo, sin embargo, la alineación no explica demasiado *por qué*, en efecto, se produjo aquélla. Ahora que algunos de los hechos relevantes están ya a la vista, podemos debatir con mayor provecho la cuestión de si existía o no un ingénito conflicto a muerte entre Norte y Sur.

Consideremos los requisitos económicos de los dos sistemas lado a lado en orden a: *a*) requisitos de capital, *b*) de mano de obra, y *c*) los conexos con la comercialización de los productos.

Aunque ese punto sea objeto aún de ciertas con-

troversias, se pueden detectar en la economía de plantación definidas urgencias expansionistas. El incremento de los beneficios exigía nuevas tierras vírgenes. Había, pues, cierta urgencia en lo tocante a los requisitos de capital. Existen asimismo los correspondientes indicios de que la mano de obra escaseaba. Más esclavos, habrían sido muy útiles. Por último, para que todo el sistema funcionase, el algodón, y en menor medida los otros productos, tenían que venderse a buen precio en el mercado internacional.

La industria del Norte requería cierta asistencia del gobierno en lo que podríamos llamar costes generales de la acumulación de capital, así como la creación de un medio institucional favorable: un sistema de transporte, un arancel, y una circulación monetaria lo bastante contenida para que los deudores y la gente menuda en general no pudiesen disfrutar de excesivas ventajas. (Algo de inflación, por otro lado, que mantuviese los precios en continuo ascenso le era, probablemente, más bien grata, al igual que en nuestros días.) En cuanto a la mano de obra, la industria necesitaba de un modo perentorio obreros libres asalariados, si bien no parece nada fácil probar que la mano de obra libre conviene por principio más que la esclavitud a un sistema fabril, a no ser porque tiene que haber quien gane dinero para comprar lo que produce la industria. Pero quizá esa consideración baste. Por último la industria en desarrollo necesitaba, claro está, un mercado expansivo, en aquel entonces proporcionado aún sobre todo por el sector agrícola; en considerable medida por el Oeste, que, con

arreglo a ese rudimentario esquema, puede considerarse como una parte del Norte.

Es difícil percibir algún grave conflicto estructural o «mortal» en el análisis precedente de los requisitos económicos básicos, pese a que he tratado de sesgarlo en ese sentido. Importa aquí recordar que, como subrayan acertadamente los historiadores revisionistas de la Guerra Civil, cualquier Estado grande rebosa de conflictos de intereses. Meter mano y arramblar con todo lo que se puede, andar a la greña para despojar al vencido, junto con mucha injusticia y represión, ha sido la experiencia cotidiana de todas las sociedades humanas a lo largo de toda la Historia. Poner un reflector sobre tales hechos inmediatamente antes de una sacudida violenta como la Guerra Civil y considerarlos sus causas determinantes, ni qué decir tiene que es engañoso. Recalquemos de nuevo que sería necesario demostrar que, dada la naturaleza de la situación, el compromiso era imposible. A juzgar por el análisis efectuado hasta aquí, no parece que éste sea el caso. Lo más que puede decirse al respecto es que un incremento del área esclavista habría dañado gravemente a los granjeros libres del Oeste. Aunque las regiones donde cada tipo de agricultura resultaba provechoso estaban determinadas por el clima y la geografía, nadie podía tener la seguridad de dónde se hallaban sus límites sin experimentarlo. Ese solo factor, sin embargo, no parece suficiente para justificar la guerra. La industria del Norte hubiese estado tan satisfecha con un mercado de plantación en el Oeste como con cualquier otro, si tales consideraciones eran todo lo que

importaba, y muy probablemente el conflicto habría sido allanado. Los demás puntos conflictivos potenciales o reales parecen menos serios. Los requisitos norteños en cuanto a la acumulación de capital, las exigencias de reformas internas, de un arancel, etc., no puede considerarse que amenazaran con agobiar terriblemente la economía del Sur. Sin duda hubiesen golpeado fuerte a un número bastante elevado de plantadores marginales, factor de cierta importancia. Pero si la sociedad sureña estaba dirigida por los plantadores más prósperos, o cuando menos su influencia era muy importante, los más humildes podían ser sacrificados en aras de un acuerdo. En lo tocante al supuesto antagonismo entre mano de obra esclava y libre, uno no ve ahí ningún conflicto económico real, puesto que las áreas de una y otra eran geográficamente distintas. Todas las referencias que he examinado indican que la mano de obra del Norte o era indiferente o era hostil al antiesclavismo.

Además del conflicto entre los granjeros libres del Oeste y el sistema de plantación, el argumento más sólido que se puede aducir en términos estrictamente económicos es quizá que la secesión no representaba en conjunto para el Sur un propósito irrazonable, ante todo porque no necesitaba demasiado lo que el Norte tenía realmente para ofrecerle. En el futuro inmediato, el Norte no podía comprar mucho más algodón del que ya compraba. Lo máximo que hubiese podido ofrecer el Norte habría sido volver a abrir el tráfico de esclavos. Se habló de ocupar Cuba para la cría de esclavos, e incluso se dio alguna acción suelta en ese sentido. Conforme han demostrado sucesos bastante recientes, en otras circunstancias un tal movimiento habría podido ser en extremo popular en todo el país. Entonces, no obstante, parece haber sido tan infructuoso como impolítico.

En suma: muy probablemente los antagonismos estrictamente económicos eran negociables. ¿Por qué, pues, se produjo la guerra? ¿Qué se ventiló en ella? La manifiesta insuficiencia de una explicación estrictamente económica —si bien en breve voy a reargüir que las causas fundamentales fueron, en rigor, de orden económico— ha inducido a los historiadores a buscar explicaciones distintas. Cabe reducirlas a tres tipos. En primer lugar, que la Guerra Civil consistió fundamentalmente en un conflicto moral en torno al hecho de la esclavitud. Dado que amplios e influyentes sectores del país, tanto en el Norte como en el Sur, se negaron a adoptar una postura radical ya en pro ya en contra del esclavismo, esa exégesis tropieza con graves dificultades, de hecho las mismas que Beard y otros trataban de burlar en su búsqueda de causas económicas. La segunda exégesis intenta deshacerse de ambas clases de dificultades mediante la proposición de que todos los puntos conflictivos eran en realidad negociables; sólo los desatinos de los políticos llevaron a una guerra que la mayoría de la población, del Norte y del Sur, no quería. La tercera interpretación viene a ser una tentativa de desarrollar algo más la anterior analizando cómo la maquinaria política, que debía crear consenso dentro de la sociedad norteamericana, se desintegró, con lo que dio lugar a que la guerra estallase.

En ese empeño, no obstante, los historiadores suelen verse constreñidos a retreparse en una explicación en términos de causas morales.[48]

Todas las tesis comentadas, incluso la que hace hincapié en los factores económicos, pueden aducir en su favor un acervo considerable de hechos. Cada una de ellas ha dado con una porción de la verdad. Pero limitarse a esa observación equivale a contentarse con el caos intelectual. Es preciso relacionar dichas porciones de la verdad unas con otras, percibir el todo a fin de comprender la interrelación y el significado de las verdades parciales. Que nunca pueda darse fin a una tal búsqueda, que las propias relaciones descubiertas no sean a su vez más que verdades parciales, ello no quiere decir que deba abandonarse.

Para volver a los factores económicos, el tomarlos aparte de los otros —políticos, morales, sociales, etc., según las etiquetas tradicionales— es engañoso, aunque a veces necesario. De modo parecido, la necesidad de ofrecer una exposición comprensible impone que los puntos conflictivos se analicen uno a uno en algunas series distintas, tales como el esclavismo en sí mismo, el esclavismo en los territorios, el arancel, la circulación monetaria, las vías férreas y otras mejoras internas, los tributos del Sur al Norte de que aquél se lamentaba. Pero el análisis en categorías separadas falsifica en parte lo que describe, puesto que los individuos que componían a la sazón la sociedad vivían todos los aspectos a la vez, y la misma persona que era indiferente a una de las cuestiones podía apasionarse por otra. Cuanto más se patentizaba la conexión entre

los diversos puntos conflictivos, más se extendía el enardecimiento entre los sectores calificados. Aun en el hipotético caso de que uno por uno hubiesen sido negociables, casi no cabía que lo fuesen en bloque, como unidad. Y, ciertamente, constituían una unidad, percibida como tal por no pocos contemporáneos, toda vez que eran manifestaciones de sociedades enteras.

Renovemos, pues, el análisis a partir de ese punto de vista. Ante todo por motivos económicos y geográficos, la estructura social norteamericana se desarrolló durante el siglo XIX en distintas direcciones. Se impuso en el Sur una sociedad agraria basada en el esclavismo de plantación. En el Nordeste, en cambio, se estableció el capitalismo industrial, que fue anudándose con la sociedad del Oeste, basada en el cultivo por mano de obra familiar. Junto con el Oeste, el Norte fue creando una sociedad y una cultura cuyos valores cada vez estaban más en contradicción con los del Sur. El punto focal de las diferencias era el esclavismo. Podemos, por tanto, convenir con Nevins en que las cuestiones morales fueron decisivas. Pero ésas resultan incomprensibles sin las estructuras económicas que las suscitaron y mantuvieron en pie. Sólo habría motivos para considerar los sentimientos morales como un factor independiente por derecho propio si el sentimiento abolicionista hubiese florecido en el Sur.

La cuestión fundamental, y cada vez en mayor medida, era si la maquinaria del gobierno federal debía utilizarse para apoyar a una u otra sociedad. He aquí el significado profundo de puntos conflictivos en apa-

riencia tan poco capaces de encender los ánimos como el arancel, así como de los apasionados clamores sureños sobre a santo de qué el Sur estaba pagando tributo al Norte. Fue también la cuestión del poder en el centro lo que hizo del esclavismo en los territorios un problema crucial. Los dirigentes políticos sabían que la admisión de un Estado esclavista o de uno de hombres libres decantaría la balanza en un sentido u otro. El hecho de que la incertidumbre fuese parte constitutiva de la situación debido a las despobladas o sólo parcialmente pobladas tierras occidentales aumentó las dificultades para alcanzar un compromiso. Los dirigentes políticos de cada bando tenían cada vez mayor necesidad de estar alerta a cualquier maniobra o medida que pudiese incrementar las ventajas del otro. En ese contexto más amplio, la tesis de que el Sur intentó poner un veto al progreso del Norte parece ofrecer, en efecto, una importante causa de la guerra.

Una tal perspectiva también hace justicia, eso espero, a la tesis revisionista de que la guerra fue en primer lugar una guerra de políticos, quizás incluso de agitadores, siempre que esos términos no se entiendan como meros epítetos insultantes. En una sociedad compleja con un alto grado de división del trabajo, y especialmente en una democracia parlamentaria, los políticos, los periodistas y, casi en la misma medida, los clérigos tienen la misión específica y necesaria de ser sensibles a aquello que influye sobre la distribución del poder en la sociedad. Son ellos asimismo quienes suministran los argumentos, favorables o adversos, ya para cambiar la estructura de la sociedad, ya para que

las cosas sigan como están. Siendo, pues, tarea suya estar alerta a los cambios potenciales, mientras los demás están absorbidos por entero en la de ganarse la vida, constituye una de las características del sistema democrático que a menudo los políticos tengan que ser vocingleros e intensificar la división. El papel del político democrático moderno es sobre manera paradójico, por lo menos superficialmente. Hace lo que hace de tal modo, que la mayoría del pueblo no ha de ocuparse de política. Por esa misma razón, no obstante, a menudo cree necesario despertar la opinión pública en torno a peligros reales o supuestos.

Desde un tal punto de vista, se hace aun comprensible el fracaso de la opinión moderada en contener el impulso hacia la guerra. Su núcleo estaba constituido por potentados, del Norte y del Sur. Por aquellos, pues, que en tiempos ordinarios llevan la iniciativa en la comunidad «creadores de opinión», así les llamaría probablemente un estudioso actual de la opinión pública. En su calidad de beneficiarios del orden imperante, y estando primordialmente interesados en ganar dinero, preferían arrumbar la cuestión del esclavismo a buscar reformas estructurales, tarea en verdad muy difícil. El Compromiso Clay-Webster de 1850 representó una victoria para ese grupo. Se estipularon en él leyes más estrictas en el Norte en cuanto a la devolución de esclavos fugitivos, y que fuesen admitidos en la Unión varios nuevos Estados: California como Estado de hombres libres, en fecha futura aún por determinar Nuevo México y Utah con o sin esclavitud, según lo dispusieran sus constituciones llegado el momento de

la admisión.[49] Pero cualquier tentativa de airear la cuestión de la esclavitud y buscarle una nueva solución motivaba que gran número de los moderados dejaran de serlo. Tal fue el caso cuando, sólo cuatro años después del Compromiso, el senador Stephen A. Douglas le puso fin replanteando la cuestión de la esclavitud en los territorios. Al proponer en el Acta de Kansas-Nebraska que los colonizadores decidieran de ello por sí mismos en uno u otro sentido, hizo pasar a amplios sectores de opinión norteños de la moderación a miras próximas al abolicionismo, cuando menos por el momento. En cuanto al Sur, su apoyo no pasó de tibio.[50]

En líneas generales, los moderados poseían aquellas virtudes que muchos creen necesarias para que la democracia funcione: disposición a transigir y a comprender el punto de vista del adversario, o sea una actitud pragmática. Eran lo opuesto a doctrinarios. Ahora bien: ello, en realidad, tan sólo significaba que no querían mirar los hechos cara a cara. Siendo su intento primordial poner a un lado la cuestión de la esclavitud, los moderados no pudieron ni influenciar ni controlar la serie de acaecimientos engendrados por la situación subyacente.[51] Crisis como las luchas por el «sangriento Kansas», el pánico financiero de 1857, la tentativa melodramática de John Brown de ponerse al frente de una insurrección esclava, y tantas otras, erosionaron la posición moderada, desorganizaron y confundieron a sus adeptos. El espíritu práctico que trata de resolver los problemas ignorándolos pacientemente, actitud que a menudo ha sido considerada con suma complacencia como el mismo meollo de la moderación anglosajona, se reveló por entero inadecuado. Una actitud, un estado de ánimo, sin un análisis y un programa realistas, no basta para hacer funcionar la democracia, ni siquiera si la comparte la mayoría. El consenso, de por sí, poco significa; lo que importa es acerca de qué se da.

Finalmente, en este intento de ver la sociedad norteamericana como un todo a fin de discernir las causas y el sentido de la guerra, conviene recordar que la búsqueda de las fuentes de disensión oscurece sin remedio una parte capital del problema. En cualquier unidad política que lleva ya tiempo existiendo, tiene que haber causas que produzcan la unidad, razones por las que los hombres deseen acomodar sus inevitables diferencias. Es difícil hallar en la Historia algún caso en que dos regiones diferentes hayan desarrollado sistemas económicos basados en principios diametralmente opuestos y hayan permanecido, con todo, bajo un gobierno central que conservara autoridad efectiva sobre ambas áreas. Yo no encuentro ninguno.[52] Una tal situación requeriría fuerzas cohesivas muy poderosas para contrarrestar las tendencias divisorias. En los Estados Unidos, a mediados del siglo XIX, las fuerzas cohesivas parecen haber sido débiles, aunque siempre se corre el peligro de exagerar su debilidad a causa de que la Guerra Civil vino efectivamente a producirse.

El comercio, sin duda, es uno de los factores que pueden engendrar vínculos entre los diversos sectores de un país. El que el algodón del Sur se colocase principalmente en Inglaterra representa casi de cierto un hecho muy importante. Significa que los vínculos con

el Norte eran tanto más débiles. La parcialidad inglesa por la causa sudista durante la guerra es bien conocida. Pero no se puede poner excesivo énfasis en la dirección del comercio como signo de desunión. Según se ha indicado antes, las tejedurías del Norte estaban empezando a consumir más algodón. Al menguar fuertemente el mercado del Oeste tras la crisis de 1857, los hombres de negocios de Nueva York pasaron de momento a estrechar las conexiones con el Sur.[53] En una palabra: la situación comercial se estaba transformando; de no haberse producido la guerra, los historiadores que indagan ante todo las causas económicas no hubiesen tenido ninguna dificultad para dar con una explicación.

Si fue importante el hecho de que el algodón aún vinculase más al Sur con Inglaterra que con el Norte, puede que lo fueran en mayor medida otros dos aspectos. El uno ya ha sido mencionado: la ausencia de una clase obrera radical que amenazase la propiedad capitalista industrial en el Norte. El segundo estriba en que los Estados Unidos no tenían enemigos extranjeros poderosos. A ese respecto, la situación era enteramente distinta de la que se dio en Alemania y el Japón, países que pasaron por sus propias versiones de crisis de modernización política algo más tarde, en 1871 Alemania, en 1868 el Japón. Por tal amalgama de razones, los estímulos para el característico compromiso conservador entre *élites* agrarias e industriales no eran muy fuertes. Poco había que empujara a los propietarios de tejedurías del Norte y a los de esclavos del Sur a aliarse bajo la bandera sagrada de la propiedad.

Para resumirlo con expeditiva concisión, las causas últimas de la guerra pueden verse en el desarrollo de sistemas económicos distintos que condujo a civilizaciones también distintas (aunque ambas capitalistas) con actitudes incompatibles respecto al esclavismo. La conexión entre el capitalismo del Norte y la agricultura del Oeste contribuyó a hacer innecesaria por el momento la característica coalición reaccionaria entre *élites* urbanas y rurales, a excusar, pues, el único compromiso que hubiese podido impedir la guerra. (El compromiso, por lo demás, que a la postre liquidó la guerra.) Otros dos factores coadyuvaron también a hacer en extremo difícil el tal compromiso. En primer lugar, que el futuro del Oeste aparecía incierto y ello volvía incierta la distribución del poder en el centro, con lo que se intensificaban y agrandaban todas las causas de recelo y discordia. Luego, como se acaba de notar, que las principales fuerzas cohesivas de la sociedad norteamericana, aunque a la sazón se estaban reforzando, eran aún muy débiles.

4. EL IMPULSO REVOLUCIONARIO Y SU FRACASO

Sobre la misma Guerra Civil, no es necesario decir más que unas pocas palabras, en especial porque el acontecimiento político más importante, la Proclamación de Emancipación, ha sido ya mencionado. La guerra reflejó el hecho de que las clases dominantes de la sociedad norteamericana se habían hendido netamente en dos, mucho más netamente que los estratos

dirigentes de Inglaterra cuando la Revolución Puritana o los de Francia cuando la Revolución Francesa. En aquellas dos grandes convulsiones, las divisiones dentro de las clases dominantes habían permitido a las tendencias radicales borbotar hacia arriba desde los estratos inferiores —mucho más, claro está, en el caso de la Revolución Francesa que en Inglaterra. En la Guerra Civil americana, no hubo ninguna oleada radical verdaderamente comparable.

Cuando menos a grandes rasgos, las razones son fáciles de ver: las ciudades norteamericanas no hervían de artesanos empobrecidos y potenciales *sans-culottes*. Aunque no fuese sino indirectamente, la existencia de las tierras del Oeste reducía el potencial explosivo. Faltaban también los materiales para una conflagración campesina. En vez de campesinos, el Sur tenía esencialmente esclavos negros en el peldaño más bajo de la escala social. O no podían o no querían rebelarse. No nos importa aquí si se trataba de lo uno o de lo otro. Si bien hubo algunas revueltas esclavas esporádicas, no tuvieron consecuencias políticas. De esa parte no vino ningún impulso revolucionario.[54]

Lo poco que se manifestó a modo de impulso revolucionario, es decir, un intento de alterar por la fuerza el orden social establecido, provino del capitalismo del Norte. Dentro del grupo conocido como «republicanos radicales», los ideales abolicionistas se combinaron con los intereses industriales para encender un breve relámpago revolucionario, pronto extinguido en un fango de corrupción. Aunque los radicales fueron durante la guerra una espina en el costado de Lincoln,

éste pudo llevarla a una conclusión militar feliz a base, ante todo, de preservar la Unión, o sea sin ninguna ofensiva seria contra los derechos de propiedad de los plantadores. Por corto tiempo, aproximadamente durante los tres años que siguieron al término de la contienda (1865-1868), los republicanos radicales ocuparon el poder en el victorioso Norte y desencadenaron una ofensiva contra el sistema de plantación y los residuos del esclavismo.

Los dirigentes del grupo veían la guerra como una lucha revolucionaria entre un capitalismo progresista y una sociedad agraria reaccionaria basada en el esclavismo. Si el conflicto entre Norte y Sur —algunos de cuyos combates más importantes se libraron terminada ya la guerra— llegó a revestir realmente en cierta medida un tal carácter, ello se debió a los republicanos radicales. Desde la perspectiva actual, a cien años de distancia, aparecen como la última vibración revolucionaria estrictamente burguesa y estrictamente capitalista, los últimos sucesores de los ciudadanos medievales que iniciaron la rebelión contra los señores feudales. A partir de la Guerra Civil, los movimientos revolucionarios han sido o bien anticapitalistas, o bien fascistas y contrarrevolucionarios si han surgido en apoyo del capitalismo.

Inspirándose en los ideólogos abolicionistas y los radicales del Suelo Libre, una pequeña partida de políticos republicanos tomaron la voz por la idea de que el esclavismo era un anacrónico «residuo de un mundo en extinción de "barón y siervo-noble y esclavo"». Veían en la Guerra Civil una oportunidad para de-

sarraigar y destruir aquel anacronismo opresivo, y reconstruir después el Sur a imagen del Norte democrático y progresista, basado en «libertad de palabra, libertad laboral, escuelas y urnas electorales». Aunque sus declaraciones públicas fuesen algo más mesuradas, el líder de los republicanos radicales en la Cámara de Diputados, Thaddeus Stevens, escribió en una carta privada que lo que necesitaba el país era alguien en el poder (es decir: *no* Lincoln) «con suficiente clarividencia, y suficiente valentía moral, para tratar esto como una revolución radical, y remodelar nuestras instituciones... Ello implicaría tanto el arrasamiento del Sur como la emancipación, y una repoblación de medio Continente...».

Lo que dio alas a ese movimiento e hizo que no quedara reducido a vana palabrería fue el hecho de que coincidía con los intereses de sectores cruciales de la sociedad norteña.[55] Uno de ellos era la industria de hierro y acero de Pensilvania, en su fase inicial. Otro, una serie de intereses en torno a las vías férreas. Stevens actuaba en el Congreso de medianero para ambos sectores, de cada uno de los cuales recibía dinero, conforme a la moralidad política reinante.[56] Los republicanos radicales también encontraron considerable audiencia entre los obreros del Norte. Éstos, aunque muy refractarios a la propaganda abolicionista, temían la competencia de los negros y consideraban a los abolicionistas de Nueva Inglaterra como hipócritas representantes de los industriales, por lo que acogieron con entusiasmo las concepciones radicales de protección arancelaria y de contraer lentamente la intensa inflación monetaria del Norte.[57] Los intereses financieros y comerciales, en cambio, no mostraron ningún entusiasmo por los radicales. Tras la guerra, los radicales con principios se volvieron contra la «plutocracia del Norte».[58]

La ofensiva radical, por tanto, no representaba una ofensiva capitalista aunada contra el sistema de plantación. Era una combinación de obreros, industriales e intereses relacionados con los ferrocarriles, en su momento de mayor pujanza. Cabe, con todo, estimarla producto del capitalismo emprendedor, incluso progresista; se atrajo las principales fuerzas creadoras (y filisteas) que, más tarde, Veblen ponderaría en la sociedad norteamericana, y repelió las que aquél denigraría: los financieros esnobs que ganaban dinero, no actuando, sino vendiendo. En Thaddeus Stevens y sus asociados, la tal combinación halló guía política experta y suficiente inteligencia menor para trazar una estrategia general. Los radicales proporcionaban una explicación de adónde se estaba dirigiendo la sociedad y de cómo se podía sacar partido de esa encaminadura. Para ellos, la Guerra Civil era una revolución, cuando menos potencialmente. La victoria militar y el asesinato de Lincoln, que acogieron con alegría apenas disimulada, les depararon una oportunidad, aunque por breve tiempo, para intentar transformarla en una revolución real.

De nuevo Thaddeus Stevens aportó el análisis, así como el liderato político cotidiano. Su estrategia, esencialmente, consistía en controlar la maquinaria del gobierno federal en beneficio de los grupos de que era

sarraigar y destruir aquel anacronismo opresivo, y reconstruir después el Sur a imagen del Norte democrático y progresista, basado en «libertad de palabra, libertad laboral, escuelas y urnas electorales». Aunque sus declaraciones públicas fuesen algo más mesuradas, el líder de los republicanos radicales en la Cámara de Diputados, Thaddeus Stevens, escribió en una carta privada que lo que necesitaba el país era alguien en el poder (es decir: *no* Lincoln) «con suficiente clarividencia, y suficiente valentía moral, para tratar esto como una revolución radical, y remodelar nuestras instituciones... Ello implicaría tanto el arrasamiento del Sur como la emancipación, y una repoblación de medio Continente...».

Lo que dio alas a ese movimiento e hizo que no quedara reducido a vana palabrería fue el hecho de que coincidía con los intereses de sectores cruciales de la sociedad norteña.[55] Uno de ellos era la industria de hierro y acero de Pensilvania, en su fase inicial. Otro, una serie de intereses en torno a las vías férreas. Stevens actuaba en el Congreso de medianero para ambos sectores, de cada uno de los cuales recibía dinero, conforme a la moralidad política reinante.[56] Los republicanos radicales también encontraron considerable audiencia entre los obreros del Norte. Éstos, aunque muy refractarios a la propaganda abolicionista, temían la competencia de los negros y consideraban a los abolicionistas de Nueva Inglaterra como hipócritas representantes de los industriales, por lo que acogieron con entusiasmo las concepciones radicales de protección arancelaria y de contraer lentamente la intensa inflación monetaria del Norte.[57] Los intereses financieros y comerciales, en cambio, no mostraron ningún entusiasmo por los radicales. Tras la guerra, los radicales con principios se volvieron contra la «plutocracia del Norte».[58]

La ofensiva radical, por tanto, no representaba una ofensiva capitalista aunada contra el sistema de plantación. Era una combinación de obreros, industriales e intereses relacionados con los ferrocarriles, en su momento de mayor pujanza. Cabe, con todo, estimarla producto del capitalismo emprendedor, incluso progresista; se atrajo las principales fuerzas creadoras (y filisteas) que, más tarde, Veblen ponderaría en la sociedad norteamericana, y repelió las que aquél denigraría: los financieros esnobs que ganaban dinero, no actuando, sino vendiendo. En Thaddeus Stevens y sus asociados, la tal combinación halló guía política experta y suficiente inteligencia menor para trazar una estrategia general. Los radicales proporcionaban una explicación de adónde se estaba dirigiendo la sociedad y de cómo se podía sacar partido de esa encaminadura. Para ellos, la Guerra Civil era una revolución, cuando menos potencialmente. La victoria militar y el asesinato de Lincoln, que acogieron con alegría apenas disimulada, les depararon una oportunidad, aunque por breve tiempo, para intentar transformarla en una revolución real.

De nuevo Thaddeus Stevens aportó el análisis, así como el liderato político cotidiano. Su estrategia, esencialmente, consistía en controlar la maquinaria del gobierno federal en beneficio de los grupos de que era

portavoz. Era necesario para ello cambiar la sociedad del Sur, no fuese que el antiguo tipo de liderato plantador volviera al Congreso y frustrara la maniobra. De esa necesidad dimanó todo el impulso revolucionario, escaso, que existió en la generalidad del conflicto. Stevens poseía suficiente intuición sociológica para ver dónde estaba el problema y buscarle un remedio posible, a la vez que bastante ánimo para intentar aplicarlo.

En sus discursos de 1865, Stevens presentó al Congreso y a la opinión pública en general un análisis pasmosamente coherente, acompañado de un programa de acción. Debía tratarse al Sur como un pueblo conquistado, y no como un conjunto de Estados que por una cosa o por otra habían abandonado la Unión y que ahora convenía readmitir en su seno con los brazos abiertos. «Los cimientos de sus instituciones, políticas, municipales y sociales, *deben* ser desmontados y *rehechos*, de lo contrario toda nuestra sangre y caudales han sido despendidos en vano. Ello sólo puede lograrse tratándolos y considerándolos como un pueblo conquistado».[59] No debería readmitírseles, afirmaba, «hasta que la Constitución haya sido enmendada en orden a hacer de ella lo que sus forjadores se proponían; y en orden a asegurar perpetuo ascendiente al partido de la Unión», es decir los republicanos.[60]

Los Estados del Sur, de no ser «reconstruidos» —gráfico eufemismo para la revolución desde arriba que ha pasado del uso contemporáneo a los hechos a todas les relaciones históricas subsiguientes—, era muy posible que terminasen por arrollar al Norte,

alertaba Stevens por lo claro, de modo que el Sur vendría a ganar la paz después de haber perdido la guerra.[61]

Se seguía de esas consideraciones un programa definido para reconstruir la sociedad del Sur de arriba abajo. Stevens quería quebrantar el poderío de los dueños de plantaciones confiscando las haciendas de más de doscientos acres, «aun cuando ello empujara a la nobleza (los plantadores sureños) al exilio». De ese modo, argüía alegando estadísticas, el gobierno federal dispondría de suficiente tierra para dar a cada familia negra unos cuarenta acres.[62] «Cuarenta acres y una mula» se convirtió a la sazón en una matraca para desacreditar las esperanzas supuestamente utópicas de los recién emancipados negros. Pero ni los republicanos radicales ni Stevens eran meros utopistas. La exigencia de una profunda reforma agraria reflejaba la visión realista de que ninguna otra cosa quebrantaría la prepotencia de los plantadores. Éstos se habían puesto ya a reconquistar la sustancia de su antiguo poder por distintos medios, lo cual estaba a su alcance porque los negros eran nulos económicamente. Todo ello, lo veían con bastante claridad los radicales, cuando menos algunos de ellos. Y existen indicios de que el dividir las plantaciones para dar a los negros pequeñas granjas era algo factible. En 1864 y 1865, las autoridades militares norteñas hicieron dos experimentos en ese sentido a fin de remediar el embarazoso problema de miles de negros indigentes. Entregaron tierras confiscadas y abandonadas a más de cuarenta mil negros, que parecen haberlas cultivado con buen éxito como pequeños granjeros hasta que el presidente Johnson

devolvió las haciendas a sus antiguos propietarios blancos.[63] La experiencia de la esclavitud, sin embargo, poco podía haber preparado a los negros para dirigir sus propios negocios como pequeños capitalistas rurales. Stevens era consciente de ello, y asimismo de que los negros aún necesitarían durante largo tiempo la superintendencia de sus amigos en el Congreso. Comprendía, además, que, sin un mínimo de seguridad económica y de derechos políticos, entre ellos el de voto, poco podrían hacer ni por sus propios intereses ni por los del Norte.[64]

En suma: la versión radical de la reconstrucción estribaba en utilizar la potencia militar del Norte para destruir la aristocracia de plantación y crear un facsímile de democracia capitalista asegurando propiedad y derechos electorales a los negros. A la luz de las condiciones imperantes entonces en el Sur, era realmente revolucionaria. Un siglo después, el movimiento de derechos civiles para los negros no pretende más, de hecho pretende menos, por cuanto deja a un lado lo económico. Si el anticiparse a la época en que se vive es revolucionario, Stevens lo era. Los propios simpatizantes del Norte confesaban su estupor. Horace Greeley, editor del *New York Tribune*, simpatizante de antiguo con la causa abolicionista, escribió en respuesta al discurso pronunciado por Stevens el 6 de septiembre de 1865: «... protestamos contra toda agresión a la propiedad sureña... porque la clase más acaudalada de habitantes del Sur, siendo más instruidos y humanos que los ignorantes y vulgares, son menos enemigos de los negros».[65] Las aprensiones de Greeley anunciaban

lo que iba a suceder cuando los sectores acaudalados del Norte y del Sur enterrarían sus diferencias y, por otro compromiso famoso, dejarían que los negros se las compusieran como pudiesen con su libertad.

No es, por tanto, sorprendente que la derrota de los radicales, o más precisamente de lo que era radical en su programa, adviniese pronto, tan pronto como tropezaron con los intereses de propiedad norteños. Los radicales no pudieron introducir en los derechos de reconstrucción de 1867 la confiscación forzosa, rechazada por los republicanos más moderados. En la Cámara, el proyecto de ley de los «40 acres» de Stevens obtuvo sólo treinta y siete votos.[66] Los sectores privilegiados del Norte no estaban en modo alguno dispuestos a tolerar un ataque declarado contra la propiedad, ni siquiera contra la de «rebeldes», ni siquiera en nombre de la democracia capitalista. La *Nación* advirtió que «un reparto de las tierras de los ricos entre los desheredados... daría una mazada a todo nuestro sistema político y social de la que difícilmente se recobraría sin pérdida de la libertad». El fracaso de la reforma agraria significaba una derrota decisiva, extirpaba el corazón mismo del programa radical. Sin la reforma agraria, el resto del programa no podía ir más allá de paliativos o irritantes, según el punto de vista que se adopte. Quizá sea una exageración, no obstante, decir que tal fracaso despejó el camino para la supremacía definitiva de los terratenientes blancos del Sur y otros intereses propietarios.[67] Los radicales, en hecho de verdad, nunca habían llegado a obstruir el camino. Su fracaso en aquel momento reveló los límí-

tes que imponía la sociedad norteamericana al impulso revolucionario.

Abortada la confiscación y redistribución de la tierra, el sistema de plantación volvió sobre sí mediante un nuevo sistema de mano de obra. Al principio hubo algunas tentativas a base de mano de obra asalariada, que fracasaron, en buena parte porque los negros propendían a cobrar sus salarios durante los meses de inactividad y largarse después, cuando el algodón tenía que ser recogido. De ahí que se virara hacia la aparcería, que daba a los plantadores mayor control sobre su mano de obra. El cambio era significativo. Como se verá a su debido tiempo, la aparcería ha constituido en muchas partes de Asia un medio de extraer un excedente de los campesinos más por métodos económicos que políticos, aunque los últimos sean a menudo necesarios para reforzar a los primeros. Es notable, por tanto, ver aparecer formas fundamentalmente similares en Norteamérica, sin previa existencia de campesinado.

Lo que dio un sesgo peculiar a la situación norteamericana fue el comerciante rural, por más que también se han desarrollado artificios semejantes en China y otras partes. El comerciante rural solía ser el propio gran plantador. Anticipando géneros al llevador y al aparcero, con recargos muy elevados sobre los precios al detalle ordinarios, mantenía bajo su control a la mano de obra. Aquéllos no podían comprar en otros almacenes, puesto que en ningún otro tenían crédito y por lo regular andaban cortos de dinero.[68] De ese modo, los vínculos económicos reemplazaban

a los de esclavitud. Si el cambio significaba alguna mejora real, es muy difícil decirlo. Pero sería un error suponer que los propietarios de plantaciones prosperaron grandemente con el nuevo sistema. El efecto principal de éste parece haber sido intensificar aún más en el Sur la economía de monocultivo, por cuanto el banquero presionaba al plantador, y el plantador presionaba al aparcero a cultivar aquello que podía convertirse rápidamente en dinero.[69]

El restablecimiento político avanzó a la par con el económico; más que una simple relación de causa a efecto, existía entre ambos un mutuo reforzarse. No procede aquí historiar las idas y venidas políticas de los que sucedieron en el Sur a los grupos dirigentes de la anteguerra en pos de influencia política, pero vale la pena señalar que, entre los *scalawags* —colaboracionistas, se les llamaría hoy quizá—, figuraban numerosos plantadores, comerciantes e incluso capitanes de industria.[70] Una hartura de violencia, deplorada tal vez por los mejores, aunque al respecto sea de rigor el escepticismo, ayudó a poner a los negros «en su sitio» y restaurar así cumplidamente la supremacía blanca.[71] Los intereses industriales y ferroviarios, entre tanto, iban cobrando más y más influencia en los negocios del Sur.[72] En una palabra: también en el Sur, al igual que en el Norte, la gente gorda moderada estaba recuperando poder, autoridad e influencia. Se estaba preparando la escena para una alianza entre ambos sectores que deshiciese las antiguas líneas de batalla. Dicha alianza fue consumada formalmente en 1876, cuando la disputada pugna electoral Hayes-Tilden se resolvió

dando el poder al republicano Hayes a cambio de que se eliminasen los residuos del régimen ocupacional nordista. Ante la carga de los agrarios radicales en el Oeste y de los obreros radicales en el Este, el partido norteño de la riqueza, la propiedad y los privilegios se decidió a dejar definitivamente de lado toda ostensión de un defender los derechos de las desheredadas y oprimidas masas negras.[73] Puesto que los *Junker* del Sur no eran ya propietarios de esclavos y habían adquirido cierto barniz de hombres de negocios urbanos, y, por otro lado, los capitalistas del Norte debían hacer frente a agitaciones radicales, la clásica coalición conservadora resultaba posible. Tal fue el Termidor que vino a liquidar la «Segunda Revolución Americana».

5. EL SIGNIFICADO DE LA GUERRA CIVIL

¿Qué es una revolución? No, por cierto, en el sentido de un levantamiento popular contra opresores. Determinar el significado de la Guerra Civil, asignarle el lugar que le corresponda en una historia que aún está haciéndose, es tan difícil como dar cuenta de sus causas y su desarrollo. Uno de los sentidos de la revolución es la destrucción violenta de instituciones políticas que permite a la sociedad en que se ha producido tomar un nuevo curso. Tras la Guerra Civil, el capitalismo industrial norteamericano avanzó a pasos agigantados. En eso, sin duda, pensaba Charles Beard cuando acuñó su fórmula famosa: «la Segunda Revolución Americana». Sin embargo, ¿fue realmente el ímpetu del crecimiento

capitalista industrial una consecuencia de la Guerra Civil? ¿Y qué decir de su contribución a la libertad humana, que todos, excepto los más conservadores, asocian con la palabra revolución? La historia de la Décimocuarta Enmienda, que prohibió a los Estados privar a cualquier persona de vida, libertad o propiedad, compendia la ambigüedad del último extremo. Como sabe toda persona instruida, la Décimocuarta Enmienda ha protegido muy poco a los negros y muchísimo a las sociedades anónimas. La tesis de Beard de que tal fue el designio original de los que la redactaron ha sido impugnada por algunos.[74] Que lo fuese o no, me parece trivial. Las consecuencias no ofrecen dudas. En último término, la valoración de la Guerra Civil depende de cómo se valoren la libertad en la sociedad norteamericana moderna y la conexión entre las instituciones del capitalismo avanzado y la Guerra Civil. Para debatir a fondo esos puntos, apenas bastaría un libro entero como éste. Aquí voy a limitarme a esbozar algunas de las consideraciones más importantes.

Acompañaron y siguieron la victoria ciertos cambios políticos de gran alcance. Pueden resumirse diciendo que el gobierno federal quedó convertido en una serie de murallas alrededor de la propiedad, así como en un agente de la sentencia bíblica: «A quien tiene, se le dará». La primera de las murallas fue la salvaguardia de la propia Unión, lo cual, al irse poblando el Oeste después de la Guerra, vino a significar uno de los más dilatados mercados interiores del mundo; también un mercado protegido por el arancel más alto hasta la fecha en la historia de la nación.[75] La propie-

dad, en virtud de la Décimocuarta Enmienda, recibió protección de los gobiernos estatales con malas inclinaciones. También la circulación monetaria fue asentada sobre sólidos cimientos mediante el sistema bancario nacional y la reanudación del pago en metálico. Si tales medidas hirieron a los granjeros del Oeste tanto como se había venido suponiendo, se pone hoy en duda; hay indicios de que se desenvolvieron bastante bien lo mismo durante la guerra que en los años subsiguientes.[76] En todo caso, recibieron alguna compensación con la apertura de los dominios públicos en el Oeste (*Homestead Act* de 1862), si bien es precisamente a ese respecto que el gobierno federal merece el calificativo de agente de la recién citada sentencia bíblica. Las compañías de ferrocarriles recibieron concesiones fabulosas, y la adjudicación de dominios públicos creó también la base de grandes fortunas madereras y mineras. Finalmente, en concepto de compensación a la industria, que tal vez perdería obreros con el desarrollo del Oeste, el gobierno federal mantuvo abiertas las puertas a la inmigración (*Immigration Acts* de 1864). Como observa Beard, Todo lo que dos generaciones de Federalistas y *Whigs* habían intentado conseguir, y todavía más, se ganó en el espacio de cuatro breves años».[77] «Cuatro breves años», ciertamente, es una exageración retórica; algunas de las medidas mencionadas fueron también propias de la Reconstrucción (1865-1876), y la readopción del pago en metálico no se produjo hasta 1879. Pero da lo mismo: la Reconstrucción, en definitiva, no fue más que una parte del conflicto total. Si se mira hacia atrás y se

compara lo llevado a cabo con el programa plantador de 1860: sanción federal del esclavismo, nada de aranceles proteccionistas elevados, nada de subvenciones ni de dispendiosas mejoras internas que recargarían los impuestos, ningún sistema monetario y bancario nacional,[78] entonces la tesis de una victoria del capitalismo industrial sobre las cadenas de la economía de plantación, victoria que requirió hierro y sangre, parece en verdad muy convincente.

La reflexión puede hacer que buena parte de ese convencimiento se evapore. Merece la pena notar que la actitud del propio Beard es bastante ambigua. Tras extenderse sobre las victorias del capitalismo norteño arriba resumidas, observa: «Los principales resultados económicos de la Segunda Revolución Americana indicados hasta aquí se habrían también conseguido aunque no hubiese tenido lugar un conflicto armado...».[79] Téngase en cuenta, sin embargo, que los puntos de vista de Beard no son cuestionables sino por el mismo hecho de que los escritos innovadores de todo historiador puntero sacan a luz cuestiones antes ignoradas. Contra la tesis de que la Guerra Civil fue una victoria revolucionaria de la democracia capitalista industrial, e indispensable para tal victoria, cabe aducir tres argumentos íntimamente interrelacionados. El primero, que no existe ninguna conexión real entre la Guerra Civil y la subsiguiente victoria del capitalismo industrial; abogar por ella sería incurrir en un sofisma del tipo de *post hoc, ergo propter hoc*. En segundo lugar, que los cambios ya iban produciéndose espontáneamente por los procesos ordinarios del crecimiento

económico sin necesidad de que los desencadenara una guerra civil.[80] Por último, a base de los indicios debatidos bastante detenidamente al principio de este capítulo, se podría argüir que las economías del Norte y el Sur no se hallaban de verdad enfrentadas en una competencia a muerte: o eran complementarias o, en el peor de los casos, si no estaban enlazadas una con otra, se debía tan sólo a circunstancias fortuitas, tales como el hecho de que el Sur vendía la mayor parte de su algodón a Inglaterra.

Para refutar categóricamente tales argumentos, sería preciso demostrar que la sociedad sureña, dominada por la plantación, constituía un obstáculo formidable para el establecimiento de la democracia capitalista industrial. Todo parece indicar que el esclavismo de plantación era, en efecto, un obstáculo para la democracia, por lo menos para un concepto de la democracia inclusivo de los objetivos de igualdad humana —siquiera sea en la forma limitada de igualdad de oportunidades— y libertad humana. Pero los datos de que se dispone no establecen en absoluto que el esclavismo de plantación fuese un obstáculo para el capitalismo industrial en sí mismo. Y la perspectiva comparativa muestra a las claras que el capitalismo industrial puede desarrollarse en sociedades que no profesen aquellos objetivos democráticos o, para ser algo más cautos, donde tales objetivos no representen más que una corriente secundaria. Alemania y el Japón de antes de 1945 ejemplifican por antonomasia esa tesis.

Una vez más el curso de la investigación nos lleva a discrepancias e incompatibilidades políticas entre

dos tipos diferentes de civilizaciones: la del Sur, por un lado, y la del Norte y el Oeste, por otro. Los sistemas agrícolas que oprimen a la mano de obra, y en particular el esclavismo de plantación, son obstáculos políticos para una *clase particular* de capitalismo, en un estadio histórico específico: a falta de un término más preciso, tenemos que llamarle capitalismo democrático competitivo. El esclavismo constituía una amenaza y un obstáculo para una sociedad que, en rigor, era la heredera de las revoluciones Puritana, Americana y Francesa. La sociedad sureña estaba firmemente asentada sobre la calidad hereditaria como base de valoración humana. Junto con el Oeste, el Norte, contrariamente, aunque en pleno proceso de cambio, se fundaba en el concepto de igualdad de oportunidades. En ambos casos, los ideales reflejaban ordenaciones económicas que les conferían mucho de su atractivo y fuerza. Dentro de la misma unidad política, a mi modo de ver, era de suyo imposible establecer instituciones políticas y sociales que satisficieran a una y otra parte. Si la separación geográfica hubiese sido mucho mayor, si el Sur, por ejemplo, hubiese sido una colonia, entonces, con toda probabilidad, el problema habría sido relativamente fácil de resolver —a expensas del negro.

Que la victoria del Norte, a pesar de todas sus consecuencias ambiguas, representó una victoria política para la libertad a vista de lo que habría implicado una victoria del Sur, parece tan obvio, que excusa un comentario extenso. Basta con considerar lo que habría sucedido si el sistema de plantación sureño hubiese podido establecerse en el Oeste a mediados del siglo XIX

y rodear al Nordeste. Entonces los Estados Unidos se habrían hallado en la situación de ciertos países que están modernizándose al presente, con una economía latifundista, una aristocracia antidemocrática dominante, y una clase comercial e industrial débil y subordinada, ni capaz ni deseosa de promover la democracia política. Tal era, a grandes rasgos, la situación de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, sólo que su agricultura estaba menos comercializada. Habrían sido entonces mucho más probables que una democracia firmemente arraigada —pese a todas sus limitaciones y deficiencias— o una explosión radical, del tipo que fuere, o un período prolongado de dictadura semirreaccionaria.

Acabar con el esclavismo fue un paso decisivo, un hecho no menos importante que la aniquilación de la monarquía absoluta en la Guerra Civil Inglesa y la Revolución Francesa, un preliminar esencial para futuros adelantos. Como en aquellas sacudidas violentas, los mayores logros de la Guerra Civil Americana fueron políticos, en el sentido más amplio del término. Generaciones posteriores iban a esforzarse por insuflar un contenido económico en el esqueleto político, por elevar el nivel del pueblo hacia cierta conciencia de la dignidad humana poniendo en sus manos los medios materiales para determinar su propio destino. No otra cosa se han propuesto las revoluciones llevadas a cabo más tarde en Rusia y la China, aunque hasta la fecha los medios hayan borrado y torcido en gran manera los fines. Es en ese contexto, a mi entender, que conviene ubicar la Guerra Civil Americana si se quiere evaluarla correctamente.

El que el gobierno federal se negara a sancionar el esclavismo no fue cosa baladí. Es fácil imaginarse con qué dificultades habría tropezado la clase obrera organizada, por ejemplo en sus esfuerzos para conseguir aceptación legal y política, de no haber sido franqueada aquella barrera. Si los movimientos consecutivos a la Guerra Civil para ensanchar los límites y el significado de la libertad han venido chocando con obstáculos ya desde su mismo final, ello se ha debido en gran parte al carácter incompleto de la victoria alcanzada en 1865 y a las subsiguientes tendencias hacia una coalición conservadora entre los intereses propietarios del Norte y el Sur. Tal manquedad quedó empotrada en la estructura del capitalismo industrial. Con nuevas trazas, más puramente económicas, volvió al Sur mucha de la antigua represión, al paso que en el resto de los Estados Unidos iban apareciendo formas represivas nuevas a medida que el capitalismo industrial crecía y se afianzaba. Si el gobierno federal se desinteresó de que subsistieran las leyes de esclavos fugitivos, es que o bien asentía o bien servía de instrumento a la represión.

Por lo que respecta a los negros, el gobierno federal no ha empezado a cambiar de actitud hasta tiempos bastantes recientes. Cuando se escriben estas líneas, los Estados Unidos se hallan inmersos en un encarnizado conflicto acerca de los derechos civiles de los negros, conflicto que probablemente alternará flujos y reflujos en los años venideros. Implica mucho más que la cuestión de los negros. Debido a las peculiaridades de la historia norteamericana, el núcleo de la clase más

baja del país está formado por personas cuya piel es negra. En su calidad de único gran sector de la sociedad norteamericana con descontentos activos, los negros constituyen en el presente casi el único campo potencial de reclutamiento para las tentativas de cambiar el carácter de la democracia capitalista más poderosa del mundo. Si este potencial se traducirá en algo palpable, si se astillará y evaporará o, por el contrario, se combinará con otros grupos descontentos para llegar a resultados significativos, ése ya es otro cantar.

En el fondo, la lucha de los negros y sus aliados blancos pone a prueba la capacidad de la democracia capitalista contemporánea para vivir de acuerdo con los nobles principios que profesa, algo que ninguna sociedad ha realizado hasta hoy. Estamos aquí ante la ambigüedad fundamental en la valoración e interpretación de la Guerra Civil. Una ambigüedad recurrente a lo largo de la Historia. No es mera coincidencia que dos conspicuos adalides de sociedades libres, separados por un intervalo de más de dos mil años, hayan optado ambos por expresar sus ideales en discursos conmemorativos de quienes encontraron la muerte defendiéndolos. Para el historiador crítico, lo mismo Pericles que Lincoln aparecen como figuras ambiguas cuando confronta lo que hicieron y lo que acaeció con lo que decían y, con toda probabilidad, esperaban. La lucha por lo que expresaron no ha terminado todavía, y no llegará a su fin hasta que la raza humana cese de habitar la tierra. Quien observa más y más de cerca y profundamente las ambigüedades de la Historia para tratar de esclarecerlas, acaba hallándolas en sí mismo y

en su prójimo como en los supuestamente mu
chos históricos. Quiérase o no, estamos dentr
jo y reflujo de tales acontecimientos, y desempeñamos
un papel, no importa cuán pequeño e insignificante individualmente, en aquello que el pasado llegará a significar para el futuro.

baja del país está formado por personas cuya piel es negra. En su calidad de único gran sector de la sociedad norteamericana con descontentos activos, los negros constituyen en el presente casi el único campo potencial de reclutamiento para las tentativas de cambiar el carácter de la democracia capitalista más poderosa del mundo. Si este potencial se traducirá en algo palpable, si se astillará y evaporará o, por el contrario, se combinará con otros grupos descontentos para llegar a resultados significativos, ése ya es otro cantar.

En el fondo, la lucha de los negros y sus aliados blancos pone a prueba la capacidad de la democracia capitalista contemporánea para vivir de acuerdo con los nobles principios que profesa, algo que ninguna sociedad ha realizado hasta hoy. Estamos aquí ante la ambigüedad fundamental en la valoración e interpretación de la Guerra Civil. Una ambigüedad recurrente a lo largo de la Historia. No es mera coincidencia que dos conspicuos adalides de sociedades libres, separados por un intervalo de más de dos mil años, hayan optado ambos por expresar sus ideales en discursos conmemorativos de quienes encontraron la muerte defendiéndolos. Para el historiador critico, lo mismo Pericles que Lincoln aparecen como figuras ambiguas cuando confronta lo que hicieron y lo que acaeció con lo que decían y, con toda probabilidad, esperaban. La lucha por lo que expresaron no ha terminado todavía, y no llegará a su fin hasta que la raza humana cese de habitar la tierra. Quien observa más y más de cerca y profundamente las ambigüedades de la Historia para tratar de esclarecerlas, acaba hallándolas en sí mismo y

en su prójimo como en los supuestamente muertos hechos históricos. Quiérase o no, estamos dentro del flujo y reflujo de tales acontecimientos, y desempeñamos un papel, no importa cuán pequeño e insignificante individualmente, en aquello que el pasado llegará a significar para el futuro.

SEGUNDA PARTE

TRES RUTAS HACIA EL MUNDO MODERNO EN ASIA

NOTA PRELIMINAR

PROBLEMÁTICA DE LA COMPARACIÓN ENTRE PROCESOS POLÍTICOS EUROPEOS Y ASIÁTICOS

En un pasado aún próximo, muchos teóricos inteligentes creyeron que había un solo gran camino hacia el mundo de la sociedad industrial moderna: el que llevaba al capitalismo y la democracia política. La experiencia de los últimos cincuenta años lo ha desmentido, aunque todavía subsisten considerables vestigios de una concepción unilineal, no tan sólo en la teoría marxista, sino asimismo en algunos escritos occidentales sobre el desarrollo económico. La democracia occidental no es más que un resultado, producto de circunstancias históricas específicas. Las revoluciones y guerras civiles objeto de nuestra atención en los tres capítulos precedentes fueron parte importante del proceso que condujo a la democracia liberal. Existieron, según hemos visto, marcadas divergencias dentro de la línea general de desarrollo que llevó a la democracia capitalista en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Pero hay disparidades mucho mayores que las que existen dentro de la familia democrática. La histo-

ria alemana revela un tipo de desarrollo que culmina en el fascismo, la historia rusa un tercer tipo aún. La posibilidad de una convergencia final de las tres formas no es excluible de buenas a primeras; hay, ciertamente, algunos aspectos en que todas las sociedades industriales se asemejan unas con otras y difieren de las sociedades agrarias. Sin embargo, si tomamos la séptima década del siglo xx como nuestro punto de mira —teniendo siempre en cuenta, claro está, que al igual que toda atalaya histórica, es arbitrariamente impuesta—, sale a luz la verdad parcial de que la modernización no democrática, incluso antidemocrática, es también operativa.

Por razones que se harán más claras en los capítulos siguientes, acaso tal afirmación sea menos cierta por lo que se refiere a las formas de modernización que culminan en el fascismo que para las del comunismo. Aquí, por de pronto, no nos interesa determinarlo. Lo que está fuera de toda duda es que, por medios muy distintos, tanto Alemania como Rusia lograron convertirse en poderosos Estados industriales. Bajo la dirección de Prusia, Alemania consiguió llevar a cabo una revolución industrial desde arriba en el siglo xix. Cuanto impulso existía hacia una revolución burguesa —y el realmente revolucionario no era burgués— se agotó en 1848. Los rasgos esenciales del sistema social preindustrial quedaron intactos incluso tras la derrota de 1918. El resultado final, si no inevitable, fue el fascismo. En Rusia, el impulso hacia la modernización fue mucho menos eficaz antes de 1914. Como es bien sabido, una revolución cuya principal fuerza destructiva procedía de los campesinos destruyó en ella a las antiguas clases dirigentes, todavía en 1917 principalmente agrarias, para abrir paso a la versión comunista de una revolución industrial desde arriba.

Aduzco todos esos hechos consabidos para poner de manifiesto que palabras tales como democracia, fascismo y comunismo (y también dictadura, totalitarismo, feudalismo, burocracia) aparecieron en el contexto de la historia europea. ¿Pueden aplicarse a las instituciones políticas asiáticas sin retorcerlas disparatadamente? No es necesario aquí pronunciarse sobre la cuestión general de si es o no posible transferir los términos históricos de un contexto y país a otros; sólo notar que, sin cierto grado de transferibilidad, la exposición histórica degenera en una fútil descripción de episodios inconexos. Tales cuestiones son estériles e insolubles en un plano estrictamente filosófico: sólo traen enfadosos juegos de palabras, sustitutivos del esfuerzo por ver lo que ha pasado realmente. Pero me parece obvio que existen criterios objetivos para distinguir entre las semejanzas históricas superficiales y las significativas; a ese respecto, quizá será oportuno un breve comentario.

Semejanzas superficiales y accidentales son las no relacionadas con otros hechos importantes o las que llevan a un concepto erróneo de la situación real. Un autor que pusiera de relieve, por ejemplo, las similitudes entre los estilos políticos del general De Gaulle y Luis XIV —digamos su imposición puntillosa de la etiqueta de deferencia— sacaría a luz trivialidades engañosas si pretendiese hacer de ello algo más que una

chanza. Las diferentes bases sociales de su poder, las diferencias entre la sociedad francesa del siglo XVII y la del XX, pesan mucho más que semejanzas superficiales como las anteriores.* Si advertimos, en cambio, que lo mismo en Alemania que en el Japón se dieron antes de 1945 toda una serie de prácticas institucionales relacionadas causalmente cuya estructura y orígenes eran semejantes, hay motivo para designar en ambos casos tal unidad compleja con el nombre de fascismo. Igualmente por lo que respecta a la democracia y el comunismo. Debe establecerse la naturaleza de las conexiones por una investigación empírica. Es muy probable que los rasgos esenciales que permiten hablar de comunismo, fascismo y democracia parlamentaria sean por sí solos insuficientes para dar una explicación adecuada de las principales características políticas de la China, el Japón y la India. Puede que cadenas específicas de la causación histórica hayan de soportar una parte sustancial de la carga explicatoria. Tal ha sido el caso al estudiar las sociedades occidentales; no hay ninguna razón para pensar que en Asia será distinto.

* Si fuese posible demostrar que las semejanzas entre De Gaulle y Luis XIV son, en realidad, síntomas y consecuencias de una conexión más profunda y significativa, ya no serían superficiales. No se puede excluir de antemano la posibilidad de tales descubrimientos. Los *lapsus linguae* habían parecido triviales hasta que Freud descubrió su conexión con serios problemas humanos. Una vez más es necesario insistir en que tales cuestiones sólo pueden resolverse estudiando los hechos.

IV

LA DECADENCIA DE LA CHINA IMPERIAL Y LOS ORÍGENES DE LA VARIANTE COMUNISTA

1. LAS CLASES ALTAS Y EL SISTEMA IMPERIAL

Hace tiempo, muchísimo tiempo, existió en la China una escuela de filósofos que postulaba una «rectificación de los nombres». Creían, por lo visto, que el principio de la sabiduría política y social estriba en llamar a las cosas por sus nombres adecuados. Quienes estudian hoy la China están empeñados en una tarea similar; los nombres que barajan son palabras como «*gentry*», «feudalismo» y «burocracia». La decisiva cuestión subyacente a tal debate terminológico ha de ser el punto de partida de nuestro examen: ¿cómo estaban ligadas las clases altas con la tierra en aquella sociedad donde la aplastante mayoría eran labradores? ¿Descansaban su poder y autoridad en última instancia sobre el control de bienes raíces o fue eso un resultado de su casi monopolio de los puestos burocráticos? Si uno y otro hecho se combinaron, ¿de qué naturaleza fue la combinación? Puesto que el debate lleva consigo una considerable carga de implicaciones políticas contemporáneas, conviene empezar por ponerlas al descubierto, a fin de intentar despejar el camino hacia

una comprensión justa de la manera como la sociedad china imperial funcionaba realmente.

Algunos estudiosos occidentales encarecen el carácter burocrático del Imperio chino y desvaloran el nexo entre la burocracia imperial y la propiedad del suelo. Tal interpretación obedece al doble propósito de dar razones para criticar, por un lado, la tesis marxista de que el poder político deriva del económico y, por otro, a los Estados comunistas modernos como una regresión a una supuesta forma de despotismo oriental.[1] Los marxistas, y especialmente los comunistas chinos, tratan, en cambio, la era imperial, e incluso el período Kuomintang como una forma de feudalismo, en el sentido de una sociedad en que la mayor parte de la tierra pertenece a señores rurales cuyos principales ingresos derivan de rentas.[2] Desvalorando el carácter burocrático, los marxistas velan incómodas semejanzas con sus propias prácticas. El concepto de feudalismo es quizás una caracterización aún menos válida que el de burocracia. En la China imperial, no hubo ningún sistema de vasallaje, y sólo muy limitadas concesiones de tierra a cambio de servicios militares. Sin embargo, el énfasis marxista en la importancia del colonato está por entero justificado, como veremos. En suma: a mi parecer, los estudiosos occidentales se esfuerzan desesperadamente por negar la conexión entre posesión de la tierra y oficio político, mientras que los marxistas pugnan no menos desesperadamente por establecerla.

¿Cuál *fue*, pues, la conexión? ¿Cuáles fueron las características decisivas de la sociedad china durante

la última gran dinastía, los manchúes (1644-1911)? ¿Cómo comunicaron esos rasgos estructurales una dirección al desarrollo ulterior de la China que ha culminado a mediados del siglo xx en la victoria comunista? ¿Qué características de las altas clases rurales chinas ayudan a explicar la ausencia de todo impulso poderoso hacia la democracia parlamentaria cuando el sistema imperial se vino abajo?

Resaltan algunos puntos elementales sobre los que hay amplio acuerdo y que nos permitirán determinar algunas marcaciones preliminares. Ante todo que, mucho antes de que se iniciase nuestra historia, la organización estatal china había ya eliminado el problema de una aristocracia rural turbulenta. Los estadios por los que vino a producirse aquella enorme transformación no nos interesan aquí, excepto mencionar que desempeñó un papel en tal proceso el famoso sistema de exámenes, que ayudó al emperador a reclutar una burocracia con que combatir a la aristocracia. El sistema de exámenes estuvo durante la dinastía T'ang, que se extinguió en el año 907 d. J.C. Al sucederle la dinastía Sung, no quedaba ya mucho de la antigua aristocracia.[3] Si ésa fue o no feudal, si el estadio primitivo de la sociedad china antes de su primera unificación bajo la dinastía Ch'in durante el siglo III a. de J.C. merece o no el calificativo de feudal, son cuestiones que perfectamente podemos dejar aquí de lado.[4]

Es preciso, por otra parte, prestar cuidadosa atención al problema de si durante la era manchú, o dinastía Ch'ing, como es conocida generalmente entre los sinólogos, siguió o no existiendo una aristocracia ru-

ral tras una fachada de centralización administrativa. Creo que todos los estudiosos convienen en la existencia de una clase de ricos propietarios rurales; los problemas surgen cuando se trata de dónde trazar exactamente la divisoria entre los opulentos y los meramente acomodados. Existe asimismo amplio acuerdo sobre la existencia de una clase de oficiales y eruditos, con los correspondientes problemas en cuanto al trazado de una divisoria dentro del grupo, aunque era muy marcada la que mediaba entre quienes tenían un barniz de cultura académica y quienes no lo tenían. Se da aun acuerdo en torno al punto de que los dos grupos estaban imbricados, pero no eran del todo idénticos. Habían, por lo menos, los terratenientes medianamente ricos que no tenían ningún grado académico y los graduados que no tenían ninguna tierra. La medida exacta de imbricación es incierta.[5]

Quedarse en tales unanimidades, con todo, sería omitir lo esencial. Aun cuando contásemos con datos sobre la proporción exacta de los individuos que pertenecían a ambos grupos, es decir los que eran a la vez terratenientes y oficiales o eruditos, no sabríamos tampoco demasiado. Ningún fisiólogo se daría por satisfecho con la información de qué porcentaje del cuerpo humano es hueso y qué porcentaje es músculo. Lo que quiere saber es cómo cooperan osamenta y musculatura en los procesos orgánicos. Idéntica clase de conocimiento se requiere para comprender la conexión entre poseer tierra, tener grado y ejercer oficio político en la China.

El mecanismo que lo engranaba todo era la familia, o más precisamente el linaje patrilineal. En las

áreas de agricultura más productiva, sobre todo en el Sur, el linaje era más amplio, y se le conoce como clan. La familia, en cuanto mecanismo social, funcionaba de la siguiente manera. Las fortunas adquiridas mediante el servicio imperial se invertían en terrenos, una práctica que ha subsistido hasta tiempos recientes. El individuo acumulaba propiedad en beneficio del linaje. Toda familia con pretensiones aristocráticas, a su vez, debía hacerlas buenas contando con un graduado o un futuro graduado, al que sostenía con la esperanza bastante justificada de que alcanzaría un puesto oficial y lo usaría para incrementar los bienes materiales de la familia. Por medio del puesto imperial, el erudito restablecía o extendía la forma de la familia y mantenía el estado del linaje, cerrando así el círculo. El clan funcionaba de la misma manera, sino que, como grupo más amplio, incluía una proporción considerable de simples campesinos. Aunque en teoría la dignidad de oficial estaba abierta al campesino más humilde con talento y ambición, la inexistencia de un sistema general de educación popular obligaba de ordinario a que el estudiante contase con el sostén de una familia acaudalada para los largos años de arduo estudio. A veces las familias acaudaladas cuyos vástagos carecían de dotes académicas tomaban a su cargo a un muchacho talentoso de extracción baja. El nexo entre oficio y riqueza a través del linaje era, pues, uno de los rasgos más importantes de la sociedad china. De ahí que esté justificado el denominar *gentry* a tal clase superior de oficiales-eruditos y terratenientes.[6] Hay aún otros aspectos significativos de la conexión entre los dos gru-

pos, que aparecerán si los examinamos más de cerca por separado.

Podemos empezar por el terrateniente, sin presuponer por ello que tuviera un papel más importante que el oficial. La primera cuestión que se nos plantea es la de cómo se las arreglaba para conseguir que los campesinos trabajaran para él, pues sabemos que no disponía de compulsiones feudales. Pese a la falta de detalles —se trata de una materia todavía por investigar a fondo—, la respuesta general no es dudosa: por convenios arrendaticios que no diferían en ningún aspecto esencial de los propios del capitalismo moderno. Con algunas variaciones regionales, consistían básicamente en una forma de aparcería complementada con mano de obra contratada, cuando menos a principios del siglo XIX.[7] El propietario, sin duda más preeminente en unas zonas que en otras, aportaba la tierra, y los campesinos el trabajo. La cosecha se dividía entre las dos partes. El hecho de que el propietario difícilmente podía producir tierra en la misma medida que el campesino trabajo nos da ya una buena pista acerca de los servicios prestados por la burocracia imperial: garantizaba el control de aquél sobre la tierra.[8] Un campesino rico que no tuviese él mismo pretensiones de cultura académica, aun cuando la esperanzara para su hijo, se aplicaba a la labranza como cualquier otro. El erudito, en cambio, no trabajaba con las manos. Si bien los terratenientes-eruditos vivían en el campo, a diferencia de sus paralelos de Inglaterra y Alemania (e incluso, *parcialmente*, de Rusia y Francia), parece que no desempeñaban papel alguno en la práctica agrícola, ni

siquiera el de supervisores.[9] Su posición social contrasta sobre manera con la del señor japonés, según veremos más adelante. Muchas de las diferencias entre los destinos políticos de la China y el Japón, tanto en los tiempos modernos como en el pasado, pueden atribuirse en último extremo a tal disparidad.

Pese a que abundan las referencias a la compra y venta de arroz en escala bastante grande, no cabe duda que la aparcería predominaba; el propietario recibía su parte en grano (arroz en el Sur, trigo y otros cereales en el Norte) más bien que en moneda. El propio emperador era un super-terrateniente que recaudaba grano de sus súbditos.[10] Si el sistema imperial descansaba tanto en las recaudaciones en especie, es seguro que asimismo prevalecían considerablemente en general. Como un gran propietario no podía comerse todo el arroz recaudado en rentas, bien podía vender parte del excedente. Esto, con todo, era secundario, en modo alguno el mejor medio para medrar.

El predominio de la aparcería explica que el terrateniente tuviese un marcado interés en lo que suele llamarse, de modo poco preciso, superpoblación. Un sobrante de campesinos elevaba sus rentas. Si un campesino hambriento estaba dispuesto a ofrecer la mitad de la cosecha para tener tierras que cultivar, otro aún más hambriento se avenía a ofrecer un poco más. Tal competencia, por supuesto, no lo era todo. Tanto la costumbre como el interés del propio terrateniente en la calidad de sus renteros le apartaban de apretar demasiado los tornillos. Pero el interés del terrateniente en tener numerosos campesinos como, al menos, ren-

teros potenciales era un elemento decisivo de la situación.

Importa subrayar dos circunstancias. La plétora de población sólo podía favorecer los intereses del terrateniente mientras existiese un gobierno fuerte para mantener el orden, garantizar sus derechos de propiedad y asegurar la recaudación de sus rentas. Tal fue la tarea de la burocracia imperial. De ahí que la superpoblación no consistiese en una simple razón aritmética entre tierra y hombres; en la China, como en el Japón y la India, tuvo causas económicas y políticas específicas. En segundo lugar, las causas institucionales precedieron en mucho al impacto occidental. El temor imperial a que la marea creciente de población no rompiera los diques levantados por la sociedad china y arrollara el sistema entero empezó ya a manifestarse antes del segundo cuarto del siglo XVIII.[11] Así, pues, la plétora de población en el campo no es, como algunos marxistas han proclamado, mera consecuencia del impacto occidental, a saber el impedir la industrialización, la destrucción de las artesanías nativas, y el consiguiente «represar» a las masas en el campo. Todas esas cosas sucedieron —e intensificaron en gran manera una situación que ya existía. Sin embargo, el propietario rural parasítico, que encontraremos asimismo en el Japón y la India en diversas formas y en distintos estadios de su desarrollo, surgió también en la China con anterioridad al impacto occidental.

Como ya se ha indicado, el terrateniente dependía de la burocracia imperial para conservar sus derechos de propiedad e imponer la recaudación de rentas en

especie o en moneda.[12] La burocracia aún le prestaba algunos otros servicios importantes. El terrateniente tenía gran interés en que existiese la irrigación necesaria para que sus renteros hiciesen buenas cosechas. De ahí que las familias hacendadas locales estuvieran apremiando de continuo al gobierno a construir sistemas hidráulicos, cosa que sólo podían conseguir efectivamente si algunos de sus miembros tenían grado académico y los contactos oficiales que el mismo posibilitaba.[13] Ese empleo de sus resortes en la esfera administrativa parece haber sido la principal contribución económica del terrateniente, en vez de la supervisión directa en el curso del ciclo agrícola. Los proyectos de más envergadura a escala provincial eran obra de camarillas provinciales de terratenientes. Los proyectos imperiales lo eran de camarillas aún más poderosas con una visión nacional. Como ha observado Owen Lattimore, detrás de cada proyecto imperial había un ministro poderoso, y detrás de cada ministro un poderoso cuerpo de terratenientes. Esos hechos, a mi juicio, colocan las nociones de aprovechamiento del agua y burocracia oriental dentro de la perspectiva correcta.[14] En segundo lugar, la burocracia, deparaba los mayores beneficios materiales, más aún que la misma tierra.[15] No existiendo la primogenitura, una familia acaudalada podía verse reducida a la penuria en pocas generaciones por la división en partes iguales del patrimonio. La mejor manera de evitarlo consistía en hacer entrar a alguien con aptitudes académicas en la burocracia. Mediante la corrupción —formalmente ilegal, pero aceptada socialmente—, este miembro se

lucraba de lo lindo y podía añadir bienes a la familia. La práctica de comprar tierra a guisa de inversión y retirarse a ella tras una carrera burocrática era bastante común. La burocracia constituía, pues, un medio alternativo de extraer un excedente económico de los campesinos —y asimismo de los ciudadanos, según veremos dentro de poco. Los contradictores de las tesis marxistas tienen ahí un buen asidero. Por último, las doctrinas confucianas y el sistema de exámenes legitimaban, cuando menos a sus propios ojos, el estado social superior del terrateniente y su estar exento de trabajo manual sólo con que algún miembro de la familia, o un talentoso jovencito adoptado, lograse adquirir grado.

Amén de las obras públicas, sobre todo los proyectos de irrigación ya mencionados, la tarea básica de la burocracia imperial consistía de hecho en mantener la paz y recaudar impuestos, que luego se trasmutaban en libros, —pintura, poesía, concubinas y demás superfluidades similares que también en otras civilizaciones hacen bastante llevadera la vida para las clases altas. El problema de mantener la paz fue en la China de orden doméstico hasta la intrusión occidental, que empezó en serio a mediados del siglo XIX, cuando la decadencia interna había ya efectuado una de sus periódicas reapariciones.[16] En conjunto, la amenaza extranjera se limitó a periódicas conquistas por bárbaros. Una vez que éstos habían conquistado suficiente territorio y se habían establecido como una nueva dinastía, se adaptaban al régimen social en vigor. Durante la era imperial, los gobernantes chinos no debieron afrontar el

problema de una continua competencia militar, por más o menos la igualdad de fuerzas, con otros gobernantes. De ahí que el ejército regular no absorbiese una gran proporción de los recursos de la sociedad ni impusiese un sesgo al desarrollo del Estado como lo hizo en Francia y, más aún, en Prusia. Tampoco se cifró el problema de mantener la paz en controlar a los magnates, aunque algo de eso hubo en tiempos de decadencia. Más bien estuvo en la necesidad de no oprimir tan duramente a los campesinos, que se convirtieran en bandidos o alimentaran una insurrección acaudillada por elementos insatisfechos de las clases altas.

La inexistencia de un mecanismo efectivo para impedir tal opresión fue quizás una de las debilidades estructurales más importantes del sistema. El recaudar los impuestos justa y eficientemente iba con los intereses de la dinastía. Pero contaba con pocos medios para obligar a que se hiciera así, y con un personal muy limitado. El oficial propendía a llenarse los bolsillos a más y mejor; lo único que le frenaba era el miedo a que una corrupción y exacción demasiado flagrantes no causaran un escándalo y perjudicaran su carrera. Ese punto merece un examen más detenido.

En cualquier sociedad preindustrial, el intento de establecer una burocracia a gran escala tropieza pronto con el obstáculo de que es muy difícil extraer de la población suficientes recursos para pagar los salarios adecuados y posibilitar así que los oficiales dependan de sus superiores. La manera como los gobernantes tratan de obviar esa dificultad repercute intensamente

en toda la estructura social. La solución francesa fue la venta de oficios, la rusa, conforme a la mayúscula expansión territorial de Rusia, el conceder dominios con siervos en recompensa por el servicio en la oficialía zarista. La solución china fue el permitir una corrupción más o menos manifiesta. Max Weber cita un cálculo según el cual los ingresos extralegales de un oficial venían a cuadriplicar su salario regular; un investigador de hoy da una cifra mucho más alta: de dieciséis a diecinueve veces más que el salario regular.[17] Es probable que la cantidad exacta quede siempre en secreto histórico; bástenos la certeza de que era elevada.

Naturalmente, esa práctica reducía de un modo considerable la efectividad del control desde el centro, que varió mucho en los distintos períodos históricos. El oficial situado en el peldaño más bajo del escalafón administraba un *hsien* —de ordinario una ciudad amurallada y el campo circundante— y se encargaba, en teoría, de por lo menos veinte mil personas, a menudo de muchas más.[18] Como permanecía poco tiempo en el lugar —el plazo usual era de unos tres años—, difícilmente podía llegar a conocer las condiciones locales. Si acaso llevaba a efecto algo, tenía que ser con el beneplácito y apoyo de los notables locales, o sea eruditos-terratenientes de cuenta, quienes después de todo eran «la gente de su clase». El contacto directo con los campesinos, al parecer, casi no existió. Andadores que dependían del magistrado *(yamen)*, una clase baja de individuos exclusos de hacer los exámenes y mejorar su suerte, cumplimentaban la recaudación efectiva de los impuestos, tomándose *su* parte *en route*.[19] Parece

justo decir que el sistema era muy explotador, en el sentido estrictamente objetivo de que extraía más de la sociedad en recursos que no le devolvía en forma de servicios. Por otro lado, puesto que sólo podía funcionar siendo explotador, tenía que dejar a la población subyacente muy desatendida y suelta. No había, en suma, ninguna posibilidad de reordenar la vida cotidiana del pueblo así como lo hacen los regímenes totalitarios modernos o incluso, en menor grado, los formalmente democráticos en el curso de una prolongada situación crítica. Se dieron, sí, algunas fútiles tentativas de controlar la vida del pueblo, según se expondrá en breve. Pero la crueldad premeditada a escala masiva, al contrario de la negligencia y el egoísmo, no estaba al alcance del sistema.[20]

Antes de pasar a debatir problemas más específicos conexos con su agonía última, conviene señalar otra característica estructural, en parte a causa de su interés comparativo con respecto al Japón. El sistema de exámenes tendía a producir un exceso de futuros burócratas, sobre todo en los últimos años.[21] En el fondo del sistema jerárquico oficial, había gran número de candidatos a grado *(shang-yüan)*, grupo de transición entre los calificados para tener oficio y el común de las gentes. Su posición difícil en el fondo de la escala de privilegios recuerda la de las categorías más bajas de los *samurai* durante el siglo XIX. Ambos grupos constituyeron núcleos de oposición al sistema vigente. Pero, mientras una minoría significativa del japonés aportó mucho del ímpetu hacia la modernización, en la China tal energía se disipó en vanas revueltas e insurrec-

ciones dentro de aquél. Sin duda el efecto entumecedor del sistema de exámenes fue en parte responsable de esa disparidad. Con todo, hay razones mucho más profundas. Tienen que ver con la manera como la sociedad china estranguló la modernización hasta que fue ya demasiado tarde para irla adoptando paso a paso. Empecemos ahora a considerar algunos de los aspectos más recientes de ese vasto problema.

2. LA «GENTRY» Y EL MUNDO DEL COMERCIO

La sociedad china imperial nunca llegó a crear una clase urbana mercantil y manufacturera comparable a la que surgió durante los últimos estadios del feudalismo en la Europa occidental, si bien en determinados momentos hubo arranques en esa dirección. El éxito imperial en unificar el país puede proponerse como una de las razones más obvias para explicarlo. En Europa, el conflicto entre papa y emperador, entre reyes y nobles, ayudó a los mercaderes de las ciudades a romper la costra de la sociedad agraria tradicional, pues constituían una estimable fuente de potencia para cada una de las partes de aquella compleja pugna. Es digno de notarse que la ruptura se produjo primero en Italia, donde el sistema feudal fue por lo común más débil.[22] El sistema de exámenes chino, asimismo, desvió del comercio a los individuos ambiciosos. Ese factor es notorio en uno de los postreros y máximos esfuerzos por la expansión comercial, durante el siglo xv. Un historiador francés va tan lejos que habla, para aquel

período, de una *«grande bourgeoisie financière»* en pugna con la *gentry* por la primacía, pero añade, significativamente, que aquella nueva burguesía encaminaba a sus hijos hacia los exámenes.[23] Otro historiador apunta la interesante hipótesis de que la difusión de la imprenta quizás acreciera la capacidad asimilativa del mandarinazgo. La imprenta posibilitó que algunos de los pequeños mercaderes adquiriesen suficiente cultura literaria como para obtener un puesto oficial. Aunque los dispendios que exigían los exámenes continuaban representando una barrera importante, el acceso a los puestos oficiales se hizo algo más fácil. El mismo historiador presenta un singular indicio del atractivo que ejercía el servicio imperial. Había pequeños mercaderes que se castraban para hacerse eunucos y poder así ocupar una posición cercana al trono, con la ventaja de que ya poseían la educación prohibida a los eunucos corrientes (los máximos contrincantes de los oficiales-eruditos en la corte).[24]

Ahondando un poco más, puede advertirse en seguida que las actividades gananciosas representaban una amenaza de cuidado para los oficiales-eruditos, por cuanto constituían una escala alternativa de prestigio y un fundamento alternativo de legitimación para un estado social alto. Era de presumir que todas las sentencias confucianas y cualesquiera leyes suntuarias no iban a soterrar para siempre el hecho de que quien ganaba montones de dinero podía comprar las exquisiteces de la vida, incluso una dosis considerable de respetabilidad. Si dejaban que la situación se les escapara de la mano, toda la cultura clásica penosamente adqui-

rida se volvería inútil y anticuada. Detrás de ese conflicto de culturas y sistemas de valores, y en su misma raíz, había fuertes intereses materiales. La sola tradición era una barrera débil: de quererse, se podía encontrar justificación para el comercio en los propios clásicos confucianos.[25] En todo caso, la *gentry* fue lo bastante perspicaz para darse prisa en procurar que la situación no se le escapara de la mano. Impusieron contribuciones al comercio para incautarse las ganancias. O bien lo convirtieron en un monopolio estatal reservándose los puestos más lucrativos. La actitud de los oficiales era primordialmente explotadora. El comercio, como la tierra, debía ordeñarse en beneficio de una clase superior culta. Constatamos aquí una vez más que la burocracia imperial servía de instrumento para sacar recursos de la población y ponerlos en manos de los gobernantes, que por su parte estaban atentos a controlar cualesquiera procesos que amenazaran sus privilegios.

Con la decadencia del aparato imperial, perceptible ya a fines del siglo XVIII, su capacidad para absorber y controlar los elementos comerciales declinó también sin remedio. Aun cuando el sistema imperial hubiese estado en pleno vigor, difícilmente habría podido resistir a las nuevas fuerzas que lo socavaban. Porque, detrás de las mismas, venía el empuje diplomático y militar de Occidente, sólo embotado en tanto que la codicia de una potencia estorbaba la de sus rivales. Hacia la segunda mitad del siglo XIX, el predominio tradicional del oficial-erudito se había desintegrado en las ciudades costeras. Había surgido allí una nueva sociedad

híbrida en que el poder y la posición social ya no estaban de firme en las manos de quienes poseían una educación clásica.[26] Tras la conclusión de la Guerra del Opio en 1842, los *compradores* se esparcieron por todos los puertos chinos comprendidos en el tratado. Tales individuos servían de intermediarios, para los fines más diversos, entre la decadente oficialía china y los comerciantes extranjeros. Su posición era ambigua. Turbios métodos les permitían acumular grandes fortunas y llevar una vida regalada. Por otro lado, muchos chinos les condenaban como servidores de los diabólicos extranjeros que estaban destruyendo los cimientos de la sociedad china.[27] De ahí en adelante, buena parte de la historia diplomática y social de la China es un registro de las tentativas chinas para controlar dicha sociedad híbrida y de los esfuerzos opuestos de las potencias más fuertes por utilizarla como una cuña introductoria de sus intereses políticos y comerciales.

Cuando, en el decenio 1860-1870, la industria china empezó por sí misma de una manera modesta, lo hizo a la sombra de la *gentry* provincial, que a la sazón esperaba valerse de la tecnología moderna para sus objetivos separatistas. Estando en vanguardia los problemas militares, las primeras plantas fueron empresas exclusivamente militares: arsenales, astilleros para buques de guerra, y otras por el estilo. A sobre haz, la situación recuerda la era mercantilista de la historia social europea por el interés de los gobernantes en formas de industria que reforzaran su poder. Las diferencias son mucho más importantes. En Europa, los gobiernos eran fuertes e iban haciéndose más y más

fuertes. En la China, la dinastía manchú era débil. Una política mercantilista a lo Colbert resultaba imposible, por cuanto el elemento industrial y comercial era extranjero y escapaba en gran parte el control imperial. El impulso chino hacia la industrialización provino ante todo de los focos de poder provinciales, muy poco del gobierno imperial.[28] De ahí que fuese un factor más disruptivo que unificante. En cuanto a los elementos industriales y comerciales, proclives a echar el agua a su molino, la norma es que se atengan a los grupos políticos con poder efectivo, cualesquiera que sean. Si se trata del rey, enhorabuena, y su poder crecerá. Si de un administrador local, también enhorabuena, y el poder del rey menguará. Los marxistas insisten demasiado en que los imperialistas occidentales ahogaron el desarrollo industrial de la China. (También los nacionalistas indios recurren a la misma víctima expiatoria, tan oportuna.) Eso no hubiera podido acaecer sin un ahogamiento previo por fuerzas puramente internas.

La clase mercantil china no empezó a dar muestras inequívocas de que tendía a sacudirse el yugo burocrático hasta 1910.[29] Un estudio reciente mueve a pensar que el comerciante chino estaba ya en camino de emanciparse de la dependencia respecto al extranjero a fines del siglo XIX.[30] Sin embargo, las áreas decisivas quedaron aún largo tiempo en manos extranjeras. El impulso industrial y comercial indígena siguió siendo levísimo. En las postrimerías del régimen imperial, se calculaba que existían en la China unas veinte mil «fábricas». De éstas, sólo 363 empleaban fuerza mecánica. El resto no utilizaban sino fuerza animal y humana.[31]

Así, pues, la China, como Rusia, entró en la era moderna con una clase poco numerosa y, en el plano político, dependiente. Ese estrato no desarrolló una ideología independiente como en la Europa occidental. Contribuyó, sin embargo, de modo notable a minar el estado de los mandarines y a crear nuevos agrupamientos políticos para reemplazarlo. El aumento de tal clase a lo largo de la costa se combinó con la desintegración del imperio en satrapías regionales de una forma que prefiguraba la combinación de los factores «burgués» y militar en el apogeo de los «caciques guerreros» (aproximadamente de 1911 a 1927) y después en la era Kuomintang. Un ejemplo temprano (1870-1895) de ese proceso general es Li Hung-chang, quien por espacio de veinticinco años «avanzó hacia el control autónomo de los negocios extranjeros, el dominio de los ingresos por derechos de aduana marítimos, el monopolio de la producción de armamentos, y el completo control de las fuerzas militares en la mitad norte del imperio».[32] Poco a poco, fue también produciéndose una amalgama considerable entre sectores de la *gentry* (y más tarde sus sucesores convertidos en terratenientes a secas) y líderes urbanos del comercio, finanzas e industria.[33] La misma constituyó el apuntalamiento social básico del Kuomintang, una tentativa de restablecer la esencia del sistema imperial —o sea el apoyo político a los terratenientes, más una combinación de bandolerismo indígena y cierto barniz de pseudoconfucianismo que presenta interesantes simi-

litudes con el fascismo occidental, examinadas más detenidamente en una parte posterior de este libro. Dicha amalgama se originó en gran parte del hecho que la *gentry* no llevó a cabo la transición de las formas de agricultura preindustriales a las comerciales. Las razones para ello van a ocupar ahora nuestra atención.

3. LA NO ADOPCIÓN DE LA AGRICULTURA COMERCIAL

Una explicación cultural y psicológica, por vía de que la busca metódica de la ganancia en la agricultura era incompatible con el ideal confuciano de florido ocio, choca muy pronto con dificultades. Los historiadores occidentales, a mi entender, han exagerado el alcance de la actitud condescendiente del estrato superior chino respecto a los bárbaros occidentales. Según se ha insinuado en el apartado precedente, cuando la *gentry* china tuvo la oportunidad de adoptar la civilización técnica de Occidente, y hasta algunos de sus hábitos sociales, parte de ella no vaciló en hacerlo. Refiriéndose al primer estadio del impacto occidental, un concienzudo investigador observó que «una fase conspicua del período anterior a 1894 fue la iniciación de empresas industriales y mecánicas por miembros preeminentes de la clase oficial, aquel grupo que en Occidente se tiene de ordinario por compuesto de archiconservadores».[34] Otro investigador más reciente ha comentado que los mejores pensadores chinos del decenio 1890-1900 consideraban el estudio de la tecnología occidental casi como una panacea para el atraso económico

de la China.[35] Si existió alguna barrera cultural al progreso técnico, no parece que pudiera ser insuperable. Puesto que la clase alta china mostró considerable interés por la tecnología con fines militares e industriales, cabría suponer *a fortiori* que había de manifestarlo aún mayor en lo tocante a la agricultura, tan básica para todo su estilo de vida. (Podemos tener la casi seguridad de que, si hubiese arraigado una agricultura comercial técnicamente avanzada, se habría propuesto una explicación a ese tenor.) Pero, salvo algunas excepciones esporádicas, y limitadas a planteamientos programáticos, tal interés no apareció en absoluto.[36]

Cabe elaborar una explicación más convincente examinando las condiciones materiales y políticas de la China cuando sufrió el impacto del mundo moderno. Pese a existir en ella grandes ciudades, no hubo una población urbana en rápido aumento y de prosperidad creciente y, a lo menos, pasaderamente difundida que pudiera servir de estímulo a una producción racionalizada para el mercado. A juzgar por la situación en tiempos más avanzados, la proximidad de una ciudad, por populosa que fuera, sirvió ante todo para estimular la horticultura campesina «de carretilla», es decir el cultivo de frutas y verduras que podían llevarse a mano al mercado. En los vigorosos inicios de la dinastía, parece que la política imperial se había opuesto a la formación de latifundios. En la segunda mitad del siglo XIX, no obstante, predominaban en algunas regiones del Imperio.[37] Aunque este punto tendría que investigarse más a fondo, parece que un latifundio no era

sino una aglomeración de pequeñas haciendas, o sea un dominio compuesto de más campesinos que, por ende, daban al propietario una renta global más elevada.

Nos estamos acercando al nudo de la cosa. La relación propietario-rentero era en la China un dispositivo político para extraer un excedente económico del campesino y convertirlo en las comodidades de la civilización. (Lo que el campesino sacaba o dejaba de sacar de dicha relación es un aspecto también importante, pero que por el momento podemos omitir.) No existiendo un gran mercado urbano, había pocos motivos para modificarla, quizás aún menos posibilidades de hacerlo. Los individuos enérgicos y ambiciosos obtenían un puesto burocrático, el mejor medio para aumentar las besanas de la familia.

La agricultura china, por supuesto, no se quedó estática durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX. El incremento de la vida urbana tuvo efectos de gran alcance en el sector agrario, algunos de los cuales han sido ya comentados, mientras que otros lo irán siendo a continuación. Aquí tan sólo conviene mencionar un punto saliente. Dadas las condiciones que imperaban: tecnología simple y abundante mano de obra, el terrateniente chino no necesitaba en absoluto racionalizar la producción de su granja a fin de producir para el mercado urbano. Si su granja se hallaba en las cercanías de una gran ciudad, les resultaba mucho más simple y cómodo hacerse a un lado arrendando la tierra a campesinos y dejando que la competencia por la misma elevara sus ingresos con

bien poco esfuerzo personal. De modo parecido, los ciudadanos más prósperos tendieron asimismo a ver en la tierra una provechosa inversión. En lo económico, ese proceso entrañó el desarrollo del absentismo en las proximidades de las urbes. En lo sociológico, contribuyó a la fusión parcial de sectores de la antigua *gentry* con los elementos más acaudalados de las grandes ciudades. Pero esa situación sólo podía ser estable siempre y cuando pudieran hallarse métodos políticos para retener a los campesinos en la labor y percibir rentas de ellos. No muy a la larga, tal problema resultaría insoluble.

No parece, pues, que ninguna suerte de inadaptabilidad innata impidiese a la *gentry* efectuar una transición lograda al mundo moderno. Más importante fue la falta de incentivos, así como, por el contrario, la existencia en aquella situación histórica de otras alternativas más fáciles. Durante buena parte de aquel período, no hubo bastante mercado para que valiese la pena hacer el esfuerzo. Cuando y donde el mercado vino a aparecer, tal hecho transformó a los miembros de la *gentry* en *rentistas* con conexiones políticas más bien que en empresarios agrícolas. Sólo dio el paso una minoría. Pero ésa formó la punta de lanza de una poderosa tendencia histórica. Dadas las condiciones que debió afrontar, uno no ve qué más hubiera podido hacer. En cuanto ocaso de una clase dirigente, la suerte de la *gentry* china —que no es ni con mucho la clase dirigente más desagradable de la Historia— tiene sus visos de tragedia.

4. COLAPSO DEL SISTEMA IMPERIAL Y AUGE DE LOS CACIQUES GUERREROS

En todos los grandes países de Europa, el conflicto entre la nobleza y la corona fue durante larguísimo tiempo uno de los elementos políticos decisivos. Por todas partes, incluso en Rusia, se puede advertir en un momento u otro el desarrollo de estados, lo que los historiadores alemanes llaman *Stände*, grupos con un grado considerable de identidad corporativa e inmunidades públicamente reconocidas que defendían a capa y espada contra otros grupos y en particular contra la corona. El inicio de la modernización efectuó tal conflicto de diversos modos, según el tiempo y la situación en que tuvo lugar. En Inglaterra, el proceso fue favorable al desarrollo de la democracia parlamentaria; en el continente, lo fue mucho menos o incluso desfavorable en conjunto, pese a que de ordinario se diese en un momento u otro una oposición liberal aristocrática.

Durante el período que nos ocupa, las clases altas rurales de la China no desplegaron ninguna oposición de principio significativa al sistema imperial. No cabe duda que algunos de sus miembros acogieron las ideas parlamentarias occidentales a modo de juguete intelectual, pero no hubo ningún movimiento político de oposición con firmes raíces en las condiciones chinas. Favorecieron ese curso de los hechos determinadas circunstancias. La clase burocrática china —hablo aquí de los graduados, fuesen o no terratenientes— tenía un fuerte sentimiento de identidad corporativa, así

como inmunidades y privilegios reconocidos por el emperador y, en considerable medida, por amplios sectores de la población.[38] En Europa, con el feudalismo, los aristócratas crearon también privilegios, inmunidades y un sentimiento de identidad corporativa, instituciones que algunos historiadores consideran parte capital del impulso que culminó en la democracia parlamentaria. En la China, tal impulso tropezó con dificultades mucho mayores. Era muy problemático en la sociedad china que la propiedad territorial pudiese servir de base para un poder político separado del mecanismo político que la hacía redituable. Tanto más cuanto que el sistema imperial no sólo constituía un medio para que la propiedad rentara, sino aun para adquirirla.

El hecho de que las circunstancias, en conjunto, excluyesen el brote de una oposición aristocrática liberal disminuyó la flexibilidad de la respuesta china a un reto histórico totalmente nuevo y ayuda a explicar un fenómeno con que nos encontramos por primera vez en el caso chino: la casi absoluta desintegración del gobierno central. Un régimen, muchas de cuyas características básicas se habían mantenido a lo largo de siglos y siglos, se vino abajo en menos de un centenar de años al sufrir el influjo occidental.

A decir verdad, también en la reacción rusa a presiones algo similares hubo un breve período en que el gobierno central, de hecho, desapareció. Pero en Rusia, desde el punto de vista de las tendencias sociales fundamentales, tal período de colapso apenas pasó de episodio. En la China, por el contrario, el período fi-

nal de semianarquía se prolongó mucho más; como mínimo, desde la proclamación de la República en 1911 hasta la victoria formal del Kuomintang en 1927. El último inició una débil fase reaccionaria —abajo considerada con más detalle—, que difiere asimismo de la experiencia rusa, por cuanto, más que preceder al colapso, le siguió. En este apartado, trataré de indicar algunas de las razones para la desintegración y cómo se las apañaron los altos estratos para salvarse cuando el viejo edificio se desmoronó sobre sus cabezas.

Durante su último medio siglo de mando, el gobierno manchú estuvo en un serio dilema. Por un lado, necesitaba mayores rentas públicas para sofocar la rebeldía interna y enfrentarse con los enemigos extranjeros. Por el otro, no podía obtenerlas sin destruir todo el sistema de privilegios de la *gentry*. Colectar los tributos adecuados hubiera requerido el fomento del comercio y la industria. El que los derechos de aduana estuviesen administrados por extranjeros hacía aún más difícil semejante programa político. Para elevar las rentas públicas, hubiera sido también indispensable la introducción de un sistema tributario eficiente y poner fin al hábito de los oficiales de embolsarse la parte del león de lo que el gobierno percibía de sus súbditos. En suma: el gobierno hubiera tenido que eliminar una enjundiosa fuente de ingresos para la *gentry* y fomentar el desarrollo de una clase social que, a buen seguro, habría pasado a competir más y más aventajadamente con la *gentry*. Mientras el gobierno mismo descansara en la *gentry*, tal trayectoria era en extremo improbable.[39] Un gobernante sagaz y poderoso por el estilo de

Bismarck puede permitirse perder porciones sustanciales de su base a fin de llevar a cabo programas que, según espera, redundarán en mayores ventajas y un apuntalamiento más sólido para el régimen. Ganar la apuesta asegura al estadista un lugar señero en los libros de texto históricos, el «juicio de la Historia» a que apelan todos los políticos. Ningún gobernante puede deshacerse por ensalmo de su principal cuerpo de apoyo pidiéndole, ni más ni menos, un suicidio político.

Decir que las circunstancias obstaculizaban una reforma efectiva en la China del siglo XIX no implica que el gobierno se desentendiese por entero de la misma. Ni el gobierno ni la *gentry* se dejaron llevar a la deriva por la corriente de la Historia. Hubo tentativas de reforma, cuyo fracaso sirve para evidenciar los formidables obstáculos que se oponían a los gobernantes.

El esfuerzo más enérgico, descrito por Mary C. Wright en una iluminadora monografía, se desarrolló a lo largo de doce años, de 1862 a 1874, y es conocido como la Restauración T'ung-chih. Los preeminentes oficiales que acaudillaron el movimiento afrontaron los problemas de rebeldía interna y agresión extranjera con una política decididamente retrógrada. Una de sus líneas principales consistió en esfuerzos por fortalecer la posición de la *gentry*. Respetaron escrupulosamente sus privilegios legales y económicos, restauraron el *statu quo ante* allí donde revoluciones habían dado al traste con los títulos de propiedad territorial, y procedieron a un aligeramiento de las contribuciones, ante todo para el alivio del terrateniente. Trataron el

comercio y la industria como «excrecencias parasíticas» de una sociedad agraria inamovible.[40] Lejos de pasar por alto los problemas económicos y sociales de su sociedad, hablaron a más y mejor, casi siempre en términos éticos, de forjar el hombre «justo» de carácter «justo» para obrar lo «justo», «justicia» definida, claro está, en términos confucianos. Semejante plétora de retórica tradicional acostumbra a presentarse cuando una clase dirigente se ve ahogada. Aunque la Restauración T'ung-chih tuvo éxito por el momento, puede que ese mismo éxito al vigorizar temporalmente las fuerzas más contrarias a un reajuste básico de la sociedad china, acelerara el desenlace final. De ese modo, los estadistas de la Restauración habrían contribuido a la remoción violenta de la clase e instituciones sociales que trataban de restaurar.

La ráfaga de reformas bajo la Emperatriz Viuda en los años iniciales del siglo xx fueron de un carácter distinto y revelan otro aspecto del problema. Sus tentativas para modernizar el sistema educacional y abolir el sistema de exámenes, sólo podemos aquí mencionarlas. Siguió en 1906 una proclamación del trono por la que se adhería al principio de gobierno constitucional, no aplicable, con todo, hasta que el país estuviese preparado. La Emperatriz Viuda, a la vez, proyectó una reforma de la burocracia, por la que incluso llevó a cabo varias enérgicas tentativas. Al chocar sus planes con una porfiada oposición, demostró que eran firmes destituyendo a cuatro de sus seis ministros en el Gran Consejo.[41] Aunque esa chorretada de energía reformista quedó en nada, aunque contrasta de un modo

casi ridículo con el proceder previo de la emperatriz, irascible archirreaccionaria y hábil intrigante, echarla a un lado sonriéndose como una insignificante bufonada sería interpretar mal un episodio revelador. La índole de sus actos sugiere que su auténtico objetivo era el establecimiento de un gobierno burocrático fuertemente centralizado sobre el que ella pudiese ejercer un control personal directo, *grosso modo* a semejanza de una Alemania o un Japón.[42]

El punto más interesante, en orden a nuestros propósitos, es que la base social para un régimen de ese tipo faltaba en la China —aún más que en Rusia. La característica central de tales regímenes, como demuestran también los casos de Italia y España, es una coalición entre sectores de las antiguas clases dirigentes agrarias con notable poder político pero alicaída posición económica y una nueva *élite* comercial e industrial con algún poder económico pero con desventajas políticas y sociales. Los grupos urbanos comerciales de la China no poseían entonces bastante fuerza para ser un aliado útil. Tendría que transcurrir un cuarto de siglo antes que pudiera llevarse a cabo una tentativa antirreaccionaria en el mismo sentido bajo nuevos auspicios, los del Kuomintang, con por lo menos algunas probabilidades de éxito.

Habían preparado el terreno importantes cambios en el carácter y posición de la *gentry* a lo largo del último tercio del siglo xix. El ideal erudito confuciano, y con él el sistema jerárquico tradicional de la China en conjunto, había ido derrumbándose a medida que la base material del papel de oficial-erudito y su signifi-

cado en la sociedad china iban disminuyendo sin cesar. Hemos tenido ya ocasión de indicar el apuro del gobierno —entrecogido por la necesidad de ingresos adicionales y, a la vez, el temor a menoscabar la posición de la *gentry*. Los expedientes a que recurrió contribuyeron al colapso final del régimen.

Tras haber devastado la Rebelión Taiping (1850-1866) inmensas áreas de la China, el gobierno, en busca de ingresos, abrió algo más el acceso a la burocracia por una puerta trasera dejando que mayor número de personas compraran su rango en vez de obtenerlo por la senda regular de los exámenes.[43] Aunque los nuevos y acaudalados reclutas no hundieron la jerarquía, sí quedó disminuido el prestigio de los exámenes y desgastado un puntal básico del antiguo régimen. En 1905, tras algunas tentativas modernizadoras que sólo sirvieron para despertar el antagonismo de los eruditos tradicionales, temerosos de que sus pericias no se volviesen anticuadas, se promulgó la abolición del sistema de exámenes. No habiendo nada con que reemplazarlo, el aparato gubernativo quedó tambaleante.

Al declinar el papel tradicional del erudito y debilitarse el poder del gobierno central, la *gentry* pasó a controlar más y más por sí misma los asuntos locales, iniciándose así el largo período de caos y guerra de aniquilación mutua que, de hecho, no terminaría hasta la victoria comunista en 1949. En muchas partes del país, la *gentry* impuso y recaudó sus propias contribuciones y prohibió pagarlas al gobierno central.[44] Estableciendo el famoso *likin*, una contribución impuesta a los tenderos y merchantes, el gobierno imperial intensificó las tendencias disgregativas. La nueva contribución fue una medida de urgencia para reunir los fondos que necesitaba en virtud de la Rebelión Taiping, imposibles de recaudar por los métodos tradicionales. Apenas sorprende que distintos dirigentes de la Restauración prefirieran el *likin* a una contribución territorial más onerosa.[45] El control del *likin* acabó escapando al gobierno imperial, pero la contribución misma subsistió como uno de los medios para proporcionar una base económica a las nuevas autoridades regionales, especie de prototipos de la era de los caciques guerreros.[46]

El fin de la dinastía manchú en 1911 y la proclamación de la República en 1912 no hicieron sino dar reconocimiento constitucional indirecto al hecho de que el poder efectivo había pasado a manos de los sátrapas locales, donde permanecería por lo menos otra década y media. Durante ese período, considerables sectores de lo que había sido la *gentry* se arrogaron el poder ya convirtiéndose en caciques guerreros ya coligándose con militares que obraban por su cuenta. Todo el aparato social y cultural que la había legitimado estaba descompuesto sin remedio. Sus sucesores iban a ser terratenientes a secas, bandoleros, o una combinación de ambos, tendencia que ya existía, casi a flor, en los tiempos imperiales.

Entre el terrateniente y el bandolero-cacique guerrero, hubo una relación simbólica. Eso aparece muy por lo claro en el funcionamiento del sistema de requisas, contribuciones en trabajo y en especie, que siguió siendo el principal medio compulsivo para que el

campesinado sustentase a las *élites* rurales. También tuvieron ahí un papel comerciantes, anunciando la coalición entre grupos comerciales y terratenientes que serviría de base al Kuomintang.

En teoría, las requisas militares se basaban en la contribución territorial. El sistema era sumamente flexible, sobre todo en perjuicio del campesino, quien había perdido mucho del amparo que antes hallara en los oficiales imperiales y el código de explotación «legítima» limitada, deterioro que venía ya dándose, cada vez más acentuado, desde algún tiempo atrás. Un gravamen de dos *catties* de harina podía pasar a ser de dos y medio, tres *catties* de heno podían convertirse en seis, cuatro carros en dieciséis, etc. Los comerciantes en granos, en colusión con los colectores de requisas y a menudo actuando como agentes de hacendados, podían lucrarse pagando la suma tasada y luego alzando los precios del grano, con lo que ganaban la diferencia entre el precio fijo y el de mercado. A veces las exacciones proseguían aunque las tropas se hubiesen marchado. Los grandes terratenientes, a menudo también militares, por lo general obligaban a sus renteros a satisfacer las requisas para aquéllos.[47] Si bien sospecho que las fuentes de donde he espigado esa información quizás exageren el apuro de los campesinos, no cabe ninguna duda sobre la existencia de un horroroso sufrimiento producido por hombres.

Pero, de la situación del campesinado, ya nos ocuparemos a su debido tiempo. Aquí nos interesa notar ciertas características más generales de la era de los caciques guerreros. El sistema de requisas representó

una continuación de la relación de la *gentry* con la política bajo el mandarinato, por la que el poder político generaba y sostenía el poder económico y ése, a su vez, generaba de nuevo poder político. Con la desaparición del gobierno central, la clase alta rural perdió uno de los mecanismos que más habían contribuido a preservar el antiguo carácter de la sociedad china, permanencia, por otro lado, en modo alguno indemne de peligrosas fisuras y grietas. En el pasado, según algunas autoridades, la sociedad se había restablecido gracias a que la *gentry* y los campesinos forjaban un nuevo *modus vivendi* y asumía el poder una nueva y vigorosa dinastía. En el siglo xx, estando de por medio nuevas fuerzas, los sucesores de la antigua clase dirigente recurren a nuevos aliados, sin éxito. Ésa es la historia del Kuomintang, al que vamos a referirnos ahora.

5. EL INTERLUDIO DEL KUOMINTANG Y SU SENTIDO

Hacia los años veinte, los intereses comerciales e industriales habían llegado a ser un factor significativo de la vida política y social china, si bien su dependencia persistente de los extranjeros y su subordinación a los intereses agrarios les forzaba a representar un papel muy distinto del de sus paralelos europeo-occidentales. En el entretanto, como se verá en breve con mayor detalle, un sector numéricamente escaso pero políticamente significativo de los terratenientes próximos a las urbes portuarias habían empezado a amalgamarse con aquella clase y a convertirse en rentistas.

Los trabajadores urbanos, asimismo, habían ya aparecido en la escena histórica; de un modo borrascoso y violento.

Tal era la situación en que el Kuomintang entró en actividad. La historia de su ascensión al poder ha sido narrada demasiado a menudo para que aquí la repitamos con pelos y señales.[48] Aunque todavía algo sujeta a controversia, los puntos esenciales a nuestro propósito parecen ser los que siguen.

Con notable ayuda de los soviéticos y los comunistas nativos, a fines del año 1927 el Kuomintang había conseguido controlar buena parte de la China operando desde su base en el Sur. Hasta entonces, su éxito se había debido ante todo a su habilidad en capear y encauzar las corrientes de descontento entre los campesinos y los obreros. El programa social del Kuomintang lo distinguía de los caciques guerreros y le daba ventaja sobre ellos. Por algún tiempo, cundió la esperanza de que la fuerza militar del Kuomintang aplastaría a los caciques guerreros y unificaría a la China sobre la base de un programa revolucionario.

No iba a ser así, pese a que la unificación formal sí se produjo. El éxito parcial del Kuomintang sacó a la luz conflictos latentes entre los dispares elementos que un programa nacionalista de unificación había ensamblado temporalmente. Las clases altas rurales, que surtían de oficiales al ejército, se pusieron más y más nerviosas de miedo a que los campesinos no se les escaparan de la mano. Por una ironía de la Historia, los comunistas chinos, a instancias de Moscú, apoyaron en aquella coyuntura a los sucesores de la *gentry* a santo de que la revolución nacional primaba sobre la social.[49] El papel de los comerciantes y financieros urbanos está menos claro.[50] Pero es improbable que la perspectiva de una victoria del Kuomintang con un programa izquierdista les alegrara más que a la *gentry*.

En tales circunstancias, Chiang Kai-chek, que controlaba firmemente a un crecido sector de las fuerzas militares, maniobró para disociarse de la revolución, alternando intrigas y golpes militares. Hacia el final de ese proceso, Chiang se volvió contra los obreros según el clásico modelo de la alianza agrario-burguesa. El 12 de abril de 1927, sus agentes, en colaboración con otros extranjeros sobre el terreno, entre ellos policía y fuerzas militares francesas, británicas y japonesas, llevaron a cabo una matanza masiva de obreros, intelectuales y toda suerte de personas acusadas de simpatizar con los comunistas.[51] Chiang y su máquina militar no fueron, sin embargo, un mero instrumento pasivo de dicha alianza. El dictador también se volvió contra los propios elementos capitalistas sujetándoles a confiscaciones y empréstitos compulsivos, entre amenazas de prisión y ejecución.[52]

La victoria de Chiang inauguró una nueva fase en la política china. Tanto de palabra como de obra, el Kuomintang dio prioridad a la unificación nacional, que debía preceder a la reforma política y agraria. Eso, en realidad, significaba la búsqueda de una solución al problema agrario por la fuerza militar, o sea la supresión del bandidaje y el comunismo. Afirmar que tal intento estaba condenado al fracaso desde el principio es mucho decir. La modernización tuvo lugar bajo auspi-

cios reaccionarios y con una buena dosis de represión lo mismo en el Japón que en Alemania, país este último que también tenia por resolver el problema de la unificación nacional. Con todo, los problemas de la China eran muchísimo más difíciles.

De pretender especificar los aspectos agrarios un poco detalladamente, uno tropieza pronto con soluciones de continuidad en los datos, especialmente la casi absoluta ausencia de estadísticas fidedignas, lagunas mucho mayores en el caso de la China que para los otros países estudiados en este libro. Sin embargo, las líneas maestras de la cuestión están bastante claras. El primer punto que merece señalarse es uno negativo. Salvo quizás en ciertas áreas, la China, tras la Primera Guerra Mundial, no era un país donde una clase de aristocráticos propietarios de enormes latifundios explotara a una masa de campesinos pobres y braceros sin tierra. Sobrevalorar ese hecho, con todo, sería deformar gravemente la imagen de lo que en realidad estaba sucediendo. Bajo la presión cada vez más intensa del comercio y la industria, la China iba encaminándose sin pausa hacia un sistema de propiedad absentista con crecientes diferencias en riqueza. Ese cambio era muy marcado en las zonas costeras, especialmente cerca de las grandes ciudades. En muchas partes del interior, asimismo, los problemas del régimen de cultivo eran agudos, aunque allí parecen más el legado de antiguas prácticas que no las consecuencias de fuerzas nuevas.[53] Que la agricultura china implicaba tremendas aportaciones de trabajo humano y, en cambio, exiguos útiles costosos o ganado —sólo tenían caballos

algunas familias ricas del Norte triguero— es un hecho tan sabido, que huelga casi mencionarlo. Como de costumbre, Tawney sitúa ese punto dentro de su contexto social y político, en una lapidaria prosa clásica. La nota distintiva de la sociedad china, observa, era «economía de espacio, economía de materiales, economía de útiles, economía de forraje, economía de combustible, economía de desperdicios, economía de todo excepto de bosques, que han sido arrasados, con pródiga temeridad, para la ruina del suelo, y del trabajo de seres humanos, que los hábitos sociales han hecho abundantes y, en su abundancia, baratos».[54]

Inexistente una tradición de dominios feudales privilegiados, la relación entre propietario y rentero contenía muchos elementos de un contrato mercantil. Pero, en todo caso, aún preindustrial, fuertemente matizado por la costumbre local. Así la categoría estadística del arrendamiento incluía una amplia variedad de situaciones. Algunos hacendados que se habían sobrecargado de deudas a fin de comprar tierra andaban más cortos de medios que muchos renteros. Ésos, por otro lado, podían ser ya personas acomodadas con dinero disponible y útiles, ya campesinos pobres con escasa o ninguna tierra, a quienes el menor infortunio podía poner en condiciones próximas a la esclavitud.[55] Consideraciones como ésas muestran lo difícil que es relacionar los términos específicos de hacendado y campesino con cualquier concepto general de clases sociales. Pero uno tampoco tiene que ser víctima de la ilusión opuesta: que no se puede hablar de clases sociales porque los datos estadísticos no las evidencian

claramente. Hasta qué punto hubo o no en el campo una lucha de clases explosiva es un problema aún más complicado, del que nos ocuparemos a su debido tiempo.

Hay unos cuantos cálculos estadísticos dignos de atención. A fines del primer cuarto del siglo xx, la tierra había venido a ser casi por entero propiedad privada. El Estado sólo poseía alrededor de un 7 por ciento. La casi totalidad del 93 por ciento restante estaba en manos de particulares. De ésa, sobre las tres cuartas partes pertenecía al mismo cultivador, y la otra cuarta parte estaba arrendada.[56] A primera vista, tales cifras parecen indicar que el sistema de explotación de la tierra no representaba un problema grave. El colapso que se produjo en varias regiones dice todo lo contrario. En las regiones trigueras del Norte, según el cálculo más fidedigno,[57] las tierras laboradas en propiedad ascendían aproximadamente a unas siete octavas partes del total. El arrendamiento adoptaba allí a menudo la forma de aparcería, generalmente preferida por los renteros en zonas donde hubiese gran riesgo de inundaciones o sequías.[58] A la luz del subsiguiente atrincheramiento comunista en muchas partes del Norte, desconfío de tales estadísticas, pero no puedo hacer más que constatar la existencia del problema. Según cierta fuente, el colonato iba en aumento a ojos vistas y estaba firmemente arraigado en la estructura social de una zona del Nordeste que luego quedó bajo control comunista.[59] En el Sur, sobre todo en las zonas arroceras, el rentista era una figura mucho más importante. En algunas provincias, el área de tierra arrendada llegaba

al 40 por ciento y más, si bien en la totalidad de la región arrocera aún pertenecían al propio cultivador unas tres quintas partes de la tierra.[60] Cerca de las grandes ciudades, en cambio, el propietario ocupante era raro; en los últimos años veinte, si no antes, había venido a predominar allí el propietario absentista, que acostumbraba a recaudar sus rentas en moneda.[61] El mapa nos cuenta, pues, una trama histórica familiar, la de una sociedad en que los influjos comerciales estaban corroyendo la propiedad campesina y concentrando riqueza en las manos de una nueva formación social, amalgama entre sectores de la antigua clase dirigente y nuevos elementos urbanos en alza.

Formando esa amalgama la mayor base social del Kuomintang, la política agraria de éste se cifró en intentar mantener o restaurar el *statu quo*. Por añadidura, la presencia del rival comunista con independencia *de facto* tendía a polarizar la situación e hizo más reaccionaria y opresiva la política del Kuomintang. Un estudioso norteamericano simpatizante con el mismo traza esta caracterización general: «Los comunistas actúan como herederos de las temporalmente fanáticas rebeliones campesinas: el gobierno nacional y el Kuomintang, de los prepotentes mandarinatos».[62] Aunque no lo diga todo, no cabe duda que el juicio es certero. El propio estudioso, que partía de la observación directa, escribe en otro lugar:

> Puesto que [el Kuomintang]... no promueve la lucha de clases rural, las relaciones de clases preexistentes continúan. El partido y el gobierno, si bien no siempre eficiente o perse-

verantemente hasta el grado enésimo, han intentado poner por obra los programas de reforma agraria... El Kuomintang ha tolerado una muy difundida aparcería, la indigencia campesina, la usura y el despotismo rural —porque halló todo eso existente y porque se orientó a establecer un gobierno nacional, un ejército moderno, finanzas adecuadas, y a erradicar algunos de los peores males, como el opio, bandidos y comunistas...».[63]

En este pasaje el autor acepta al pie de la letra las razones que alegaba el Kuomintang para justificar su política. Constituye, sin embargo, un importante testimonio —dado por un testigo favorable al Kuomintang— de que era una política tendente a mantener el *statu quo* rural, en rigor una situación de lucha de clases.

La ineptitud del Kuomintang para llevar a cabo una revisión a fondo de las relaciones agrarias no significa la inexistencia de todo progreso. De vez en cuando, el Kuomintang promulgaba decretos y resoluciones cara a mejorar la vida del campesinado.[64] Algunas zonas, como Szechuan, al pasar de la exacciones de los caciques guerreros al reglamento del Kuomintang, experimentaron probablemente una mejora efectiva.[65] Según un informe oficial norteamericano, había zonas donde los propietarios percibían, por término medio, un tercio del producto agrícola bruto, es decir algo menos del 37,5 por ciento establecido en cierta época como un tope lo mismo por los comunistas que por la legislación del Kuomintang.[66] Los elementos liberales podían desplegar tentativas de reforma gradual, por ejemplo el movimiento de reconstrucción rural, toleradas siempre y cuando se mantuviesen «políticamente innocuas». El objetivo del movimiento de reconstrucción era «reformar la comunidad entera sin revolucionar su estructura de clases».[67] Algo por el estilo pretendió el «laboratorio social viviente» de Ting Hsien, distrito del Norte con unos 400.000 habitantes, donde por primera vez los intelectuales se aproximaron deliberadamente al pueblo.[68]

Tanto de los testimonios amistosos como de los hostiles, se desprende con la mayor claridad que las reformas del Kuomintang eran puro camuflaje, por cuanto se guardaban de alterar el control de la *élites* sobre la vida local. En las zonas salvas de todo intento reformista, su retención del poder no fue problema. Hasta una fuente tan pro Kuomintang como Linebarger observa que «Muchos *hsien* están bajo camarillas locales que permiten a los conservadores acaudalados evadir el pago de impuestos, distraer los fondos del gobierno y reprimir la genuina organización agraria».[69] En amplias áreas de la China, el fin del régimen imperial no trajo consigo cambios fundamentales en el papel político y económico de las altas clases rurales. Dentro de las más o menos unificadas satrapías del Kuomintang, continuaron comportándose de la misma manera que bajo los caciques guerreros y bajo la dinastía manchú. Las fuentes críticas son aún más explícitas. A propósito de una reforma de la legislación territorial promulgada por el Kuomintang en 1937, que perseguía fomentar las granjas campesinas, un autor chino observa que en las aldeas el poder político seguía siendo controlado por la antigua *gentry*. «No cabe entonces esperar que esos *gentlemen* cumplan

lealmente las normas arrendaticias de una nueva ley que tendería a aflojar el fuerte dominio económico que ejercen sobre el campesinado».[70] De modo parecido un estudio de gobierno local señaló que, en la mayoría de las provincias, a nivel del *hsien*, no se habían llevado a efecto los procedimientos electorales, debido no sólo a la constante turbulencia de los tiempos, sino también al sabotaje de aquéllos por los oficiales del gobierno, tanto los locales como los más altos.[71] Según otra fuente, los propietarios a menudo amenazaban a los renteros que insistían en una reducción de las rentas con acusarles de comunistas, por lo que podía detenérseles.[72]

Casi seguro, por supuesto, que no en todas partes la situación era tan mala como quizá sugieran esas críticas dispersas. Ya el mero hecho de que pudiesen publicarse, desde principios hasta mediados del decenio 1930-1940, es de suyo significativo, sobre todo si uno piensa en la sangrienta represión de Chiang pocos años antes. Estudios antropológicos de varias comunidades chinas efectuados durante aquel período indican que las actitudes e instituciones patriarcales seguían refrenando en muchos lugares las formas de explotación más groseras. Como parte del mismo cuadro, sin embargo, documentan la continuidad de la ex *gentry* a nivel local. Remachan, pues, la conclusión de que la política agraria del Kuomintang, en conjunto, significó una tentativa de conservar el antiguo orden.

La medida en que las antiguas instituciones subsistieron en el período Kuomintang varió mucho de unas regiones a otras. Tales diferencias regionales, como ya

se ha notado, reflejan estadios de desarrollo histórico diversos y escalonados. En algunas remotas aldeas interiores, unas cuantas familias dominantes, aceptando un nivel de vida que, a ojos occidentales, parecería abismalmente bajo, podrían aún presentar algunos de los caracteres de una clase acomodada, tales como exención de trabajo físico y adhesión a una filosofía de contento, ayudada a veces por el opio, si bien quedaban muy lejos del ideal de la *gentry* educada según criterios clásicos.[73] En el extremo opuesto de la escala, tendríamos cierta aldea cercana a una gran ciudad, prácticamente sin vestigios ya de la antigua *gentry*, pero donde hacendados absentistas establecidos en la ciudad habían venido a poseer unos dos tercios del subsuelo, dejando la «propiedad» del suelo superficial para el cultivador.[74] En otra aldea, sin embargo, no lejos de Nanking, estudiada muy poco antes de que los comunistas se impusieran, la supervivencia de la antigua clase dirigente y de algunos de sus métodos para mantenerse aparece mucho más por lo claro. Allí el estado de *gentleman* sólo era propio de terratenientes acaudalados. Incluso allí, sin embargo, el poder del propietario no alcanzaba sino hasta donde pudiera extender su protección la guarnición local, un significativo signo de los tiempos. Los pobladores de la zonas periféricas del *hsien*, emancipadas del poder policial de la ciudad, «desafiaban a los propietarios y no pagaban renta alguna».[75] Tales hechos nos dicen mucho sobre la verdadera relación entre fuerza militar, burguesía y terratenientes acaudalados o *neo-gentry* durante la última parte del período Kuomintang.[76]

La supervivencia de las antiguas clases altas rurales y de su importancia política aún se manifiesta más en las orientaciones estratégicas del Kuomintang lo mismo previamente a la guerra con el Japón que durante su curso. Es bien sabido que, bajo el Kuomintang, los intereses comerciales e industriales no registraron grandes progresos. A primera vista, ese hecho parece atribuible al bloqueo y la ocupación del enemigo. Pero eso difícilmente puede explicarlo todo, ya que el bloqueo sólo empezó en 1937. Asoma otro factor, muy significativo: la persistente oposición agraria a la transformación de la China en una potencia industrial. Un historiador militar, nada afecto al marxismo, observa que, antes del inicio de la guerra, la China prefería importar cualesquiera pertrechos creídos indispensables a crear una base industrial nativa.[77] Las tácticas sobre el campo de batalla reflejaron asimismo la estructura social de la China, aunque esa conclusión, tan obvia, se le escapa a Liu. A falta de mejores armas, la China usó grandes cantidades de potencial humano, e instó a sus soldados a defender la patria con denuedo. Tal actitud de resistencia hasta la muerte se tradujo en enormes bajas. Según Liu, solamente las batallas de 1940 costaron a China el 28 por ciento de sus fuerzas. La misma fuente estima que, por junto, fueron bajas el 28 por ciento de todos los hombres aptos para el servicio llamado a filas durante los ocho años de guerra.[78] Quizá se nos objete que cualquier Estado preindustrial, puesto en la misma situación, habría sufrido más o menos la misma experiencia. Semejante objeción, a mi entender, pasaría por alto el punto clave: la China seguía

siendo preindustrial debido, en gran parte, a que los sucesores de la *gentry* retenían el meollo del poder político.

Cambiemos ahora de enfoque y pasemos a considerar el régimen Kuomintang desde el punto de vista de la historia institucional comparativa. En cuanto nos distanciamos de los detalles (aunque querríamos disponer de muchos más y más exactos), las dos décadas de gobierno del Kuomintang presentan algunas de las características esenciales de la fase reaccionaria en la respuesta europea al industrialismo, entre ellas notables rasgos totalitarios. La mayor base social del Kuomintang, como ya hemos visto, fue una coalición, o quizá mejor una suerte de cooperación antagónica entre los sucesores de la *gentry* y los intereses urbanos comerciales, financieros e industriales. El Kuomintang, gracias a su control de los medios de violencia, sirvió de vínculo para mantenerla unida. El poseer aquél le permitió, además, intimidar al sector capitalista urbano y hacer funcionar, directa e indirectamente, el aparato gubernativo. En ambos aspectos, el Kuomintang se asemeja al NSDAP de Hitler.

Así en la base social como en las circunstancias históricas, sin embargo, advertimos marcadas diferencias entre el Kuomintang y sus paralelos europeos, que explican bastante el carácter relativamente débil de la fase reaccionaria china. Una disparidad obvia es la inexistencia en la China de una plataforma industrial sólida. El elemento capitalista, por ende, fue allí mucho más débil. No cabe duda que la ocupación japonesa de las ciudades costeras redujo aún más el poderío del

grupo. Por último, la invasión japonesa, si bien proporcionó un blanco directo al sentimiento nacionalista, impidió en cambio que la fase reaccionaria china culminase en expansión exterior, como sucedió bajo los fascismos alemán, italiano y japonés. Debido a todas esas razones, la fase reaccionaria y protofascista china, más que a las fases correspondientes de Alemania o Italia, se asemeja a las de otros países europeos subdesarrollados donde la *élite* agraria se mantuvo también arriba, pero sin poder llevar a cabo una política exterior agresiva.

Las semejanzas más ostensibles entre el período reaccionario chino y sus paralelos europeos se hallan en el terreno doctrinario, no tan sujeto a las consideraciones realistas. Durante su fase revolucionaria previa a la conquista del poder, el Kuomintang se había identificado con la Rebelión Taiping. Tras alcanzar el poder y quedar de hecho bajo el caudillaje de Chiang Kai-chek, el partido dio media vuelta: pasó a identificarse con el sistema imperial y su aparente éxito durante la Restauración de 1862-1874,[79] es un giro que recuerda la conducta inicial del fascismo italiano. Después de la victoria, la doctrina del Kuomintang se volvió una curiosa amalgama de elementos confucianos y jirones del pensamiento liberal occidental. Los últimos, como es bien sabido, habían entrado por influjo de Sun Yat-sen, la figura pretérita más venerada del movimiento. Las analogías con el fascismo europeo emanan sobre todo del tipo de énfasis con que Chiang Kai-chek, o quienes redactaban sus proclamas doctrinales, aderezaba aquellos heterogéneos elementos.

El principal diagnóstico de los problemas chinos, *El destino de la China* —1943—, consiste en una sarta de tópicos morales y filosóficos semiconfucianos a fin de expresar que, si tras la revolución de 1911 las cosas habían seguido funcionando mal, era porque el pueblo chino no pensaba correctamente. Según Chiang, la mayor parte de los chinos no habían penetrado el verdadero sentido de una profunda sentencia filosófica de Sun Yat-sen: «comprender es difícil; obrar es fácil», y aún pensaban que «comprender es fácil; obrar es difícil». El único ingrediente concreto del diagnóstico es el perjuicio que la dominación extranjera y los desiguales tratados ocasionaban a la China, junto a unos pocos comentarios sobre la debilidad y corrupción de la dinastía manchú.[80] No contiene, prácticamente, ninguna referencia a los factores sociales y económicos que habían llevado a la China al aprieto de entonces. Sacarlos a luz sin rebozo habría entrañado el grave riesgo de enajenarse el apoyo de la clase alta. En ese omitir cualquier análisis realista y en algunas de las razones que lo motivaron, la doctrina del Kuomintang recuerda el fascismo europeo.

Las tesis del Kuomintang cara a la acción futura corrían por la misma cuenta. En el libro semioficial de Chian, leemos aquí y allí observaciones ocasionales sobre la importancia de los «medios de vida del pueblo», término que servía en parte de eufemismo para aludir a la cuestión agraria. Pero, como ya se ha indicado, en realidad poco se hizo o se intentó siquiera para resolverla. Hubo, es cierto, un plan decenal de industrialización: asimismo casi un puro embadurnar papel; pre-

grupo. Por último, la invasión japonesa, si bien proporcionó un blanco directo al sentimiento nacionalista, impidió en cambio que la fase reaccionaria china culminase en expansión exterior, como sucedió bajo los fascismos alemán, italiano y japonés. Debido a todas esas razones, la fase reaccionaria y protofascista china, más que a las fases correspondientes de Alemania o Italia, se asemeja a las de otros países europeos subdesarrollados donde la *élite* agraria se mantuvo también arriba, pero sin poder llevar a cabo una política exterior agresiva.

Las semejanzas más ostensibles entre el período reaccionario chino y sus paralelos europeos se hallan en el terreno doctrinario, no tan sujeto a las consideraciones realistas. Durante su fase revolucionaria previa a la conquista del poder, el Kuomintang se había identificado con la Rebelión Taiping. Tras alcanzar el poder y quedar de hecho bajo el caudillaje de Chiang Kai-chek, el partido dio media vuelta: pasó a identificarse con el sistema imperial y su aparente éxito durante la Restauración de 1862-1874,[79] es un giro que recuerda la conducta inicial del fascismo italiano. Después de la victoria, la doctrina del Kuomintang se volvió una curiosa amalgama de elementos confucianos y jirones del pensamiento liberal occidental. Los últimos, como es bien sabido, habían entrado por influjo de Sun Yat-sen, la figura pretérita más venerada del movimiento. Las analogías con el fascismo europeo emanan sobre todo del tipo de énfasis con que Chiang Kai-chek, o quienes redactaban sus proclamas doctrinales, aderezaba aquellos heterogéneos elementos.

El principal diagnóstico de los problemas chinos, *El destino de la China* —1943—, consiste en una sarta de tópicos morales y filosóficos semiconfucianos a fin de expresar que, si tras la revolución de 1911 las cosas habían seguido funcionando mal, era porque el pueblo chino no pensaba correctamente. Según Chiang, la mayor parte de los chinos no habían penetrado el verdadero sentido de una profunda sentencia filosófica de Sun Yat-sen: «comprender es difícil; obrar es fácil», y aún pensaban que «comprender es fácil; obrar es difícil». El único ingrediente concreto del diagnóstico es el perjuicio que la dominación extranjera y los desiguales tratados ocasionaban a la China, junto a unos pocos comentarios sobre la debilidad y corrupción de la dinastía manchú.[80] No contiene, prácticamente, ninguna referencia a los factores sociales y económicos que habían llevado a la China al aprieto de entonces. Sacarlos a luz sin rebozo habría entrañado el grave riesgo de enajenarse el apoyo de la clase alta. En ese omitir cualquier análisis realista y en algunas de las razones que lo motivaron, la doctrina del Kuomintang recuerda el fascismo europeo.

Las tesis del Kuomintang cara a la acción futura corrían por la misma cuenta. En el libro semioficial de Chian, leemos aquí y allí observaciones ocasionales sobre la importancia de los «medios de vida del pueblo», término que servía en parte de eufemismo para aludir a la cuestión agraria. Pero, como ya se ha indicado, en realidad poco se hizo o se intentó siquiera para resolverla. Hubo, es cierto, un plan decenal de industrialización: asimismo casi un puro embadurnar papel; pre-

dicaba una reforma moral y psicológica desde arriba, sin ningún contenido social. Tanto el diagnóstico como el plan de acción quedan resumidos en estas frases de Chiang Kai-chek:

> De cuanto se ha dicho vemos que la clave para el éxito de la reconstrucción nacional se halla en un cambio de nuestra vida social y el cambio de nuestra vida social, a su vez, depende de aquellos que tienen visión, fuerza de voluntad, convicción moral y sentido de la responsabilidad, y que, mediante su sabiduría y esfuerzos, conducen al pueblo en una ciudad, un distrito, una provincia o el país todo a un nuevo camino, hasta que venga a acostumbrarse a ése por rutina. Como he también señalado, la reconstrucción nacional y social podría cumplirse fácilmente con tal que la juventud, a lo largo y ancho de la nación, se resuelva a realizar lo que otros no se atreven a realizar, a soportar lo que otros no pueden soportar...[81]

Aquí la teoría confuciana de una *élite* benevolente ha revestido, bajo la presión de las circunstancias, un carácter marcial y «heroico», compuesto que ya nos es familiar a los occidentales gracias al fascismo.

La semejanza aún se hace más fuerte cuando consideramos la forma orgánica que ese «elitismo» heroico debía adoptar, a saber el propio Kuomintang. A ese respecto, con todo, se advierte por otro lado una clara diferencia. El Kuomintang estaba más cerca del concepto de nación en armas. Todo el mundo debía sentirse igualmente estimulado por la fuerza de sus ideales y el ejemplo moral de sus guías. La idea de un partido omnímodo databa ya de Sun Yat-sen y ofrecía ciertas ventajas tácticas. Chian cuidaba de mantener la

puerta abierta a los comunistas con la esperanza de que llegaran a sumarse a su organización.[82] Claro está que, de hecho, el Kuomintang, al igual que los partidos totalitarios europeos, de derechas o de izquierdas, se redujo siempre a una muy pequeña minoría de la población en conjunto.[83]

El fin manifiesto de dicha reforma moral y psicológica, y su encarnación orgánica ostensible, era, por supuesto, el poder militar. Éste, por su parte, había de consagrarse a la defensa nacional y a la unificación nacional. Una y otra vez pone Chiang la unificación por el ejército como requisito previo para cualquier otra reforma. El principal argumento de Chiang para justificar ese punto de vista resulta claramente totalitario. Cita el juicio de Sun Yat-sen relativo a que Rousseau y la Revolución Francesa no podían servir de modelos a la China por cuanto a la sazón los europeos no tenían libertad, mientras que los chinos al presente tenían demasiada. Los chinos, según una metáfora tan grata a Chiang como a Sun, se asemejaban a un montón de arena suelta, con lo que eran fáciles víctimas del imperialismo extranjero. «Para resistir a la opresión extranjera —continúa la frase de Sun directamente citada por Chiang—, debemos desembarazarnos de la idea de "libertad individual" y unirnos en un consistente cuerpo cohesivo, similar a la sólida masa formada por la mezcla del cemento con la arena». Chiang amplifica el pensamiento de Sun con el siguiente comentario.

> En otras palabras, si la nación Chunghua [o sea la China] ha de consolidarse en una unidad fuerte para la defensa nacio-

nal, tan sólida como una roca, ni qué decir tiene que los individuos no pueden gozar de excesiva libertad como si fuesen arena suelta. Para expresarlo más concretamente, diremos que la China debe convertirse en una fuerte unidad nacional de defensa si ha de lograr la victoria final en esta guerra y, en el período de posguerra, junto con las otras naciones independientes y libres del mundo, salvaguardar la paz permanente del mundo y laborar por la liberación del género humano. De ahí que... una excesiva libertad personal... no pueda dejarse existir ni durante el tiempo de guerra ni en el período de posguerra.[84]

En esa breve revisión de la doctrina del Kuomintang tal y como la formuló Chiang Kai-chek, destacan tres rasgos. El primero es la ausencia casi absoluta de cualquier programa social y económico para resolver los problemas de la China, con una muy marcada elusión ritual de las realidades de los mismos. Las elucubraciones en torno a conceptos como «tutela política» y preparación para la democracia eran ante todo retórica. De hecho, la línea política estribaba en perturbar lo menos posible las relaciones sociales existentes. Tal directriz no excluía el chantajear a cualesquiera sectores de la población vulnerables a fin de sacarles contribuciones. Lo mismo hacen los gánsteres en las ciudades norteamericanas, sin el menor propósito de subvertir el orden social existente, sobre el que en realidad descansan. El segundo rasgo es, por así decir, el disimulo de la falta de objetivos políticos y sociales específicos con tentativas un tanto grotescas de reavivar los ideales tradicionales, cuando las condiciones objetivas hacía ya largo tiempo que venían minando más y

más su base social. Puesto que la profesora Mary C. Wright ha argüido ese punto de un modo convincente y a base de abundantes datos en *The Last Stand of Chinese Conservatism*, aquí sólo necesitamos recordar que la deformada idealización patriótica del pasado es también uno de los grandes estigmas del fascismo occidental. El tercer y último rasgo es el intento del Kuomintang de resolver sus problemas por la fuerza militar, asimismo una característica mayor del fascismo europeo.

No subrayo esos tres rasgos para mostrar que el Kuomintang fue idéntico al fascismo europeo o precedentes movimientos reaccionarios. En historia nunca se da la identidad, ni se trata aquí de buscarla. Mi propósito es señalar que dichas similitudes constituyen un todo articulado, significativo no sólo para comprender a la China sino también para penetrar la dinámica de los movimientos totalitarios en general. En otras palabras: no nos hallamos ante unas cuantas semejanzas accidentales por las que ciertos rasgos menores chinos nos traen a la memoria otros mayores europeos, sino ante una misma unidad compleja que caracterizó por algún tiempo el clima político, social e intelectual tanto de Europa como de la China.

La tentativa del Kuomintang de empujar a la China hacia el Estado moderno por la ruta reaccionaria terminó en completo fracaso. También en Rusia había fracasado una tentativa similar, aunque más prometedora. En ambos países, tal fracaso fue la causa inmediata y el preámbulo de las victorias comunistas. En Rusia, los comunistas han logrado crear un poderío in-

dustrial de primera magnitud; en la China, la cosa todavía está algo en balanza. En ambos casos, asimismo, las insurrecciones y rebeliones campesinas contribuyeron decisivamente a empujar hacia la ruta comunista de modernización y no hacia la reaccionaria o hacia las variantes democráticas del capitalismo. En la China tal contribución aún tuvo mayor importancia que en Rusia. Ya es tiempo, pues, de examinar más a fondo el papel de los campesinos en esas vastas transformaciones.

6. REBELIONES, REVOLUCIÓN Y CAMPESINOS

La frecuencia de las rebeliones campesinas en la China es conocida. Fitzgerald enumera seis rebeliones mayores a lo largo de la dilatada historia china anterior a 1900.[85] Hubo otras muchas locales o malogradas. Aquí trataré de indicar algunas de las principales razones por las que la sociedad china premoderna era propensa a las rebeliones campesinas, limitando el examen esencialmente a la última fase de la dinastía manchú, aunque sea probable que varios de los factores que voy a mencionar operaran ya asimismo durante las dinastías precedentes, punto que queda fuera del ámbito de esta obra y, en definitiva, de la competencia del autor. Podemos, sin embargo, levantar acta del hecho que fueron rebeliones, no revoluciones; es decir, que no alteraron la estructura básica de la sociedad. En segundo lugar, intentaré mostrar cómo facilitó esa debilidad estructural constitutiva una verdadera revolución al añadirse nuevas tensiones provocadas por el impacto del comercio y la industria durante los siglos XIX y XX. El proceso entero contrasta de un modo muy instructivo con la India, donde en el período premoderno las rebeliones campesinas fueron relativamente raras y completamente estériles, y donde la modernización empobreció a los campesinos tanto o más que en la China y por un espacio de tiempo no menos largo. El contraste con el Japón es asimismo ilustrativo, aunque menos sorprendente. Allí los gobernantes pudieron contener los impulsos hacia rebeliones campesinas, en parte porque la sociedad campesina japonesa estaba organizada sobre principios distintos de los de la China. Su éxito, por otro lado, permitió al Japón seguir una pauta de modernización reaccionaria que, como la de Alemania, culminó en el fascismo.

Antes de empezar a referirnos al campesinado chino, conviene recordar que durante el siglo XIX la estructura política de la China manifestó ciertas debilidades graves cuya conexión con el campesino parece tan sólo muy indirecta y que, en cambio, pueden atribuirse más propiamente al carácter y organización del estrato dirigente, o sea los hacendados y los oficiales. Ya he señalado algunas de las razones por las cuales ese sector de la sociedad china no se adaptó, en general, al mundo moderno del comercio y la industria. Hay también indicios bastante claros de una falla en el mecanismo político de la China tradicional. En su hábitat local y como clase terrateniente, la *gentry* necesitaba un sistema imperial lo bastante fuerte para asegurar su autoridad sobre los campesinos. A la vez, las acciones

necesarias para vigorizar el sistema imperial contrariaban los intereses a corto plazo de la *gentry* local. Ésa era muy refractaria a pagar sus cuotas; y generalmente prefería que los asuntos locales marcharan por sí mismos.[86] Poco podía hacer ahí el magistrado del distrito. Al ir aumentando la corrupción y volviéndose menos obvia la utilidad del gobierno central, las tendencias centrífugas también se acentuaron, y ésas, a su vez, fueron debilitando más y más el aparato gubernativo, desarrollándose así un círculo vicioso.

Desde el punto de vista del problema que ahora debatimos, las fallas estructurales más importantes fueron una serie de debilidades en los lazos que ataban al campesinado con las clases altas y el régimen vigente. Como se ha indicado arriba los miembros de la *gentry* no parece que desempeñaran en el ciclo agrícola ningún papel, ni siquiera de supervisión, que les diese un estado legítimo como dirigentes de la comunidad campesina. Una de las distinciones capitales entre un señor rural y un mero terrateniente rico era, al parecer, que el primero se abstenía de todo trabajo manual, considerado como deshonroso, y se consagraba a la erudición y a las artes. Es cierto que la *gentry* negociaba con el gobierno a fin de mejorar la irrigación y que los resultados de sus gestiones eran tangibles para los campesinos —podemos estar seguros, además, de que la *gentry* se esforzaba por imbuirles cuánto no se había hecho por ellos. Pero, por su misma naturaleza, esa actividad no podía ser ni continua ni frecuente. Los canales de trigo obtenibles para una zona determinada no eran infinitos. Por otra parte, al disminuir los re-

cursos del gobierno central, y también de muchos de los locales, se hizo difícil salvar los proyectos antiguos e imposible lograr proyectos nuevos.

Al indagar posibles contribuciones económicas de la *gentry* que legitimasen su estado, viene a la mente un hecho bien conocido: que controlaba el saber astronómico, necesario para determinar el tiempo en que es oportuno proceder a cada una de las distintas faenas del ciclo agrícola. Aunque ese punto merecería un examen más a fondo hacen falta más datos, y más firmes que los existentes, sobre la generalidad de la relación entre los campesinos y la *gentry*—, hay varias razones para dudar que tal monopolio tuviese importancia alguna en el siglo XIX.[87] A mayor abundamiento, los campesinos siempre desarrollan, generalmente a partir de su propia experiencia práctica, un rico saber sobre todos los aspectos del ciclo agrícola: el mejor tiempo y lugar para plantar cada tipo de cultivo, cuándo conviene cosecharlo, etc. Ese saber está tan firmemente establecido por la experiencia y la mayoría de los campesinos ven tales riesgos en desviarse de él, que los gobiernos modernos tienen muchas dificultades en persuadirles de variar sus rutinas. De ahí que parezca más probable que los astrónomos adaptasen sus conocimientos, cualesquiera que fuesen, a los ya poseídos por los campesinos, que no a la inversa. En suma: todo indica que, en los tiempos modernos, no hacían nada en absoluto que el campesino pudiera tener por indispensable.

Y el gobierno, ¿qué hacía por el campesino? A mi juicio, los sociólogos occidentales modernos propen-

den demasiado a descartar como imposible la respuesta de que prácticamente nada, que sospecho que es la correcta. Razonan que cualquier institución largo tiempo subsistente no puede ser sólo nociva para quienes viven bajo ella (lo cual me parece bien desacorde con una parte considerable de la experiencia histórica y contemporánea), y entonces le buscan, casi a la desesperada, una u otra «función». Aquí no es el lugar apropiado para debatir los métodos o la manera como los supuestos conscientes e inconscientes determinan las cuestiones suscitadas en cualquier investigación científica. No obstante, me parece más realista presumir que grandes masas del pueblo, y en particular los campesinos, se limitan a aceptar el orden social en que viven, sin detenerse a pasar balance de los beneficios y perjuicios que les reporta y, ciertamente, sin que se les venga nunca al pensamiento si no sería posible establecer otro mejor, a menos que suceda algo que amenace y destruya su rutina cotidiana. De ahí que muy bien puedan aceptar una sociedad de cuyo funcionamiento no sean más que las víctimas.

Quizá se nos objete que la burocracia imperial, cuando aún funcionaba bien, como en los siglo XVII y XVIII, mantuvo el orden público, e impuso una norma objetiva de justicia notablemente adelantada respecto a la que imperaba en la mayoría de los países de la Europa contemporánea. Eso es bastante cierto. Pero la administración de justicia y la imposición de orden público tenían poco que ver con los campesinos. Verdad es que, teóricamente, los pleitos criminales, por homicidio, robo, hurto, adulterio y secuestro, podían

llevarse al magistrado del distrito en todo tiempo. Cierto magistrado llegó a permitir que los demandantes solicitasen audiencia golpeando el gong de su *yamen*. Durante la «estación de actividad para los agricultores», no podía oírse ningún pleito civil.[88] Tales hechos, a primera vista, parecen indicar que el magistrado desempeñaba un papel importante en la vida del pueblo. Al profundizar más, sin embargo, uno ve en seguida la improbabilidad de que fuese así. El magistrado era responsable de administrar justicia, incluso en sus formas más insignificantes, a muchos miles de personas. Su *yamen* estaba ubicado en la ciudad amurallada que servía de sede al distrito. No tenía, por lo regular, ningún contacto directo con los campesinos.[89] Cuanto contacto hubiese, se efectuaba a través de andadores, la hez de la población, conchabados con los elementos criminales, y era sumamente explotador. Parece probable que, de tiempo en tiempo, el magistrado entendiera en algún caso de homicidio entre el campesinado. Por lo demás, el contacto era sin duda mínimo. Dentro de la familia y el clan, los campesinos tenían sus propios ajustes para guardar el orden y administrar justicia por sí mismos. No necesitaban en absoluto el aparato imperial, salvo para mantener alejados de sus campos a los merodeadores y bandidos. Pero el que el bandidaje constituyese una amenaza bastante seria para los campesinos, de suyo, se debía en gran parte a la actitud explotadora de la burocracia. Durante el siglo XIX, la burocracia imperial fue cada vez menos capaz de asegurar ni siquiera un mínimo de orden en vastas áreas de la China; al

contrario: su propio proceder contribuyó a engendrar estallidos campesinos.

Así, pues, en resumen, los indicios de que disponemos mueven fuertemente a concluir que el gobierno y las clases altas no cumplían ninguna función que los campesinos considerasen como esencial para su modo de vivir. La atadura entre dirigentes y dirigidos, por tanto, era débil y, en gran medida, artificial, fácil de romperse en cuanto sobreviniera cualquier tensión recia.

El régimen imperial trató de compensar el carácter artificial de dicha vinculación con tres procedimientos. En primer lugar, estableciendo una red de graneros, almacenes locales e imperiales para grano distribuible a la población en épocas de escasez. Los gobernantes percibían muy claramente la conexión entre el hambre y las rebeliones campesinas, aunque el hambre no era su única causa, según veremos. Sin embargo, el sistema de graneros públicos decayó y, en gran parte, fue abandonado en el siglo XIX, cuando más necesario hubiera sido. El principal motivo para ello fue, probablemente, que el vender grano al gobierno, o proporcionárselo gratis, no beneficiaba de inmediato a la *gentry* y propietarios prósperos. Los períodos de escasez, además, permitían lucrarse de lo lindo a quienes tenían grano.[90] Un segundo arbitrio fue el famoso *pao-chia*, sistema de vigilancia mutua que se asemeja a los procedimientos totalitarios modernos. Cada diez hogares estaban agrupados en un *pao*, con un responsable a la cabeza para informar de la conducta de sus miembros. Cierto número de esos *paos* (que varió diversas veces) integraban otro grupo similar con similares responsabilidades, y así sucesivamente, según una jerarquía ascendente. El sistema *pao* pretendía extender el poder de observación y supervisión del gobierno por debajo del magistrado de distrito. Los estudiosos modernos de la China juzgan que fue bastante ineficaz.[91] La vigilancia mutua vino a enredarse con la recaudación de impuestos, cosa que poco podía favorecerla a ojos del campesino. La efectividad de tales dispositivos depende de que no falten a lo largo y ancho del país individuos del montón que, por un lado, tengan suficiente interés en el sistema para conformarse al ingrato papel de soplones y, por el otro, gocen de suficiente respeto entre la población para poder enterarse de lo que va sucediendo. Esas condiciones, por lo visto, no existían demasiado en la China manchú. El tercer arbitrio también recuerda las prácticas totalitarias modernas, y es el *hsiang-yüeh*, sermones periódicos a la población sobre ética confuciana. Parece que esa practica empezó en el siglo XVII. Algunos emperadores se la tomaron muy en serio. Pero hay abundantes indicios de que la población no, e incluso de que consideraba los sermones como un ritual absurdo. Aunque perduró hasta 1865, el sistema de los sermones degeneró en un formalismo vacío, no tomado en serio ni por los oficiales que tenían que darlos ni por la gente que tenía que oírlos.[92]

La combinación de programas de asistencia social, vigilancia policiaca y adoctrinamiento popular constituye de arriba abajo un revelador precedente de las prácticas totalitarias modernas. A mi juicio, demuestra de un modo irrefragable que las características funda-

mentales del complejo totalitario ya existían en el mundo premoderno. Ahora bien: en las sociedades agrarias, antes que la tecnología moderna creara instrumentos totalitarios infinitamente más eficaces y nuevas formas de receptividad a sus presiones, el complejo totalitario significó poco más que un inerte embrión.

Conviene notar aún una cuarta atadura entre los campesinos y la clase superior, a buen seguro bastante más eficaz que las antedichas: el clan. Como recordará el lector, era un grupo de gente que decía descender de un antepasado común. Aunque dirigido por los miembros que pertenecían a la *gentry*, el clan incluía asimismo gran número de campesinos. Tenía normas de conducta transmitidas oralmente en ceremonias llenas de color en que se congregaban todos los miembros y reafirmaban de un modo expreso su participación en la unidad colectiva. A través del clan, se infiltraban en el campesinado algunas ideas confucianas. Cuando menos las compatibles con la estructura de la sociedad campesina. Lo era, ciertamente, el respeto por la edad, dado el valor de la experiencia acumulativa en un mundo de cambio social muy lento. Cabe ver ahí una de las fuerzas más vigorosas entre las que creaban el conservadurismo campesino. La tierra ritual, poseída en propiedad colectiva, proporcionaba al clan la base económica de mayor entidad. Podía ser arrendada a sus miembros más pobres a un precio inferior al corriente. En algunos casos, procuraba los medios que permitían a miembros del clan aptos, pero indigentes, obtener una educación clásica y elevarse al mundo de la burocracia, desde el que estaban en condiciones de aumentar los recursos del clan. Se cree que las aldeas donde los clanes eran fuertes, especialmente aquellas cuyos habitantes constituían un solo clan, formaban unidades mucho más cohesivas y solidarias. Aunque también los hubo en el Norte, fueron mucho más fuertes en el Sur, de agricultura más rica, y generalmente un fenómeno conexo con la mayor riqueza agrícola.[93] Así, pues, no existieron en todas partes. Sin embargo, no siendo el clan sino una versión ampliada del linaje patrilineal y patrilocal con intensos rasgos patriarcales, muy difundido entre las clases altas, cabe suponer que en las partes de la China donde los clanes no predominaban existían numerosos linajes menores que agrupaban también hogares *gentry* y campesinos y que respondían al mismo propósito: vincular a dirigentes y dirigidos.

Por tanto, de un modo general, el clan y el linaje patrilineal aparecen como la única atadura importante entre los estratos altos y bajos de la sociedad china. Como tal, su importancia no debería subestimarse, si bien, según veremos, el clan era un arma de doble filo: podía servir asimismo de mecanismo clave para mantener unidos a grupos rebeldes. La debilidad general de la atadura entre dirigentes y dirigidos, en comparación con otras sociedades, excepto Rusia, que estuvo igualmente sujeta a insurrecciones campesinas, parece bastante probada, al menos por lo que respecta a la era manchú, y, a mi ver, explica en buena parte el que las rebeliones campesinas fuesen endémicas en la sociedad china. Ahora bien: ¿contribuyeron además a esa notable característica de la política china aspectos estructurales de la comunidad campesina como tal?

Al respecto, poseemos muy poca información directa del propio período manchú. Pero, varios antropólogos han llevado a cabo buenos estudios *in situ* de aldeas chinas modernas, incluso de algunas ubicadas en el interior, remotas a los influjos modernos. De los mismos, una vez eliminados los hechos claramente debidos a influjos recientes, podemos extraer inferencias sobre el período anterior.

La aldea china, la célula básica de la sociedad rural de la China —como de todas partes—, carecía sin duda de cohesividad en comparación con la de la India y el Japón o de tantas regiones de Europa. Deparaba a sus numerosos miembros muchísimas menos ocasiones para cooperar en una tarea común que crease hábitos y sentimientos de solidaridad.[94] Se hallaba más cerca de una aglomeración residencial de numerosos habitáculos campesinos que no de una comunidad viva y operante, sin que llegara, con todo, a estar tan atomizada como, por ejemplo, la aldea moderna del Sur de Italia, donde la vida parece haber consistido en un conflicto pacífico de todos contra todos.[95] Pese a ello, hay algo más que retórica política en las frecuentes manifestaciones de Sun Yat-sen y Chiang Kai-chek de que la China era similar a un montón de arena.

La unidad primaria de producción económica (y asimismo de consumo) de la aldea era el hogar, un hombre con su mujer e hijos.[96] Un antropólogo de primera fila, Fei, ha sostenido que fue el uso de la azada para cultivar los arrozales lo que motivó que la mayor parte del trabajo fuese muy individualista. «El trabajo colectivo no rinde sino la suma total de esfuerzos individuales. Tampoco acrece demasiado la eficiencia».[97] Aunque sobre el Norte triguero se posean menos datos, básicamente regían allí el mismo sistema de trabajo humano intensivo en una serie de pequeñas parcelas dispersas y el mismo tipo de sociedad aldeana.[98] Es, por tanto, bastante improbable que la sola tecnología explique el desarrollo relativamente débil de las prácticas cooperativas.

Alguna cooperación sí existió, y los breves comentarios al respecto que se leen en las fuentes sugieren una explicación de por qué no hubo más. El cultivo del arroz, para que rinda al máximo, requiere grandes cantidades de mano de obra en la temporada en que se trasplantan los plantones y en la de la cosecha. Más adelante veremos la muy eficaz organización con que la aldea japonesa supo resolver ese problema y la muy ineficaz que aún hoy prevalece en varias regiones de la India. Los aldeanos chinos lo afrontaron de diversas formas. A veces intercambiando trabajo: a tal fin sembraban en fechas escalonadas, de manera que el tiempo de cosecha no fuese el mismo para todos y los parientes pudiesen ayudarse entre sí. Los intercambios de trabajo dentro de agrupaciones por parentesco eran considerados como la mejor solución.[99] Si la parentela no podía aportar suficientes brazos en los momentos cruciales del ciclo agrícola, se contrataban jornaleros suplementarios. La mano de obra sobrante procedía de tres fuentes. En primer lugar, de los campesinos locales que tenían poca tierra para sustentar a sus familias.[100] La existencia de ese grupo posibilitó a los que tenían suficiente tierra imponer a los demás el trabajar

para ellos dentro del sistema social y político vigente. En segundo lugar, de aquellos que no tenían ninguna tierra. Por último, de personas que no podían sacar lo necesario para vivir de tierras insuficientes situadas en zonas distantes y más pobres. Aún a mediados de los años treinta, muchos braceros migratorios eran de distintos orígenes étnicos («almas errantes», «gente de barca»), aventureros que por lo general se conformaban con estipendios muy reducidos, cosa que mantenía bajos los niveles salariales. En ocasiones algunos chinos desheredados procedentes de otras comarcas podían asentarse en la aldea, pero, sin clan ni acceso a ninguna porción de tierra, vivían solos, fuera del flujo de la vida aldeana.[101]

Dada la abundancia y el excedente de mano de obra a causa de la situación que se acaba de describir, poco sorprende que la cooperación económica entre cualesquiera clases de individuos en la aldea china careciese de permanencia y de la base institucional que aún hoy existe en la India con el sistema de castas y, de otra forma, en el Japón. En la China premoderna, los ajustes para el intercambio o la contratación de mano de obra suplementaria eran fluidos, provisionales y poco urgentes. Y ello lo mismo en el Sur arrocero que en el Norte.[102] Incluso entre parientes próximos, los intercambios de trabajo se discutían y ajustaban de nuevo cada año, y, en los períodos de mayor actividad, los hacendados podían permitirse esperar hasta el último momento a contratar braceros suplementarios por jornales mínimos.

La única actividad frecuente que requería cooperación era el reparto del suministro de agua. Pero, más

que de aunarse en una tarea común, se trataba de cómo distribuir un recurso escaso, y a menudo paraba en conflicto ya dentro de la aldea ya entre aldeas distintas.[103] Contrastando con el Japón y también con la Europa premoderna, las principales decisiones del ciclo agrícola se tomaban individualmente. No hay rastro de nada que se parezca, ni de lejos, al *Flurzwang*: la práctica por la que la comunidad aldeana europea decidía cuándo debían pasar todos los campos que abarcaba a pastos para el invierno —tierras comunales aprovechable por todos— y cuándo debían volver como hazas separadas que arar y sembrar a la responsabilidad privada. También en la China se poseía el suelo en hazas dispersas por el territorio de la aldea. Pero la rareza de los animales y la intensa presión sobre el suelo imposibilitaron dicha práctica europea, incluso en las zonas trigueras del Norte.

Puesto que algunos historiadores de Rusia y el Japón han subrayado la importancia de la responsabilidad colectiva del pago de contribuciones como factor causativo de las aldeas solidarias características de tales países, vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que el sistema imperial de la China también la impuso.[104] A juzgar por los datos de tiempos más recientes, el sistema chino no produjo resultados similares. Es evidente que las prácticas tributarias, por sí solas, no bastan para crear comunidades aldeanas cohesivas, aunque son sin duda un factor importante. Según hemos visto, el Imperio, mirando a sus conveniencias, trató de crear solidaridad por medio del *pao-chia*. El fracaso, generalmente admitido, del *pao-chia* en la Chi-

na y, por otro lado, el que en el Japón tuviese más éxito una estructura similar basada en el modelo chino refuerzan de un modo considerable la tesis de que la cohesividad de las aldeas chinas tradicionales era débil. Es muy posible que la impresión de descuidado individualismo y de mínima cooperación organizada resulte algo exagerada debido a la necesidad de descansar en relaciones de antropólogos sobre tiempos bastante recientes. Con todo, es sumamente improbable que las formas estructurales básicas de la vida aldeana en el Imperio divergiesen en ningún aspecto fundamental de las observadas recientemente. El sistema de aparcería y el apego de la clase alta al ocio refinado, que entrañaba la necesidad de una mano de obra a la que no tuviese que supervisar directamente, todo apunta a ordenaciones similares, *grosso modo*, a las que acabamos de esbozar. Así, pues, las necesidades políticas de las clases altas se combinaron con las prácticas agrícolas para engendrar una combinación de individualismo campesino y excedente de mano de obra, la cual llevó a una sociedad campesina relativamente atomística.

Con esas observaciones, no pretendo sugerir que la aldea china fuese una guerra en miniatura de cada uno contra todos. No dejaba de haber en ella algún sentimiento de comunidad. Cada aldea, por lo regular, tenía un templo y numerosas festividades en que podían participar, en mayor o menor medida, todos los aldeanos de buena fe. Asimismo, en la oligarquía local de notables, tenía un medio en general eficaz para componer las diferencias entre los convecinos y evitar que culminaran en las agresiones que suelen producirse en cualquier grupo de personas que vivan en inmediata proximidad. Indica, por otro lado, que existía cierto sentimiento de comunidad el hecho de que muchas aldeas excluían rígidamente de la misma a los advenedizos. Ello obedecía a una razón muy simple: la tierra no alcanzaba para todos.

Ahí encontramos otro principio básico de la sociedad china: la posesión de tierra era absolutamente necesaria para ser un miembro hecho y derecho de la aldea. Ya hemos señalado antes que la tierra proporcionaba la base a las actividades del clan. Lo mismo cabe decir, reduciendo la escala, de la familia. Puesto que ésa constituía la principal unidad de producción económica, la ocupación del suelo era lo único que conducía a vínculos familiares fuertes y estables.[105] Toda la ética confuciana de respeto filial resultaba imposible sin propiedad, y era mucho más débil entre los campesinos pobres. Para ellos, a menudo resultaba imposible la misma vida de familia. Contrastando con la situación que imperó por largo tiempo en la sociedad occidental, los campesinos chinos más pobres tenían menos hijos y, claro está, de ésos también eran menos los que llegaban a la madurez.[106] Muchos ni siquiera podían casarse. Las aldeas chinas modernas incluían cierto número de «pelagatos», solteros demasiado pobres para casarse. «Eran objeto de lástima e irrisión por parte de los aldeanos, cuya vida se centraba en la familia».[107] Y, claro está, era el pobre quien vendía a sus hijos, sobre todo niñas pero a veces también niños, porque le era imposible criarlos.

En una palabra: sin propiedad, ni familia ni reli-

gión. Tal síntesis extrema un tanto la cosa. En la aldea china, había un sitio, aunque reducido y precario, para el trabajador agrícola sin tierra; en cuanto a los campesinos con poca tierra, lo más frecuente era que se ganaran mal que bien la vida trabajando para sus vecinos más ricos. Sin embargo, el antiguo concepto erudito de una ética confuciana que unificaba la sociedad china a través de millones de familias campesinas es bastante disparatado. Esa imagen patriarcal constituyó un costoso ideal aristocrático fuera de alcance para la mayoría de los campesinos. Si, en mayor o menor medida, existió también entre ellos, pocos más efectos tuvo que proporcionar un fundamento racional al despotismo dentro de la familia campesina, una rígida y meticulosa vigilancia exigida por una existencia brutalmente apurada. Con él la familia campesina china llevaba en su seno un potencial sumamente explosivo al que los comunistas, en su día, iban a echar la chispa.[108]

Así pues, en suma, la cohesividad de la sociedad campesina china parece que fue considerablemente menor que la de otras sociedades campesinas, y que dependió en gran manera de la posesión de una cantidad suficiente de tierra. Adelantemos que en la India, por el contrario, el sistema de castas encuadró a los labriegos sin tierra y les implicó en la división del trabajo dentro de la aldea, y que la vigencia de sus sanciones dependió mucho menos directamente de la posesión de tierra. Es difícil apreciar la significación política de tales diferencias, cuánto más si uno repara en el hecho de que, en la sociedad zarista rusa, las revueltas campesinas fueron endémicas, pese a haber desarrollado

los campesinos rusos fuertes hábitos solidarios. No cabe duda que, mientras unas formas de solidaridad promueven la insurrección campesina, otras la frenan, punto muy complejo cuyo análisis es mejor dejar para más adelante.

La estructura de la sociedad campesina china, junto con la debilidad de los vínculos entre el campesinado y las clases altas, ayuda a explicar por qué la China fue especialmente propensa a las insurrecciones campesinas, así como algunos de los obstáculos y límites de las mismas. Indica las líneas de fractura de la sociedad china, que se harían más y más obvias a lo largo del siglo XIX y parte del XX, a medida que la pobreza fue agobiando más y más duramente amplios sectores del país. Entonces los vínculos se romperían. Muchos campesinos abandonarían sus hogares para convertirse en bandidos o integrarse en los ejércitos de los caciques guerreros. El carácter de la sociedad china posibilitaba la formación de enormes masas de detritos humanos, yesca fácilmente encendida por cualquier chispa insurreccional. Por otro lado, la rebelión requiere algo más que la destrucción de los vínculos sociales existentes; también requiere la forja de nuevas formas de solidaridad y lealtad, cosa nada fácil en la China, toda vez que los campesinos no estaban acostumbrados a cooperar unos con otros más allá de los límites de la familia o el clan. La empresa es aún más ardua en el caso de una revolución, que intenta instituir un nuevo tipo de sociedad. De no haber mediado ciertas circunstancias fortuitas (es decir que no arrancaban de hechos internos), quizá los comunistas chi-

nos nunca hubiesen llegado a resolver el problema. El examen de las formas concretas que revistió la violencia al final del Imperio y en los tiempos subsiguientes dará mayor sentido a esas observaciones necesariamente generales.

Incluso en tiempos «normales», la ineptitud del sistema imperial para mantener la paz y la seguridad en el campo dejaba a sus moradores a merced de lo que, a falta de una palabra mejor, podemos llamar simplemente gangsterismo, el uso de la violencia para depredar a la población de un modo indiscriminado y sin el menor interés en transformar el sistema político, ni siquiera en sustituir el equipo de gobernantes en el poder por otro nuevo. Conviene guardarse así de idealizar al bandolero a manera de un amigo del pobre como de aceptar la imagen oficial. Cosa típica, los lugareños solían ajustarse con los bandoleros a fin de que les dejasen en paz. Bastante a menudo los adalides locales de la *gentry* estaban en muy buenos términos con ellos. Los había profesionales y por herencia.[109] Todo eso, de suyo, no tiene nada de particular. El gangsterismo tiende a aflorar dondequiera que las fuerzas del orden público son débiles. El feudalismo europeo era, fundamentalmente, gangsterismo que se había hecho sociedad y que había adquirido un aire respetable gracias a los ideales caballerescos. Como el que el feudalismo surgiese de la ruina del sistema administrativo romano, tal «ayudarse a sí mismo» inmolando a otros se opone en principio al funcionamiento de un sistema burocrático eficaz. Una burocracia, para perdurar, debe obtener el monopolio de las víctimas y

sacrificarlas con arreglo, a un principio racional, proporcionado en la China por el confucianismo. Al descomponerse en las satrapías de los caciques guerreros, débil y temporalmente reunificadas bajo el Kuomintang, el sistema imperial entero fue adquiriendo atributos gansterianos, con lo que se hizo cada vez más impopular.

Durante el período manchú, la divisoria entre mero bandolerismo depredador y rebelión organizada fue, si acaso, leve. Y es que, a una rebelión, no le basta el poder captar un flujo continuo de individuos de las aldeas, cosa relativamente fácil en el campo chino, dadas las condiciones de su estructura social. Aunque ello fuese indispensable para empezar, de suyo no podía tener más efecto que suministrar un reclutamiento continuo al bandolerismo. Para que una rebelión represente una amenaza seria, debe adquirir una base territorial independiente del gobierno, e irla extendiendo sin cesar. La adquisición de una base territorial, a su vez, implica conseguir que aldeas en bloque cambien de fidelidad, cosa que en la China significaba: lograr que los notables locales, entre ellos la *gentry* residente, cooperasen y, por otra parte, brindar mejores condiciones de vida a los campesinos.

Por desgracia, no hay ninguna buena monografía sobre la gran Rebelión Taiping del decenio 1850-1860 escrita por un historiador sensible a los problemas de estructura social. Hay, sin embargo, un instructivo estudio de la Rebelión Nien (1853-1868), por algún tiempo conexa con la anterior. El mismo nos permite discernir algunas de las causas y limitaciones de la re-

belión tradicional en el siglo XIX. Vale la pena hacer algunos comentarios al respecto.

Como las demás rebeliones del siglo XIX, la de los *nien* fue producto de la decadencia imperial, y contribuyó a intensificarla y acelerarla. La mala administración y el hambre, a veces agravadas por grandes desastres naturales en forma de inundaciones que movían a muchos campesinos a abandonar sus hogares, contaban entre las causas inmediatas de aquellos estallidos. Hasta cierto punto, las inundaciones no eran tan sólo desastres naturales; también se originaban de un hecho político-social: el frecuente descuido de los diques y sistemas de canalización.[110] Dada la impotencia del gobierno imperial para proteger a las comunidades locales contra los merodeadores, ésos mismos pasaban a hacerse cargo de su defensa y administración, e imponían contribuciones a sus miembros. En la región de los *nien*, los rebeldes levantaron terraplenes alrededor de las aldeas. Las sociedades secretas tuvieron ahí un importante papel, so pretexto que ayudaban a la defensa de los lugareños cuando las aldeas contendían entre sí. Simultáneamente, la *gentry* local se hizo con el control de las fuerzas militares regionales. El gobierno central creyó necesario servirse de fuerzas militares locales contra otras que estaban en rebelión abierta, compromiso que a la larga aún debilitaría más su poder y autoridad. Esos dos factores, las sociedades secretas y la existencia de unidades militares dirigidas por la *gentry*, deslindaron la rebelión del mero bandolerismo.[111]

Los *nien* extendieron su base tomando aldeas circundadas de terraplenes, o sea ya considerablemente

desasidas de la autoridad del gobierno central. Para inducir a los notables locales a cooperar, les dejaban en el poder con tal que estuviesen dispuestos a hacerlo, y los más, al parecer, lo estuvieron. A los oficiales leales al gobierno que permanecían en la zona, se les humillaba públicamente. El clan, vale la pena notarlo, formó la base de la organización rebelde. Sólo las familias acaudaladas y poderosas capitaneaban a un número de adictos y clientes lo bastante crecido como para que su adhesión fuese valiosa. Eso no lo era todo, sin embargo; las lealtades de clan sustentaban una fidelidad apasionada del campesinado a sus adalides rebeldes.[112] Aun operando primordialmente a través del orden social establecido, los rebeldes no dejaron de tener un rudimentario programa económico y social. Comprendían que el alivio de la masa hambrienta era la llave para ganarse su lealtad. Intensificaron la producción de trigo y de cebada en sus dominios. La presa de cosechas pasó a ser un estímulo importante para las campañas a lo largo de los límites de su territorio.[113] Posiblemente por influjo de los *taiping*, llevaron a efecto una tosca tentativa de reforma agraria distribuyendo los frutos a partes iguales y limitando la autoridad de los terratenientes de mayor cuantía.[114]

A la vista están algunas de las limitaciones de la rebelión tradicional, que los comunistas iban a superar, aunque no sin dificultades. La participación y el caudillaje de la *gentry* limitaban la posibilidad de cualquier cambio efectivo. El sistema *nien*, además, era de por sí depredador: captaba provisiones mediante correrías sobre áreas vecinas, con lo que se ganaba su enemis-

tad.[115] Ello equivalía a autoderrotarse, y explica por qué no todos los grupos locales se identificaron con los rebeldes. Algunos se inclinaron por la «autodefensa neutral»; otros incluso tomaron partido por el Imperio.[116] Parece que concurrieron factores algo similares en el caso de la Rebelión Taiping. Al principio, los habitantes de muchas zonas preferían los rebeldes a sus gobernadores imperiales. Después, cuando los rebeldes se demostraron incapaces de llevar a cabo ninguna reforma efectiva, y quizás a medida que sus exacciones se hicieron más y más duras en el curso de la lucha contra el gobierno, perdieron mucho de su apoyo popular.[117]

Por largo tiempo, las fuerzas imperiales siguieron contra los *nien* una estrategia puramente militar, intentando sin éxito destruir los terraplenes. A la postre, el gran ministro imperial Tseng Kuo-fan, que, dentro de las circunstancias chinas, tiene visos de un Bismarck *manqué*, logró la victoria adoptando las tácticas rebeldes. También él operó con y por los notables locales y ofreció beneficios concretos a los campesinos: promoción de la agricultura y paz, a buen punto, pues ya estaban cansados de desorden. Cerca ya del final, dádivas monetarias y la perspectiva de hallar subsistencias en las fuerzas militares del gobierno indujeron a muchos a rendirse.[118] La rebelión, que había empezado en el invierno de 1852-1853, no terminó hasta 1868. Uno de sus rasgos más interesantes, desde el punto de vista de los problemas aquí debatidos, es que tanto las autoridades rebeldes como las imperiales pudieron manipular la estructura social local con, a poco más o menos, el mismo grado de facilidad o dificultad. Las «armas organizacionales», parece, no fueron decisivas. Mucho más importantes fueron los motivos de queja del campesinado. Cambios de signo en su lealtad, ni qué decir tiene que manipulados y acelerados por ambos bandos, determinaron así el estallido como el final de la rebelión.

Por tanto, la estructura de la sociedad china tradicional, por un lado, empujaba a la rebelión y, por el otro, imponía serías limitaciones a sus posibilidades. Una rebelión podía derrocar la dinastía reinante, y en este caso, según observa una fuente china, los historiadores dorarían después el asunto.[119] O podía volverse una forma peor de opresión e irse agotando a medida que las fuerzas imperiales recobraban una apariencia de control. Sólo cuando el impacto del mundo moderno hubo carcomido la superestructura por las vías antes indicadas, sólo entonces pasó a ser posible una verdadera tentativa revolucionaria. Tratemos de comprender ahora qué efectos tuvo la venida del mundo moderno para el campesino, base de la estructura social china.

Durante el siglo XIX, fueron manifestándose signos dispares, pero inequívocos, de un empeoramiento en la situación económica del campesino: abandono de la labranza, deterioro de los sistemas de irrigación, creciente desempleo agrícola. Si bien tales signos eran perceptibles en prácticamente todo el Imperio, quizás en las provincias norteñas más que en ninguna otra parte, la diversidad regional de la China opone excepciones a cualquier generalización. Algunas provincias

continuaron disfrutando de prosperidad y abundancia, mientras que otras sufrían hambre y condiciones conexas con el hambre.[120] Las industrias artesanas campesinas, un importante suplemento a los escasos recursos de los campesinos y un modo de emplear la mano de obra sobrante en los períodos de inactividad del ciclo agrícola, fueron quebrantadas por la introducción de los baratos tejidos occidentales. Hasta tiempos muy recientes, los estudios básicos han subrayado ese hecho, posiblemente en demasía. Es verosímil que los campesinos acabaran hallando otra ocupación: las relaciones antropológicas sobre aldeas modernas suelen insistir en la importancia de las labores artesanas como aditamento, aunque reducido, vital a los medios de subsistencia de los campesinos.[121] En todo caso, no cabe duda que, por algún tiempo, el impacto fue duro en muchas zonas. La difusión del opio, fomentada al principio por el Occidente y más tarde por los japoneses, aumentó la desmoralización, así como la desgana a pugnar por reformas.

A la vez, cerca de las urbes costeras y a lo largo de los grandes ríos, el mercado aldeano local iba cediendo paso al gran mercado urbano; los efectos de una economía de mercado penetraban asimismo más y más profundamente en las áreas rurales. Hacía ya largo tiempo que la China conocía la práctica de una economía monetaria. No es, por tanto, que esos cambios introdujesen algo del todo nuevo. En la década 1930-1940, la inmensa mayor parte de la producción agrícola aún se vendía en la población-mercado comarcal o, a lo sumo, en la capital del distrito (*hsien*).[122] Sin embargo, la creciente importancia del tráfico vino a ocasionar muchas de las dislocaciones sociales y políticas que se habían dado durante una fase más temprana de la historia europea. Al evolucionar el tráfico hacia una práctica más ágil y organizada centralmente, el campesino fue dejado atrás, y su posición en el mismo se deterioró. Sin reservas y operando acerca del margen de subsistencia, a menudo tenia que vender inmediatamente después de la cosecha, cuando los precios estaban en baja. Huelga casi decir que en la China, donde escaseaban las facilidades de transporte y de almacenaje, las variaciones estacionales de los precios eran violentas. El apuro del campesino favorecía al comerciante o especulador, por lo común coligado con el terrateniente. Los comerciantes tenían más reservas, más fuentes de información y más oportunidades para hacer combinaciones que los campesinos. A veces estaban sólidamente organizados en ligas que fijaban los precios y prohibían la competencia entre sus miembros. A la vista de las circunstancias, poco sorprende que el comerciante, en general, llevase la mejor parte sobre el campesino.[123]

Cuando se endeudaban, los campesinos tenían que pedir préstamos, de ordinario a intereses muy altos. De no poder amortizarlos, tenían que transferir a un terrateniente el título de propiedad sobre su tierra, si bien acostumbraban a seguir cultivándola por tiempo indefinido.

Esa serie de procesos hizo mella de un modo especial en las provincias costeras. Allí estalló la rebelión de campesinos de 1927, según su historiador, Harold

Isaacs, la mayor desde los días de los melenudos *taiping*.[124]

A la luz de la conexión entre propiedad y cohesión social, quizá el aspecto más importante de los cambios que estamos considerando fue el desarrollo de una masa de campesinos marginales en el fondo de la jerarquía social de la aldea. Algunas monografías modernas indican que llegaron a significar sobre la mitad o más de sus vecinos.[125] Qué incremento pueda representar esa cifra para el siglo XIX, caso de que en efecto lo hubiese, hasta la fecha se desconoce. Está, en cambio, bastante claro que aquellos campesinos representaban un material potencialmente explosivo.[126] Eran marginales, no sólo en el sentido físico de que vivían al borde de la inanición, sino también en el sociológico de que la pérdida de propiedad implicaba un desgaste de las ataduras que los unían al orden establecido. De hecho sus vínculos con la aldea eran probablemente menos fuertes de lo que uno concluiría a base de los estudios antropológicos modernos, toda vez que ésos hubieron de llevarse a cabo en áreas donde el orden público y la estabilidad aún imperaban. Pero, mientras tanto, vastas áreas del país estaban trastornadas por la revolución o incluso bajo el control de bandoleros. Y la base masiva de la revolución que empezó en 1927 y culminó en la victoria comunista de 1949 fue un campesinado falto de tierra. Ni en la China ni en Rusia llegó a existir nunca un proletariado agrícola copioso que trabajara en modernos latifundios capitalistas, fuente de mucha de la subversión rural en España y en Cuba, y posiblemente también en otras partes. Los hechos

tampoco se desarrollaron como en 1789 en el campo francés, donde la revolución no provino de los campesinos sin tierra, pese a ser muy numerosos, sino del estrato superior del campesinado, que la frenó en cuanto apuntaron signos de que tendía a ir más allá de la confirmación de los derechos de propiedad y eliminación de los vestigios feudales.

La miseria y la explotación masiva no bastan de por sí para crear una situación revolucionaria. Es preciso, además, que la injusticia empotrada en la estructura social salga a luz, es decir, o nuevas exigencias a las víctimas o algún motivo para que las víctimas perciban que las exigencias de siempre son injustificables. Ese ingrediente necesario, lo proporcionó en la China la decadencia de las clases altas. La *gentry* había perdido su *raison d'être*, y sus ex miembros ya no eran más que simples terratenientes usureros. El fin del sistema de exámenes significó el fin de su legitimación y del sistema confuciano que la había fundamentado. En qué medida los campesinos habían aceptado realmente el confucianismo hasta entonces, es extremo algo dudoso. Según ha observado Max Weber, la religión de las masas consistía ante todo en una síntesis de taoísmo y magia, más adecuada a sus propias necesidades. Algunas ideas confucianas, no obstante, sí penetraron en ellas, a través del clan. Sea como fuere, la estimación propia que había dado aplomo a las antiguas clases dirigentes ante los campesinos se había evaporado en gran manera. Para llenar el vacío dejado por el colapso del antiguo estrato rector, surgieron toda clase de *élites* turbias: chantajistas, gánsteres, etc. La falta de un

poder central fuerte motivó que cundiese la violencia privada, indispensable ahora a los terratenientes para seguir sujetando al campesinado. Muchos terratenientes se trasladaron a la ciudad, donde estaban más resguardados. Aquellos que se quedaron en el campo convirtieron sus residencias en fortalezas y cobraban sus deudas y rentas a punta de pistola.[127] Por supuesto, no todos los terratenientes se conducían así. Es muy posible que los tales no pasasen de una pequeña minoría, si bien en sus medios, a juzgar por los estudios antropológicos, debieron de ser las figuras más poderosas e influyentes. Junto a la explotación desnuda y brutal, continuaron existiendo relaciones patriarcales. Pero aquélla se difundió lo bastante como para contribuir a crear en muchas comarcas de la China una situación potencialmente explosiva, que daría a los comunistas su oportunidad. Vale la pena notar que en la India, hasta aquí, no ha tenido lugar ningún deterioro comparable de las clases altas.

Decir que existía una situación revolucionaria no implica que la conflagración debiese estallar de un modo espontáneo. La interesada verdad a medias de que los tumultos y revoluciones se deben a «agitadores externos» —verdad a medias que, en el fondo, es una mentira, por cuanto ignora las circunstancias que hacen efectiva la labor de los agitadores— descansa en el caso de la China sobre una sólida base de datos. En numerosas descripciones de la vida aldeana china, no he dado con el menor indicio de que los campesinos estuvieran bregando *motu proprio* para organizar efectivamente o llevar a cabo alguna acción subversiva. La idea

de que las aldeas campesinas se hallaban ya en revuelta abierta antes que entrasen en juego los comunistas no se corresponde con el arsenal de testimonios que aportan estudios antropológicos realizados sobre el terreno.[128] Quienes juzgaran intolerable el estado de cosas debían de abandonar sus lugares nativos, en muchos casos para unirse a una partida de bandidos o a las huestes de un cacique guerrero, y a veces para engrosar las fuerzas comunistas, en constante aumento. Dentro del viejo entramado de la aldea, poco se intentó hacer espontáneamente. Al igual que en los tiempos manchúes, para que los campesinos se volvieran de un modo activo contra el orden social existente, fue preciso que se les guiase desde fuera. Por lo que toca a la aldea misma, casi seguro que la situación podría haber seguido deteriorándose hasta que, simplemente, la mayoría de los aldeanos murieran en la próxima hambre. Así, ni más ni menos, había ocurrido repetidas veces.

Con esas observaciones, no estoy insinuando en absoluto que los campesinos chinos fuesen de suyo estúpidos o faltos de iniciativa y coraje. La conducta de las huestes revolucionarias, incluso después de la debida rebaja a la propaganda de «heroicos revolucionarios» y tal, más bien demuestra todo lo contrario. No, mi único propósito es señalar que, en muchas zonas, los tentáculos del antiguo orden envolvieron hasta el último momento al individuo, tanto, que no le dejaban actuar como unidad aislada y, muy a menudo, ni siquiera pensar en semejante manera de comportarse. La ya mencionada falta de cohesividad de la aldea chi-

na, por otro lado, puede que ayudara a los comunistas originando un flujo continuo de reclutas hacia las áreas comunistas. También es probable que facilitara su tarea de demoler y transformar la vieja estructura aldeana. Para emitir juicios más firmes, se requeriría información más precisa. Pero, por muy desvencijado que estuviese, el antiguo orden no debió de desaparecer en virtud de una acción espontánea de la aldea como tal. Cierto que tampoco fue así en ninguna de las demás grandes revoluciones modernas, pública voz y fama.

La misma entrada en aquella escena de general miseria y decadencia del Partido Comunista Chino fue de por sí insuficiente. El Partido había sido fundado en 1921. Trece años después, los comunistas tenían que abandonar su máxima base territorial, el Kiangsi, y emprender la famosa Larga Marcha hacia el remoto Yenan. Sus posibilidades, a juicio de algunos historiadores, estaban entonces en lo más bajo del menguante. Apenas habían demostrado otra cosa que una tenaz capacidad para sobrevivir: las cinco grandes ofensivas militares de Chiang entre 1930 y 1933 no habían alcanzado a desarraigarlos. Pero no habían sido capaces ni de extender su base territorial ni de aquistarse gran influencia fuera de las zonas que controlaban de inmediato.

El fracaso de los comunistas durante todo aquel tiempo puede explicarse en parte por su estrategia equivocada. Interés en serio por utilizar a los campesinos como base para un movimiento revolucionario, no había empezado a manifestarlo hasta 1926.[129] Tras la

ruptura con Chiang Kai-chek en 1927, el Partido aún intentó tomar el poder por medio de sublevaciones proletarias en las grandes ciudades, con desastrosos y sangrientos resultados. No cabe duda que el abandono de ese aspecto de la ortodoxia marxista y la adopción de la estrategia de Mao de apoyarse en el campesinado eran indispensables. Pero, para triunfar, hacía falta más.[130] En primer lugar, adoptar una actitud más contemporizadora respecto a los campesinos acomodados, táctica no adoptada hasta 1942, si bien venían ya presentándose vislumbres de la misma desde mucho antes.[131] Por importantes que fuesen tales giros, es de presumir que, por sí solos, no habrían permitido una victoria revolucionaria a los comunistas chinos. El ingrediente decisivo fue la conquista japonesa, y los métodos que suele emplear un conquistador extranjero para realizar la ocupación.

A raíz de la ocupación japonesa, los oficiales del Kuomintang y los terratenientes se trasladaron del campo a las ciudades, dejando a los campesinos en la estacada. En segundo lugar, las intermitentes operaciones de limpieza y campañas de exterminio del ejército japonés unieron a los campesinos en una masa solidaria. Así, los japoneses hicieron por los comunistas dos tareas revolucionarias esenciales: eliminar a las antiguas *élites* y forjar solidaridad entre los oprimidos.[132] Confirma esa conclusión a primera vista paradójica un indicio negativo. Allí donde los japoneses o su régimen títere dieron algún amparo a los campesinos, las organizaciones guerrilleras no medraron. Los comunistas no pudieron establecer bases de guerrilla

en las regiones que no vivieron la experiencia del ejército japonés.[133]

Dada la importancia de la contribución japonesa, conviene sobre manera considerarla en su perspectiva justa. Ver en ella alguna suerte de pacto diabólico entre los japoneses y los comunistas, enemigos en lucha abierta, sería, por supuesto, una necedad. Favoreciendo las circunstancias a los comunistas, ésos sacaron partido de su ventaja *a la vez* contra los japoneses y contra el Kuomintang, que mostró marcadas tendencias colaboracionistas y que, claro está, no deseaba en absoluto ver culminar la guerra en una revolución social.[134] La guerra intensificó la situación revolucionaria, y la llevó hasta el cabo. Desde el punto de vista de la sociedad y la política chinas, la guerra fue un accidente. Desde el punto de vista de la interacción de las fuerzas políticas y económicas en el mundo todo, ya no lo parece tanto. Así como en el caso de la victoria bolchevique en Rusia, que algunos historiadores estiman un resultado accidental de la Primera Guerra Mundial, la ineludible necesidad analítica de aislar determinadas áreas manejables de la Historia puede conducir a verdades parciales que son engañosas e incluso falsas, a menos que uno las devuelva después a su debido contexto.

Concluiremos con unos breves comentarios sobre cómo se valieron los comunistas de las líneas de fractura existentes en la aldea para destruir los residuos del antiguo orden. Por fortuna poseemos dos buenos estudios acerca de dos aldeas, una del Norte y otra del Sur, durante el período de la toma del poder por los

comunistas, proceso cuyos sucesivos estadios y problemas nos muestran.

La aldea norteña estaba situada en la región fronteriza Shansi-Hopeh-Shantung-Honan, donde los comunistas lograron establecerse y combinar su lucha social con la resistencia nacionalista a los japoneses. Siendo así que los elementos más acaudalados de la zona, entre ellos los vestigios de la administración Kuomintang, se habían identificado con los japoneses a fin de preservar sus bienes, los comunistas pudieron combinar su programa social, entonces muy moderado, con la resistencia a la opresión extranjera, cosa que les favoreció en extremo. Veamos el caso de nuestra aldea. Los comunistas, poco a poco, vinieron a establecer en ella su propia organización política en lugar de la existente, y pasaron a desarrollar un programa que beneficiaba a los numerosos campesinos pobres e imponía las cargas a los ricos. Para empezar, se suprimieron los tributos que hasta ahí habían llenado las arcas del Kuomintang, al paso que las nuevas cargas destinadas a organizar la retaguardia se distribuyeron, *grosso modo*, según la capacidad para pagarlas. El nuevo lema fue: «Los adinerados tributan dinero; los trabajadores tributan trabajo». La crisis decisiva se produjo cuando los japoneses impusieron una contribución a la aldea. Suscitando la controversia sobre si debía pagarse según el repartimiento igualitario japonés o según el sistema comunista de cargar a los ricos, los comunistas, por de pronto, escindieron de parte a parte la aldea en ricos y pobres. A la vez habían estado apremiando a los campesinos a esconder su grano en cuevas y a prepa-

rarse para evacuar el país. Como los ricos no habían hecho lo mismo, se hallaban ahora expuestos a que vinieran los japoneses y les tomaran todo su grano. De ahí que terminaran por plegarse a la propuesta comunista. Ese episodio muestra cómo los comunistas, al igual que los revolucionarios anteriores, podían compeler a aldeas y regiones enteras a pasarse a su bando y aceptar su administración, y también cómo contribuyeron los japoneses a forjar una nueva solidaridad en beneficio de los comunistas. Pero los comunistas fueron mucho más lejos. Aun valiéndose a veces de las corrompidas autoridades preexistentes, crearon nuevas organizaciones entre los campesinos pobres e incluso entre las mujeres, el grupo más oprimido de la sociedad china. Sobre todo con su programa de autarquía local (establecieron, por ejemplo, una cooperativa), y por otros muchos conceptos, presentaron a los campesinos una alternativa concreta a la sumisión y el hambre. La reforma agraria en gran escala era algo que podía esperar. Cuando llegó, trajo consigo venganzas contra colaboracionistas y antiguos opresores. La lectura de tal relación ayuda a comprender el *élan* revolucionario que propulsó así la resistencia a los japoneses como el viraje comunista hacia la victoria sobre el Kuomintang.[135]

Unos años más tarde la revolución comunista llegaba a Nanching, aldehuela cercana a Cantón, y no en forma de ayuda a resistir a los japoneses, sino desde arriba. Una atronadora explosión, provocada por soldados nacionalistas en retirada al volar el puente de acero sobre el Río de Perlas, estremeció las ventanas

de la aldea y anunció la caída del antiguo gobierno. A los pocos días se presentaron bien armados destacamentos de soldados comunistas que fijaron carteles donde se proclamaba la abolición del régimen político establecido y se ordenaba al personal del antiguo gobierno que permaneciesen en sus puestos hasta que hubieran traspasado sus funciones y documentos a nuevo personal. Al cabo de diez meses, durante los cuales apenas ocurrió nada, aparecieron por fin los cuadros para la reforma agraria, tres hombres y una mujer de más o menos veinte años que disfrazaban sus orígenes burgueses y urbanos «con uniformes grises sucios y concienzudos esfuerzos por imitar el modo de vivir de los campesinos».[136]

Una vez en marcha, el proceso de destruir el antiguo orden y tomar las medidas preliminares para la creación de uno nuevo se desarrolló aprisa, siempre bajo la dirección del gobierno. En esencia, se cifró en quitar la tierra al rico y dársela al pobre. «La estrategia general consistió en unir a los campesinos pobres, trabajadores agrícolas y campesinos medianos y en neutralizar la resistencia de los campesinos ricos, así como en aislar a los terratenientes».[137] Los resultados fueron más bien otros. Aunque los comunistas utilizaban categorías que se correspondían bastante bien con las realidades sociales de la aldea, la consecuencia más señalada fue la incertidumbre general, incluso entre los campesinos pobres, que eran los máximos beneficiarios inmediatos, pero que parecen haber abrigado tantas dudas como los otros aldeanos acerca de cuánto iba a durar todo aquello. Antes había campado un odio re-

primido entre los dos extremos: el terrateniente rico, explotador y cruel, y sus renteros. Con el nuevo sistema, se dividió metódicamente a la aldea entera en numerosos compartimientos, todos contrapuestos entre sí.[138]

Hay un aspecto que merece especial atención por la luz que arroja retroactivamente sobre los mecanismos de la era precomunista, así como sobre las tácticas comunistas. La tierra fue redistribuida no a la familia en conjunto, sino a cada uno de sus miembros por partes iguales, sin atender a la edad ni al sexo. De ese modo, los comunistas desintegraron la aldea en sus mismos cimientos, al deshacer la conexión entre propiedad territorial y familia. Destruyendo la base económica para los vínculos de parentesco, o cuando menos debilitándolos en gran manera, los comunistas liberaron poderosos antagonismos entre alineaciones de clase, y asimismo de edad y sexo. Sólo a partir de la realización por los comunistas de tal labor disolvente, sólo entonces se hizo abierto y encarnizado el enfrentamiento de los campesinos con los terratenientes, de los renteros con los colectores de rentas, de las víctimas con los matones locales. Los últimos en formular cargos fueron los jóvenes contra los viejos. También ahí vino a aflorar ahora un áspero conflicto.[139]

El régimen comunista forjó un nuevo enlace entre la aldea y el gobierno nacional. Pasó a ser evidente para cada campesino que su vida cotidiana dependía de un poder político nacional. Estima C. K. Yang que, a través de esa nueva vinculación, los comunistas aún sacaron más de la aldea que el terrateniente rentista y el

Kuomintang. Sin embargo, las nuevas y mayores cargas se distribuyeron mucho más equitativamente que antes.[140] Todos esos cambios fueron temporáneos y transicionales. El destruir el antiguo orden, el forjar nuevos vínculos con el gobierno, el extraer más recursos de los campesinos no eran sino preliminares necesarios para resolver el problema básico de incrementar la producción económica y hacer figura en un mundo de gigantes armados en competencia universal. Pero esa parte de la historia cae fuera del alcance de este libro. En la China, más aún que en Rusia, los campesinos suministraron la dinamita que al cabo hizo estallar el antiguo orden. De nuevo aportaron la principal fuerza motriz para la victoria de un partido consagrado a actualizar por el terror más riguroso una fase supuestamente inevitable de la Historia en que el campesinado cesaría de existir.

V

EL FASCISMO ASIÁTICO: EL JAPÓN

1. REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA: RESPUESTA DE LAS CLASES DIRIGENTES A LAS NUEVAS Y A LAS VIEJAS AMENAZAS

Durante el siglo XVII, llegaron al poder en el Japón, la China y Rusia nuevos gobiernos que pusieron fin a un prolongado período de desorden y luchas intestinas en cada uno de los tres países. En Rusia y la China, el establecimiento del orden público marcó el comienzo (si puede hablarse de comienzos en historia) de un proceso que culminaría en revoluciones campesinas. Las burocracias agrarias de esos dos países impidieron el medro de una clase de comerciantes y fabricantes independientes. Simplificando, algo en exceso, podemos decir que, al faltar una revolución burguesa, se dio una revolución campesina que abrió paso a la modernización totalitaria. El desarrollo japonés, en cambio, siguió un curso muy distinto, más próximo al de Alemania. Aunque los influjos mercantiles minaron el orden agrario, al igual que en el caso de Alemania no hubo ninguna revolución burguesa lograda. Y los japoneses consiguieron contener y desviar los descontentos cam-

pesinos, de modo que evitaron una revolución campesina. A fines de la tercera década del siglo xx, lo que había resultado de todo ello se asemejaba mucho al fascismo europeo.

¿Qué explica la disparidad entre el curso de la modernización japonesa y el de Rusia y la China? Como una posible explicación, nos viene en seguida a la mente el feudalismo. Tanto en Rusia como en la China, el feudalismo no significaba más que una noticia remota, si es que de veras puede decirse que habían llegado a conocerlo en algún tiempo, materia de polémica entre los estudiosos. La versión japonesa del feudalismo, en cambio, se mantuvo vigorosa hasta muy adelante del siglo xix. Siendo asimismo el Japón el único país asiático que se había transformado en una respetable potencia industrial por la tercera década del siglo xx, la hipótesis de que el feudalismo aporta la clave resulta muy atractiva, más aún dado el amplio cuadro de historia que ayudaría a hacer más ordenado e inteligible.[1] Puesto que el feudalismo japonés contribuyó en efecto a posibilitar que un sector de las clases dirigentes tradicionales se desgajara del orden imperante y llevara a cabo una revolución desde arriba a fin de promover los cambios sociales necesarios para el progreso industrial, no cabe duda que encierra una parte importante de la explicación. Sin embargo, es preciso ver por qué fue ello posible y cómo estuvo enlazado concretamente el proceso de modernización con el feudalismo tal cual era en el país.

Lo mismo para explicar que para valorar dicha transformación, importa tener presentes las limitaciones de nuestra perspectiva histórica actual. Dentro de cien años, y quizá mucho antes, el carácter parcial de la revolución industrial y social japonesa, en particular la muy limitada «revolución» de la Restauración Imperial en 1868, puede que parezca el nudo de la tragedia del Japón. Vale la pena recordar que los historiadores modernos ponen en cuarentena el éxito de Bismarck en combinar lo viejo y lo nuevo. Por otro lado, la sociedad china contemporánea, pese a serias dificultades y reveses, parece que va para adelante. Tal vez la China, aprendiendo de los errores soviéticos, termine por sobrepasar a Rusia. Claro está: es imposible anticipar perspectivas futuras. Pero sí podemos rehuir el dar las muestras por absolutas. Es insensato presentar la respuesta japonesa al reto del mundo moderno como un éxito y la china como un fracaso.

Con esas cautelas en la mente, tratemos de descubrir qué características de la sociedad japonesa premoderna tuvieron un papel señalado en el curso de la modernización. Al erosionarse el antiguo orden, aparecieron fisuras verticales y fisuras horizontales, quizá tan importantes las unas como las otras. Hubo, además, significativas diferencias entre el feudalismo japonés y el occidental. Pero tales observaciones son terriblemente abstractas; es necesario que nos adentremos en los mecanismos concretos de la sociedad durante un período específico a fin de ver qué significan de hecho.

Gracias a su victoria en la batalla de Sekigahara en el año 1600, Tokugawa Ieyasu, uno de los más famosos gobernantes de la historia japonesa, puso fin al perío-

do de guerras entre barones e inauguró una era de paz interior. En sus aspectos políticos formales, ese régimen, conocido por los historiadores como el Shogunato Tokugawa, perduró hasta la Restauración del emperador en 1868.[2] La idea política dominante del Shogunato fue de naturaleza estática: mantener el orden público. Bajo el mismo la sociedad estuvo marcadamente dividida en dirigentes y dirigidos. Los últimos eran por la mayor parte campesinos, a los que las clases militares dirigentes consideraban ante todo como un instrumento para cultivar la tierra y percibir tributos.[3] En compensación, mientras el sistema funcionó bien, los campesinos obtuvieron a lo menos un poco de seguridad económica y justicia política. Por los más diversos medios, desde severos edictos suntuarios hasta el aislamiento del Japón de casi todo contacto con el mundo exterior entre 1630 y la venida del comodoro Perry en 1854, los gobernantes se esforzaron por reprimir cualesquiera influjos que pudiesen minar el orden vigente. Los mercaderes de las ciudades, de quienes nos ocuparemos más abajo, serían con el tiempo una de las máximas fuentes de ruptura, y de inquietud para los gobernantes.

Dentro de los grupos dirigentes, había notables grados y distinciones. El emperador era una figura nebulosa y remota; no alcanzó a convertir su prestigio en poder efectivo —para otros— hasta tiempos muy avanzados. Las riendas de la autoridad estaban en manos del *shôgun*, cabeza de un sistema que se parecía mucho más al absolutismo del *Roi Soleil* que no a las instituciones feudales descentralizadas de la primitiva

historia europea. Junto con las diversas ramas de la familia Tokugawa y sus vasallos inmediatos, el *shôgun* poseía entre un cuarto y un quinto de toda la tierra labrantía del país. La mayor parte de sus recursos dimanaban de esa fuente.[4] Para administrar tales dominios, empleaba a unos cuarenta intendentes con salarios regulares.[5] Por tanto, como en la Europa occidental contemporánea, el feudalismo japonés contenía una buena dosis de burocracia.

Conviene notar algunos aspectos del sistema de autoridad de los Tokugawa. Primero, que representó una tentativa de sobreponer cierta autoridad burocrática central a un régimen feudal fragmentado en que importaba enfrentar a los grandes feudos entre sí. En segundo lugar, que esa fragmentación nunca se eliminó del todo. Cuando, a mediados del siglo XIX, el Estado de los Tokugawa pasó a tropezar con crecientes dificultades, algunas de las más profundas hendeduras verticales fueron las mismas que las recubiertas por el sistema establecido en 1600.

Directamente debajo del *shôgun* en rango, venía el pequeño cuerpo de los grandes señores o *daimyô*.[6] En 1614, había 194, y sólo 266 inmediatamente antes de la Restauración de 1868. En la última fecha, la producción del mayor feudo estaba registrada en 1.022.700 *koku* de arroz. Por término medio, era de unos 70.000 *koku*.[7]

Debajo de los *daimyô* se hallaba el gran cuerpo de los *samurai*, o militares, entre los que había considerables diferencias en poder y riqueza.[8] En vísperas de la Restauración, se estimaba que, con sus familias, ascen-

días a unos 2.000.000 de personas, o sea a sobre una dieciseisava parte de la población total.[9] Formalmente, eran vasallos militares de los *daimyô*, de quienes recibían un estipendio anual en arroz. Al hacerles depender de estipendios, los Tokugawa les desasentaron de sus bases autónomas de poder en el campo, y así eliminaron de un golpe una de las máximas fuentes de inestabilidad política en la era precedente.[10] A la vez, imponiendo la paz, el Shogunato privó a los *samurai* de cualquier función real en la sociedad japonesa y contribuyó a la creación de un grupo —los *samurai* empobrecidos— que, a la larga, tendría un papel decisivo en su derrocamiento.

Hacía ya mucho que habían llegado a su fin los días en que el soldado, en tiempo de paz, cultivaba su propia tierra. En 1587, Hideyoshi, el gran general que ayudó a fundar el régimen de los Tokugawa, había decretado que todos los campesinos debían entregar sus armas. Esa medida tuvo por fin no sólo eliminar el peligro de un campesinado armado, sino asimismo acentuar la claridad y estabilidad de las diferencias de clase.[11] En lo sucesivo el derecho a llevar espada pasó a ser la máxima distinción entre un *samurai* y un campesino rico.[12]

Cuando no se hallaba en la corte del *shôgun*, el *daimyô* vivía rodeado de sus *samurai* en una población con castillo. Algunas aldeas campesinas estaban a más de veinte millas de la misma.[13] Tales plazas eran los centros locales a través de los que las clases militares sacaban del campesinado, en forma de contribuciones, el excedente económico que las sostenía. Esencialmente, la administración para recaudarlas constaba de dos clases de oficiales: el personal de las oficinas centrales situadas en el castillo o en la población adyacente y los magistrados de distrito esparcidos por el feudo.[14] Cuando menos en tiempo de paz, el sistema funcionaba con muy poco uso de la fuerza.

Dentro de los feudos, los grandes feudatarios ejercían el poder a su albedrío. No podían, sin embargo, erigir nuevos castillos, acuñar moneda, construir buques de guerra o concertar matrimonios sin la sanción del *shôgun*. La continuidad de los feudos como unidades distintas se manifiesta en el hecho de que todas las dieciséis grandes «casas exteriores» que existían en el año 1664 siguieron rigiendo sus respectivos feudos hasta la abolición formal del feudalismo en 1871. Cierto que, al principio, el *shôgun* intervino bastante a discreción en los asuntos locales de los feudos, confiscando y transfiriendo territorios en gran escala. Pero, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, habiéndose consolidado el sistema y la posición del *shôgun*, su conducta se volvió más cauta, y las intervenciones en los asuntos internos de un feudo mucho más raras.[15] Tal fue, pues, a grandes rasgos, el régimen establecido por los Tokugawa. En definitiva, un tipo de feudalismo relativamente centralizado y estrechamente controlado, tanto, que una obra publicada en 1900 lo califica de Estado policíaco.[16] Aunque esa designación no parezca muy apropiada hoy en día después de Hitler y Stalin, el sistema de los Tokugawa no fue, por cierto, de los que ayudaron a desarrollar la teoría y práctica de una sociedad libre en el sentido de la moderna civilización

occidental. El feudalismo japonés anterior, asimismo, había ya carecido de rasgos que en el Occidente hicieron importantes contribuciones a dicho desarrollo, En el vínculo feudal japonés entre señor y vasallo, el elemento contractual era muy débil; los elementos de lealtad y obligación para con los superiores, en cambio, muy acusados.[17] A la luz de los estudios occidentales, el vínculo feudal japonés parece más primitivo y menos objetivo y racional que el europeo. Descansaba más en la costumbre no escrita y la observancia ceremonial; tenía el carácter de un parentesco ficticio, práctica muy extendida en la sociedad japonesa, y no partía tanto como en Europa del contrato escrito u oral para especificar los deberes y privilegios individuales.[18] Las tendencias indígenas en ese sentido fueron vigorizadas por la importación de la filosofía confuciana, que casi llegó a adquirir el carácter de una religión establecida.

Cuando, en 1854, se presentaron los barcos del comodoro Perry, el sistema de los Tokugawa había ya decaído en gran manera. La declinación del antiguo orden, junto con los intentos de preservar los privilegios de la *élite* agraria, había ya dado origen a algunas de las fuerzas sociales que culminarían en el régimen que dejó caer las fatídicas bombas sobre Pearl Harbor en 1941.

Los factores que produjeron tal decadencia y renacimiento fueron muchos y muy complejos. Su naturaleza específica e importancia relativa tardarán aún, probablemente, en dejar de ser materia de discusión entre especialistas. En orden a nuestros propósitos, sin embargo, quizá no sea demasiado engañoso decir que

en sustancia consisten en dos: paz y lujo. La paz permitió que surgiese un modo de vivir comercial no sólo en las ciudades, sino también en el campo. Aunque sometidos a estrecha vigilancia, los influjos comerciales erosionaron no poco del edificio feudal. Si el sistema de los Tokugawa da la impresión al historiador comparatista de hallarse en algún punto entre la burocracia agraria centralizada de la China y el feudalismo mucho más suelto de la Europa medieval, otro tanto sucede con la capacidad de la sociedad japonesa en los siglos XVIII y XIX para contener los efectos divisores y destructivos del comercio.

En buena parte, la paz y el lujo emanaban del centro del régimen. Así como Luis XIV compelió a sus nobles a residir en Versalles, de la misma manera el *shôgun* exigió a los *daimyô* que pasaran determinados períodos de tiempo en la capital, Edo.[19] Los efectos, hasta cierto punto, fueron similares. Al fomentar distintas formas de suntuosidad, el *shôgun* debilitó la posición de sus nobles y, a la vez, echó una mano a las clases mercantiles de las ciudades. La doble residencia, en el feudo y en Edo, aumentó los gastos de los *daimyô*. Para su establecimiento en la capital y los costes de trasladarse a ella con un amplio séquito, habían de pagar en moneda metálica, que no tenían derecho a acuñar. Tales expensas gravitaron onerosamente sobre las finanzas de muchos feudos. Por lo general, los *daimyô* tuvieron que llevar al mercado sus excedentes de arroz y otros productos locales, valiéndose de los servicios del comerciante.[20] A menudo el aristócrata feudal pasó a depender del comerciante en el crédito, mientras

que ése, por otro lado, dependía del *daimyô* en la protección política.

La posición económica del *samurai*, dependiente del *daimyô*, parece que se deterioró asimismo bajo los Tokugawa, en particular desde el siglo XVIII. Los datos al respecto, con todo, no son conclusivos. Una de las medidas con que los *daimyô* trataron de hacer frente a sus gastos fue rebajar los estipendios de sus *samurai*.[21] Asegurados por la paz y autoridad del *shôgun*, los *daimyô* ya no necesitaban confiar tanto en sus vasallos y podían permitirse imponerles tal sacrificio.

Cualquiera que fuese la situación económica de los *samurai*, no cabe duda que su rango en la sociedad japonesa fue deteriorándose. Para un *samurai*, los ingresos en arroz no eran más que la base material para una vida de guerrero. En la paz impuesta por los Tokugawa, el guerrero ya no tenía ninguna función social manifiestamente importante que cumplir. A la vez, otras formas de prestigio, basadas en la riqueza de los comerciantes, pasaron a competir más y más con las virtudes marciales. La ética tradicional fue descomponiéndose, aunque ninguna ética nueva vino a sustituirla. Empezaron ya a aparecer signos de esos cambios a principios del siglo XVIII.

La pérdida de su función como guerreros y las agresiones del comercio dieron al traste con la lealtad de muchos *samurai*, cosa que les hizo andar a la deriva, lo mismo en un sentido psicológico que literal. Aun cuando se vea una exageración literaria en este aserto de un autor de principios del siglo XIX: «los *samurai* odian a sus señores como a sus peores enemigos» a

causa de su proclividad a rebajarles los estipendios, podemos estar ciertos de que se resintieron no poco de tales reducciones.[22] Para poner las cosas aun más cuesta arriba, los *samurai* tenían prohibido dedicarse a cualquier forma de comercio. Si bien muchos incumplían la prohibición a fin de buscarse la vida, difícilmente podía ello contribuir, ganasen el dinero que ganasen, a que sintieran seguridad en sí mismos como *samurai*.[23]

Así que muchos *samurai* cortaron sus vínculos y pasaron en *rônin*, individuos erráticos sin señor, prontos a cualquier empresa violenta. Ese grupo contribuyó a la turbulencia del último período del régimen de los Tokugawa. *Chôshu*, el feudo que tuvo un papel decisivo en la Restauración Imperial de 1868, fue un buen refugio para los *rônin*.[24] El afán de deshacerse de los «bárbaros» occidentales ejerció un fuerte atractivo sobre ellos. Muchos se oponían a la apertura de nuevos puertos, porque la «expulsión de los bárbaros sería entonces imposible... Tendríamos que doblar el pliegue izquierdo sobre el derecho, ponernos a escribir de un lado a otro de la página, y usar su hediondo calendario».[25] Los estratos inferiores de los *samurai* vinieron, pues, a constituir una inestable fuente de violencia, una «*lumpen*-aristocracia», disponible para los más diversos intentos reaccionarios, aunque no para una revolución del tipo inglés o francés. En algunos de los conflictos militares cruciales que precedieron y siguieron a la Restauración Imperial, estuvieron alineados más o menos por igual en ambos bandos.[26] Sin la amenaza extranjera y la gran destreza política de los de

arriba, esa fuerza potencialmente explosiva, resultado de cómo y cuánto la *pax Tokugawa* había alterado la posición de la clase militar, quizá hubiera desgarrado la sociedad japonesa por sus costuras y promovido un retorno a la anarquía feudal.

Los comerciantes (*chônin*) fueron la causa inmediata, si no la última, de dicha corrosión del antiguo orden. Su papel en la sociedad japonesa presenta muchas similitudes con el de los judíos en la Europa de la Baja Edad Media, particularmente en España. En términos muy generales, podemos caracterizar la relación entre la aristocracia militar y los comerciantes calificándola de antagonismo simbiótico. El *daimyô* o *samurai* dependía del comerciante para convertir el arroz y otros frutos producidos por los campesinos en dinero efectivo; también porque le proveía de muchas de las cosas esenciales y de la mayor parte de las comodidades para su estilo de vida aristocrático. El comerciante, a su vez, dependía de la aristocracia militar por su necesidad de protección y tolerancia política para dedicarse al tráfico, un modo de vivir degradante y parasítico según el código de valores del militar. Aun no deshaciéndose en lo más mínimo de las restricciones feudales, cosa que ni siquiera intentaron, los comerciantes fueron mejorando su posición en esa interdependencia, hasta el punto de que hacia el final del período habían pasado a ser la parte dominante.

Una de las derivaciones fue que las rígidas barreras entre las clases, de lo que dependía en alto grado la estabilidad del sistema de los Tokugawa, dieran claros indicios de estar cediendo. Los *samurai* se volvían co-

merciantes y viceversa. Ignoramos si esa tendencia se acentuó o no a lo largo del período, aunque, por razones de orden general, parece probable que lo hiciese.[27] A principios del siglo XIX, de un grupo de 250 familias de comerciantes, 48, o sea casi una de cada cinco, tenían antepasados *samurai*. A veces *samurai* empobrecidos desheredaban al hijo mayor y adoptaban como heredero al de un comerciante rico. Si bien a principios del siglo XVIII el *shôgun* Yoshimune prohibió la venta del estado de *samurai*, la prohibición vino a parar pronto en letra muerta.[28]

Sólo a principios del siglo XVIII comprendieron los estratos rectores feudales que los comerciantes representaban una amenaza para su poder. Para entonces era demasiado tarde, pese a que el avance económico de los comerciantes había ya gastado en gran parte las fuerzas.[29] A decir verdad, escritos recientes sugieren que aquéllos habrían podido contener la amenaza y mantener alguna forma de equilibrio, si bien bastante distinta de la establecida en la primera fase de los Tokugawa, por considerable tiempo, de no haber hecho su ominosa aparición en la escena japonesa los buques de guerra occidentales.[30] En todo caso, la aristocracia feudal disponía de cierto número de armas que podía utilizar y utilizó contra los comerciantes: confiscaciones *ex abrupto*, préstamos forzosos (que se hicieron más y más frecuentes hacia el término del régimen de los Tokugawa), y negarse a pagar las deudas. El efecto de tales medidas, en particular las confiscaciones, no fue otro que la mayor renuencia de los comerciantes a conceder préstamos en el período final de la era.[31]

Como la aristocracia, aunque no toda, dependía fuertemente de los mismos, resultó imposible aplastar a los comerciantes.

El que de vez en cuando muchos comerciantes tuvieran en sus manos a sectores de la nobleza produjo comprensible resentimiento entre los últimos y otros sectores con voz de la sociedad japonesa. De una manera que recuerda las ideas fisiocráticas que privaban en Europa por la misma época y, más para acá, el antisemitismo, algunos pensadores japoneses sostenían que los únicos miembros útiles de la sociedad eran los nobles y los campesinos. «Los comerciantes, en cambio, se aplican a una ocupación insignificante... [y] no debería ser materia de preocupación para el gobierno si se arruinan».[32] Como ya se ha indicado, el gobierno del *shôgun* intentó poner en práctica de vez en cuando tales ideas, o similares. En ese choque entre una decadente aristocracia militar e intereses mercantiles en aumento, podemos advertir los albores de la actitud anticapitalista que tanto relieve iba a tener en la variante japonesa del fascismo.

Aunque el conflicto entre la aristocracia feudal y los comerciantes constituye un antecedente muy significativo para ulteriores fenómenos, sería gravemente engañoso reducirlo todo a ese solo aspecto. A diferencia de la Europa occidental, el Japón no conoció el desarrollo de ciudades autónomas con cartas de privilegio que expresaran en términos concretos su independencia política y legal de la autoridad feudal inmediata. Cierto que, en las fases iniciales del régimen de los Tokugawa, se dieron algunos arranques promete-

dores en esa dirección. Pero, en cuanto el régimen se consolidó en una forma de feudalismo centralizado, los atajó. Esa «refeudalización», como se designa a veces el proceso, impuso estrictas limitaciones a los comerciantes, encajados acuciosamente en el orden feudal, donde el gobierno esperaba que ya no podrían hacer ningún daño.[33] También tuvo por efecto limitar la iniciativa de los comerciantes el cerramiento del país en virtud de los edictos de 1633-1641, sobre todo porque les quitó el estímulo de los contactos y competencia con el extranjero.[34] Como hemos apuntado arriba, el impulso hacia el desarrollo mercantil había ya gastado muchas de sus fuerzas al cabo de unos cien años de haberse impuesto la *pax Tokugawa*. Con posterioridad, hubo cierta tendencia a posarse y gozar de los frutos del negocio, así como a atenerse a los métodos empresariales probados.

Dados nuestros propósitos, no necesitamos aquí detallar el mecanismo de los controles políticos sobre los comerciantes establecidos por los Tokugawa. Baste decir que fueron bastante efectivos, particularmente en el período inicial, y que, en consecuencia, la ascensión de los comerciantes al poder económico fue «casi un movimiento clandestino».[35] Tales controles políticos hicieron del comerciante una figura subalterna dentro de la sociedad japonesa, aun cuando a veces su ira pudiese hacer temblar a un *daimyô*.

Hubo, por supuesto, notables diferencias. Los comerciantes de Ôsaka estaban menos sujetos que los de la capital, Edo.[36] Y, en el período final de la era, los comerciantes de provincias se mostraron menos depen-

dientes de las conexiones feudales en sus géneros y ventas que los más antiguos monopolistas urbanos.[37]

También es verdad que, tanto en algunas artes como en las diversiones más livianas, los comerciantes desarrollaron ciertos gustos distintivos que recuerdan los aspectos pre-puritanos de la cultura mercantil en Occidente. Pero la japonesa, que alcanzó el colmo de su florecimiento a principios del siglo XVIII, no representó de hecho ninguna amenaza para el sistema de los Tokugawa.[38] Esencialmente, tal libertinaje tolerado, por la mayor parte circunscrito a un barrio concreto de la capital, sirvió de válvula de escape. Si acaso, antes contribuyó a conservar el *ancien régime* que a destruirlo.[39]

Por todas esas razones, los comerciantes de la era tokugawa no hicieron sino amerarse de la ética feudal. Nunca llegaron a desarrollar ningún principio intelectual que oponerle. E. Herbert Norman escrutó escritos japoneses de muy diversos tipos «para descubrir si algún autor se había aventurado a expresar una crítica fundada y penetrante de los aspectos más opresivos del feudalismo japonés, su rigidez social, su oscurantismo intelectual, su esterilidad escolástica, su adulteración de los valores humanos, y su cerril actitud respecto al mundo exterior».[40] Aunque en determinadas crónicas y escritos literarios vino a hallar ciertos números de manifestaciones sueltas de disgusto por las crueldades de la opresión feudal, no dio con ningún pensador influyente que efectuase un ataque frontal contra el sistema en conjunto.[41] El que la clase mercantil japonesa no desarrollara principios intelectuales críticos com-

parables a los que la misma clase elaboró en el Occidente no puede explicarse, a mi juicio, por factores psicológicos o por alguna virtud peculiar del sistema de valores japonés.[42] Tales explicaciones equivalen en el plano lógico a aquella tan famosa de que los efectos del opio se deben a sus propiedades «dormitivas». Desatienden la cuestión fundamental: *¿por qué* prevaleció aquella actitud específica cuando y donde lo hizo? La respuesta es histórica: las condiciones en que la clase mercantil japonesa se desarrolló del siglo XVII en adelante. El aislamiento del país, la relación simbiótica entre el militar y el comerciante y la prolongada dominación política del militar, me parece que deberían constituir los elementos esenciales para cualquier explicación del horizonte limitado de los comerciantes.

Buena parte de la riqueza que afluía a las arcas de los comerciantes era extraída originariamente de los campesinos por la aristocracia militar. Más abajo tendremos que debatir con algún detalle los factores que impidieron a los campesinos japoneses convertirse en una fuerza revolucionaria a la escala de los rusos y chinos. Aquí, por el momento, nos limitaremos a considerar la cuestión campesina desde el ángulo de cómo la veían las clases dominantes y de cómo incidía en sus intereses.

Con sus prestaciones, pues, la masa campesina sustentaba al resto de la población, como suele ocurrir en cualquier Estado agrario. Círculos que llevaban la voz dentro de la aristocracia militar se apoyaron en ese hecho para afirmar que el campesino era el fundamento de una sociedad sana —entendiendo por «sana», des-

de luego, una sociedad en que los *samurai* predominasen. Retórica característica de las aristocracias agrarias amenazadas por intereses comerciales. La admiración por el campesinado significaba una crítica indirecta a la clase mercantil. El cínico pareado: «Los campesinos son como las semillas de sésamo; cuanto más los estrujas, más salen» describe mejor las verdaderas relaciones del *samurai* con el campesinado.[43] Según observa secamente sir George Sansom, los Tokugawa tuvieron en gran estima la agricultura, pero en muy poca a los agricultores.

En los primeros años de la década 1860-1870, la cuestión campesina vino a entrelazarse con el problema de crear un ejército moderno. La solución que se diera a ése afectaba no sólo a la subsistencia del Japón como un Estado soberano, sino al mismo carácter de la sociedad. En sustancia, el gobierno tenía que decidir si armar o no al campesino a fin de defender al Japón contra el enemigo extranjero. En 1863, sondeó a sus más altos oficiales administrativos sobre la prudencia de tal paso. Los pasajes más reveladores de las respuestas, seleccionados por un autor moderno, reflejan dos grandes aprensiones: que, en los feudos, los *daimyô* podrían volver aquellas fuerzas contra el gobierno de los Tokugawa, y que los propios campesinos podrían ser una fuente de peligro para el orden establecido.[44] Ambos temores se demostraron fundados.

El dominio de las autoridades sobre los campesinos era más débil en las zonas directamente controladas por el *shôgun* que en algunos feudos exteriores, sobre todo en Chôshu. Los territorios estrictos de los

Tokugawa incluían las urbes de Edo y Ôsaka, de donde irradiaban influjos comerciales. Los dirigentes de Chôshu, gracias a un hábil sistema presupuestario y tributario, lograron conservar su independencia financiera y evitar caer en manos de los prestamistas y comerciantes de Ôsaka. En parte por esa razón, la base campesina y los vínculos feudales tradicionales se mantuvieron en Chôshu relativamente sólidos.[45] Aunque ya habían estallado en él revueltas campesinas bastante serias mucho antes (en los años 1831-1836), sólo en 1864, cuando buques de guerra extranjeros bombardearon fuertes de Chôshu, se convencieron importantes círculos del feudo de la necesidad de una reforma según patrones occidentales y sustentaron que incluso debía armarse a los campesinos. Con la formación en Chôshu de tales unidades, las fuerzas pro-emperador ganaron una importante base de poder.[46]

En otras partes del país, los campesinos aportaron al movimiento de la Restauración un componente antifeudal y hasta ligeramente revolucionario. Los últimos años de la era tokugawa se caracterizaron por numerosos estallidos de violencia campesina con notables elementos antifeudales. Aun cuando al parecer no tenían objetivos políticos demasiado claros, no dejaban de ser una amenaza para los gobernantes. Una detallada monografía sobre los alzamientos campesinos da razón de unos mil para la totalidad del período, la mayoría de los cuales contrapusieron de un modo directo a los campesinos con la clase dirigente que los controlaba. Incluye una tabla de su frecuencia que muestra un fuerte incremento para los últimos cien

años de la época, más exactamente de 1772 a 1867.[47] Los ejércitos imperiales recibieron a veces ayuda de alzamientos campesinos en los choques militares que acompañaron la Restauración. En la provincia de Echigo, por ejemplo, 60.000 campesinos armados bloquearon al comandante de las fuerzas tokugawa de la región. A la par, en otras zonas, los comandantes de las fuerzas imperiales explotaron los sentimientos antifeudales por métodos que recuerdan la guerra política contemporánea. Así el «"Pacificador y Comandante en Jefe del Tosando" fijó carteles en sitios visibles y distribuyó manifiestos dirigidos a los campesinos y comerciantes de aquellas aldeas invitándoles a presentarse en los cuarteles generales del ejército imperial para exponer cargos de tiranía y crueldad contra los antiguos administradores tokugawa. Exhortaban expresamente a los más pobres, huérfanos, viudas, y a los que habían sido perseguidos por las autoridades feudales. Prometían una audiencia atenta y comprensiva a todas las quejas, y afirmaban además que se haría justicia contra los oficiales culpables».[48]

Claro está que el hilo medianamente revolucionario no fue la única contribución campesina. En la contienda en torno a la Restauración, los campesinos combatieron en uno y otro bando, por muy diversos motivos. Como veremos más adelante, la causa restauracionista englobó también un considerable componente reaccionario, no sólo entre los campesinos sino asimismo entre otros partidarios del emperador que miraban hacia un genuino y mítico pasado feudal. Es el entretejimiento de ambos hilos lo que da a la Restauración meiji su carácter proteico y, por lo que respecta a las consecuencias inmediatas, algo indeterminado.

De lo dicho hasta aquí, el lector ya habrá colegido que la Restauración no fue en absoluto pura lucha de clases ni, ciertamente, una revolución burguesa, como han sostenido algunos autores japoneses, si bien, que yo sepa, ninguno occidental. En varios de sus aspectos decisivos, fue un trasnochado conflicto feudal entre la autoridad central y los feudos.[49] Y los feudos que dirigieron la ofensiva contra el *shôgun*, no sólo Chôshu, sino también Satsuma —la «Prusia del Japón», de la que sabemos bastante poco—, eran las zonas donde la sociedad agraria tradicional y las lealtades feudales se habían mantenido relativamente más fuertes.[50]

En marcado contraste con algunos de los principales feudos, las finanzas de los Tokugawa fueron debilitándose cada vez más a fines del período, lo cual, a juicio de diversos historiadores, contribuyó a la caída del *shogunato*. Pero, como sucede por lo regular en cualquier *ancien régime*, las dificultades financieras no eran más que síntomas de causas más hondas. El peligro exterior agudizaba de día en día la necesidad de mayores ingresos —y de un ejército que, aunque no a los dirigentes de Chôshu, parecía una amenaza a los Tokugawa. Con todo, no se podía agobiar demasiado al comerciante sin matar la gallina de los huevos de oro. Y la única otra fuente de rentas posibles, el campesino, venía mostrando cada vez más malestar por las cargas ya existentes.

Aunque dichas grietas y contraposiciones dieron

pie a la Restauración, en los acontecimientos que condujeron a ella, de hacia 1860 en adelante, salieron muy poco a la luz. La perpetua amenaza de una intervención armada extranjera contribuyó a hacer de la Restauración un acto simbólico que podían apoyar muchos grupos por una gran variedad de razones contradictorias. De por sí, la Restauración no fue demasiado decisiva, y sus consecuencias para el futuro de la sociedad japonesa no trascendieron hasta pasados algunos años. Las luchas que la acompañaron tuvieron muy poco de conflictos programáticos entre grupos con intereses claramente definidos. De ahí que a un occidental la historia de esos años no le parezca más que una confundidora telaraña de intrigas, embrolladísima y sin objeto. Y ello, creo yo, se debe justamente a que, dentro de la clase rectora, los principales actores estaban en general de acuerdo sobre lo que querían: la expulsión de los extranjeros y trastornar lo menos posible el *statu quo*. Según una obra muy acreditada,[51] hasta el último momento el emperador quiso actuar a través del *shogunato* contra los elementos «extremistas» y «alborotadores» —en una palabra, contra cuanto oliese a cambio revolucionario.

En el fondo, pues, la cosa vino a consistir en esto: ¿quién había de ponerle el cascabel al gato? Buena parte de la rivalidad se centró en quién podría obtener el crédito necesario para tan arriesgada acción —si es que podía llevarse a cabo. En esa pugna, el *shogunato* tuvo la tremenda desventaja de llevar a cuestas la responsabilidad política. Siempre que dejaba de cumplir una promesa que, probablemente, podía cumplir, como

la de expulsar a los bárbaros en determinado plazo de tiempo, se evidenciaba su incapacidad. Los adversarios del *shôgun*, por otro lado, jugaron la carta de adherirse a una figura que estaba «por encima de la política». Los inconvenientes de correr con la responsabilidad política en una situación imposible contribuyeron no poco, al menos tanto como cualquier otro factor, a la derrota final del *shôgun*.[52]

Llegados aquí, quizá sea útil valorar las causas de la Restauración en términos más generales. La básica, a mi juicio, fue la erosión parcial del edificio feudal por el avance del comercio, debido a su vez al establecimiento del orden público. Junto con la intrusión extranjera, creó problemas que era preciso solucionar, y la Restauración fue un paso importante para conseguirlo. Los aspectos políticos reaccionarios de la solución son en gran parte explicables por los grupos que el movimiento imperial atrajo. Uno de ellos fue un sector de la nobleza cortesana. Otro estuvo integrado por los líderes desafectos de algunos feudos donde los lazos feudales parece que se mantenían particularmente fuertes. Los *samurai*, desafectos a su señor pero en absoluto a la sociedad feudal en sí misma, contribuyeron también de un modo notable a la causa restauracionista. Entre los elementos mercantiles, los comerciantes conservadores y de métodos tradicionales eran hostiles a la idea de abrir el país, porque ello acrecentaría la competencia. Por lo general los comerciantes no tomaron parte activa en el conflicto mismo, aunque los intereses de los Mitsui estuvieron de por medio en ambos bandos.[53] Sólo entre los campesinos, y no, por

cierto, universalmente, puede uno hallar signos de oposición a las instituciones feudales. En lo doctrinal, la Restauración se hizo bajo la bandera del simbolismo tradicional, por la mayor parte confuciano. Según hemos visto, el antiguo orden no tuvo que enfrentarse con ningún reto intelectual directo, y quien menos problemas le creó en ese sentido fueron los intereses comerciales.

A vista de los grupos que apoyaron la Restauración, lo que sorprende no es que el nuevo gobierno hiciera tan poco, sino que hiciera tanto. Según veremos en breve, el gobierno meiji (1868-1912), como suele designarse el nuevo régimen, tomó muchas e importantes medidas tendentes a remodelar el Japón a imagen de las sociedades industriales modernas. ¿Qué movió a aquella revolución en gran parte feudal a seguir un programa con diversidad de aspectos indudablemente progresistas? Las razones no son difíciles de discernir, y las han invocado muchos historiadores del Japón. Hubo cierto cambio en el carácter de la clase rectora, aunque eso no representa probablemente más que un factor subalterno. Como las líneas de fractura de la sociedad japonesa no fueron tan sólo horizontales, sino asimismo verticales, permitieron a un sector de la clase dirigente desgajarse del sistema de los Tokugawa e impulsar una revolución desde arriba. A ese respecto, la amenaza extranjera fue decisiva. Bajo su presión unificadora, el nuevo gobierno actuó de tal manera, que preservó los privilegios de un pequeño sector de la *élite*, deparó oportunidades a otros sectores, y aseguró la supervivencia nacional.

A partir de 1868, los nuevos gobernantes del Japón, de los que no pocos procedían de la masa de *samurai* que habían ido quedándose atrás bajo el antiguo régimen, afrontaron dos problemas de primera magnitud. Uno, dar cabo a la forja de un Estado centralizado moderno. El otro, crear una economía industrial moderna. Solucionarlos era indispensable para que el Japón subsistiese como Estado independiente. A la vez implicaba el desmantelamiento de una sociedad feudal y la erección en su lugar de una sociedad moderna.

Así aparece cuando menos la cuestión a ojos del historiador social de hoy en día, con las ventajas y desventajas de un enfoque retrospectivo. Para los contemporáneos, la cosa debía de ser bien distinta. Muchos se habían unido al movimiento en pro de «Restaurar al Emperador — Expulsar a los Bárbaros» confiando en que traería una nueva y mejor versión del feudalismo. Nuestra formulación es demasiado abstracta y demasiado concreta a la vez. Demasiado abstracta porque, de un modo general, quienes sostuvieron la Restauración y los primeros años de los Meiji no ambicionaban simplemente un Estado moderno, cualquiera que fuese, sino uno que conservara lo más posible las ventajas de que la clase dirigente había disfrutado en el *ancien régime*, recortándolas sólo lo imprescindible (que en la práctica resultó ser mucho) para asegurar el Estado, necesidad vital, pues si no lo perderían todo. Demasiado concreta porque sugiere un programa de modernización expreso y homogéneo, cuando, ciertamente, los líderes iniciales del período meiji no fueron teóricos sociales doctrinarios catapultados, como los marxistas rusos, a la arena

de la responsabilidad política. Con todo, si no se pierden de vista esas restricciones, dicha noción de la tarea que los dirigentes meiji tenían que cumplir ayudará a valorar importantes hechos del período, así como sus consecuencias e interrelaciones.

Un primer paso muy importante hacia la creación de un gobierno central efectivo se dio en marzo de 1869, cuando los grandes feudos occidentales de Chôshu, Satsuma, Hizen y Toza ofrecieron «voluntariamente» sus territorios al trono, a la vez que declaraban: «Debe existir un solo cuerpo gobernante central y una sola autoridad universal, que deben ser conservados intactos». El momento en que ello sucedió era, a buen seguro, crítico. No cabe duda que la Restauración hubiese podido quedar limitada a una simple redistribución del poder dentro del sistema feudal.

¿Por qué, pues, aquellos feudos preeminentes dieron tal paso? Puede que influyeran la magnanimidad y la clarividencia, como algunos historiadores proclaman, aunque por mi parte soy muy escéptico acerca de su importancia. Mucho más debió de contar el que, tras largas negociaciones previas, se permitiese al *daimyô* retener la mitad de sus rentas —solución, sin embargo, que no sería la definitiva.[54] Una consideración aún más importante fue el temor de los feudos a que, de no adoptar dicho acuerdo conjunto, uno de los grupos dirigentes regionales podía seguir las huellas de los Tokugawa. Satsuma mismo no dejaba de alimentar tales ambiciones.[55] En otras palabras: la rivalidad entre los aspirantes al poder reforzó la autoridad central, hasta entonces bastante débil.

Por el momento, el gobierno no estaba en condiciones de poner a prueba sus nuevos poderes, y siguió sirviéndose de los antiguos mandos feudales, ahora como legados imperiales con el título de gobernadores. Sólo dos años más tarde, en agosto de 1871, dio el paso definitivo de anunciar por un breve decreto que los dominios feudales iban a convertirse en unidades de administración local (prefecturas) bajo el gobierno central. Poco después, ordenó a todos los antiguos *daimyô* que abandonaran sus estados y se establecieran con sus familias en la capital, maniobra que recuerda los métodos de los Tokugawa. De hecho, hay ahí algo más que una semejanza fortuita.[56] Los Tokugawa, con su victoria de 1600, habían puesto los cimientos de un Estado centralizado moderno. Los Meiji consumaron el proceso.

Al mismo tiempo que iba asentándose políticamente, el gobierno adoptó una serie de medidas cuyos efectos no se dejarían ver de lleno hasta más tarde. Su fin general era desatar las trabas feudales al libre movimiento de las personas y bienes, es decir impulsar el desarrollo según pautas capitalistas. En 1869, el gobierno declaró la igualdad ante la ley de todas las clases sociales, abolió las barreras locales al comercio y las comunicaciones y permitió la libertad de cultivo y que los individuos adquiriesen derechos de propiedad sobre tierras.[57] Aunque la tierra había ya empezado a librarse de las cadenas feudales bajo los Tokugawa, ahora pudo tomar el carácter de una mercancía comprable y vendible como cualquier otra, lo cual, según veremos, tuvo importantes consecuencias para el resto de la sociedad.

Para llevar a cabo todas esas transformaciones pacíficamente, y no por una revolución popular sino desde arriba, era preciso que los elementos clave del antiguo orden recibiesen, cuando menos, una compensación razonable. En 1869, el gobierno había garantizado a los *daimyô* la mitad de sus ingresos a cambio de la renuncia a sus feudos. Tal generosidad no podía mantenerse. Pero la libertad del gobierno para maniobrar era reducida. En 1871, el intento de revisar los pactos de un modo que diese lugar al aumento de los ingresos adicionales fracasó. En 1876, el gobierno creyó necesario imponer una reducción compulsiva de las rentas que percibían los *daimyô* y los estipendios de los *samurai*. Si bien se dispensó un trato bastante favorable a todos los *daimyô*, salvo a los menos importantes, los jefecillos feudales inferiores y la mayoría de los *samurai* quedaron muy malparados.[58] En definitiva, pues, el nuevo gobierno recompensó con franca mano a unos pocos adeptos indispensables. Por otro lado, estimó que era preciso desentenderse de los *samurai* descontentos, una de las fuentes capitales de la energía que había derribado el antiguo orden.

La reducción de los estipendios pagados a los *samurai* fue simplemente el final de un largo camino. Los Meiji no hicieron más que dar cabo al proceso de destrucción de los *samurai* que, según hemos visto, estaba ya bien en marcha durante el período de los Tokugawa. La modernización japonesa no entrañó la liquidación revolucionaria de ningún sector de la clase dirigente. En lugar de ello, hubo un dilatado proceso de eutanasia a lo largo de tres siglos. El estado social

de los *samurai* caducó casi por entero al promulgarse la igualdad ante la ley, aunque se les concediese la huera prerrogativa de ser conocidos por *shizoku*, o antiguos *samurai*, designación que no importaba ni derechos ni exenciones. Como guerreros, habían ya perdido la mayor parte de su función con la *pax tokugawa*. El establecimiento del servicio militar obligatorio en 1873 eliminó prácticamente todas las distinciones que aún les quedaran a ese respecto. Por último, la permisión de derechos de propiedad sobre tierras, como observa Sansom, hirió en lo vivo la eminencia y el privilegio feudales, toda vez que la sociedad feudal se basaba en el cultivo de la tierra por el campesino y su posesión por el señor.[59]

No cabe duda que los *samurai*, al apoyar la Restauración, habían esperado de ella otros resultados. Muchísimos de los que tomaron parte en el derribo de los Tokugawa lo hicieron, probablemente, antes con el designio de reformar el sistema feudal en un sentido favorable a sus intereses que de destruirlo.[60] Nada tiene, pues, de extraño que las fuerzas feudales se rebelaran y atacaran el nuevo régimen cuando quedó claro el significado de sus medidas. La Rebelión de Satsuma en 1877 fue la última convulsión sangrienta del antiguo orden. Como parte de su espasmo final, de hecho como producto directo del feudalismo expirante, apareció el primer movimiento «liberal» organizado del Japón. Los auspicios apenas si hubieran podido ser menos prósperos.[61]

Una vez reprimida la Rebelión de Satsuma, el gobierno meiji quedó firmemente asentado. En el espa-

cio de nueve años, había logrado desmantelar el aparato feudal y reemplazarlo por muchos de los elementos que constituyen el entramado básico de la sociedad moderna. Fue, en verdad, una revolución desde arriba, y efectuada con una cantidad relativamente pequeña de violencia en comparación con las revoluciones izquierdistas de Francia en el siglo XVIII y de Rusia y la China en el XX. Por cualquier lado que se mire, ello representa una obra bien notable para un gobierno que tenía que andar con pies de plomo entre las rivalidades de los grandes feudos, que hasta 1873 careció de ejército propio y, como nota Sansom, necesariamente mucho más preocupado por salvar la vida que por examinar su anatomía política y social.

Contribuyeron al éxito de los meiji varios factores. Los nuevos gobernantes supieron darse buena mano para salvarse. Según hemos visto, hicieron pronto grandes concesiones materiales a los *daimyô*, y no se arriesgaron a enemistarse con los *samurai* hasta más tarde. Por lo que respecta a la reducción de los estipendios de los *samurai*, es difícil ver cómo hubieran podido obrar de otro modo dados sus recursos en aquellos momentos. Y se abstuvieron de enzarzarse prematuramente en una guerra exterior. A un nivel más profundo de la causalidad histórica, el régimen de los Tokugawa ya había minado el predominio del militar y preparado el camino para un Estado centralizado, sin engendrar ningún potencial revolucionario amenazador. El régimen de los Meiji fue, pues, una continuación de tendencias previas y, como mostrará el resto de nuestra exposición, dejó en pie gran parte de la

estructura original. Por último, la institución imperial, como han subrayado muchos historiadores del Japón, proporcionó un vínculo a las fuerzas fundamentalmente conservadoras y una armadura de continuidad legítima dentro de la que fue posible practicar algunas reformas necesarias.

Antes de llevar más adelante el análisis, podemos detenernos brevemente a reconsiderar la sugerencia con que empezó este capítulo, a saber que el feudalismo constituye la clave para los destinos divergentes del Japón, Rusia y la China en la época moderna. A estas alturas, quizá vemos ya con claridad que las diferencias en la estructura social interna constituyen nada más una variable mayor, si bien en extremo importante. Hubo también diferencias en el tiempo y otras circunstancias externas en que las instituciones premodernas entraron en crisis y se adaptaron a la era moderna.

Para el Japón, el advenimiento del Occidente fue cosa relativamente súbita. La superioridad de las armas y tecnología occidentales se reveló con gran rapidez a muchos dirigentes japoneses. La inquietud por la supervivencia nacional y la necesidad de tomar medidas para defenderla activaron su marcha hacia la vanguardia con dramática urgencia. La China, a la que limitaremos estas observaciones comparativas preliminares a fin de simplificarlas, parecía al principio superior a Occidente. Por largo tiempo sus rectores pudieron tratar a los representantes de la civilización occidental con una mezcla de cortés curiosidad y desdén. En parte por ello, los occidentales terminaron

por poseer en la China una considerable base territorial. La insuficiencia del sistema imperial no se manifestó sino gradualmente. En algunos momentos cruciales, como en el caso de la Rebelión Taiping, Occidente optó por apoyar a la dinastía manchú contra enemigos internos, factor que aún retardó más cualquier despertar de los gobernantes a los peligros que les amenazaban. Cuando círculos importantes vinieron a hacerse pleno cargo de los mismos, digamos por la época de la Rebelión Boxer, el proceso de la decadencia dinástica había ido ya demasiado lejos para ser parado.

Para estar en condiciones de resolver los problemas exteriores e interiores que afrontó en la última parte del siglo XIX, la burocracia china hubiera tenido que fomentar el comercio y ensanchar la base tributaria. Pero semejante programa habría minado la hegemonía del erudito-oficial y todo el estático orden agrario en que se fundaba. En lugar de ello, a medida que el aparato imperial fue descomponiéndose, los oficiales y familias destacadas se apropiaron los resortes locales. A principios del siglo XX, los caciques guerreros habían reemplazado a la burocracia imperial de antaño.

Cabe pensar que uno de esos caciques guerreros hubiera podido sojuzgar a los otros y reunificar a la China para iniciar una fase políticamente reaccionaria con cierta dosis de modernización industrial. Por algún tiempo, Chiang Kai-chek parecía estar cerca de lograrlo. De haber sido así, probablemente ahora los historiadores estarían subrayando las semejanzas entre la China y el Japón en vez de las diferencias. Habría

existido este importante paralelo: el desgajarse un sector de la sociedad del resto para asumir el gobierno y promover una modernización conservadora.

Pero, de hecho, ¿era viable tal posibilidad? La pregunta no admite una respuesta tajante. Advertimos, sin embargo, importantes factores en contra. Además de las diferencias entre la burocracia china y el feudalismo japonés, hubo, repitámoslo, el factor tiempo. Cuando Chiang trató de unificar a la China, tuvo que hacer frente a un agresivo Japón expansionista. Hubo también, para volver a las diferencias de orden interno, el contraste de carácter y actitud entre el mandarín y el *samurai*, dos figuras que representan el precipitado de experiencias históricas marcadamente diversas. El ideal pacífico del señor-erudito-oficial resultó inadecuado al mundo moderno, cada vez más. El hado del ideal guerrero, en el Japón, fue muy distinto. Las clases dirigentes andaban a caza de medios para recobrar sus ventajas. Si sabían despojarse de ciertos conceptos anacrónicos en torno al honor feudal, estaban en condiciones de hacer buen uso de la tecnología moderna aplicada a fines bélicos, que no les eran nada desconocidos. Como muestra la Rebelión de Satsuma, les costó desprenderse del romanticismo feudal. Mas eso podía hacerse, y se hizo. En cambio, ¿cómo podía aprovecharle la tecnología moderna al erudito-oficial chino educado clásicamente? No le enseñaba cómo tratar al pueblo para mantenerlo pacífico. A lo sumo, podía depararle una ocasión más de cohecho, que corrompía el sistema, o servirle de juguete y diversión. Desde el punto de vista del oficial, no era muy desea-

ble para los campesinos, ya que quizá les haría perezosos e insubordinados.

Así, pues, la tradición militar feudal del Japón le proporcionó al pronto una base apropiada a una versión reaccionaria de la industrialización, aunque tal vez ello haya tenido fatales consecuencias a la larga. La sociedad y la cultura premodernas de la China, por el contrario, poca o ninguna base ofrecieron al desarrollo de un patrimonio militarista del tipo japonés. A vista del Japón, el nacionalismo reaccionario de Chiang Kai-chek parece flojo y apagado. La China no adquiriría un fuerte sentido de misión hasta ponerse a transformar sus instituciones según pautas comunistas.

Por otro lado, pese al centralismo del gobierno de los Tokugawa, las unidades feudales del Japón habían seguido funcionando plenamente como empresas autónomas. Los feudos japoneses eran células independientes, y todo indica que habrían podido subsistir bastante bien si se les hubiese desprendido del cuerpo político de los Tokugawa. Sus cabezas sacaban de la *pax tokugawa* el goce pacífico de los privilegios aristocráticos. Cuando el sistema entero quedó de súbito en balanza, algunos de los feudatarios no tuvieron demasiadas dificultades en separarse de él y efectuar un golpe de Estado. La Restauración Imperial presenta, pues, ciertos caracteres de *Fronde* triunfante. Pero más próximo parece el caso de Prusia, paralelo ya trazado hace unos cincuenta años por Thorstein Veblen en su *Imperial Germany and the Industrial Revolution*. Aunque hay diferencias muy importantes —que consideraremos a su debido tiempo—, da en los ojos una semejanza esencial: la capacidad de un sector de la aristocracia rural para promover la industrialización contra la voluntad de sus miembros más retrógrados a fin de alcanzar a otros países, así como el desastroso remate de tal programa a mediados del siglo XX. La supervivencia de las tradiciones feudales, con un sustancioso elemento de jerarquía burocrática, es común a Alemania y el Japón. Les distingue de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, donde el feudalismo o fue superado o faltó, y donde la modernización tuvo lugar antes y bajo auspicios democráticos —fundamentalmente, y con las debidas matizaciones, los de una revolución burguesa. En ese punto, Alemania y el Japón difieren también tanto de Rusia como de la China, que tuvieron más de burocracias agrarias que no de regímenes feudales.

De ahí que el solo feudalismo, menos aún el feudalismo como una categoría general desencarnada, no encierre la clave para explicar la forma como entró la sociedad japonesa en la era moderna. Al feudalismo se tiene que añadir el factor específico del tiempo en que se desarrolló el fenómeno. En segundo lugar, fue la variedad de feudalismo propia del Japón, con notables elementos burocráticos, lo que hizo posible el salto. El carácter especial del vínculo feudal japonés, mucho más fundado en el rango y la lealtad militar que en una relación contractual libremente decidida, trajo consigo que faltase una de las fuentes del ímpetu que propulsó en Occidente instituciones libres. Asimismo, el elemento burocrático del régimen japonés produjo su característico resultado de una burguesía domesticada

y tímida, incapaz de desairar el antiguo orden. Las razones para la ausencia de un reto intelectual de entidad yacen en niveles más profundos de la historia japonesa, pero son parte del mismo fenómeno. Los retos intelectuales y sociales que lanzaron las revoluciones burguesas occidentales fueron en el Japón o débiles o inexistentes. Por último, aunque quizá lo más importante de todo, tanto a lo largo de la transición como una vez llegada la era de la sociedad industrial, las clases dominantes supieron contener y desviar las fuerzas disruptivas generadas por los campesinos. Además de no darse ninguna revolución burguesa, tampoco se dio ninguna revolución campesina. Tratar de comprender cómo y por qué fue posible domesticar al campesinado, tal será nuestra tarea inmediata.

2. LA AUSENCIA DE UNA REVOLUCIÓN CAMPESINA

El que no se produjese en el país ninguna revolución campesina durante su transición de sociedad agraria a sociedad industrial puede explicarse por tres razones interrelacionadas. En primer lugar, el sistema tributario de los Tokugawa dejó, parece, un excedente cada vez mayor a los campesinos lo bastante activos para intensificar su rendimiento. Ello contribuyó a estimular la producción, que empezó a aumentar en los últimos tiempos de la era Tokugawa y continuó haciéndolo bajo el gobierno de los Meiji. En segundo lugar, y contrastando en extremo con la China, la sociedad rural japonesa se caracterizó por una estrecha atadura entre

la comunidad campesina y el señor feudal o su sucesor histórico, el terrateniente. A la vez, y asimismo contrastando con la China (aunque para ésa andamos cortos de datos), la comunidad campesina japonesa proporcionó un electivo sistema de control social que incorporaba al *statu quo* a quienes tenían motivos de queja actuales y potenciales. Ello fue así gracias a una específica división del trabajo, combinada con el sistema de propiedad, ocupación de la tierra y herencia que imperó en los últimos tiempos de los Tokugawa. En tercer lugar, ese haz de instituciones resultó adaptable a la agricultura comercial, con la ayuda de los mecanismos represivos heredados del antiguo orden y de otros nuevos apropiados a una sociedad moderna. El elemento clave de la transición fue el medro de una nueva clase hacendada, salida en buena parte de los campesinos, que se valió de los mecanismos establecidos y tradicionales de la comunidad rural para extraer arroz de los campesinos y venderlo en el mercado. El paso de las ordenaciones feudales al arrendamiento reportó, por otro lado, algunas ventajas a los campesinos situados en lo más bajo de la escala social. En suma: resultó posible salvar el antiguo orden e injertar la economía campesina en una sociedad industrial —al precio del fascismo.

La transición no fue fácil. En algunos momentos las posibilidades de éxito de las clases dominantes parecieron harto dudosas. Los brotes de oposición violenta por parte de los campesinos menudearon. Sin embargo, por diversas razones, la presente generación de historiadores occidentales tiende a minimizar la

importancia del descontento campesino. De ahí que convenga considerar los datos al respecto antes de examinar con algún detalle las tendencias y relaciones sociales que se dieron en el campo. Puede que ello nos ayude a librarnos de toda ilusión de inevitabilidad. Porque, a mi ver, si una revolución burguesa fue algo de todo punto imposible, hay muchos menos motivos para decir lo mismo de una revolución campesina.

Los últimos años del período Tokugawa se caracterizaron, como ya se ha dicho, por numerosos estallidos de violencia campesina. Aunque por lo general no estamos en condiciones de determinar las circunstancias objetivas que los produjeron, y mucho menos aún los motivos de los insurrectos, hay considerables indicios de que tuvo un papel importante la intrusión de influjos comerciales. Los comerciantes fueron a menudo uno de sus blancos directos. En 1783-1787, por ejemplo, tras una serie de malas cosechas, los campesinos de las regiones occidentales se levantaron contra los comerciantes, quienes se habían convertido en terratenientes apropiándose del suelo a cambio de mercancías y dinero tomados a préstamo por los campesinos. Los campesinos también se levantaron, por otra parte, contra los oficiales de las aldeas, quienes, como representantes de la clase dirigente, recaudaban las contribuciones, espiaban a los campesinos e imponían tributos adicionales en provecho propio.[62] En 1823, en uno de los dominios de los Tokugawa, se sublevaron 100.000 campesinos a causa de la corrupción del funcionario administrativo local, conchabado con los comerciantes de arroz. En otra gran sacudida similar la

causa inmediata del estallido fue, parece; que los oficiales locales habían orado por una mala cosecha y tratado de enfurecer al dios dragón, todo para elevar los precios.[63] Hacia la mitad del período de los Tokugawa, o sea a mediados del siglo XVIII, empezamos a oír hablar de disputas entre colonos y señores,[64] tipo de conflicto que adquiriría proporciones mucho mayores tras la Restauración.

La violencia no fue la única arma de que se valieron los campesinos. Algunos, como sus paralelos rusos, «votaron con los pies» antes de saber que existía la palabra votación, si bien las oportunidades para mudarse fueron mucho más limitadas en el Japón que en Rusia. En algunas zonas, se extendió la práctica del abandono en *masse* por los habitantes de una o más aldeas de sus casas —significativo indicio de la solidaridad que había en la aldea japonesa. Pasaban al feudo vecino, y suplicaban al señor del mismo que les permitiera quedarse en su territorio. Según Borton, hay constancia de 106 deserciones de esa suerte, la mayoría en Shikoku.[65]

Los datos de Borton muestran con bastante claridad que la intrusión de elementos comerciales en la organización feudal del campo creaba problemas cada vez más serios al grupo dirigente. Hubo tres grandes fuentes de violencia campesina: oposición al señor feudal, al comerciante, y al terrateniente, nueva y ascendente figura. Siendo así que esos sectores fueron entrelazándose, el movimiento campesino representó sin duda un grave peligro. Es probable que el éxito de los Meiji en capear la tormenta se debiese en parte a que

dicho entrelazamiento fue relativamente débil en la máxima base territorial del movimiento imperial, el gran feudo de Chôshu.

Después de la Restauración, por algún tiempo el peligro no hizo sino aumentar. Los campesinos habían recibido la promesa de que se distribuiría toda la tierra pública (excepto la de los templos). Pero pronto advirtieron su vanidad, y que ni siquiera les iban a rebajar las contribuciones. Les pareció obvio que del nuevo régimen no cabía esperar nada. Las revueltas agrarias iniciaron un crescendo de violencia en 1873, el año de la nueva contribución territorial,[66] punto que consideraremos más abajo, en el contexto de los problemas del terrateniente. A lo largo de la primera década del gobierno meiji, se dieron más de 200 alzamientos campesinos, número muy superior al registrado en cualquier década de la era tokugawa. «En los tiempos modernos —dice T. C. Smith, nada propenso a exagerar la violencia campesina—, nunca había estado el Japón tan cerca de una revolución social».[67]

El tema dominante del movimiento campesino de aquellos diez años fue un «tenaz antagonismo contra el arrendamiento, la usura, y las contribuciones exorbitantes». Así acostumbra reaccionar en todas partes el campesino a la intrusión de relaciones capitalistas en el campo.[68] Esa respuesta reaccionaria fue muy rotunda en el Japón. No pocos *samurai* se apresuraron a explotar sus conocimientos de psicología campesina para ponerse a la cabeza de alzamientos campesinos contra el gobierno. Ello obedeció a que, como veremos, los *samurai* fueron las principales víctimas de la Restauración. El caudillaje de los *samurai*, cuando se dio, contribuyó a evitar que el movimiento campesino parase en una fuerza revolucionaria efectiva.

La reducción de las contribuciones en 1877 marcó el fin de la primera y más intensa ola de rebeldía campesina.[69] La segunda, en 1884-1885, fue un asunto más local, circunscrito a las regiones montañosas del norte de Tokyo, caracterizadas por la producción de seda cruda y la industria textil. Las familias campesinas sacaban buena parte de sus ingresos de esas fuentes. Tras la disolución del *Jiyutô*, el primer movimiento «liberal» del Japón, cierto número de afiliados radicales de aquellas zonas, decepcionados por la defección de sus líderes e irritados por las persistentes dificultades económicas, se insurreccionaron.[70] En una prefectura, Chichibu, el estallido fue tan serio, que tuvo visos de una guerra civil en miniatura y no fue reprimido sino a costa de grandes esfuerzos del ejército y de la policía militar, después de haberse captado los rebeldes amplio asenso popular. Otro de los varios estallidos conexos y simultáneos que se produjeron engendró consignas francamente revolucionarias y declaraciones públicas con objetivos concretos, tales como la reducción de las contribuciones y la revisión de la ley de reclutamiento. Es significativo, sin embargo, que incluso ese grupo se calificase de asociación patriótica (Aikoku Seirisha, Asociación Patriótica de la Verdad). Al cabo, el gobierno logró reprimir todas aquellas rebeliones. Su principal consecuencia fue ahondar la hendedura entre los elementos rurales más prósperos, en particular los nuevos terratenientes, y los sectores más pobres del campesinado.

Poco después, en 1889, el gobierno promulgaba la nueva constitución, que incluía el derecho a votar, pero muy bien asegurado en manos de la gente de entidad. De una población de aproximadamente 50 millones de habitantes, sólo unos 460.000 obtuvieron derechos electorales.[71] El radicalismo rural no volvería a presentar un problema serio hasta los conflictos entre ocupantes y propietarios que siguieron a la Primera Guerra Mundial.

Los alzamientos campesinos arriba descritos atestiguan que existió una resistencia más que esporádica contra la transición del sistema agrario premoderno a otro nuevo. Reflejan muchas de las dificultades características de la penetración en el campo del capitalismo y la agricultura comercial. ¿Por qué no fueron más recios? Para responder a esa cuestión, es necesario examinar con mayor meticulosidad la sociedad rural y los cambios que experimentó.

Como sucede en cualquier sociedad agraria, los campesinos japoneses engendraban la mayor parte del excedente económico que sostenía a las clases altas, y los métodos para extraérselo constituían el núcleo de casi todos los problemas políticos y sociales. El profesor Asakawa, notable historiador de la generación precedente, observó que bajo los Tokugawa el máximo problema de la administración aldeana fue la recaudación de impuestos. «Pocas eran las disposiciones de las leyes de la aldea que no guardaban relación, directa o indirecta, con el asunto de las contribuciones; pocos fueron los aspectos de la estructura entera del régimen feudal y la economía nacional en que no influyó pro-

fundamente la solución de ese problema fundamental».[72] El sistema tributario feudal del Japón explica en gran medida el carácter estrechamente solidario de la aldea japonesa, que ha impresionado a los más diversos historiadores y observadores modernos. A la vez, la estructura feudal japonesa vinculó de firme a los campesinos con sus dirigentes.

La carga más importante fue la contribución territorial, impuesta no sobre el campesino como individuo, sino sobre la capacidad productiva oficialmente determinada de cada explotación. Desde el punto de vista oficial, el campesino era un instrumento para hacer rendir sus tierras lo debido.[73] Hasta hace bastante poco, las autoridades sobre el Japón creían que por lo regular el señor feudal del período Tokugawa, apremiado por sus dispendios cada vez mayores en la capital del *shôgun* y en la generalidad de un modo de vivir, había utilizado la maquinaria de la administración aldeana para extraer del campesinado un excedente más y más amplio.[74] Pero la investigación detallada del censo tributario en varias aldeas situadas acá y allá del país ha venido a impugnar ese juicio. Parece, al contrario, que las cantidades exigidas permanecieron invariadas o casi invariadas, al paso que la productividad de la agricultura campesina fue aumentando notablemente. Ello trajo por consecuencia que quedara una parte cada vez mayor en manos del campesino.[75]

El sistema tributario de los Tokugawa debía de perjudicar a los campesinos incapaces de mejorar el rendimiento de sus tierras y beneficiar a los que sí lo lograban. Aunque los detalles de su funcionamiento

estén oscuros, salta a la vista que un sistema tributario que exigía año tras año una parte fija del producto de cada granja había de producir ese efecto. No conocemos con exactitud cómo se repartía entre los aldeanos la contribución, impuesta a la aldea en conjunto conforme a la valoración por el señor de la productividad de los campos individuales. Pero todo indica que el sistema tributario estimulaba a incrementar el rendimiento.[76] No hay, además, ningún indicio de una redistribución periódica de la propiedad y sus gravámenes como en la aldea rusa. Así, pues, parece que, aun sin proponérselo deliberadamente, la política contributiva agraria de los Tokugawa, por obra de la clase dirigente y los propios campesinos a la vez, fue un «envite al fuerte».

La estructura de la sociedad japonesa, por otro lado, puso ciertas barreras al desarrollo de un potencial revolucionario entre los campesinos. Algunas de ellas pueden verse asimismo en el funcionamiento del sistema tributario de la era Tokugawa. El apartamiento del militar de la tierra por los primeros gobernantes Tokugawa trajo consigo que las obligaciones económicas del campesino respecto al gobierno antes pareciesen impuestos públicos para el gobierno que no prestaciones personales al señor. No hubo *banalités*, y la primitiva *corvée* personal fue asimilándose poco a poco a la *corvée*, para el común.[77] Es muy probable que aquel sentimiento de obligaciones públicas contribuyese a facilitar al campesino la transferencia de lealtad del señor feudal al Estado moderno cuando, con la reforma de los Meiji, llegó la hora del salto.

Junto a dichos rasgos burocráticos que le dieron relieve como un «gobierno» impersonal sobre y por encima de los campesinos, el gobierno de los Tokugawa conservó caracteres feudales y paternalistas aún más importantes que permitieron a las clases militares dirigentes extender sus tentáculos por entre la sociedad campesina.

Para poner dientes a su sistema tributario y supervisión paternalista de la vida aldeana, los gobernantes tokugawa revivificaron el antiguo sistema chino de administración aldeana conocido por *pao*. En la China, esa medida de distribuir las familias de la aldea en pequeños grupos responsables de la conducta de sus miembros parece que nunca llegó a ser demasiado eficaz. En el Japón, existía ya desde la gran apropiación de elementos chinos en el siglo VII, pero no era más que una persistente antigualla cuando los primeros Tokugawa echaron mano de ella y la impusieron a toda la población urbana y rural de su reino. Asakawa afirma que se ordenó a cada habitante de la aldea, fuese cual fuese su hacienda o estado, pertenecer a un grupo de cinco hombres, y que esa orden se ejecutó cumplidamente. De ordinario tal grupo constaba de cinco padres de familias terratenientes vecinas con sus miembros, servidores y renteros.[78] Desde mediados del siglo XVII, se difundió la costumbre de hacer prometer bajo juramento al grupo que se cumplirían las órdenes del señor, las cuales debían repetirse en voz alta lo más ajustadamente posible a la forma en que se daban.[79]

El método del grupo de cinco hombres tenía por complemento el de proclamas públicas por medio de ta-

estén oscuros, salta a la vista que un sistema tributario que exigía año tras año una parte fija del producto de cada granja había de producir ese efecto. No conocemos con exactitud cómo se repartía entre los aldeanos la contribución, impuesta a la aldea en conjunto conforme a la valoración por el señor de la productividad de los campos individuales. Pero todo indica que el sistema tributario estimulaba a incrementar el rendimiento.[76] No hay, además, ningún indicio de una redistribución periódica de la propiedad y sus gravámenes como en la aldea rusa. Así, pues, parece que, aun sin proponérselo deliberadamente, la política contributiva agraria de los Tokugawa, por obra de la clase dirigente y los propios campesinos a la vez, fue un «envite al fuerte».

La estructura de la sociedad japonesa, por otro lado, puso ciertas barreras al desarrollo de un potencial revolucionario entre los campesinos. Algunas de ellas pueden verse asimismo en el funcionamiento del sistema tributario de la era Tokugawa. El apartamiento del militar de la tierra por los primeros gobernantes Tokugawa trajo consigo que las obligaciones económicas del campesino respecto al gobierno antes pareciesen impuestos públicos para el gobierno que no prestaciones personales al señor. No hubo *banalités*, y la primitiva *corvée* personal fue asimilándose poco a poco a la *corvée*, para el común.[77] Es muy probable que aquel sentimiento de obligaciones públicas contribuyese a facilitar al campesino la transferencia de lealtad del señor feudal al Estado moderno cuando, con la reforma de los Meiji, llegó la hora del salto.

Junto a dichos rasgos burocráticos que le dieron relieve como un «gobierno» impersonal sobre y por encima de los campesinos, el gobierno de los Tokugawa conservó caracteres feudales y paternalistas aún más importantes que permitieron a las clases militares dirigentes extender sus tentáculos por entre la sociedad campesina.

Para poner dientes a su sistema tributario y supervisión paternalista de la vida aldeana, los gobernantes tokugawa revivificaron el antiguo sistema chino de administración aldeana conocido por *pao*. En la China, esa medida de distribuir las familias de la aldea en pequeños grupos responsables de la conducta de sus miembros parece que nunca llegó a ser demasiado eficaz. En el Japón, existía ya desde la gran apropiación de elementos chinos en el siglo VII, pero no era más que una persistente antigualla cuando los primeros Tokugawa echaron mano de ella y la impusieron a toda la población urbana y rural de su reino. Asakawa afirma que se ordenó a cada habitante de la aldea, fuese cual fuese su hacienda o estado, pertenecer a un grupo de cinco hombres, y que esa orden se ejecutó cumplidamente. De ordinario tal grupo constaba de cinco padres de familias terratenientes vecinas con sus miembros, servidores y renteros.[78] Desde mediados del siglo XVII, se difundió la costumbre de hacer prometer bajo juramento al grupo que se cumplirían las órdenes del señor, las cuales debían repetirse en voz alta lo más ajustadamente posible a la forma en que se daban.[79]

El método del grupo de cinco hombres tenía por complemento el de proclamas públicas por medio de ta-

blones de anuncios en que se exhortaba a los campesinos a comportarse bien. De vez en cuando uno da en los escritos modernos con comentarios al efecto de que el campesino japonés era tan sumiso a la autoridad, que tales advertencias públicas bastaban casi por sí solas para mantener el orden público. Como estoy tratando de demostrar, esa sumisión se debió a otras y más poderosas razones, y en todo caso hubo períodos de considerable turbulencia. No obstante, vale la pena de echar un vistazo al texto de uno de aquellos mensajes; puede que modifique la imagen de una sumisión «natural». Data de hacia la mitad del siglo XVII y, aunque contiene una referencia a Buda, el tono es bien confuciano:

Sé filial para con tus padres, El primer principio de la piedad filial es guardarte a ti mismo sano. Es especialmente grato a tus padres si te abstienes de beber y pelearte, y amas a tu hermano menor y obedeces a tu hermano mayor. Si te ajustas al principio de arriba, la buena ventura y Buda estarán sobre ti, y podrás andar por la senda recta y tu tierra dará buenas cosechas. Por el contrario, si eres libre y perezoso, vendrás a ser pobre y quebrantado, y acabarás por echarte a robar. Entonces la justicia te cogerá y te atará con cuerdas y te pondrá en una jaula, y quizá te ahorcará. Si tal cosa sucede, ¡qué triste va a estar el corazón de tus padres! Además, tu mujer e hijos y hermanos van a sufrir todos castigo a causa de tu crimen.[80]

La admonición continúa con algunas observaciones sobre las recompensas materiales para el buen comportamiento e, inmediatamente antes del final, añade este revelador consejo:

De hecho, el campesino tiene la clase de vida más segura de todas sólo con que pague sus contribuciones regularmente. Guarda, pues, siempre en tu mente el precepto de arriba...[80]

Mediante el grupo de cinco hombres y otras trazas como la que acabamos de exponer, se hizo tomar un interés activo a la aldea entera en la vida de cada familia. El matrimonio, la adopción, la sucesión y la herencia quedaron sujetos a un efectivo control. Los campesinos debían vigilarse y corregirse unos a otros y, en la medida de lo posible, arreglar sus disputas por mutua transacción. Por lo demás, tenían estrictamente prohibido poseer armas de fuego, llevar espada, estudiar los clásicos confucianos o darse a prácticas religiosas nuevas.[81]

Otra vía de control la proporcionó el cabeza de aldea. En la mayor parte de los lugares, ese cargo pasaba de padre a hijo junto con la autoridad sobre la familia o iba recayendo por turno en cada una de las familias próceres.[82] También era frecuente la designación por el señor o sus oficiales.[83] Sólo nos consta que se proveyese por elección de algunas aldeas afectadas por influjos mercantiles, donde la estructura tradicional había empezado a desintegrarse.[84]

El señor hacía todo cuanto estaba en su mano para exaltar la dignidad y respaldar el poder del cabeza, el jefe de la oligarquía en pequeño que era la aldea japonesa en tiempo de los Tokugawa. Esencialmente, el poder del cabeza descansaba en su habilidad para manipular la opinión aldeana dominante. Antes que apartarse de esa opinión, el cabeza se solidarizaba con la aldea contra el señor, aunque ello le traía casi de seguro

la muerte. Pero crisis así eran excepcionales. Por lo regular el cabeza era la persona que reconciliaba los intereses del señor con los de los aldeanos conspicuos concordándolos o invocando la conveniencia común.[85]

La aldea japonesa desplegó una enérgica exigencia de unanimidad, que recuerda la del *sbornost* ruso. Se daba carácter público a los asuntos personales, no fuese que condujeran a opiniones o actitudes desviadoras. Puesto que cualquier secreto era automáticamente sospechoso, aquel que pretendía tratar algún negocio privado con un vecino de otra aldea podía verse obligado a hacerlo a través de su cabeza. Críticas, aislamiento, y otros castigos más duros, como juntarse un gentío ante la casa de uno y armar una zarabanda con ollas y cazuelas, o incluso la expulsión (que significaba segregar al campesino de la sociedad humana, de modo que o bien tenía que dejarse morir de hambre o delinquir), todo contribuía a crear conformidad, probablemente mucho más intensa que cualquiera de las lamentadas por los intelectuales occidentales modernos. El cabeza nunca expresaba su propia opinión sobre una materia importante hasta después de haber averiguado el sentir de la comunidad por medio de repetidas consultas con los demás primates. Sin duda los aldeanos hacían todo lo posible para evitar cualquier conflicto con la opinión colectiva. Smith menciona el caso muy reciente —tanto que es posterior a la Segunda Guerra Mundial— de una aldea cuya asamblea se reunía en privado el día antes de su sesión pública a fin de que las decisiones pudieran ser unánimes. De un modo similar, en tiempo de los Tokugawa, el cabeza

debía de reunir a las partes de una disputa por cosa de lindes para llevarlas a un compromiso. Parece que no emitía una «orden» hasta haber logrado el compromiso y resuelto el problema.[86]

Así, pues, el sistema tributario, junto con los controles políticos y sociales que lo apuntalaban, fue la principal fuente externa de solidaridad de la aldea japonesa. Hubo además fuentes internas no menos importantes: ante todo el sistema de cooperación económica y, estrechamente interrelacionada con él, la estructura de las obligaciones de parentesco y las reglas por las cuales se regía la herencia.

Aunque no hay indicios de ningún sistema de cultivo colectivo, la tierra pertenecía a la aldea, que reservaba para sus habitantes el derecho exclusivo de labrarla.[87] Los terrenos comunales abastecían a las familias campesinas de leña, forraje, abonos y materiales de construcción. A diferencia de los de Europa, no eran una reserva potencial para, sobre todo, los campesinos más pobres, sino que estaban sujetos a un efectivo control por parte de las casas más ricas.[88] El repartimiento del agua necesaria para cultivar el arroz constituía asimismo un problema crucial para la aldea entera. Sin embargo, por muy importante que fuese, la cuestión del riego no habría bastado probablemente por sí sola para crear el alto grado de solidaridad que singularizó a la aldea japonesa. En la china, según hemos visto, creó escasa. Ya en tiempo de los Tokugawa, el cultivo del arroz requería una mano de obra numerosa y bien organizada para la operación de plantarlo, en la primavera. El arroz no se sembraba directamen-

te en los campos, sino en semilleros especiales, de donde se trasplantaban después los plantones. Esa tarea tenía que realizarse en un espacio de tiempo muy corto, a fin de evitar que las pequeñas plantas se dañaran. Había necesidad de enormes cantidades de agua para trabajar el suelo hasta darle la consistencia de pasta espesa adecuada que lo pusiera en condiciones de recibirlas. Como no podía suministrarse la cantidad de agua necesaria a muchos campos simultáneamente, era preciso anegarlos y plantarlos uno después de otro, cosa que reducía el tiempo disponible para trasplantar a unas pocas horas por unidad. Efectuar la operación en el tiempo disponible requería mucho más mano de obra que los brazos de cada familia estricta.[89]

Los campesinos japoneses afrontaron el problema de la mano de obra, particularmente agudo en el cultivo del arroz pero de ningún modo limitado al mismo, mediante su sistema de parentesco y herencia, ampliándolo si era necesario con los recursos del semiparentesco e, incluso, del pseudoparentesco. En la mayor parte de las aldeas del siglo XVII, había una, dos o más haciendas mucho más extensas que el resto. Parte de la mano de obra precisa para cultivarlas se conseguía ensanchando la familia allende los límites usuales en las haciendas pequeñas, reteniendo en su seno a la generación más joven después del matrimonio y aun a los miembros de líneas de descendencia colaterales. Cuando la familia era insuficiente, como sucedía a menudo, los poseedores de grandes haciendas recurrían de ordinario a dos medidas. Una, dar pequeños fundos con morada aparte a ciertas personas, conocidas por

nago y por diversidad de nombres locales, a cambio de prestaciones de trabajo. La otra, valerse de sirvientes hereditarios (*genin*, también *fudai*), personas que, junto con sus hijos, permanecían en una misma familia generación tras generación.[90]

Así los pequeños labradores como los sirvientes hereditarios estaban asimilados en gran parte al tipo de la gran hacienda cultivada por ramas del tronco familiar originario. Smith, nuestra primera autoridad para todo lo que vamos exponiendo en este punto, nos previene contra considerar a los pequeños labradores como una clase distinta. Sólo eran distintos en un sentido formal, legal. Económica y socialmente, su posición era muy próxima a la de los parientes colaterales.[91]

Por tanto, la aldea japonesa del período premoderno no consistió en un racimo de unidades agrícolas autónomas, sino en un conjunto de unidades interdependientes, unas grandes, otras pequeñas. Las grandes haciendas proporcionaban un fondo común de capital en forma de útiles, animales, semillas, forraje, abonos, etc., de que las pequeñas podían servirse de tiempo en tiempo. A cambio de ello, esas últimas suministraban trabajo.[92] La separación entre capital y trabajo en cuanto al poseer y su recombinación en el proceso productivo presenta algunas similitudes con el mundo de la industria capitalista. Un estudio sobre unos cien registros de aldea del siglo XVII procedentes de acá y allá del Japón revela que, en la mayor parte de las aldeas, del 40 al 80 por ciento de los poseedores de tierra labrantía no contaban con casa propia.[93] Sin embargo, las relaciones paternalistas y semifamiliares de

los poseedores de grandes haciendas con los suministradores de mano de obra contribuyeron a evitar que apareciese un conflicto de clases. Pocas razones habría para afirmar que aquéllos detentaban algo así como un monopolio del poder, aunque sin duda el sistema entrañaba aspectos explotadores —un detalle significativo: los pequeños labradores no podían cultivar arroz en el pobre suelo que tenían asignado.[94] En las épocas de carestía, debían ayudar a sus dependientes menos afortunados. Por otra parte, es de suponer que la facultad de negarse a cooperar en la fase crítica de cosechar el arroz era un arma importante en manos de quienes suministraban el trabajo, si bien tal negativa debía de requerir las más sólidas justificaciones para ser aceptable a la opinión aldeana.[95]

Algunos comentarios sobre la propiedad y la herencia ayudarán a completar este bosquejo de la aldea japonesa premoderna. Según hemos visto, los pequeños labradores, muchos de los cuales carecían de casa propia, cultivaban parcelas insuficientes para mantener una familia, y tenían que cambiar trabajo por otros recursos.[96] En cuanto a los grandes, advertimos que, mientras los bienes podían dividirse entre varios herederos, no sucedía lo mismo con la dignidad del cabeza de familia. El sistema de herencia era desigual, y la opinión pública condenaba la generosidad excesiva para con los parientes colaterales. La desigualdad en el repartimiento de la herencia perseguía el fin de exonerar a la familia mayor de la obligación de sostener a los miembros «sobrantes». Conservando la mayor parte de la tierra y estableciendo a los miembros «sobrantes» en pequeñas parcelas, la familia mayor se aseguraba a la vez una hacienda razonablemente grande y una buena provisión de mano de obra.[97]

La conducta política de la sociedad campesina en la última fase de los Tokugawa parece bastante explicable. El que en aquellos tiempos de considerable turbulencia inexistiese una revolución campesina en gran escala no cabe entenderlo, a todas luces, como el resultado de una distribución igualitaria de la tierra. Lo que ayudó a preservar la estabilidad fue más bien la serie de vínculos que unían a los faltos de tierra con los hacendados. Todo indica que la comunidad aldeana premoderna del Japón constituyó un mecanismo muy operante para incorporar y controlar a los individuos con motivos de queja reales o potenciales. También debieron de ser muy efectivas las vías formales e informales de control entre el señor y el campesinado. El señor podía dar a conocer su voluntad y los campesinos señalar hasta dónde estaban dispuestos a obedecer por procedimientos claramente definidos. Uno tiene la firme impresión de que la sociedad tokugawa, mientras funcionó bien, consistió en una serie de cadenas descendentes y cada vez más numerosas de líderes influyentes con sus camarillas de adictos, engranadas unas con otras por ataduras patriarcales y personales, que permitían saber a los situados en posición superior hasta dónde podían exigir a los que estaban debajo de ellos. Quizás en esa ordenación haya algo específicamente feudal, pero de hecho es también característica de cualquier jerarquía estable.

La clave de la estructura social de la aldea japonesa premoderna era el cambio de trabajo por capital y viceversa sin el mecanismo impersonal del trabajo, y mediante el más personal del parentesco. El advenimiento del mercado transformó todo ese sistema, que ha dejado sin embargo su impronta en la sociedad campesina japonesa posterior, hasta hoy en día. Conviene, pues, que abordemos acto seguido la tarea de rastrear los defectos del mercado o, más generalmente, el desarrollo de la agricultura comercial, y ante todo las consecuencias políticas de la transformación, que ya empezaron a manifestarse en tiempo de los Tokugawa.

La segunda mitad del período tokugawa fue de progresos muy notables en las técnicas agrícolas. Después de 1700, empezaron a aparecer tratados verdaderamente científicos sobre agricultura, curioso paralelo con lo que estaba sucediendo por la misma época en Inglaterra. Tras algunas reverencias rituales a la doctrina confuciana de armonía con la naturaleza, dichos tratados pasaban en seguida al asunto muy práctico de cómo perfeccionarla. Hay claros indicios de que los conocimientos expuestos en ellos llegaban a los campesinos. El principal motivo que invocaban era el interés particular, pero el de la familia, no el individual. Tampoco se referían nunca a conceptos como el bien de la sociedad o del Estado.[98]

Comentar los progresos técnicos con algún detalle nos desviaría demasiado de nuestro tema básico, el cambio político. Nos limitaremos, pues, a mencionar las mejoras en la irrigación, que multiplicaron los

terrenos anegables y, por ende, la cosecha de arroz, el uso de abonos comerciales en vez de hierba —recogida en las laderas de las montañas e introducida en la tierra por pisoteo—, y la invención de un nuevo método de trilla que, al parecer, permitió llevarla a cabo diez veces más rápidamente que el antiguo.[99] Lo más importante para nuestros propósitos es que todos esos cambios, contrastando sobre manera con la más espectacular revolución mecánica experimentada por la agricultura norteamericana en los últimos cien años, en vez de disminuir la cantidad global de mano de obra requerida por la agricultura japonesa, la acrecieron. Aunque los adelantos técnicos, en particular los abonos comerciales y el nuevo método de trilla, aligeraron el trabajo en las temporadas punta de la siembra y la cosecha, en conjunto la necesidad de mano de obra no remitió, por cuanto los japoneses pasaron a practicar variadas formas de bicultivo. Se procuraba combinar los dos cultivos de modo que los períodos en que uno exigía mayor faena coincidiesen con los más encalmados del otro. Así, el resultado general fue más trabajo repartido más uniformemente a lo largo del año.[100]

En parte a consecuencia de la mayor producción agrícola, el intercambio de productos a través del mercado se extendió cada vez más por las áreas rurales. También el uso de dinero, aunque ése ya se conocía de antiguo: un embajador coreano del siglo XV informó que los ladrones y las prostitutas no solían aceptar otra cosa. Por los años de los últimos Tokugawa, nos encontramos con mercados fijos, celebrados cada diez días, incluso en zonas remotas y atrasadas.[101] Aunque

nos consta que existía un alto nivel de autosuficiencia campesina, hecho que iba a persistir hasta bien entrado el período meiji,[102] no cabe duda que el Japón, a diferencia de la China, ya en el siglo XVIII estaba empezando a dar pasos muy considerables, y por su propia cuenta, cara a convertirse en un país moderno. Gran parte de tal disparidad puede atribuirse a la *pax sokugawa*, que contrastaba con el desorden imperante en la Chma bajo la dinastía manchú, para entonces ya cuesta abajo.

A la vez el avance de la economía dio lugar a profundos cambios en el sistema tradicional de grandes haciendas con sus satélites y a la progresiva sustitución de las mismas por granjas familiares y grupos de propietario-renteros. La causa fundamental fue la creciente escasez de mano de obra campesina. El desarrollo del comercio rural y de la industria trajo consigo que los grandes hacendados tuvieran que dar más tierra a los pequeños labradores dependientes a fin de contrarrestar la atracción de las ciudades y poder retenerlos. Por añadidura, los pequeños labradores (*nago*) iban hallando más y más oportunidades para ganar dinero en industrias artesanas. La mano de obra asalariada empezó a reemplazar las formas tradicionales. Como categoría legal, y más lentamente como realidad económica y social, el pequeño labrador dependiente desapareció. A fines del siglo XIX, de esa clase sólo quedaban vestigios: por lo común los pequeños labradores dependientes se habían elevado a la condición de familias separadas, algunos como propietarios, pero los más como renteros.[103]

Un proceso paralelo condujo a resultados similares en el caso de los sirvientes hereditarios, la otra fuente mayor de mano de obra para el gran hacendado fuera de la familia. El impacto del mercado les liberó, como a la generalidad de los braceros agrícolas, de las relaciones tradicionales y personales, aunque sus progresos efectivos en independencia fueron, si no nulos, leves. El «contrato» salarial quedaba a menudo desvirtuado por las deudas, que podían mantener aún en sujeción al antiguo sirviente por largo tiempo. Con todo, el bracero tenía a su favor una ventaja muy importante: la escasez de mano de obra. En la última fase de la era tokugawa, la mano de obra asalariada se había generalizado considerablemente. Su escasez la valorizó, y fue sacándola de las limitaciones tradicionales. En suma: lentos progresos en la condición económica del antiguo pequeño labrador dependiente y del sirviente hereditario ayudaron a acelerar el desarrollo del colonato.[104]

A mediados del siglo XVIII, el giro hacia el colonato había pasado a ser una tendencia poderosa.[105] Los grandes terratenientes habían empezado ya a comprender unos cincuenta años atrás que el alto coste de la mano de obra en sus formas evolutivas imposibilitaba la explotación rentable de fundos extensos. Durante el siglo XIX, no sólo continuaron aumentando los costes de la mano de obra sino que, hacia su mitad, muchos braceros asalariados, viendo que podían más o menos mantener una familia con sus propios recursos, no trabajaban a gusto ni bien para los patronos; a menudo desaparecían sin avisar cuando más necesarios

eran. Tales circunstancias favorecieron la unidad agrícola de «tamaño familiar», cultivada por renteros que en el pasado habían sido pequeños labradores dependientes.[106] El dividir sus vastos fundos en una serie de unidades manejables llevadas por renteros permitió a los grandes terratenientes seguir sacando de la tierra los beneficios de siempre, y en algunos casos aumentarlos. Ahora eran los renteros quienes tenían que cargar con los dispendios cada vez mayores en abonos y otros costes de cultivo, problema que afrontaban de dos modos: reduciendo su nivel de vida, e incrementando sus ingresos por medio de ocupaciones artesanas cuando el comercio y la industria empezaron a desarrollarse.[107]

El resultado final no fue, por tanto, la desaparición de las grandes haciendas, sino un cambio en el método de explotarlas: de un sistema basado en la familia y sus extensiones se pasó a un sistema basado en el colonato. La unidad de cultivo se hizo menor; la unidad de propiedad, si acaso, mayor. Los poseedores de grandes haciendas, observa Smith, lejos de liquidarlas, las ensancharon notablemente tras hallar solución a sus problemas en el colonato.[108] En lugar de las relaciones paternalistas, tomaron vuelo las explosivas entre propietario y rentero, a medida que, en virtud del avance de la agricultura comercial, fue surgiendo una clase terrateniente del campesinado —más que de la aristocracia, al parecer. Los problemas suscitados por esas nuevas relaciones, según hemos visto, atribularon por largo tiempo al Japón.

Como era de esperar por la experiencia de otros países, las nuevas relaciones comerciales produjeron cierta tendencia hacia la concentración de la tierra en menos manos y el colapso de las relaciones familiares y parafamiliares dentro de la comunidad campesina.[109] Lo significativo, sin embargo, es que en el Japón esa tendencia no llegó demasiado lejos. Tras difundirse el colonato como solución a los problemas de la agricultura comercial, las relaciones de propiedad experimentaron muy pocos cambios a lo largo de aproximadamente un siglo. Pese a algunos signos incipientes de que se expropiaría al campesinado, tal expropiación no tuvo lugar. Tampoco los campesinos fueron capaces de expropiar a las clases dominantes. Con todo, a mediados del siglo XIX la intrusión de relaciones comerciales en la agricultura había creado una situación peligrosa para el antiguo orden, de manera que los Meiji tuvieron que hacer frente a graves problemas.

Los primeros pasos del Japón hacia una sociedad industrial en los años iniciales de los Meiji consistieron, como de costumbre, en extraer más recursos de la población subalterna. Lo mismo que en la Rusia soviética, fue sobre todo el campesino japonés quien costeó lo que los marxistas llaman acumulación capitalista primaria, el acopio de suficiente capital para dar el salto de una sociedad agraria a una sociedad industrial. Pero, debido en buena parte a los auspicios tan distintos bajo que los Meiji promovieron la industrialización, la experiencia japonesa fue casi la diametralmente opuesta a la soviética.

El nuevo gobierno necesitaba una fuente regular y segura de ingresos. Por eso adoptó en 1873 la Contri-

bución Territorial, quizás el único recurso viable dadas las circunstancias políticas y económicas.[110] Siendo así que el gobierno emprendió la mayor parte de las primeras acciones industrializadoras —para transferirlas a propietarios privados al cabo de pocos años—, se cae de su peso que el campesino costeó los estadios iniciales del desarrollo industrial. Por otro lado, a juicio de autoridades modernas, la contribución territorial de los Meiji no resultó más onerosa que el sistema tributario de los Tokugawa. El nuevo gobierno no hizo más que reorientarlo según nuevas vías, con lo que logró modernizar al país sin reducir los niveles de vida rurales.[111] Ello fue posible gracias a que la productividad agrícola siguió creciendo, como ya lo había hecho bajo los Tokugawa.[112] Esa crecida iba a continuar casi ininterrumpidamente hasta el fin del período de historia japonesa considerado en este libro. Se estima que, entre 1880 y 1940, los rendimientos de las cosechas se duplicaron.[113] Conviene estar alerta, sin embargo, a no sacar de esos hechos a conclusiones optimistas sobre la posibilidad de una senda no revolucionaria hacia el industrialismo. El Japón pagó muy caro el no modernizar su estructura agraria —y también otros países, cuando ejércitos japoneses marcharon a través de la China y cuando bombas japonesas cayeron sobre barcos norteamericanos.

Por lo que respecta a los campesinos, el efecto económico inmediato de tales medidas fue que se intensificaran ciertas tendencias ya ostensibles bajo los Tokugawa. Al tener que reunir dinero para pagar la contribución territorial, el campesino pasó a depender

más de las vicisitudes del mercado y del usurero, que a menudo era el máximo terrateniente de la aldea. Un buen número de campesinos se endeudaron y perdieron sus tierras. Cuántos, es materia de discusión entre los especialistas. Aunque el nuevo régimen había concedido derechos de propiedad a los campesinos, por lo común el hombre de nada llevó la peor parte en las adjudicaciones de tierra, por cuanto no podía apoyarse sino en la memoria y la tradición oral, mientras que la «ley» —así estuviese personificada en el cabeza de aldea como en oficiales— generalmente se inclinaba por el gran poseedor.[114] Todos esos factores contribuyeron a reforzar la posición del hacendado a expensas del rentero o del pequeño labrador dependiente. Ello, por lo demás, representaba un continuar la tradición de favorecer al fuerte y honorable, cosa que puede ser una de las razones de por qué fracasó la resistencia campesina a las medidas del nuevo gobierno.[115]

La legislación de los Meiji y el sesgo de los factores económicos no condujeron a una expropiación en masa del campesinado, pese a que hubo algunas tendencias en ese sentido. Los resultados mayores fueron, si acaso, los contrarios: el fortalecimiento y la legitimación del terrateniente, y la legitimación de la tenencia por el campesino de su parcela, ya como rentero ya como propietario. No hubo un éxodo masivo a las ciudades, ni tampoco un consolidarse o extenderse en gran manera la unidad de tierra cultivada.[116]

El gobierno de los Meiji fue conservador en el aspecto de que a la clase dirigente nunca se le ocurrió abdicar el poder en cualquier otra. A la vez, observan a

menudo las autoridades modernas, fue revolucionario en el aspecto de que suprimió las distinciones feudales y trató de incorporar a los campesinos en un cuerpo político conservador. Un paso muy importante en ese sentido fue la adopción del servicio militar obligatorio (1872-1873).[117] Otro, el establecimiento de un sistema de educación universal y compulsivo, promulgado por el Rescripto Imperial de 1890. En 1894, asistían a la escuela el 61,7 por ciento de todos los niños en edad escolar; poco después del cambio de siglo, el ciento por ciento. Además de las enseñanzas elementales de leer y escribir, los niños japoneses recibían grandes dosis de adoctrinamiento patriótico.[118] Los rasgos revolucionarios entraban, pues, en la política gubernamental de tomar del Occidente aquellos elementos de su civilización que parecían necesarios para crear un Estado nacional poderoso. La contradicción entre los rasgos revolucionarios y los conservadores es más aparente que real. Hubo, desde luego, polémicas muy enconadas entre los líderes japoneses acerca de qué era necesario a punto fijo para dicho fin. Puede incluso que una pequeña minoría de ellos se sintiesen atraídos de verdad por las recetas occidentales. Con todo, resulta engañoso conceder demasiada importancia a esas polémicas y divisiones. Si el Japón había de convertirse en una nación moderna independiente, tenía necesidad de un pueblo que supiese leer y escribir, cuando menos lo indispensable para manejar la maquinaria moderna,y de un ejército para combatir a los enemigos exteriores y guardar el orden en casa. Difícilmente cabe calificar tal política de revolucionaria.

Así, pues, en suma, la política de los Meiji importó un valerse del campesino como fuente de acumulación capitalista. Ello a su vez, requirió abrir aún más la economía campesina a los influjos comerciales y compensar las consiguientes tensiones con diligencias para incorporar a los campesinos dentro de un cuerpo político cohesivo. El desmontar el feudalismo, más que un objetivo *per se*, fue un medio para otros fines.

Reviendo el proceso en su totalidad, discerniremos más clara y concretamente algunas de las razones por las que tuvo lugar sin ningún trastorno revolucionario. El aumento continuo de la productividad agrícola contribuyó de un modo decisivo a que la transición, del principio al fin, fuese soportable. Ni qué decir tiene que tal aumento requiere de por sí un análisis aclaratorio, que dejo para el próximo apartado. En todo caso, una de sus consecuencias fue que no hubo en las ciudades tanta hambre como para proporcionar aliados plebeyos al radicalismo campesino —cual sucedió en el apogeo de la Revolución Francesa. Tampoco surgió en ellas ningún impulso burgués antifeudal de consideración al que pudieran asociarse las exigencias campesinas más moderadas a fin de derribar el antiguo orden. Si bien se mira, el advenimiento del mercado dio tierra a las capas más pobres de los campesinos. Aunque de ordinario no se les asignó sino como renteros, es probable que la posesión física de una parcela mayor que antes obrara como un elemento estabilizador.

La conjunción de los nuevos terratenientes con el capitalismo inicial, aspecto que vamos a considerar en

breve, parece bien obvia. Ese grupo procedía por la mayor parte de la clase de los campesinos acaudalados, que había ido elevándose más y más en las postrimerías del período tokugawa y que, a juicio de algunos historiadores, contribuyó de firme al movimiento de la Restauración. Convertidos en grandes propietarios, muchos de los integrantes de la *élite* campesina debieron de desvincularse del resto y volverse en lo político «gente de confianza». Un sector considerable adquirió intereses comerciales y no se oponía, por tanto, a cambios profundos en el antiguo orden. Pero, generalmente, los propietarios campesinos acaudalados no deseaban en lo más mínimo subvertir el sistema oligárquico de la aldea, del que eran los máximos beneficiarios. Tan pronto como los campesinos más pobres y renteros empezaron a presentar a los Meiji exigencias radicales, los campesinos ricos se volvieron contra ellos.[119] Así, pues, la sociedad rural japonesa contó en aquella coyuntura histórica con importantes salvaguardias contra cualquier estallido intenso de anticapitalismo y oposición a las nuevas tendencias sociales.

Subsistían aún, por otro lado, salvaguardias asimismo poderosas contra los «excesos» antifeudales. Las vías de influencia del feudalismo en la aldea, a saber el sistema de cinco hombres para la vigilancia mutua y el cabeza de aldea, fueron muy operativas a lo largo de toda aquella fase. Esos frenos a los impulsos antifeudales habrían podido llevar a una peligrosa acumulación de resentimiento, y así sucedió sin duda en algunas zonas donde las presiones feudales se combinaron con las incipientes del comercio para dar a los campesinos

lo peor de ambos mundos, combinación represiva que no existió en la base mayor del movimiento imperial, Chôshu.

El conflicto entre un sistema feudal que aún tenía considerable vitalidad y los influjos mercantiles que no cesaban de minarlo dio espacio para maniobrar al gobierno de los Meiji. Cuando los *samurai* se ponían a la cabeza de un alzamiento campesino, se creaba una situación peligrosa, claro está. Pero, en contrapartida, los Meiji, valiéndose de su ejército integrado por campesinos, podían explotar los sentimientos antifeudales en provecho propio, como lo demuestra el desbarato de la Rebelión de Satasuma, la amenaza más grave con que se enfrentó el nuevo régimen. Aunque a veces su postura fue precaria, el gobierno, abriéndose paso por entre las divisiones así de sus enemigos como de sus aliados, logró sobrevivir y afianzarse.

La amenaza exterior —si bien es dudoso que calara en el ánimo de la mayoría de los campesinos— tuvo un papel notable en el curso de los hechos y contribuyó a la solución conservadora. Las fuerzas revolucionarias de la sociedad japonesa no eran ni con mucho lo bastante poderosas como para remover por sí solas los obstáculos a la modernización. Pero podían proporcionar y proporcionaron una base limitada de apoyo para medidas modernizadoras cuando los gobernantes se resolvieron a tomarlas a fin de asegurar su propio poder creando un Estado fuerte.

Entre las clases dirigentes, asimismo, la era meiji (1868-1912) se caracterizó por la asociación de elementos feudales y capitalistas en la empresa de crear un Estado moderno poderoso. Aquí concentraremos la atención en el significado político del hecho que el terrateniente con intereses mercantiles reemplazara al señor feudal, proceso que ya se había iniciado bajo los Tokugawa. Es preciso contemplarlo sobre un fondo más general: cómo se adaptaron los gobernantes al mundo moderno y hasta qué punto formaciones sociales nuevas y distintas sustituyeron a los anteriores grupos dominantes. A ese respecto, es preciso diferenciar netamente la naturaleza de los aristócratas más altos o *daimyô* y los simples *samurai*.

Todas las autoridades convienen en que el «ajuste de cuentas» del gobierno con los *daimyô* en 1876 fue sobre manera generoso. La medida, según hemos visto, aseguró al nuevo gobierno la lealtad de los *daimyô* y, a la vez, privó a éstos de su base económica originaria. También permitió a algunos de los principales señores pasar a integrarse en la oligarquía financiera dominante. Los fondos obtenidos de ese modo contribuyeron poderosamente a promover la industria capitalista.[120] Hacia 1880, algo más del 44 por ciento de los depositados en los Bancos nacionales pertenecían a los nuevos pares, por la mayor parte antiguos *daimyô* y miembros de la corte imperial (kuge).[121] Quienes efectuaron la transición al comercio, la industria y la banca fueron pocos en número, pero muy importantes. Podían incluso arrinconar a la clase mercantil primitiva, cuando en el período tokugawa se habían visto obligados a operar con y mediante ella.[122]

Algunos otros se orientaron hacia la agricultura. Con sus pensiones capitalizadas, pudieron comprar grandes extensiones de tierra del gobierno en Hokkaidô a precios muy bajos y convertirse en latifundistas.[123] Pero ésos no pasaron de un puñado. El producto de las tendencias surgidas bajo los Tokugawa y el ajuste de cuentas de los Meiji fue hacer entrar al Japón en el mundo moderno sin un grupo numeroso de prepotentes aristócratas rurales. En rigor, el Japón, después de hacia 1880, no tuvo una clase de grandes *Junker* (aunque multitud de pequeños), ningún equivalente de los gruesos robles de Burke para dar sombra a sus arrozales. Sus análogos, en todo caso poco numerosos, fueron casi de un plumazo empujados hacia adelante a lo largo de un siglo hasta volverse los hermanos de los barones hulleros y cerveceros de Inglaterra. A fines del siglo XIX, la camarilla palaciega consistía en antiguos señores metamorfoseados en capitalistas por la conmutación de los privilegios feudales, y en algunas familias mercantiles de solera junto con otras terriblemente nuevas subidas de la nada. Fue ascendiendo a la par en el campo una nueva y nutrida clase alta terrateniente, de la que tendremos que hablar en breve. Es significativo que sus miembros se autocalificaran de «clase media» de la nueva sociedad japonesa.[124]

Por lo que respecta a las clases altas tradicionales, los *daimyô* no representaban sino un grupo muy pequeño; en 1872, sumaban 268 en total. El número de los *samurai*, en cambio, era bastante crecido, algo por debajo de los dos millones, o sea entre un 5 y un 6 por ciento de la población en 1870.[125] Su hado fue menos feliz, y, para más de cuatro, sin duda alguna desastroso. El régimen de los Meiji acabó con los privilegios sociales, económicos y políticos de los *samurai*. No obstante, dado que en 1880 poseían casi un tercio de los fondos depositados en los Bancos nacionales,[126] quizá sea demasiado rotundo afirmar que sus clamores contra el gobierno se liquidaron con poco más que compensaciones simbólicas.[127] Sus ingresos globales por mor de los bonos percibidos en 1876 se han estimado en aproximadamente un tercio del valor de sus estipendios en arroz a fines del período tokugawa.[128]

Por mucho que ciertos individuos de los círculos más elevados especularan con las ideas de Herbert Spencer, el gobierno no podía cruzarse de brazos y dejar que los *samurai* se las apañasen por sí mismos o muriesen de hambre. Cuando menos, no podía hacer de eso su línea política declarada. Tampoco podía permitirse que dependieran por siempre jamás de un subsidio de paro. Buena parte del ímpetu que se puso en el programa de industrialización, sugiere Smith, procedía de la necesidad de hacer algo por los *samurai*.[129] El gobierno también tomó algunas medidas más específicas, como fomentar el rescate de terrenos por *samurai* y ofrecerles empréstitos para que emprendieran negocios. Según un investigador que las ha examinado algo detalladamente, no llegaron a solucionar de verdad el problema.[130]

Aunque la evidencia no es tan clara como uno quisiera, parece que la mayoría de los *samurai* no tomaron puerto de un modo satisfactorio en el mundo de los negocios. Sin duda alguno que otro se hizo rico y poderoso negociando, o en calidad de político. Muchos se abrieron camino como mejor pudieron por casi todos los resquicios que la estructura social les deparaba, metiéndose, entre otras cosas, a policías, oficiales del ejército, maestros, abogados, publicistas, o incluso a tiradores de *jinricksha* y ladrones comunes.[131] Indician cuál fue su sino los escritos de un teórico político de aquella época, Ueki Emori: se oponía a que se restringiera el derecho a votar y la elegibilidad para los cargos en orden a los bienes poseídos porque ello excluiría a la mayor parte de los *samurai*, a su juicio la clase más idónea para la vida política.[132]

En el campo, los *samurai* vinieron a tener el mismo éxito que en los negocios. La mayoría de los que aprovecharon sus bonos para tratar de abrirse camino como granjeros comprobaron que no podían competir con los campesinos.[133] Si bien durante el siglo XIX hubo cierto número de experimentos agrícolas en gran escala dirigidos por entusiastas ex *samurai* recién vueltos del Occidente, la mayor parte terminaron fracasando.[134]

TABLA I. —*Cuotas por contribución territorial en el Japón en 1887*

	Total núm. de personas	*Personas que contribuyeron con 10 yen*	*Proporción de contribuyentes*
Ex *samurai*	1.954.669	35.926	0'018
Plebeyos	37.105.091	846.370	0'023

FUENTE: calculado a partir de LA MAZELIÈRE, *Japón*, V, 135-136. Ateniéndonos sólo a esas cifras, sería desde luego posible que el bajo porcentaje de ex *samurai* que pagaron 10 yen por la contribución territorial se debiese a que muchos pagaron *más* de 10 yen. Considerando el resto de nuestros datos, ello es sumamente improbable.

Colegimos más indicios sobre su destino de algunos cálculos en torno a la contribución territorial de 1887 (tabla I), que nos dan también el número total de ex *samurai* (*shikozu*) y plebeyos (*heimin*) casi dos décadas después de la Restauración. A la vista está que el número de personas que se proclamaban ex *samurai* no había disminuido sensiblemente; según hemos señalado arriba, eran dos millones cortos al principio del período meiji.

El fracaso del grueso de los *samurai* en la agricultura y en la industria no encierra por completo toda la historia. Bajo los Tokugawa, no sólo tenían feudos los *daimyô*, sino también las capas más altas de los *samurai*.[135] Cuántos había de éstos y cuánta tierra tenían, no he conseguido determinarlo. Probablemente ni su número ni la cantidad de tierra que señoreaban eran muy grandes. Ninguna noticia nos ha llegado de que se

les expropiase cuando los ajustes de la Restauración. Cabe, pues, presumir que aquel pequeño grupo subsistió en el período meiji como un sector de la nueva *élite* agraria. Otro vínculo con el pasado lo constituyeron los dominios imperiales.

Por lo demás, podemos concluir que el Japón entró en la edad moderna sin un sistema de grandes haciendas procedentes de los tiempos feudales. Las considerables desigualdades que se advierten más tarde se originaron de otras causas. La clase terrateniente moderna del Japón parece que surgió sobre todo del campesinado, a consecuencia de cambios en la economía que habían empezado a producirse durante la era tokugawa. El régimen de los Tokugawa había ya dado un paso decisivo hacia el mundo moderno al separar a un amplio sector de la clase dirigente de vínculos directos con la tierra, separación que ha tenido lugar tarde o temprano en cualquier país industrializado. En esos importantes aspectos, la sociedad japonesa embocó la era moderna con menos residuos de la edad agraria que Inglaterra o Alemania.

Las reformas de los Meiji eliminaron las últimas barreras feudales al desarrollo de relaciones mercantiles en la agricultura. La productividad agrícola, a hilo de la fase final del período tokugawa, siguió aumentando. Entre 1880 y 1914, el campo alcanzó a satisfacer casi todo el incremento en la demanda de arroz, motivado por el de la población. La proporción de las importaciones de comestibles y bebidas en conjunto dentro de las totales fue menor inmediatamente antes de 1914 que en los primeros años de la década 1880-

1890. Ese éxito se debió en parte a la extensión de la superficie cultivada, pero en mayor medida al perfeccionamiento de los métodos y al cultivo más intensivo.[136] Sin embargo, el carácter atomizado de la agricultura japonesa, basada como la china en pequeñas explotaciones de los campesinos, impidió por largo tiempo que se difundiera el uso de maquinaria, posibilidad que no apareció en el horizonte hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

A la vez, aumentaron los influjos mercantiles, al ir entrando más y más la agricultura japonesa en el mercado mundial. En los primeros años de la década 1880-1890, las principales exportaciones fueron las de seda cruda, té y arroz, de las que la de seda cruda fue con mucho la más importante.[137] La reforma del sistema tributario en 1873 redobló la expansión de los influjos mercantiles. Para pagar la nueva contribución, el agricultor tuvo que convertir su arroz en dinero.[138]

Alzadas las barreras a la venta de tierra, hubo cantidad de transferencias y algunos indicios de que la propiedad tendía a concentrarse en menor número de manos. Con todo, el Japón, al contrario de Inglaterra, no experimentó en gran escala el proceso de expropiación de los campesinos, proyección de ésos a las ciudades y creación de vastas haciendas capitalistas. En lugar de ello, dadas las condiciones de la sociedad japonesa, el abrir las compuertas de la comercialización intensificó las tendencias hacia la formación de un sistema de terratenientes (por la mayor parte pequeños a vista de los módulos occidentales), renteros y propietarios independientes.

Entre la Restauración y el fin de la Primera Guerra Mundial, la agricultura japonesa efectuó lo que cabe calificar en buena ley de adaptación lograda a los requisitos de una sociedad industrial moderna, lograda —precisemos— en términos estrictamente económicos. Tras la guerra, ciertas manquedades inherentes se hicieron más obvias. Por el momento podemos dejarlas de lado, aunque es menester recordar que entraron en el precio de aquel éxito. La cosa representó sin duda una notable proeza, por cuanto tuvo lugar sin ninguna revolución, ni pacífica ni violenta, en las relaciones sociales agrarias. Como la India lleva más de una década y media intentando hacer lo mismo, hasta aquí con resultados muy mediocres, conviene que nos apliquemos a considerar brevemente cuáles pueden ser las causas del logro japonés. Ayudarán a dar idea de su magnitud unas cuantas cifras. Alrededor de 1955, la productividad de la India, medida en *bushels* (unos 35 litros cada *bushel*) de arroz por hectárea, venía a ser la del Japón en 1868-1878, más de 60 pero menos de 70, probablemente mucho más cerca del primer guarismo. En 1902, la productividad del Japón había pasado a un poco más de 74 bushels por hectárea, y en 1917 a casi 90; o sea, aumentó en el espacio de medio siglo —por lo general sin pausa— cosa de un 50 por ciento.[139]

Otra serie de datos estadísticos revelan bastante cómo se las arreglaron los japoneses para conseguir aquella temprana versión de un milagro económico. El terrateniente tomaba en forma de rentas en frutos y vendía una parte muy grande de lo que el campesino cosechaba; si damos crédito a las estadísticas, entre el

58 y el 68 por ciento de la producción agrícola durante los años 1878-1917.[140] El terrateniente quería o necesitaba dinero. Lo obtenía, al seguro, empleando diversas formas de recursos legales y sociales para sacar arroz de los campesinos y venderlo en el mercado.

En qué medida contribuyó el terrateniente a que los campesinos trabajasen más y con mayor eficiencia, no está del todo claro. Según R. P. Dore, los nuevos terratenientes del Japón, muchos de los cuales habían salido del campesinado, persuadieron a sus renteros a adoptar adelantos técnicos que acrecentaron en gran manera el rendimiento.[141] Pese a mi respeto por el profesor Dore, dudo muchísimo que el terrateniente desempeñara a menudo un papel tan activo. Como el mismo profesor Dore señala en otro lugar, los campesinos fueron obrando gran parte del progreso *motu proprio*, pues tenían buenas y suficientes razones para desearlo. Puede, además, que el terrateniente retornara algunas de sus ganancias a los renteros a fin de alentarles a adoptar técnicas perfeccionadas. La magnitud de la porción así devuelta no parece mensurable con exactitud; en ese punto las relaciones se hacen tan vagas y generales, que cabe presumir que fue bastante pequeña. Puede, sin embargo, que fuese lo bastante grande como para resultar decisiva. Sin ella, leemos, los renteros no prestaban oídos a las instrucciones sobre cómo aumentar su producción.[142]

Aun cuando el progreso no se hubiera dado sin los incentivos económicos, ésos no bastan por sí solos para explicarlo. Las nociones sobre cómo aumentar la producción debieron de poder infiltrarse en los campesinos gracias a la estructura específica de la comunidad campesina. Como hemos visto, era una sociedad estrechamente unida y, a la vez, sumamente permeable a los influjos del superior inmediato, en una forma muy distinta de las comunidades campesinas india y china. Contaba con caminos institucionales trillados por donde los requerimientos de innovación podían llegar desde arriba a los campesinos y, siempre que no fuesen de alcance desmesurado, suscitar una respuesta. Conviene subrayar el último punto. Observa Dore: «... Es cierto que una gran parte del incremento es atribuible al uso incrementado de abonos comerciales, no precisamente a la innovación, sino a que hubo agricultores que hicieron más de lo que la mayoría de ellos estaban ya haciendo».[143]

Una vez consolidado el sistema de posesión de la tierra, algunas de sus características mayores permanecieron notablemente estables hasta (y es probable que incluso durante) la Segunda Guerra Mundial. Así, en 1903, el 44,5 por ciento de la tierra labrantía era cultivada por renteros, y en 1938, el 46,5 por ciento, sin fluctuaciones significativas en el tiempo comprendido entre ambas fechas.[144] Tampoco experimentaron cambios marcados las dimensiones de las haciendas y la distribución de la propiedad territorial. En 1910, aproximadamente el 73 por ciento de los poseedores de haciendas de un *chô* o menos sólo poseían aproximadamente el 23 por ciento de la tierra, mientras que menos del 1 por ciento poseían alrededor de un quinto. En 1938, la concentración se había intensificado algo: aproximadamente el 74 por ciento de los posee-

dores de un *chô* o menos poseían un cuarto de la tierra, y aproximadamente el 1 por ciento poseían una pizca más de un cuarto.[145]

No cabe duda que el advenimiento del capitalismo ni revolucionó ni desintegró la agricultura japonesa. Los datos indican más bien un *shock* inicial un tanto violento seguido de un equilibrio prolongado. El terrateniente constituyó la clave del nuevo sistema. ¿Qué tipo de persona era, en el más amplio sentido social y político? De hecho, el término *landlord* (terrateniente) tiene un significado demasiado comprensivo para ser satisfactorio, aunque el carácter de los datos obliga a usarlo.[146] Puede incluir desde un propietario apenas distinguible de un campesino hasta uno de los cuatro gigantes con más de 1.000 *chô* (alrededor de 2.450 acres) de tierra. Una autoridad confiable señala que, para la posición social sugerida por la palabra *landlord* en Inglaterra, debía de ser necesaria una hacienda de aproximadamente 5 *chô*. Inmediatamente antes de la reforma agraria norteamericana, había 28.000 propietarios que tenían más de 5 *chô* dados en arrendamiento. De ésos había unos 3.000 en verdad grandes terratenientes que poseían más de 50 *chô*.[147]

Si el no especialista intenta comprender el significado político del terrateniente como figura clave del paisaje rural bajo el nuevo régimen, es probable que se sienta muy confundido al principio. Las fuentes en que me he inspirado hasta ahora sugieren una figura análoga al «landlord emprendedor» inglés de fines del siglo XVIII, vigoroso y a la caza de su propio provecho económico. También existe en la literatura una tradición algo más vieja que recalca el aspecto parasítico de la adaptación al capitalismo.[148] Aun siendo posible conciliar ambas interpretaciones de la forma que indicaré en breve, creo que conviene examinar en primer término la argumentación para una adaptación parasítica.

La esencia de tal argumentación es simple, y pone de relieve importantes aspectos de la situación del terrateniente. Dentro de las circunstancias políticas y económicas creadas por la Restauración, muchos terratenientes japoneses no tuvieron necesidad de convertirse en capitalistas rurales y experimentar con nuevas técnicas. Con el paso del tiempo, la presión de la población sobre la tierra elevó las rentas. En el Japón, como en la China, hay claros indicios de que el aumento de la población precedió al impacto occidental. Testimonios indirectos llevan a pensar que quizá fuese de casi el 40 por ciento durante el siglo XVII, eso es tras el establecimiento del orden público por el Shogunato Tokugawa.[149] Los beneficios del orden público no se repartieron por igual entre todos los sectores de la sociedad. Así en la época preindustrial como en la moderna, la población «excedente» del Japón lo fue respecto a una situación histórica específica de que las clases dominantes sacaban enormes beneficios. Andando el tiempo, también los industriales se beneficiaron de la existencia en el campo de vastas reservas de mano de obra, que hacían bajar los salarios urbanos.

En otras palabras, los factores políticos contribuyeron a crear el nuevo terrateniente y la población «excedente» que lo sustentaba. Puesto que el proceso

fue gradual, poco sorprende que historiadores de distintas tendencias polemicen sobre las fechas en que apareció el parasitismo. Hacia 1915, en todo caso, el terrateniente parasítico dominaba el paisaje rural, como percibió el observador viajero inglés Scott.[150] Aquí sólo mencionaré ciertos hechos que parecen preludiar los principales acontecimientos políticos.

La reforma de la contribución territorial en 1873 estableció los derechos de propiedad del terrateniente, a menudo en perjuicio del campesino.[151] La garantía de la propiedad era una condición necesaria, aunque no suficiente, para la aparición del rentista parasítico. Los cambios introducidos en la ley agraria en 1884, según algunas interpretaciones, fueron decisivos, por cuanto estabilizaron la contribución territorial en un período de perpetua inflación. Uno de los mayores costes del terrateniente iba a permanecer constante, mientras que sus ingresos no cesarían de aumentar gracias a la demanda creciente de alimentos y al progreso general de la economía. Otro síntoma de la transformación puede verse en las actividades del terrateniente dentro del Partido Liberal en la primera sesión de la Dieta de 1890. Pretendían entonces los hacendados que se rebajara la contribución territorial y, para conseguir ese fin, estaban dispuestos a sacrificar los subsidios agrícolas, que habrían beneficiado más a la agricultura pero menos a los intereses propios.[152]

Si el nuevo rentista consiguió o no sacar del campesinado un excedente mayor que sus predecesores feudales, es materia dudosa. Pero el que se agenciaba constituye, en verdad, un testimonio impresionante de

cómo sirvió el nuevo régimen a sus intereses. Es bien significativo que un estudioso moderno, al tratar de corregir las, a su juicio, erróneas impresiones sobre las penalidades que el capitalismo inicial impuso a los cultivadores japoneses, estime que, entre 1873 y 1885, el terrateniente tomó para sí de tres quintos a dos tercios del producto físico de la tierra.[153]

Diversos datos sobre la situación en tiempos posteriores indican que los cambios institucionales que sobrevinieron no fueron profundos. Alrededor de 1937, los terratenientes japoneses vendían el 85 por ciento de sus frutos, que adquirían por la mayor parte mediante los pagos en especie de sus renteros. Evaluadas en términos de dinero, las rentas de los arrozales aumentaron más del 50 por ciento en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial.[154] Bajo el sistema vigente entre las dos guerras mundiales, el rentero entregaba al propietario la mitad de su producción. A cambio, no obtenía sino el uso de la tierra, pues él mismo invertía todo el capital.[155] Desde 1929, se dieron ciertas tentativas para promulgar una ley de arrendamiento. Se llevaron a efecto algunas mejoras muy secundarias. Pero los terratenientes lograron obstruir cualesquiera auténticas reformas.[156] Aunque en el próximo apartado vamos a debatir más a fondo las inferencias políticas de la situación agraria, podemos aquí esbozar la clase de razonamiento que desarrollaron los terratenientes para proteger sus intereses. En sustancia, como de ordinario, consistió en una apelación a tradiciones nacionalistas a fin de negar la existencia de intereses económicos contrapuestos: uno de los prin-

cipales ingredientes del fascismo. La siguiente declaración pública emitida por la Asociación de Terratenientes Japoneses en 1926 revela cómo servían los oropeles imperiales y *samurai* a intereses económicos específicos, y asimismo qué fácilmente podía venir a parar todo ello en demagogia fascista.

Recordando la espléndida tradición de nuestra nación, con soberano y súbditos formando un todo, y reflexionando sobre la gloriosa historia de nuestro desarrollo nacional en el pasado, fomentemos las relaciones armoniosas entre capital y trabajo, y especialmente cultivemos la paz entre propietarios y renteros y contribuyamos así al desarrollo de nuestros pueblos agrícolas. ¿Qué suerte de diablos son quienes tocan furiosamente a fuego cuando no hay incendios e incitan a una lucha de clases provocando la animosidad contra los propietarios al soliviantar a los renteros? Si no se pone freno a esos maliciosos designios, ¿qué será de nuestra existencia nacional? (...) Estamos, pues, determinados a cooperar con aquellos que sustenten las mismas ideas, a despertar a la opinión pública, y a establecer una política nacional más idónea.[157]

Tal documento indica con bastante claridad que, en la adaptación de las clases altas rurales al avance del comercio y la industria, hubo un componente represivo. Ello, diría yo, es la clave, más que el parasitismo *tout court*. Desde ese punto de vista, ya no hay conflicto con los datos relativos a energía, ambición, impulso económico...[158] Las referencias a un impulso psicológico hacia la actividad no nos dicen nada a menos que sepamos cómo se manifiesta el impulso. Cierto es que la

sociedad japonesa engendró a fines del siglo XIX su propia versión del terrateniente emprendedor que tanto impresionaba a los visitantes extranjeros de la Inglaterra dieciochesca. Pero la relación de aquél con el Estado fue casi la contraria de la que se dio en Inglaterra. El terrateniente británico se valió del Estado para aventar a los campesinos propietarios y conservar tan sólo algunos renteros. El japonés, en cambio, no les privó de la tierra, sino que utilizó el Estado, junto con otras palancas heredadas de tiempos anteriores, para sacar rentas de los campesinos y vender los productos agrícolas. De ahí que, sociológicamente hablando, estuviese mucho más cerca del noble tolosano del siglo XVIII, cada vez más metido en el comercio, que del *gentleman* inglés correlativo.

La comparación con el proceso francés parece, sin embargo, demasiado generosa. En el siglo XVIII, tales cambios aún formaban parte de un movimiento intelectual y socialmente avanzado. En el Japón, si la venida del mundo moderno trajo consigo un incremento de la producción agrícola, fue ante todo porque se formó una clase de pequeños terratenientes que extrajeron arroz del campesinado combinando mecanismos capitalistas y feudales. Gran número de campesinos continuaron viviendo muy cerca del margen de supervivencia física, aunque no hubo como en la India y la China hambres masivas que les empujaran de cuando en cuando más allá del límite. ¿Qué ofreció por su parte la nueva clase poseedora a la sociedad japonesa? Si interpreto bien las fuentes que conozco, ni la cultura artística ni la seguridad de los anteriores dirigentes del

campo, de hecho poco más que piadosos sentimientos protofascistas. Las clases que hablan mucho de sus contribuciones a la sociedad están a menudo en vías de constituir una amenaza para la civilización.

Las clases altas rurales que no forman parte ellas mismas de la vanguardia del avance económico y que, por tanto, mantienen su posición social gracias a una dosis considerable de represión se ven obligadas en los tiempos modernos a empeñarse en la desagradable tarea de llegar a un acuerdo con los agentes del progreso capitalista urbano. Allí donde el impulso burgués es débil, como en el Japón, los adalides capitalistas suelen acoger de buena gana la contribución del agro conservador al orden y la estabilidad. Ello, en el fondo, significa que los elementos capitalistas no son lo bastante fuertes como para introducir nuevas formas de represión por cuenta propia. Cuando la Restauración de los Meiji abrió el camino hacia un nuevo mundo, las clases urbanas mercantiles estaban demasiado engarzadas en el sistema corporativo tradicional y eran de miras demasiado estrechas para poder sacar partido de las nuevas oportunidades. Algunos, sin embargo, sí percibieron las ocasiones favorables que deparaban los conflictos de la época y, gracias a esa perspicacia, llegaron a formar a la larga los más importantes y poderosos monopolios comerciales del Japón, los célebres *zaibatsu*.

Al principio de la era meiji, el mayor impulso hacia el desarrollo económico procedió —al menos formalmente— del gobierno, ahora en manos de una nueva ala de la nobleza agraria, y de una pléyade de capaces y enérgicos *samurai*, postergados bajo los Tokugawa.

Los negocios siguieron ocupando una posición subalterna. En el propio terreno económico, dependían del Gobierno, que los fomentaba a fin de dar al Japón una base moderna suficiente para resistir a la presión extranjera (y con los ojos puestos en futuras conquistas), así como de ocupar al turbulento campesinado.[159] Desde los inicios, pues, del período moderno, encontramos combinados los intereses agrarios y comerciales para mantener al pueblo a raya dentro del país y permitir al Japón buscar en el exterior la gloria marcial.

Durante las últimas décadas de los Meiji, asimismo, la clase mercantil permaneció social y políticamente inferior a la *élite* que regía al Japón, cuyas raíces culturales estaban en un pasado agrario, por más que las económicas se extendieran por el mundo de la industria moderna. El estigma social sobre quienes se dedicaban a negociar persistía. Ahora como antes, los hombres de negocios se expresaban en tonos deferentes y apologéticos con respecto a los funcionarios públicos. Desviados de la política pública, se consagraban a una efectiva política privada. A menudo era la corrupción el mecanismo que conciliaba las necesidades de los negocios y la política. Aun dando la batalla contra las actitudes aristocráticas anticomerciales, los hombres de negocios creyeron prudente evitar ganarse enemigos y cultivar las buenas relaciones con las autoridades.[160]

El capitalismo japonés no empezó a emanciparse hasta que la Primera Guerra Mundial aceleró el ritmo del desarrollo industrial. Entre 1913 y 1920, la producción de acero acabado saltó de 255 a 533 miles de

toneladas. La capacidad de energía eléctrica también aumentó en más del doble durante el mismo período, pasando de 504 a 1.214 miles de kilovatios.[161] Aun después de ese auge, sin embargo, la industria capitalista japonesa no avanzó hasta el punto alcanzado en Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos. Durante los años comprendidos entre las dos guerras mundiales, cabe caracterizar la economía japonesa como un sistema básicamente de pequeña industria, de hecho en buena parte todavía agrícola y artesano, dominado por algunas grandes empresas cuya influencia se extendía directa o indirectamente a casi todas las familias del país.[162] Los *zaibatsu* alcanzaron el cenit de su poderío en 1929, inmediatamente antes de la Gran Depresión. Adelantando fondos, asesorando técnicamente y manipulando el mercado, acabaron por extender su influencia a la generalidad de las pequeñas empresas e incluso a los productos agrícolas secundarios.[163]

La principal cuestión concreta que dividió a industrialistas y agrarios a lo largo de gran parte de la era moderna fue el precio del arroz. Los industrialistas querían arroz barato para los obreros y presionaban eficazmente al gobierno para que no concediese al arroz subsidios altos, que habrían beneficiado sobre todo a los terratenientes.[164] Aunque la producción de arroz por unidad de terreno cultivado y la total siguieron aumentando, desde principios del siglo xx el Japón no producía el necesario para alimentar a sus propios habitantes y se tuvo que recurrir a importaciones. Después de 1925, significaban entre un quinto y un sexto de la producción nacional. Pese a las importaciones, el consumo per cápita fue disminuyendo más y más.[165] Por aquellos años los éxitos a corto plazo de la era meiji estaban ya empezando a mostrar sus facetas dudosas.

Otro caballo de batalla fue el régimen tributario. Así, en 1923, los industrialistas llegaron al extremo de proponer que se aboliesen los impuestos sobre la industria, maniobra que los intereses agrarios contrarrestaron.[166] En 1932, se entabló de nuevo en la Dieta una lid «entre los intereses de la renta y el provecho» en torno a la amplitud del programa de ayuda a la agricultura, problema agudizado por la depresión que estaba entonces asolando tanto la industria como la agricultura japonesa. Vencieron los negocios. Ello motivó que, al menos por el momento, se intensificasen las tensiones dentro de la heterogénea coalición terrateniente-industrial que controlaba la política japonesa.[167]

Esos conflictos ponen de manifiesto importantes diferencias estructurales entre la sociedad japonesa y la alemana durante las fases más recientes de la modernización. Al no existir en el Japón un grupo comparable a la *élite* de los *Junker* que floreció en Alemania a fines del siglo xix, tampoco hubo un pacto expreso comparable al famoso matrimonio del hierro y el centeno, ni un acuerdo que combinase la expansión naval para satisfacer a los industrialistas con los aranceles sobre los granos para satisfacer a los agrarios, como el que en 1901 representó la consumación del matrimonio en Alemania. En vez de ello, según acabamos de ver, las importaciones de arroz fueron aumentando, aunque conviene puntualizar que buena

parte de ese arroz procedía de zonas bajo directo control político japonés. Otra consecuencia de las disparidades en la estructura social fue que el radicalismo anticapitalista o pseudorradicalismo de la derecha, con fuertes raíces entre los pequeños terratenientes, constituyó un componente mayor de la versión japonesa del fascismo, mientras que en Alemania no pasó de una corriente secundaria.

Con todo, es preciso considerar dichos conflictos entre los intereses industriales y agrarios japoneses dentro de la perspectiva adecuada. Las fuerzas que separaban al hombre de negocios del terrateniente eran menos importantes que las que los unían. Como veremos en el próximo apartado, cuando las circunstancias lo exigieron, el radicalismo anticapitalista fue sacrificado. Tanto la asignación de tierras de los Meiji como el programa de industrialización aunaron de hecho los intereses agrarios con los comerciales. En el plano interior, los dos sectores estaban unidos por la amenaza que representaría para sus respectivos intereses económicos y políticos cualquier movimiento popular triunfante. En el exterior, por la de una partición del país entre las potencias extranjeras, como en los casos de la India y la China, y por el ansia de mercados y gloria. A medida que la industria fue desarrollándose, dotó al Japón de los medios para una política exterior activa, y las consecuencias de tal combinación se hicieron más visibles y peligrosas.

Cabe preguntarse por qué los industriales y los agrarios tenían que convenir en un programa de represión interior y expansión exterior. ¿Es que no podía

hallar otras sendas? Tal vez sí, pero a riesgo de un suicidio político. Elevar el nivel de vida de los campesinos y obreros y crear un mercado interno hubiera sido peligroso para las clases altas. Habría amenazado el paternalismo explotador en que estribaba la autoridad del industrial dentro de la fábrica, uno de los principales mecanismos para obtener ganancias. Para los terratenientes, las consecuencias aún hubieran sido más graves. Un campesinado próspero, en una auténtica democracia política, les habría privado de sus rentas, con lo que se habrían venido abajo.

A nuestra explicación de los rasgos más destacados de la variante japonesa del totalitarismo, algunos quizá añadirían el factor de la continuidad en el sistema de valores japonés, sobre todo por lo que respecta a la tradición guerrera de los *samurai*. Que hubo ahí cierta continuidad, es indudable. Pero se tiene que explicar por qué continuó la tradición. Los sentimientos humanos no persisten espontáneamente. Han de ser inculcados de nuevo a cada generación y mantenidos vivos por estructuras sociales que los hacen parecer más o menos aceptables y apropiados. No fue el espíritu guerrero como tal lo que impulsó al Japón durante el siglo XX por la senda de las conquistas exteriores y la represión interior. La victoria de los Tokugawa en 1600 sentenció a muerte al militar feudal. Por espacio de unos trescientos años, los *shôgun* mantuvieron a raya con relativamente pocas dificultades al trasloado espíritu guerrero, embotando su filo por medio de la paz y el lujo. Cuando el Japón empezó a embarcarse en empresas imperialistas, al principio a modo de ensayo

y, al menos parcialmente, en defensa propia (como en la guerra chino-japonesa de 1894-1895), y luego de veras, la tradición *samurai* y el culto imperial proporcionaron racionalizaciones y legitimaciones a la constelación de intereses arriba bosquejados.

Represión dentro del país y agresión contra países extranjeros fueron, pues, en términos muy generales, los máximos efectos del desmoronamiento del sistema agrario y el desarrollo de la industria. Aunque no se trate aquí de trazar una historia política detallada, vamos ahora a examinar las consecuencias políticas algo más de cerca.

4. CONSECUENCIAS POLÍTICAS: NATURALEZA DEL FASCISMO JAPONÉS

En orden a nuestros propósitos, la historia política del Japón moderno a partir de la Restauración puede dividirse en tres grandes fases. La primera, caracterizada por el fracaso del liberalismo agrario, concluye en 1889, al adoptarse una constitución formal y algunos de los arreos de la democracia parlamentaria. La segunda se cierra con la impotencia de las fuerzas democráticas para derribar las barreras impuestas por aquel sistema, resultado que se manifiesta de par en par en los primeros años treinta tras el estallido de la Gran Depresión. La crisis de los años treinta inaugura la tercera fase, en que se desarrolla una economía de guerra y la versión japonesa de un régimen totalitario de derechas. Ni qué decir tiene que esa división es,

bajo muchos conceptos, arbitraria. Pero sirve para el caso si ayuda a concentrar la atención en los procesos importantes.

El movimiento «liberal», como bien recordará el lector, surgió de la reacción feudal y chauvinista de *samurai* decepcionados por los frutos de la Restauración. A pesar de esos auspicios, el movimiento tiene algún derecho a que se le califique de liberal, toda vez que, así en lo relativo a discutir como a votar, reclamaba mayor participación pública en la política que no la que estaba dispuesto a conceder el gobierno de los Meiji.

En el terreno económico, el grupo que, bajo el lema «Libertad y Derechos del Pueblo», creó el Partido Liberal (*Jiyutô*) vino a expresar la protesta de los pequeños terratenientes contra el predominio de la oligarquía aristocrática y financiera que rodeaba a los Meiji. Norman atribuye en parte sus inclinaciones liberales al hecho de que, por la década 1870-1880, muchos terratenientes eran asimismo capitalistas comerciales en pequeña escala, cerveceros de *sake*, fabricantes de pasta de soja, etc.[168] A mí esa pretendida conexión entre hacer cerveza y democracia no me convence demasiado; creo que es uno de los raros puntos en que Norman aplica paralelos europeos y categorías marxistas poco críticamente. La desbandada del movimiento democrático japonés en los años setenta y ochenta del siglo pasado no se produjo porque una débil clase mercantil se echase en brazos de la aristocracia feudal en busca de protección contra los obreros, cambiando, como dice Marx, el derecho a gober-

nar por el derecho a hacer dinero. El Japón no era Alemania; cuando menos, todavía no lo era.

El problema japonés, desde el punto de vista de los gobernantes meiji, se cifraba en lograr que las clases altas de las zonas rurales aceptasen el nuevo orden.[169] Los Meiji se habían propuesto dotar al país de flota, pertrechos militares e industria pesada, y ello requería imponer cargas más onerosas sobre la tierra. Así, la asamblea inaugural del *Jiyutô* en 1881 protestó de las contribuciones recaudadas para cubrir los crecientes gastos de la marina.[170] Quejoso de que los máximos beneficiarios fuesen otros, en particular miembros del gobierno, el grupo trató de ampliar su base de adictos, y llegó a extenderse entre el campesinado. Pero en cuanto los terratenientes se toparon con exigencias campesinas radicales contrarias a sus intereses, el *Jiyutô* se escindió y entró en barrena. Algo izquierdista para su época, el *Jiyutô* terminó disolviéndose en 1884; prefirió desaparecer a convertirse en un grupo de veras radical —cosa, por lo demás, bastante imposible entonces.

Así concluyó la primera confrontación del país con el liberalismo político organizado. El movimiento fue obra de terratenientes, que lo truncaron no bien advirtieron que estaba revolucionando a los campesinos. Bajo ningún concepto fue una tentativa de las clases mercantiles urbanas para implantar la «democracia burguesa», como han sostenido algunos autores.[171]

Con todo, durante el breve período de agitación «liberal», el gobierno de los Meiji no vaciló en acudir a medidas represivas. Ya en 1880, a los primeros signos

de que estaban formándose partidos políticos, decretó que «ninguna asociación política... puede anunciar sus conferencias o debates, inducir al pueblo a entrar en ella despachando comisionados o difundiendo circulares, o entenderse y estar en contacto con otras sociedades similares».[172] Verdad es que las actividades del *Jiyutô* al cabo de poco tiempo demuestran que no se hizo cumplir la ley a rajatabla. Más peligrosas debieron de parecerle al gobierno las rebeliones campesinas de 1884-1885. Como hemos visto, aunque algunas de ellas cobraron el carácter de pequeñas guerras civiles, al no estar coordinadas entre sí, se vinieron pronto abajo. Valiéndose de sus nuevas fuerzas: cuerpo de policía y ejército reclutado, el gobierno pudo sofocarlas con relativa facilidad.[173]

En 1885, el año siguiente a la disolución del *Jiyutô*, las condiciones económicas empezaron a mejorar. El tiempo parecía trabajar a favor del gobierno. Al traslucirse, no obstante, que la actividad política retoñaba, el gobierno se aplicó otra vez a reprimirla; el 25 de diciembre de 1887, promulgó su tristemente famosa Ley de Preservación de la Paz, redactada por el jefe de la Comisaría de Policía Metropolitana y otros bajo la dirección del general Yamagata, máxima figura de la última fase del período Meiji. Sus disposiciones autorizaban a la policía para trasladar a cualquier persona que viviese en un radio de aproximadamente siete millas alrededor del Palacio Imperial de juzgar que estaba «tramando algo perjudicial para la tranquilidad pública». De ese modo el general Yamagata pudo compeler a trasladarse a unas quinientas personas, en-

tre ellas casi todos los líderes de la oposición. La policía había recibido previamente órdenes secretas de matar a todo aquel que se resistiese. Sin embargo, por lo menos uno de los principales personajes de la oposición, Gotô Shôjirô, siguió pronunciando discursos acá y allá del país; no se le acalló sino con la oferta del Ministerio de Comunicaciones pocos días después de promulgarse la constitución.[174]

Las características mayores de la estrategia gubernamental saltan a la vista. Consistió en una amalgama de represión policíaca directa, medidas económicas para mitigar algunos de los motivos de descontento sin poner en peligro la hegemonía del grupo dominante, y decapitación de los grupos oposicionistas ofreciendo a sus líderes puestos atrayentes en la burocracia de los Meiji. Excepto quizá ciertos rasgos estilísticos en los detalles de su ejecución o en la retórica de las declaraciones públicas, nada hay en dicha política que pueda atribuirse específicamente a la cultura japonesa. Su contenido es sin duda el normal para cualquier equipo de gobernantes inteligentes y conservadores inmersos en, *grosso modo*, las mismas circunstancias.

Por de pronto, esa política tuvo éxito. Aunque cabe presumir que no lo hubiese tenido contra una oposición enérgica y unida determinada a llevar a cabo la modernización por medios democráticos —en otras palabras: más o menos según el modelo inglés—, tal oposición difícilmente podía darse en las condiciones específicas de la sociedad japonesa por aquel entonces. La clase obrera industrial era muy rudimentaria; los campesinos, si bien constituían una fuente de oposición, eran relativamente débiles y estaban divididos; las clases mercantiles aún dependían en alto grado de la aristocracia feudal. La constitución, otorgada desde arriba en 1889, reflejó ese equilibrio de las fuerzas sociales y, poniéndole el sello de legitimidad imperial, ayudó a estabilizarlo y perpetuarlo.

No hace falta que nos extendamos más sobre la política del gobierno hasta y durante la Primera Guerra Mundial. Como es bien sabido, el control por la Dieta de la hacienda pública quedó muy limitado bajo la nueva constitución. Aunque el ejército gozaba de insólitas prerrogativas, su entrada en el trono era más el reflejo de su poder dentro de la sociedad japonesa que no la fuente de ese poder. Los gobiernos no caían porque perdiesen las elecciones, cuyos resultados podían en general manipularse, sino por perder la confianza de alguno de los sectores importantes de la *élite*: aristócratas, burócratas o militares.[175] La dimisión de Ito en 1901 señaló el colapso del ala civil de la oligarquía. Tras su asesinato en 1909, el militar Yamagata tuvo horca y cuchillo en la política japonesa hasta que murió, en 1922.[176]

En orden a nuestros propósitos, son más significativas ciertas tendencias intelectuales que despertaron interés entre los terratenientes después que se hubo desvanecido su entusiasmo —limitado— por un régimen parlamentario. El movimiento conocido por *Nôhon-shugi* (literalmente: «agricultura-es-la-base-ismo»), que floreció hasta alrededor de 1914, fue una curiosa mezcla de nacionalismo sintoísta, fe en la misión singular de los japoneses, y lo que los occidenta-

les calificaríamos de ideas fisiocráticas. Entre esos ingredientes, destacaba una «mística fe en los valores espirituales de la vida rural y... apología didáctica de las excelencias del sistema familiar y paternalismo japonés, y de aquellas virtudes —frugalidad, piedad, laboriosidad, resignación y cumplimiento del deber— que... constituían las enseñanzas tradicionales de la "didáctica paternalista de los terratenientes"».[177]

La exaltación patriótica de las virtudes campesinas, en particular de aquellas que sirven a las clases altas agrarias, es característica de las sociedades agrarias sujetas a infiltraciones del comercio. La persistencia de los problemas agrarios dentro ya de la era industrial motivó que ese patriotismo reaccionario tuviese más fuerza en el Japón que en otros países. El *Nôhon-shugi* no fue sino una de las fases de un movimiento más amplio. Sus antecedentes pueden hallarse entre los pensadores cimeros del período Tokugawa; sus sucesores históricos, en los más fanáticos de los Jóvenes Oficiales, los asesinatos y las tentativas de golpes de Estado que contribuyeron a preparar el camino al régimen totalitario de los años treinta.[178]

Pese a su insistencia en la singularidad del Japón, el *Nôhon-shugi*, tuvo cierto papel en el movimiento que, durante las primeras décadas de la era meiji, persiguió introducir la agricultura capitalista en gran escala. La tentativa, como hemos visto, fracasó, sobre todo porque al terrateniente le resultaba más provechoso arrendar su hacienda en pequeñas parcelas que cultivarla por sí mismo.[179]

La actitud del *Nôhon-shugi* respecto al campesinado, si bien tampoco llegó a producir resultados concretos, fue más importante, toda vez que coincidió con el grueso de la opinión burocrática, e incluso industrial, hasta la Primera Guerra Mundial. Cualquier mengua en el número de pequeños labradores —aun de aquellos con nada más que un mezquino medio *chô* de tierra— pasaba por deplorable. En 1914, el «decano» de los intelectuales del *Nôhon-shugi* clamó en tonos patéticos contra la desmoralización que estaba invadiendo el país porque los campesinos se aficionaban a comprar gaseosas, paraguas y zuecos, y la juventud a llevar sombreros Sherlock Holmes. Quizás esa versión japonesa del coronel Blimp nos haga hoy sonreír. Pero el gobierno y los industrialistas tenían buenos motivos para fomentarla. Las familias campesinas estables, razonaban, eran una fuente de soldados dóciles y un baluarte contra la subversión. Su número abundante, por otro lado, determinaba que los salarios se mantuviesen bajos, cosa que permitía al Japón exportar y construirse una base industrial.[180]

Podemos ver ahí una vez más los intereses materiales que entrelazaban a agrarios e industrialistas. El *Nôhon-shugi*, bien poco distinto en sus versiones moderadas del patriotismo japonés y culto al emperador «normales», proporcionó a esos intereses una útil legitimación y racionalización. En vista de que muchos tienden a tomar su ideas en serio, importa subrayar de nuevo que no pasaban de meras racionalizaciones.[181] Su efecto en la política fue nulo. Llegada la hora de hacer algo concreto por los campesinos y renteros objeto de toda aquella moralización sentimental, los

miembros de la Dieta que representaban los intereses de las clases rurales poseedoras se apresuraron a obstruir cualquier reforma. El Código Civil de 1898 dio alguna protección a los renteros en cuestiones de suma importancia para los mismos, pero no se aplicó más que al uno por ciento de la tierra arrendada. Como concluye Dore, «la inmensa mayoría de los renteros ordinarios no recibieron ninguna protección».[182]

Tras la Primera Guerra Mundial, el equilibrio de fuerzas dentro de la sociedad japonesa se modificó, en daño de la *élite* agraria. La guerra vino a acelerar el desarrollo de la industria japonesa, y en los años veinte llegaron a su apogeo, por un lado, la democracia japonesa y, por el otro, la influencia del mundo de los negocios en la política japonesa. El general Yamagata murió en 1922. Durante los años que siguieron, el poder fue pasando a ojos vistas de los militares a las clases mercantiles y la Dieta.[183] Uno de los síntomas del cambio en el clima político es que, tras el convenio de Washington sobre desarme naval de 1922, algunos periódicos controlados por los intereses industriales se atrevieron a lanzar la consigna: «¡Fuera el ejército de la política!».[184] Ciertos estudiosos consideran que la influencia parlamentaria culminó al ratificarse el Tratado Naval de Londres en 1930.[185] La Depresión puso punto final a tales esperanzas.

Aunque el nexo entre el adelanto del capitalismo y el de la democracia parlamentaria y el correlativo entre la Depresión y el fracaso de los esfuerzos por implantar la democracia constitucional revistan indudable importancia, no explican el meollo del problema.

La Depresión no hizo sino dar el golpe de gracia a una estructura que adolecía de graves debilidades. Sólo un puñado de favorecidos palpaban las excelencias del capitalismo japonés, mientras que sus efectos perniciosos eran evidentes para casi todo el mundo.[186] No difundió lo bastante sus beneficios materiales —y, dadas las circunstancias, casi seguro que no podía hacerlo— para suscitar un interés popular masivo en el mantenimiento de la democracia capitalista. Sin bien las formas del fenómeno variaron de un período histórico a otro, nunca dejó de depender del Estado como comprador de sus productos y protector de sus mercados. Bajo el capitalismo, la inexistencia de un mercado interno vigoroso engendra fuerzas que van perpetuándose a sí mismas si los hombres de negocios descubren que pueden obtener beneficios de otras maneras. Por último, al desarrollarse en circunstancias bastante distintas, el capitalismo japonés nunca llegó a ser portador de ideas democráticas en tan alto grado como los intereses comerciales e industriales de la Europa dieciochesca.

A lo largo de aquella fase relativamente democrática, los intereses de las clases agrarias poseedoras, pese a presentar algunos síntomas de decadencia, siguieron siendo poderosos en el plano político y un factor con el que los comerciales e industriales tenían que contar. Hasta la adopción del sufragio universal en 1928, los propietarios rurales controlaron la mayoría de los votos en los dos grandes partidos de la Dieta.[187] Los intereses agrarios de los años veinte, por otro lado, estuvieron también detrás de diversos movimientos anti-

capitalistas y protofascistas. A los mismos no les faltó cierto apoyo y participación de los funcionarios públicos, agüero no muy favorable cara al futuro. Pero por el momento el extremismo patriótico, rural o urbano, no estaba aún en condiciones de captarse el favor de las masas.[188]

Era ya, con todo, una importante fuerza política. Tras la Primera Guerra Mundial, tanto en el campo como en las ciudades arreció el radicalismo, que a veces cobraba formas violentas. Las organizaciones patrióticas proporcionaron esquiroles contra las huelgas campesinas y obreras, al paso que pistoleros a sueldo asolaban los sindicatos y la prensa liberal.[189] El propio gobierno reaccionó con una campaña del Ministerio de Educación contra las «ideas peligrosas», dirigida en primer término contra los estudiantes. En abril de 1925, aprobó una Ley de Preservación de la Paz. Mucho más taxativa que la de 1887, penaba con prisión a quienes se adhirieran a asociaciones tendentes a cambiar el sistema de gobierno o a combatir la propiedad privada. Esa ley dio principio a la táctica de detenciones en masa.[190]

Un episodio acaecido en 1923 pone de manifiesto hasta qué punto estaba envenenando la atmósfera política el extremismo patriótico. El terremoto que, en septiembre de aquel año, devastó Tokyo sirvió de pretexto para detener a miles de sus habitantes, en su mayor parte socialistas. Un capitán de la gendarmería estranguló con sus propias manos a un conspicuo líder obrerista, y con él a su mujer y un sobrino de siete años de edad. Si bien fue sometido a consejo de guerra y

condenado a diez años de prisión, varios periódicos extremistas lo ensalzaron como un héroe nacional.[191] Se requirió sin duda todo un aparato de terror, en parte controlado por el gobierno, en parte no organizado y «espontáneo», para mantener a raya a amplios sectores de una población que algunos autores nos pintan comulgando casi como un solo hombre en un sentimiento de «lealtad feudal» a sus superiores.

Por los primeros años treinta, la limitada democracia parlamentaria japonesa fue sucumbiendo, herida de muerte por la Gran Depresión. No terminó, con todo, de una manera tan dramática como la República de Weimar. En la historia política del Japón, es mucho más difícil que en la de Alemania[192] trazar una divisoria tajante entre las fases democráticas y totalitarias. Uno de los lindes a que suelen recurrir los historiadores es la ocupación de Manchuria en 1931. Señala, en los asuntos exteriores, una inversión de la postura del gobierno japonés cuando la Conferencia Naval de Londres de 1930. En los asuntos interiores, la hegemonía de los políticos suele darse por terminada con el asesinato del primer ministro Inukai y tentativa de golpe de Estado por la derecha radical el 15 de mayo de 1932; es un lance que revela no poco sobre el carácter de la política japonesa contemporánea, merecedor de que lo representemos aquí sucintamente.

En 1932, los miembros de un grupúsculo de jóvenes campesinos acaudillado por un sacerdote budista se conjuraron para acabar con la «camarilla dirigente» responsable de la miseria agraria del Japón. Tras confeccionar una lista de hombres de negocios y políticos,

echaron a suerte las víctimas, una para cada uno. Antes que se descubriese el complot, cayeron asesinados, entre otros, el ex ministro de Hacienda Inoue (9 de febrero) y el barón Dan, jefe del Mitsui (5 de marzo). Falanges de cadetes de la armada y el ejército estaban listas para proseguir la tarea, y el 15 de mayo de 1932 se alzaron en armas contra los *zaibatsu*, los partidos políticos y la camarilla palaciega «a fin de salvar al Japón del colapso». Una unidad mató a balazos a Inukai, otras asaltaron a funcionarios de la corte, la Policía Metropolitana y el Banco del Japón.[194]

Ese episodio inauguró un período de dictadura semimilitar, no de franco fascismo. A los cuatro años, en 1936, se celebraron unas elecciones más o menos libres. La derecha abiertamente radical sólo obtuvo 400.000 votos y 6 escaños en la Dieta, mientras que un partido obrerista (el *Shakai Taishutô*) sacó el doble de votos que en las elecciones anteriores y 18 escaños. El partido que, contra toda previsión, obtuvo el mayor número de votos (*Minseitô*: 4.456.250 votos y 205 escaños) había esgrimido como uno de sus eslóganes la siguiente alternativa: «¿Gobierno parlamentario o Fascismo?». No es, por cierto, que los resultados de las elecciones constituyesen un referendo popular de la democracia: el abstencionismo alcanzó cotas mucho más altas que de costumbre, sobre todo en las ciudades, claro indicio de la aversión general hacia la política y los políticos. Pero demostraron asimismo que el radicalismo patriótico carecía de base electoral.

A esa repulsa, un sector del ejército respondió con otra tentativa de golpe de Estado, conocido en la historia japonesa por Incidente del 26 de Febrero (1936). Los rebeldes mataron a varios altos oficiales, ocuparon un barrio de Tokyo durante tres días e hicieron circular panfletos para explicar sus propósitos: destruir a las camarillas dirigentes y salvar al Japón bajo un «nuevo orden». Algunas altas autoridades militares estaban poco dispuestas a restablecer el orden por medio de la fuerza. Al cabo los facciosos se rindieron, movidos por una orden personal del emperador, la designación de un negociador que gozaba de su confianza y el aprontamiento de poderosas tropas para reducirlos. Así se recobró el país —si cabe expresarse en tales términos— de su más grave crisis intestina desde la Rebelión de Satsuma.[195]

El Incidente del 26 de Febrero (1936) fue el preludio de otras. maniobras políticas —en que aquí no es preciso detenerse— y de la imposición de una fachada totalitaria, todo lo cual tuvo lugar entre 1938 y 1940. Con arreglo a un penetrante análisis japonés, aquella tentativa de golpe de Estado significó la ruina del «fascismo desde abajo», esencialmente la derecha anticapitalista y popular, sacrificado al «fascismo desde arriba», o, podríamos decir, al fascismo respetable, tejido por altos funcionarios públicos, tomando del movimiento lo que les servía y desechando sus aspectos populares. Desde entonces, el fascismo respetable empezó a caminar a paso de carga.[196] Se decretó la movilización nacional, los radicales fueron detenidos, los partidos políticos fueron disueltos y reemplazados por la Asociación de Ayuda al Gobierno Imperial, copia más bien deslucida de los partidos totalitarios euro-

peos. Poco después, el Japón se adhirió a la Triple Alianza anti-Comintern y se disolvieron todos los sindicatos, reemplazándolos por una asociación para «el servicio de la nación a través de la industria».[197] Así, a fines del año 1940, mostraba el Japón los principales rasgos externos del fascismo europeo.

Como en Alemania, la fachada totalitaria recubría un incesante tira y afloja entre grupos de intereses rivales. Ni en uno ni en otro país llegaron nunca a gozar de poder efectivo los radicales derechistas, con la particularidad de que en el Japón no hizo falta ninguna purga sangrienta para marginarlos. En el Japón, el control centralizado sobre la economía parece que fue bastante más una farsa que no en Alemania.[198]

La gran empresa resistió con éxito a las tentativas para subordinar el interés privado al patriotismo. Todo el período de hegemonía militar y fascismo le fue muy favorable. El producto industrial pasó de 6 billones de yen en 1930 a 30 billones en 1941. Las posiciones relativas de la industria ligera y pesada se invirtieron. En 1930, la industria pesada significaba el 38 por ciento de la producción industrial total; en 1942, el 73 por ciento.[199] Sometiéndose nominalmente al control del gobierno, los *zaibatsu* consiguieron dominar la casi totalidad de la industria.[200] Los cuatro grandes *zaibatsu*, Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda, salieron de la Segunda Guerra Mundial con activos de más de 3 billones de yens, mientras que en 1930 no contaban sino con 875 millones.[201]

De hecho, para los *zaibatsu*, el anticapitalismo representó poco más que una inocua tabarra —la cual,

por otro lado, pudieron refrenar considerablemente tras 1936—, el exiguo precio que debían pagar por la política de represión interior y expansión exterior que llenaba sus arcas. Los grandes empresarios necesitaban fascismo, patriotismo, culto imperial y ejército, de la misma manera que los militares y los patriotas necesitaban gran industria para llevar a efecto su programa político. Todo eso, los radicales agrarios no podían verlo, o cuando menos se negaban a admitirlo. Los imbuidos de ideas del *Nôhon-shugi*, en particular, se hallaban en un callejón sin salida. Dentro de esos círculos había una marcada vena anarquista y, entre algunos, una romántica fe en los actos de terrorismo individual.[202] Se caracterizaban por su acerba hostilidad contra la plutocracia y la *élite* militar tradicional, cuyos miembros, según ellos, eran simples criados de los plutócratas. Pero no tenían nada que poner en su lugar, sólo una idealizada versión de la comunidad campesina japonesa. Como las tesis agrarias radicales chocaban con los requisitos de la política expansionista conveniente a una sociedad industrial moderna, las *élites* más ortodoxas pudieron marginarlos con bastante facilidad; a la vez se apropiaron de sus ideas para asegurarse el sostén popular. Lo mismo ocurrió en Alemania, aunque más súbita y violentamente, cuando, por medio de la Purga Sangrienta de 1934, se aniquiló a los nazis radicales.

En el Japón, las limitaciones intrínsecas del radicalismo agrario de derechas y el culto frenético al emperador quedan aún más a la vista si se consideran los hechos a partir del ejército. Entre 1920 y 1927, sobre un

30 por ciento de los que ingresaban en los cuerpos de cadetes eran hijos de pequeños terratenientes, campesinos ricos o pequeños burgueses de las ciudades. Se dieron entonces varios casos de reservistas que, en las contiendas entre campesinos y terratenientes, tomaron partido por los primeros.[203] Por aquellos años, asimismo, un nuevo grupo con una nueva base social y una nueva actitud política había empezado a reemplazar a los más aristocráticos mandos tradicionales del ejército. Dentro ya de la década 1930-1940, su máximo portavoz fue el general Araki, que abogaba por la «independencia» respecto a los magnates de las finanzas y las camarillas palaciegas.[204] Consecuentes con esa actitud radical, muchos de tales militares se opusieron a la modernización del ejército, la planificación económica y la adopción de una tecnología más avanzada.[205] Después de 1932, y por corto tiempo, las exhortaciones de Araki a proteger la agricultura causaron desasosiego entre los industriales. Muy pronto, sin embargo, ante las dificultades de su postura, mudó de tono, y empezó a discursear sobre la holgazanería del campesino japonés por el influjo degradante de las tentaciones modernas.[206] Tras el estallido de la guerra, las enormes ganancias de los industriales volvieron a revolucionar al grupo militar disidente con vínculos agrarios, lo cual condujo a la dimisión del ministro de la Guerra en 1940.[207] La cosa llegó tan lejos, que el ejército intentó establecer una base autosuficiente de operaciones en Manchuria, donde estaría libre, esperaba, de la influencia de los monopolios industriales japoneses. Manchuria siguió siendo predominantemente agrícola hasta que el Ejército de Kwantung se vio obligado a admitir que no podría industrializar el área por sí solo y que, mal que bien, era preciso recurrir a la ayuda industrial. La ocupación del Norte de la China no se produjo sino después de ese escarmiento y luego que la necesidad de asistencia industrial en Manchuria hubo conducido a una cooperación más estrecha entre los intereses militares y financieros.[208]

El espectáculo del ejército marchándose para escapar del mundo moderno pone de relieve la futilidad de la doctrina agraria derechista japonesa y su dependencia última del gran capital. El precio que ése pudo exigir a los patriotas agrarios y pequeños-burgueses para el *modus vivendi* del imperialismo japonés fue —si no en la propaganda, en la práctica— el abandono del anticapitalismo.

En la versión japonesa del fascismo, el ejército representó a fuerzas sociales algo distintas y desempeñó otro papel que el alemán bajo Hitler. En Alemania, el ejército fue un refugio para sectores de la *élite* tradicional poco afectos a los nazis. Salvo la abortada conspiración contra Hitler de 1944, cuando la guerra ya estaba perdida, funcionó como un instrumento técnico pasivo al servicio de Hitler. Aunque a veces refunfuñasen por miedo de las consecuencias, los generales hacían lo que Hitler les ordenaba hacer. En el Japón, el ejército fue mucho más sensible a las presiones que emanaban del campo y de los pequeños hombres de negocios de las ciudades, hostiles a los *zaibatsu*. Tal diferencia puede atribuirse en buena parte a la que existía entre las sociedades japonesas y alemana. El Japón

se hallaba atrasado con respecto a Alemania, y su sector agrario era mucho más importante. De ahí que los mandos militares japoneses no pudiesen desatender tan de ligero dichas demandas, y que, en vivo contraste con la conducta del ejército alemán, encontremos a sectores del ejército japonés interviniendo en la arena política e intentando golpes de Estado.

El fascismo japonés difirió de la forma alemana, y asimismo de la italiana, en varios otros puntos. No hubo en el Japón ni toma brusca del poder, ni franca ruptura con la democracia parlamentaria, ni el equivalente de la Marcha sobre Roma, en parte porque tampoco había preexistido una era democrática comparable a la República de Weimar. El fascismo emergió de un modo mucho más «natural»; eso es, aún halló más elementos afines en las instituciones japonesas que en las alemanas. El Japón no tuvo ningún *Führer* o *Duce* plebeyo. En su lugar, y con idéntica virtud, sirvió de símbolo nacional el Emperador. Tampoco tuvo un partido de masas único que funcionase adecuadamente. La Asociación de Ayuda al Gobierno Imperial fue un remedio bastante tosco. Por último, el gobierno japonés no se empeñó en una política de terror y exterminio contra un sector específico de la población subalterna, como hizo Hitler con los judíos. Es probable que todas esas diferencias también obedezcan al atraso relativo del Japón. El problema de la lealtad y obediencia pudo resolverse apelando a símbolos tradicionales y con sólo un uso sensato del terror, tarea que pudo encomendarse además en buena parte al sentir popular «espontáneo». Las corrientes laicas y racionalistas que, en los primeros estadios del industrialismo, erosionaron las creencias tradicionales europeas fueron para el Japón productos importados, y nunca llegaron a echar en él raíces profundas. Por la época en que el desarrollo industrial japonés cobró ímpetu, habían ya consumido en Europa mucha de su fuerza originaria. De ahí que los japoneses se viesen obligados a afrontar los problemas económicos y políticos que planteaba recurriendo en mayor medida a elementos tradicionales de su cultura y estructura social.

Pese a tantas diferencias, prevalecen con todo las semejanzas. Así Alemania como el Japón entraron en la era industrial tardíamente. En ambos países, surgieron regímenes caracterizados por los objetivos de represión interior y expansión exterior. En ambos, la máxima base social para ese programa estuvo en una coalición entre las *élites* del comercio e industria (débiles al principio) y las clases dirigentes tradicionales del campo, dirigida contra los campesinos y los obreros. En ambos, por último, el ahogo de la pequeña burguesía y el campesinado bajo el capitalismo ascendente produjo un radicalismo derechista, que suministró algunas consignas demagógicas a sus regímenes represivos, pero fue sacrificado en la práctica a las exigencias del provecho y la productividad.

Dentro del desarrollo autoritario y fascista del Japón, nos queda aún por considerar un problema básico: ¿qué aportó a los campesinos? ¿Fueron éstos, como afirman ciertos autores, un importante depósito de nacionalismo fanático y patriotismo?

Para responder a esas cuestiones, conviene repasar

los factores económicos que más influyeron en la situación de los campesinos durante los años comprendidos entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. En los tratados clásicos sobre la vida agraria japonesa de ese período, se subrayan tres. Uno es el fracaso de las tentativas para modificar el sistema de arrendamiento de tierras. Otro, la creciente importancia de la seda en la economía rural. El tercero, el impacto de la Gran Depresión. En conjunto, la tendencia dominante del período posmeiji parece que fue ésta: dejar al campesino japonés a merced del mercado mundial.

Como hemos apuntado arriba, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial se propagó por el campo una ola de conflictos entre propietarios y renteros. En 1922, socialistas moderados que habían intervenido en el movimiento obrerista urbano organizaron el primer sindicato nacional de renteros. Las reivindicaciones de ésos fueron acentuándose a lo largo de los cinco años siguientes. Hacia 1928, el movimiento empezó ya a perder ímpetu, si bien —de dar crédito a las estadísticas— volvió a levantarse una ola, aún mayor, de conflictos en 1934 y 1935. Después, según parece, se deshizo. Que yo sepa, las razones de ese fracaso nunca han sido investigadas a fondo, al menos por los estudiosos occidentales. Las decisivas, sin embargo, están bastante claras. Verdadera lucha de clases, jamás la hubo en la aldea japonesa. A causa de la estructura heredada del pasado, la influencia del terrateniente llegaba a todos los rincones de la vida aldeana. La posibilidad de una solución personal, además, parecía estar al alcance de cada rentero. Así, pues, los

conflictos entre propietarios y renteros no modificaron seriamente el sistema de autoridad del campo, tal y como lo había establecido el ajuste de los Meiji.[209]

La seda era una notable fuente subsidiaria —a veces incluso una fuente mayor— de ingresos para los campesinos japoneses. A más de dinero contante, tan necesario, les aportaba alguna seguridad, la que nace de la diversificación de los productos. Por los años treinta, se ocupaban en la sericicultura unos dos millones, o sea sobre un 40 por ciento del total. El campesino vendía los capullos a un hilandero, que de ordinario estaba financiado por un comisionista de Yokohama o Kobe. El hilandero pagaba un subido tipo de interés y tenía que expedir la seda cruda al comisionista a cambio del dinero anticipado. El importe del préstamo era tal, que el comisionista controlaba virtualmente la venta de seda cruda. Tan a merced estaba el campesino del hilandero como éste del comisionista. La cría de gusanos de seda era una tarea doméstica, y permitía al cabeza de familia dedicarse a otras labores agrícolas. Completaba, pues, las entradas de la familia campesina.[210] Sin embargo, gracias a la organización imperante del mercado, las grandes empresas urbanas podían absorber buena parte de los beneficios. He aquí una coyuntura de molde para el desarrollo del anticapitalismo campesino.

La Depresión asestó un duro golpe tanto a la seda como al arroz. Para ése, los años 1927-1930 fueron de óptimas cosechas. Los precios se hundieron.[211] Pero la baja debió de afectar más a los terratenientes (y quizá también a los grandes labradores) que a los renteros,

toda vez que éstos pagaban sus rentas en arroz, mientras que aquéllos vendían el 85 por ciento de su producción.[212] La baja en los precios de la seda, que subsiguió al colapso de la prosperidad norteamericana, afectó al campesino japonés de un modo más directo. En 1930, la seda cruda se abarató cosa del 50 por ciento. El valor de las exportaciones sederas significó tan sólo el 53 por ciento del de las efectuadas en 1929. Muchos campesinos se arruinaron. Ciertos autores relacionan esos quebrantos simultáneos de la economía agraria, el derribo del gobierno «liberal» y la transferencia del poder a los partidarios de la agresión militar. El eslabón clave de esa cadena de causas y efectos fue, suponen, el ejército, compuesto de reclutas campesinos y oficiales pequeño-burgueses cuya situación económica les hacía sensibles a los estímulos hipernacionalistas.[213]

A mi entender, esa teoría simplifica en exceso los hechos, hasta el punto que puede conducir a graves errores. Entre los campesinos, hay escasas muestras de apoyo entusiasta a los movimientos hipernacionalistas.[214] La corriente agraria del patriotismo tradicionalista, expresada en movimientos por el estilo del *Nôhon-shugi*, fue sobre todo cosa urbana y de terratenientes, dirigida contra los intereses campesinos y hacia mantener al labriego frugal y resignado en su sitio. A lo sumo, el superpatriotismo agrario tentó quizás algo a los labradores más prósperos, identificados con los terratenientes, pues suministraba racionalizaciones a su papel de vendedores de arroz.

Verdad es que ciertos aspectos de la situación de

los campesinos, en particular los derivados del comercio sedero, hubiesen podido hacerles bien susceptibles de ideas anticapitalistas. Parece que sus sentimientos anticapitalistas fueron lo bastante fuertes, cuando se combinaron con otros factores, para llevarles a secundar la iniciativa de la *élite* rural. En conjunto, la contribución de los campesinos al fascismo japonés —o al extremismo nacionalista, si se prefiere aquí ese término— fue sobre todo pasiva. Los campesinos pertrecharon de obedientes reclutas al ejército y constituyeron en la vida civil una enorme masa apolítica (es decir, conservadora) y sumisa, que tuvo efectos decisivos en la política japonesa.

Ahora bien: la obediencia apolítica a las órdenes, sin atender a su contenido, no es tan sólo materia de psicología. La mentalidad a que responde tal conducta es el producto de circunstancias históricas concretas, ni más ni menos que la independiente aún hoy admirada entre los occidentales. Por otra parte, el caso del Japón demuestra sin lugar a dudas que tal actitud pasiva no es siempre un producto del industrialismo avanzado. Dentro de circunstancias específicas, puede presentarse asimismo en sociedades agrarias.

En el Japón, esas circunstancias estaban encarnadas en la estructura de la aldea, heredada de los últimos tiempos de la era tokugawa y primeros de la meiji y robustecida por tendencias económicas más modernas. El terrateniente seguía siendo el jefe indiscutido de la comunidad campesina. La estructura de la aldea le permitía hacer y deshacer en el plano local. Le proporcionaba, además, una base política para encara-

marse a la escena nacional, donde afrontó los desafíos de otros sectores y estableció el compromiso de conjunto arriba expuesto. Examinemos, pues, las razones por qué los campesinos siguieron estándole tan sometidos.

Los rasgos más notables de la aldea japonesa hasta la reforma agraria norteamericana fueron el dominio absoluto del hacendado y el rechazo de los conflictos violentos.[215] El principal fundamento de autoridad radicaba en la posesión de tierra. Las relaciones consiguientes eran respaldadas por el Estado, incluso mediante la fuerza bruta. Hasta cierto punto, se suavizaron e hicieron más aceptables con la pátina de los años, tradición y costumbre. El administrar los asuntos aldeanos acostumbraba correr a cargo de propietarios residentes, si bien los más granados podían dejar para otros tales quehaceres domésticos y ejercer su autoridad entre bastidores. Los renteros podían desempeñar a veces alguna función secundaria.[216] En muchas aldeas o términos mayores, dominaba los asuntos locales un pequeño círculo de familias hacendadas cuyos hijos se casaban unos con otros, conocido, de un modo bien plástico, por el «anillo de besos»[217] Por lo general los oficios retribuidos de los *mura* se proveían entre los terratenientes más modestos, que complementaban así sus escasos ingresos por rentas.[218]

Quizá sólo en casos excepcionales podía el propietario desahuciar a voluntad al rentero o amenazarle con tomar tan drástica medida.[219] Pero el poder del propietario sobre los medios de subsistencia del rentero daba de continuo en los ojos del último y de toda la

comunidad, de mil sutiles maneras. Era la sanción última detrás del primoroso código de deferencia que gobernaba la relación del campesino con sus superiores. El rentero miraba atentamente «el color de la cara del dueño». R. P. Dore, la fuente de esa observación, es hombre más para minimizar que no para exagerar el lado malo de la autoridad del propietario. Concluye, sin embargo, que la actitud del rentero obedecía al cálculo, por lo conveniente de la misma y, en el fondo, puro temor, nacido del hecho brutal de la dependencia económica.[220] Temor y dependencia son, pues, las causas últimas, por lo menos en el campo, del código de deferencia japonés que hechiza a muchos visitantes norteamericanos por su originalidad y porque contrasta con los hábitos de su propio país. Es de suponer que tales visitantes, que no entienden ni los orígenes históricos ni el sentido presente de la cortesía japonesa, saben discernir en los Estados Unidos la hostilidad que a menudo disimulan las maneras afables. Allí donde las relaciones de dependencia económica han desaparecido, en virtud de la reforma agraria norteamericana o por otros motivos, la estructura tradicional de rango y deferencia se ha desmoronado.[221] Caso que algún lector hubiese puesto en duda el fundamento económico de la oligarquía aldeana y del código de deferencia japonés, parece que las circunstancias de su desaparición parcial deberían convencerle.

El sistema de gran hacienda-pequeñas haciendas satélites ha persistido hasta tiempos recientes porque se le pudo adaptar a la economía de mercado a base del arrendamiento y porque no han surgido fuerzas que lo

impugnasen. Otro producto feudal que se ha adaptado más o menos bien a los tiempos modernos es la «armoniosa» solidaridad de la aldea japonesa, su elusión —quizá podríamos decir supresión— de los conflictos violentos. En la aldea de antaño, esa solidaridad dimanaba por una parte, del sistema de cooperación económica entre los campesinos y, por otra, del sistema tributario y supervisión paternalista del señor. Ambos factores, en sus formas modernas, continuaron operando entre las dos guerras mundiales y siguen teniendo aún hoy muchos de los mismos efectos. Detalles aparte, nos limitaremos a constatar que la incesante expansión de una economía monetaria ha atirantado algo las relaciones tradicionales dentro de la aldea, pero, hasta aquí, sin modificarlas a fondo.[222]

También han concurrido a mantener la solidaridad de la aldea otros varios factores que cabe calificar, en sentido bastante lato, de políticos. Los «grandes» problemas —aquellos que contraponen a ricos y pobres— nunca se han decidido a nivel local, ni en tiempos de los Tokugawa ni modernamente.[223] Los «pequeños» problemas se han tratado por vías que parecen bien familiares a quien alguna vez ha sido miembro de una comisión académica. Se les podría dar el nombre colectivo de «alcanzar-acuerdo-por-fastidio-y-agotamiento». Posiblemente tengamos ahí uno de los universales o leyes que algunos sociólogos todavía andan buscando tan en serio. En sustancia, la cosa consiste en dejar expresar a rienda suelta al que tenga opiniones hasta que el grupo no esté dispuesto en bloque a asumir la responsabilidad colectiva de una decisión. En el

Japón, como quizás en todas partes, los auténticos debates solían tener lugar a puerta cerrada, lo cual debe de aumentar la franqueza y, a la vez, las posibilidades de llegar a un compromiso satisfactorio. El sistema recompensa más la fuerza con que el individuo sustenta sus opiniones que no los fundamentos racionales de las mismas. Es democrático en la medida que permite ventilar a fondo puntos de vista opuestos, choque que sólo puede darse cuando los bandos antagónicos están en un fil fuera de la sala de juntas. En las aldeas japonesas modernas con más de una familia dirigente, los debates dentro del grupo de *élite* parecen haber sido vigorosos, si bien —repitámoslo— sobre asuntos estrictamente locales. Pese a carecer por entero de cualquier tradición indígena en torno a las virtudes de la democracia, el Japón ha desarrollado algunos de sus rasgos institucionales, parece, bastante por cuenta propia.[224] Los países más formalmente democráticos no se hallan ni con mucho en condiciones de decir que el Japón ha llevado más allá la democracia donde menos valía la pena.

Durante la fase totalitaria de la historia reciente del Japón, la aldea estuvo integrada en la estructura nacional de un modo que recuerda por lo claro las técnicas de los Tokugawa para penetrar y controlar la sociedad campesina. Las fuentes no acreditan si hubo o no continuidad histórica directa.[225] Sea como fuere, el fenómeno muestra hasta qué punto importantes aspectos del feudalismo japonés eran compatibles con las instituciones totalitarias del siglo xx.

Sin duda el lector tendrá presente la organización

tokugawa de grupos aldeanos de cinco hombres para la responsabilidad mutua. Se había complementado con tablones de anuncios públicos que exhortaban a los campesinos a una buena conducta. Tras 1930, el gobierno organizó grupos de vecinos, cada uno con su propia cabeza. Dore observa que el sistema, junto con la administración pública superpuesta, proporcionó al gobierno central un método para llegar a cada familia, a través de una jerarquía de mando descendente de persona a persona. Las órdenes bajaban del Ministerio del Interior a todas las casas por medio de un tablón de anuncios circulante. Si la materia era de entidad, cada cabeza de familia tenía que poner en él su sello para indicar que había recibido la orden. Ese dispositivo permitió organizar adecuadamente a la población a fines tales como racionamiento, recaudación de granos fiscalizados, suscripción de bonos de guerra y medidas de austeridad general. Aunque las autoridades de ocupación norteamericanas suprimieron el sistema de comunicación descendente, las organizaciones locales continuaron en pie, pues tenían cometidos locales que cumplir. Dado que subsistían, y viéndose en ellas un medio más eficaz de difundir avisos que no los tablones de anuncios —que los aldeanos podían desatender—, no tardaron en reasumir también esa función.[226]

Cuando se pasa revista a la historia de la aldea japonesa desde el siglo XVII, el rasgo que más impresiona al historiador es probablemente su continuidad. La estructura oligárquica, la solidaridad interna y los firmes vínculos verticales con la autoridad superior, todos esos rasgos han sobrevivido con escasos cambios a la transición hacia la moderna producción para el mercado. Pero la continuidad histórica no explica de suyo nada; al contrario: ella misma requiere explicación, con mayor motivo si se considera que en otros aspectos han cambiado tantas cosas. La madre del cordero, diría yo, es que los terratenientes conservaron casi toda la antigua estructura aldeana porque les permitía extraer y vender un excedente lo bastante crecido para mantenerse en la cumbre. Aquellos que al no lograr vencer los obstáculos, fueron cuesta abajo proporcionaron adeptos al pseudorradicalismo agrario. El único cambio institucional necesario fue la sustitución del pseudoparentesco por las relaciones arrendaticias. Todo ello sólo era posible en una agricultura basada en el arroz donde, como los hechos iban a demostrar, la productividad podía incrementarse mucho por métodos tradicionales. A diferencia del *landlord* inglés en el siglo XVIII, del *Junker* prusiano en el siglo XVI, o de los comunistas rusos en el siglo XX, las clases rectoras japonesas creyeron que podían hacer su camino sin destruir la sociedad campesina existente. De no haberle resultado el operar a través de la estructura social tradicional, dudo que el terrateniente japonés hubiese economizado ni un tanto más la aldea que el de otras partes.

La adaptabilidad de las instituciones sociales y políticas japonesas a los principios capitalistas le permitió al Japón ahorrarse las costas de una entrada revolucionaria en la escena de la Historia moderna. En parte

por haberse librado de esos horrores previos, el Japón sucumbió andando el tiempo al fascismo, que lo condujo a la derrota. Así le ocurrió también a Alemania, por sobre poco más o menos la misma causa. El precio de evitar una entrada en escena revolucionaria ha sido, pues, muy alto. Igualmente lo ha sido en la India. Allá el drama todavía no ha llegado al acto culminante; la intriga y los caracteres son distintos. Sin embargo, las lecciones aprendidas de todos los casos que hemos venido estudiando quizá nos ayuden a comprender su sentido.

VI

LA DEMOCRACIA EN ASIA: LA INDIA Y EL PRECIO DEL CAMBIO PACÍFICO

1. RELEVANCIA DE LA EXPERIENCIA INDIA

Que la India pertenece a dos mundos es un lugar común que resulta ser verdad. Económicamente, continúa en la era preindustrial. No ha tenido una revolución industrial según ni una ni otra de las dos variantes capitalistas hasta aquí estudiadas, ni tampoco conforme a la comunista. No se ha dado en ella ninguna revolución burguesa, ninguna revolución conservadora desde arriba, ninguna revolución campesina. Como especie política, sin embargo, sí pertenece al mundo moderno. Cuando la muerte de Nehru en 1964, la democracia política contaba diecisiete años. Aunque imperfecta, no era pura farsa. Habían venido existiendo desde la independencia un sistema parlamentario operante, un sistema judicial autónomo y las libertades liberales de rigor: elecciones generales libres en que el partido en el poder había aceptado su derrota en una parte considerable del país, control civil sobre los militares, un jefe de Estado que hacía un uso muy restringido de sus amplios poderes.[1] Nos hallamos, cierto, ante una paradoja, pero nada más superficial. La

existencia de democracia política en un marco asiático y sin revolución industrial sólo extraña mientras no se advierte que los angustiosos problemas con que se enfrenta el gobierno indio se deben a esos mismos hechos. En plata, ésa es la historia que haré todo lo posible por explicar en este capítulo. Es decir: por qué el advenimiento del mundo moderno no ha conducido en la India a cataclismos políticos o económicos, y qué ha legado tal proceso a la sociedad india de hoy en día.

Instructiva por derecho propio, dicha historia constituye una piedra de toque así para las teorías propuestas en este libro como para diversidad de otras, en particular las de la democracia que respondieron a la muy distinta experiencia histórica de la Europa occidental y los Estados Unidos. Habiendo sido especialmente poderosos en la India los obstáculos a la modernización, pone de relieve los factores que permitieron a otros países superarlos. Recalquemos también aquí, con todo, que para leerla de un modo cabal es indispensable saber que no es una historia acabada. Sólo el futuro revelará si es o no posible modernizar la sociedad india conservando o extendiendo las libertades democráticas.

Quizá sea de algún provecho que, a guisa de prólogo, le cuente al lector la trama de la historia tal como he llegado yo poco a poco a interpretarla. Por la época de la reina inglesa Isabel I, los conquistadores islámicos de la India habían conseguido establecer sobre la mayor parte del subcontinente un imperio que generaciones pretéritas y menos inhibidas de eruditos hubiesen calificado de despotismo oriental. Hoy debe-

mos hablar de burocracia agraria o de versión asiática del absolutismo real —bastante más primitiva que la de la China—, un sistema político desfavorable a la democracia política y al desarrollo de clases mercantiles. No involucraba libertades y privilegios aristocráticos ni burgueses capaces de amenazar el poder de la dinastía mogol. Tampoco fuerzas en actividad entre los campesinos que propiciasen una ruptura económica o política con el orden social vigente. La labranza era descuidada e improductiva, en parte debido al régimen de agricultura tributaria, en parte por la peculiar estructura de la sociedad campesina, organizada según el sistema de castas. Al prevenir un marco para toda actividad social, literalmente desde la concepción hasta el más allá, las castas hacían casi superfluo el gobierno central en el plano de la comunidad aldeana. De ahí que la oposición campesina tendiese menos que en la China a adoptar la forma de rebeliones masivas. Lo mismo la oposición que la innovación pudieron absorberse sin cambios creando nuevas castas y subcastas. En ausencia de todo impulso fuerte hacia un cambio cualitativo, el sistema mongol no se vino abajo sino por la dinámica de la creciente explotación producida por el régimen de agricultura tributaria. Ese colapso dio a los europeos la oportunidad de establecer amplias bases territoriales durante el siglo XVIII.

Existían, pues, poderosos obstáculos a la modernización en el carácter de la sociedad india antes ya de la conquista británica. Otros aparecieron de resultas de ésa. Durante las últimas décadas del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, los británicos introdujeron nuevos

sistemas de tributación y de tenencia del suelo cultivable, así como tejidos, que probablemente damnificaron a las castas artesanas. Los británicos, además, hicieron ver todo el aparato de la cultura científica occidental, una amenaza para los privilegios hieráticos tradicionales. La respuesta inmediata fue el Motín de 1857, convulsión reaccionaria y esfuerzo baldío para expulsar a los colonizadores. Un efecto más paulatino y más profundo de la introducción de ley, orden e impuestos, como también del crecimiento demográfico, fue el auge del terrateniente parasítico. Pese al mal cultivo, los campesinos engendraban un excedente económico considerable. La presencia británica, el fracaso del Motín y el carácter de la sociedad india descartaron la solución japonesa al atraso: gobierno por un nuevo sector de la *élite* nativa que se sirvió del excedente agrícola para cimentar el desarrollo industrial. En la India, en cambio, el conquistador extranjero, el terrateniente y el prestamista absorbieron y disiparon aquel excedente. De ahí que el estancamiento económico perdurase a lo largo de la era británica, y perdure aún de hecho hoy en día.

Por otro lado, la presencia británica impidió que se formase la característica coalición reaccionaria entre las *élites* rurales y una burguesía débil, con lo que aportó, no sólo rasgos de cultura, sino asimismo un importante requisito para la democracia política. La autoridad británica se apoyó en las clases altas agrarias. La burguesía nativa, sobre todo la manufacturera, se sentía agarrotada por las ordenaciones británicas, en particular por las concernientes al libre cambio, y ambi-

cionaba un mercado indio protegido. Cuando el movimiento nacionalista se desarrolló y se puso a andar tras el apoyo de las masas, Gandhi proporcionó un vinculo entre importantes sectores de la burguesía y el campesinado con su prestigio personal, doctrina de no violencia y glorificación de la comunidad aldeana india. Por esa y otras razones, el movimiento nacionalista no cobró una forma revolucionaria, si bien la desobediencia civil pudo forzar a un decaído Imperio británico a retirarse. El producto de tales fuerzas fue, ciertamente, la democracia política, pero una democracia que ha hecho muy poco por modernizar la estructura social de la India. De ahí que el hambre todavía esté al acecho en el trasfondo.

Despojada de complejidades y contradicciones, casi hasta el extremo de una grotesca desnudez, ésa es en suma la historia que vamos a narrar. Otros que han estudiado la India mucho más a fondo que yo quizá se resistan a reconocer su materia de estudio en este bosquejo preliminar. Es mi esperanza, y muy posiblemente mi engaño, que el análisis que sigue hará el parecido más convincente.

2. LA INDIA MOGOL: OBSTÁCULOS A LA DEMOCRACIA

Los últimos de los muchos conquistadores que invadieron la India antes del impacto occidental fueron los mogoles, nombre aplicado a un amplio sector de las huestes del gran caudillo mongol Genghis Khan. El hecho se produjo a principios del siglo XVI. Los mogo-

les alcanzaron el cenit de su pujanza bajo Akbar (1556-1605), un contemporáneo de la reina Isabel I, aunque los soberanos subsiguientes aún extendieron sus dominios. A fines del siglo XVI, un punto de partida apropiado para nuestra historia, la dinastía islámica controlaba la parte del león de la India, digamos península abajo hasta una línea que corría de este a oeste algo al norte de Bombay. Los reinos hindúes de más al Sur permanecieron independientes. Como los mogoles se adaptaron a las circunstancias hindúes, había escasas diferencias entre una y otra parte; sólo que, en aquellos momentos de apogeo, el territorio mogol estaba mejor gobernado.[2]

Conforme a una conocida descripción, los rasgos básicos del régimen indio tradicional eran un soberano que mandaba, un ejército que sostenía al trono, y un campesinado que corría con los gastos de ambos.[3] Para comprender bien la sociedad india, se debe añadir a ese trío la noción de casta. Podemos describir por de pronto el sistema de castas como la organización de los individuos en grupos hereditarios y endogámicos que desempeñan el mismo tipo de función social, la de sacerdote, la de guerrero, la de artesano, la de campesino, etc., de modo que la sociedad queda dividida en compartimientos jerarquizados y teóricamente estancos. Sancionan tal orden ideas religiosas en torno a la contaminación.[4] Las castas sirvieron, y sirven aún, para organizar la vida de la comunidad aldeana, la célula básica de la sociedad india y la unidad fundamental en que aquéllas tendían a desintegrarse dondequiera y cuandoquiera que faltaba un poder fuerte.

Ese complejo institucional de comunidades aldeanas organizadas en castas y alimentando con sus contribuciones a un ejército que era el gran sostén del soberano se ha demostrado resistente. Caracterizó asimismo al gobierno indio a lo largo del período británico. Buena parte de él se ha mantenido intacta incluso tras la independencia y Nehru.

En sustancia, el sistema político y social de la era mogol consistió en una burocracia agraria sobrepuesta a un conjunto heterogéneo de jefes nativos muy diversos en recursos y en poder. Al debilitarse la autoridad mogol en el siglo XVIII, revirtió a formas más incoherentes. Bajo Akbar y los monarcas fuertes que le sucedieron, no existió ninguna aristocracia agraria de envergadura nacional independiente de la corona, por lo menos no en teoría, y en considerable medida tampoco de hecho. Los jefes nativos gozaban de crecida independencia, pero los gobernantes habían logrado incorporarles al sistema burocrático mogol, cuando menos pasaderamente. Les dedicaremos un examen más detenido dentro de poco. En general, como dice Moreland, «Independencia era sinónimo de rebelión, y un noble era o un servidor o un enemigo del poder supremo».[5] La debilidad de la aristocracia a escala nacional en la India del siglo XVII es un rasgo notable; al igual que en otros países, inhibió el desarrollo espontáneo de la democracia parlamentaria: las instituciones parlamentarias iban a ser una importación tardía y exótica.

Teóricamente, y en gran parte también de hecho, la tierra sólo se tenía a voluntad del soberano. Ni si-

quiera podía comprarse, fuera de pequeñas porciones para construir casas.[6] Por lo común se asignaban a los oficiales las rentas de una aldea, un grupo de aldeas y un área algo mayor, como emolumentos por ejercer en el servicio civil imperial. Akbar abominó esa práctica, que presentaba las desventajas típicas de la agricultura tributaria. El beneficiario de un área asignada estaba siempre sujeto a la tentación de explotar a los campesinos, y cabía asimismo que hiciera de ella una base territorial para su propio poder. De ahí que Akbar intentase reemplazar el sistema de asignaciones por pagos regulares en moneda. Por razones que se verán más adelante, la tentativa fracasó.[7]

Tampoco existía teóricamente ninguna forma de herencia del oficio. Cada generación tenía que volver a empezar. A la muerte del oficial, sus bienes revertían al tesoro. Los jefes hindúes, mandos locales que los mogoles habían rendido y dejado en funciones a cambio de su lealtad al nuevo régimen, constituyeron una importante excepción. Y subsistieron entre los conquistadores algunas familias nobles. Con todo, la confiscación a la muerte se daba lo bastante a menudo como para hacer aventurada la acumulación de riqueza.[8]

Además de tales precauciones para evitar el establecimiento de derechos de propiedad, el sistema político indio desplegó otros varios rasgos burocráticos. Las tareas estaban graduadas, y el emperador fijaba minuciosamente las condiciones del servicio. Tras su admisión en el servicio imperial, el funcionario recibía un grado militar. Luego se le requería a enrolar cierto

número de hombres de a pie y a caballo conforme al grado obtenido.[9] Por otra parte, la burocracia mogol no desarrolló diversas salvaguardias de la autoridad burocrática comunes en las sociedades modernas. No hubo ni reglas de promoción, ni pruebas de aptitud, ni el concepto de competencia en una función específica. Parece que Akbar se basaba casi por entero en su juicio intuitivo de las personas para ascender, degradar o destituir a los oficiales. El primer hombre de letras del momento prestó un excelente servicio como responsable de operaciones militares, y otro halló la muerte al mando de tropas en la frontera tras haber vivido muchos años en la corte.[10] Comparado con el servicio civil de la China manchú, el sistema de Akbar fue primitivo. Verdad es que los chinos también rechazaron explícitamente toda tendencia a la especialización extrema, y que no sería muy difícil contrapesar las carreras polifacéticas recién citadas con casos análogos de la historia china. Aun así, el sistema de exámenes chino se aproximó sin duda mucho más a las prácticas de la burocracia contemporánea que los aleatorios métodos de reclutamiento y promoción de Akbar. Una diferencia todavía más significativa es que la China logró impedir hasta cierto punto que se establecieran derechos de propiedad en los oficios burocráticos. Los mogoles, según veremos, no tuvieron a la larga el mismo éxito.

Lo expuesto de acumular riqueza dada la imposibilidad de transmitirla por testamento estimuló sobre manera el lujo. El signo de la época fue gastar, no atesorar. Tal parece ser el origen de aquella magnificencia arraigada en la miseria que tanto impresiona aún hoy a

los visitantes de la India y que ya chocó a los viajeros europeos en tiempo de los mogoles. El emperador daba el ejemplo de magnificencia a seguir por sus cortesanos.[11] Ese esplendor palaciego contribuyó a prevenir una indeseable acumulación de recursos en manos de sus consocios, aunque ya veremos que tuvo también consecuencias funestas desde el punto de vista del gobernante. Los cortesanos gastaban más dinero en sus establos que en cualquier otra rama de la economía doméstica, con la posible excepción del capítulo joyas. Florecieron el deporte y el juego.[12] La abundancia de mano de obra permitió disponer de copiosa servidumbre, hábito que ha perdurado hasta los tiempos modernos. Cada elefante ordinario tenia cuatro asistentes, número que se elevaba a siete en el caso de los animales escogidos para el uso del emperador. Uno de los últimos emperadores asignó cuatro asistentes humanos a cada uno de los perros que le habían traído como obsequio de Inglaterra.[13]

Arramblando la mayor parte del excedente económico engendrado por la población subalterna para transformarlo en lujo, los soberanos mogoles evitaron por algún tiempo los peligros de un ataque aristocrático a su poder. A la vez, tal uso del excedente limitó en extremo las posibilidades de desarrollo económico o, por mejor decir, del tipo de desarrollo económico que habría desmontado el orden agrario y establecido una nueva clase de sociedad.[14] Importa mirarse en ello, pues los marxistas y los nacionalistas indios sostienen que la sociedad india estaba para romper las cadenas del sistema agrario, pero que el advenimiento del imperialismo británico aplastó y torció el proceso potencial en ese sentido. Semejante conclusión me parece no poco infundada; los datos apoyan de firme la opuesta: que ni el capitalismo ni la democracia parlamentaria hubieran podido surgir de la sociedad india del siglo XVII sin ayuda externa.

La última tesis queda fortalecida al considerar las ciudades y los gérmenes de una burguesía india. Porque hubo tales gérmenes, e incluso asomos de una actitud similar al muy debatido demiurgo de la historia social, la ética protestante. Tavernier, viajero francés del siglo XVII, habla de los banianos, una casta de banqueros y corredores, en estos términos:

> Los miembros de esa casta son tan sutiles y expertos en el tráfico que (...) podrían dar lecciones a los judíos más ladinos. Acostumbran a sus hijos en temprana edad a sacudir la pereza, y en vez de dejarles ir a la calle para que pierdan el tiempo jugando, como generalmente permitimos a los nuestros, les enseñan aritmética (...) Están siempre con sus padres, que los instruyen en el tráfico y no hacen nada sin explicárselo al mismo tiempo (...) Si alguien monta en cólera contra ellos le escuchan con paciencia, y no vuelven a verle durante cuatro o cinco días, hasta que presumen que se le habrá pasado la cólera.[15]

Pero, en la sociedad india de aquel entonces, todas esas virtudes no podían hallar campo suficiente para transformar el sistema de producción imperante.

Hubo también ciudades. Los viajeros europeos de la época presentan a Agra, Lahore, Delhi y Vijayanager como iguales a las grandes ciudades europeas con-

temporáneas, Roma, París y Constantinopla.[16] Las ciudades indias, sin embargo, no debían su existencia primariamente a la manufacturación y el comercio. Eran ante todo centros políticos y, hasta cierto punto, religiosos. Los sectores manufactureros y mercantiles eran relativamente insignificantes. Respecto a Delhi, el viajero francés Bernier observa: «No hay estado medio. O bien se tiene que ser del más alto rango o vivir miserablemente».[17] Existían mercaderes, claro está, entre ellos algunos que se ocupaban en el comercio exterior, si bien po r aquel tiempo los portugueses habían ya acaparado la mayor parte de las ganancias en tal terreno.[18] Fuerza es reconocer que ese hecho sí apoya la tesis de que el imperialismo europeo sofocó los impulsos nativos hacia la modernización, aunque no me parece ni con mucho una prueba decisiva. Existían asimismo artesanos, que elaboraban sobre todo artículos de lujo para los ricos.[19]

Las principales barreras al comercio estribaban en factores políticos y sociales. Algunas quizá no eran peores que las de la Europa contemporánea, que también sabía de salteamientos en los caminos, vejaciones y costosos derechos de tránsito.[20] Otras eran peores. El sistema legal mogol estaba atrasado con respecto al europeo. El mercader que deseaba hacer cumplir un contrato o cobrar una deuda no podía poner su causa en manos de un abogado profesional, porque la profesión no existía. Tenía que defenderla en persona dentro de un sistema de justicia lleno de rasgos personales y arbitrarios. El cohecho era casi universal.[21]

Más grave era aún la práctica del emperador de reclamar los bienes terrenales de los mercaderes más ricos, no menos que los de los funcionarios, luego que morían. Moreland cita un fragmento de carta de Aurangzeb, el último de los Grandes Mogoles († 1707), conservado por el viajero Bernier:

> Hemos sido acostumbrados a tan pronto como un Omrah (noble) o un mercader rico ha cesado de respirar, si no algo antes de que el espíritu vital haya huido, poner sellos en sus cofres, encarcelar y pegar a los sirvientes o oficiales de su casa, hasta que hagan una plena revelación de todos los bienes, incluso de la joya más insignificante. Esa práctica es sin duda provechosa, pero ¿podemos negar su injusticia y crueldad?».[22]

No siempre debía de suceder así. Sin embargo, como observa con laconismo Moreland, a buen seguro que el tráfico fue frenado por el riesgo de una exigencia súbita de todo el capital visible justamente cuando la muerte de su poseedor había quizá abierto al negocio una fase de incertidumbre.[23] Uno se pregunta, además, si el emperador era siempre lo bastante concienzudo para abstenerse de acelerar el proceso natural del declive humano, cuyo término llegaba para él tan en hora buena. Todas esas consideraciones debieron de estar difundidas entre la comunidad mercantil e inhibir el desarrollo del comercio.

En general, la actitud de las autoridades políticas indias para con el mercader parece que se asemejó más a la de la araña para con la mosca que no a la del pastor para con su vaca que prevalecía en la Europa contemporánea. Ni siquiera tuvo un Colbert Akbar, el más ilustrado de los Grandes Mogoles. En los territo-

rios hindúes, la situación aún debía de ser algo peor. Puede que algunas autoridades locales, por ejemplo el gobernador de una ciudad, pese a estar siempre sometidas al apremio de amasar y gastar sus fortunas a galope se condujeran a veces de otra forma. Así y todo, creo seguro concluir que, en conjunto, el establecimiento del orden público (tan *sui generis*) no engendró una situación en que el desarrollo de los influjos mercantiles pudiese minar el orden agrario tanto como lo hizo en el Japón. Lo depredatorio del sistema mogol se debió, no a que sus gobernantes y oficiales fueran de por sí más viciosos como seres humanos (si bien algunos de los últimos emperadores, embrutecidos por las drogas, fueron terriblemente sanguinarios, tal vez más allá de toda medida), sino a que el sistema puso al monarca y a sus ministros en una situación en que a menudo sólo tenía sentido una conducta rapaz.

Ese carácter depredatorio terminó por debilitar sobremanera al sistema mogol. Durante el siglo XVIII, el régimen mogol cedió a pequeñas fuerzas europeas (ocupadas sobre todo en combatirse unas a otras), hasta el punto de que el Gran Mogol pasó a depender de un estipendio británico. El examen de la relación entre la burocracia y el campesinado revela algunas de las causas.

En el sistema hindú anterior a la conquista mogol, los campesinos tributaban una parte de su producción al rey, quien determinaba, dentro de los límites impuestos por la costumbre, la ley y las posibilidades de transporte, tanto la cuantía de su cuota como los métodos de tasación y recaudación. Los mogoles se apro-

piaron tal sistema, que era en absoluto congruente con sus propias tradiciones.[24] El ideal administrativo mogol, especialmente bajo Akbar, fue la relación directa entre el campesino y el Estado: que la imposición y la recaudación de los tributos estuvieron controladas desde el centro por medio de oficiales sujetos a dar cuenta en detalle de todas las cobranzas.[25] Salvo por breves períodos y en áreas relativamente pequeñas, los gobernantes mogoles nunca lograron realizar ese ideal. Llevarlo a efecto hubiera requerido crear un gran cuerpo de oficiales asalariados bajo el control directo del emperador, cosa que, según parece excedía los recursos materiales y humanos de aquella sociedad agraria, lo mismo que excedió los de la Rusia zarista.

En vez de pagarles en metálico directamente del tesoro real, lo más común era asignar a los oficiales imperiales la parte real de la producción de un área concreta. Ese ajuste llevaba aparejado el otorgamiento de la autoridad ejecutiva necesaria para imponer y recaudar la cantidad perceptible. El área podía comprender toda una provincia o nada más una sola aldea, al paso que la cantidad perceptible solía representar ya el coste de mantener tropas ya el cumplimiento de algún otro servicio. La mayor parte del imperio mogol, a veces hasta siete octavos de su territorio, estaba en manos de tales concesionarios.[26] El arreglo no sólo servía para recaudar los tributos, sino también para reclutar tropas. Un cuerpo único de funcionarios desempeñaba esas dos tareas precipuas de la burocracia mogol, y era asimismo responsable de velar por el orden público.[27]

El modelo básico descrito presentaba numerosas variaciones locales, cuyos pormenores perfectamente podemos aquí omitir. Como observa Moreland, el régimen de Akbar era ante todo pragmático. «Al jefe o rajá que se sometía y aceptaba pagar un tributo razonable se le permitía por lo común retener su puesto de autoridad: al que era recalcitrante o rebelde se le mataba, encarcelaba o expulsaba, y sus tierras se tomaban bajo control directo». Hay un aspecto, sin embargo, que sí merece atención, por sus futuras consecuencias. Muy en general, aunque no universalmente, los emperadores mogoles gobernaron y recaudaron tributos a través de autoridades nativas. El término genérico para esos intermediarios era *zamindars*.

Así la práctica de los *zamindars* como el uso del término fluctuaron lo bastante para crear considerable confusión. Aunque la divisoria resulte a veces imprecisa, es con todo posible clasificarlos en dos grandes tipos, según su grado de independencia respecto a la autoridad central. En muchas zonas del país, una serie de conquistas habían llevado a una situación en que los miembros de alguna casta conquistadora habían establecido sus propios derechos a recaudar tributos de los campesinos de un área específica. Buena parte del campo estaba salpicada de fortalezas pertenecientes a los aristócratas locales, que tenían sus propias mesnadas. Si bien esos *zamindars* no desempeñaban ningún papel reconocido en el plan mogol para recaudar los tributos, de ordinario se les requería a que tributaran por territorios sobre los que ellos mismos reclamaban derechos similares. Así, sus derechos de imposición co-

existían con los de la burocracia mogol. En la práctica, los derechos de los *zamindars* podían venderse, subdividirse y transferirse por herencia, más o menos como los títulos sobre los ingresos de una sociedad anónima moderna en forma de bonos o acciones. Los gobernantes mogoles, por supuesto, contrastaban aquel desafío implícito a su autoridad y hacían todo lo posible para incorporar a los *zamindars* a su servicio. La doctrina mogol era que el gobierno imperial podía reasumir o conferir derechos *zamindari* a voluntad. Hasta qué punto fue capaz de hacerlo así en la práctica, no está claro. Otras veces, el término *zamindar* designaba a jefes casi independientes. Con tal que pagasen tributo, se les permitía campar por sus respetos. Aunque los territorios más ricos y más poblados (incluyendo los de los *zamindars* más o menos efectivamente absorbidos en el servicio imperial) se hallaban bajo control imperial directo, los dominios de jefes y reyezuelos no eran en modo alguno negligibles.[28]

Por tanto, el imperio se componía de despotismos locales que variaban mucho en ámbito y en grado de independencia, si bien todos suministraban rentas a las arcas imperiales.[29] Los *zamindars* menores constituían una serie de aristocracias locales. Sin acceso al círculo de las familias próximas a la corona porque eran súbditos conquistados, demasiado desunidos y adnatos a sus localidades para desempeñar un papel comparable al de la aristocracia inglesa como desafiadores y sustitutos del absolutismo real, desempeñaron con todo, lo mismo que los de mayor cuantía, un papel político determinante.[30] Cuando el sistema imperial entró en de-

cadencia y se hizo más opresivo, los *zamindars*, grandes y pequeños, pasaron a ser el nudo de rebeliones campesinas. Las *élites* nativas con los campesinos no eran capaces a solas de aglutinar a la India en una unidad política viable. Pero sí que podían castigar los errores de los extranjeros y ponerles en una situación insostenible. Así lo hicieron bajo los mogoles y, los campesinos con nuevos aliados, bajo los británicos; parecidas tendencias siguen aún manifestándose en el tercer cuarto del siglo xx.

El término *zamindar* ha estado en el centro de una cuestión mucho más amplia: si existió o no en la sociedad india un sistema de propiedad privada de los bienes raíces. Con el tiempo se ha venido a comprender que la cuestión se reducía a esta otra: qué relaciones interhumanas gobernaban el uso de los objetos materiales por los individuos para proveerse de alimento, albergue y pertrechos de civilización. Por lo que respecta a la tierra, no es difícil responder a la pregunta, cuando menos a grandes rasgos. En aquella época la tierra era abundante, a menudo como para tenerla por el esfuerzo de labrarla. De ahí que desde el punto de vista de los gobernantes, el problema estribase en hacer cultivarla a los campesinos. Al súbdito del imperio que ocupaba tierra, se le requería a tributar una parte de la producción total a cambio de protección. La teoría y la práctica administrativas mogoles giraban en torno al deber de cultivar. Moreland menciona el caso de un gobernador local que partió en dos a un cabeza de aldea con sus propias manos por no haber sembrado sus campos.[31] Aunque el ejemplo sea extremo, revela el problema básico. Los derechos privados de propiedad estaban claramente subordinados al deber público de cultivar y derivaban del mismo. Ese hecho ha venido influyendo en las relaciones sociales respecto a la tierra, incluso en condiciones por entero alteradas, hasta el día de hoy.

La política mogol ejerció una fuerte presión financiera sobre el sistema administrativo. Si bien Jahangir (1605-1627), el sucesor de Akbar, procuró captarse a sus súbditos hindúes y no trató de extender el imperio, Shah Jahan (1627-1658) se embarcó en una política de magnificencia; por ejemplo levantando numerosos edificios, entre ellos el Taj Mahal y el Trono de Peacock, cuya construcción duró siete años y cuyos materiales se han valorado en más de un millón de libras esterlinas. También empezó a discriminar a los hindúes, aunque todavía con mesura.[32] Aurangzeb (1658-1707) persiguió a los hindúes en gran escala y, a la vez, ensanchó el imperio mediante costosas, y al cabo ruinosas, guerras. Esas directrices políticas de magnificencia y expansión territorial, probablemente relacionadas con el hecho de que más territorio suponía más fuentes de ingresos, sacaron a luz fallas estructurales inherentes.

Si el emperador dejaba a un concesionario a cargo de la misma área por un período de tiempo considerable, corría el riesgo de que sus subordinados, desarrollando una fuente autónoma de ingresos y una base para su propio poder, escaparan cada vez más a su control. Por otra parte, si los trasladaba a menudo de un territorio a otro, quizá se ladearían a sacar de los cam-

pesinos cuanto más mejor en el tiempo disponible. El cultivo, entonces, decaería, en detrimento de las rentas imperiales, con lo que, a la larga, la fibra de la autoridad central se relajaría, y el emperador también perdería el control que justamente había tratado de mantener por medio de repetidos traslados. Siguiese el camino que siguiese, parece que el emperador estaba condenado a estrellarse a la larga. La segunda de las dos posibilidades esbozadas se aproxima bastante a lo que de hecho sucedió.

Ya bajo Jahangir oímos hablar de inestabilidad agraria debida a cambios frecuentes en las asignaciones.[33] Bernier, que efectuó sus viajes a mediados del siglo XVII, pone las siguientes palabras, muchas veces citadas, en boca de oficiales que él conocía:

> ¿Por qué tendría que crear inquietud en nuestras mentes el estado negligido de esta tierra? ¿Por qué tendríamos que gastar nuestro dinero y nuestro tiempo en hacerla fructífera? Podemos ser privados de ella en un momento, y entonces nuestros afanes ni nos beneficiarán a nosotros ni a nuestros hijos. Saquemos del suelo cuanto dinero podamos, aunque el campesino tenga que morir de hambre o marcharse, y aunque tengamos que dejarlo convertido en un árido yermo cuando se nos ordene abandonarlo.[34]

Es posible que Bernier exagerara, pero abundantes indicios muestran que puso los dedos en el principal defecto del régimen mogol.

El testimonio de Bernier, así como los de otros viajeros, cuadran con lo que sabemos de la situación por las órdenes de Aurangzeb. Aquéllos y ésas dibujan de consuno una situación en que los campesinos estaban onerosamente gravados y mantenidos bajo estricta disciplina, y en que a la vez iban decreciendo en número, en parte porque huían a territorios fuera de la jurisdicción mogol.[35] Si los campesinos se marchaban, es obvio que los ingresos de los oficiales concesionarios disminuían. Dado lo breve e incierto de su ejercicio, debían de querer compensar parte de la pérdida exigiendo más de los que continuaban laborando. De ahí que el proceso tendiese a ser acumulativo. El sistema mogol echó a los campesinos en brazos de jefes locales más o menos independientes en cuyos territorios las condiciones de vida tendían a mejorar. La observación de Bernier de que en esas áreas los campesinos estaban menos oprimidos es confirmada por múltiples fuentes. Los *zamindars* menores, empeñados en una contienda desigual con la burocracia mogol, tenían asimismo interés en tratar bien a los campesinos. De ese modo, los focos de autoridad independientes que los mogoles no habían conseguido desarraigar depararon puntos conjuntivos a las rebeliones campesinas. Siempre habían ido estallando revueltas bastante a menudo, incluso cuando el poder mogol se hallaba en su apogeo.[36] Pero, al hacerse la burocracia mogol más opresiva y corrompida, las rebeliones arreciaron. En vastas áreas, los campesinos se negaron a pagar rentas, empuñaron las armas y se entregaron al pillaje. Los jefes que conducían a los campesinos no mostraban ninguna inclinación a mejorar la suerte de sus súbditos. Se atribuyen a uno de ellos las siguientes palabras acerca del vulgo: «El dinero no les conviene; démosles víveres y un ta-

parrabos, con eso basta».[37] No obstante, quizás en virtud de una amalgama de pura desesperación y lealtades patriarcales y de casta, los campesinos les seguían de buen grado. De hecho, con su contradictoria mezcla de lealtades patriarcales, innovación religiosa sectaria y áspera protesta contra las injusticias del orden vigente, así como actos de venganza sangrienta y pillaje, los movimientos campesinos de la última fase del sistema mogol se desarrollaron de un modo similar a los de otras sociedades en las mismas circunstancias generales: relaciones mercantiles muy primitivas que están efectuando su intrusión en un opresivo orden agrario.[38]

A mediados del siglo XVIII, la hegemonía burocrática mogol se había deshecho en un sistema de pequeños reinos frecuentemente en guerra unos contra otros. Tal fue la situación con que se encontraron los británicos al empezar a intervenir en serio en los asuntos indios.

De todo lo expuesto, se concluye fácilmente —quizá un poco en demasía— que la dinámica del sistema mogol era desfavorable al desarrollo de democracia política y progreso económico según el patrón occidental. No hubo una aristocracia rural que lograse alcanzar independencia y privilegios contra el monarca sin desintegrar la unidad política. En vez de ello, su independencia, si así puede llamarse, trajo consigo la anarquía. La escasa burguesía que hubo careció de base independiente. Ambos rasgos tienen que ver con la existencia de una burocracia depredadora, compelida a ser más y más rapaz a medida que su poder se debilitaba, y que, al ahogar a los campesinos y llevarles a la rebelión, retornó el subcontinente a lo que había solido ser antes, una serie de unidades fragmentarias en pugna unas con otras, cómoda presa para nuevos conquistadores extranjeros.

3. LA SOCIEDAD ALDEANA: OBSTÁCULOS A LA REBELIÓN

El carácter de las clases altas e instituciones políticas ha sugerido algunas de las razones porque no se dio en la India el tipo de movimiento económico y político hacia el capitalismo y la democracia política que ciertos países de Europa desarrollaron del siglo XVII al XVIII. Una mirada más atenta a la situación de los campesinos en la sociedad india ayudará a ver otros dos rasgos importantísimos: el cultivo extensivo pobre, que contrasta a más no poder con el cultivo a lo jardinero de los campesinos chinos y japoneses, y la docilidad política de los campesinos indios —las excepcionales rebeliones campesinas que estudiaremos más a fondo en otro apartado, quedaron siempre muy lejos de la magnitud alcanzada por las chinas.

Los productos agrícolas y los modos de obtenerlos eran casi los mismos en tiempo de Akbar que hoy en día. En Bengala, predominaba el arroz. El Norte de la India en general producía cereales, mijos y legumbres. El Decán, *jowar* (también escrito *jovâr* y *juâr*, una especie de mijo o de sorgo) y algodón. En el Sur, volvían a predominar el arroz y los mijos.[39] La obtención de

una buena cosecha dependía y depende de las lluvias anuales monzónicas. Las obras clásicas sobre la India acostumbran afirmar que, en la mayor parte del país, la agricultura es una apuesta a las lluvias. Hasta cierto punto, y ya desde los tiempos prebritánicos, el riego contrabalancea el azar, pero no es ni con mucho posible en la generalidad del país. La falla del monzón ha conducido de cuando en cuando a rigurosas hambres, no sólo en épocas remotas, sino también varias veces durante la era británica. La última hambre intensa tuvo lugar en 1945. Se ha dicho a menudo que lo impredictible de las fuerzas naturales ha hecho pasivo y apático al campesino indio e impedido la transición al cultivo intensivo humano. Lo dudo muchísimo. La China ha estado tan sujeta al hambre intermitente como la India, pese a lo cual sus campesinos son universalmente alabados desde antiguo por su energía y esmero en la labranza.

Por contraste, las prácticas indias resultan descuidadas y antieconómicas, aun teniendo en cuenta el considerable sesgo etnocéntrico de las primitivas descripciones británicas. La tecnología parece haber permanecido estacionaria. El apero y las técnicas agrícolas no han cambiado apenas entre la época de Akbar y la primera mitad del siglo xx.[40] Un ligero arado, tirado por bueyes, era y es todavía el útil más importante. La vaca ha venido siendo fuente de energía, de alimento (no de carne, claro está) y de combustible, así como objeto de veneración religiosa.[41] Las ventajas de trasplantar el arroz ya se conocían, por lo menos en algunas áreas, a principios del siglo xix, y muy probablemente incluso antes. Pero, en contraste con el Japón, la organización del trabajo era tan mala, que los cultivadores sólo se servían de esa técnica en forma limitada. «Sobre la mitad del total [arroz] se trasplanta definitivamente en el primer mes de la temporada —informaba Buchanan en 1809-1810 de una comarca situada en el ángulo nororiental de Bengala— y es en extremo productiva; cinco octavos del resto se trasplantan en el segundo mes y dan una cosecha mediana; y tres octavos se trasplantan en el tercer mes, y dan un rendimiento tan miserable, que la práctica parecería ser mala economía, pero de otra manera la gente estaría parada».[42]

Dice también Buchanan —una de las pocas fuentes que dan detalles sobre las prácticas agrícolas de aquella época— que los campesinos de la comarca, en vez de practicar la rotación de cultivos, solían mezclar varias siembras en el mismo campo. Era una tosca forma de aseguramiento: aunque ninguna de las siembras se desarrollaba bien, rara vez se perdían todas.[43] En otra comarca situada en la ribera del Ganges; se acostumbraba sembrar al vuelo grandes cantidades de semillas en el secano sin previa preparación del terreno, práctica que observó también en la zona antedicha.[44] En todas las noticias de Buchanan se repite el mismo tema de cultivo ineficiente y baja productividad, ya presente en las descripciones francesas de la situación bajo los mogoles.

Es muy posible que una de las causas importantes tanto del mal cultivo como del carácter de la oposición campesina a lo largo de gran parte de la historia india

anterior a los británicos fuese la relativa abundancia de tierra. En muchos lugares, había tierra de sobra que aguardaba a hombres con medios para cultivarla. Los campesinos, como hemos visto, a menudo respondían a un gobernante opresivo con el simple acto de marcharse en masa. Para decirlo con las palabras de un autor reciente, la huida era «la primera respuesta al hambre o a la opresión humana».[45] La abundancia de tierra y la opresión, obrando de tal modo una sobre otra, explican en parte las vastas zonas de suelo no cultivado o mal cultivado a que se refieren una y otra vez las descripciones de los últimos tiempos mogoles e iniciales británicos. Aunque muy importante, esa explicación es con todo insuficiente. Algunas áreas de la India, por ejemplo la llanura gangética occidental, puede que hayan estado tan repletas de personas en tiempo de Akbar como en las primeras décadas del siglo xx. Además, el mal cultivo de amplias extensiones del país ha continuado después de haberse vuelto escasa la tierra. Esos hechos llevan a sospechar que una parte asimismo importante de la explicación ha de residir en los ajustes sociales sobre la tierra.

Ya hemos mencionado uno de ellos: el sistema tributario indio. Al igual que en el Japón, para las clases dirigentes de la India el campesino era ante todo un productor de rentas. La contribución japonesa, como vimos, consistió en un gravamen fijo sobre la tierra, y permitía a los campesinos laboriosos guardar un excedente. La contribución india y mogol fue de ordinario una parte fija de la cosecha. Así, pues, en la India, cuanto más cosechaba el campesino, más tenía que entregar al recaudador de contribuciones. El sistema mogol de agricultura tributaria entrañaba, por otro lado, una tentación ingénita a estrujar fuertemente al campesino. Es muy probable que tales disparidades hayan ejercido una influencia decisiva en el carácter del campesinado de ambos países. En la India, como sabemos, dicha situación persistió larguísimo tiempo. Por lo general el recaudar los tributos corría a cargo del cabeza de aldea o, en algunas zonas, de un consejo de notables aldeanos, que repartían las cantidades perceptibles y los terrenos cultivables entre los habitantes. Aunque el cabeza o el consejo hacían de puente entre la autoridad y la aldea de una forma que recuerda el sistema del Japón, en la India los jerarcas supralocales tendieron mucho menos a supervisar lo que sucedía dentro de la aldea. Con tal que les afluyesen las rentas, dejaban casi por entero el mantenimiento de orden público en manos de los notables y el cabeza de la aldea.[46]

La organización del trabajo en la comunidad campesina india difirió también de la japonesa de un modo que ayuda a explicar el nivel de cultivo relativamente bajo. Aquí nos encontramos faz a faz con el sistema de castas, que requerirá en breve un examen más a fondo. Por ahora basta observar que, si el sistema japonés, antes que empezara a cambiar en la última fase del período Tokugawa, se basó sobre todo en los vínculos de pseudoparentesco, el indio lo hizo en el intercambio de trabajo y entregas de alimentos entre las castas que tenían tierra y las que tenían poca o ninguna. Aunque más próximo al sistema moderno de mano de obra

contratada, el orden indio estaba apuntalado asimismo por la costumbre y lo que podríamos llamar imprecisamente sentimientos tradicionales. Parece que reunió algunas de las desventajas de los sistemas consuetudinarios basados en lealtades emocionales y de los modernos sin sus respectivas ventajas, y que inhibió tanto los cambios en la división del trabajo como su aplicación intensiva a una tarea especifica. Dada la flexibilidad de las castas en la práctica actual, sería imprudente insistir demasiado en ese punto, pero la tendencia parece clara. Una supervisión estrecha a la manera moderna era difícil. También lo era hallar cooperación en muchos de los compactos grupos obreros tradicionales. La mayoría de los trabajadores indios se encontraban en el fondo del sistema de castas y casi absolutamente exclusos de la comunidad aldeana, como muestra la denominación «intocable». Huelgas del tipo moderno, no las conocían, pero «sí que entendían en merma del trabajo», según expone un autor moderno.[47] He aquí una de las razones del cultivo indolente. Otra estuvo en el hecho de que las castas superiores solían preferir menos ingresos a molestarse en vigilar a los trabajadores para tratar de compelerles a aumentar su rendimiento.

Antes de ahondar más en el tema de las castas y sus consecuencias políticas, creo convenientes algunas palabras precautorias. El sistema de castas es privativo de la civilización india, al menos en la plenitud de sus ramificaciones. De ahí que sea tan tentador servirse de él para explicar cualquier otro rasgo que parezca distintivo de la sociedad india. Yo procuraré no caer en esa

tentación. La casta se utilizó, por ejemplo, en estudios de antaño para explicar la ausencia de guerras religiosas en la India. Sin embargo, modernamente —para no mencionar la resistencia hindú al proselitismo musulmán en días más tempranos—, la guerra religiosa ha cobrado proporciones terribles, pese a que las castas han persistido. La casta, y la teoría de la reencarnación, parte importante de las doctrinas en torno a ella, se han utilizado también para explicar la docilidad política de los campesinos indios, la debilidad del flujo revolucionario en los tiempos modernos. Sin embargo, como hemos visto, tal flujo fue un componente importante de las fuerzas que derribaron el edificio mogol. Tampoco ha faltado por entero más tarde. Ello no quita que la evidencia de sumisión resulta en conjunto abrumadora. Que la casta ha contribuido a crear y mantener esa conducta me parece asimismo innegable. El problema está más bien en comprender los mecanismos que produjeron aceptación pasiva.

La explicación clásica viene a rezar así: conforme a la teoría de la reencarnación, aquel que observara las exigencias de la etiqueta de casta en esta vida, nacería en una casta más alta en la siguiente; la sumisión en esta vida sería premiada con un ascenso en la escala social en la siguiente. Esa explicación nos insta a creer que los campesinos indios ordinarios aceptaban las racionalizaciones engendradas por las clases sacerdotales urbanas. Quizá los brahmanes lograron imbuírselas hasta cierto punto. Pero ello no debe de constituir sino una pequeña parte de la historia. Por lo que se puede rastrear al respecto, está bastante claro que los campe-

sinos no aceptaban pasiva e incondicionalmente al brahmán como modelo de todo lo bueno y deseable. Parece que su actitud para con el monopolista del poder sobrenatural consistía en una amalgama de admiración, temor y hostilidad, análogamente a la de muchos campesinos franceses para con el sacerdote católico. «Hay tres chupadores de sangre en este mundo —dice un proverbio del Norte de la India— la pulga, la chinche y el brahmán».[48] Puesto que el brahmán exigía pago por sus servicios a la aldea, no faltaban motivos para tal hostilidad. «El campesino no recogerá su cosecha sin pagar al brahmán para que celebre una ceremonia; un comerciante no puede empezar un negocio sin una retribución al brahmán, un pescador no puede construir una barca nueva ni empezar a pescar... sin una ceremonia y una retribución».[49] No cabe duda que formaban parte del sistema de castas sanciones seculares. Y, de un modo general, sabemos que las actitudes y creencias humanas pasan a menos que las situaciones y sanciones que las reproducen persistan o, más crudamente, a menos que haya quien saque algo de ellas. Para comprender la casta, tenemos sin duda que acudir a esos soportes concretos.

El primero de los mismos fue y sigue siendo la posesión de tierra. La superioridad universal del brahmán es una ficción hierática que no corresponde al funcionamiento del sistema de castas hoy en día, y probablemente ya viene siendo así de antiguo. En las aldeas modernas, el grupo dominante en lo económico es también la casta dominante. En una aldea se tratará de los brahmanes, en otra de una casta campesina.

Incluso allí donde los brahmanes están en la cumbre, ello se debe a su función económica, no a su función sacerdotal.[50] Vemos, pues que la casta ha presentado y presenta aún una base económica y una explicación religiosa, y que el encaje entre ambas no es ni con mucho perfecto. La casta que, tiene la tierra en una localidad determinada —y la casta sólo es una realidad en su manifestación local— es la más alta dentro de ella. Claro está que interpretar el pasado desde una situación moderna no es del todo seguro. Antes que la influencia británica se hubiese extendido con gran amplitud y cuando la tierra era abundante en comparación con hoy, la base económica resultaba quizá menos marcadamente obvia. Sin embargo, existía. Hay testimonios demostrativos, aun para los tiempos más tempranos, de que las castas superiores tenían la mejor tierra y podían gobernar el trabajo de las castas inferiores.[51]

El máximo instrumento formal para imponer los reglamentos de casta estuvo y sigue estando en los distintos consejos de casta, compuestos de un corto número de dirigentes escogidos entre los miembros de cada casta en cada una de las aldeas comprendidas dentro de cierta área. En algunas partes de la India hay jerarquías de tales consejos. El consejo sólo controla la conducta de los miembros de su propia casta. Según cabe presumir, el área geográfica para la que cada casta tiene un consejo era más reducida antaño que al presente, debido a las mayores dificultades de comunicación. No siempre cada casta tenía un consejo; a ese respecto hubo considerables variaciones locales conforme a diversidad de circunstancias locales. Es tam-

bién importante advertir que nunca ha existido algo así como un consejo para las castas de toda la India en conjunto.[52] La casta se manifiesta estrictamente a nivel local. En la misma aldea, no hay de hecho ninguna organización central para cuidar de que el sistema de castas todo se mantenga en vigor, es decir que los miembros de las castas inferiores muestren la debida deferencia respecto a los miembros de las superiores. Las castas inferiores se disciplinan por sí solas. Sus miembros tienen que aprender a aceptar el sitio que les corresponde en el orden social. Ahí, claro está, los dirigentes de las castas inferiores tienen una importante misión que llevar a cabo. Por cumplirla reciben recompensas bastante sustanciosas. A veces recibían comisiones sobre los salarios de los trabajadores de sus castas; y, contrariamente, eran penados por cualesquiera transgresiones de los reglamentos de casta.[53]

La pena por quebrantamientos graves de la disciplina de casta era el boicot, o sea la privación de las facilidades de la comunidad aldeana. En una sociedad donde el individuo dependía casi por entero de esas facilidades, el esquema organizado de cooperación entre sus miembros, tal pena era sin duda terrible. A su debido tiempo veremos cómo la llegada del mundo moderno ha mitigado sus efectos.

¿Qué imponía en concreto dicho sistema? Es obvio que una división local del trabajo y la correspondiente distribución de la autoridad y el poder. Pero, a la vez, mucho más que eso. En la sociedad india prebritánica, y todavía hoy en gran parte del campo, el hecho de nacer en una u otra casta determinaba el transcurso entero de la existencia, literalmente desde antes de la concepción hasta después de la muerte. La casta había circunscrito las posibilidades nupciales de los padres, prefijaba el tipo de crianza que debían recibir los vástagos y su elección de cónyuge, el trabajo a que él o ella podían dedicarse legítimamente, las ceremonias religiosas, alimento y vestido apropiados, las reglas de evacuación (muy importantes), o sea hasta los más mínimos detalles de la vida cotidiana, todo organizado en torno al concepto de repugnancia.[54]

Sin esa supervisión y ese adoctrinamiento universales, es difícil imaginar cómo y por qué las castas inferiores habrían aceptado la casta hasta el punto de que pudiese funcionar sin otras sanciones centralmente organizadas. Me parece que lo esencial de la casta está en su difusión y en el hecho de que se extendiera allende las áreas que los occidentales consideran como económicas y políticas, incluso tomadas en sentido lato. Los seres humanos, en una amplia variedad de civilizaciones, tienen una visible tendencia a establecer distinciones «artificiales», es decir que no derivan de las necesidades de una división racional del trabajo o de una organización racional de la autoridad, usando aquí «racional» en este sentido muy estricto: que proporcionen un mecanismo social idóneo, para efectuar una tarea inmediatamente dada provechosa a la subsistencia del grupo. En la sociedad occidental, los niños elaboran distinciones artificiales de continuo. No otra cosa hacen los aristócratas una vez eximidos de las necesidades del gobernar. Ciertamente, la necesidad de llevar a cabo una tarea específica desvanece las distin-

ciones artificiales: la etiqueta militar suele ser mucho menos complicada en el campo de batalla que en los cuarteles. La razón de esa tendencia hacia el esnobismo —sumamente desarrollada en algunas de las sociedades «primitivas»—[55] no es fácil de discernir. Aunque no puedo probarlo, sospecho que una de las pocas fuentes duraderas y seguras de satisfacción humana es hacer sufrir a otros hombres, y que ello constituye la causa última.

Cualesquiera que sean los orígenes, el hecho de que la casta sirviese en la India para organizar una gama tan amplia de actividades humanas ha tenido, a mi entender, profundas consecuencias políticas. Como sistema que ordena eficazmente la vida en una localidad específica, la casta implica indiferencia hacia la política nacional. El gobierno sobre la aldea fue una excrecencia, impuesta de ordinario por un forastero, no una necesidad; algo que soportar con resignación, no algo que cambiar cuando el mundo está fuera de quicio. No teniendo ningún cometido real que cumplir en la aldea, donde las castas cuidaban de todo, es probable que el gobierno pareciese particularmente depredador. El gobierno no hacía falta para guardar el orden. Su papel en el mantenimiento de los sistemas de riego, a pesar de lo que dice Marx, fue bastante secundario.[56] Eran también a menudo asuntos locales. El contraste estructural con la China es en extremo agudo. Allí la burocracia imperial cohesionaba a la sociedad y era algo que debía cambiarse cuando los aldeanos pasaban una prolongada crujía. Pero exponer el contraste en esos términos es quedarse en la superficie

de la cosa. En la China, la *gentry* local necesitaba la burocracia imperial como un mecanismo para obtener del campesinado el excedente económico que sustentaba su posición local y nacionalmente. Ese arreglo era innecesario en la India a nivel local. Lo excusaban los reglamentos de casta. Allí donde existía, el *zamindar* se había hecho con un lugar aceptado en el esquema económico local. No necesitaba que el gobierno central le ayudase a extraer sus gajes del campesinado. El carácter diverso de los dos sistemas determinó que la oposición campesina cobrara formas dispares en uno y otro país. En la China, el impulso primario fue el dirigido a reemplazar un «mal» gobierno por un «buen» gobierno de la misma naturaleza; en la India, el tendente a deshacerse por entero del gobierno supraaldeano. Y, bien mirado, apenas podemos hablar en ella por la mayor parte de un impulso fuerte en cualquier sentido, sino más bien de un sesgo general de los asuntos ocasionado por el carácter de la sociedad. Por lo común, el gobierno fue más superfluo que activamente rechazado, aunque no dejó de existir a veces la resistencia.

Al abrazar la casta un sector tan amplio de la conducta humana, hubo asimismo en la sociedad india una fuerte tendencia a que la oposición al orden imperante tomase justamente la forma de una nueva casta. Un curioso ejemplo de ese fenómeno es el caso de las castas criminales, en particular los *thugs*, que tanto inquietaron a los británicos en la primera mitad del siglo XIX.[57] De modo parecido, como la casta se expresaba muy intensamente en un ritual religioso, la oposición

a los rasgos opresivos de la casta tendió a ser absorbida dentro del sistema en la forma de una casta adicional. En parte fue así por no existir ninguna jerarquía religiosa comparable a la del catolicismo, de hecho ninguna ortodoxia demasiado específica que pudiese presentar un blanco preciso. La casta, pues, era, y en definitiva sigue siendo, tremendamente persistente y tremendamente flexible en su manifestación concreta, una enorme cantidad de células sociales coordinadas en el plano local que toleraba las novedades generando otras células. He aquí la suerte que aguardaba a los conquistadores extranjeros, la de los islámicos por ejemplo, e incluso la de los europeos. También ésos se convirtieron a todos los efectos en una casta separada, Su clasificación en la escala de repugnancia era inversa a la que tenía en la de poder político. En alguna parte he leído que los buenos hindúes, al principio del período británico, acostumbraban a tomar un baño completo para descontaminarse después de haber tenido trato con un inglés.

La oposición al sistema jerárquico como tal, sin embargo, fue relativamente rara, aun en una forma velada. Mucho más frecuente ha sido en los tiempos británicos, y es de suponer que también antes, el esfuerzo de una casta por elevarse íntegra a peldaños más altos en la escala de estima y aversión persuadiendo a sus miembros de adoptar la dieta, ocupación y prácticas matrimoniales idóneas (es decir brahmánicas). El poder quemar a las viudas era un signo perentorio de que la casta se había enaltecido socialmente. Esa forma de movilidad colectiva hacia arriba que requería estricta

disciplina y adhesión a las normas fijadas por las castas superiores constituyó otro de los medios de la sociedad india para limitar las posibilidades de oposición política. Así, pues, el sistema recalcaba los deberes del individuo respecto a la casta, y no los derechos individuales contra la sociedad. Los derechos existentes contra la sociedad, en todo caso, tendían a ser derechos de grupo, de la casta.[58] En la aceptación gustosa de la degradación personal por sus víctimas y en la ausencia de un blanco preciso para la hostilidad, de un agente específico responsable de la miseria, el sistema de castas indio se muestra a un occidental moderno como una caricatura curiosamente intensificada del mundo expresado por Kafka. Hasta cierto punto, todos esos rasgos negativos podrían ser la consecuencia de distorsiones introducidas en la sociedad hindú por la ocupación británica. Aun cuando en efecto fuese así, siempre se trataría de distorsiones de rasgos ya presentes antes que los británicos pusieran los pies en la India. Y el carácter de los mismos es causa en no pequeña parte de la miseria que ha afligido y aflige al país.

Resumiendo, de modo muy provisional y tentativo, creo que la casta, como organización del trabajo, ha sido en el campo una causa del mal cultivo, aunque ciertamente no la única. Mucho más claro está que la casta, como organización de la autoridad en la comunidad local, ha dificultado la unidad política. Por su gran flexibilidad, la sociedad india parece asimismo haber hecho muy difícil una transformación fundamental. Con todo, no era imposible. Los nuevos conquistadores que remplazaron a los mogoles iban a sem-

brar semillas cuyos frutos ni ellos ni nadie hubieran podido prever.

4. CAMBIOS PRODUCIDOS POR LOS BRITÁNICOS HASTA 1857

No se puede presentar el impacto de los británicos en la sociedad india como si fuese el resultado de una causa uniforme operante de continuo a lo largo de más de tres siglos. La sociedad británica y el carácter de los británicos que fueron a la India cambiaron sobre manera entre los tiempos isabelinos y el siglo XX. Algunas de las mutaciones más significativas tuvieron lugar durante, *grosso modo*, la centuria 1750-1850. A mediados del siglo XVIII, estaban aún organizados para el comercio y pillaje en la Honorable East India Company, y no controlaban sino una pequeña porción del territorio indio. A mediados del siglo XIX, se habían convertido de hecho en los gobernantes de la India y organizado en una burocracia orgullosa de su tradición de justicia y trato legítimo. Desde el punto de vista de las teorías sociológicas modernas de la burocracia, resulta casi imposible comprender cómo pudo darse tal salto siendo las materias primas históricas tan poco prometedoras: una compañía de mercaderes difícil de distinguir de los piratas por un lado, y una serie de despotismos orientales decadentes por el otro. Y cabe llevar la paradoja sociológica e histórica todavía más lejos: ¡de aquella amalgama no menos poco prometedora iba a surgir a la larga un Estado con pretensiones válidas de democracia!

Por lo que concierne al componente británico de tan extraña mezcla, el curso del proceso fue a grandes rasgos el siguiente. En tiempo de Isabel I, los británicos acudieron a la India por ansia de aventuras, razones de Estado, comercio y pillaje: motivos y causas indistinguibles de hecho durante aquel estallido de energía desencadenado a lo largo y ancho de Europa por la decadencia de la civilización cristiana tradicional de la Edad Media y el auge de una civilización nueva y mucho más secular. En la India había grandes fortunas que amasar, pero pronto se puso de manifiesto que era menester una base territorial. Si se quería comprar pimienta o índigo, por ejemplo, el único modo de obtener el producto a un precio razonable era dejar a un hombre sobre el terreno para que lo adquiriese en la época de la cosecha, cuando los precios bajaban, y lo tuviese almacenado hasta que llegara un barco. Desde los depósitos y fuertes establecidos a tales fines, los británicos pasaron a extenderse tierra adentro comprando índigo, opio, yute, etc., y controlando los precios. Como la conducta de las autoridades nativas les parecía veleidosa e imprevisible, tendieron fuertemente a asir más y más elementos del poder efectivo; también, por supuesto, a barrer a los rivales europeos. Según hemos visto, el imperio mogol estaba ya entonces en plena decadencia. Tras la victoria de Clive en Arcot en 1751, el Gran Mogol quedó reducido al carácter de un espectáculo; la victoria de Clive en Plassey en 1757 liquidó las probabilidades de hegemonía francesa. Hubo en la adquisición británica de imperio un elemento defensivo, si no descuido: los por-

tugueses y los franceses estaban intrigando con los gobernantes nativos para barrerles a ellos. Los británicos respondieron con contraataques. Al ir extendiendo su base territorial, fueron adjudicándose los ingresos de los soberanos vencidos, forzando así a los indios a pagar en buena parte su propia conquista. A medida que adquirieron mayores responsabilidades territoriales, se transformaron gradualmente de saqueadores comerciales en más pacíficos gobernantes que procuraban establecer paz y orden con las exiguas fuerzas de que disponían. En sustancia, la adquisición de responsabilidad territorial fue la clave del proceso entero y de que los nuevos conquistadores acabaran organizándose en una burocracia, la cual, sin duda, debió algo a los conceptos ingleses de justicia, pero también presentó sensibles semejanzas con las regulaciones políticas de Akbar.[59] Después, hasta la fecha, esas semejanzas han persistido.

Tal fue, pues, en un esbozo muy somero, la evolución de los británicos de la piratería a la burocracia. Resultaron de la misma para la sociedad india tres consecuencias interrelacionadas: los inicios de una abortada comercialización de la agricultura por el establecimiento en el campo del orden público, contribuciones regulares y propiedad; en segundo lugar, la destrucción parcial de las industrias artesanas, y, por último, una infructuosa tentativa de sacudirse el yugo británico con el Motín de 1857. A su vez, esos tres procesos fabricaron la estructura de lo que ha venido pasando hasta el presente día.

Empecemos por las contribuciones, desde las que

vamos a tratar de esclarecer los susodichos nexos. A fines del siglo XVIII, la antigua mira de hacer fortuna lo más rápidamente posible y volver sin demora a la patria había prescrito en gran parte entre los funcionarios británicos responsables. No hay indicios de que, en sus esfuerzos por establecer una forma de gobierno sólida, llevaran la intención de desangrar al país hasta la médula. Con todo, su interés primario era ni más ni menos el que había tenido Akbar: lograr disponer de una fuente de ingresos que sustentara su gobierno, sin producir malestar en dosis peligrosa. Algo más tarde, hubo quien pensó que la India podía llegar a ser en corto tiempo otra Inglaterra y un mercado enorme para las mercancías inglesas. Pero, entre los ingleses que se hallaban en la misma India, esa corriente fue bastante menor. La explicación decisiva de que los británicos se aposentaran en la India una vez que hubieron logrado meter firmemente el pie en ella no dimana de los motivos comerciales. Creo que es mucho más simple. Retirarse —posibilidad que nunca se consideró en serio, que yo sepa— habría equivalido a darse por derrotados sin haber sufrido ninguna derrota. Y, si tenían que quedarse, debían hallar la forma de hacer viable su permanencia, lo cual significaba recaudar impuestos.

Las resoluciones sobre cómo repartir y recaudar los impuestos se conocen entre los estudiosos de la India por «*settlements*», término que al pronto parece bastante curioso. Sin embargo, es muy apropiado, toda vez que las resoluciones sobre cómo percibir los caudales públicos fueron de hecho tentativas de «arreglar» una

complicada serie de problemas de manera que los habitantes nativos pudiesen ocuparse pacíficamente en sus asuntos. Los *settlements*, en la práctica, resultaron así del programa político y preconcepciones británicas como de la estructura de la sociedad india y situación políticas inmediatas de cada región. Todos esos factores variaron considerablemente en el tiempo y en el espacio.[60] Puesto que algunas de las diferencias mayores se volvieron cada vez menos importantes a lo largo del resto del siglo XIX y primera mitad del siglo XX en virtud del efecto unificador de la ocupación británica y al ir desarrollándose de resultas de la misma tendencias económicas y sociales más profundas, no hay necesidad de que las examinemos en detalle. Lo significativo para nuestra cata es su papel en el curso general de los desenvolvimientos sociales indios. En pocas palabras, los *settlements* fueron el punto de partida de un proceso evolutivo rural por el que la imposición de orden público y de derechos de propiedad intensificó en gran manera el problema de la posesión parasítica de la tierra. Cosa más significativa todavía, cimentaron un sistema político-económico en que el extranjero, el terrateniente y el prestamista se llevaron el excedente económico del campesinado sin invertirlo en el desarrollo industrial, imposibilitando así entrar en la era moderna por la misma vía que el Japón. Hubo, claro está, otros obstáculos, y quizás incluso otras vías posibles por las que la India habría podido entrar en la era moderna. Pero el sistema agrario que surgió de la amalgama de administración británica y sociedad rural india bastaba para excluir en absoluto la alternativa japonesa.

El primero e, históricamente, el más importante de los *settlements* fue el Permanent Settlement (también llamado Zamin dari Settlement), puesto en vigor en Bengala en 1793. Por lo que respecta a los británicos, constituyó una tentativa de preservar las rentas públicas obviando empero las dificultades de administrar un complicado sistema tributario nativo, que apenas si entendían. También un curioso esfuerzo para introducir en la escena social india la figura del *landlord* emprendedor, que estaba entonces en el cenit de su importancia como alma del «progreso» en el campo inglés. Desde el punto de vista indio, su rasgo más notable fue que mantuviese la práctica administrativa mogol de utilizar a *zamindars*, los oficiales nativos recaudadores de contribuciones situados entre el gobernante y el campesino, según se ha expuesto arriba. Mientras el sistema mogol había funcionado bien, el *zamindar* no era un propietario, cuando menos formalmente. A medida que aquél declinó, fue agenciándose posesión *de facto*, algo así como iba a hacerlo el cacique guerrero chino en el siglo XX. El gobernador-general británico *Lord* Cornwallis vio en el *zamindar* un ejemplar social capaz de convertirse en un terrateniente emprendedor del tipo inglés que ordenaría el campo y crearía una agricultura próspera con tal que se le diese la seguridad de que en el futuro no iban a imponérsele contribuciones inmoderadas en premio a sus afanes, como sin duda habría ocurrido bajo los mogoles. De ahí el interés británico en hacer el «arreglo permanente». Bajo el nuevo gobierno, el *zamindar* recibió un derecho de propiedad que prometía ser es-

table. A la vez continuó siendo un recaudador de contribuciones como bajo los mogoles. Según lo estipulado en el Permanent Settlement, los británicos debían tomar nueve décimas partes de las rentas que el *zamindar* recaudara de sus renteros, dejando para él la décima parte restante «por sus fatigas y responsabilidad».[61] Aunque el esqueleto legal del Permanent Settlement iba a demostrarse más digno de su nombre que la mayoría de las creaciones humanas —ha subsistido hasta 1951—, sus consecuencias burlarían las esperanzas de quienes lo instituyeron. Al principio los británicos tiraron por largo en las tasaciones, y desposeyeron a los *zamindars* que no ingresaban las rentas debidas. Perdieron así sus tierras muchos *zamindars*, reemplazados por personajes que hoy calificaríamos de colaboracionistas. «Respetables nativos», acostumbraban a llamarles entonces los británicos. Hacia la mitad del siglo XIX, es decir poco antes del Motín Cipayo, había cambiado de manos sobre el 40 por ciento de la tierra en importantes zonas del área sujeta al Permanent Settlement.[62] Los *zamindars* desposeídos figuraron entre los promotores principales del Motín; los recién establecidos fueron un áncora para el poder británico. Pero gran número de los últimos se transformaron en el curso del siglo XIX en terratenientes parasíticos al ir elevando las rentas el crecimiento de la población, al paso que sus cuotas permanecían fijas.

Conviene advertir que en Bengala y el área de Permanent Settlement en general, la política británica no hizo más que acelerar e intensificar la tendencia hacia la propiedad parasítica. Una descripción muy instructiva de la Bengala del año 1794 patentiza que las grandes lacras de la sociedad india (las mismas que destacan las obras del siglo XX) anteceden todas a la era británica.[63] Había ya terratenientes ociosos, múltiples estratos en los derechos de ocupación, y una clase compuesta de jornaleros agrícolas carentes de tierra. La economía de mercado había ya agudizado bastante esos problemas en los valles fluviales, densamente poblados. En las zonas interiores alejadas del mercado, eran mucho menos graves. En el relato en tres volúmenes que hizo Buchanan de un viaje por Madrás, no he dado con ningún síntoma de que el terrateniente se hubiese vuelto parasítico a ojos de los nativos o de los británicos. Había, sí, un leve problema de deudas. Aunque en algunas partes existían jornaleros agrícolas y hasta esclavos, difícilmente cabría hablar de un proletariado agrícola.[64]

Fue en el Sur de la India donde prevaleció la otra forma capital de *settlement*. Ésa se conoce por *Ryotwari* (de *ryot*, palabra que significa cultivador, también escrita de otras maneras), por cuanto los tributos se colectaban directamente de los campesinos, y no a través de intermediarios. Ello había sido asimismo en ciertas áreas una práctica mogol. Contribuyeron a producir tal resultado, y a evitar la fijación de cuotas permanentes, la negativa experiencia con el Permanent Settlement y una considerable dosis de paternalismo, junto con conceptos económicos ingleses acerca del valor de un campesinado vigoroso y el probable carácter parasítico de sus propios terratenientes, expresado sobre todo en la teoría de la renta de Ricardo. Más decisivo

fue aún, a mi entender, el hecho de que en Madrás, donde se puso en vigor la nueva fórmula en 1812, no había *zamindars* con quienes establecer un «arreglo», debido principalmente a que los jefes locales habían cometido allí el error de oponerse a los británicos, que los destruyeron, pensionando a unos pocos.[65] Desde el punto de vista de este análisis, el significado básico del Ryotwari Settlement es negativo: no previno el brote de la propiedad parasítica, que al cabo constituiría un problema tan grave en buena parte del Sur de la India como en el Norte. Según ya se ha indicado, aunque las diferencias entre los varios tipos de settlement abultan mucho en la literatura de entonces y en tratados históricos más recientes, no muy a la larga, al manifestarse los efectos omnímodos de la garantía de la propiedad y el crecimiento demográfico, tendieron a nivelarse.

Paz y propiedad fueron, pues, en términos generales, el primer don del dominio británico, causa de cambios que irían fermentando poco a poco en las aldeas del subcontinente. El segundo don fue producto de la revolución industrial inglesa: los tejidos que sobre poco más o menos de 1814 a 1830 pasaron a inundar gran parte del campo indio y destruyeron a un sector de las artesanías nativas. Los máximos damnificados fueron los tejedores urbanos que producían géneros de alta calidad; también aldeas, en particular de Madrás, que habían venido a especializarse en la producción de tejidos para el mercado. El tejedor de aldea ordinario que elaboraba toscos géneros para el consumo local quedó relativamente inafectado. La cosa tuvo además efectos indirectos: forzar a los tejedores urba-

nos a volver al campo, y disminuir las oportunidades de empleo urbano.[66] Aunque el impacto sobre la sociedad india parece que culminó en los años treinta, las importaciones de tejidos continuaron a lo largo de todo el siglo XIX. Los funcionarios británicos encargados de los asuntos indios defendieron los intereses nativos con vigor, pero sin éxito.[67] Bien paradójicamente, parece que las declaraciones de funcionarios británicos compiladas en la obra de un funcionario y erudito indio, Romesh Durt, constituyen el origen de la tesis, compartida por nacionalistas indios y marxistas, según la cual la India era una nación manufacturera que los británicos redujeron a agrícola por egoístas razones imperialistas. En esa forma desnuda, es un disparate. Se destruyeron actividades artesanas, no manufacturas en el sentido moderno, y la India, en la época de auge de aquéllas, era todavía muy predominantemente una nación agrícola. La destrucción, además, tuvo lugar mucho antes del desarrollo del capitalismo monopolista moderno. Pero todo ello no basta para desechar la tesis de un plumazo. El daño no fue menos real porque se hayan sacado de él inferencias teóricas erróneas. Y también es verdad, como veremos a su debido tiempo, que los británicos obstruyeron hasta cierto punto el desarrollo industrial de la India.

Entre las contribuciones y los tejidos, la sociedad rural india —y la mayor parte de la sociedad india era, por supuesto, rural— sufrió una conmoción lo bastante intensa para hacer bastante comprensible al historiador moderno el Motín. Los *shocks* no se redujeron, con todo, a los que acabamos de esbozar, tan a grandes

rasgos. Otros adicionales del mismo tipo fueron causas inmediatas importantes del estallido. En el Norte y el Oeste de la India, entró en vigor en 1833 una forma de *settlement* intermedia entre el Zamindari y el Ryotwari. Dentro de lo posible, favorecía más a los grupos corporativos de la aldea que a los terratenientes, y les responsabilizaba colectivamente de los tributos ante el gobierno.[68] Algo por el estilo ocurrió en el Estado de Oudh. Allí los británicos desposeyeron a la aristocracia rural nativa, una variedad de terratenientes-recaudadores que cobraban los tributos de las aldeas y vivían de la diferencia entre lo que cobraban y lo que entregaban al gobierno nativo. Oudh, además, era una rica base de reclutamiento para el ejército bengalí, soldados que sufrieron un duro *shock* al enterarse de que los británicos habían anexionado su países La causa inmediata y final del estallido estuvo en el famoso rumor «del cartucho engrasado», a saber que el nuevo rifle obligaba al soldado a morder cartuchos intencionadamente contaminados con grasa de cerdos y vacas.

La liquidación de la *élite* rural de Oudh, a vueltas de otros hechos, ha inducido a muchos autores a sostener que el resentimiento de las *élites* rurales indias fue una de las causas decisivas del Motín y a contraponer la política británica anterior al Motín —reformista, pro-campesina— con la posterior —más conservadora, favorable a las *élites* rurales.[70] Se trata de nuevo, creo yo, de una verdad parcial algo exagerada que oscurece una verdad más general y más importante. Así en las causas como en los efectos de la política británica, hubo bastante más continuidad de lo que tal interpre-

tación supone. La actitud paternalista para con el campesinado, la romántica y magnánima idea de que la buena gente rústica podía y debía ser la fuente y la justificación de su poder, constituyó un tema señalado de la línea política británica a lo largo de toda la ocupación, aunque los beneficios que se derivaron de ello para los campesinos son dudosos.

Las relaciones de clase en el campo, por muy importantes que sean, no cobran sentido hasta que se ven contra un fondo más amplio. En la India, particularmente, las condiciones agrarias no pueden separarse de la casta y la religión, ya que las tres cosas juntas formaban un solo complejo institucional. La grieta más honda de la sociedad india, que el Motín puso de manifiesto, fue la de que se abrió entre una ortodoxia mortalmente agraviada, mantenida por obra de intereses materiales definidos, y la actitud tibia de aquellos que o bien medraban gracias a la política británica o bien no eran perturbados en demasía por ella. Esa hendedura cortó al través las líneas religiosas y, hasta cierto punto, incluso las materiales. Hindúes y musulmanes estuvieron en uno y otro lado indistintamente.[71] Y en Oudh los campesinos se alzaron con sus antiguos señores para presentar un frente único contra la intrusión británica. Parece razonable concluir que cualesquiera que fuesen los actos o intentos de los británicos —y hemos visto que hicieron cosas bastante diversas en diversos lugares y momentos— se exponían siempre a revolver el hato. Conquistadores que no disponían más que de escasas fuerzas, por lo general sólo trataron de hacer lo que juzgaban absoluta-

mente necesario. Las «reformas» de la era anterior al Motín fueron mínimas.

A un nivel de causalidad más profundo, el Motín muestra cómo la intrusión del Occidente, con su apego al comercio e industria, su actitud seglar y científica respecto al mundo físico, su preponer la competencia demostrable en una labor a la condición heredada, representaba una amenaza mortal para la sociedad india. Juntos o por separado, dichos rasgos eran incompatibles con una civilización agraria organizada en torno a la casta y sus sanciones religiosas. Ya antes del Motín, los ingleses tendieron a proceder con cautela. Los residentes en la India tenían pocas ganas de complicarse la vida imponiendo su propia estructura social en bloque, y no introdujeron reformas sino por motivos de tranquilidad comercial, para asegurar su presencia sobre una base económica, o en algunos puntos en que las costumbres indias ofendían agudamente las conciencias británicas.

Uno de ellos fue el *sati* (o, en grafía inglesa, *suttee*), término que designa la costumbre de matar a la viuda tan pronto como había muerto su marido, quemándola. La misma sublevó a muchos británicos. En Bengala la viuda «era usualmente atada al cadáver, a menudo ya pútrido; se mantenían cerca hombres con varas largas para rechazarla en caso que las ligaduras se consumieran y la víctima, socarrada y mutilada, pugnara por soltarse.[72] En la gran mayoría de los casos, cuando menos en los siglos XVIII y XIX, la mujer se entregaba a las llamas con espanto y horror. Es célebre la réplica de un distinguido militar británico a unos brahmanes que

argüían que el *sati* era una costumbre nacional: «Mi nación también tiene una costumbre. Cuando los hombres queman a mujeres vivas, les colgamos... Obremos todos de acuerdo con las costumbres nacionales».[73] Semejante costumbre pondría sin duda a prueba las creencias, incluso las más firmes, de quienes dogmatizan la igualdad en valor de todas las culturas. Por largo tiempo los británicos se limitaron a actuar contra el *sati* de un modo esporádico, temerosos de despertar la hostilidad nativa. Sólo en 1829 lo abolieron formalmente en la mayor parte de los territorios bajo su control.[74] El asunto, sin embargo, no se concluyó aquí; ni tan siquiera está del todo liquidado hoy en día. Gente que conoce bien la India me ha dicho que aún se da en ella algún que otro caso de *sati*.

Las directrices oficiales británicas en materia de religión bastaron para alarmar a los ortodoxos —tanto a los hindúes como a los musulmanes—, pese a su carácter contradictorio. (A ese respecto conviene recordar que la menor cantidad de ciencia empírica entrañaba una amenaza para el sacerdote, que era fuente y sanción de las artes nativas y que cobraba honorarios por sus servicios.) Por un lado, el gobierno británico invertía grandes sumas de dinero cada año en el mantenimiento de templos y mezquitas. Por el otro, permitía, y en algunos casos locales incluso fomentaba, las misiones cristianas en medida considerable. Los misioneros afirman que en 1852 contaban con 22 asociaciones y 313 centros, aunque nada más con 443 misioneros estrictos.[75] Las escuelas fundadas por misioneros para enseñar a leer y escribir a las niñas suscitaron te-

mores de que tales conocimientos facilitarían las intrigas femeninas, y aun de que una mujer que supiese leer y escribir enviudaría pronto.[76] A la par con la cuestión de la quema de viudas, semejante dato apunta que una de las causas importantes del odio indio a los británicos fue que los europeos se interfirieron de diversos modos en las prerrogativas sexuales y personales del varón, sumamente acentuadas en la civilización hindú, hecho que no impide el predominio de las hembras de edad en muchas situaciones domésticas. Además, las exigencias de las actividades cotidianas británicas en el ejército, las cárceles y el ferrocarril, que por cierto entró en uso inmediatamente antes del Motín, hicieron temer que los británicos no pretendieran destruir la espina dorsal de la sociedad hindú, el sistema de castas. Cuán profundos eran y son en rigor los sentimientos hindúes acerca del mismo, es muy difícil determinarlo. Algunos episodios contemporáneos en que se mezcló a las castas sin causar revuelo insinúan la posibilidad de que los occidentales los hayan sobrevalorado.[77] Con todo, no cabe duda que la intrusión británica en conjunto había engendrado suficiente material inflamable para producir una conflagración una vez que se hubiese encendido la mecha.

En parte porque el Motín tuvo el carácter de una serie de combustiones espontáneas, los británicos pudieron sobrevivir al incendio. En algunas áreas, especialmente la India central, parece que la población estaba pronta a sublevarse, pero fue contenida por las autoridades nativas. Una síntesis de la antigua *élite* en forma de príncipes nativos y las nuevas *élites* que se habían desarrollado bajo la protección británica constituyó, a la cuenta, la principal ayuda que subvino a los conquistadores. Sobre todo en las provincias noroccidentales y en Oudh, el sentir campesino coincidió con el de las clases dominantes, y se produjo una revuelta masiva.[78] En el fondo, el Motín fue un intento de restaurar un idealizado *statu quo* supuesto en existencia antes de la conquista británica. Fue, pues, en ese sentido, declaradamente reaccionario. El hecho de que recibiese amplio apoyo de la población parece contradecir tal dictamen, pero, bien mirado, dadas las circunstancias del momento, lo confirma.[79]

Con los ingleses presentes como conquistadores y principales portadores de la civilización moderna, es difícil pensar que el Motín habría podido ser otra cosa. Su fracaso descartó para la India cualquier perspectiva de desarrollo a la manera japonesa. De hecho tal posibilidad fue siempre tan remota, que apenas merece consideración. Y ello no porque el extranjero estuviese establecido tan a sus anchas sobre el país. Pensar que los ingleses hubieran podido ser expulsados no parece un desvarío. El quid del asunto es que, en la situación india, la presencia del extranjero impuso una solución reaccionaria. La India estaba demasiado dividida y era demasiado amorfa y demasiado grande para unificarse a solas bajo los auspicios de una aristocracia disidente con cierta ayuda de los campesinos, como sucedió en el Japón. A lo largo de siglos y siglos había venido desarrollándose una sociedad que, en buena parte, hacía la autoridad central superflua, quizás inherentemente depredadora y parasítica. En la situa-

ción india, a mediados del siglo XIX, los aristócratas disidentes y los campesinos sólo podían cooperar en virtud de su apasionado odio a la modernización. A diferencia de los japoneses, no podían servirse de la modernización para ahuyentar al extranjero. No se iba a expulsar a los británicos hasta noventa años más tarde. Aunque entre tanto fueron introduciéndose en la situación india nuevos factores, el componente reaccionario del esfuerzo por expulsarles siguió siendo muy poderoso, lo bastante para obstruir en gran manera los esfuerzos subsiguientes por convertirse en una sociedad industrial.

5. PAX BRITANNICA 1857-1947: ¿UN PARAÍSO PARA EL TERRATENIENTE?

Después de sofocar el Motín, los británicos pudieron imponer a la India casi un siglo de orden público, y un facsímil pasable de unidad política. Cierto es que de vez en cuanto hubo disturbios políticos, los cuales aumentaron en número e intensidad tras la Primera Guerra Mundial, y que no se llegó a conseguir la unidad completa. A pesar de esas restricciones, los años 1857-1947 fueron para la India años de paz, en agudo contraste con la Historia del resto del mundo.

Su precio es harina de otro costal. Una política de orden público favorece siempre a quienes ya tienen privilegios, incluso a aquellos cuyos privilegios no son muy crecidos. Ésa fue la consecuencia de la política británica en la India, aunque también puso en marcha,

sólo que despacio, otras fuerzas más profundas. La autoridad británica descansó primordialmente en las clases altas del campo, príncipes nativos y grandes hacendados en muchas zonas del país, bien que no en todo él. En las cortes de los príncipes más importantes había un consejero británico residente, que controlaba las relaciones «exteriores» y se entrometía lo menos posible en los asuntos domésticos. En las áreas bajo su propio control, los británicos se valieron primordialmente de las fuerzas en auge tras el Motín, cualesquiera que fuesen.[80]

Aunque requerirán después una explicación más detallada, conviene mencionar ya ahora algunos de los mayores efectos políticos de la tendencia a apoyarse en los estratos altos del campo. La misma alienó a los británicos el concurso de las clases mercantiles y profesionales, la nueva burguesía india que fue formándose poco a poco en el curso del siglo XIX. Al separar las clases altas rurales de las nacientes y débiles urbanas, la presencia inglesa impidió que se constituyera una coalición reaccionaria al modo de la alemana o japonesa. Cabe ver ahí una contribución decisiva al ulterior establecimiento en la India de la democracia parlamentaria, por lo menos tan importante como la ósmosis de ideas inglesas a través de las clases profesionales indias. Sin un mínimo de condiciones estructurales favorables, difícilmente habrían podido ser las ideas algo más que juguetes literarios. A la postre, la presencia británica llevó a la burguesía india a entenderse con los campesinos para adquirir una base masiva. Ya veremos en el próximo apartado cómo se pro-

dujo ese hecho un tanto curioso y algunas de sus consecuencias.

Además de orden público, los británicos introdujeron en la sociedad india durante el siglo XIX ferrocarriles y una cantidad considerable de riego. Existían, pues, a primera vista, los más importantes requisitos previos para el desarrollo de la industria y de la agricultura comercial. Con todo, el que hubo resultó raquítico y abortado. ¿Por qué? Una parte decisiva de la respuesta, a mi entender, es que la *pax britannica* no redundó más que en facilitar al terrateniente, y al prestamista, el esquilmo del excedente económico engendrado en el campo, que, según hemos visto, sirvió en el Japón para pagar los costosos primeros estadios de la industrialización. Conquistadores extranjeros, los ingleses no iban a hacer en la India una revolución industrial. Tampoco eran la autoridad adecuada para gravar la tierra ni al modo japonés ni al soviético. De ahí que, a la sombra de la justicia-por-la-ley anglosajona, la posesión parasítica de tierra viniese a ser mucho peor que en el Japón.

Ahora bien: echarles toda la culpa a los británicos es, de positivo, absurdo. Como se ha expuesto en el apartado anterior, hay abundancia de datos para demostrar que la plaga del parasitismo era inherente a la estructura social y las tradiciones propias de la India. Los dos siglos de ocupación británica no hicieron sino permitirle propagarse y arraigar más en la sociedad india. Para decirlo de una manera más concreta, la *pax britannica* permitió el incremento de la población, y con él el de las rentas, toda vez que la competencia por

la tierra fue elevándolas. Aunque la nueva estructura legal y política de derechos de propiedad confirmables en los tribunales británicos le proveyó de nuevas armas, parece que el terrateniente incrementó sus rentas valiéndose, más que de ellas, de las sanciones tradicionales deparadas por la casta y la organización de la aldea, cuando menos hasta tiempos bastante próximos.

Entre los eslabones de una complicada cadena de casualidad histórica que explica el atraso prolongado de la India, creo que ese particular método de extraer el excedente económico del campo y la consiguiente omisión por el Estado de dirigirlo hacia el desarrollo industrial son más importantes que no algunas de las otras explicaciones comunes —así, el funcionamiento del sistema de castas, la inercia de las tradiciones culturales conexas, la escasez de talento empresarial, etc. Aunque tales factores han tenido su papel, hay motivos para considerarlos como derivados del método de extraer el excedente arriba expuesto. Incluso en las zonas rurales, en que la casta es mucho más fuerte, las barreras de casta han dado manifiestos indicios de ir derrumbándose dondequiera que, a causa de las circunstancias locales, ha existido algún impulso hacia una más plena economía de mercado. De un modo general, la casta parece ser mantenida por el estrato más alto de la *élite* aldeana en provecho propio y por las razones poco ha indicadas. Insistiré en todo ello, y trataré de evidenciarlo, en otro lugar.

Quizá tal interpretación parezca convincente cuando se expone a grandes rasgos. Pero, si se pretende entrar en el detalle de los datos, contradictorios y

fragmentarios, es fácil que ocurra una de esas dos cosas: que la certeza se evapore en un caos de hechos discordantes, o bien que se seleccionen los datos a fin de fabricar un argumento demasiado simple para ser verdadero. Poco puede ahí un autor para convencer a un escéptico realmente convencido. Con todo, acaso sea oportuno mencionar que, en cierto punto de mi estudio sobre ese período de la historia india, sospeché que el terrateniente parasítico era una especie social legendaria creada por los autores indios nacionalistas y semimarxistas. Para convencerme de que era real, hicieron falta gran copia de datos, los más importantes de los cuales intentaré relacionar acto seguido.

Conviene debatir primero algunas excepciones a la generalización de que la India no ha experimentado una transformación comercial en la agricultura. Aunque la India no llegó a convertirse en una colonia de plantación productora de materias primas para exportarlas a países más adelantados económicamente, hubo durante el siglo XIX, e incluso antes, algún que otro movimiento limitado en ese sentido. Los indios venían practicando de antiguo el cultivo del algodón. El yute se había cultivado para el consumo local, y pasó a ser un producto comercial durante el segundo cuarto del siglo XIX. Té (sobre todo en Assam), pimiento e índigo completan la lista. Los ajustes para cultivar dichas plantas variaron desde un sistema próximo a la plantación estricta hasta formas agrarias de un sistema de inversión por el que se concedían anticipos a pequeños agricultores independientes.[81]

En términos de superficie y número de personas,

esa economía de semiplantación importó siempre poco. Si no, el establecimiento de democracia política hubiera quizá chocado con obstáculos en conjunto insuperables. Después de nuestro estudio sobre el Sur de los Estados Unidos, no hace falta detenernos en ello. La suma de la competencia exterior y de ciertos factores geográficos y sociales explica bastante bien que el sistema de plantación no se impusiera en la India. El algodón indio no pudo competir con el norteamericano; es posible, aunque dudoso, que contribuyera a producir ese resultado de ahogo de los tejidos nativos, anterior a la Guerra de Secesión. El descubrimiento de los tintes sintéticos arruinó el comercio del índigo. El yute sólo se cultivaba en Bengala y Assam, por más que tal vez hubiera podido asimismo cultivarse en otras zonas. La principal limitación fue, al parecer, de orden sociológico. La variante agraria del sistema de inversión no es muy rentable, pues es difícil controlar las prácticas de numerosos pequeños agricultores. Por otro lado, un sistema de plantación estricta que emplee mano de obra servil o semiservil requiere, probablemente, un aparato represivo eficaz. Crear uno a gran escala excedía los recursos británicos o indios, cada vez más a medida que corrió el tiempo.

Al establecerse de firme la autoridad británica, la tierra empezó a cobrar algunas de las características de una mercancía manufacturada, tal como ha sucedido en otros países en circunstancias similares. Si bien no pudo reproducirse para la venta en el mercado como las ollas y las cazuelas, pudo asimismo comprarse y venderse. Adquirió un valor mensurable en dinero. Con

la creciente presión demográfica y las garantías dadas a la propiedad, ese valor fue subiendo casi sin pausa. El alza se manifestó de par en par a los observadores competentes poco después del Motín. Hay claros indicios de que el proceso había empezado considerablemente antes, la Comisión del Hambre de 1880 informó que constaba un aumento en el precio de la tierra por toda la India durante los veinte años anteriores.[82] Sir Malcolm Darling da algunas significativas cifras que ilustran ese punto, en especial del Punjab, aunque el proceso tuvo lugar a lo largo y ancho de la India. Valorada en unas 10 rupias el acre en 1866, la tierra se vendió por término medio a 238 rupias el acre en 1921-1926. Durante la depresión, la cosa se estacionó: el acre valía 241 rupias hacia 1940. En 1862-1863, el gobierno se había felicitado de que el precio de venta de la tierra hubiese subido hasta equivaler a las rentas que producía en 7 años. En 1930, la cifra correspondiente era 261.[83]

La intrusión parcial del mercado y el encarecimiento de la tierra trajeron consigo cambios en el papel del prestamista, un importante personaje de la escena rural a quien ya es hora que conozcamos. No es un engendro de la autoridad británica, sino que existía ya de antiguo. Hay indicios de que, dentro de la aldea prebritánica, los intercambios económicos se efectuaban con poco o ningún uso de moneda. En muchas regiones, la casta de los artesanos cobra aún hoy sus servicios recibiendo una parte específica de la cosecha. Ya en tiempo de Akbar, por otro lado, y sin duda desde mucho antes, las contribuciones se pagaban generalmente en moneda. Por ahí entró el prestamista en la economía aldeana. A menudo, aunque no siempre, pertenecía a una casta especial. Las quejas del campesino por la cosa de tener que vender sus productos a bajos precios tras la cosecha sólo para readquirir algunos más tarde bajo la presión de la necesidad y a altos precios eran ya bastante comunes en la época mogol.[84] En la economía tradicional, el prestamista llevaba a cabo dos útiles funciones. En primer lugar, servía de tosco volante para equilibrar los períodos de escasez y de abundancia. Excepto en los casos de hambre intensa, el campesino podía recurrir a él para un préstamo de grano cuando se le terminaban los víveres propios. En segundo lugar, era la fuente habitual de moneda cuando el campesino necesitaba dinero para pagar las contribuciones.[85] Claro está que no realizaba esas tareas sin lucrarse. Con todo, según parece, la comunidad aldeana tradicional puso límites a la extorsión, que se volvieron menos efectivos después en circunstancias modificadas.[86] Las sanciones tradicionales de una comunidad íntima unida ayudaron, a la vez, a garantizar las deudas y a que el prestamista pudiese avanzar sumas considerables con un mínimo de seguridad formal.[87] La situación, en conjunto, parece que era aceptable, cuando menos pasaderamente aceptable, para todos los interesados; la ley hindú, vale la pena notarlo, carece de la hostilidad occidental a la percepción de intereses.

Antes que los británicos entrasen en escena, el prestamista codiciaba por lo general la cosecha del campesino, no su tierra, que era abundante y de poco valor

sin alguien para cultivarla. Esa situación persistió hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, o sea, hasta que el precio de la tierra empezó a subir y que la protección británica de la propiedad a través de los tribunales empezó a operar con amplitud, tendencia reforzada por el Motín y subsiguiente apoyarse más aún en los hombres acaudalados y conspicuos del campo.[88] Entonces, el prestamista empezó a cambiar de táctica y procuró posesionarse de la tierra misma, aunque dejando en ella al campesino a fin de que la cultivara para él y le produjera un ingreso fijo.[89]

Esa situación estuvo en su apogeo entre 1860 y 1880. En 1879, con el Deccan Agricultural Relief Act, se dio la primera tentativa de limitar los derechos de transferencia y de proteger al campesino. Legislaciones similares fueron aprobándose durante el resto del siglo XIX en otras partes de la India. Su estipulación principal fue prohibir la transferencia de tierra a las castas no cultivadoras, es decir a los prestamistas. Su principal efecto, contraer la ya limitada oferta de crédito al campesino y fomentar el desarrollo dentro de las castas cultivadoras de una clase compuesta de campesinos ricos que podían prestar a sus vecinos menos afortunados.[90] Pese a no existir estadísticas que indiquen en qué proporción pasó la tierra de las manos del cultivador a las del prestamista o campesino rico, está claro por el informe de la Comisión del Hambre de 1880 que el problema era ya grave y había ya cobrado la forma que presentaría durante muchos años.[91] En la mayor parte del país el prestamista pertenecía a una casta no cultivadora, y en el Punjab al sector hindú de

la población más bien que al musulmán. Por largo tiempo el tipo característico de prestamista ha sido el tendero de aldea. De todo lo anterior se deduce que la transferencia legal no varió de hecho en absoluto el sistema de cultivo mismo. El cultivador antiguo siguió en posesión de su parcela, en algunas zonas entregando su excedente por un arriendo elevado en vez de por intereses sobre su deuda.[92] Tal tendencia se ha mantenido vigorosa hasta tiempos próximos. Aunque no hay datos asequibles, buenos observadores afirman que la tendencia a la pérdida del dominio sobre la tierra por el cultivador continuó durante la depresión, y sólo se detuvo, a lo menos temporalmente, con la prosperidad de la Segunda Guerra Mundial.[93]

Así, pues, uno de los efectos importantes de la modernización limitada fue poner el excedente económico extraído de la agricultura en nuevas manos. En el Punjab, los intereses sobre deudas a fines de la década 1920-1930 ascendían a 104 rupias anuales per cápita para la población agrícola, al paso que sus ingresos medios a 4 rupias.[94] Los prestamistas no eran los únicos acreedores de aquéllas; se debía asimismo bastante a los campesinos más prósperos. Tampoco puede decirse que nadaran en la abundancia, si bien uno de cada cuatro pagadores de impuestos sobre la renta en los años veinte pertenecía a tal grupo.[95] Esas cifras, pese a su imprecisión, evidencian que el campesino indio engendraba un excedente considerable, y que ése no pasaba al Estado. El campesino indio sufría muchos de los rigores de la primitiva acumulación capitalista, sin que la sociedad india cosechara ninguno de sus beneficios.

El pasar la tierra a manos del prestamista no trajo ninguna consolidación en la unidad de cultivo. La India no experimentó ningún movimiento cercador importante. Tampoco mejoras en las técnicas de cultivo. Los métodos e instrumentos agrícolas están aún hoy en extremo atrasados. El *deshi* o arado nativo y otros instrumentos no difieren esencialmente de los de mil años atrás, según un autor indio que escribe poco después de la Segunda Guerra Mundial.[96] El rasgo característico de la agricultura india es el bajo rendimiento por acre de la mayor parte de las principales plantas comparado con el de otros países. Todavía prepondera el arroz y, a gran distancia de él, el trigo. En 1945, esos dos granos ocupaban casi la mitad del área destinada a plantas alimenticias, y en términos de producción su porcentaje era mucho más alto.[97] Huérfana la India de toda revolución técnica importante, no causa sorpresa saber que en pleno siglo xx el grueso de las plantas se cultivan aún para la subsistencia, si bien la mayoría de los cultivadores venden parte de sus productos.[98]

Conviene ahora que dejemos de referirnos a la India como un todo para examinar, aunque sea muy brevemente, el desarrollo y las características de la propiedad rústica parasítica en diversas partes del país. Podemos empezar por Bengala, donde, según hemos visto, los factores esenciales del problema ya existían antes que la influencia británica surtiese amplio efecto. Las noticias sobre esa región matizan y agrandan la imagen del terrateniente parasítico al revelar, primero, que a veces cumplió funciones económicas, y, segundo, que el parasitismo se difundió entre la masa del propio campesinado.

Los *zamindars* tuvieron un papel aunque a decir verdad no muy penoso, en el roturar el yermo que ocupaba una parte tan notable del paisaje rural de Bengala hacia 1800. Lo desempeñaron ante todo influyendo de diversas formas sobre los campesinos. Mediante exenciones de rentas, por ejemplo, lograron a menudo que tribus relativamente salvajes se asentaran y roturaran terrenos baldíos. Una vez que la tierra había pasado a ser cultivable, el *zamindar* hallaba métodos legales para desahuciar a aquellos colonos y reemplazarlos por otros más expertos que consintieran en pagar rentas crecidas. Gracias a ese y otros recursos, como exacciones de pagos extraordinarios, se estima que el *zamindar* dobló sus ingresos entre 1800 y 1850. Después de hacia 1850, los *zamindars* se ciñeron cada vez más al papel de meros colectores de rentas y se preocuparon muy poco por la extensión del cultivo o el progreso técnico de la agricultura.[99]

Al estallar el Motín, los derechos de los campesinos sujetos al Permanent Settlement se habían deteriorado hasta tal punto, que, a juicio de un estudioso moderno, se encontraban de hecho en la situación de «arrendatarios a voluntad». Poco después del Motín, los británicos tomaron algunas medidas para remediar la cosa. Pudieron hacerlo porque Bengala se había ahorrado los peores efectos del Motín, con lo que era allí menos necesario bienquistarse a la clase hacendada, ya establecida de firme.[100] Por una serie de leyes de arrendamiento, la primera de las cuales se aprobó

en 1859, los británicos trataron de dar a los campesinos ciertas dosis de seguridad. Legislaciones similares fueron aprobándose en otras partes de la India. Lo más importante que se estipuló en ellas fue que doce años de cultivo continuo fundamentaban derechos de ocupación y aseguraban contra el desahucio. Por lo general los terratenientes respondieron desahuciando a los renteros antes que expirase el período de doce años. Las nuevas leyes establecieron, además, que los derechos de arrendamiento fuesen transferibles como los de propiedad. Dondequiera que ello se introdujo, la competencia por la tierra intensificó la práctica del subarriendo. Hallando más provechoso usar del derecho a subarrendar que no cultivar el suelo, gran número de campesinos se convirtieron en pequeños rentistas.[101] A medida que se hizo más y más amplia la diferencia entre lo que el gobierno tomaba en contribuciones (limitado por el Permanent Settlement) y lo que la presión de la pugna por la tierra engendraba en forma de rentas, la cadena de arriendos y subarriendos se volvió más y más larga, hasta adquirir en algunas zonas fantásticas longitudes.

De la antigua literatura en torno al arrendamiento rústico se saca la impresión que, si existen numerosos intermediarios entre el propietario que paga la contribución territorial y el campesino que cultiva su tierra, la carga de rentas sobre el último es más onerosa. En el caso de la India, no sucede así. El gran número de intermediarios se debe tan sólo a la amplia diferencia entre el canon conducticio pagado por el cultivador y la contribución pagada por el propietario.[102] En la década 1940-1950, la Land Revenue Commission de Bengala constató que en zonas donde la ramificación de los derechos de arrendamiento era extrema se pagaban rentas menos subidas que en otras partes de la India. Los comisionados llegaron a concluir que «en Bengala antes habría motivo para aumentos de las rentas que no para reducciones».[103] Puede que, acerca del último punto, haya diversidad de opiniones. Pero sale a luz un hecho incuestionable. El «excedente» económico, en muchas zonas, no lo rebañaba por completo el rentista rico. La competencia por la tierra condujo a que se repartiese entre muchas personas, la gran mayoría de las cuales distaban de ser ricas. Como los autores del censo indio cuidan de subrayar, el rentista rural de la India no siempre es el hombre acomodado que se da buena vida. Puede estar viviendo en el límite de la subsistencia sin hacer, con todo, ninguna contribución económica.[104] Entre los que viven de rentas del suelo, es dable que haya una proporción crecida de viudas o propietarios decrépitos y achacosos sin hijos mayores, incapaces de cultivar la tierra por sí mismos y que tienen, pues, que darla a otros en arriendo.[105] En algunas áreas, puede hallarse entre los poseedores de tierra absentistas, gentes aldeanas tales como criados, zapateros remendones, barberos, lavanderos, carpinteros, etc.[106] No conozco datos que permitan estimar cuántos «terratenientes pobres» existen de las diversas categorías mencionadas. Es obvio, sin embargo, que exceden de largo a los rentistas ricos. Por otra parte, según acabamos de ver, no cabe considerar a todos los terratenientes como por entero «parasíticos», es decir

no aportadores de nada a la sociedad ni en un sentido económico ni en uno más amplio, por ejemplo a través de las profesiones.

Todas esas modificaciones a la tesis de la posesión parasítica de tierra parasítica son de rúbrica en cualquier apreciación objetiva del problema. No obstante, el científico social objetivo debe andarse con cuidado a la hora de decidir qué significan de verdad. Hay una fuerte tendencia a evitar la crítica del *statu quo* puntualizando excepciones y lagunas en los datos hasta que, a menudo, parece que el problema real no existe o que no es sino el producto de una imaginación febril. En el caso de la India, apenas si podría estar más manifiesto que la posesión parasítica de tierras era un problema real. El que gran número de gente pobre se procurara así una existencia miserable no legitima en absoluto una institución social improductiva por naturaleza que ha frenado el progreso económico. Por lo demás, ni el amplio predominio numérico de los terratenientes pobres sobre los ricos ni la falta de estadísticas adecuadas respecto a la distribución de los ingresos en ese sector disminuyen la muy firme probabilidad de que la parte del león de los mismos iba a parar a un grupo pequeño y caudaloso.

Echemos ahora un vistazo a zonas del Sur de la India donde, conforme al Settlement Ryotwari, los británicos recaudaban las contribuciones directamente de las aldeas en vez de hacerlo a través de intermediarios.

Podemos empezar columbrando la Presidencia de Madrás en la última década del siglo XIX, una zona que poco más o menos corresponde a la recorrida por Buchanan noventa años antes, con los ojos de uno de los primeros funcionarios indios en el servicio británico, inspector general del Registro, quien en 1893 publicó un *Memorandum* sobre el progreso de Madrás en el transcurso de las cuatro décadas anteriores.[107] El autor era sin duda un burócrata erudito y honesto, aunque anheloso de mostrar todo lo posible cuánto camino no se había andado bajo los británicos, sus patrones. El cuadro que pinta, no obstante, pone de manifiesto una *élite* hacendada poco numerosa y enormemente rica que disipaba sus recursos en litigio y placeres y descansaba sobre una gran masa de campesinos pobres. De los 90 millones de acres que comprendía la Presidencia, 27,5 millones, o sea entre una cuarta y una quinta parte, eran propiedad de 849 *zamindars*. 15 *zamindars* poseían casi medio millón de acres cada uno. Por debajo de ellos, había alrededor de 4.600.000 propietarios campesinos en régimen *ryotwari*.[108] El autor calcula que era necesario poseer unos ocho acres para que una familia campesina pudiese subsistir sin verse obligada a trabajar para otros.[109] Algo menos de una quinta parte (17,5 por ciento) se hallaban por debajo de ese nivel y tenían que buscarse la vida trabajando para otros, al paso que la hacienda media ascendía tan sólo a algo más de 13,5 acres.[110] También aquí conviene manejar con cautela dichas cifras, basadas en las declaraciones de renta. Pero no veo ninguna razón para rechazar el cuadro general que trazan. Como en Bengala, algunas de las familias hacendadas antiguas habían perdido sus dominios entre 1830 y 1850, período de bajos precios para los granos, al no poder pagar sus

contribuciones. Otras, evidentemente, se aprovecharon.[111] Un cotejo del *Memorandum* de 1893 de Raghavaiyangar sobre Madrás con los esbozos de Buchanan de principios del siglo XIX lleva a concluir que los principales efectos del dominio británico fueron la escasez de tierras entre los campesinos y la aparición de una reducida, enormemente acaudalada e indolente clase poseedora.

En Bombay, por la misma época, se juzgó que no había grandes terratenientes comparables a los *zamindars* de otras partes de la India. Los más de los habitantes rurales eran campesinos que pagaban rentas directamente al gobierno. Por otra parte, los autores del *Report of Famine* de 1880 tomaron nota de la tendencia de muchos campesinos a subarrendar sus tierras y a vivir de la diferencia entre las rentas que percibían y las que tributaban al gobierno.[112] Ese testimonio revela una vez más el consabido grupo de hechos: una población en aumento, una creciente demanda de tierra, y el desarrollo a partir del campesinado de una clase integrada por pequeños rentistas. Pronto se manifestó el problema del contraste entre unos y otros campesinos. Los subarrendatarios de las áreas *ryotwari*, como Bombay y partes de Madrás, carecieron de defensa legal hasta las postrimerías de la ocupación británica. Las tentativas de proteger los derechos consuetudinarios no empezaron hasta 1939.[113] Por el año 1951, era norma política oficial minimizar el problema de la existencia de grandes rentistas. Los autores del censo de 1951, no obstante, constataron la sustantividad de tal clase en los alrededores de la ciudad de Bombay, registrando además sobre ella algunos detalles de interés. Casi uno de cada tres perceptores de rentas agrícolas declaró medios de vida secundarios. Ambos hechos indican una íntima conexión entre propiedad rústica parasítica e intereses comerciales urbanos, quizá similar a la que expusimos de las ciudades portuarias chinas.[114]

Podemos concluir ese escandalo regional con una ojeada al Punjab. El Punjab resulta instructivo porque es el país de una casta de campesinos, los *jats*, que son cultivadores de primera categoría, a pesar de sus antecedentes marciales (que parecen ser cosa de un pasado bastante remoto). Los británicos introdujeron temprano en él el riego en gran escala. Al descubrir su situación en la década 1920-1930, sir Malcolm Darling, excelente y comprensivo observador, nos dice que los grandes rentistas rurales se hallaban concentrados a lo largo de los valles del Indo. Acaparaban sobre el 40 por ciento de la tierra labrantía.[115] Esa observación coincide con un cálculo citado por la Comisión del Hambre de 1945: que el 2,4 por ciento de los propietarios poseían el 38 por ciento de la tierra.[116] Tales terratenientes aparecen descritos por lo general como despilfarradores y sin interés en mejorar sus posesiones, sólo en divertirse y cobrar sus rentas.[117] En la década 1880-1890, los británicos hicieron, literalmente, florecer el desierto ejecutando un magno proyecto de irrigación, y lo colonizaron con campesinos asignándoles fondos más o menos grandes, los de algunos mucho mayores que los del resto. Los británicos esperaban (¡manes de Cornualles!) que el último grupo se convertiría en una *gentry* rural, pero no fue así: tales

propietarios campesinos se volvieron absentistas, de modo que aquel aspecto del experimento falló.[118] El cuadro no era, sin embargo, del todo negro. En una ocasión, Darling se refiere a terratenientes urbanos orientados progresiva y comercialmente. No procedían de las castas hacendadas tradicionales[119] que la política británica trató por lo común de preservar. Junto a lo que sabemos de las transferencias de tierra por la *élite* nativa tradicional de otras partes de la India, la anterior noticia hace pensar que alguna forma de revolución capitalista en la agricultura no era completamente imposible. Pero será mejor que consideremos las inferencias de ese punto más tarde, al tratar de los esfuerzos por provocar una revolución agrícola voluntaria desarrollados durante la era de Nehru.

Como muestra el sondeo regional a que acabamos de proceder, una de las consecuencias más obvias de la ocupación británica fue el cese gradual de las disparidades entre las zonas *ryotwari* y *zamindari*. Los apasionados debates en torno a sus méritos relativos se extinguieron en gran parte antes de la Primera Guerra Mundial, al irse generalizando más y más los problemas entre propietarios y renteros. En la misma constitución interna de la aldea, según una autoridad, quedaron escasas diferencias atribuibles a aquel hecho.[120] Tampoco para el período entre las dos guerras mundiales hay ningún indicio claro de que uno de los dos sistemas fuese más o menos eficiente que el otro.[121]

Por sí solos, los datos estadísticos no permiten juzgar si el número de renteros aumentó o no durante la era británica. La principal dificultad arranca de que a

menudo el campesino propietario de una parcela lleva a la vez otra u otras en arriendo. De ahí que las diferencias en los métodos utilizados para confeccionar las estadísticas conforme a los momentos diversos a que pertenecen produzcan enormes fluctuaciones en los resultados, que desfiguran por completo la situación real. Hay algunos indicios de que el número de renteros fue aumentando hasta 1931. A vista del incuestionable incremento de la población y de la competencia por la tierra, ello parece muy probable. El siguiente censo, de 1951, manifestó una sensacional inversión de esa tendencia, pero la misma no puede tomarse como una realidad; casi seguro que se debe a un cambio en la definición de rentero y de propietario.[122] Tampoco hay plena certidumbre de que la situación material de los renteros se deteriorase durante la era británica, como tienden a afirmar los autores indios nacionalistas. El colonato no constituye de por sí ninguna prueba, y, en todo caso, relaciones similares existían ya desde mucho antes. El hecho más significativo es otra vez el crecimiento demográfico. Combinado con la falta de progreso técnico en la agricultura, podemos considerarlo como un sólido indicio de que el deterioro se produjo.

Es también imposible hallar cualquier medida estadística rigurosa sobre la amplitud con que el aumento en importancia del mercado y la nueva legalidad británica pusieron en marcha un proceso de concentración de la propiedad rústica en menor número de manos. Las grandes haciendas abundaban en muchas partes de la India antes que llegasen a ella los británi-

cos. Se dice que eran relativamente raras cuando la abandonaron.[123] La única información estadística sobre la India en general proviene de un estudio realizado en 1953-1954. Como por entonces se estaba procediendo a la abolición del sistema *zamindari* —que, sin embargo, no fue ni con mucho completa— y como ello debió de producir un fuerte estímulo a ocultar la magnitud de las haciendas a los funcionarios inquiridores, nada nos sorprende que el estudio informe de un grado de concentración bastante más bajo que no el que imperaba al final del período británico. Con todo, sus resultados esenciales merecen comentarse. Alrededor de un quinto de las familias rurales indias, entre unos 14 y 15 millones de personas, no poseían ninguna tierra. La mitad de ellas poseían menos de un acre. Su proporción de tierra sólo ascendía, en conjunto, a un 2 por ciento. En el extremo superior de la escala, nos encontramos con que en todas las regiones el 10 por ciento de las familias rurales poseían un 48 por ciento o más del área total. Los grandes terratenientes, sin embargo, digamos los propietarios de a lo menos 40 acres, no poseían sino alrededor de un 20 por ciento.[124] La imagen que se configura es la de un enorme proletariado rural, sobre la mitad de la población rural; una reducida clase de campesinos prósperos, no mucho más de un octavo de aquélla; y una exigua *élite*.

A lo que parece, el mayor cambio en la estructura social agraria bajo el dominio británico fue la multiplicación del proletariado rural. Por lo común ese estrato se compone sobre todo de jornaleros agrícolas, sin tierra o con una parcela tan raquítica, que en el

fondo no sirve más que para atarles al gran propietario. Cuánto aumentó a punto fijo ese grupo es incierto, pues las mudanzas en los métodos de clasificación de un censo a otro hacen que las comparaciones sean sobre manera arriesgadas. Un estudioso que ha intentado sortear tales dificultades concluye que el número de jornaleros agrícolas se elevó de aproximadamente un 13 por ciento en 1891 a aproximadamente un 38 por ciento en 1931, para estabilizarse después, debido a que la disminución en la magnitud de las haciendas que el creciente demográfico de la India trajo consigo facilitó el cultivarlas con los solos brazos de la familia.[125]

En la India, los labriegos sin o casi sin tierra no son el producto de una expropiación en masa del campesinado. Su atroz pobreza, por otra parte, es asimismo un hecho incuestionable. Entre los parias que trabajan como jornaleros agrícolas en un distrito de Uttar Pradesh, está difundida desde hace largo tiempo la costumbre de comer granos recogidos de los excrementos de los animales y limpiados. Según parece, tal práctica no pasa por repugnante, y se dice que recurren a ella la quinta parte de los pobladores del distrito.[126] Se trata, sin duda, de un caso extremo. Valga, no obstante, como un ejemplo de la degradación a que puede llegar el hombre civilizado en condiciones de paz. Y la situación media es de suyo bien mala.

Aunque groseras, esas generalizaciones sobre el proletariado rural me parecen lo bastante firmes para soportar el peso de la argumentación que aquí les hemos sobrepuesto. La historia de las capas más bajas del

campo indio es oscura, y encierra multitud de puntos que conviene, o mejor urge, investigar más a fondo. Pero que los estratos inferiores no son el mero producto de la *pax britannica* está muy claro. Hasta puede vacilarse en afirmar que la relación con sus patronos cambiara sustancialmente a lo largo del período británico.[127]

La tremenda miseria de las capas más bajas de la sociedad rural india (así como de las urbanas) retorna este análisis a la cuestión medular con que empezó. Pese a que los campesinos indios han experimentado en el curso de los dos últimos siglos tanto sufrimiento material como los chinos, no ha habido en la India ninguna revolución campesina. Algunas posibles razones dimanan de diferencias entre las respectivas estructuras sociales que ya existían antes de la intrusión occidental, y también de significativas variaciones en el cuándo y el cómo se produjo esa última. En la réplica india a la intrusión occidental ha entrado violencia, pero, hasta aquí, sólo como un componente muy menor. Para explicar por qué no ha habido más, será necesario debatir el carácter del movimiento nacionalista y de los esporádicos estallidos de violencia en la India.

6. EL VÍNCULO BURGUÉS CON EL CAMPESINADO A TRAVÉS DE LA NO VIOLENCIA

Al principio de este capítulo se han mencionado los obstáculos que la estructura social india puso en el camino del desarrollo comercial antes de la llegada de

los europeos: la inseguridad de la propiedad, las barreras a su acumulación, el estímulo al despliegue de lujo, y el sistema de castas. El balance de fuerzas no era por completo negativo. En otras partes, el lujo ha impulsado con frecuencia formas de comercio. Ése, como bien se sabe, existía; la misma banca alcanzó un alto nivel de desarrollo.[128] Con todo, el comercio indígena no estaba destinado a ser el disolvente que destruyera la sociedad agraria tradicional de la India. La ausencia de revolución comercial e industrial puede achacarse en algo a, la ocupación por los británicos, en particular a su destrucción de las industrias artesanas textiles y a su actitud cautelosa respecto a los intereses comerciales que constituían una amenaza para los propios. Por otro lado, los británicos no lograron ni mucho menos evitar la aparición de una clase mercantil nativa moderna. Ni consta que intentaran prevenirla muy de firme.

La industria nativa, en particular la algodonera y la yutera, empezó a cobrar importancia a fines del siglo XIX, cuando progresos en el transporte posibilitaron la importación de maquinaria y la apertura a mercados más amplios.[129] Por la década 1880-1890, la India tenía una singularizada clase comercial e industrial de la variedad moderna. Tenia también una elocuente clase profesional. Los abogados fueron uno de los primeros y más importantes sectores de la burguesía moderna que aparecieron en la escena india, ya que la legalidad británica y la burocracia británica deparaban aquí una salida aceptable para el talento y la ambición.[130] Es asimismo muy posible que el derecho se

univocase con la tradición brahmánica de autoridad y de especulación metafísica. Unos cuarenta y pico años más tarde, visitadores oficiales británicos podrían hablar en términos agrobativos de los príncipes negociantes indios cuyos palacios se elevaban sobre el Malabar Hill de Bombay, y notificar que la mayor parte del capital de las hilanderías de yute próximas a Calcuta y de las fábricas algodoneras de Bombay pertenecían a personajes por el estilo.[131]

Fue en esos círculos donde surgieron las primeras dudas sobre los beneficios del mando británico. Los intereses comerciales de la Inglaterra de fines del siglo XIX temían la competencia de los análogos de la India. El libre cambio, sentían los comerciantes indios, ahogaba las posibilidades de desarrollo. Por largo tiempo buscaron protección, subsidios y oportunidades para la explotación monopolística del mercado indio.[132] De ahí que se abriese una grieta entre la *élite* rural, que desde 1857 era la máxima beneficiaria del dominio británico, y las clases comerciales, que se sentían frustradas por la conexión con Inglaterra.

Tal cisma perduró hasta la independencia, y tuvo efectos políticos muy importantes. Ya hemos visto cómo en otros países la alianza entre sectores influyentes de la *élite* rural y una clase comercial expansiva y débil a la vez ha significado un factor decisivo para que se produjera una fase política reaccionaria en el curso del desarrollo económico. La presencia británica en la India impidió cualquier coalición de esa suerte, con lo que contribuyó al establecimiento de una democracia parlamentaria.

Pero ése no es todo el cuento. Las clases comerciales estuvieron vinculadas con el campesinado por el movimiento nacionalista. Para comprender un nexo tan paradójico entre el sector más avanzado de la población y el más atrasado, es necesario considerar ciertos hitos de la historia del movimiento nacionalista, y particularmente los escritos y discursos de Gandhi. Que el nexo distó de ser perfecto y que hubo algunas fricciones, ya se verá más adelante.

El Indian National Congress y la primera Indian Chamber of Commerce se constituyeron en el mismo año, 1885. Hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, el Congreso no fue más que una «tímida asamblea anual de intelectuales angloparlantes». En las décadas siguientes la relación con los intereses capitalistas siguió siendo una de las principales influencias que determinaban la actitud del Congreso, si bien hubo breves períodos en que otras fuerzas lograron relegarlos al trasfondo.[133] Antes de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, B. G. Tilak encabezó una violenta reacción nativista que se inspiraba en el pasado histórico de la India. Ese giro hacia la violencia respondió en parte a la disconformidad de muchos con el método del Congreso hasta entonces: demandas corteses e ineficaces. En 1906, bajo el influjo de Tilak, el Congreso adoptó el objetivo del *Swaraj*, definido a la sazón como el «sistema de gobierno vigente en las colonias británicas autónomas».[134] En un período mucho más próximo iba a influir en la postura oficial del Congreso otra forma de radicalismo, esta vez con resonancias socialistas, como en el caso de la Resolución de Kara-

chi sobre Derechos Fundamentales de 1931, por la que el Congreso acordó un programa moderadamente socialista y democrático.[135] Faltando la responsabilidad política, esos arrebatos doctrinales tenían una significación limitada, mientras que los intereses capitalistas eran siempre un lastre estabilizador. Más importante es aún el hecho de que la presencia del conquistador británico amortiguó los conflictos internos e impuso cierta unidad, que se extendía desde los intelectuales occidentalizados y moderadamente radicales hasta el sector políticamente activo del campesinado, pasando por el mundo de los negocios.

El Congreso no empezó a llegar a los campesinos hasta después del término de la Primera Guerra Mundial y de la ascensión de Gandhi como figura dominante del movimiento nacionalista, reconocida en público en la asamblea de Nagpur de 1920. Desde entonces, el Indian National Congress dejó de ser un club de las clases altas y pasó a volverse una organización de masas. El año siguiente los congresistas empezaron a trabajar al campesinado, más o menos como lo había hecho el ruso Narodniki en la década 1870-1880.[136] De ahí en adelante, hasta su muerte, Gandhi sería el líder indiscutido de aquella extraña amalgama de intelectuales occidentalizados, comerciantes e industriales y simples labriegos que constituía el movimiento nacionalista indio. ¿Cómo pudo mantener cohesionado tan heterogéneo grupo de intereses conflictivos?

Los intelectuales tipo Nehru vieron en el programa de no violencia de Gandhi una salida al atolladero

a que habían conducido dos tácticas políticas que habían resultado igualmente infructuosas: la violencia de un Tilak y el insípido constitucionalismo de la historia anterior del Congreso.[137] Gandhi pulsó una cuerda sensible de la cultura hindú, y la pulsó de tal modo, que galvanizó al país contra los británicos sin amenazar los intereses creados de la sociedad india. Ni siquiera fueron blanco de un ataque directo las clases altas rurales, aunque temían al líder nacionalista. Es improbable que la ausencia de todo elemento de radicalismo económico se debiera a un designio maquiavélico de Gandhi. Pero aquí sus motivos personales no nos importan. Lo significativo y revelador es su programa, expuesto en voluminosos escritos y en discursos. En sustancia, las ideas directrices de Gandhi se mantuvieron singularmente firmes desde que empezó a desarrollar su actividad política hasta el fin de su vida.

El objetivo de la independencia *(Swari)* y el método de la no cooperación no violenta *(Satyagraha)*, a veces también denominado resistencia pasiva, los dos grandes temas de su programa, son bien familiares a los occidentales cultos. Bastante menos lo es el contenido social y económico del mismo, simbolizado por el famoso torno de hilar y expresado por el término *Swadeshi*, que en 1916 Gandhi definió con estas palabras:

> *Swadeshi* es aquel espíritu nuestro que nos restringe al uso y servicio de nuestro ambiente inmediato con exclusión del más remoto. Así, en materia de religión, para satisfacer los requisitos de la definición, debo restringirme a mi religión

ancestral. Eso es, al uso de mi ambiente religioso inmediato. Si lo hallo defectuoso, tengo que servirle depurándolo de sus defectos. En el campo de la política tengo que hacer uso de las instituciones indígenas y servirles curándolas de sus defectos probados. En el de la economía tengo que usar sólo cosas que son producidas por mis vecinos inmediatos y servir a esas industrias haciéndolas eficientes y completas en caso de que pueda hallárselas tachosas...

Si seguimos la doctrina *Swadeshi*, sería vuestro deber y el mío buscar vecinos que puedan subvenir a nuestras necesidades y enseñarles a subvenir a ellas en caso de que no sepan cómo proceder, dado que haya vecinos que carezcan de una ocupación sana. Entonces cada pueblo de la India será casi una unidad suficiente y completa en sí misma, que sólo canjeará tales cosas necesarias con otros pueblos en caso de que no sean producibles localmente. Puede que todo ello parezca insensato. Bueno, la India es un país de insensateces. Es insensato abrasarse la garganta de sed cuando un mahometano benévolo está dispuesto a ofrecer agua pura para beber. Y sin embargo miles de hindúes preferirían morirse de sed a beber agua de una casa mahometana.[138]

Lo que pretendía Gandhi era el retorno a un ayer idealizado: la comunidad aldeana india, depurada de algunos de sus rasgos más degradantes y represivos, como la intocabilidad.[139]

Estrechamente relacionadas con el concepto de *Swadeshi* estaban las ideas de Gandhi sobre la propiedad, que giraban en torno a la de administración. Vale la pena acudir de nuevo a las palabras del propio Mahatma:

Dado que haya reunido una considerable cantidad de riqueza ya por vía de herencia, ya por medio del comercio o la industria, debo saber que toda esa riqueza no me pertenece a mí, lo que me pertenece es el derecho a una vida honrosa, no mejor que la disfrutada por millones de otros. El resto de mi riqueza pertenece a la comunidad y debe usarse para el bien de la comunidad. Enuncié esa teoría cuando se puso la teoría socialista ante el país respecto a las posesiones tenidas por *zamindars* y jefes gobernantes. Los socialistas acabarían con esas clases privilegiadas. Yo quisiera que superasen su codicia y sentido de posesión, y se rebajasen a pesar de su riqueza hasta el nivel de los que se ganan el pan con el trabajo. El trabajador tiene que percatarse de que el hombre acaudalado es menos poseedor de su riqueza que no el trabajador, de la suya propia, a saber, la facultad de trabajar.[140]

Gandhi formuló tal declaración en un artículo periodístico de 1939. Cinco años antes le habían preguntado por qué toleraba la propiedad privada, cuando parecía incompatible con la no violencia. Su respuesta fue que tenían que hacerse concesiones a los que ganaban dinero pero no querían usar sus ganancias en beneficio de la humanidad. Apretado con la nueva pregunta de por qué no propugnaba, pues, la propiedad estatal en lugar de la privada, respondió que la propiedad estatal, si bien era mejor que la privada, era objetable desde el punto de vista de la violencia. «Es mi firme convicción —añadió—, que si el Estado suprimiera el capitalismo por la violencia quedaría preso en los males de la violencia misma y dejaría de desarrollar la no violencia para siempre».[141]

Es obvio que esa actitud no podía resultar dema-

siado aterradora a los propietarios, ni siquiera a la aristocracia rural, que por lo común era contraria a Gandhi. El Mahatma perseveró bastante en ella. Reprobó, por ejemplo, el movimiento campesino por su recurrir a la violencia; «sería algo así como el fascismo», dijo en 1938.[142] Que yo sepa, el paso más atrevido hacia la tesis de que se debía expropiar a los *zamindars* lo dio en 1946, cuando lanzó la amenaza indirecta de que no todos los congresistas eran unos ángeles y apuntó que una India independiente podía caer en manos injustas que suprimieran a los *zamindars*. Incluso en esa ocasión se apresuró a añadir que él esperaba que el Congreso sería justo: «De otra manera todo el bien que pudiera haber hecho desaparecería en un abrir y cerrar de ojos».[143]

Como implicaba el concepto de *Swadeshi*, el eje del programa de Gandhi fue la revivificación de la India aldeana tradicional. Era con los campesinos con quienes armonizaba de verdad el corazón de Gandhi, y fueron ellos quienes respondieron de un modo más entusiástico a su movimiento. El Mahatma comentó en 1933:

> Yo sólo puedo pensar en términos de los millones de aldeanos y sólo puedo hacer depender mi felicidad de la de los más pobres de entre ellos, y sólo quiero vivir si ellos pueden vivir. Mi simplicísima mente no puede ir más allá del pequeño huso del pequeño torno que puedo llevar conmigo de un sitio a otro y que puedo manufacturar sin dificultad».[144]

A Gandhi la elevación de la aldea le parecía una labor no política en que todos los grupos podían estar de

acuerdo y cooperar.[145] Nunca se le ocurrió que el mantener la India aldeana redundaría en condenar a la mayor parte de la población india a una vida de miseria, ignorancia y enfermedad. El industrialismo, pensaba, sólo traía materialismo y violencia. A sus ojos los ingleses eran víctimas de la civilización moderna, y merecían más compasión que odio.[146]

Como acostumbra a suceder con las idealizaciones retrógradas de la vida campesina, el amor de Gandhi por la aldea tenía ribetes antiurbanos e incluso anticapitalistas. La experiencia india encerraba un fundamento real para esa actitud. Los informes sobre la destrucción de las industrias artesanas del campo indio, en particular de las textiles, por los productos fabriles británicos hicieron profunda mella en Gandhi. En 1922 rechazó con apasionamiento el tópico de que los ingleses habían aportado a la India los beneficios de un gobierno según la ley. Para él la ley sólo encubría una explotación brutal. Ningún juego de manos estadístico, dijo, podía ocultar «la evidencia que los esqueletos presentan al desnudo en muchas aldeas. No me cabe la menor duda que tanto Inglaterra como los habitantes de las ciudades de la India deberán responder, si hay un Dios arriba, por ese crimen contra la humanidad que tal vez no tiene igual en la Historia».[147] Otros muchos de sus discursos inciden en el mismo tema. Veía la elevación de la aldea ante todo como «una tentativa sincera de devolver a los aldeanos lo que les ha sido cruel e inconsideradamente arrebatado por los ciudadanos».[148] La mecanización era beneficiosa cuando no había suficientes trabajadores para llevar a cabo las ta-

reas necesarias. En caso contrario, era perniciosa. «Por extraño que parezca, toda fábrica es una amenaza para los aldeanos».[149]

Es difícil que tales ideas sentaran bien a los partidarios acaudalados del movimiento nacionalista. Los comerciantes poderosos se escandalizaron asimismo por la admisión de intocables en el *ashram* de Gandhi,[150] y su apoyo a los trabajadores en la huelga de Ahmedabad puede que irritara todavía a otros.[151] A primera vista parece contradictorio que las clases urbanas acaudaladas constituyesen una fuente de seguidores para el movimiento nacionalista, mientras que la aristocracia rural, en cuyo beneficio emitió Gandhi varias declaraciones pacificadoras, le era generalmente adversa.

La contradicción desaparece en parte cuando advertimos que todo el programa de *Swadeshi* o autonomía local era de hecho una doctrina de «comprar productos indios» y contribuyó a reducir la competencia de los británicos. Además, desde el punto de vista de las clases acaudaladas, la doctrina gandhiana en torno a la dignidad del trabajo encerraba aspectos útiles. Gandhi se oponía a las huelgas políticas, porque se salían del sistema de no violencia y no cooperación. «No requiere mucho esfuerzo del intelecto —dijo en 1921—, percibir que es muy peligroso hacer uso político del trabajo hasta que los trabajadores no comprendan la condición política del país y estén preparados para trabajar por el bien común».[152] Aun en el caso de las huelgas económicas, invocaba «la necesidad de pensárselo cien veces antes de emprender una huelga». Y esperaba que, cuando la clase obrera estuviera

mejor organizada y mejor instruida, el principio del arbitraje reemplazaría las huelgas.[153] Semejantes ideas cristalizaron en la condena de ideas sociales, tales como la confiscación de la propiedad privada y la lucha de clases, en una declaración emitida por el poderoso Working Commitee del Congreso en junio de 1934.[154]

Así, pues, las doctrinas de Gandhi, a pesar de algunas características notas de radicalismo campesino, llevaban el agua al molino de las clases urbanas acaudaladas. Sus ideas compitieron eficazmente con las radicales importadas de Europa (circunscritas casi a un corto número de intelectuales), de modo que ayudaron a encuadrar a las masas en el movimiento independentista, dándole así potencia y efectividad, y a la vez a mantenerlo fiable para las clases poseedoras.

Gandhi fue ante todo el portavoz de los campesinos y los artesanos lugareños indios. Hay abundantes testimonios de la respuesta entusiástica que dieron a su llamada. Como veremos en el siguiente apartado, amplios sectores de aquel grupo eran víctimas de las intrusiones del capitalismo, que venían a acumularse encima de ancestrales miserias. Así, los resentimientos que en el Japón hallaron parcialmente salida en el Movimiento de los Jóvenes Oficiales y el superpatriotismo, la hallaron en la India bajo Gandhi en otra versión del nacionalismo, bastante diversa. Con todo, las semejanzas son cuando menos tan importantes como las diferencias. Ambas corrientes buscaron su modelo de sociedad justa en un ayer idealizado. Ambas fueron incapaces de comprender los problemas del mundo moderno. En el caso de Gandhi, ese juicio puede parecer

cruel. Muchos liberales de Occidente, angustiados por los horrores de la sociedad industrial moderna, han visto en Gandhi una figura fascinadora, en particular por su encarecimiento de la no violencia. A mí esa simpatía no me parece más que una prueba evidente de la *malaise* del liberalismo moderno y de su incapacidad para resolver los problemas que embarazan a la sociedad occidental. Si una cosa hay cierta, es que la tecnología moderna está aquí para quedarse y se difundirá a no tardar por el resto del mundo. No menos cierto quizás es que, sea cualquiera la forma que adopte la sociedad justa, si ha de advenir algún día, no será la de la aldea india autosuficiente servida por el artesano local simbolizado en el torno de hilar de Gandhi.

7. UNA NOTA SOBRE LA EXTENSIÓN Y EL CARÁCTER DE LA VIOLENCIA CAMPESINA

La configuración de las relaciones de clase bajo el dominio británico y el carácter de los adalides nacionalistas comunicaron a su movimiento un sesgo quietista que ayudó a desvirtuar cualesquiera tendencias revolucionarias que operasen entre los campesinos. Contaron asimismo otros factores, en particular el hecho de que los estratos más bajos del campesinado, por una parte, estaban fragmentados según líneas de fractura así de casta como lingüísticas, y, por otra, unidos al orden vigente a través de normas tradicionales y de migajas de propiedad. No dejó de darse, sin embargo, violencia, por mucho que la hayan velado la luz deslumbradora de la fama de Gandhi y el deseo inglés de minimizar la magnitud del desorden durante su gobierno y en el curso de la transición a la independencia. El campesino indio, a lo largo de los últimos doscientos años, no se ha comportado de una manera tan dócil como hasta hace poco se había venido creyendo. Examinar las circunstancias en que los campesinos han acudido a la violencia organizada, aunque no sea tarea fácil con las fuentes disponibles hoy en día, puede arrojar alguna luz sobre los factores que han impedido en general su aparición.

Resulta instructivo, por de pronto, el examen de las convulsiones campesinas que se produjeron entre el establecimiento de la hegemonía británica sobre el subcontinente, tras la batalla de Plassey, y el final del Motín. Un estudioso indio ha realizado hace pocos años la muy útil tarea de compilar una enorme cantidad de materiales acerca de los disturbios civiles, en general, acontecidos durante aquellos cien años. Entre los mismos uno puede hallar diez casos relativamente claros en que gran número de campesinos se volvieron contra sus amos. A lo menos cinco de esos casos caen fuera de los límites de nuestro problema, por cuanto conciernen a movimientos islámicos o de grupos aborígenes no hindúes.[155] La serie entera de alzamientos campesinos hace escasa impresión si pensamos en la China. No es, sin embargo, irrisoria. Las sacudidas que consideramos aquí tuvieron proporciones considerables. En todos los casos los motivos de queja económicos de los campesinos obraron bastante a escala vista. Una revuelta cuajó ante la perspectiva de una

inspección; otras veces sabemos de campesinos enfurecidos que colgaban a perceptores de derechos brahmánicos de quienes habían sufrido extorsiones. En otros casos todavía, los campesinos se levantaron contra los recaudadores de contribuciones mahometanos.[156] En el último de nuestros cinco casos, bandas rebeldes integradas por centenares de personas merodeaban por el campo, cuyos pobladores se les unían y por un tiempo hicieron causa común con ellas contra el gobierno, aún lejos entonces de estar firmemente establecido. Otro punto digno de notarse es que la solidaridad en la rebeldía alcanzaba, cuando menos temporalmente, a traspasar las divisorias de casta, incluso la muy tajante que separaba a los campesinos de las castas de artesanos y criados de aldea. En una ocasión se aunaron con los campesinos los lecheros, los aceiteros y los herreros; en otra, los barberos y los servidores domésticos, entre ellos los del prestamista.[157] Tal hecho evidencia que la fragmentación de la aldea india no siempre impide la subversión. Para resumir las enseñanzas extraíbles de todos los datos mencionados, diremos que los campesinos indios tenían ideas muy claras sobre la manera justa o injusta de gobernarles, que los entuertos económicos podían también empujar a aquella población supuestamente dócil a revueltas de alcance local, y por último que líderes tradicionales unidos por estrechos lazos con los campesinos desempeñaron en las mismas un papel de entidad.

En la fase postrera de la *pax britannica*, sobre todo en los años inquietos que precedieron a ambas guerras mundiales, es sumamente probable que se diesen estallidos similares por doquier de la India. Pero la violencia de tal fase no fue por lo común revolucionaria. Cualquier componente revolucionario que pudiera comprender quedó enmascarado por la guerra religiosa, sobre la que tendremos que hablar en breve. En un área, sin embargo, Hyderabad, las ascuas del descontento ardieron en una llamarada francamente revolucionaria cuando los tumultos que rodearon la evacuación británica. Como caso particular que arroja mucha luz sobre el estado de cosas general, la revuelta de Hyderabad merece que nos detengamos a comentarla.

Antes de la independencia, Hyderabad era uno de los mayores y más poderosos Estados principescos, así como una de las partes de la India donde la estructura política y social heredada de los días del gobierno musulmán se había conservado casi intactas.[158] Alrededor del 80 por ciento de la población subyacente era hindú.[159] Aunque quizás algo retrasado en vista del resto de la India, nada indica que la situación de los campesinos fuera considerablemente peor que en muchas otras partes del país. Detalladas descripciones notician la fragmentación habitual de los fundos, intensa presión demográfica, acaso sólo 1,15 acres por cabeza en las zonas cultivadoras de plantas nutricias en 1939-1940, problemas en torno al arrendamiento, deudas, y gran número de jornaleros agrícolas bastante miserables, tal vez sobre un 40 por ciento de la población total.[160] Posiblemente la situación de esos últimos, que rayaba en la esclavitud por deudas, era peor que en otras partes de la India.[161] Con todo, imperaban condiciones similares en muchas áreas donde no estallaron

revueltas. Además, el levantamiento mismo tuvo lugar en una parte del territorio donde los problemas en torno al arrendamiento eran menos agudos que en el resto.[162] Y se propagó a tal zona, Telingana, desde la vecina Andhra, donde los comunistas se habían afirmado en medio de una casta hacendada relativamente próspera.[163]

Los comunistas empezaron a operar entre los campesinos de Telingana en 1940. Su éxito fue sorprendente. Aldea tras aldea, sobre todo en las comarcas limítrofes con Madrás, los labriegos fueron rehusándose en 1943-1944 a obedecer las órdenes de los señores, a suministrar trabajo forzado, a pagar rentas e impuestos.[164]

El caos y el colapso momentáneo de la autoridad producidos cuando el *nizam* de Hyderabad maniobró para evitar la absorción en la recién creada Unión India depararon a los comunistas una coyuntura muy favorable. Hablaban entonces, postrimerías de 1947 e inicios de 1948, de por lo menos 2.000 pueblos «liberados». Surgieron de golpe multitud de soviets aldeanos que pasaron a dominar un área considerablemente extensa. Por corto tiempo los comunistas rompieron el control de los grandes propietarios y de la policía, distribuyeron tierra, cancelaron deudas y liquidaron enemigos a la manera clásica. Un erudito observador se ha referido a ese episodio como el «mayor y por un breve momento quizás el más efectivo alzamiento campesino de Asia fuera de la China».[165] El *nizam* de Hyderabad trató de utilizar a los comunistas, además de reaccionarios rufianes islámicos organizados en bandas de tipo fascista, para impedir la absorción de su territorio. El 13 de septiembre de 1948, el ejército indio lo conquistó en menos de una semana. Pero el reprimir a los campesinos comunistas dirigidos de Telingana llevó «algunos meses» de intensas operaciones militares y policíacas, miles de detenciones sumarias y una caza de líderes a tiro limpio.[166]

La primera enseñanza que se deduce de la infructuosa revolución de Hyderabad es negativa. Toda cuenta fundada en que el sistema de castas u otros rasgos distintivos de la sociedad campesina india constituyen una barrera eficaz contra la insurrección es, sin duda, falsa. *Existe* un potencial revolucionario entre los campesinos indios. En segundo lugar, las condiciones materiales degradantes en y por sí mismas no son el factor decisivo para que estalle una revuelta, aunque ciertamente contribuyen al potencial global. No hay pruebas demostrativas de que la situación material de los campesinos fuese peor allí donde se produjo la revolución; sí las hay, en cambio, y sustanciosas, del hecho opuesto. Lo que permitió a los comunistas extender su autoridad temporalmente, ya que no establecerse, fue el colapso de la autoridad política venido de arriba. Similares condiciones habían constituido en el pasado los requisitos previos de los alzamientos rurales. En Hyderabad, en 1947-1948, tal colapso fue excepcional y transitorio. Si se repitiese en el futuro, dondequiera que fuese, muy bien podrían surgir de la noche a la mañana otras bolsas de gobierno comunista.

Por ahora el extremismo revolucionario no ha alcanzado en la India más que una base territorial precaria y una débil influencia.[167] Hasta la muerte de Nehru

y después de ella, el gobierno central ha sido lo bastante fuerte para aplastar al comunismo cuando ha sido revolucionario y para contenerlo dentro de límites legales cuando ha sido reformista. Volvamos la vista hacia atrás para indagar el porqué.

En los tiempos prebritánicos, según he indicado arriba, la institución de la casta deparó un medio para organizar la comunidad local de tal forma, que hizo del gobierno central algo superfluo antes que algo a cambiar cuando las cosas se torcían. Sirvió también para organizar a una sociedad fragmentada en múltiples razas, religiones y lenguas de modo que, a lo menos, pudiesen convivir en el mismo territorio. Aun cuando tal fragmentación fuese a veces superada hasta cierto punto y en localidades específicas, debió de ser una barrera para el alzamiento a gran escala. Además, el sistema de castas reforzó la sumisión jerárquica. Haz sentir humilde a un hombre por mil actos cotidianos y se comportará de un modo humilde. La etiqueta tradicional de casta no era pura excrecencia; tuvo consecuencias políticas indudables. Por último, como válvula de seguridad, la casta procura una forma de movilidad ascensional colectiva a través de la «sanscritización», pero dentro del marco del sistema tradicional. Por todos conceptos, la sociedad india difería enormemente de la de la China imperial.

Dichos factores siguieron operando en el campo, aunque con fuerza menguante, tras ponerse en marcha bajo los británicos una modernización limitada. La manera como la modernización tuvo lugar favoreció también en muchos aspectos la estabilidad. La crisis del Motín sobrevino antes que los movimientos radicales hubiesen aprendido a convertir las nostalgias reaccionarias en revoluciones; si habrían podido o no hacerlo en aquel caso, es problemático. Cuando el movimiento nacionalista se extendió a los campesinos, contenía fuertes tendencias pacifistas, por las razones ya expuestas. Cosa un poco extraña, la transferencia del poder a manos indias se cumplió sin una crisis seria entre los gobernantes; allí donde se dio una crisis menor, hubo un estallido revolucionario abortado.

Hay un punto que importaría explorar más a fondo de lo que yo he sabido hacerlo. Es probable que muchas de las iras concitadas por la intrusión del mundo moderno hallaran escape en los horrores de la guerra comunal entre hindúes y musulmanes. Como indicio de su importancia, basta recordar que se han estimado en unos 200.000 los muertos en los tumultos que acompañaron la partición e independencia, y en unos 12.000.000 los fugitivos de uno a otro Estado.[168] Verdad es que la enemiga entre las dos religiones ha revestido de cuando en cuando formas violentas a lo largo de un buen trecho de la historia india. Parece que ello venía sobre todo de los esfuerzos desplegados por los gobernantes islámicos para convertir a sus súbditos hindúes de por fuerza. El fanatismo y los conflictos religiosos del siglo XX son cualitativamente distintos. Se aproximan más al bien conocido fenómeno, del nativismo. En muchas partes del mundo, al empezar a erosionarse la cultura establecida, amenazadoramente para algunos sectores de la población, el pueblo ha reaccionado reafirmando el modo de vivir tradicional con creciente y frenético vigor. A menudo lo reafirma-

do tiene poco que ver con la realidad histórica. Algo así sucedió al parecer en la India, corriente cuyo estudio valdría la pena llevar más lejos. Los sentimientos comunales han tenido un papel en la pálida versión india de una fase reaccionaria. A decir verdad, han sido con mucho su peor aspecto. Pero han sido también, a lo menos para la República India y sus dirigentes, tendencias estrictamente no oficiales y antigubernamentales. Cosa digna de eterna memoria, tanto Gandhi como Nehru se opusieron a la violencia comunal con todo el vigor posible. La guerra religiosa fue quizás un sustitutivo de la revolución. En todo caso, es un testimonio extremo de la fragmentación de la sociedad india, que constituye un obstáculo para *cualquier* acción política efectiva, no sólo para el radicalismo revolucionario, el blanco natural de ese radicalismo parece que debiera estar en los parias y en el proletariado rural. Además de la tendencia hacia la «sanscritización», el radicalismo choca ahí con otros obstáculos. Los revolucionarios no pueden hacer un llamamiento al proletariado rural, ni que le den un aire pacífico, sin enemistarse la masa de pequeños y medianos campesinos. Y, en definitiva, el problema básico para un movimiento revolucionario es desprender pueblos y regiones enteras del *statu quo*, algo difícilmente factible en la India a mayor escala que un limitado ámbito local. En algunas áreas, los comunistas pueden fundar, y han fundado, parte de su llamamiento en lealtades regionales y lingüísticas. En otras, han hecho eso y, además, han intentado actuar valiéndose de discordias entre las castas.[169] Quizá la exasperación de los sentimientos locales y divisorios sea a veces

buena táctica revolucionaria. Pero, cuando llega la hora de fundir los descontentos locales en una estrategia política de mayor alcance, parecidas minihostilidades no pueden hacer más que neutralizarse unas a otras en un desconcierto de pendenzuelas. Las revoluciones se forjan con ideales panhumanos, no con ideales regionales.

El problema de los frecuentes y bruscos cambios de táctica (por razones que no tienen nada que ver con las circunstancias de la India) y el de la identificación con un gobierno extranjero, ya sea el ruso ya el chino, son también arduos obstáculos para los únicos grupos que se consideran hoy en día depositarios de una tradición revolucionaria. Pero el más importante de todos es que el régimen de Nehru se captó el apoyo del estrato superior del campesinado. Las fuerzas del orden tienen buenas cartas en sus manos, aunque todas ellas, cartas heredadas del ayer, cuyo valor irá menguando más y más si los dirigentes de la India no saben captar y controlar las corrientes profundas que están ya encauzando el mañana del campo indio. Si bien, por supuesto, el resultado es imprevisible, tal vez quepa comprender el problema mismo estudiando las razones de lo que se ha hecho y dejado de hacer.

8. LA INDEPENDENCIA Y EL PRECIO DEL CAMBIO PACÍFICO

Cuando, en 1947, se expulsó a los británicos, estaba arraigado de firme en la sociedad india un círculo vicioso. El ímpetu hacia la industrialización era mínimo

porque los recursos no se explotaban y acumulaban para construir plantas industriales. La agricultura se hallaba estancada y rendía poco porque la ciudad no extendía sus tentáculos al campo para estimular la productividad ni transformar la sociedad rural. Por esa misma razón, el campo no engendraba recursos que pudiesen utilizarse para el desarrollo industrial. En vez de ello, el terrateniente y el prestamista rebañaban todo su excedente, por lo regular para fines improductivos.

Hablar de un círculo vicioso puede inducir a pensar que la situación era irremediable. No, como demuestra la experiencia histórica de otros países recién industrializados, existe una política capaz de romper el círculo. En sus líneas esenciales, el problema y la solución son muy simples. Se cifran en un combinar incentivos económicos y apremio político para mover a los campesinos a incrementar la productividad y en ir tomando a la vez una parte sustanciosa del excedente así engendrado para construir una sociedad industrial. Detrás de esa vía hay un problema político: si ha surgido o no de la sociedad una clase con la competencia e implacabilidad necesarias para imponer las mudanzas. Inglaterra tuvo sus *landlords* y sus precoces capitalistas industriales, Rusia sus comunistas, el Japón sus aristócratas disidentes que pudieron convertirse en burócratas. Por razones que ya se han considerado con alguna amplitud, la India andaba bastante corta de tal elemento.

Antes de ahondar más en la cosa, conviene prevenir otra vez contra cierto psicologismo y aceptación de

los hechos tales como son —sin averiguar de veras *por qué* son hechos— al comentar la ausencia de un impulso más fuerte hacia el cambio. Por de pronto podemos limitar nuestro análisis al campo. En parte a falta de un término mejor, hemos calificado al terrateniente de parasítico. Ello no debe tomarse como si todo terrateniente se pasara la vida mano sobre mano a la sopa boba de las rentas que le iban afluyendo, aunque por supuesto también se daba el caso, e incluso quizá bastante a menudo. Pero había asimismo un número considerable de terratenientes que eran individuos activos y enérgicos. Evidenciaban tanto talento emprendedor o ansia de actividad como uno se esperaría tan sólo del capitalista protestante más arquetípico. Dentro del marco de la sociedad india, sin embargo, tales talentos para la innovación no podían aplicarse sino a desarrollar el viejo sistema represivo. El terrateniente podía hallar toda suerte de medios para atornillar a sus renteros, desde los tribunales británicos hasta los mecanismos deparados por la estructura política y social de la aldea.[170] Sería fácil acopiar casos de innovación *dentro del* sistema para demostrar que el problema no estriba en la falta de talento emprendedor. Las personas que lo poseen deben de ser una minoría en cualquier grupo grande. El problema está en darle rienda suelta, así como en encauzarlo hacia fines sociales positivos. El crear una situación apropiada para ello constituye, en términos muy amplios, un problema político.

Si la dificultad no está en la falta de talento emprendedor en el campo, tampoco está en la falta de recursos. Potencialmente, hay los necesarios. Para con-

vencernos al respecto, veamos el caso de una aldea concreta a ojos de un antropólogo:

> El labrador de Gopalpur lleva sus operaciones agrícolas a una escala que sólo un país muy rico podría permitirse. En vez de usar cantidades adecuadas de semillas de buena calidad y conocida virtud germinativa, el labrador disemina pocas cantidades de semillas no selectas, no probadas. Al no proteger los brotes en el campo, es forzoso que comparta sus sementeras con cualquier pájaro, insecto y animal salvaje que ande por allá. Hacina descuidadamente el estiércol y el abono fuera de su casa, expuestos al sol y la lluvia. En vez de almacenar cuidadosamente la cosecha, la pone por su casa en tinajas, o peor aún sobre un tosco piso de piedra. Lo que no se comen las ratas es horadado y pulverizado por los gusanos y gorgojos.[171]

Aunque no todas las aldeas indias están tan mal como Gopalpur —algunas están peor y otras mejor—, su situación es la característica por doquier del país, tras diecisiete años de independencia. Hay en la India más de 500.000 aldeas. Multiplíquese la situación de Gopalpur por varios cientos de miles de localidades parejas, y se verán los recursos potenciales que existen sólo con cambiar el modo como lleva la gente sus prácticas agrícolas.

Los campesinos no van a salir de su paso simplemente porque alguien les diga que lo hagan. Eso ya viene efectuándose de algún tiempo a esta parte. Cambiar la situación requiere encararse con ellos para ver si están modificando su conducta. Y si eso aún no se ha efectuado, como es el caso en general, entonces debe

de haber buenas razones políticas que lo impiden. Aquí, en este último tramo de nuestro examen, nos concentraremos en tratar de hallarlas, en determinar los obstáculos al cambio y qué impulsos pueden obrar que tiendan a superarlos. No es cosa de predecir, sino nada más de analizar un problema para sugerir la gama de soluciones posibles y sus respectivos precios, incluso el de no llegar a ninguna solución.

Será mejor partir de otra ojeada a la escena política nacional y a las fuerzas que operaban en la sociedad india en conjunto al principio de la independencia, en 1947. La ocupación británica había suscitado un movimiento de oposición, el Partido del Congreso, compuesto de intelectuales, como Nehru, simpatizantes con el socialismo; de sólidos hombres de negocios para quienes ése era veneno; de periodistas, políticos y abogados que daban expresión articulada a una amplia variedad de ideas —el todo reposando sobre una base campesina recién despertada por Gandhi, cuya estampa tenía bastante más del santón tradicional indio que del político moderno. La clase obrera industrial era aún muy reducida, y nunca había desempeñado un papel político mayor. La oposición común a los británicos, cuyo régimen deparaba a cada uno de dichos grupos una explicación conveniente para todo lo que parecía malo, había puesto sordina largo tiempo a los conflictos entre sus respectivos líderes y les había acostumbrado a trabajar juntos. Esos conflictos salieron a luz tan pronto como el enemigo común desapareció. Sin embargo, al faltar todo movimiento radical vigoroso entre los obreros industriales y entre los

campesinos, los elementos conservadores no han tenido hasta la fecha grandes dificultades en guardar a la India dentro de un curso moderado, nunca seriamente amenazador para sus intereses.

El conflicto en torno a política económica que subsiguió a la independencia pone de manifiesto las razones por qué los moderados han sido tan poderosos. Ayudándose con Sardar Vallabhai J. Patel, el mundo de los negocios emprendió un eficaz ataque contra el sistema de controles de precios sobre los comestibles y otras necesidades básicas. El gobierno no alzó los controles sino para afrontar una inflación galopante. Los precios subieron cosa de un 30 por ciento en pocos meses. Entonces el gobierno reimplantó los controles, después que millones de personas cuyos ingresos apenas bastaban para comprar las cosas necesarias a precios «normales» habían ya sufrido a rabiar. Ahora bien, Patel compartía con Nehru el «duunvirato» que rigió a la India desde la partición hasta la muerte de Patel, en 1950. Tanto como el portavoz de los capitalistas, era el líder en quien los terratenientes y los hindúes ortodoxos buscaban protección contra las amenazas de reformas agrarias y laicismo. Por aquel tiempo Gandhi sólo intervenía ya en política cuando juzgaba que estaban en juego principios morales de entidad. Así sucedió en el caso del debate en torno al control de los precios. Significativamente, la intervención de Gandhi hizo caer la balanza por la parte de suprimirlo. De modo que, en un problema crucial que afectaba el bienestar de millones de personas, el primero que se planteó tras la independencia, el caudi-

llo de las masas campesinas sostuvo a los conservadores.[172] En ese episodio echamos de ver el consabido vínculo entre los intereses comerciales y campesinos, uno de los hechos importantes por algún tiempo de la política india.

Gandhi fue asesinado en 1948. Sardar Patel murió en 1950. Al cabo de un año, gracias a una serie de maniobras parlamentarias y entre bastidores, Nehru había conseguido imponerse como el líder indiscutido del Partido del Congreso y del país. Por fin la India estaba dispuesta a avanzar, o cuando menos a enfrentarse de verdad con sus problemas. Ya en marzo de 1950 se estableció la Planning Commission con Nehru como presidente. El Primer Plan Quinquenal empezó en 1951, y lo siguieron de inmediato un Segundo y un Tercero. Sólo en 1955, sin embargo, se declaró el gobierno por un «tipo de sociedad socialista».[173]

Aunque se ha hablado considerablemente de socialismo, lo bastante para alarmar considerablemente a las clases poseedoras, en realidad se ha hecho muy poco. En 1961 el gobierno central había empezado a impulsar cierto número de empresas en campos tan diversos como energía atómica, electrónica, locomotoras, aeronáutica, aparatos eléctricos, máquinas herramientas y antibióticos, a la vez que los gobiernos federales poseían o ayudaban a otras. Pero la proporción de la industria privada seguía siendo muy grande. Según el texto del Tercer Plan Quinquenal, el gobierno esperaba aumentar la contribución del sector público a la fabricación desde un nivel de menos del 2 por ciento en 1961 hasta sobre un 4 por ciento. Además, la

parte del león de los fondos a invertir se destinaba a los transportes y comunicaciones, en otras palabras a crear servicios indispensables para la industria privada.[174] Nada hay en tal programa político que sea necesariamente equivocado. Lo que me parece un serio error es presentar el experimento indio como una forma de socialismo. El progreso de la industria parece indudable. No trataré de evaluarlo, fuera de registrar dos aserciones estadísticas muy escuetas: el índice de la producción industrial ha subido de 100 en 1956 a 158,2 en 1963, es decir algo más de un 50 por ciento; pese al crecimiento demográfico, los ingresos per cápita han registrado paulatinas alzas de aproximadamente un 2 por ciento cada año entre 1951 y 1961.[175] Advirtamos una vez más, con todo, que cifras como las anteriores son bien conjeturales. Y, hasta la fecha, el progreso ha tenido lugar en gran parte bajo auspicios capitalistas.

En agricultura, asimismo, el eje del programa político desarrollado no ha sido otro que tratar de acrecer la producción dentro del marco del sistema vigente heredado de Akbar y de los británicos. La política agraria del período de Nehru puede caracterizarse por dos tendencias mayores: el enfrentamiento con los problemas planteados en torno a la posesión parasítica de tierras, y el esfuerzo, a base del Community Development Program, por estimular el rendimiento de los campesinos.

Poco después del logro de la independencia, el gobierno indio desencadenó un ataque frontal contra los *zamindars*. El *zamindar*, como hemos visto, no era tan

sólo un terrateniente, sino además un recaudador de contribuciones que mediaba entre el gobierno y el cultivador efectivo. La abolición de los *zamindars* no persiguió el fin de establecer una forma socialista de agricultura, sino el de alentar la agricultura campesina dando al cultivador efectivo del suelo un arraigo permanente en la tierra que labora y eliminando el canon conducticio exorbitante, el uso de mano de obra forzada y otros abusos.[176] La legislación concreta fue dejada para cada uno de los distintos Estados de la nueva república. La gran diversidad de las condiciones locales aconseja hacerlo así. Por otra parte, el transferir el asunto a los Estados acentuó el afianciamiento de poderosos grupos de intereses locales, que se apresuraron a recusar la legalidad de la reforma. Cuando esas dilaciones vinieron a ser amenazadoras, el gobierno central modificó la constitución para acelerar el proceso.[177] Fuentes oficiales pudieron declarar en 1961 que se había suprimido a los intermediarios por toda la India, salvo algunas pequeñas bolsas. Antes los intermediarios tenían derecho sobre aproximadamente el 43 por ciento del territorio indio cultivado, porcentaje que se estimaba reducido a un 8,5 por ciento en 1961.[178] Un examen más detenido del estado de cosas suscita sospechas vehementes de que la relación entre esas estadísticas y las realidades sociales es en gran parte imaginaria.

En el caso de los *zamindars*, hablar de abolición *tout court* sería bien engañoso. En varios Estados el gobierno no puso límite a la cantidad de tierra que los *zamindars* podían retener, con tal que residiesen en ella y

la cultivasen por sí mismos. El propósito era laudable: evitar la desintegración de las mayores haciendas, las más productivas, aunque conviene recordar que en la India una gran hacienda es mucho más a menudo un gran fundo arrendado a multitud de pequeños colonos que no una unidad de cultivo eficientemente administrada. Pero, en muchas zonas, el resultado fue que los *zamindars* se esforzaran por desahuciar a sus renteros, muchos de ellos establecidos de antiguo, a fin de extender el área de las heredades que llevaban de un modo directo. Un cauto estudioso ha calificado tal fenómeno de expropiación sin precedentes en la historia india.[179] El propio texto del Tercer Plan Quinquenal admite que la legislación en torno al arrendamiento rústico no ha surtido en la práctica el efecto que se esperaba, porque los propietarios han desahuciado a los renteros so color de renuncias voluntarias. El historial de los Estados en ese orden de cosas ha seguido siendo muy negro hasta fines de 1963, más de una década después de que empezaran los cambios.[180] Observaciones hechas sobre el terreno y estudios locales no registran sino escasos avances. Daniel Thorner concluía en 1960: «En esencia la gente más poderosa han retenido grandes extensiones de tierra, y disponen de otros para cultivarla por ellos».[181]

Con todo, los poderosos del campo están mucho menos seguros que antes. La maquinaria del gobierno ya no los respalda tan de firme como bajo los británicos. Casi tan cerca de la certidumbre como quepa estarlo, diría yo que la gente pudiente ha desmedrado, y que la legislación en torno al arrendamiento rústico

del período de Nehru constituyó un significativo elemento de una política general que ante todo tuvo la consecuencia de elevar a los pequeños rentistas y campesinos ricos —que a menudo venían a ser la misma cosa— hasta convertirlos en el rasgo dominante del paisaje rural indio.[182] Corrobora esa impresión un estudio estadístico sobre la distribución de la propiedad territorial, realizado en 1953-1954, tiempos en que los intermediarios estaban casi eliminados sobre el papel. Semejantes estadísticas merecen escaso crédito en el caso de la India, por las razones ya indicadas. Pero la conclusión general de éstas, que menos de una octava parte de la población agrícola poseía sobre la mitad del área total, no es probablemente nada engañosa.[183] La política agraria oficial tiene un barniz igualitario que se manifiesta más en los discursos que no en los resultados. Lo mismo cabe decir del Community Development Program, que conviene ahora considerar.

Los antecedentes intelectuales e institucionales del Programa de Desarrollo de la Comunidad no guardan ni la más remota relación con el socialismo marxista. Uno de sus elementos importantes es la fe de Gandhi en una versión idealizada de la aldea india como la comunidad más idónea para el hombre civilizado. Otro, la experiencia norteamericana con el «servicio de extensión agrícola». Otro aún, la influencia del paternalismo británico y, más específicamente, de los movimientos para «la elevación de la aldea». Ese último ingrediente me parece el más importante de todos. Salvo la trascendental circunstancia de la escala en que se ha procedido, nada significativo puedo hallar en el

Programa de Desarrollo de la Comunidad que no se hubiera ya intentado o predicado décadas antes, según atestiguan obras tales como *The Remaking of Village India* de F. L. Brayne[184] o los escritos de sir Malcolm Darling.

Tan singular ascendencia ha engendrado dos ideas que constituyen las doctrinas centrales del Programa de Desarrollo de la Comunidad. Una es que los campesinos de la India querrán progreso económico y lo sostendrán por sus puños tan pronto como se les hayan demostrado sus ventajas. La otra, que los cambios deben realizarse y se realizarán democráticamente, es decir, partiendo de las «necesidades sentidas» —frase predilecta— de los aldeanos, que podrán participar de un modo u otro en la planificación de una vida mejor para todos. Mucha de la discusión previa del Programa daba por sentado que había una enorme reserva de energía y entusiasmo populares disponible para los nuevos ideales sociales, definidos con bastante vaguedad.

La atmósfera, así como los ulteriores desengaños recuerdan el «movimiento para el pueblo» de ciertos intelectuales rusos ochocentistas. El ministro indio para el Desarrollo de la Comunidad llegó una vez a negar que el progreso económico fuese el verdadero objetivo:

> Un proyecto para el desarrollo de la comunidad no lleva la mira de más alta productividad en la agricultura y la industria, mejores carreteras y viviendas, más escuelas y clínicas. Ninguna de esas cosas constituye un fin que el proyecto persiga. Para un proyecto comunitario, no hay multiplicidad de fines, sino uno solo, y esa única e indivisible meta es vivir mejor».[185]

Los hechos iban a demostrar que la mayor parte de los campesinos se resisten a adoptar los nuevos métodos de cultivo recomendados por forasteros y que la persuasión democrática resulta un proceder terriblemente lento e ineficaz, cuando los planificadores burocráticos postulan resultados bien rápidos. Esas dificultades encierran el dilema de la reforma democrática con que el gobierno de Nehru se comprometió tan a fondo.

El Programa de Desarrollo de la Comunidad empezó a funcionar en 1952, y lleva en vigor una docena cumplida de años cuando escribo estas líneas. A fines de 1963, la prensa notificó que los «bloques de desarrollo» (es decir, áreas afectadas por proyectos de desarrollo) cubrían prácticamente toda la India.[186] Aunque el Partido del Congreso adoptara a principios de 1959 una resolución por que proclamaba una variante del colectivismo como objetivo para el futuro, nada ha hecho después para alcanzarlo.[187] En la práctica, la línea del Programa de Desarrollo de la Comunidad ha consistido en impulsar con sumo tiento algunos cambios en la estructura social rural. Las instrucciones oficiales a los funcionarios ejecutores del Programa en contacto con los aldeanos no hacían al principio la menor referencia a la casta, las relaciones de propiedad o el excedente de mano de obra —en otras palabras, a ninguno de los auténticos problemas de la aldea.[188] En ese orden de cosas, no he dado con ningún indicio de transformación. Las tentativas de cambios se han dirigido ante todo a revivi-

ficar y reintroducir la democracia aldeana fomentando los consejos de aldea (*panchayats*). En algunas partes del país, la autoridad de los antiguos propietarios parasíticos o incluso de las *élites* campesinas ha venido con ello a debilitarse. Pero el proceso no ha llegado muy lejos. El concepto de democracia lugareña es un vestigio de romántica nostalgia gandhiana inaplicable a las condiciones modernas. La aldea india premoderna era probablemente una pequeña tiranía y una pequeña república a la vez; tal es de cierto la moderna. Democratizar las aldeas sin modificar las relaciones de propiedad es absurdo. (Que la redistribución de la tierra no soluciona de por sí nada me parece tan obvio, que no requiere comentario.) Por último, las auténticas fuentes de cambio, los factores que determinan la suerte del campesinado, rebasan los límites de la aldea. A través de la urna electoral o valiéndose de su presión sobre el Estado y la política nacional, los campesinos pueden hacer algo, pero no dentro del marco de la política aldeana. Como quiera que sea, después de tropezar el Programa con serias dificultades y de ser objeto de ciertas críticas menores en una de sus evaluaciones periódicas, aun algunos de los funcionarios más gandhianos han desechado sin tapujos la concepción de repúblicas aldeanas independientes y se han declarado por una supervisión más estrecha desde arriba.[189]

De no modificarse el contenido del programa, es improbable que la supervisión más estrecha desde arriba sirva para mucho. Aquél se cifra de hecho en llevar recursos y técnicas ante la puerta del campesino por medio de procedimientos burocráticos, generalmente sin introducir, ni siquiera intentar introducir, ningún cambio en la estructura social y la situación general que impiden a los campesinos adoptar métodos mejores. Ahí está, a mi juicio, la falla básica de todo el plan. Ni el Programa de Desarrollo de la Comunidad ni los programas de reforma agraria han tomado ningún género de medidas a fin de explotar el excedente agrícola actual y potencial y usarlo para el desarrollo económico, en beneficio a la larga de los propios campesinos. Al contrario, ¡un conspicuo economista indio ha calculado que el gobierno ha invertido mucho más en la agricultura que no ha sacado de ella![190]

Lo dicho no implica que el gobierno de Nehru debiera haber impuesto al campesinado un yugo estalinista. En modo alguno es necesario llegar tan lejos. Había suficiente espacio para mayores realizaciones dentro de un sistema democrático. Lo malo es que, dejando que las instituciones antiguas persistieran bajo una nube de retórica reformista y de tejemanejes burocráticos, el gobierno de Nehru *a*) permitió que continuaran las inveteradas formas de distraer el excedente agrícola; *b*) no introdujo una economía de mercado o un sustitutivo operante para llevar los comestibles de los campesinos a las ciudades, y *c*) por las razones anteriores no incrementó la productividad agrícola ni explotó el enorme excedente potencial que existe en el campo. Si va a decir verdad, el programa agrario de Nehru fue un fracaso rematado. Tan duro juicio exige un esfuerzo probatorio y aclaratorio.

Tras siete años de Programa de Desarrollo de la Comunidad, un informe oficial podía denunciar que más

de las tres cuartas partes de la producción alimenticia india nunca llegaban al mercado.[191] Un 85 por ciento de los empréstitos a aldeanos aún procedían del prestamista y «otros individuos», a buena cuenta de los campesinos más prósperos. Como antes, el grano que llegaba al mercado se vendía por lo común a comerciantes locales y a los abatidos precios del tiempo de la cosecha. Los cultivadores aún pagaban exorbitantes intereses por préstamos escasos, y gran parte de aquéllos seguían sirviendo para financiar formas consuetudinarias de ostentación, como dotes. Las cooperativas todavía otorgaban menos del 10 por ciento del crédito agrícola total usado por los cultivadores.[192] La inquina contra las cooperativas como intrusiones forasteras cuyos procedimientos burocráticos en el conceder préstamos eran lentos y engorrosos en comparación con los del prestamista seguía siendo también un rasgo general de la vida aldeana.

Pero la lacra más grave es que no se haya logrado sino una mejora muy mediocre en la producción de alimentos. Antes de examinar las causas de forma más detenida, conviene ver algunos datos estadísticos. Aunque las cifras sobre producción y productividad distan de ser seguras, la historia que cuentan es tan clara, que se requeriría un improbable error mayúsculo para modificar la interpretación general. La tabla 2 muestra la producción india de arroz entre 1948 y 1963, según los informes existentes. Como quiera que el arroz es con mucho el más importante cultivo destinado a la alimentación, bien podemos ceñir a él nuestra mirada. Tampoco es necesario llevar las cifras más allá de 1963. Por entonces la existencia, cuando menos

potencial, de una crisis ha empezado a ser material del dominio público. Aquí se trata de evaluar las razones para el fracaso, no de medir su extensión en un presente continuamente mudable.

TABLA 2. —*Producción india de arroz*

Año	*Producción (miles de toneladas)*
1948-1949	22.597
1949-1950	23.170
1950-1951	20.251
1951-1952	20.964
1952-1953	22.537
1953-1954	27.769
1954-1955	24.821
1955-1956	27.122
1956-1957	28.282
1957-1958	24.821
1958-1959	29.721
1959-1960	30.831
1960-1961	33.700
1961-1962	33.600
1962-1963 (estimaciones)	32.500 o 31.000

FUENTES: para 1948-1957, cf. India, *Statistical Abstract*, 1957-58, 437; para 1958-1961: *Times of India Yearbook*, 1960-1961, 113, y Idem 1962-1963, 282; para 1961-1963: «Far Eastern Economic Review» (7-XI-63), 294; la estimación más baja para 1962-1963 procede de «Far Eastern Economic Review», *1964 Yearbook*, 174.

No se esperaba que el Programa de Desarrollo de la Comunidad influyese ni sobre una cuarta parte de la población para 1956; en 1959 había influido sobre alrededor de un 61 por ciento, de los habitantes rurales; en 1963, por la cuenta, casi todo el mundo había experimentado sus efectos.[193] En buena lógica, esa cronología pide un ligero aumento de la producción en 1954-1955, y después un aumento más o menos constante y acelerado. Pero no, la producción ha aumentado muy poco, y en absoluto según tal esquema. Hay una brusca caída de casi tres millones de toneladas entre 1953-1954 y 1954-1955, y otra de casi tres millones y medio entre 1956-1957 y 1957-1958; tras 1960, un descenso sostenido, que culmina en otro fuerte bajón para 1962-1963. En octubre de aquel año, la plebe de Calcuta se amotinó por falta de arroz. La producción anterior había ido llevando la delantera penosamente al desarrollo demográfico. La mala cosecha de 1962-1963 anuló el margen, pues se informó que el consumo de alimentos *per capita* había disminuido en un 2 por ciento.[194]

En una palabra, la agricultura india sigue siendo hoy en día lo que ya era en tiempo de Akbar y lo que aún era en tiempo de Curzon: una apuesta a las lluvias; la falla de ésas determina una mala cosecha, que implica una catástrofe para millones de personas. En la segunda mitad del siglo xx, ello es mucho más un problema social y político que no geográfico y material. Como bien percibe el estado mayor del Programa de Desarrollo de la Comunidad, existen los recursos, incluso a nivel local, para mitigar en gran manera los

efectos del clima. Aprovecharlos requeriría, sin embargo, una revolución técnica y social a la vez. En cambio, el poco adelanto habido hasta la fecha procede sobre todo de la extensión del ineficaz sistema tradicional a nuevas zonas del país, probablemente marginales.

Hay abundancia de testimonios que apuntan en ese sentido. No poco rotundos son los que pueden hallarse en las estadísticas sobre la producción por hectárea. En todo caso, dan una idea más clara de los cambios en la productividad que no las relativas a la producción total. Tales cifras permiten asimismo confrontar la situación que reinaba bajo los británicos con la presente, si bien debería evitarse tomarlas al pie de la letra, por mor de los progresos registrados desde la Segunda Guerra Mundial en la forma de estimular los rendimientos de los cultivos.[195] En la tabla 3 se exponen los datos estadísticos de ciertos años sobre el rendimiento de arroz de regadío en la India. Se adjuntan los correspondientes del Japón. Los de la India anteriores a la guerra no incluyen Birmania.

Las cifras citadas apenas requieren comentario. Incluso bajo el nuevo régimen, la productividad de la India ha fluctuado siempre a borde del nivel de los últimos años veinte y primeros treinta. Arrancando de una base mucho más alta, la del Japón ha aumentado sin cesar desde los años que siguieron a la guerra. Viene a ser tres veces la de la India. Mal puede explicar una diferencia tan grande el solo clima.

Aunque los factores institucionales de mayor cuantía que pueden explicar la baja productividad de la In-

dia radican fuera de la aldea y han sido ya objeto de algún examen, es conveniente, y aun necesario para una mejor comprensión, ver cómo se reflejan dentro de la comunidad aldeana. Además, las medias nacionales tapan hechos decisivos. En ciertas zonas la productividad ha experimentado un claro aumento. Si queremos entender los obstáculos, es necesario aclarar por qué en algunos lugares ha habido aumento y en otros no. Trataré de sacar a luz esos factores considerando una parte de la India donde la productividad se ha elevado bastante y pasando después revista a aquellos aspectos de la comunidad aldeana que todavía hoy inhiben el progreso económico.

Madrás constituye una de las manchas más luminosas del mapa indio en cuanto a rendimientos del arroz, cuya media se ha elevado, parece, hasta un 16-17 por ciento.[196] Si uno se esfuerza por reunir los factores que concurren en el fenómeno, resulta una imagen que contradice en redondo las doctrinas oficiales. En términos de superficie, el arroz que se cultiva en terrenos anegables es con mucho la planta más importante. Alrededor de un tercio del territorio cultivado del Estado, 4,5 millones de acres sobre un total de 14,27 millones, es regadío. Como entre 1952 y 1959 no se han irrigado más que 344.000 nuevos acres,[197] los progresos en el riego no pueden ser la principal razón para el aumento de la productividad. El auténtico quid de la cosa parece estar en que Madrás ha avanzado más que otras regiones hacia una forma capitalista de agricultura.

TABLA 3. — *Rendimiento del arroz de regadío en la India y el Japón*

Año	*Rendimiento en 100 kg por Ha*	
	India	*Japón*
1927-1928 / 1931-1932	14,4	35,4
1932-1933	14,1	34,7
1933-1934	13,8	41,8
1934-1935	13,9	30,6
1935-1936	12,3	33,6
1936-1937	14,5	39,3
1937-1938 / 1948-1949	13,9	38,6
1952-1953	11,1	40.0
1957-1958	11,8	44,3
1958-1959	14,0	46,2
1959-1960	14,1	47,5
1960-1961	15,3	48,6
1961-1962	15,1	47,0

FUENTES: para 1927-1938, *Annuaire international de stadistique agricole 1937-1938* (Roma, 1938), tabla 77, p. 279; para 1948-1962, Food and Agriculture Organization of the United Nations, *Production Yearbook 1960*, XIV, 50, y *Idem 1962*, XVI, 50.

Las causas de ese cambio merecen a lo menos una rápida mención por las verdades de mayor alcance que cabe inferir de ellas. Como en otras partes de la India, a fines del siglo XIX se había hecho patente en Madrás —hasta el punto de despertar inquietud en la esfera oficial— la tendencia a que la tierra poseída

por campesinos pasara a manos de individuos de otras capas. Con todo, en Madrás el prestamista profesional era raro. De ordinario un cultivador prestaba dinero a otro. Por otra parte, la divisoria entre el cultivador y las clases mercantiles urbanas no era muy marcada. Los ciudadanos poseedores de tierra administraban por sí mismos sus heredades y las extendían adquiriendo terrenos arroceros regadíos. Parece que la legislación posterior a la independencia ha acelerado tales procesos. La Fair Rent Act de 1956 forzó al terrateniente mediano la explotación directa con mano de obra contratada, toda vez que tenía sus tierras en régimen de aparcería a decidirse por que los salarios se mantuvieron bajos.[198] Ello ha traído consigo una fuerte concentración de la propiedad en los deltas, las mejores tierras de arroz. Una minoría poseedora confronta con una mayoría proletaria de jornaleros. Si bien un propietario acomodado no cultiva la tierra por sí mismo, puede, supervisando atentamente la mano de obra contratada, haciendo buen uso de los abonos, etc., obtener rendimientos del orden de 27 quintales métricos (1 quintal: 100 kilogramos) por hectárea, cuando la media para toda la región es de 17.[199]

Así, pues, el aumento de la productividad, en Madrás a lo menos, proviene bastante por lo claro de la intrusión del capitalismo. No se debe a la política gubernamental de favorecer a las capas inferiores del campesinado. Las consecuencias políticas de ese hecho entre los obreros agrícolas y pequeños campesinos son poco más o menos las previsibles: creciente tensión y desencanto con el Partido del Congreso, y creciente simpatía por los comunistas.

De procederse a un muestreo lo bastante amplio de la literatura sobre las aldeas (cura eficacísima, de paso, para aquellos que creen firmemente en la infinita diversidad del campo indio), se saca la impresión general de que el capitalismo ha ido introduciéndose moderadamente por todo el país, aunque de ordinario no tanto como en Madrás.[200] Hoy en día existe un considerable surtido de estudios antropológicos sobre aldeas de distintas partes del país y en diversos estadios del proceso de modernización. En vez de contraponer las modernizadas a las atrasadas, algo ya hecho, y bastante a conciencia, para dos aldeas próximas de una misma región,[201] trataré aquí de analizar uno a uno los principales obstáculos, citando casos específicos siempre que sea posible a fin de evidenciar cómo han sido y cómo pueden ser superados.

Como bien recordará el lector, el presupuesto básico del Programa de Desarrollo de la Comunidad ha estribado en que el campesino indio, a causa de sus «necesidades sentidas», querría adoptar *motu proprio* los adelantos técnicos así que se le mostrara su conveniencia. Buena parte del fracaso es achacable a que tal labor demostrativa ha corrido a cargo de una premiosa y alienígena burocracia, a menudo desconocedora por completo de las condiciones locales. Si el Programa hubiese dirigido más sus inclinaciones democráticas a hacer algo en ese aspecto del problema y menos a la reforma *panchayat*, los resultados habrían sido probablemente mejores. Pero no ha sido así, y el secular

cisma entre la aldea autónoma y el gobierno persiste.

Del hombre del gobierno en la aldea, dice una monografía sobre la de Gopalpur: «Las manos del Village-Level Worker son tersas y suaves. Se pasa los días escribiendo partes de progreso y manteniendo su oficina en orden para el día en que uno de sus superiores le haga una visita sorpresa». En tal aldea, el agente del gobierno había ya logrado persuadir a los campesinos a que probaran algún abono. Lo aplicaron con exceso y las plantas se marchitaron y murieron. Al año siguiente, los mismos aldeanos, todavía crédulos, aceptaron el consejo de sembrar trigo en un embalse vacío. La roya atacó las plantas. Entonces aquella buena gente, en un esfuerzo por exterminarla, echaron a perder un costoso pulverizador alemán. Los funcionarios del gobierno terminaron por considerar a los campesinos como irremediablemente estúpidos y perezosos. Los campesinos, que no podían permitirse arriesgar sus cosechas, se aferraron a los métodos tradicionales ya probados.[202] Cabría citar un sinfín de informaciones semejantes. Añadiré tan sólo otra sacada de un libro escrito por el agrónomo francés René Dumont, hombre incisivo y lleno de sentido común que abandonó un equipo de evaluación de las Naciones Unidas, irritado porque se iniciaba como una festiva gira teatral, a fin de pisar el polvo y el lodo de las aldeas indias a su albedrío. Durante su recorrido le mostraron con no poco orgullo una singular área de arrozales cuyos rendimientos eran máximos para la India —pero inferiores casi en un 40 por ciento a los de los campos japoneses ordinarios. Al igual que en otras muchas partes, los indios trataron de introducir ahí métodos japoneses. Pero el sistema japonés no puede tomarse a pedazos. Se requiere no sólo trasplantar, sino también una cuidadosa regulación del suministro de agua y condiciones del suelo apropiadas. Para conseguir los resultados debidos, hubiera sido preciso tener en cuenta las variaciones locales y hacer las correspondientes adaptaciones. Y, en cambio, «todo se arregló sobre el papel, nada sobre el terreno». Los planes de reforma, añade Dumont con acrimonia, establecidos como indicaciones para cada bloque de desarrollo, vinieron a ser de hecho los mismos para la totalidad del país.[203]

Por otro lado, allí donde la tecnología era apropiada a las condiciones locales y se pudo demostrar su eficacia, las más de las veces los campesinos no tardaron en aceptarla. En cierta aldea, los campesinos prefirieron al pronto desperdigar su ganado a permitir que lo inocularan contra la peste bovina, fatal enfermedad epidémica que hacía estragos entonces por la comarca. Pese a los mayores esfuerzos, sólo se logró inocular a cuarenta y siete animales. Tras matar la peste a unos doscientos bóvidos no inoculados, mientras que los inoculados sobrevivían, la actitud de los campesinos de aquella zona respecto a la innovación cambió dramáticamente.[204]

En tal caso, la innovación pudo abrirse camino gracias a que la burocracia pudo ofrecer y ofreció un servicio que correspondía a las «necesidades sentidas». Pero no siempre es así, ni mucho menos. Las «necesidades sentidas», en cualquier sociedad, son en gran parte el producto de la situación social y educación especifica del individuo. Para valorar qué es lo que se siente como

«normal», se debe investigar más hondo y echar de ver qué hay detrás de ellas. En la aldea india, uno descubre pronto que las «necesidades sentidas» descansan sobre la tiranía de los oligarcas locales, que, aun combatiéndose unos a otros, mantienen su hegemonía colectiva mediante la casta y la estructura política tradicional de la aldea. En el trasfondo de la resistencia rústica a adoptar nuevos usos, hay fuertes intereses creados. Se trata, esencialmente, de que las castas dominantes temen perder las contribuciones de mano de obra y pagos en frutos. Dumont subraya que, con elementos muy simples y aprovechando la mano de obra que está parada y disponible la mayor parte del año, se podría poner en orden el sistema tradicional de irrigación por pequeños depósitos de agua. Ello, a su juicio, añadiría bastante tierra fértil de mejores rendimientos para resolver en gran parte el problema alimenticio de la India. ¿Por qué, pues, no se hace? Porque los propietarios que controlan las aldeas tienen miedo de que el acrecimiento de la tierra laborable no vulnere sus rentas y ponga a los parias en condiciones de negociar su trabajo.[205] Toda la inagotable palabrería sobre la persistencia de las tradiciones culturales indias, la fuerza acumulada de siglos y siglos que impulsa el sistema de castas, la apatía de los aldeanos, junto con la nueva retórica en torno a la democracia, no constituye más que una enorme cortina de humo ante dichos intereses.[206]

En el caso de los estratos inferiores de la población rural india una abrumadora mayoría entre todos los indios, la restricción de deseos y ambiciones, la aceptación de lo que a nosotros nos parece un horizonte

extraordinariamente estrecho y el inextinguible escepticismo respecto a los «forasteros» constituyen realistas y cuerdas reacciones a las condiciones imperantes. Cuando el cultivador es tan pobre que el menor desastre le empuja más allá del límite, seria estúpido si siguiera consejos burocráticos sobre nuevos métodos de cultivo que fallan por inatención a las condiciones locales y a importantes detalles. Ni puede esperarse de él que se esfuerce a brazo partido y despliegue gran entusiasmo cuando la mayor parte de los beneficios van a parar a los oligarcas locales. En semejante situación, su «necesidad sentida» es no dejar estaca en pared. De ahí que, en gran número de áreas, el Programa de Desarrollo de la Comunidad llegara como un torbellino, despertara cierto entusiasmo local —¿a quién no le gusta ser objeto de un poco de atención?— y pasara adelante, retirando la zona trabajada a la categoría de fase post-intensiva en los registros oficiales. Después muchas aldeas han regresado a la sorda a sus antiguos usos. Cuando las autoridades se han entretenido lo suficiente, el mundo puede volver a la normalidad.

Ninguno de los obstáculos mencionados es insuperable, ni colectiva ni individualmente, por más que se refuercen unos a otros. La mejor prueba de ello es que los campesinos han sabido en efecto superarlos cuando la situación lo exigía. Generalmente adaptan a la nueva situación las piezas útiles del mecanismo social tradicional.[207] Pero poco vacilan en arrumbar lo que es de claro en claro inservible. Un iluminador estudio contrapone la situación de cierta aldea donde el riego posibilitó introducir la caña de azúcar en gran escala a la de

otra cercana adonde no pudo llevarse el agua. En la primera, los campesinos no vacilaron en darse al cultivo de la caña de azúcar, aunque ello implicaba reorganizar de arriba abajo los patrones laborales. De hecho el autor sugiere, de un modo bastante plausible, que una reorganización completa puede ser más fácil que una parcial. Por encima incluso de los prejuicios de casta contra el trabajar en los campos, los labradores cubrieron con brazos de sus propias familias sobre la mitad de las necesidades totales de mano de obra para el cultivo de la caña. Todo ello pudo cumplirse principalmente porque una factoría local de caña de azúcar deparaba a ésa un mercado fijo. En el mismo lugar, el cultivo del arroz seguía siendo muy poco eficiente. Nadie se había decidido a abrazar los métodos japoneses. El mercado para el arroz era escaso o nulo. La introducción de la caña de azúcar como cultivo comercial, la transición a una economía monetaria, vale la pena advertirlo, produjeron relativamente pocos cambios en el régimen general de la vida aldeana. Los campesinos siguieron siendo campesinos, si bien considerablemente más prósperos que antes. La casta y el sistema tradicional todo fueron en general compatibles con la transición, a despecho de algunas transformaciones en los hábitos laborales. En la aldea próxima a que no llegó el agua, la situación era bastante distinta. Allí los lugareños tuvieron que despabilarse, cumpliendo diversidad de servicios necesarios, a fin de sacar partido de la subida general del nivel económico que estaba experimentando la comarca. El orden tradicional, entonces, se desintegró mucho más que en la aldea con agua. Lo que

se desprende con mayor claridad de la comparación es la gama de adaptaciones que la sociedad campesina aborigen, a grandes rasgos idéntica en toda la comarca antes de introducirse en ella el riego, podía hacer bajo estímulos apropiados del exterior. El solo riego no hubiera ocasionado dichos resultados favorables de no haber surgido también un buen mercado para el producto.[208] En otras partes de la India, los sistema de irrigación se han deteriorado rápidamente porque los campesinos no necesitaban de ellos.

La introducción de una economía monetaria del modo que acabamos de esbozar es instructiva porque ayuda a disponer de nociones preconcebidas acerca de las dificultades que entraña. Pero no es característica de lo que está ocurriendo en general. Una situación mucho más común es aquélla en que los pequeños terratenientes y campesinos más emprendedores tienden fuertemente a practicar actividades comerciales, ya sea vendiendo sus productos a escala local ya ocupándose en negocios suplementarios en la ciudad vecina. Se trata en parte de una consecuencia imprevista del Programa de Desarrollo de la Comunidad, cuyos mayores beneficios han afluido a los campesinos más acaudalados?[209] A ese respecto, la India de hoy presenta notables analogías con la Rusia soviética en tiempo del NEP. Va dándose en ella la misma actividad bulliciosa a medida que enérgicos individuos de las clases medias hallan toda suerte de grietas en el sistema, donde pueden establecerse para amasar pequeñas fortunas. He aquí otro indicio de la flexibilidad del orden tradicional. Los boicots de casta son mucho menos eficaces

de lo que acostumbraban ser ahora que incluso un mero campesino puede comprar servicios en vez de depender de un sistema cerrado de intercambios económicos. Con el menoscabo del boicot, el sistema de castas entero pierde una de sus sanciones más importantes.

Ese andar tras las rupias de los pequeños terratenientes y de los campesinos más acomodados encierra aspectos esperanzadores. En primer lugar demuestra que, siempre hay una alternativa aprovechable para hacer girar las palancas de la sociedad tradicional, hay muchos campesinos ambiciosos dispuestos a asirla. Puede que sea ésa la manera como la India efectúe la transición a la agricultura comercial, muy aproximadamente según el modelo francés de los siglos XVIII y XIX. Es también probable que la tecnología moderna posibilite eliminar los aspectos más retardatarios y paralizadores de la agricultura intensiva campesina. Pero hay peligros políticos. El proletariado rural de la India está atado al orden vigente por las obligaciones de casta y una parcela como un puño. Parece probable que los futuros cambios se dirijan hacia una más plena desintegración de los vínculos tradicionales y hacia el trabajo asalariado, y no hacia una modificación de los vínculos patriarcales como en el caso japonés. Si las tendencias que hoy prevalecen persisten, los vínculos tradicionales están condenados a gastarse más y más. Se da ya una multitudinaria emigración hacia los suburbios, donde la agitación comunista halla considerable eco. De no encontrarse lugar en la sociedad para la masa de mano de obra flotante liberada por la transformación a lo NEP del campo, las consecuencias políticas podrían ser explosivas.

Si ahora dejamos atrás la aldea y nos esforzamos por ganar una perspectiva final sobre la cuestión en conjunto, tenemos derecho a preguntarnos: ¿cuál es la razón última de un estancamiento tan firme y un progreso tan vacilante? La causa inmediata es, casi de seguro, el relativo fracaso de la economía de mercado en penetrar a fondo en el campo y poner en una nueva situación a los campesinos, que, según todos los indicios, serían capaces de responder con un fuerte aumento de la productividad. La estructura de la sociedad aldeana no constituye sino un obstáculo secundario, mudadizo a tenor de las circunstancias externas. Concentrarse en las resistencias locales, mandar equipos y equipos de antropólogos a estudiar el campo, significa de hecho distraer la atención de las máximas fuentes de dificultades, los artífices de la política gubernamental en Delhi. Ya diremos más al respecto en breve. Detrás del débil empuje del mercado, está el fracaso en encauzar hacia la construcción industrial los recursos que genera, ciertamente, la agricultura. Un sondeo más profundo, con una ojeada a otros países, muestra que el curso de la evolución histórica de la India ha sido tal, que no ha crecido ninguna clase con gran interés en reencauzar el excedente agrícola de modo que el proceso del desarrollo industrial pudiera arrancar. El movimiento nacionalista debió su respaldo popular al campesinado y, a través de Ganhdi, se empapó de su ideología.

Un análisis sociológico apenas puede ya ahondar más. Yo sospecho que llegar adonde hemos llegado ya

es meterse en honduras, y que Nehru, personalmente, debiera cargar con una parte muy onerosa de la culpa. Concentrarse en exceso en las circunstancias y en las dificultades objetivas conduce al engaño de olvidar que los grandes dirigentes políticos son aquellos que ejecutan importantes cambios institucionales *a despecho de* los obstáculos. Nehru fue un dirigente político muy poderoso. Negar que tenía vasto terreno para maniobrar parece absurdo. Sin embargo, en el asunto más decisivo de todos, su política fue pura retórica e inercia. El clima de acción vino a ser un sustitutivo para la acción. A este último respecto, cuando menos, la democracia india no es un caso único.

A tal juicio, el observador liberal occidental replica casi automáticamente que, aun cuando la política agraria india —de hecho la política económica india entera—, haya sido tan pródiga en palabras como escasa en realizaciones, a lo menos no ha caído en la brutalidad de la modernización comunista. En aras de la democracia, siguen arguyendo, es necesario sacrificar un tanto la velocidad.

Esa confortable generalización pasa por alto el espantoso precio en sufrimiento humano que importa una política de *festina lente* en la situación india. Medirlo en frías estadísticas es imposible. Pero tres o cuatro cifras bastarán para dar una idea aproximada de su magnitud. En 1924 y 1926, la All India Conference of Medical Research Workers estimó que la India sufría entre cinco y seis millones de muertes al año en virtud solamente de enfermedades previsibles.[210] Tras el hambre de 1943, la Bengal Famine Commission concluyó que se produjeron alrededor de un millón y medio de muertes «resultado directo del hambre y las epidemias que trajo consigo».[211] Aunque el desbarajuste del período bélico contribuyó a tan trágicas secuelas, fundamentalmente el hambre era un producto de la estructura social india.[212] La enorme mortalidad solo afecta a quienes han caído por debajo de la línea que separa el éxito del fracaso en la pura supervivencia biológica. De por sí, tales cifras nada dicen de enfermedad, miseria, inmundicia y bruta ignorancia perpetuada por creencias religiosas entre los millones de hombres que están por encima de la línea divisoria. El aumento incesante de la población, por otro lado, implica que la amenaza de muerte en proporciones masivas seguirá cerniéndose en el horizonte a menos que el ritmo del desarrollo se acelere muy aprisa.

A vuelta de lo dicho, es necesario puntualizar que, si democracia significa la oportunidad de tener un papel significativo en la determinación del destino de uno mismo como ser humano racional, la democracia no existe en la India. El campesino indio aún ni ha adquirido una sociedad democrática. El «renacimiento» *panchayat*, según he indicado arriba, es ante todo retórica romántica. De hecho el Programa de Desarrollo de la Comunidad se ha impuesto desde arriba. Quienes trabajan en él han tendido a despojarse de mucho de su idealismo democrático, a concluir que los procesos democráticos son «demasiado lentos» y a orientar su conducta hacia «resultados» —a menudo estadísticas tan frívolas como el número de silos para abonos— que satisfagan a sus superiores.

La cosa de que el Programa haya sido impuesto des-

de arriba no es de suyo mala. En los programas, lo que importa es el contenido. Sólo se puede criticar el dirigismo burocrático en abstracto, a partir de un concepto de la democracia que excluya toda interferencia con la manera como los seres humanos conducen sus vidas, por ignorantes o crueles que sean debido a su historia. Quienquiera que sustente ese concepto formalista de la democracia tendría que aceptar el hecho de que grandes sectores del campesinado indio no quieren desarrollo económico. No lo quieren por las razones que he tratado de explicar. El único programa pertinente, desde tal punto de vista, sería abandonar todo programa y dejar que los campesinos indios se revuelquen en la inmundicia y se repudran en la enfermedad hasta que mueran de hambre. Son resultados que difícilmente complacerían a ningún género de teorizantes democráticos.

Otras orientaciones políticas más realistas podrían agruparse conforme a los tipos de interferencias utilizados y sus precios relativos. Cuál de ellos se adoptará, si es que se adopta alguno, para impedir que el Estado indio se desmorone según sus actuales líneas de fractura, es harina de otro costal, y no me propongo entrar en ello.

Si la orientación política imperante hoy en día persistiera invariada en sus directrices mayores, cabe prever que se mantendría asimismo un ritmo muy lento de desarrollo, obra sobre todo del estrato superior del campesinado al seguir dándose a formas campesinas de agricultura comercial. El peligro implícito ya se ha apuntado arriba: el continuo engrosamiento de un proletariado urbano y rural a un ritmo cada vez más rápido. Tal orientación política podría engendrar con

el tiempo su antítesis, aunque las dificultades para el triunfo de un golpe radical en la India son enormes.

Desde un punto de vista democrático, sería mucho más deseable que el gobierno encauzara y utilizara esas mismas tendencias para sus propios fines. Ello requeriría desechar las doctrinas gandhianas (cosa quizá no tan improbable con la nueva generación administrativa que está llegando al poder) y dar rienda suelta a los estratos superiores del campo, pero gravando sus beneficios y organizando los mecanismos del mercado y del crédito de tal manera, que se eliminara al prestamista. Si el gobierno, procediendo así, lograra explotar el excedente generado ya hoy por la agricultura y fomentar su multiplicación, podría hacer mucho más en la industria a base de sus propios recursos. A medida que la industria se desarrollara, iría absorbiendo la mano de obra sobrante liberada en el campo y ampliaría el mercado cada vez más aprisa según un proceso continuamente acelerado. Los esfuerzos por llevar tecnología y recursos modernos a la puerta de la casa campesina iban entonces a dar fruto.[213]

Queda una tercera posibilidad: valerse mucho más de la compulsión, aproximándose al modelo comunista. Aun cuando fuese factible ensayarla en la India, me parece sumamente improbable que cuajase. Dadas las condiciones indias, creo que durante largo tiempo ninguna autoridad política —por inteligente, abnegada e implacable que fuese— podría hacer aceptar una política agraria revolucionaria. El país es aún demasiado diverso y demasiado amorfo, aunque quizás ello cambie gradualmente. El problema administrativo y político de impo-

ner un programa colectivista contra las barreras de la casta y la tradición en cuarenta lenguas parece demasiado formidable para que nos detengamos más en él.

A la cuenta, pues, no hay sino una sola línea política realmente prometedora, lo cual, repito, no implica predecir que será la adoptada. En todo caso, si es que han de darse cambios, siempre habrá necesidad de un fuerte elemento de coerción. De no producirse algún milagro técnico que permita a cada campesino indio cultivar abundancia de víveres en un vaso de agua o en una escudilla de arena, se tendrá que aplicar el trabajo de un modo mucho más eficaz, introducir adelantos técnicos y hallar medios para abastecer a los habitantes de las ciudades. Siempre será menester o bien una coerción disfrazada a escala masiva, como en el modelo capitalista, por ejemplo el japonés, o una coerción más directa próxima al modelo socialista. Lo trágico del caso es que los pobres siempre cargarán con las costas más onerosas de la modernización, lo mismo si se emprende bajo auspicios socialistas que bajo auspicios capitalistas. La única justificación para imponérselos es que, si no, estarían cada vez peor. Tal y como están las cosas, el dilema es ciertamente cruel. Cabe compadecer a los responsables de zanjarlo. Pero negar que existe es el colmo de la irresponsabilidad intelectual y política.

TERCERA PARTE

INFERENCIAS Y PROYECCIONES TEÓRICAS

VII

LA RUTA DEMOCRÁTICA HACIA LA SOCIEDAD MODERNA

Según nuestra perspectiva presente, podemos acto seguido esbozar las características mayores de las tres rutas hacia el mundo moderno. La más antigua de ellas combinó capitalismo y democracia parlamentaria tras una serie de revoluciones: la Revolución Puritana, la Revolución Francesa, y la Guerra Civil Americana. Aunque con reservas, consideradas en lugar posterior de este capítulo, la he llamado ruta de la revolución burguesa, una ruta en que Inglaterra, Francia y los Estados Unidos entraron en momentos sucesivos y con sociedades profundamente distintas en el punto de arranque. El segundo camino fue también capitalista, pero, al faltar toda oleada revolucionaria intensa, pasó por formas políticas reaccionarias hasta culminar en el fascismo. Vale la pena subrayar que, gracias a revoluciones desde arriba, la industria alemana y la japonesa pudieron desarrollarse y florecer. La tercera ruta es la comunista. En Rusia y la China, revoluciones que tuvieron sus orígenes principales, si bien no exclusivos, en el campesinado posibilitaron la variante comunista. Por último, a mediados de la década 1960-1970, la India aún no ha emprendido sino de un modo muy vaci-

lante el proceso de transformarse en una sociedad industrial moderna. Hasta ahora no ha experimentado ni una revolución burguesa, ni una revolución conservadora desde arriba, ni una revolución comunista. ¿Va a ahorrarse la India los horrorosos costes de esas tres formas descubriendo alguna nueva variante, como se intentó bajo Nehru? ¿O tendrá que pagar el precio no menos horroroso del estancamiento? Tal es el espinoso problema que han de afrontar los sucesores de Nehru.

Hasta cierto punto, esos tres tipos —revoluciones burguesas que culminan en la forma occidental de democracia, revoluciones conservadoras desde arriba que paran en fascismo, y revoluciones campesinas que llevan al comunismo— pueden constituir rutas y opciones alternativas. Son mucho más claramente estadios históricos sucesivos. Como tales, presentan cierta relación unos con otros. Los métodos de modernización escogidos en un país cambian las dimensiones del problema para los países que dan el paso después, como reconoció Veblen al acuñar un término que hoy está de moda: «las ventajas del atraso». Sin la previa modernización democrática de Inglaterra, los métodos reaccionarios adoptados en Alemania y el Japón difícilmente habrían sido posibles. Sin las experiencias capitalista y reaccionaria, el método comunista habría sido algo enteramente distinto, caso de que hubiese llegado a existir. Es bien lógico pensar, incluso con cierta comprensión, que el apocamiento indio es en gran parte una reacción crítica negativa a las tres formas de experiencia histórica previa. Aunque en la construcción de sociedades industriales ha habido ciertos problemas comunes, se trata en el fondo de una tarea siempre cambiante. Las precondiciones históricas de cada especie política mayor difieren fuertemente de las del resto.

Se dan también sensibles diferencias dentro de cada tipo mayor, quizá sobre todo en la variante democrática, al lado, claro está, de significativas semejanzas. En este capítulo trataremos de hacer justicia a ambas en el curso del análisis de ciertas características sociales agrarias que han contribuido al desarrollo de la democracia occidental. Explicitemos una vez más qué significa esa frase un tanto sonora, aunque las definiciones de la democracia tienen la virtud de desviar la atención de los problemas reales a hueros juegos de palabras. El autor ve el desarrollo de la democracia occidental como una larga lucha —inacabada, por supuesto— para alcanzar estos tres objetivos estrechamente interrelacionados: *a*) eliminar a los gobernantes arbitrarios, *b*) sustituir los regímenes arbitrarios por otros justos y racionales, y *c*) lograr que el pueblo participe en la constitución de los regímenes. La decapitación de reyes ha sido el aspecto más dramático, y de ningún modo el menos importante, de la primera tendencia. Los esfuerzos por establecer el imperio de la ley, el poder de la legislatura, y más tarde por utilizar el Estado como un motor para el bien social son aspectos bien conocidos de las otras dos.

Una consideración detallada de las fases iniciales de las sociedades premodernas caería fuera del ámbito de esta obra, pero conviene a lo menos plantear bre-

vemente la cuestión de la diversidad de puntos de arranque. ¿Hay diferencias estructurales en las sociedades agrarias que puedan ya favorecer el subsiguiente desarrollo hacia la democracia parlamentaria ya dificultar el logro de ésa, o incluso excluirlo de raíz? Cierto, el punto de arranque no determina del todo el curso subsiguiente de la modernización. La sociedad prusiana del siglo XIV presentaba muchos de los rasgos que preludiaron la democracia parlamentaria en la Europa occidental. Los cambios decisivos que alteraron fundamentalmente el curso de la sociedad prusiana y, a la larga, de la alemana tuvieron lugar en los siglos XV y XVI. Sin embargo, aunque los puntos de arranque no sean de por sí decisivos, unos pueden ser mucho más favorables que otros a los desenvolvimientos democráticos.

Hay buenos argumentos, pienso yo, para sustentar la tesis de que el feudalismo occidental contuvo ciertas instituciones que lo distinguieron de otras sociedades en el sentido de favorecer las posibilidades democráticas. El historiador alemán Otto Hintze, con su exposición de los órdenes sociales de la sociedad feudal (*Stände*), ha acabado quizá de hacerla convincente, si bien continúa siendo materia de animado debate entre los eruditos.[1] Para nuestros propósitos, el aspecto más importante fue que se desarrollara la noción de la inmunidad de ciertos grupos y personas al poder del soberano, así como la del derecho de resistir a la autoridad injusta. Junto con la del contrato como un compromiso mutuo libremente convenido por personas libres, derivada de la relación feudal de vasallaje, todo ese complejo de ideas y prácticas constituye un legado decisivo de la sociedad europea medieval a las modernas concepciones occidentales de una sociedad libre.

Dicho complejo no ha existido más que en la Europa occidental. Sólo en ella se dio aquel delicado equilibrio entre excesivo y escaso poder real que comunicó un fuerte ímpetu a la democracia parlamentaria. Se han dado en otras partes multitud de semejanzas parciales, pero parece faltarles o alguno de los ingredientes constitutivos o la proporción justa entre ellos observable en la Europa occidental. La sociedad rusa también desarrolló un sistema de estados, los *sosloviia*. Pero Iván *el Terrible* subyugó a la nobleza independiente. La tentativa de recuperar sus privilegios sólo vino después de acabarse con la mano dura de Pedro *el Grande* y redundó en obtener privilegios sin las correspondientes obligaciones ni representación corporativa en el sistema de gobierno. La China burocrática engendró el concepto del Mandato del Cielo, que dio algún color de legitimidad a la resistencia contra la opresión injusta, pero sin ninguna idea firme de inmunidad corporativa, algo que los oficiales-eruditos crearon hasta cierto punto en la práctica y contra el principio básico de la política burocrática. Hubo feudalismo en el Japón, pero con poco acento en la lealtad a los superiores y a un monarca divino. Careció del concepto de compromiso entre personas teóricamente iguales. En el sistema de castas indio, cabe percibir fuertes tendencias hacia los conceptos de inmunidad y de privilegios corporativos, pero asimismo sin la teoría ni la práctica del contrato libre.

Los esfuerzos por hallar una sola explicación comprensiva de todas esas diferencias, estimulados por algunas observaciones improvisadas de Marx y culminados en la tesis polémica de Wittfogel en torno al despotismo oriental, que se basaría en el control del suministro de agua, no han tenido mucha fortuna. Ello no quiere decir que vayan mal dirigidos. El suministro de agua es, probablemente, una noción demasiado estrecha. Pueden surgir despotismos tradicionales dondequiera que una autoridad central sea capaz de ejecutar o supervisar tareas esenciales a la vida de toda la sociedad. Antaño un gobierno tenía mucho menos al alcance que ahora crear situaciones que implicaran su propia definición de qué tareas son esenciales a la sociedad en conjunto y conseguir que el pueblo las aceptara pasivamente. De ahí que proceder según esa hipótesis centrada en la realización de tareas esenciales sea algo menos arriesgado cuando se trata de sociedades preindustriales que no lo sería para las modernas. Por otra parte, parece también haber un campo de elección mucho más amplio de lo que se había supuesto en el nivel político en que una sociedad organiza la división del trabajo y el mantenimiento de la cohesión social. Pueden constituir el nivel básico, en sociedades de tecnologías agrarias generalmente similares, ya la aldea campesina, ya el feudo feudal, ya, incluso, una tosca burocracia territorial.

Tras ese breve análisis de las variaciones en el punto de arranque, vayamos al proceso mismo de modernización. Una cosa está bastante clara. La persistencia del absolutismo real o, más generalmente, de un régimen burocrático preindustrial hasta tiempos modernos ha creado condiciones desfavorables a la democracia del tipo occidental. Las dispares historias de la China, Rusia y Alemania convergen en ese punto. Es un hecho curioso que, en los siglos XVI y XVII, se establecieran poderosos gobiernos centrales, que podemos llamar, imprecisamente, absolutismos reales o burocracias agrarias, en todos los países de primer orden examinados en relación con ese estudio (excepto, ni que decir tiene, los Estados Unidos), a saber Inglaterra, Francia, la parte prusiana de Alemania, Rusia, la China, el Japón y la India. Se deba a lo que se deba (aquí no trataré de averiguarlo), tal hecho constituye un buen asidero, aunque parcialmente arbitrario, para fijar los inicios de la modernización. Por muy desfavorable que haya sido su persistencia, las instituciones monárquicas fuertes cumplieron al principio una función indispensable: refrenar la turbulencia de la nobleza. La democracia no podía crecer y florecer a la sombra del pillaje eventual de barones merodeadores.

Otra precondición decisiva para la democracia moderna, verificada también en los albores de la era moderna en Europa, ha sido el establecimiento de cierto equilibrio entre la corona y la nobleza, en que el poder real predominaba, pero dejando un alto grado de independencia a la nobleza. El concepto pluralista de que una nobleza independiente es un factor esencial en el desarrollo de la democracia tiene firme base en la realidad histórica. Depara apoyo comparativo a esa tesis la ausencia de tal factor en la India de Akbar y la China manchú, o quizá, más exactamente, el que no llega-

ra a establecerse en ellas un estatuto aceptable y legítimo para el grado de independencia que de hecho existía. Las maneras como se ha forjado la independencia de la nobleza son asimismo importantes. En Inglaterra, base de la probanza positiva, la Guerra de las Dos Rosas diezmó a la aristocracia rural, cosa que hizo considerablemente más fácil el establecimiento de una forma de absolutismo real bastante más moderada que en Francia. Vale la pena recordar que el logro de tal equilibrio, tan caro a la tradición liberal y pluralista, ha sido el fruto de métodos violentos y, ocasionalmente, revolucionarios, que los liberales contemporáneos suelen recabar.

Cabe aquí preguntarse qué sucede si la aristocracia rural trata de librarse de los controles reales faltando una clase urbana numerosa y con poder político. O, de quererse plantear la cuestión en una forma menos precisa, qué sucede si la nobleza busca libertad y no hay, por otro lado, una revolución burguesa. Creo que se puede afirmar sobre seguro que el resultado es sumamente desfavorable a la versión democrática occidental. En Rusia, durante el siglo XVIII, la nobleza de servicio logró que sus obligaciones para con la autocracia zarista quedaran rescindidas; a la vez, retuvo y hasta aumentó sus dominios y su poder sobre los siervos. El proceso entero fue bien desfavorable a la democracia. La historia alemana, en algunos aspectos, resulta todavía más reveladora. Allí la nobleza llevó adelante la lucha contra el Gran Elector separadamente, en general, de las ciudades. Muchas de las exigencias aristocráticas de entonces se asemejan a las planteadas en Inglaterra: voz en el gobierno y, sobre todo, en los métodos gubernamentales de reunir dinero. Pero el resultado no fue democracia parlamentaria. La debilidad de las ciudades ha sido una característica constante de la historia alemana desde que, tras su florecimiento en la Baja Edad Media en la Alemania meridional y occidental, pasaron a decaer.

Sin entrar en más detalles ni considerar los materiales asiáticos que apuntan en la misma dirección, nos limitaremos a hacer constar nuestro profundo acuerdo con la tesis marxista de que una clase urbana vigorosa e independiente ha sido un elemento indispensable en el desarrollo de la democracia parlamentaria. Sin burguesía, no hay democracia. De circunscribirnos estrictamente al sector agrario, no saldría a escena el principal actor. Con todo, los actores del campo han representado un papel lo bastante lucido para merecer cuidadosa atención. Y si quisiéramos escribir historia a base de héroes y bellacos, actitud que el autor de hoy rechaza, diríamos que, si el bellaco totalitario ha vivido a veces en el campo, el héroe democrático de las ciudades ha tenido en él importantes aliados.

Tal fue el caso, por ejemplo, de Inglaterra. Mientras estaba afianzándose en Francia, gran parte de Alemania y Rusia, el absolutismo experimentó su primer refrenamiento grave en suelo inglés, donde, a decir verdad, el impulso por establecerlo había sido mucho más débil. Ello se debió ante todo a que la aristocracia rural inglesa había empezado a adoptar actitudes comerciales en fecha temprana. Uno de los más decisivos determinantes que influyen sobre el curso de la evolución política

ulterior es el haberse o no aplicado la aristocracia rural a la agricultura comercial y, en caso de que si lo haya hecho, la forma revestida por esa comercialización.

Intentemos ver el fenómeno en sus principales contornos y según una perspectiva comparativa. En el sistema europeo de la Edad Media, el señor feudal retenía para sí cierta porción de su dominio. Los campesinos se la labraban en compensación de que el señor les protegía y administraba justicia —con mano dura, a menudo, y persiguiendo sus propios intereses materiales. Los campesinos explotaban otra porción de la tierra señorial, donde cultivaban plantas comestibles para las necesidades familiares y tenían sus moradas. Una tercera porción, consistente por lo regular en bosques, corrientes de agua y prados, y calificada de comunal, servía como fuente de combustible, caza y pastos así para el señor como para sus colonos. En parte a fin de asegurar al señor un suministro adecuado de mano de obra, los campesinos estaban atados al suelo, en diversas formas. No cabe duda que el mercado tuvo un papel importante en la economía agraria medieval, más importante —incluso en tiempos bastante primitivos— de lo que se había supuesto. Sin embargo, en contraste con fases ulteriores, el señor y sus colonos formaban una comunidad considerablemente autárquica capaz de cubrir gran parte de sus necesidades a base de los recursos e industrias locales. Con innumerables variaciones, tal sistema prevaleció en vastas latitudes de Europa. No existió en la China. El Japón feudal presentó significativas analogías con él, y asimismo ciertas regiones de la India.

El desarrollo del comercio en las ciudades y las exigencias tributarias de los gobernantes absolutistas acarrearon, entre otras muchas secuelas, que el señor necesitara más y más dinero. Se produjeron tres grandes reacciones, en distintas partes de Europa. La aristocracia rural inglesa tendió a adoptar una forma de agricultura comercial que implicaba soltar a los campesinos para que se las arreglaran por sí mismos como mejor pudiesen. La francesa les dejó generalmente en posesión *de facto* del suelo. En las zonas donde pasó a practicar el comercio, lo hizo así compeliendo a los campesinos a entregar una parte de su producción, que después el noble vendía. La tercera variante, la reacción feudal, tuvo lugar en el Este de Europa. Los *Junker* del este de Alemania redujeron a campesinos anteriormente libres a la servidumbre para cultivar y exportar granos. En Rusia, se dio un proceso similar, pero debido, mucho más que a causas económicas, a causas políticas. Las exportaciones de granos sólo llegaron a ser un rasgo capital del paisaje económico y político ruso en el siglo XIX.

En Inglaterra, el giro de la aristocracia rural hacia la agricultura comercial eliminó mucho de lo que quedaba de su dependencia respecto a la corona y engendró una gran dosis de su hostilidad contra las torpes tentativas absolutistas de los Estuardos. Por otro lado, la forma que tomó la agricultura comercial, en contraste con el caso del este de Alemania, creó una considerable comunidad de intereses con las ciudades. Ambos factores fueron causas importantes de la Guerra Civil, y de la victoria final del parlamentarismo. Sus

efectos, intensificados por nuevas causas, siguieron siendo importantes a lo largo de los siglos XIX y XX.

Aún se pondrán más de manifiesto si comparamos la experiencia inglesa con experiencias de otros tipos. Generalmente hablando, hay otras dos posibilidades. El impulso comercial de las clases altas rurales puede ser bastante débil. Donde suceda eso, el resultado será la subsistencia de ingentes masas campesinas, que, en el mejor de los casos, constituyen un tremendo problema para la democracia, y, en el peor, la base de una revolución campesina ductiva a una dictadura comunista. La otra posibilidad es que las clases altas rurales se valgan de diversas palancas políticas y sociales para retener la mano de obra en el campo y controlarla, haciendo mediante ella su transición a la agricultura comercial. De combinarse ese hecho con una cantidad considerable de desarrollo industrial, el resultado será casi de seguro lo que conocemos por fascismo.

El papel que han tenido las clases altas rurales en la creación de gobiernos fascistas, lo debatiremos en el próximo capítulo. Aquí sólo necesitamos notar, *a*), que la forma adoptada de agricultura comercial ha sido tan importante como la comercialización misma, y *b*), que la falta al principio de formas idóneas de agricultura comercial dejó abierta con todo otra ruta hacia las instituciones democráticas modernas. Ambos fenómenos son obvios en la historia francesa y norteamericana. En muchas regiones de Francia, la agricultura comercial alteró poco la sociedad campesina, pero sacó más del campesinado, con lo que contribuyó al avance de fuerzas revolucionarias. En la mayor parte del país, el

impulso de la nobleza hacia la agricultura comercial fue débil en comparación con Inglaterra. Pero la Revolución descalabró a la aristocracia y abrió el camino hacia la democracia parlamentaria. En los Estados Unidos, el esclavismo de plantación fue un aspecto importante del desarrollo capitalista. Por otro lado, para decirlo comedidamente, era una institución desfavorable a la democracia. La Guerra Civil superó el obstáculo —aunque sólo hasta cierto punto. En términos generales, el esclavismo de plantación no es sino la forma más extrema de las adaptaciones represivas al capitalismo. Lo hacen desfavorable a la democracia tres factores. Contribuye a que las clases altas rurales necesiten un Estado con un potente aparato represivo, un Estado, pues, que imponga todo un clima de opinión política y social desfavorable a la libertad humana. Contribuye también a que el campo prepondere sobre las ciudades, que pueden volverse meras estaciones de transbordo para exportar a mercados distantes. Quedan aún, por último, los efectos embrutecedores de una relación de tal suerte entre *élite* y mano de obra, particularmente graves en las economías de plantación donde los labriegos pertenecen a una raza distinta.

La transición a la agricultura comercial es a todas luces un paso muy importante. Ahora bien, ¿cómo hemos de explicar por qué se ha dado o ha dejado de darse? Un sociólogo moderno tendería a emitir una explicación en términos culturales. Para aquellos países donde la agricultura comercial no ha llegado a desarrollarse en gran escala, haría quizás hincapié en el carácter inhibitorio de tradiciones aristocráticas como

el concepto del honor y la actitud negativa respecto a la ganancia pecuniaria y el trabajo. En los inicios de esta investigación, también yo tendí a buscar tales explicaciones. Pero, a medida que los datos fueron acumulándose, surgieron más y más motivos para adoptar una actitud escéptica ante un plan de ataque culturalista. Los problemas generales que plantea su uso serán debatidos más abajo.

Para ser convincente, una explicación cultural debería demostrar, por ejemplo, que las tradiciones militares y los conceptos de rango y honor eran considerablemente más débiles entre las clases altas rurales de Inglaterra que no, digamos, entre las de Francia. Aunque la aristocracia inglesa tuvo menos de grupo cerrado que la francesa y ninguna regla formal de *dérogeance*, es dudoso que esas diferencias culturales basten para explicar las diferencias en conducta económica. ¿Y qué pensar de la nobleza del Este de Alemania, que pasó de la colonización y conquista a la empresa de exportar granos? Más digno de consideración es aún el hecho de que, entre las *élites* rurales cuyo impulso comercial parece débil si se compara con el de las inglesas, hallemos a menudo una crecida minoría que ha realizado con buen éxito la tentativa de practicar el comercio allí donde las condiciones locales eran favorables. Así, la agricultura comercial orientada hacia la exportación se desarrolló bien en ciertas partes de Rusia.

Las anteriores observaciones hacen ver cuán importantes no son las diferencias en las facilidades para adoptar la agricultura comercial, sobre todo la existencia de un mercado en ciudades próximas y de métodos

idóneos de transporte —en particular, antes del ferrocarril, por agua, para las mercancías voluminosas. Pese a la obvia importancia de las variaciones en cuanto a suelo y clima, también ahí se mueve entre bastidores la burguesía como protagonista del drama. Los factores políticos han tenido asimismo un papel decisivo. Dondequiera que los terratenientes han podido utilizar el aparato coercitivo del Estado para quedarse con las manos cruzadas e ir colectando las rentas, fenómeno muy difundido en Asia y bastante en la Francia y la Rusia prerrevolucionarias, ha sido nulo, claro está, el incentivo para que se aplicaran a adaptaciones menos represivas.

Aunque el tema de la agricultura comercial entre los campesinos no es de tanta consecuencia para la democracia, conviene aquí decir dos palabras sobre él. De un modo general, el desenlace del problema campesino por la transformación del campesinado en algún otro tipo de formación social parece augurar lo mejor a la democracia. Con todo, en las pequeñas democracias clientes de Escandinavia y Suiza, los campesinos han venido a ser parte de sistemas democráticos gracias a la práctica de formas bastante especializadas de agricultura comercial, en particular la elaboración de productos lácticos, para los mercados urbanos. Allí donde, a primera vista, se obstinan en no aceptar tales cambios, como por ejemplo en la India, no es difícil configurar una explicación en torno a circunstancias objetivas. A menudo no existe una auténtica oportunidad de mercado. Para gente que vive cerca del margen de la existencia física, la modernización resulta sin

duda demasiado arriesgada, sobre todo si es de presumir que, con las instituciones sociales en vigor, los beneficios se los llevarían otros. Lo único que tiene sentido, en esas circunstancias, es adaptarse a un nivel de vida abismalmente bajo y reducir las esperanzas al mínimo. Localmente, cuando las circunstancias son distintas, se producen a veces cambios dramáticos en corto espacio de tiempo.

Hasta aquí nos hemos centrado en dos variables mayores, las relaciones de las clases altas rurales con la monarquía y cómo respondieron a las exigencias de producción para el mercado. Hay aún otra variable mayor, ya mencionada de paso: la relación de las clases altas rurales con los habitantes de las ciudades, sobre todo con el estrato superior de los mismos, que podemos llamar imprecisamente burguesía. Las coaliciones y contracoaliciones entre y a través de esos dos grupos han constituido, y en algunas partes todavía constituyen, el cuadro y el ambiente básicos de la acción política, formando la serie de oportunidades, tentaciones e imposibilidades dentro de que han tenido que actuar los líderes políticos. En términos muy generales, el problema que se nos plantea entonces es tratar de identificar en la relación entre las clases altas rurales y los ciudadanos aquellas situaciones que hayan contribuido al desarrollo de una sociedad relativamente libre en los tiempos modernos.

Empecemos por recordar ciertas líneas de fractura naturales entre ciudades y campo y dentro de uno y otro sector de la población. En primer lugar, está el consabido conflicto de intereses entre la exigencia urbana de comestibles baratos y altos precios para los artículos producidos en las ciudades y el deseo rural de altos precios para los comestibles y productos artesanales y fabriles baratos. Ese conflicto puede cobrar cada vez mayor importancia con la expansión de una economía de mercado. Las diferencias de clase, tales como las existentes entre rentistas y campesinos en el campo, y entre maestro y oficial, fabricante y obrero industrial en la ciudad, cortan al través la hendidura rural-urbana. Allí donde los intereses de los estratos superiores de la ciudad y el campo converjan contra los campesinos y obreros, el resultado será probablemente desfavorable a la democracia. Con todo, la cosa depende en gran parte de las circunstancias históricas en que surja tal alineación.

Un caso muy significativo de intereses convergentes entre segmentos mayores de la aristocracia rural y de las clases altas urbanas tuvo lugar en la Inglaterra de los Tudor y Estuardo. En ella la convergencia se produjo en un estadio primitivo del curso de la modernización y dentro de circunstancias que empujaban a ambos grupos a oponerse a la autoridad real. Esos aspectos son de decisiva importancia para explicar los resultados democráticos. En contraste con la situación de la Francia contemporánea, donde los fabricantes se dedicaban sobre todo a producir armas y artículos de lujo para el rey y la aristocracia cortesana, la burguesía inglesa era vigorosa e independiente, con vastos intereses en un comercio de exportación.

Por el lado de la nobleza y la *gentry* rurales, reconocemos también una serie de factores favorables. El

comercio lanero había venido afectando al campo en el curso del siglo XVI, y ya antes, y conducido a *enclosures* para apacentar al ganado lanar. Los sectores de las clases altas dedicados a su crianza, una minoría, pero influyente, necesitaban de las ciudades, que exportaban la lana, situación bien distinta de la del Este de Alemania, donde la producción cerealista, en manos de los *Junker*, seguían caminos que no pasaban por las decadentes ciudades.

La convergencia entre las clases altas rurales y urbanas de Inglaterra antes de la Guerra Civil, tal que favoreció la causa de la libertad, constituye un fenómeno único para los grandes países. Quizá la situación más amplia de que formó parte sólo puede darse una vez en la historia humana: la burguesía inglesa, desde el siglo XVII hasta más allá de la mitad del siglo XIX, pudo tener un máximo de interés material en la libertad humana porque era la primera burguesía y aún no había hecho llegar a colmo las pujanzas de sus rivales exteriores e interiores. Tal vez sea útil, sin embargo, expresar ciertas inferencias de la experiencia inglesa en forma de hipótesis generales sobre las condiciones en que la colaboración entre sectores influyentes de las clases altas urbanas y rurales podrían ser favorables al desarrollo de la democracia parlamentaria. Como ya se ha indicado, es importante que la fusión tenga lugar contra la burocracia real. En segundo lugar, parece necesario que los líderes comerciales e industriales estén en vías de ser el elemento social dominante. Dadas esas condiciones, las clases altas rurales pueden adoptar hábitos burgueses, y no por simple mimetismo,

sino como respuesta a las circunstancias generales y a su propia situación. Todo ello sólo puede suceder, parece, en un estadio primitivo del desarrollo económico. Parece también sumamente improbable que se repita hoy en ninguna parte del mundo.

En un estadio más avanzado, el tinte burgués facilita a las clases altas rurales la conquista de los puestos de mando político en una sociedad fundamentalmente burguesa, como lo era Inglaterra en el siglo XIX. Cabe sugerir aquí otros tres factores importantes. El primero, la existencia de un grado considerable de antagonismo entre el elemento comercial-industrial y las clases agrarias tradicionales. El segundo, que ésas mantengan una posición económica considerablemente firme. Ambos factores evitan que se forme un frente compacto de las clases altas contra las demandas de reforma y estimulan cierta dosis de competencia por el apoyo popular. Sugeriría también, por último, que la *élite* rural ha de ser capaz de transmitir parte de su actitud aristocrática a las clases comerciales e industriales.

Esa transmisión no se reduce al matrimonio desigual en que un noble de rancia estirpe puede salvar sus dominios uniéndose con un nuevo rico. La cosa involucra muchos sutiles cambios de actitud que, hoy por hoy, no penetran sino muy imperfectamente. Sólo conocemos la consecuencia: que las actitudes burguesas tienden a prevalecer, y no al contrario, como sucedió en Alemania. Los mecanismos por que se produce tal ósmosis no están ni con mucho claros. Sin duda el sistema educativo tiene un papel importante, aunque, de por sí, difícilmente podría ser decisivo. Creo que en

ese punto una exploración de la literatura biográfica, tan abundante en el caso de Inglaterra, resultaría muy fructífera, pese al tabú inglés sobre el tema estructura social, no menos fuerte a veces que el relativo al sexo. Allí donde las líneas de fractura sociales, económicas, religiosas y políticas no coincidan demasiado, es menos probable que los conflictos lleguen a ser tan apasionados y acres como para excluir la reconciliación democrática. El precio de tal sistema será, naturalmente, la perpetuación de una gran dosis de abuso «tolerable» —que lo es sobre todo para quienes se aprovechan del sistema.

La suerte del campesinado inglés sugiere otra condición del desarrollo democrático que bien podría ser decisiva por derecho propio. Aunque tal vez la «solución definitiva del problema campesino» de Inglaterra por las *enclosures* no fue tan brutal ni tan completa como ciertos autores pretéritos nos han llevado a pensar, pocas dudas caben acerca de que las *enclosures*, como parte de la revolución industrial, eliminaron el problema campesino de la política inglesa. De ahí que no quedaran masas campesinas para servir a los fines reaccionarios de las clases altas rurales, como en Alemania y el Japón. Tampoco para sostener revoluciones campesinas como en Rusia y la China. Por razones bastante distintas, los Estados Unidos escaparon asimismo a la plaga política de un problema campesino. No así Francia, la inestabilidad de cuya democracia durante los siglos XIX y XX se debe en parte a ese hecho.

La generalmente admitida brutalidad de las *enclosures* nos encara con las limitaciones de la posibilidad

de transiciones pacíficas a la democracia y nos recuerda los conflictos abiertos y violentos que han precedido su establecimiento. Es hora de restaurar la dialéctica, de tener presente el papel de la violencia revolucionaria. Gran parte de esa violencia, quizá sus rasgos más importantes, se originó de los problemas agrarios surgidos a lo largo del camino que ha llevado a la democracia occidental. La Guerra Civil Inglesa detuvo el absolutismo real y dio carta blanca a los comercializados grandes terratenientes para hacer su papel en la destrucción de la sociedad campesina durante los siglos XVIII y XIX. La Revolución Francesa quebró el poderío de una *élite* rural que aún era por la mayor parte precomercial, aunque sectores de ella habían empezado a adoptar nuevas formas que requerían mecanismos represivos para conservar la mano de obra. En ese sentido, como ya se ha notado, la Revolución Francesa constituyó un modo alternativo de crear instituciones favorables, con el tiempo, a la democracia. Por último, la Guerra Civil Americana arruinó también a una *élite* rural que era un obstáculo en el camino del avance democrático, pero, en ese caso, un obstáculo que se había desarrollado como parte del capitalismo.

Ya se crea que aquellos tres cataclismos favorecieron el desarrollo de la democracia liberal y burguesa o, al contrario, que lo entorpecieron, es preciso reconocer que fueron una parte importante del proceso en conjunto. Por sí solo, ese hecho justifica en considerable medida designarlas como revoluciones burguesas o, si se prefiere, liberales. Hay, sin embargo, positivas

dificultades en agrupar las revoluciones, o cualesquiera fenómenos históricos mayores. Antes de ir algo más lejos, conviene discurrir sobre ese punto.

Ciertas consideraciones muy generales hacen necesario adoptar amplias categorías de tal tipo. Es o debiera ser bastante obvio que instituciones como el feudalismo, la monarquía absoluta y el capitalismo germinan, florecen y se consumen. El hecho de que cualquier complejo institucional específico se desarrolle primero en un país y luego en otro, como el capitalismo en Italia, Holanda, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos sucesivamente, no es impedimento para una concepción generalmente evolutiva de la Historia. Ningún país recorre por sí mismo todos los estadios, sino que se limita a llevar el desarrollo a ciertas distancias dentro del marco de su propia situación e instituciones. Así, una revolución por la propiedad privada en los medios de producción tendrá buenas posibilidades de éxito en algunas fases, y en otras no. Desahuciadamente prematura tal vez, y nada más una corriente menor, en el siglo XIV o en el XVI, puede ser desahuciadamente anacrónica en la segunda mitad del siglo XX. Por encima y más allá de las, condiciones históricas concretas de un país particular en un momento dado, hay condiciones universales, como el punto de desarrollo de las artes técnicas y de la organización económica y política alcanzado en otros países, que influyen de recio sobre las perspectivas de una revolución.

Todos esos considerandos llevan a concluir que es necesario agrupar las revoluciones por los grandes resultados institucionales a que contribuyen. Mucha de

la confusión reinante y de la aversión a usar categorías amplias procede de que quienes aportan el sostén masivo a una revolución, quienes la dirigen y quienes se aprovechan a la larga de ella son clases de personas muy diversas. Con tal que esa complejidad esté clara en cada caso, tiene sentido (y aun es indispensable a fin de trazar distinciones y percibir semejanzas) considerar la Guerra Civil Inglesa, la Revolución Francesa y la Guerra Civil Americana como estadios en el desarrollo de la revolución burguesa-democrática.

La repugnancia a usar tal término está en parte justificada, y vale la pena puntualizar cómo puede ser engañoso. Para algunos autores, el concepto de revolución burguesa implica un crecer continuo en poder económico de las clases urbanas comerciales e industriales hasta que llega un momento en que el poder económico entra en conflicto con el poder político, todavía en manos de una clase dirigente tradicional basada sobre todo en la tierra. En ese punto, suponen, se produce una explosión revolucionaria que permite a las clases comerciales e industriales apoderarse de las riendas del poder e introducir los rasgos más significativos de la democracia parlamentaria moderna. Tal concepción no es del todo falsa. Para la misma Francia, se tienen buenos indicios del crecimiento en poder económico de un sector de la burguesía hostil a las cadenas impuestas por el *ancien régime*. Es tan simplificadora, sin embargo, que resulta una caricatura de lo que realmente aconteció. Para advertirlo, sólo necesitamos recordar: *a*) la importancia del capitalismo en el campo inglés, que permitió a la aristocracia rural inglesa seguir controlando la ma-

quinaria política hasta muy avanzado el siglo XIX; *b*) la debilidad del impulso puramente burgués en Francia, sus estrechos vínculos con el antiguo orden, su dependencia de aliados radicales durante la Revolución, la persistencia de la economía campesina en tiempos modernos; *c*) el que el esclavismo de plantación de los Estados Unidos se desarrollara como parte integrante del capitalismo industrial y obstaculizara, mucho más que el capitalismo, la democracia.

Conforme he apuntado hace un momento, la dificultad central está en que expresiones como revolución burguesa y revolución campesina amontonan indiscriminadamente a quienes hacen la revolución y a sus beneficiarios. Asimismo esos términos confunden los resultados legales y políticos de las revoluciones con los grupos sociales que toman parte activa en ellas. Las revoluciones campesinas del siglo XX han tenido su base masiva en los campesinos, principales víctimas luego de la modernización impuesta por gobiernos comunistas. Con todo, quiero advertirlo explícitamente, yo me mantendré inconsecuente en el uso de los términos. Al debatir las revoluciones campesinas, hablaremos de la principal fuerza popular que las impulsó, bien conscientes de que su resultado en el siglo XX fue el comunismo. En cuanto a las revoluciones burguesas, justifican el término una serie de resultados legales y políticos. Expresarse con una terminología consecuente exige la invención de nuevos términos, lo cual, me temo, no haría más que aumentar la confusión. El gran problema, al fin y al cabo, es qué sucedió y por qué sucedió, no el uso propio de las etiquetas.

Pues bien, parece claro, a lo menos tanto como es posible en tales materias, que la Revolución Puritana, la Revolución Francesa y la Guerra Civil Americana fueron sacudidas violentas en un largo proceso de cambio político conducente a lo que reconocemos como democracia occidental moderna. Ese proceso tuvo causas económicas, aunque, ciertamente, no fueron las únicas. Las libertades engendradas a través de él se muestran claramente interrelacionadas. Establecidas en conexión con el desarrollo del capitalismo moderno, presentan los rasgos de una época histórica específica. Elementos clave en el orden liberal y burgués de la sociedad son el derecho de voto, representación en un cuerpo legislativo que hace las leyes y, por tanto, es más que una mera estampilla para el poder ejecutivo, un sistema de leyes objetivo que, cuando menos en teoría, no confiere privilegios especiales a causa del nacimiento o rango heredado, salvaguardia de los derechos de propiedad y eliminación de las barreras a su uso heredadas del pasado, tolerancia religiosa, libertad de palabra y derecho de reunión. Aunque la práctica no corresponda ni con mucho a las declaraciones, hay marcas de sociedad liberal moderna generalmente reconocidas.

Uno de los rasgos decisivos de todo el proceso histórico que ha producido tal sociedad fue la doma del sector agrario, no menos importante que la mejor conocida de la clase obrera y, por supuesto, estrechamente relacionada con ella. La experiencia inglesa mueve incluso a pensar que el deshacerse de la agricultura como actividad social mayor es uno de los requi-

sitos previos para el éxito de la democracia. La hegemonía política de las clases altas rurales tenía que romperse o transformarse. Era preciso convertir al campesino en un granjero que produjese para el mercado y no para su propio consumo o el del propietario. En ese proceso, las clases altas rurales o bien pasaron a ser una parte importante de la corriente capitalista y democrática, como en Inglaterra, o bien, de venir a oponérsele, fueron arrolladas en las convulsiones de una revolución o guerra civil. En una palabra, o ayudaron a hacer la revolución burguesa o fueron destruidas por ella.

Para concluir esta disquisición, quizá sea útil concretar las condiciones que, al parecer, han revestido mayor importancia para el desarrollo de la democracia y, como piedra de toque de su verdad, confrontarlas con el caso indio. Si resulta que la presencia de algunas de ellas tiene una conexión demostrable con los aspectos más prósperos de la democracia parlamentaria en la India o con los orígenes históricos de los mismos y, en cambio, que la ausencia de otras la tiene con sus dificultades, quedarán no poco corroboradas.

La primera condición del desarrollo democrático que ha descubierto nuestro análisis es *el desarrollo de un equilibrio que evite una corona demasiado fuerte o una aristocracia rural demasiado independiente*. En el cenit de la India mogol, el poder de la corona fue abrumadoramente superior al de las clases altas. Sin derechos de propiedad firmes, el noble era, según una conocida frase de Moreland, o un servidor o un enemigo del poder soberano. La decadencia del sistema mogol liberó a las clases altas inclinando la balanza en el sentido

opuesto hacia un régimen de belicosos reyezuelos locales. Con todo, la tentativa que los británicos efectuaron durante el siglo XIX para crear en suelo indio una clase de vigorosos y progresivos terratenientes a semejanza de su variedad doméstica constituyó un rotundo fracaso. La sociedad india también ha fracasado en cumplir el segundo gran requisito previo: *la evolución hacia una forma apropiada de agricultura comercial*, ya por parte de la aristocracia rural, ya del campesinado. En vez de ello, la sombra protectora del orden público británico permitió que la población se multiplicara y que una clase compuesta de terratenientes parasíticos, junto con los prestamistas, esquilmaran mucho de lo que no se comían los campesinos. A su vez, esas circunstancias inhibieron en gran manera la acumulación de capital y el desarrollo industrial. Cuando vino la independencia, llegó en parte gracias al anhelo campesino de volver a una idealizada aldea del pasado, cosa que limitaría, y aun retardaría peligrosamente, la modernización efectiva del campo. Que todas esas particularidades han figurado entre los obstáculos al establecimiento y funcionamiento de una democracia firmemente cimentada no requiere aquí comentario.

Por otro lado, la partida de los británicos debilitó en gran manera el predominio político de la *élite* rural. Muchos dirían incluso que las reformas posteriores a la independencia han destruido tal poder. En ese aspecto, el desarrollo de instituciones democráticas ha seguido el modelo occidental. Cosa aún más importante, la ocupación británica, al apoyarse en la *élite* rural y favorecer los intereses comerciales de Inglaterra,

llevó a un sector considerable de las clases urbanas comerciales y empresariales a una actitud oposicionista. Ello previó la fatídica coalición entre una *élite* rural fuerte y una burguesía débil, liga que, según veremos con más detalle en el próximo capítulo, ha sido el origen social de regímenes y movimientos autoritarios de derechas en Europa y Asia. Así, pues, se han cumplido dos condiciones: *el debilitamiento de la aristocracia rural* y *la prevención de una coalición aristocrático-burguesa contra los campesinos y los obreros.*

En definitiva, la India constituye un importante ejemplo de país donde a lo menos la estructura formal de la democracia y una parte significativa de su sustancia, como la existencia de oposición legal y de cauces para la protesta y la crítica, han surgido sin una fase previa de violencia revolucionaria. (El Motín Cipayo fue sobre todo un asunto retrógrado.) Pero la falla de una quinta condición, *ruptura revolucionaria con el pasado*, y de cualquier movimiento intenso en ese sentido hasta la fecha cuenta entre las razones del prolongado atraso de la India y de las extraordinarias dificultades que encuentra en ella la democracia liberal. Algunos estudiosos de la India se han admirado de que la selecta *élite* nativa educada en Occidente se haya mantenido fiel al ideal democrático, cuando tan fácilmente habría podido demolerlo. Pero ¿por qué iba a querer demolerlo? ¿No suministra la democracia una racionalización para rechazar toda revisión a gran escala de una estructura social que mantiene sus privilegios? Para ser justos, debemos añadir que la tarea es formidable, como para desviar a cualquiera, incluso al más doctrinario radical, de asumir tamaña responsabilidad.

Aunque sería tentador seguir discutiendo ese punto, la política india sólo nos importa aquí en cuanto piedra de toque para una teoría de la democracia. Los logros y malogros de la democracia en la India, los obstáculos e incertidumbres que aún la embarazan, todo halla una explicación lógica en términos de las cinco condiciones aquí deducidas de la experiencia de otros países. Ello no constituye en absoluto una prueba. Pero, a mi juicio, es razonable sostener que esas cinco condiciones no sólo iluminan aspectos significativos de la historia india; también encuentran en ella sólido fundamento.

VIII

REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA Y FASCISMO

La segunda ruta hacia el mundo de la industria moderna, la que hemos calificado de capitalista y reaccionaria, está ante todo ejemplificada por Alemania y el Japón. En ambos países el capitalismo arraigó bastante de firme así en la agricultura como en la industria, y los convirtió en países industriales. Pero lo hizo sin producir un cataclismo revolucionario popular. Las tendencias que hubo en ese sentido fueron débiles, mucho más en el Japón que en Alemania, y en uno y otro caso se las desvió y aplastó. Entre otras causas, las condiciones agrarias y los tipos específicos de transformación capitalista que tuvieron lugar en el campo contribuyeron en gran manera a tales desbaratos y al débil impulso hacia formas democráticas occidentales.

Hay ciertas formas de transformación capitalista del campo que pueden cuajar económicamente, en el sentido de dar buenos provechos, pero que, por obvias razones, son desfavorables al desarrollo de instituciones libres de la variedad occidental ochocentista. Aunque a la larga se confunden, es fácil distinguir dos tipos generales. La aristocracia rural puede mantener intacta, como sucedió en el Japón, la sociedad agraria pree-

xistente, introduciendo sólo en ella los cambios necesarios para asegurar que los campesinos engendren un excedente lo bastante crecido que pueda apropiarse y vender con provecho. O puede arbitrar organizaciones sociales completamente nuevas en la línea del esclavismo de plantación. El esclavismo puro, en los tiempos modernos, suele ser obra de colonizadores de áreas tropicales. En algunas partes de la Europa oriental, sin embargo, las noblezas indígenas lograron reintroducir la servidumbre, que volvió a vincular a los campesinos al suelo, con resultados un tanto similares. Fue una forma intermedia entre las otras dos.

Lo mismo el sistema de mantener la sociedad agraria intacta, pero sacando más del campesinado, que el de usar mano de obra servil o semiservil y explotar con ella grandes unidades de cultivo requieren eficaces métodos políticos para extraer el excedente, retener a la mano de obra en su sitio y, en general, hacer funcionar el sistema. No todos esos métodos son políticos en un sentido estricto, claro está. En particular cuando se conserva la sociedad campesina, se efectúan toda suerte de tentativas para usar las relaciones y actitudes tradicionales como base de la posición del gran propietario. Como semejantes métodos políticos tienen consecuencias de peso, conviene darles un nombre. Los economistas distinguen entre un tipo de agricultura intensiva de mano de obra y otro de capital, según que el sistema utilice grandes cantidades de mano de obra o de capital. Quizá sea útil asimismo hablar de «sistemas represivos de mano de obra», de que el esclavismo no es sino un tipo extremo. La dificultad de tal con-

cepto está en que bien puede uno preguntarse qué tipo no se ha valido represivamente de la mano de obra. La distinción que estoy tratando de sugerir es la trazable entre el empleo de mecanismos políticos (usando el térinino «político» en un sentido lato, como se ha indicado arriba), por un lado, y la dependencia de un mercado de mano de obra, por el otro, al objeto de disponer de la mano de obra precisa para cultivar el suelo y de engendrar un excedente agrícola para el consumo de otras clases. Los de abajo sufren intensamente en ambos casos.

Para que el concepto de sistema agrícola represivo de mano de obra resultara útil, convendría estipular qué cantidad de la población se tiene trabajando de tal modo. Es también aconsejable recordar explícitamente que no incluye, por ejemplo, la granja familiar norteamericana de mediados del siglo XIX. Puede que hubiese en ella explotación laboral de los miembros de la familia, pero sin duda la realizaba el cabeza de familia mismo, con mínima ayuda de fuera. Asimismo, un sistema de obreros agrícolas asalariados con bastante libertad efectiva para rechazar faenas y marcharse, condición raramente hallada en la realidad, no caería bajo tal rúbrica. Por último, los sistemas agrarios precomerciales y preindustriales no son necesariamente represivos de mano de obra si hay cierto equilibrio entre la contribución del señor a la justicia y seguridad y la del cultivador en forma de productos agrícolas. Si cabe o no estabilizar ese equilibrio en cualquier sentido objetivo es un punto discutible que consideraremos en el próximo capítulo, donde se nos planteará en conexión

con las causas de las revoluciones campesinas. Aquí sólo necesitamos notar que el establecimiento de sistemas agrarios represivos de mano de obra en el curso de la modernización no necesariamente hace sufrir más a los campesinos que otras formas. Los campesinos japoneses lo tuvieron por un tiempo mejor que los ingleses. En todo caso, aquí nuestro problema es otro: cómo y por qué los sistemas agrarios represivos de mano de obra deparan un suelo desfavorable al desarrollo de la democracia y una parte señalada del complejo institucional conducente al fascismo.

Al discutir los orígenes rurales de la democracia parlamentaria, observamos que una de las condiciones favorables, aunque no universalmente cumplida, fue cierto grado de independencia respecto a la monarquía. Si bien un sistema agrario represivo de mano de obra puede implantarse en oposición con la autoridad central, por lo común se fusiona después con la monarquía en busca de apoyo político. Es fácil asimismo que conduzca al mantenimiento de una ética militar entre la nobleza de un modo desfavorable al desarrollo de instituciones democráticas. La evolución del Estado prusiano constituye el ejemplo más claro. Como ya nos hemos referido a tales procesos en varios puntos de esta obra, aquí nos limitaremos a esbozarlos muy a grandes rasgos.

En el Nordeste de Alemania, la reacción feudal de los siglos XV y XVI, sobre la que tendremos que hablar más en un contexto bastante distinto, quebró la tendencia hacia la liberación del campesinado de las obligaciones feudales y el desarrollo de la vida urbana,

procesos estrechamente interrelacionados que en Inglaterra y Francia culminarían a la larga en la democracia occidental. Una de sus causas fundamentales fue el auge de las exportaciones de granos. La nobleza prusiana ensanchó sus heredades a costas del campesinado, próximo bajo la Orden Teutónica a la libertad, y lo redujo a servidumbre. Como parte del mismo proceso, redujo también a dependencia a las ciudades poniéndolas en corto circuito con sus exportaciones. Más tarde, los Hohenzollern lograron destruir la independencia de la nobleza y ciudadanos, con lo que desprendieron el componente aristocrático de la tendencia hacia un gobierno parlamentario. El resultado, en los siglos XVII y XVIII, fue la «Esparta del Norte», fusión militarizada de burocracia real y aristocracia rural.[1]

Del lado de la aristocracia vinieron el tema de la superioridad inherente a la clase rectora y la sensibilidad a las cuestiones de rango, características que iban aún a resaltar en pleno siglo XX. Alimentadas por nuevas fuentes, tales nociones pudieron al cabo vulgarizarse y hacerse atrayentes a toda la población alemana como doctrinas de superioridad racial. La burocracia real introdujo, con no poca resistencia aristocrática, el ideal de obediencia completa e irreflexiva a una institución situada por encima de las clases e individuos —sería anacrónico hablar de nación antes del siglo XIX. Disciplina prusiana, obediencia y admiración por el soldado proceden principalmente de los esfuerzos de los Hohenzollern por crear una monarquía centralizada.

Todo ello no significa, por supuesto, que algún hado inexorable empujara a Alemania hacia el fascis-

mo desde el siglo XVI en adelante, por un proceso irreversible. Habían de concurrir otros factores, algunos muy importantes, como el que la industrialización no empezara a cobrar ímpetu hasta el siglo XIX. Tendremos que comentarlos en breve. Hay, por otra parte, significativas variantes y sustituciones dentro del proceso típico que ha llevado al fascismo, subalternativas, podría uno decir si quisiera ser muy preciso y técnico, dentro de la alternativa mayor, modernización conservadora por una revolución desde arriba. En el Japón, el ideal de compromiso absoluto con la autoridad provino del elemento feudal de la ecuación, más bien que del monárquico.[2] En Italia, donde se inventó el fascismo, no habría una monarquía feudal poderosa. Para el simbolismo correspondiente, Mussolini tuvo que remontarse hasta la Roma antigua.

En un estadio más avanzado del curso de la modernización, suele aparecer otro factor decisivo: una coalición más o menos operativa entre sectores influyentes de las clases altas rurales y los intereses comerciales e industriales, en vías de desarrollo. En general, fue un fenómeno político del siglo XIX, aunque ha persistido hasta el XX. Marx y Engels, en su análisis de la abortada revolución alemana de 1848, por mucho que errasen en otras características mayores, supieron discernir este ingrediente básico: una clase comercial e industrial que es demasiado débil y dependiente para conquistar el poder por sus puños y que, entonces, se echa en brazos de la aristocracia agraria y la burocracia real, canjeando el privilegio de gobernar por el de hacer dinero.[3] Es preciso añadir que, aunque relativamente débil, el elemento comercial e industrial debe ser lo bastante (o hacerse pronto lo bastante fuerte) para resultar un aliado político valioso. De lo contrario, puede atravesarse una revolución campesina que conduzca al comunismo. Así ocurrió tanto en Rusia como en la China, tras infructuosos esfuerzos por establecer dicha coalición. Se deja ver ahí un nuevo ingrediente que entra en la situación algo después de formarse la misma: tarde o temprano los sistemas agrarios represivos de mano de obra suelen tropezar con dificultades por la competencia de otros sistemas más avanzados técnicamente. Una vez concluida la Guerra Civil Americana, la competencia de las exportaciones trigueras de los Estados Unidos crearon dificultades en muchas partes de Europa. En el contexto de una coalición reaccionaria, tal competencia intensifica las tendencias autoritarias y reaccionarias de las clases altas rurales; viendo que su base económica se les hunde, recurren a palancas políticas para preservar su dominio.

Allí donde la coalición logró afirmarse, siguió un prolongado período de gobierno conservador, e incluso autoritario, muy lejos aún, con todo, del fascismo. Los límites históricos entre ambos sistemas están a menudo algo borrosos. Bastante a bulto, podríamos estimar que pertenecen a la primera especie los períodos de la historia alemana y japonesa que van desde las reformas Stein-Hardenberg y la caída de los Tokugawa, respectivamente, hasta el término de la Primera Guerra Mundial. Tales gobiernos autoritarios adquirieron algunos rasgos democráticos: ante todo un par-

lamiento con poderes limitados. Cabe puntuar su historia con tentativas de extender la democracia, que hacia el final cuajaron en el establecimiento de inestables democracias (la República de Weimar, el Japón de los años veinte, Italia bajo Giolitti). Ésas, al cabo, abrieron la puerta a regímenes fascistas con su no acertar a resolver los graves problemas del día y su falta de disposición o impotencia para ejecutar cambios estructurales.[4] Uno de los factores de la anatomía social de aquellos gobiernos fue la retención por la *élite* rural de una parte muy grande en el poder político, al no haber consumado los campesinos en combinación con estratos urbanos una ruptura revolucionaria.

Algunos de los gobiernos semiparlamentarios que se construyeron sobre tal base realizaron más o menos pacíficamente una revolución económica y política desde arriba que les hizo andar un trecho del camino hacia su conversión en países industriales modernos. Alemania avanzó mucho, el Japón algo menos, Italia bastante menos, España muy poco. Ahora bien, en el curso de la modernización por una revolución desde arriba, los gobiernos que la promueven tienen que ejecutar muchas de las tareas cumplidas en otros países con la ayuda de una revolución desde abajo. La idea de que una revolución popular violenta, de un modo u otro, es necesaria para barrer los obstáculos «feudales» a la industrialización no tiene ningún fundamento, como demuestra el curso de la historia alemana y japonesa. Por otro lado, las consecuencias políticas de desmontar el antiguo orden desde arriba son, indudablemente distintas. Puesto que proseguían la modernización conservadora, dichos gobiernos semiparlamentarios trataron de preservar todo lo posible la estructura social primitiva, empotrando grandes fragmentos de ella en el nuevo edificio. Los resultados fueron algo así como las casas victorianas con modernas cocinas eléctricas pero inadecuados cuartos de baño y rezumantes tuberías decorosamente disimuladas por paredes recién enlucidas. A la postre, los emplastos se vinieron a tierra.

Una serie muy importante de medidas tendió a la racionalización del orden político. Ello supuso la supresión de divisiones territoriales establecidas de antiguo, como el *han* feudal del Japón o los Estados y principados independientes de Alemania e Italia. Salvo en el Japón, no fue completa. Pero, con el tiempo, el gobierno central estableció una autoridad firme y un sistema administrativo uniforme, y aparecieron un cuerpo de leyes y un sistema de tribunales más o menos uniformes. Asimismo, en grados diversos, el Estado logró crear una máquina militar lo bastante potente para hacer atendibles los anhelos de sus regidores en la arena de la política internacional. Económicamente, el establecimiento de un gobierno central fuerte y la eliminación de las barreras internas al comercio trajeron consigo que la unidad económica efectiva aumentara de tamaño. Sin ello, la división del trabajo necesaria a una sociedad industrial no habría podido existir, a menos que todos los países hubieran estado dispuestos a comerciar unos con otros pacíficamente. Inglaterra, primer país en industrializarse, había podido echar mano de la mayor parte del mundo accesible para ma-

terias primas y mercados, situación que fue deteriorándosele poco a poco en el siglo XIX a medida que otros países se pusieron al día y procuraron servirse del Estado para garantizar sus mercados y fuentes de suministros.

Otro aspecto aún de la racionalización del orden político tiene que ver con la fabricación de ciudadanos en un nuevo tipo de sociedad. Saber leer y escribir y algunas destrezas técnicas rudimentarias son elementos necesarios a las masas. Es muy probable que el instaurar un sistema de educación nacional acarree un conflicto con las autoridades religiosas. La lealtad a una nueva abstracción, el Estado, debe asimismo reemplazar las lealtades religiosas si ésas traspasan los límites nacionales o pueden competir tan vigorosamente con cualquier otra como para destruir la paz interna. El Japón tuvo ahí menos problemas que Alemania, Italia o España. Sin embargo, como indica la revivificación artificial del *shinto*, tropezó también con considerables dificultades. Para superarlas, puede resultar bastante útil la existencia de un enemigo extranjero. Entonces los llamamientos patrióticos y conservadores a las tradiciones militares de la aristocracia rural pueden vencer las tendencias localistas de ese importante grupo y ahogar los clamores demasiado insistentes de las capas bajas por una todavía incierta participación en los beneficios del nuevo orden.[5] A fin de cuentas, racionalizando y extendiendo el poder político, aquellos gobiernos del siglo XIX realizaban una tarea que el absolutismo real había ya cumplido en otros países.

Uno de los hechos más impresionantes relacionados con el curso de la modernización conservadora es la aparición de una galaxia de distinguidos líderes políticos: Cavour en Italia; en Alemania, Stein, Hardenberg y Bismarck, el más famoso de todos; en el Japón, los estadistas de la era Meiji. Aunque las razones del fenómeno están oscuras, parece improbable que la aparición de dirigentes análogos en circunstancias análogas pudiera ser simple coincidencia. Todos fueron conservadores en el espectro político de su tiempo y país, devotos de la monarquía, dispuestos y capaces para usarla como un instrumento de reforma, modernización y unificación nacional. Aun siendo todos aristócratas, todos fueron algo así como disidentes y desplazados respecto al antiguo orden. En tanto que su extracción aristocrática les dotó de hábitos de mando y de instinto para la política, cabría hablar quizá de una contribución de los *anciens régimes* agrarios a la construcción de una sociedad nueva. Pero hay también fuertes indicios de signo opuesto. En tanto que tales hombres fueron extranjeros dentro de la aristocracia, cabría hablar lo mismo de la incapacidad de ese estrato para arrostrar el desafío del mundo moderno con sus solos recursos intelectuales y políticos.

Los regímenes conservadores más afortunados hicieron mucho, no sólo para desmantelar el antiguo orden sino también para establecer uno nuevo. El Estado contribuyó decisivamente a la construcción de la industria de varias maneras. Sirvió de motor de la acumulación capitalista primaria, colectando recursos y dirigiéndolos hacia el levantamiento de plantas in-

dustriales. Tuvo asimismo un importante papel en la doma de la clase obrera, de ningún modo exclusivamente represivo. La producción de armamento estimuló a fondo la industria. También la favorecieron los regímenes aduaneros proteccionistas. Todas esas medidas, en algún momento, implicaron un sacar recursos a gente de la agricultura. Hicieron, pues, zozobrar de cuando en cuando la coalición entre sectores de las capas altas empresariales y agrarias, rasgo eminente del sistema político en vigor. Sin la amenaza de peligros extranjeros, a veces reales, a veces quizás imaginarios, a veces, como en el caso de Bismarck, fabricados a posta por motivos interiores, los intereses agrarios bien habrían podido repropiarse, hasta el punto de comprometer el proceso entero. La sola amenaza extranjera, sin embargo, no tiene por qué soportar toda la carga explicativa.[6] Las recompensas materiales y de otros tipos —el *payoff* en el lenguaje de los gánsteres y la teoría del juego— fueron bien sustanciosas para ambos socios mientras lograron tener a raya a los campesinos y al peonaje industrial. Allí donde hubo considerable progreso económico, los obreros industriales pudieron alcanzar mejoras significativas, como en Alemania, donde se inventó la *Sozialpolitik*. Se tendió mucho más a la canibalización de la población indígena en los países que permanecieron más atrasados, en Italia hasta cierto punto, probablemente en mayor medida en España.

Para el éxito de la modernización conservadora, fueron al parecer necesarias ciertas condiciones. En primer lugar, dirigentes muy hábiles para arrastrar tras

sí a los elementos reaccionarios menos perspicaces, abundantes sobre todo entre las clases altas rurales, aunque no necesariamente circunscritos a ellas. Al principio, el Japón tuvo que sofocar una verdadera rebelión, la de Satsuma, para controlarlos. Los reaccionarios pueden siempre alegar el plausible argumento de que los dirigentes modernizadores están haciendo cambios y concesiones que no redundan sino en despertar los apetitos de las clases bajas y provocar una revolución.[7] Asimismo, los dirigentes deben tener autoridad y buena mano para construir un aparato burocrático lo bastante poderoso, con sus agencias de represión, la militar y la policíaca (piénsese en el dicho alemán: *Gegen Demokraten helfen nur Soldaten*, «Contra los demócratas sólo valen los soldados»), a fin de quitarse de encima las dos presiones extremas de la sociedad, la reaccionaria y la popular o radical. El gobierno ha de quedar aparte de la sociedad, cosa que puede efectuarse bastante más fácilmente de lo que suponen versiones simplificadas del marxismo.

A la corta, un gobierno conservador fuerte tiene innegables ventajas. Puede fomentar y controlar el desarrollo económico. Puede cuidar de que las clases bajas —que cargan siempre con los costes de la modernización, sea cual fuere su forma— no importunen demasiado. Pero Alemania y, más aún, el Japón pretendían resolver con él un problema que era de suyo insoluble: modernizarse sin cambiar sus estructuras sociales. La única salida posible de ese dilema fue el militarismo, que unificó a las clases altas. El militarismo intensificó un clima de conflicto internacional, que

a su vez hizo tanto más imperativo el avance industrial, aunque en Alemania un Bismarck pudiera contener las aguas por algún tiempo, en parte porque el militarismo aún no se había vuelto un fenómeno de masas. Ejecutar reformas estructurales plenarias, o sea hacer transición a una agricultura comercial remuneradora sin reprimir a quienes cultivan el suelo y manejan las máquinas, en una palabra, servirse racionalmente de la tecnología moderna para el bienestar humano, excedía la visión política de aquellos gobiernos.[8] Al cabo, los sistemas que representaban se desmoronaron en tentativas de expansión exterior, pero eso no sucedió sino después que hubieron intentado popularizar la reacción por medio del fascismo.

Antes de discutir esa fase final, quizá resulte instructivo echar un vistazo a las tendencias reaccionarias abortadas de otros países. Como he sugerido arriba, el síndrome reaccionario aparece, en un momento u otro, en todos los casos que he examinado. Ver por qué se desvaneció en unos países puede hacernos comprender mejor las razones por qué se agarró a otros. Rastrear las tendencias reaccionarias de países tan sumamente dispares como Inglaterra, Rusia y la India puede servir para sacar a luz importantes semejanzas ocultas bajo la diversidad de experiencias históricas.

Desde los últimos años de la Revolución Francesa hasta alrededor de 1822, la sociedad inglesa pasó por una fase reaccionaria que recuerda así los casos recién discutidos como los problemas contemporáneos de la democracia norteamericana. Durante la mayor parte de aquel tiempo Inglaterra estuvo luchando contra un

régimen, revolucionario y sus herederos, a veces, debía de creerse, por la supervivencia nacional misma. Como en nuestro propio tiempo, se identificaba a los abogados de la reforma interna con un enemigo extranjero representado como encarnación de todo lo malo. También como en nuestro propio tiempo, la violencia y las traiciones del movimiento revolucionario en Francia repugnaron y desalentaron a sus partidarios ingleses, haciendo más fácil y más plausible la labor de los reaccionarios, ansiosos por apagar las chispas que flotaban a través del Canal. El gran historiador francés Elie Halévy, poco dado a las exageraciones dramáticas, escribió en los años veinte de nuestro siglo: «La nobleza y la clase media estableció por toda Inglaterra un reinado del terror —un terror más formidable, aunque más sordo, que las manifestaciones estrepitosas [de los radicales]».[9] Los acontecimientos de las cuatro décadas y pico transcurridas desde que Halévy escribió esas líneas han embotado nuestros sentidos y aflojado nuestros criterios. Probablemente ningún autor actual caracterizaría aquella fase como un reinado del terror. El número de víctimas directas de la represión fue pequeño. En la *massacre* de Peterloo (1819) —irónica referencia a la más famosa victoria de Wellington en Waterloo—, sólo murieron once personas. Con todo, se puso fuera de la ley el movimiento por la reforma del Parlamento, que estaba difundiéndose a ritmo acelerado, se amordazó a la prensa, se prohibieron las asociaciones que olían a radicalismo, se desencadenó una ola de procesos por traición, se dejaron sueltos entre el pueblo espías y

agents provocateurs, se suspendió el Habeas Corpus *después que* la guerra con Napoleón ya había terminado. La represión y el sufrimiento fueron realidades ampliamente difundidas. Sólo las mitigó, hasta cierto punto, una oposición que nunca dejó de expresarse: aristócratas como Charles James Fox (muerto en 1806), que osó hablar claro en el Parlamento, aquí y allí un juez o un jurado que se negaban a condenar por traición u otros cargos similares.[10]

¿Por qué aquel acceso reaccionario no fue en Inglaterra sino una fase transitoria? ¿Por qué Inglaterra no siguió avanzando por aquel camino hasta parar en otra Alemania? La respuesta no está en las libertades anglosajonas, la Carta Magna, el Parlamento, etc. El Parlamento votó medidas represivas por enormes mayorías.

Una parte enjundiosa de la respuesta puede hallarse en el hecho de que, un siglo atrás, ciertos ingleses extremistas habían cortado la cabeza de su monarca y roto así la magia del absolutismo real en Inglaterra. A un nivel de causación más profundo, toda la historia previa de Inglaterra, su basarse en la armada antes que en el ejército, en jueces de paz no retribuidos antes que en funcionarios reales, había determinado que el gobierno central dispusiera de un aparato represivo más débil que el poseído por las monarquías fuertes del Continente. Faltaban, pues, o escaseaban, los materiales necesarios para construir una Alemania. De entonces acá, sin embargo, hemos visto suficientes grandes cambios sociales y políticos a partir de inicios nada prometedores para sospechar que se habrían po-

dido crear las instituciones si las circunstancias hubieran sido favorables. Pero, afortunadamente para las libertades humanas, no lo eran. El impulso hacia el industrialismo había empezado a obrar en Inglaterra mucho antes que en los demás países, de modo que la burguesía inglesa no necesitaba apoyarse demasiado en la corona y la aristocracia rural. Tampoco deseaba reprimir a los campesinos. Quería, ante todo, quitarlos de en medio a fin de darse a la agricultura comercial; para proveerse de la mano de obra precisa, debían de bastarle por lo general medidas económicas. Rodándole así bien las cosas, poca necesidad tenía de recurrir a medidas políticas represivas para mantener su dominio. De resultas de todo ello, los intereses industriales y agrarios compitieron por el favor popular durante el resto del siglo XIX, extendiendo gradualmente el sufragio por un lado, combatiendo con saña y anulando por otro las medidas más egoístas del rival (*Reform Bill* de 1832, abolición de las *Corn Laws* en 1846, apoyo de la *gentry* a la legislación fabril, etc.).

En la fase reaccionaria inglesa hubo asomos de posibilidades fascistas, particularmente en algunos de los alborotos antirradicales. Pero nada más asomos. Era todavía demasiado temprano. Los síntomas fascistas pueden verse con mucha mayor claridad en otra parte del mundo cosa de un siglo más tarde: durante una breve fase de extremismo en Rusia tras 1905. Fue extrema incluso para los niveles rusos de entonces; cabría sustentar con fuertes argumentos que los reaccionarios rusos inventaron el fascismo. Tal fase de la historia rusa es especialmente iluminadora porque evi-

dencia que el síndrome fascista *a*) puede aparecer en respuesta a las tensiones del industrialismo ascendente sin necesidad de un fondo social y cultural específico; *b*) puede tener muchas raíces en la vida rural; *c*) aparece en parte como reacción a un débil impulso hacia la democracia parlamentaria; *d*) pero no puede desarrollarse sin industrialismo o sobre un fondo muy predominante agrario —puntos, a decir verdad, sugeridos todos por las historias recientes de la China y el Japón; es instructivo, sin embargo, hallarlos confirmados en la historia rusa.

Poco antes de la revolución de 1905, la tenue clase comercial e industrial rusa había mostrado algunos signos de descontento con la represiva autocracia zarista y de complacencia por las ideas liberales constitucionales. Las huellas obreras, con todo, y las promesas contenidas en el Manifiesto Imperial del 17 de octubre de 1905 de satisfacer algunas de las reivindicaciones a que obedecían, determinaron que los industrialistas se reintegraran en cuerpo y en alma al campo zarista.[11] Sobre ese fondo apareció el movimiento de las Centurias Negras. Inspirándose en parte en la experiencia norteamericana, hicieron de *lynch* una palabra rusa y clamaron por la aplicación de *zakon lyncha*, ley de linchamiento. Practicaron la violencia a modo de grupos de acción para acabar con la «traición» y la «sedición». Si Rusia destruía a los *kikes* y extranjeros, aseveraba su propaganda, se volvería a las costumbres «verdaderamente rusas» y todo el mundo podría ser feliz. Ese nativo antisemita ejerció considerable atractivo sobre los elementos pequeñoburgueses de las ciudades

—precapitalistas, retrógradas— y la pequeña nobleza. Sin embargo, en la Rusia aún atrasada y rural de principios del siglo xx, tal forma de extremismo derechista no pudo aquistarse una base popular firme. Entre los campesinos, tuvo éxito principalmente en áreas de nacionalidad mixta, donde la imputación de todo lo malo a judíos y extranjeros se ajustaba un tanto a la experiencia campesina.[12] Como bien se sabe, de ser políticamente activos, los campesinos rusos fueron revolucionarios, al cabo la mayor de las fuerzas que volaron el antiguo régimen.

En la India, que sigue estando hoy tan atrasada como Rusia entonces, si no más, movimientos similares tampoco han llegado a difundirse entre las masas. Subhas Chandra Bose, muerto en 1945, expresó sentimientos dictatoriales, trabajó para el Eje y tuvo, ciertamente, amplio apoyo popular. Aun así, y a pesar de que sus inclinaciones fascistas estuvieron en consonancia con otros aspectos de su actividad pública y no parecen fruto de un entusiasmo u oportunismo momentáneo, Subhas Chandra Bose ha quedado en la tradición india como un patriota antibritánico extremista, quizá mal aconsejado.[13] Han existido también diversidad de organizaciones políticas nativas hindúes, algunas de ellas con la disciplina autocrática del partido totalitario europeo. Alcanzaron el colmo de su influencia en medio del caos y los disturbios que acompañaron la Partición, período en que contribuyeron a promover tumultos antimusulmanes y sirvieron de órganos de defensa a las comunidades hindúes contra los ataques musulmanes, dirigidos, presumiblemente, por

dencia que el síndrome fascista *a*) puede aparecer en respuesta a las tensiones del industrialismo ascendente sin necesidad de un fondo social y cultural específico; *b*) puede tener muchas raíces en la vida rural; *c*) aparece en parte como reacción a un débil impulso hacia la democracia parlamentaria; *d*) pero no puede desarrollarse sin industrialismo o sobre un fondo muy predominante agrario —puntos, a decir verdad, sugeridos todos por las historias recientes de la China y el Japón; es instructivo, sin embargo, hallarlos confirmados en la historia rusa.

Poco antes de la revolución de 1905, la tenue clase comercial e industrial rusa había mostrado algunos signos de descontento con la represiva autocracia zarista y de complacencia por las ideas liberales constitucionales. Las huellas obreras, con todo, y las promesas contenidas en el Manifiesto Imperial del 17 de octubre de 1905 de satisfacer algunas de las reivindicaciones a que obedecían, determinaron que los industrialistas se reintegraran en cuerpo y en alma al campo zarista.[11] Sobre ese fondo apareció el movimiento de las Centurias Negras. Inspirándose en parte en la experiencia norteamericana, hicieron de *lynch* una palabra rusa y clamaron por la aplicación de *zakon lyncha*, ley de linchamiento. Practicaron la violencia a modo de grupos de acción para acabar con la «traición» y la «sedición». Si Rusia destruía a los *kikes* y extranjeros, aseveraba su propaganda, se volvería a las costumbres «verdaderamente rusas» y todo el mundo podría ser feliz. Ese nativo antisemita ejerció considerable atractivo sobre los elementos pequeñoburgueses de las ciudades

—precapitalistas, retrógradas— y la pequeña nobleza. Sin embargo, en la Rusia aún atrasada y rural de principios del siglo xx, tal forma de extremismo derechista no pudo aquistarse una base popular firme. Entre los campesinos, tuvo éxito principalmente en áreas de nacionalidad mixta, donde la imputación de todo lo malo a judíos y extranjeros se ajustaba un tanto a la experiencia campesina.[12] Como bien se sabe, de ser políticamente activos, los campesinos rusos fueron revolucionarios, al cabo la mayor de las fuerzas que volaron el antiguo régimen.

En la India, que sigue estando hoy tan atrasada como Rusia entonces, si no más, movimientos similares tampoco han llegado a difundirse entre las masas. Subhas Chandra Bose, muerto en 1945, expresó sentimientos dictatoriales, trabajó para el Eje y tuvo, ciertamente, amplio apoyo popular. Aun así, y a pesar de que sus inclinaciones fascistas estuvieron en consonancia con otros aspectos de su actividad pública y no parecen fruto de un entusiasmo u oportunismo momentáneo, Subhas Chandra Bose ha quedado en la tradición india como un patriota antibritánico extremista, quizá mal aconsejado.[13] Han existido también diversidad de organizaciones políticas nativas hindúes, algunas de ellas con la disciplina autocrática del partido totalitario europeo. Alcanzaron el colmo de su influencia en medio del caos y los disturbios que acompañaron la Partición, período en que contribuyeron a promover tumultos antimusulmanes y sirvieron de órganos de defensa a las comunidades hindúes contra los ataques musulmanes, dirigidos, presumiblemente, por

organizaciones similares del otro lado. Sus programas carecen de contenido económico, y parecen constituir sobre todo una forma de hinduismo xenófobo y militante, idóneo para refutar el clisé de que los hindúes divididos como están en castas son pacíficos y débiles. Hasta la fecha su fortuna electoral ha sido muy escasa.[14]

Puede que la debilidad de la variante hindú del fascismo se explique en parte por la fragmentación del mundo hindú en múltiples castas, clases y etnias. Si un llamamiento característicamente fascista dirigido a un sector concreto ha de despertar el antagonismo de otros, un llamamiento más general, al teñirse de cierto panhumanismo universal, empieza *ipso facto* a perder sus cualidades fascistas. Vale la pena notar a ese respecto que casi todos los grupos extremistas hindúes han desaprobado la intocabilidad y otros impedimentos sociales de casta.[15] La razón fundamental, sin embargo, debe de ser otra: simplemente que Gandhi había ya encauzado los sentimientos antiextranjeros y anticapitalistas de enormes masas de la población, los campesinos y los artesanos domésticos. En las condiciones creadas por la ocupación británica, pudo vincular tales sentimientos a los intereses de un gran sector de la clase empresarial. La *élite* del campo, por otra parte, se mantuvo a distancia. Así, pues, en la India las tendencias reaccionarias han sido fuertes y han contribuido a diferir el progreso económico tras la independencia. Pero, como fenómenos de masas, los movimientos más amplios pertenecen a una especie histórica distinta del fascismo.

Aunque una consideración paralela de los fracasos

democráticos que precedieron al fascismo en Alemania, el Japón e Italia podría resultar igualmente provechosa, basta aquí para nuestros propósitos advertir que el fascismo es inconcebible sin democracia o lo que se llama a veces, de un modo más plástico, entrada de las masas en la escena histórica. El fascismo fue una tentativa de hacer popular y plebeyo el conservadurismo, con lo que ése, por supuesto, perdió la notable conexión que tenía con la libertad, algunos de cuyos aspectos vimos en el capítulo precedente.

Bajo el fascismo, el concepto de ley objetiva se desvaneció. Uno de sus rasgos más importantes fue el violento rechazo de los ideales humanitarios, en particular de toda noción de igualdad humana potencial. La doctrina fascista no sólo hizo hincapié en la inevitabilidad de la jerarquía, disciplina y obediencia, sino dogmatizó que eran valores por derecho propio. Las nociones románticas de camaradería apenas la matizan; se trata de camaradería en la sumisión. Otro de sus rasgos fue el exaltamiento de la violencia. Ese exaltamiento va mucho más allá de cualquier apreciación fría, racional de la importancia objetiva de la violencia en la política; constituye un verdadero culto místico de la «fuerza» por sí misma. La sangre y la muerte adquieren tintas de atracción erótica. En sus momentos menos inflamados, con todo, el fascismo fue completamente «sano» y «normal», una promesa de retorno al acogedor seno burgués, e incluso rural preburgués.[16]

Así, pues, el anticapitalismo plebeyo se nos muestra como el rasgo que más distingue al fascismo de sus antecedentes los regímenes conservadores y semipar-

lamentarios del siglo XIX. Es el producto, por un lado, de la intrusión del capitalismo en la economía rural, por el otro, de las tensiones que surgieron en la fase poscompetitiva de la industria capitalista. De ahí que el fascismo se desarrollara al máximo en Alemania, donde el crecimiento industrial capitalista dentro del marco de una revolución conservadora desde arriba había sido mayor que en el resto de países comparables. Existió tan sólo a guisa de débil tendencia secundaria en áreas tan atrasadas como Rusia, la China y la India. Arraigó poco, antes de la Segunda Guerra Mundial, en Inglaterra y los Estados Unidos, donde el capitalismo funcionaba relativamente bien y donde los esfuerzos por corregir sus deficiencias pudieron verificarse dentro del marco democrático —y cuajar, con la ayuda de un prolongado *boom* bélico. La mayor parte de la oposición al gran capital tuvo que ser abandonada en la práctica, aunque no se debería incurrir en el error opuesto de considerar a los líderes fascistas como meros agentes del gran capital. La atracción que ejerció el fascismo sobre la baja clase media de las ciudades, amenazada por el capitalismo, es bien conocida; aquí podemos limitarnos a una breve revista de los datos concernientes a sus diversos nexos con el campesinado en varios países. En Alemania, el intento de establecer en el campo una base conservadora masiva es muy anterior a los nazis. Según observa el profesor Alexander Gerschenkron, los elementos fundamentales de la doctrina nazi aparecen ya bastantes definidos en los esfuerzos generalmente eficaces de los *Junker*, a través de la Liga Agraria constituida en 1894, por con-

seguir el apoyo de los campesinos en áreas «no junkers» de granjas más pequeñas. La idea de un Estado corporativo, el culto al *Führer*, el militarismo, el antisemitismo, en una variedad estrechamente relacionada con la distinción nazi entre capital «depredador» y «productivo», tales fueron los recursos que utilizaron para explotar los sentimientos anticapitalistas del campesinado.[17] Hay considerables indicios de que en los años ulteriores, hasta la Depresión, los campesinos hacendados y prósperos fueron perdiendo poco a poco ventaja ante los pequeños. La Depresión constituyó una crisis general y profunda, a la que el campo respondió sobre todo con el nacionalsocialismo. En las elecciones del 31 de julio de 1932, las últimas relativamente libres, el respaldo electoral del campo a los nazis ascendió a un promedio del 37,4 por ciento, casi igual al del país en conjunto.[18]

Si uno mira un mapa de Alemania que muestre la distribución del voto nazi en las áreas rurales y lo compara con otros que muestren la de los precios del terreno, de los tipos de cultivo[19] o de las áreas de unidades de cultivo pequeñas, medianas y grandes,[20] piensa en seguida que el curso del nazismo en el campo no está en relación con ninguno de dichos fenómenos. Sin embargo, al estudiar los mapas más a fondo, discierne acusados indicios de que los nazis tuvieron mayor éxito en sus llamamientos al campesino cuya explotación era relativamente pequeña e improductiva *para el área particular en que estaba situada*.[21] Especialmente para el pequeño campesino, atormentado por el avance del capitalismo con sus problemas de precios e

hipotecas que parecían depender de hostiles intermediarios y banqueros de las ciudades, la propaganda nazi proyectó la imagen romántica de un campesino idealizado, «hombre libre en tierra libre». El campesino pasó a ser la figura clave en la ideología de la derecha radical tal y como fue elaborada por los nazis. Los nazis se complacieron en acentuar que, para el campesino, la tierra es más que un medio de ganarse la vida; tiene para él todas las resonancias sentimentales de la *Heimat* (patria, terruño). El campesino se siente, pues, mucho más vinculado a su tierra que el «trabajador de cuello blanco» a su oficina o el obrero industrial a su fábrica. A esas doctrinas de la derecha radical se agregó un revoltijo de nociones fisiocráticas y liberales.[22] «Un firme fondo de campesinos pequeños y medianos —escribió Hitler en *Mein Kampf*— ha sido con todo en cualquier tiempo la mejor protección contra males sociales como los que tenemos ahora». Tal campesinado constituye el solo medio por el que una nación puede asegurarse el pan de cada día. Por tanto, «la industria y el comercio se retiran de su malsana posición dominante y encajan en la armazón general de una economía nacional basada en la necesidad y la igualdad. No son ya, pues, la base para alimentar a la nación, sino tan sólo una ayuda».[23]

Aquí no ganaríamos nada con examinar la trayectoria de tales ideas después que los nazis llegaron el poder. En su mayor parte fueron arrumbadas, por cuanto se contradecían con los requisitos de una economía de guerra poderosa, necesariamente basada en la industria. La noción de un repliegue industrial resulta quizás el aspecto más absurdo del nazismo, pero nunca se realizó.[24]

En el Japón, como en Alemania, el anticapitalismo pseudorradical arraigó considerablemente entre el campesinado. Había recibido también su primer impulso de las clases altas rurales. Pero sus formas más extremas, tales como las bandas de asesinos constituidas entre los jóvenes oficiales del ejército, por mucho que pretendieran representar a los campesinos, parece que les atrajeron poco. En todo caso, el extremismo quedó absorto en el sistema más general del conservadurismo japonés «respetable» y la agresión militar, al que el campesinado ofreció una base masiva. Como el proceso japonés ya ha sido considerado ampliamente en un capítulo anterior, no necesitamos aquí comentarlo más.

El fascismo italiano presenta los mismos rasgos pseudorradicales y procampesinos que el de Alemania y el Japón. En Italia, sin embargo, fueron en buena parte una excrecencia oportunista, un cínico ornamento sobrepuesto para sacar partido de las circunstancias. También hubo oportunismo cínico en Alemania y el Japón, ni qué decir tiene, pero parece que fue mucho más descarado en Italia.

Inmediatamente después de la guerra de 1914-1918, estalló en el campo del Norte de Italia un áspero conflicto entre los sindicatos socialistas y demócratacristianos, por un lado, y los grandes terratenientes por el otro. En aquel entonces, eso es en 1919-1920, Mussolini, según Ignazio Silone, no prestaba la menor atención al campo, no creía en una conquista fascista

del campo, y pensaba que el fascismo sería siempre un movimiento urbano.[25] Pero el conflicto entre los terratenientes y los sindicatos, que representaban a la mano de obra asalariada y los renteros, deparó al fascismo una inesperada ocasión para pescar en aguas turbias. Presentándose como los salvadores de la civilización contra el bolchevismo, los *fasci* —bandas de idealistas, oficiales del ejército desmovilizados y simples gorilas— se dedicaron a asaltar las sedes rurales de los sindicatos, a menudo con la connivencia de la policía, y destruyeron durante 1921 el movimiento izquierdista rural. Entre los que afluyeron a las filas fascistas, estaban campesinos que habían trepado a los niveles medios de los terratenientes, e incluso renteros que aborrecían las prácticas monopolísticas de los sindicatos.[26] Por el verano de 1921 hizo Mussolini aquella célebre observación de que «si el Fascismo no quiere morir o, peor aún, suicidarse, debe proveerse ahora mismo de una doctrina... Yo deseo que durante los dos meses que todavía han de transcurrir antes que se reúna nuestra Asamblea Nacional pueda crearse la filosofía del Fascismo».[27]

Sólo más tarde empezaron los líderes fascistas italianos a declarar que fascismo era «ruralizar» Italia, defender la causa de los campesinos, o que era primariamente un «fenómeno rural». Pretensiones disparatadas. Entre 1921 y 1931, el número de explotadores propietarios disminuyó en cosa de 500.000 personas; el de los arrendatarios en dinero —y en frutos— se elevó en unas 400.000: Esencialmente, el fascismo protegió la gran agricultura y la gran industria a expensas del obrero agrícola, el pequeño campesino y el consumidor.[28]

Del examen del fascismo y sus antecedentes, deducimos que la glorificación del campesinado aparece a modo de síntoma reaccionario así en la civilización occidental como en la asiática justamente cuando la economía campesina está enfrentándose con serias dificultades. En la primera parte del epílogo trataré de indicar algunas de las formas recurrentes que ha tomado tal glorificación en sus fases más virulentas. Decir que parecidas ideas no son más que falaces inculcaciones de las clases altas a los campesinos no responde a la verdad. Pueden alcanzar amplia aceptación —tanto más amplia, parece, cuanto más industrializado y moderno es el país— justamente porque hallan eco en la experiencia campesina.

Contra el aprecio de que la glorificación del campesinado constituye un síntoma reaccionario, alegarían quizá algunos el ensalzamiento del pequeño granjero por Jefferson y la defensa de la agricultura campesina por John Stuart Mill. Ambos pensadores, sin embargo, miraban no tanto por los campesinos como por los pequeños hacendados independientes, tendencia característica del primitivo capitalismo liberal. Su pensamiento no parece contener ningún anuncio del chauvinismo militante y la apoteosis de la jerarquía y sumisión que hallamos en versiones ulteriores; sólo armónicos ocasionales de una actitud romántica respecto a la vida rural. Así y todo, su actitud respecto a los problemas agrarios y la sociedad rural indica los límites que los pensadores liberales habían

alcanzado en sus respectivas épocas. Para que aquellas ideas hayan venido a servir en nuestro siglo a propósitos reaccionarios, han debido tomar un nuevo tono y aparecer en un nuevo contexto; la defensa del trabajo duro y de la pequeña propiedad en el siglo xx tiene un sentido político absolutamente diverso del que tenía a mediados del siglo xix o a fines del xviii.

IX

LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCIÓN

El proceso de la modernización empieza con revoluciones campesinas que fracasan. Culmina durante el siglo xx con revoluciones campesinas que triunfan. Ya no se puede tomar en serio la idea de que el campesinado es un «objeto de la Historia», una forma de vida social por la que pasan los cambios históricos, pero que no contribuye nada al ímpetu de los mismos. Para quienes saborean las ironías de la Historia, resulta ciertamente curioso que el campesino, en la era moderna, haya sido tan agente de la revolución como la máquina, que haya triunfado como actor histórico junto a las conquistas de la máquina. Su contribución revolucionaria, sin embargo, ha sido muy desigual: decisiva en la China y en Rusia, bastante importante en Francia, muy menor en el Japón, insignificante en la India hasta la fecha, fútil en Alemania y en Inglaterra una vez sofocadas explosiones iniciales. En este capítulo conclusivo, nos proponemos relacionar todos esos hechos unos con otros, con la esperanza de descubrir qué estructuras sociales y situaciones históricas producen revoluciones campesinas o, al contrario, las inhiben.

La empresa no es fácil. Las explicaciones generales clásicas chocan con importantes excepciones dentro de la serie de materiales aquí examinados. Ninguna de las teorías que valorizan un solo factor parece ser satisfactoria. Como los hallazgos negativos también tienen su utilidad, empezaré con un breve sumario de las teorías que me he visto obligado a desechar.

La primera que tiende a preferir el investigador moderno es una simple interpretación económica en términos del deterioro ocasionado en la situación de los campesinos por el impacto del comercio y la industria; cuando ha habido un deterioro en gran escala, son de esperar explosiones revolucionarias. Una vez más sirve de piedra de toque el caso de la India, sobre todo al confrontarlo con el de la China. No hay indicios de que el deterioro en la posición económica del campesinado indio durante los siglos XIX y XX haya sido peor que el del chino. Sin duda los datos son insuficientes en ambos casos. También en la India han estallado alzamientos campesinos pero sólo locales e inefectivos. Sean cuales fueren las diferencias, es sumamente improbable que basten explicar el contraste en la conducta política de los campesinos chinos e indios desde hace siglo y medio. Como las mismas, en todo caso, vienen de muchos más siglos atrás, es obvio que una simple explicación económica no basta.

Quizá se me objete que tal forma de explicación económica es demasiado simple. Lo que crea una situación revolucionaria, ¿no podría ser, más allá de la mera decadencia en la situación material de los campesinos, una profunda amenaza a su entero modo de vivir, a los

fundamentos mismos de la existencia campesina —propiedad, familia y religión? Los testimonios también son claramente negativos. No fueron los campesinos ingleses puestos a la deriva por las *enclosures* quienes se alzaron en una revuelta masiva, sino los franceses, para los que los cercamientos sólo eran una contingencia. En 1917 la sociedad rusa estaba casi intacta. Asimismo, en el siglo XVI, como tendremos ocasión de mostrar más detalladamente en otro lugar de este capítulo, no fueron los campesinos del Este de Alemania aplastados por la reacción feudal y la reintroducción de la servidumbre quienes se amotinaron y vertieron sangre, sino los del Sur y el Oeste, que habían conservado, y aun extendido, su modo de vivir tradicional. De hecho, se acerca más a la verdad la tesis absolutamente opuesta, como veremos a su debido tiempo.

Otra divulgada tesis procede de la tradición romántico-conservadora: cuando el aristócrata vive en el campo hay menos probabilidades de trastornos campesinos agudos que cuando se ha vuelto un amante del lujo y vive en la capital. Parece responder a los contrastes entre la suerte de la aristocracia francesa y la de la inglesa durante los siglos XVIII y XIX. Con todo, el terrateniente ruso del siglo XIX solía pasar gran parte de su vida en sus estados, lo cual no impidió que los campesinos incendiaran casas solariegas y terminaran expulsando al *dvorianstvo* de la escena histórica. La tesis resulta dudosa aun para la misma Francia. La investigación moderna ha demostrado que no todos los nobles eran cortesanos parásitos. Muchos llevaban una vida ejemplar en el campo.

Está, probablemente, algo más cerca de la verdad la tesis de que un gran proletariado rural de labriegos sin tierra es una fuente potencial de insurrección y revolución. Podría parecer que la refutan el enorme volumen y la miseria atroz del proletariado rural indio. Pero muchos de los labriegos indios se hallan vinculados al orden vigente por la posesión de una exigua parcela y el sistema de castas. Cuando tales vínculos están rotos o nunca han llegado a existir, como en las economías de plantación basadas en una mano de obra muy barata de raza distinta o en esclavos, las posibilidades de que estallen insurrecciones son mucho más crecidas. Si bien los dueños de esclavos del Sur de los Estados Unidos quizá las temieron en exceso, en otros casos el peligro ha sido muy real: en la antigua Roma, en Haití y otras partes del Caribe durante los siglos XVIII y XIX, en ciertas partes de España en tiempos modernos, y muy recientemente en las plantaciones de caña de azúcar cubanas. Es probable que la hipótesis resultase confirmada por una investigación más concienzuda. Así y todo, nunca explicaría los casos históricamente significativos. Ningún proletariado rural de tal suerte fue importante en las revoluciones rusas de 1905 a 1917.[1] Aunque el caso de la China está peor documentado, y pese al papel que han tenido en ella bandas de campesinos errabundos alejados de sus lugares por diversidad de causas, es indudable que los alzamientos revolucionarios de 1927 y 1949 no se debieron a un proletariado rural cultivador de latifundios. Tampoco los estallidos revolucionarios del siglo XIX. Lisa y llanamente: como explicación general, esa teoría no sirve.

Desengañado de las explicaciones materiales, uno podría sentirse atraído por hipótesis en torno al papel de la religión. A primera vista, parece un rumbo prometedor. ¿No explica el hinduismo en gran parte la pasividad del campesinado indio? Mas generalmente, una cosmología orgánica que legitime el papel de las clases altas, expresadas en alguna teoría de la armonía del universo que ensalce la resignación y la aceptación del hado personal, parece que debe servir de poderoso freno a la insurrección, rebelión si los campesinos aceptan sus normas. Ahí está, justamente, la dificultad. Esas religiones son el producto de clases urbanas y de clases sacerdotales. El asenso que obtienen entre los campesinos es problemático. En general, las sociedades campesinas se caracterizan por el vigor de una subcorriente de creencias distintas a las de los estratos cultos, a menudo directamente contrarias. Transmitidas de palabra de generación en generación, lo probable es que sólo fragmentos de esa tradición subterránea lleguen a entrar en el registro histórico, y aun de una manera muy deformada.

En la propia India, tan empapada de religión, hay numerosos indicios de una hostilidad muy difundida al brahmán. Posiblemente tanto los campesinos de la India como los de otras partes creen en la eficacia de la magia y el ritual como tales, pero a la vez abominan al agente humano que celebra los ritos y el precio que les exige por ello. Los movimientos para eliminar al sacerdote, para conseguir acceso directo a la deidad y a la fuente de la magia, han fluido latentes lo mismo en Europa que en Asia durante largos períodos, y estalla-

do de cuando en cuando en movimientos heréticos y rebeldes. También aquí debiéramos saber qué circunstancias determinan que los campesinos sean receptivos a tales movimientos en unas épocas y no en otras. En todo caso, tampoco son un factor universal de las revueltas campesinas más importantes. Hay escasos indicios de un componente religioso en los disturbios campesinos que precedieron y acompañaron la Revolución Francesa. En la Revolución Rusa, es sumamente improbable que tuviesen la menor importancia nociones revolucionarias de las ciudades, religiosas o laicas. G. T. Robinson, en su estudio de la vida campesina rusa antes de 1917, señala que las corrientes intelectuales religiosas y de otros tipos que incidían en los campesinos desde el exterior eran de todo punto conservadoras y desestima el papel de las ideas revolucionarias urbanas.[2] Cabe suponer que una investigación más profunda podría revelar el papel de tradiciones subterráneas genuinamente campesinas y expresadas en términos religiosos. Tal tesis, sin embargo, para ser significativa, lo mismo en el caso de Rusia que de cualquier otra sociedad, requiere noticias sobre cómo están relacionadas las ideas con las circunstancias sociales concretas. Es obvio que, de por si, la religión no depara la clave.

Todas esas hipótesis adolecen del mismo error: atender en exceso al campesinado. Al reflexionar sobre el curso de cualquier rebelión preindustrial, advertimos que no puede entenderse sin referirla a las actitudes de las clases altas que, en gran parte, la provocaron. Otro rasgo notable de las rebeliones en sociedades agrarias

es su tendencia a adoptar el carácter de la sociedad que combaten. Está hoy oscurecida porque las rebeliones modernas triunfantes han preludiado una transformación violenta y radical de la sociedad entera. En las rebeliones campesinas de antaño, era mucho más obvia. Los insurgentes batallaban por la restauración de la «ley antigua», como en la *Bauernkrieg*, por el «real Zar» o el «buen Zar» en los alzamientos rusos. En la China antigua, las rebeliones campesinas venían a parar a menudo en el reemplazo de una dinastía decadente por otra nueva y vigorosa, es decir en una restauración de a poco más o menos la misma estructura social. Antes de fijarse en el campesinado, es necesario fijarse en la sociedad entera.

Con las anteriores consideraciones en la mente, podemos ahora preguntarnos si ciertos tipos de sociedades agrarias y premodernas están más sujetos que otros a la insurrección y rebelión campesina y, de ser así, qué rasgos estructurales pueden contribuir a explicar las diferencias. El contraste entre la India y la China basta para demostrar que las diferencias no sólo existen, sino que tienen dilatados efectos. Asimismo, el hecho de que incluso en la India haya habido una tentativa consumada de revuelta campesina, la de Hyderabad en 1948, aun dejando de lado otros alzamientos menores, indica firmemente que ninguna estructura social puede ser del todo inmune a las tendencias revolucionarias surgidas en el curso de la modernización. No cabe duda, por otro lado, que algunas sociedades son mucho más vulnerables que otras. De momento podemos prescindir de todos los problemas

que aparecen en el curso de la modernización y concretarnos a las diferencias estructurales en las sociedades premodernas.[3]

El contraste entre la India y la China sugiere una hipótesis más sustentable quizá que las arriba expuestas. La sociedad india, como han observado muchos estudiosos, se asemeja a un organismo invertebrado enorme, pero muy simple. Su subsistencia no exigió una autoridad coordinadora central, un monarca, o, para continuar la analogía biológica, una cabeza. Durante mucho de la historia india hasta los tiempos modernos, no hubo ninguna autoridad central que impusiera su voluntad al subcontinente en bloque. La sociedad india recuerda las estrellas de mar, que los pescadores acostumbraban hacer trizas con saña; cada fragmento se volvía después una nueva estrella de mar. Pero la analogía es inexacta. La sociedad india aún era más simple, y a la vez, no obstante, más diferenciada. El clima, las prácticas agrícolas, los sistemas tributarios, las creencias religiosas, y otros muchos rasgos sociales y culturales, diferían notablemente de una parte del país a otra. La casta, en cambio, era común a todas, y ofrecía la armazón sobre la que se organizaba por doquier la totalidad de la vida. Ello posibilitaba dichas diferencias en el seno de una sociedad donde cualquier segmento territorial podía ser amputado del resto sin dañarlo ni dañarse a sí mismo, cuando menos de un modo irreparable. Desde el punto de vista de nuestro problema inmediato, es mucho más importante el revés de ese hecho: cualquier tentativa de innovación, toda variación local, viene simplemente a poner la base

de otra casta. No tan sólo las nuevas creencias religiosas. Como la distinción entre lo sagrado y lo profano es muy dudosa para la sociedad india, y puesto que los códigos de las castas, impregnados de elementos religiosos, cubren prácticamente toda la esfera de actividades humanas, cualquier innovación o tentativa de innovación en época premoderna tendía a fundamentar otra casta. Así, la oposición a la sociedad y el vivir a costa de la sociedad pasaron a ser parte de la sociedad en forma de castas de bandidos o castas en forma de sectas religiosas. También existieron bandidos hereditarios en la China.[4] Con todo, dentro del contexto chino, su significado fue muy diferente, aparte que la ausencia de castas facilitó el reclutamiento. En la China el terrateniente necesitó un gobierno central fuerte como una de las piezas del mecanismo para extraer el excedente de los campesinos. Hasta tiempos bastante próximos, la casta hizo innecesario ese sistema en la India. La sociedad china requirió, pues, algo así como una cabeza, una autoridad coordinadora relativamente compleja en el centro. Los bandidos eran en la China una amenaza, y podían degenerar en insurrecciones campesinas.

La hipótesis general inferible de esta breve recapitulación, que cierro con uno de aquellos *ceteris paribus* usados por los eruditos para evitar cuestiones espinosas, podría exponerse como sigue: una sociedad muy segmentada que se apoye en sanciones ampliamente esparcidas para salvaguardar su coherencia y para extraer el excedente del campesinado es casi inmune a la rebelión campesina, toda vez que la oposición tiende a

tomar la forma de un nuevo segmento. En cambio, una burocracia agraria, es decir una sociedad que confía en una autoridad central para extraer el excedente, es un tipo más vulnerable. Los sistemas feudales, donde el poder real está esparcido en varios centros bajo la autoridad nominal de un débil monarca, se halla entre lo uno y lo otro. Tal hipótesis cuadra, cuando menos, con los hechos básicos considerados en este estudio. La rebelión campesina fue un serio problema en la China tradicional y la Rusia zarista; fue algo menos grave, pero estuvo a menudo latente, en la Europa medieval; fue bastante apreciable en el Japón desde el siglo xv; y casi no aparece en las historias de la India.[5]

Volviendo al proceso de la modernización, debemos señalar una vez más que el éxito o el fracaso de la clase alta en la adopción de la agricultura comercial repercute enormemente en los resultados políticos. Allí donde la clase alta rural ha pasado a producir para el mercado, abriendo así la vida rural a los influjos comerciales, las revoluciones campesinas han tenido poca importancia. Esa transición antirrevolucionaria ha podido efectuarse por vías muy distintas. En el Japón, durante los primeros tiempos de los Meiji, una clase alta rural que estaba siendo renovada a paso de carga conservó mucho de la sociedad campesina tradicional como mecanismo para extraer un excedente. En otros casos notables, la sociedad campesina fue destruida, ya rompiendo su vínculo con la tierra, como en Inglaterra, ya reforzándolo, como hizo Prusia, al reintroducir la servidumbre. Y, a la inversa, la Historia indica que un movimiento revolucionario halla muchas

más facilidades para avanzar y llegar a ser una seria amenaza allí donde la aristocracia rural no ha desarrollado un impulso comercial poderoso dentro de sus propias filas. Puede entonces quedar bajo ella una sociedad campesina, aunque maltratada, intacta, con la que le unen pocos nexos. También es probable que, a la vez, la aristocracia trate de mantener su estilo de vida en un mundo cambiante sacando un excedente mayor del campesinado. Así sucedió, a grandes líneas, en la Francia del siglo xviii y en Rusia y la China durante el siglo xix y parte del xx.[6]

La gran guerra campesina alemana, la *Bauernkrieg* de 1524-1525, ilustra muy bien tales correlaciones, sobre todo si se comparan las áreas donde estalló violentamente con aquellas otras donde no fue más que un episodio menor. Siendo así que constituye la más importante revolución campesina de Europa en los inicios de la edad moderna, parece obligado dedicarle un breve comentario. Como de costumbre, ayudará a esclarecer su sentido el contraste con la forma como se produjeron los cambios en la sociedad inglesa. Un influyente sector de las clases altas rurales de Inglaterra necesitaba, no hombres, sino tierra para la cría de ganado lanar. Los *Junker* alemanes, en cambio, necesitaban hombres, más específicamente hombres vinculados a la tierra, para la producción del grano que exportaban. Muchas de las disparidades en la historia ulterior de los dos países se remontan a esa sencilla diferencia.

En Prusia, las exportaciones de granos trajeron consigo la inversión de anteriores tendencias semejan-

tes a las de la Europa occidental donde iba a triunfar andando el tiempo la democracia parlamentaria. A mediados del siglo XIV, Prusia se hallaba aún en un estado análogo al de la Europa occidental, si bien lo había alcanzado por una senda distinta. Era entonces un país de campesinos prósperos y relativamente libres. Como en el resto de lo que más tarde sería el Nordeste de Alemania, la principal causa de esa libertad había sido la necesidad de otorgar condiciones favorables a los colonos germánicos inmigrantes —junto con el desarrollo de una fuerte autoridad central a través de la Orden Teutónica, y de una vigorosa vida urbana. Los campesinos germánicos tenían derecho a vender y legar sus tierras, así como a vender sus productos en las ciudades vecinas. Sus deberes para con el señor, lo mismo en prestaciones monetarias que personales, eran escasos. La autoridad del señor en los asuntos lugareños era sumamente limitada; concernía sobre todo a la «justicia suprema», es decir a los crímenes más graves. En general, los campesinos administraban por sí mismos sus asuntos.[7]

Por toda el área colonizada actuaba el *locator*, a menudo al servicio de terratenientes nobles, quien captaba colonos, los traía de sus lugares de origen, les asignaba tierras, evaluaba los campos de la aldea, y en pago pasaba a ser su «alcalde», cargo que transmitía a sus descendientes, y se quedaba con posesiones mayores que las de los demás.[8] En cierto sentido, pues, las aldeas del Nordeste de Alemania eran comunidades artificiales que recibían sus derechos desde arriba en forma de cartas de privilegios (*Handfesten*). Su situación difería a ese respecto de la de las aldeas germanoparlantes meridionales, que ganaron sus derechos en el curso de una prolongada pugna con el señor. Ello puede explicar en parte que el Nordeste no se resintiera después a la subyugación, aunque probablemente contaron más otros factores. Otra diferencia con respecto al Sur fue el carácter mixto de la población, toda vez que los germanos se establecían en territorios eslavos. No obstante, las aldeas se fundaban por lo común en parajes deshabitados, y los campesinos eslavos no tardaron en adquirir el mismo estatuto legal favorable que los germánicos.[9]

A fines del siglo XVI, empezó a haber ciertos cambios que conducirían más tarde a la servidumbre de los campesinos. Las ciudades comenzaron a decaer; la autoridad central a debilitarse. Pero lo más importante fue que alboreó un mercado de exportación para el grano. Todas esas fuerzas juntas alteraron —el equilibrio político del campo. Otras partes de Alemania y Europa experimentaron también una alteración de la moneda corriente en virtud del debilitamiento de la autoridad real y una crisis agraria que condujo a la represión de los campesinos por la nobleza, hechos que contribuyeron a producir la Guerra de los Campesinos.[10] Pero sólo en el Nordeste de Alemania apareció un importante comercio de exportación de granos.

Las consecuencias para los campesinos fueron desastrosas. Los señores cesaron de estar interesados en las prestaciones monetarias y tendieron, en cambio, a cultivar y ensanchar el dominio solariego. Necesitaban para ello el trabajo de los campesinos. Los servi-

cios personales fueron aumentados; se les vinculó al suelo. Se abolieron sus derechos a vender y legar las tierras que poseían, y no se les permitió ya casarse con personas de otros dominios. La mayoría de esos cambios tuvieron lugar durante el siglo XVI, período de fuerte alza en los precios del grano. Vale la pena advertir que, en tal situación, la escasez de mano de obra no benefició a los campesinos, sino que condujo a una severa disciplina para evitar que huyesen, y permitió a una nobleza, bien que numerosa, bastante débil establecer un sistema represivo de la mano de obra sin la ayuda de un gobierno central poderoso. En realidad, la supresión formal de la Orden Teutónica en 1525 fue uno de los hechos políticos más propiciadores de los resultados que acabamos de comentar.[11]

Durante el período de colonización, las aldeas campesinas habían estado a menudo físicamente separadas del señorío y también habían sido en gran parte organismos independientes. A mediados del siglo XV, tal situación prescribió,[12] pues los señores irrumpieron, en las aldeas, económicamente apropiándose las posesiones campesinas, en particular las del «alcalde», y políticamente estableciendo un monopolio de justicia.[13] Sin esa captura de la comunidad aldeana y destrucción de su autonomía, sería difícil entender cómo pudo imponer su voluntad una muchedumbre de nobles dispersos.

A fines del siglo XVII, la mayoría de los nobles, no frenados por ninguna autoridad formal de abajo o arriba, se habían vuelto pequeños déspotas en el ámbito de sus dominios. La revolución «capitalista» del *Junker*

en los siglos XVI y XVII fue casi por entero social y política. No hay indicios de cambios técnicos importantes en la agricultura que acompañaran la ascensión de los *Junker* a la supremacía. El barbecho con alternancia de tres campos siguió siendo la práctica casi universal hasta aproximadamente la Guerra de los Siete Años; por el siglo XVIII, las prácticas agrícolas estaban muy atrasadas respecto a las del Oeste de Alemania, sobre todo en los grandes dominios de los *Junker*.[14]

Los campesinos ofrecieron escasa resistencia. El único alzamiento de entidad estalló en las cercanías de Königsberg en 1525, poco después de la abolición de la Orden Teutónica. Nada sorprende que buena parte del ímpetu procediese de la ciudad misma y de quienes tenían más que perder —los campesinos libres más prósperos. La rapidez con que fue sofocado se debió al escaso apoyo de las ciudades, donde la vida corporativa era relativamente débil, en contraste con la zona de *Bauernkrieg*.[15]

La situación que condujo a la *Bauernkrieg* era, en sus aspectos más importantes, casi la opuesta a la del Nordeste de Alemania, y hace pensar en algunos de los factores que producirían dos siglos más tarde la Revolución Francesa. Como la *Bauernkrieg* y las numerosas convulsiones precedentes afectaron un área muy extensa, desde lo que hoy es la Austria occidental, pasando por casi toda Suiza y la Alemania sudoccidental, hasta gran parte del alto valle del Rin, hubo, claro está, considerable diversidad en las condiciones locales, cosa que ha dificultado determinar sus causas, objeto aún hoy de viva controversia.[16]

Con todo, la mayoría de los estudiosos están de acuerdo en el siguiente esquema. Los landgraves del Sur y el Oeste de Alemania estaban haciéndose más fuertes, y no más débiles como en el Nordeste, y empezaban a tomar medidas para controlar a su nobleza e instaurar una administración uniforme de tipo moderno. Esa forma de absolutismo era, sin embargo, una variedad pequeña y fragmentada, pues el emperador había disipado las energías germánicas en una vana pugna con el papado. La vida urbana florecía; la Baja Edad Media fue la edad de oro de los *Bürger* de aquella parte de Alemania.

En la misma, los campesinos pudieron a veces hallar apoyo en la plebe urbana. Pero generalizar sobre los estratos sociales con que se aliaron o a que se opusieron es muy arriesgado. En diversos lugares y momentos, estuvieron contra casi cada uno de los grupos existentes y también con algunos: en la Renania con los nobles contra las posesiones monásticas,[17] contra la nobleza en otros casos, con la nobleza en todavía otros, a veces asimismo contra la burguesía y el landgrave.[18] Todo lo más que uno puede decir confiado es que el conflicto empezó principalmente con las exigencias moderadas de campesinos ricos, se hizo más radical a medida que fue desarrollándose, y derivó por último en las visiones apocalípticas de Thomas Münzer. Esa progresiva radicalización, de la que ya hubo anuncios desde el principio,[19] se debió en parte al rechazo de las demandas moderadas iniciales,[20] así como a la tendencia de los campesinos a abrazar nuevas ideas religiosas emanantes de la Reforma para justificar sus motivos de queja económicos, políticos y sociales.[21] También contribuyó probablemente a ella la relación con las ciudades. Puede aún que derivara del malestar de los estratos inferiores del campesinado, el cual fue dividiéndose en ricos y pobres más o menos como en Francia a fines del siglo XVIII, aunque no he hallado ninguna constatación explícita de esa correspondencia.

La nobleza estaba sufriendo entonces una doble presión: los esfuerzos de los landgraves por imponer su autoridad, y los efectos, más generales, del desarrollo de una economía comercial. Necesitaba dinero, y procuraba obtenerlo de diversos modos, restableciendo si podía derechos del pasado o —les parecía a los campesinos— tratando de establecer nuevas obligaciones. Nótese que las primeras olas de descontento campesino revistieron la forma de esfuerzos por conservar o recobrar *das alte Recht*, «la antigua ley».[22] Lo que no hicieron los nobles, salvo acá y allá en pequeña escala, fue ponerse a cultivar para el mercado. Ahí reside la diferencia decisiva entre el área de la *Bauernkrieg* y la de los *Junker*.

Por lo que respecta a los protagonistas de la *Bauernkrieg*, la posición económica y social de un amplio sector del campesinado había ido mejorando en los últimos tiempos. Como observó un estudioso hace más de veinte años, los indicios de prosperidad entre los campesinos y *Bürger* de aquella parte de Alemania a fines de la Edad Media han llegado a ser tan abundantes, que ya no es posible ver la causa de la revuelta en un deterioro económico general.[23] Ese hecho dice bien con la tesis de

que los nobles, sometidos a fuertes presiones, trataron de apretar los tornillos a los campesinos por todos los medios a su alcance.[24] Hacía siglos que venía desarrollándose un zigzagueante conflicto entre la comunidad campesina y el señor sobre sus respectivos derechos, pugna que no excluía intereses comunes en muchas cuestiones. Sus resultados cristalizaban periódicamente en un *Weistum*, codificación por escrito del derecho consuetudinario (*Rechtsgewohnheiten*) en que se consignaban las respuestas dadas bajo juramento por ancianos experimentados de la comunidad a una serie de preguntas. A juzgar por los *Weistümer* que se conservan, su número fue aumentando desde 1300, con un máximo entre 1500 y 1600, para disminuir después muy aprisa.[25] Esos documentos y otros testimonios similares muestran una comunidad aldeana estrechamente soldada, aunque con crecientes diferencias en el poseer, viviendo en un estado de cooperación antagónica con el señor que iba cambiando poco a poco.[26] Parece que las prestaciones laborales habían ido perdiendo importancia, y cobrándola las monetarias, al revés que en el Nordeste. Un buen número de campesinos habían casi alcanzado derechos de propiedad *de facto*, tras raer la mayor parte de los estigmas del régimen de posesión feudal, aunque abundaban las bolsas donde persistían.[27]

En las primeras fases de la revuelta, las demandas campesinas repitieron a menudo temas sacados de Weistümer anteriores.[28] Ese hecho es un indicio más de que la *Bauernkrieg* empezó con la protesta «legítima» de los miembros más pudientes y respetables de la comunidad campesina.[29]

La *Bauernkrieg* fracasó, y fue sangrientamente reprimida. Con ello las manifestaciones del campesinado, tanto las radicales como las conservadoras, quedaron sepultadas. En parte por la victoria aristocrática, que según hemos visto se dio también en el Nordeste por otras razones y contra escasa resistencia, las probabilidades para la emergencia de la democracia parlamentaria en el país serían nulas durante siglos. Sólo en el siglo XIX volvió Alemania a dar pasos en tal dirección, y aun vacilantes y, al cabo, inútiles.

Las respectivas victorias del *landlord* inglés y el *Junker* alemán constituyen formas casi diametralmente opuestas de transición a la agricultura comercial por una clase alta agraria. También modos diametralmente opuestos de destruir la base de acción política del campesinado. Pese a su derrota, esa acción fue intensa en las áreas de *Bauernkrieg*, donde las clases altas no dieron un asalto económico a la sociedad campesina, pero según parece trataron de aumentar la cantidad de dinero que sacaban de los campesinos.

La anterior inmersión en un caso concreto bastará, confío, para indicar los principales modos como la respuesta de las clases altas rurales al reto de la agricultura comercial crea situaciones que son favorables o desfavorables a los alzamientos campesinos. Las grandes áreas donde han tenido mayor importancia las revoluciones campesinas en los tiempos modernos, Rusia y la China, se asemejan en que sus clases altas rurales no efectuaron en general una transición lograda al mundo del comercio y la industria, ni destruyeron la organización social imperante entre los campesinos.

Ahora podemos ya dejar aparte la conducta de la aristocracia para emprender una discusión más analítica de los factores en obra entre el campesinado mismo. ¿Qué significa en rigor la modernización para los campesinos además del hecho simple y brutal que tarde o temprano son sus víctimas? Por razones generales, parece obvio que los diferentes tipos de organización social reconocibles en diversas sociedades campesinas, junto con la tempestividad y el carácter del proceso de modernización, han de influir considerablemente en que la respuesta de los campesinos sea revolucionaria o pasiva. ¿Pero qué relación existe en rigor entre esas variables? Veamos primero qué cambios generales tienen lugar a lo largo del proceso, tan complejo.

En el plano de la agricultura, la modernización económica requiere la extensión de las relaciones comerciales a un área mucho más amplia que antes, y el progresivo reemplazo del cultivo para la subsistencia por la producción para el mercado.[30] En el de la política, una modernización efectiva exige el establecimiento de orden público en un área amplia, la creación de un gobierno central fuerte. No hay una conexión universal entre los dos procesos: Roma y la China establecieron dilatados imperios y gobiernos poderosos para las respectivas épocas sin generar ningún ímpetu apreciable hacia una sociedad moderna. Pero su combinación ha engendrado la modernización en diversas partes del mundo desde el siglo xv. El desarrollo de la autoridad del Estado y la intrusión del comercio, que pueden advenir en tiempos bastante distintos, afectan los vínculos del campesino con el superior, la división

del trabajo dentro de la aldea, su sistema de autoridad, las agrupaciones de clase dentro del campesinado, los derechos de arrendamiento y de propiedad. A veces el influjo de ambas fuerzas externas puede ocasionar cambios en la tecnología y el nivel de productividad de la agricultura. Que yo sepa, no hay ningún caso de revolución técnica agrícola mayor que haya surgido entre el campesinado, aunque, según hemos visto, hubo al parecer una de ese tipo medianamente importante en el Japón, hacia el fin de la era Tokugawa. Hasta aquí, los cambios tecnológicos han sido mucho más importantes en Occidente; en las economías arroceras de Asia, el incremento de la productividad se ha verificado en general por la intensificación del trabajo humano.

En dicho complejo de cambios interrelacionados, tienen especial importancia política tres aspectos: el carácter del vínculo entre la comunidad campesina y su superior inmediato, la distribución de la tierra y las divisiones de clase dentro del campesinado, y el grado de solidaridad o cohesión de la comunidad campesina. Como están íntimamente interrelacionados, es imposible rastrear los esquemas característicos de la modernización en cada uno de ellos sin trasladarlos e incurrir en repeticiones.

Volviendo al punto de partida del proceso, hallamos que las comunidades campesinas o aldeas y sus lazos con el mundo exterior presentan ciertas semejanzas muy marcadas en muchas civilizaciones agrarias. Empezaré por esbozar a grandes rasgos la contextura básica general de tales comunidades, no sin advertir de

antemano que hay numerosas desviaciones políticamente significativas. Nos será más fácil percibir qué significan si discernimos primero el modelo general. Limitaré el análisis a las aldeas, entendidas como núcleos rurales compactos con campos a su alrededor. Aunque el sistema de caserías dispersas también se da bastante por doquier, no ha sido la forma predominante en ningún país, salvo quizás en algunas partes de los Estados Unidos en tiempos coloniales y de transición. Y ese hecho es de suyo una de las razones para no denominar campesinos a los granjeros norteamericanos.

Directa o indirectamente, el superior inmediato tuvo un papel decisivo en la vida de la aldea. En las sociedades feudales, fue el señor; en la China burocrática, el terrateniente vinculado a la burocracia imperial; en parte de la India, el *zamindar*, figura más o menos intermedia entre el oficial burocrático y el señor feudal. La tarea general del superior seglar consistió en procurar seguridad contra los enemigos exteriores. A menudo, pero no universalmente, administró justicia y compuso las querellas entre los habitantes de la aldea. Al lado del superior seglar, hallamos con frecuencia al sacerdote. Su tarea consistió en contribuir a legitimar el orden social vigente y en explicar y vencer aquellos infortunios y desastres contra los que las rutinarias técnicas sociales y económicas de los campesinos eran inadecuadas. A cambio del cumplimiento de esas funciones, el superior y el sacerdote extraían un excedente económico de los campesinos en forma de trabajo, productos agrícolas o, incluso, dinero, si bien esa última prestación fue por lo común menos importante

que las otras dos en la época precomercial. La manera como estaban distribuidas tales obligaciones entre los campesinos varió considerablemente. Su derecho a cultivar el suelo y a retener una parte de los productos dependía en general de que las cumplieran.

Hay bastantes hechos favorables a la tesis de que, allí donde los vínculos derivados de dicha relación entre la comunidad campesina y su superior son fuertes, la tendencia a la rebelión (y más tarde revolución) campesina es débil. Tanto en Rusia como en la China, los vínculos fueron tenues y las convulsiones campesinas endémicas, pese a que apenas si cabría concebir comunidades campesinas de estructura más diversa. En el Japón, donde se pudo cerrar el paso a la revolución campesina, la vinculación fue muy efectiva. No deja de haber en los hechos algunos embrollos y contradicciones. En la India prebritánica, el poder estrictamente político no alcanzaba a la aldea sino en ciertas áreas. Pero había una fuerte vinculación a la autoridad a través de los sacerdotes.

Para que los vínculos sean un agente efectivo de estabilidad social tienen probablemente que cumplirse dos condiciones. Una, que no exista demasiada competencia por la tierra u otros recursos entre los campesinos y el superior. No se trata tan sólo de cuánta tierra hay disponible. Las instituciones sociales influyen tanto como su cantidad en determinar que los campesinos estén o no hambrientos de ella. La otra condición, entonces, diría yo, es una estrechamente relacionada con la anterior, a saber: la estabilidad política requiere la inclusión del superior y/o el sacerdote en la

comunidad aldeana como miembros que realizan servicios necesarios para el ciclo agrícola y la cohesión social de la aldea, por lo que reciben premios materiales y privilegios bastante proporcionados.

Lo malo es determinar qué premios y privilegios son proporcionados a los servicios de la clase alta. En una sociedad feudal, ¿cuántas gallinas y huevos en plazos fijos, cuántos días de trabajo al año en los campos del señor serían un pago «justo» por su protección y justicia?, ¿o se trata de un punto completamente arbitrario, sólo dilucidable poniendo a prueba las respectivas fuerzas? De un modo más general, ¿no es el concepto de explotación algo puramente subjetivo que no puede concretarse ni medirse, nada más un epíteto político? Casi seguro que la mayor parte de los sociólogos de hoy darían una respuesta afirmativa a esas preguntas. Si se adopta tal actitud, la proposición que acabamos de sugerir resulta una huera tautología. Significa que los campesinos no se rebelan en tanto que aceptan como legítimos los privilegios de los aristócratas y sus obligaciones para con ellos. *Por qué* los aceptan sigue siendo tan problemático como antes. Sólo cabe atribuirlo a engaño, porque una serie de recompensas es ni más ni menos arbitraria que cualquier otra. Ahí, creo yo, toda la interpretación subjetiva de la explotación se viene abajo, queda por flagrantemente autocontradictoria. ¿Cómo pueden ser nueve décimas partes de la cosecha del campesino una exacción igual arbitraria que un tercio?

El punto de vista contrario, que la explotación es en principio un concepto objetivo, tiene a mi entender

más sentido generalmente y, cuando menos, depara la posibilidad de una explicación. El caballo de batalla es si hay manera de evaluar de un modo objetivo las contribuciones de actividades cualitativamente distintas, como guerrear y cultivar el suelo, a la subsistencia de una sociedad específica. (Los economistas acostumbraban decirnos que sí, pero ahora, sospecho, no se atreverían a tanto.) Me parece que un observador «objetivo» puede hacerlo planteándose las cuestiones clásicas *a*) ¿Es esa actividad necesaria a la sociedad?, ¿qué pensaría si cesara o cambiara?, y *b*). ¿qué recursos son necesarios para que se pueda practicar eficazmente? Aunque las respuestas a tales preguntas presentan siempre un margen considerable de incertidumbre, tienen también un núcleo objetivo racional.

Dentro de límites lo bastante amplios para que la sociedad funcione, el carácter objetivo de la explotación parece tan terriblemente obvio como para sospechar que lo que requeriría explicación es el negarlo. No es difícil discernir cuándo una comunidad campesina recibe de veras protección de su superior y cuándo éste es incapaz de rechazar a los enemigos o está conchabado con ellos. Un superior que no defiende la paz, que toma a los campesinos la mayor parte de sus alimentos, que les arrebata sus mujeres —como sucedió en vastas áreas de la China durante el siglo XIX y primera mitad del XX— es de claro en claro explotativo. Entre esa situación y la «objetivamente» justa hay toda suerte de gradaciones en que la ratio entre los servicios prestados y el excedente extraído de los campesinos es disputable. Puede que tales disputas intri-

guen a filósofos. No desgarrarán, probablemente, la sociedad. La tesis propuesta aquí sólo afirma que las contribuciones de quienes combaten, gobiernan y rezan han de ser obvias al campesino, y que los pagos compensatorios de éste no han de ser muy desproporcionados en relación con los servicios recibidos. Para exponerla aún en otra forma, las nociones populares de justicia tienen una base racional y realista; y los sistemas que se desvían de esa base necesitan por lo regular tanto más engaño y tanta más fuerza cuanto más lo hacen.

Ciertas formas de modernización son especialmente proclives a trastornar cualquier forma de equilibrio establecido en la relación entre la comunidad campesina y las clases altas rurales y a someter los mecanismos que las vinculan a nuevas presiones. El desarrollo del absolutismo real, cuando ha venido a acrecer e intensificar las cargas del campesinado a fin de pagar el aumento de las fuerzas militares y burocracia administrativa, así como una costosa política de magnificencia cortesana, ha contribuido sobre manera a producir explosiones campesinas.[31] Los Borbones y los zares rusos, aunque de modos muy distintos, usaron análogamente tal combinación de medios para amansar a sus respectivas noblezas a costa de no poco sufrimiento entre los campesinos. Éstos reaccionaron con erupciones intermitentes, mucho más intensas en Rusia que en Francia. Los Tudores y Estuardos de Inglaterra afrontaron una situación por entero distinta, y perdieron una cabeza real, en parte porque intentaron proteger a los campesinos contra la conducta «antisocial» de una nobleza en vías de comercializarse. En el Japón, el *shôgun* Tokugawa volvió redondamente la espalda al mundo exterior, con lo que no tuvo que crear un costoso sistema militar y administrativo como los monarcas absolutos de Europa. Los disturbios campesinos no adquirieron importancia hasta la última fase de la era.

De ordinario, la creación de una monarquía centralizada entrañó que el superior inmediato de los campesinos traspasara sus funciones protectoras al Estado. Tanto en Francia como en Rusia, ese cambio tuvo lugar de tal modo, que dejó en gran parte intactos los derechos del señor a una serie de obligaciones de los campesinos. La renovada potencia del Estado respaldó los derechos señoriales porque la autoridad real no podía permitirse en absoluto enajenarse la nobleza. Por otra parte, la gradual infiltración en el campo de géneros producidos en las ciudades que el señor necesitaba o creía necesitar, junto con las exigencias del consumo ostentativo en la Corte, aumentaron la necesidad del señor de estrujar más a los campesinos. El escaso desarrollo de la agricultura comercial empeoró la cosa, pues dificultó, si no imposibilitó, cualquier alternativa al despojo del campesinado. Según hemos visto, cuantas tendencias hubo hacia la agricultura comercial promovieron «sistemas represivos de mano de obra». En Francia y en Rusia, así como en otras partes del este de Europa, el pequeño señor pasó a ser la figura más reaccionaria, quizá porque estaban fuera de su alcance todas las alternativas: la corte, un buen matrimonio, acometer una tentativa de agricultura comer-

cial... Huelga explicitar la conexión entre tales procesos y el descontento campesino, ya puntualizada por numerosos historiadores.

En los países donde los campesinos se han rebelado, hay indicios de que los nuevos métodos capitalistas de sacar el excedente económico a los campesinos se añadieron a los tradicionales, aún en plena vigencia, y a veces incluso robustecidos. Así sucedió en la Francia del siglo XVIII, donde el movimiento campesino que contribuyó a derrocar el *ancien régime* tuvo a la vez marcados rasgos anticapitalistas y no menos marcados rasgos antifeudales. En Rusia, el gesto zarista de extirpar la servidumbre desde arriba no satisfizo a los campesinos. Los pagos de redención fueron demasiado altos y las concesiones de tierra demasiado exiguas, como la subsiguiente acumulación de atrasos vino pronto a demostrar. Al no modernizarse el campo en gran escala, los pagos de redención vinieron a ser nuevos modos de tomar un excedente al campesino sin dejarle de hecho adquirir, por otro lado, la tierra que era «según derecho» suya. En la China, asimismo, el campesino demostró con su conducta cómo le escocía la combinación del antiguo oficial recaudador de contribuciones y el terrateniente comercial encarnada en el régimen Kuomintang.

Todo ello no implica que, en semejantes circunstancias, la carga total sobre el campesinado aumentara *necesariamente*. Al fin y al cabo, es un lugar común histórico que la mejora en la situación económica del campesinado puede ser preludio de revuelta.[32] Tal mejora parece bastante estatuida para el campo inglés con

anterioridad a la sacudida de 1381, para las áreas de *Bauernkrieg* en la Alemania del siglo XVI, y para el campesinado francés previamente a 1789. En otros casos, los más importantes Rusia y la China, las cargas sobre el campesinado, a buena cuenta, aumentaron.

Sea como fuere, uno de los mayores peligros para un *ancien régime* durante las fases primitivas de la transición al mundo del comercio y la industria es perder el apoyo de la corteza superior del campesinado. Una de las explicaciones más comunes es de tipo psicológico: la mejora limitada en la posición económica de ese estrato ocasiona exigencias cada vez mayores y, a la larga, un estallido revolucionario. Tal teoría de una «revolución de esperanzas crecientes» puede tener algún valor explicativo parcial. No vale, sin embargo, como explicación general. Tanto para Rusia como para la China, aun en el siglo XX, violenta los hechos hasta hacerlos irreconocibles. Los campesinos más ricos pueden volverse contra el antiguo orden por distintas razones, según circunstancias históricas específicas y su impacto en distintas formas de sociedad campesina.

La velocidad con que se producen los cambios en el modo de vivir del campesinado, así como el número de individuos simultáneamente afectados, son de por sí factores decisivos. Un deterioro económico paulatino puede ser aceptado con el tiempo por sus víctimas como algo propio de la situación normal. Sobre todo cuando no hay ninguna alternativa bien visible, la lenta agravación de la estrechez puede hallar gradualmente acogida en los criterios campesinos sobre lo justo y adecuado. Lo que enfurece a los campesinos

(y no tan sólo a los campesinos) es una imposición o exigencia nueva y brusca que afecte a muchos de ellos a la vez y que entrañe una ruptura con las reglas y costumbres admitidas. Los tradicionalmente dóciles campesinos indios se resistieron en masa y suscitaron el espectro de una revuelta agraria en la mayor parte de Bengala cuando, en el decenio 1860-1870, las autoridades inglesas trataron de forzarles a cultivar índigo a precios de hambre para el mercado textil, en súbito *boom*.[33] Las medidas revolucionarias contra los sacerdotes de la Vendée tuvieron efectos muy similares. No hace falta multiplicar los ejemplos. Lo significativo es que, en dichas condiciones, los agravios individuales aparecen por ensalmo como colectivos. Si el impacto es de buena ley (repentino, bastante general, no tan serio como para que la resistencia campesina parezca desesperada desde el principio), puede inflamar la solidaridad rebelde o revolucionaria en cualquier tipo de sociedad campesina. Ninguno es inmune, a mi entender. Sin embargo, hay variaciones en el potencial explosivo que cabe relacionar con los diversos tipos de sociedad campesina.

A lo largo de este estudio hemos visto una notable gama de diferencias en el grado de cooperación y de división asociada del trabajo dentro de las comunidades campesinas. En un extremo podríamos poner a los campesinos de la Vendée con sus alquerías aisladas, bastante atípicas para los campesinos de sociedades civilizadas. En el otro, la sumamente integrada aldea japonesa, integración que ha persistido hasta tiempos modernos. Por razones generales, parece obvio que el

grado de solidaridad alcanzado por los campesinos, siendo como es una expresión de la entera red de nexos sociales dentro de la que los individuos viven toda su vida, ha de influir poderosamente en las tendencias políticas. Sin embargo, estando ese factor entretejido con otros muchos, el aprecio de su importancia presenta dificultades. Según interpreto yo los hechos, la ausencia de solidaridad (o, más precisamente, un estado de solidaridad débil, toda vez que alguna cooperación siempre existe) obstaculiza en gran manera *cualquier* acción política. De ahí que tenga efectos conservadores, aunque el tipo de *shock* arriba considerado puede anular tal tendencia conservadora y mover a los campesinos a la acción violenta. Por otra parte, cuando la solidaridad es fuerte, cabe distinguir entre formas conservadoras y formas que favorecen la rebelión o revolución.

En la forma de solidaridad rebelde y revolucionaria, los engranajes institucionales son de tal naturaleza, que difunden los agravios por la comunidad campesina y la convierten en un grupo solidario hostil al superior. Hay sólidos indicios de que ocurrió así en las aldeas rusas a fines del siglo XIX y principios del XX. Una de las principales consecuencias de la periódica redistribución de la propiedad en el *mir*, o comuna campesina, parece haber sido generalizar el hambre de tierra, alinear a los campesinos más ricos con los más pobres. Ésa fue, por cierto, la conclusión de Stolypin, quien revocó el anterior apoyo oficial al *mir* y trató de establecer una versión rusa de la robusta *yeomanry* a fin de apuntalar el tambaleante trono de los Romanoff.[34]

Vale también la pena recordar que los comunistas chinos, antes de tomar el poder, tuvieron que producir esa forma de solidaridad con materiales sociales refractarios.

La forma opuesta de solidaridad, la conservadora, recibe su cohesión de un incrustar en la estructura social vigente a quienes tienen motivos de queja potenciales y actuales. Eso se efectúa, como indican los datos japoneses e indios, por medio de una división del trabajo que se respalda en fuertes sanciones, a la vez que ofrece un nicho, bien que humilde, reconocido a los poseedores de pocos bienes. Muy posiblemente estribe ahí la diferencia entre las formas radicales y conservadoras de solidaridad. La solidaridad radical, como en el sistema ruso, puede representar un intento de establecer una distribución equitativa de un recurso escaso, aquí la tierra; la solidaridad conservadora se basa en la división del trabajo. En general, parece más factible lograr que los individuos cooperen pacíficamente en una tarea común que no en el uso de recursos escasos.[35]

Para exponer el mismo punto en una forma algo distinta, las ordenaciones de los bienes difieren mucho en el modo de vincular a los campesinos a la sociedad establecida y, por ende, en sus efectos políticos. Ser miembro pleno de la aldea china —y sufrir los influjos conservadores de la red de obligaciones parentales y religiosas— requería un mínimo de hacienda. El proceso de modernización, según parece, aumentó muy notablemente el número de campesinos por debajo del mínimo, deterioro que bien podía haberse dado asi-

mismo de vez en cuando en los tiempos premodernos; de ahí el potencial radical. Las aldeas japonesas e indias, en cambio, han ofrecido a quienes tienen poca o ninguna hacienda un estado, si humilde, legítimo, tanto en los tiempos premodernos como en los modernos.

El tipo de solidaridad débil que inhibe toda suerte de acción política es fundamentalmente un fenómeno moderno. Tras establecerse un sistema legal capitalista y después que el comercio y la industria hayan tenido efectos lo bastante profundos, la sociedad campesina puede dar en una nueva forma de estabilidad conservadora. Así sucedió en buena parte de Francia, en ciertas áreas del Oeste de Alemania y en otras regiones de la Europa occidental durante la primera mitad del siglo XIX. Marx, al comparar las aldeas francesas integradas por pequeñas explotaciones campesinas con los sacos de patatas, captó la esencia de la cosa.[36] El rasgo clave es que no existe una red de relaciones cooperativas. Opone la aldea moderna a la medieval. Un estudio reciente de una aldea de ese tipo ubicada en el Sur de Italia pone de manifiesto sus resultas: la competencia entre las unidades familiares que la integran inhibe cualquier forma de acción política efectiva. El «familiarismo amoral» que reina en esa aldea —una caricatura del capitalismo— arranca de su historia específica, un desarrollo extremo que contrasta con el de otras partes de Italia donde las relaciones intraaldeanas son más cooperativas.[37] Los factores más importantes y generales son probablemente la desaparición de los derechos comunes y de la realización en común de ciertas tareas en el curso del ciclo agrícola; la descomedida

importancia de la pequeña parcela cultivada por brazos de la familia; y las relaciones competitivas introducidas por el capitalismo. En un estadio más avanzado del desarrollo industrial, ese tipo de atomizada aldea campesina puede pasar a ser el semillero del sentimiento anticapitalista reaccionario en el campo, según hemos visto al tratar de Alemania.

En suma, las causas más importantes de revoluciones campesinas han sido la ausencia de una revolución comercial agrícola dirigida por las clases altas rurales y la concomitante supervivencia de las instituciones sociales campesinas en la era moderna, en que están sometidas a nuevas presiones y tensiones. Allí donde la comunidad campesina sobrevive, para que no se produzca un estallido revolucionario es menester que siga estrechamente vinculada a las clases rurales dominantes, como en el Japón. De ahí que otra importante concausa haya sido la debilidad de los vínculos institucionales que atan la sociedad campesina a las clases altas, junto con el carácter explotador de esa relación. También ha formado parte del síndrome general la pérdida para el régimen de una clase alta de campesinos ricos por haber éstos empezado a adoptar métodos de cultivo más capitalistas contra una aristocracia que procura mantener su posición intensificando las obligaciones tradicionales, como en la Francia del siglo XVIII. Allí donde esas condiciones o no han existido o no han sido corregidas, o no han estallado revoluciones campesinas o han sido sofocadas fácilmente.

Las grandes burocracias agrarias anexas al absolutismo real, la China incluida, han estado especialmente expuestas a dicha combinación de factores favorables a la revolución campesina. Su misma fuerza les permite inhibir el desarrollo de una clase comercial y manufacturera. A lo sumo, alientan a una fragmentada y cosida a las faldas del monarca con miras a la magnificencia y la guerra, como en la Francia del siglo XVII. Domando a la burguesía, la corona reduce el ímpetu hacia una más plena modernización en forma de ruptura revolucionaria burguesa. Ese efecto fue muy notable en la propia Francia. Rusia y la China, al escapar a una revolución burguesa, serian más vulnerables a revoluciones campesinas. Además, una burocracia agraria, con sus onerosas exigencias contributivas, corre el riesgo de empujar a los campesinos a aliarse con las *élites* urbanas locales, hecho particularmente peligroso, pues separa la máquina administrativa real de la masa de la población.[38] Por último, si se arroga las funciones protectorias y judiciales del superior local, la monarquía absoluta debilita el vínculo más decisivo entre los campesinos y las clases altas. Y, si sólo las asume parcial y ocasionalmente es probable que venga a competir con las *élites* locales en la extracción de recursos de los campesinos. En semejantes circunstancias, los notables locales pueden tender a apartidarse con los campesinos.

Los diversos tipos de ajustes solidarios entre los campesinos, continuando con los factores generales, importan sobre todo en tanto que constituyan focos para el establecimiento de una sociedad campesina distinta en oposición con la clase dominante y fundamenten conceptos populares de lo justo e injusto que

choquen con los gobernantes. Según sean las formas específicas de las instituciones que promueven la cohesión campesina, las consecuencias serán conservadoras o radicales. La solidaridad entre los campesinos ora ha ayudado a las clases dominantes ora ha sido un arma contra ellas, pasando a veces de lo uno a lo otro. En algunas sociedades premodernas podemos también hallar una división del trabajo que cree mucha menos cohesión, como fue el caso al parecer de la China. Así, pues, el potencial revolucionario existente al producirse el impacto de la modernización varía no poco de una sociedad agraria a otra. Por otro lado, las formas más extremas de sociedad atomizada que inhiben en gran manera cualquier acción política efectiva y que tienen profundos resultados conservadores parecen surgir en una fase del capitalismo algo más tardía. Tal cultura de pobreza egoísta constituye quizá tan sólo un estadio transicional propio de áreas remotas todavía no alcanzadas por el industrialismo avanzado.

Todos esos factores explican, creo, cómo aparece un potencial revolucionario entre el campesinado. Que el mismo llegue a ser efectivo políticamente depende de que los agravios campesinos vengan o no a fusionarse con los de otros estratos. Los campesinos nunca han podido consumar una revolución por sí solos. En ese punto los marxistas aciertan plenamente, si bien van fuera de trastes en otros aspectos trascendentales. Los campesinos han de tener líderes de otras clases. Pero el liderazgo solo no basta. Los alzamientos campesinos de la Edad Media y de fines de la Edad Media, dirigidos por aristócratas o ciudadanos, fueron

con todo aplastados. Ese hecho podría servir de saludable advertencia a aquellos deterministas modernos, no por cierto todos marxistas, que se figuran que, una vez agitados los campesinos, están necesariamente al caer grandes cambios. En realidad, los alzamientos campesinos han sido sofocados mucho más a menudo que no han triunfado. Para que triunfen, se requiere una combinación de circunstancias bastante insólitas que no se ha dado sino en los tiempos modernos. El mismo éxito, por otra parte, ha sido siempre de carácter absolutamente negativo. Los campesinos han proporcionado la dinamita para volar el edificio viejo. A las obras de reconstrucción subsiguientes, no han aportado nada; de hecho han sido sus primeras víctimas —incluso en Francia. Además, para que una ruptura revolucionaria resulte factible, las clases altas han de padecer un grado muy notable de ceguera, producto sobre todo de circunstancias históricas específicas y a la que siempre ha habido importantes excepciones individuales.

Por supuesto, el movimiento campesino no hallará sus aliados entre la *élite*. Puede, sin embargo, arrastrar a un sector de la misma, especialmente, en la era moderna, a un puñado de intelectuales descontentos, y hallar en él sus líderes. Los intelectuales, de suyo, pueden hacer poco en el terreno político, a menos que se vinculen a una forma masiva de protesta. El intelectual descontento, con sus profundas y atrevidas investigaciones, ha atraído mucha más atención de la que correspondería a su importancia política, en parte porque aquéllas dejan tras sí testimonios escritos y tam-

bién porque quienes escriben la Historia son asimismo intelectuales. Negar que una revolución dimana del malestar campesino porque sus líderes se acierten a ser intelectuales o personas de profesiones liberales es una superchería particularmente engañosa.

Qué aliado pueda hallar el descontento campesino depende de la fase porque atraviese el desarrollo económico del país y de circunstancias históricas más específicas; esos factores también determinan el punto en que los aliados se vuelven contra el movimiento campesino para moderarlo o suprimirlo. En la *Bauernkrieg*, los campesinos alemanes recibieron alguna ayuda de las ciudades y de aristócratas rurales disidentes, pero no lograron nada; la fuerza colectiva que la *élite* rural, pese a las disidencias, pudo desarrollar fue aplastante. En Francia, el movimiento campesino se fusionó con las reivindicaciones burguesas, sobre todo porque la reacción feudal precedente había soliviantado a los campesinos ricos. Me parece, sin embargo, que tal conexión fue precaria y que bien habría podido torcerse hacia la oposición, pues muchos burgueses poseían fincas en el campo y abominaban los desórdenes campesinos. Otro aliado de cuenta fue el vulgo de París, aunque el término aliado no ha de entenderse aquí en el sentido de que sus tácticas estuvieran coordinadas o que uno u otro de los dos estratos tuvieran una táctica coherente respecto a su alianza. Los *sans-culottes* fueron en su mayor parte pequeños artesanos y oficiales, que han tenido en general un papel revolucionario mucho más importante de lo que nos llevaría a creer la teoría marxista.

En la Rusia de 1917, las clases comerciales e industriales no podían ser un buen aliado para los campesinos. La burguesía rusa era mucho más reducida y débil que la francesa de 1789 en la generalidad del campo, pese a que la tecnología se hallaba en un nivel más alto allí donde había industria y comercio. Aunque por algún tiempo se hubiese entretenido barajando ideas constitucionales inspiradas en las de Occidente, estaba vinculada por muchos hilos al gobierno zarista, que había fomentado cierto desarrollo capitalista de invernáculo —en gran parte por razones militares. Cosa quizás aún más importante, ningún sector del campesinado ruso tenía interés en asegurar los derechos de propiedad contra los residuos del feudalismo, como había sucedido en Francia. Las exigencias del campesino ruso eran brutalmente simples: desembarazarse del propietario, repartir el suelo, y claro está, parar la guerra. Los Demócratas Constitucionales, el principal partido de sabor burgués, habían considerado la posibilidad de aceptar las exigencias campesinas. Pero, cuando la cuestión tuvo que ser afrontada directamente, el ataque frontal de los campesinos a la propiedad fue demasiado para su estómago. A los obreros industriales, en cambio, el afán por repartir la tierra no podía causarles ninguna inquietud, al menos de momento. Los campesinos querían la paz porque eran las principales víctimas de la matanza y tenían escaso interés en defender a un gobierno que se negaba a hacerles concesiones. Los bolcheviques no disponían entre ellos de una masa de seguidores. Pero, como único partido sin vínculos con el orden existente, pu-

dieron permitirse aceptar provisionalmente sus exigencias a fin de conquistar el poder. Lo hicieron en esa etapa y volvieron a hacerlo tras el caos de la Guerra Civil. Luego, como bien se sabe, hallaron necesario volverse contra aquellos que les habían llevado al poder, forzar a los campesinos a encuadrarse en granjas colectivas para que fuesen la base principal, y las principales víctimas, de la versión socialista de la acumulación capitalista primaria.

En la China, tenemos aún otra combinación de circunstancias, menos conocida, en parte porque los hechos son allí todavía demasiado recientes para haber sido objeto de amplia investigación histórica. Es difícil señalar a un estrato bien definido como aliado de los campesinos, sobre cuyas espaldas los comunistas terminaron alcanzando la victoria, aunque, o quizá en parte porque, el descontento contra el Kuomintang se había difundido por todas las clases. Según ha expuesto convincentemente un estudioso contemporáneo, los comunistas apenas avanzaron mientras se atuvieron a las teorías marxistas sobre la importancia del proletariado como vanguardia de la lucha revolucionaria y antiimperialista.[39] Andando el tiempo lograron captarse el apoyo de los masas campesinas. Sin líderes urbanos, no obstante, es improbable que los campesinos solos hubiesen podido organizar el Ejército Rojo y promover la guerra partisana que distinguió a esa revolución de las precedentes y ha establecido un modelo para las tentativas posteriores. Los efectos sobre sus antagonistas han sido curiosos; un aspecto del entusiasmo occidental por aprender las «lecciones» de la

guerra de guerrillas recuerda las ideas japonesas del siglo XIX en torno a la democracia: la creencia que es una simple técnica cuya apropiación, perfectamente posible, traerá consigo todas las demás ventajas de que disfruta el adversario.

Tanto en Rusia como en la China, las posibilidades de parar el proceso de decadencia en algún punto anterior a la revolución campesina fueron muy escasas, debido sobre todo a la falta de una base firme en las clases comerciales e industriales para el desarrollo del capitalismo, liberal o reaccionario. Si va a suceder lo mismo en la India es cuestión a la que sólo el futuro dará respuesta segura. Sentar conclusiones sobre la India a partir de la China es absurdo, toda vez que aspectos mayores de sus respectivas estructuras sociales agrarias se oponen de medio a medio. Si el programa agrario del actual gobierno no resuelve el problema alimenticio de la India, y hay buenos motivos para un cálculo pesimista, es sumamente probable que sobrevenga un cataclismo político. Pero no va a tomar de necesidad la forma de una revolución comunista-dirigida. Dada la estructura social de la India, parece mucho más probable ya un tumbo hacia la derecha ya una fragmentación según líneas de fractura regionales, o alguna combinación de ambos fenómenos. El caso de la India mueve a uno a preguntarse si la gran ola de revoluciones campesinas, hasta aquí uno de los caracteres más distintivos del siglo XX, no habrá gastado ya su fuerza. Cualquier intento de considerar a fondo esa cuestión requeriría un estudio detallado de Latinoamérica y África, tarea ingente que debo dejar para

otros. Con todo, quizá valga la pena hacer un sugerimiento. Durante el proceso de modernización, las circunstancias de la vida aldeana rara vez han aliado a los campesinos con el capitalismo democrático, formación histórica cuyo cenit, en todo caso, ya pasó. *Si* la ola revolucionaria sigue propagándose por el mundo atrasado en los años venideros, difícilmente tenderá a configurarse en tal sentido.

EPÍLOGO

IMÁGENES REVOLUCIONARIAS Y REACCIONARIAS

De las sacudidas y fracturas que acompañan la constitución de una nueva sociedad —o de los esfuerzos para prevenirla salen a luz en situaciones *grosso modo* comparables concepciones similares de lo que debiera o no debiera ser la sociedad. Discutir en forma adecuada las críticas radicales y conservadoras de la sociedad según un método comparativo requeriría sin duda otro volumen.[1] Aquí me limitaré a comentar brevemente algunos *Leitmotive* entresacados de tan amplia gama de ideas por su relación con ciertos tipos de experiencia histórica que han afectado a las clases altas rurales y los campesinos. Las ideas mismas son lo bastante familiares para que no haga falta exponerlas con detalle. Como contribuciones a la concepción general humana de una sociedad libre, o como ataques contra tal concepción, se corresponden unas con otras y presentan interesantes interrelaciones. Mis comentarios sobre ellas, además de breves, serán provocativos, espero que en el buen sentido de la palabra: incitar a otros a estudiar esos problemas más a fondo. Creo oportuno empezar por hacer explícito el concepto de la relación entre las ideas y los movimientos sociales a que he lle-

gado de resultas de mis investigaciones, si bien es improbable que haya sabido atenerme a él de modo consecuente a lo largo de este libro.

La cosa se ha planteado varias veces al considerar las fuerzas que permitieron o impidieron a las clases altas rurales adoptar la agricultura comercial. ¿Qué peso se tenía que conceder a los ideales ampliamente difundidos, códigos de conducta o valores en la explicación del resultado? Aunque el análisis de los hechos, creo yo, ha tendido siempre a resaltar como aspecto capital de la misma la situación afrontada por los diversos grupos, el lector atento podría sospechar que de un modo u otro se han deslizado en la explicación ideas o, para usar aún otro término, temas culturales. Sus sospechas serían bastante justas. Considero que tales elementos contienen un residuo significativo de verdad y que, por tanto, no pueden omitirse. Mis objeciones apuntan a la manera como suelen introducirse en la explicación, que a mi entender origina un sesgo conservador so capa de neutralidad y objetividad científica. Sesgo que no se debe a deshonestidad deliberada, claro está. Entre los pensadores serios, el engaño deliberado es probablemente bastante más raro y, a la larga, mucho menos significativo que la dirección impuesta al pensamiento desde su propia estructura y el medio social.

La «observación común» basta para determinar que los seres humanos, individual y colectivamente, no reaccionan a una situación «objetiva» del mismo modo que una sustancia química reacciona a otra cuando se las mete juntas en un tubo de ensayo. Tal forma

de behaviorismo estricto constituye, me permito afirmar, un craso error. Entre la gente y una situación «objetiva», media siempre una variable —un filtro, cabría decir— compuesta de toda suerte de anhelos, esperanzas y otras ideas procedentes del pasado. Esa variable mediadora, que conviene llamar cultura, oculta ciertas partes de la situación objetiva e ilumina otras. La cantidad de variaciones en la percepción y la conducta humana que dimanan de esa fuente tiene límites. Con todo, y ahí está el residuo de verdad de la explicación cultural, lo que parece una oportunidad o una tentación a un grupo de gente no se lo parecerá necesariamente a otro con una experiencia histórica distinta y que viva en una forma de sociedad distinta. Lo malo de la explicación cultural no es que constate tales hechos, aunque su significado puede ser materia de debate, sino la manera como los trata. Los esfuerzos materialistas por exorcizar el demonio del idealismo se equivocan de demonio.

El verdadero demonio es el concepto de inercia social, tomado probablemente de la física. En la sociología moderna está muy difundido el supuesto de que la continuidad social no requiere explicación. La misma, se supone, no es problemática.[2] Lo que requiere explicación es el cambio. Tal supuesto ciega al investigador a ciertos aspectos fundamentales de la realidad social. La cultura, o la tradición —para usar un término menos técnico—, no es algo existente fuera o con independencia de los seres humanos individuales que conviven en la sociedad. Los valores culturales no bajan del cielo para influir en el curso de la Historia. Son

abstracciones de un observador, basadas en la observación de ciertas semejanzas en la forma como se conducen los grupos humanos, ya en distintas situaciones, ya a través del tiempo, ya según ambos criterios a la vez. Aunque a menudo permitan predecir con exactitud cómo van a comportarse grupos e individuos por un período de tiempo breve, siendo abstracciones, no pueden explicar su conducta. Explicar la conducta en términos de valores culturales es empeñarse en un razonamiento circular. Si advertimos, por ejemplo, que una aristocracia rural se opone a la iniciativa comercial, no *explicamos* ese hecho constatando que ya se ha conducido así en el pasado o, incluso, que es portadora de ciertas tradiciones que la hacen hostil a tales actividades: el problema está en determinar qué experiencias pasadas y presentes originan y mantienen su actitud. Si «cultura» tiene un significado empírico, es una tendencia implantada en la mente humana a conducirse en ciertas formas específicas «adquirida por el hombre como miembro de la sociedad», para citar la última frase de la famosa definición de Tylor que llevó el término al uso erudito y, con el tiempo, al popular.

El supuesto de que la continuidad social y la continuidad cultural no requieren explicación borra el hecho de que ambas tienen trabajos y sufrimientos. Para mantener y transmitir un sistema de valores, los seres humanos son masificados, tiranizados, metidos en la cárcel, internados en campos de concentración, halagados, sobornados, convertidos en héroes, alentados a leer periódicos, adosados a una pared y fusilados, y a veces incluso instruidos en sociología. Hablar de inercia cultural es pasar por alto los intereses y privilegios concretos servidos por el adoctrinamiento, la educación y todo el complejo proceso de transmitir la cultura de una generación a la siguiente. Un miembro de la *gentry* china del siglo XIX, podemos convenir en ello, juzgaba por lo común las oportunidades económicas de un modo muy distinto que un granjero-hombre de negocios norteamericano del siglo XX. Pero las juzgaba como las juzgaba porque se había hecho hombre en la sociedad imperial china, cuya estructura de clases, sistema de recompensas, privilegios y sanciones, penaba ciertas formas de ganancia económica que habrían destruido la hegemonía y autoridad de los grupos dominantes. Por último, tomar los valores como punto de partida de la explicación sociológica dificulta mucho comprender el hecho obvio de que los valores cambian en respuesta a las circunstancias. La perversión de las ideas democráticas en el Sur de los Estados Unidos es un ejemplo bien familiar, incomprensible sin el algodón y la esclavitud. No podemos pasar sin alguna concepción de cómo percibe la gente el mundo y de qué quieren o no quieren hacer en lo que ven. Desligar esa concepción de la manera como la gente llega a ella, sacarla de su contexto histórico y elevarla a la categoría de factor causal independiente por derecho propio significa que el investigador supuestamente imparcial sucumbe a las justificaciones que los grupos dirigentes suelen dar en defensa de la más brutal conducta. Así le está ocurriendo hoy, me temo, a gran parte de la sociología académica.

Volvamos ahora a problemas más concretos. No es

aquí posible discutir ampliamente las contribuciones intelectuales a la concepción de una sociedad libre que cabe hacer remontar a la experiencia histórica de las clases altas rurales. Baste recordar al lector cómo la democracia parlamentaria inglesa fue en gran medida obra de la aristocracia rural, que controló sus mecanismos hasta las vigilias de la Primera Guerra Mundial y ha seguido siendo después muy influyente. Buena parte de la concepción moderna de la autoridad legítima y de una sociedad abierta deriva de los conflictos entre esa clase, nada unitaria, como bien se sabe, y la autoridad real. Me limitaré, pues, a comentar un solo tema, el ideal del *amateur*, que ilustra de qué manera los ideales y las racionalizaciones de una clase otrora dominante pueden volverse en ciertas circunstancias lo que llaman los marxistas teorías críticas y progresivas. Vale la pena tocarlo porque sus implicaciones traspasan el marco de la aristocracia rural. Como se desprenderá asimismo de las líneas ulteriores sobre los campesinos, son a veces las clases agonizantes las que hacen contribuciones decisivas a la visión de una sociedad libre.

Aunque la aristocracia rural le ha deparado en muchos países un clima favorable en que ha crecido y florecido, el ideal del *amateur* tiene raíces que se ramifican mucho más allá. En una u otra forma, es probablemente una característica de la mayor parte de las civilizaciones preindustriales. Sus principales aspectos podrían quizás expresarse como sigue. Puesto que el estado aristocrático pasaba por indicar una forma de existencia cualitativamente superior, y como esas cualidades, más que el fruto de méritos individualmente

adquiridos, eran hereditarias, no se esperaba del aristócrata que desarrollara, un esfuerzo demasiado duradero o intenso en dirección especial. Podía sobresalir, pero no precisamente en una actividad particular en virtud de una larga preparación; eso habría sido plebeyo. El aspecto herencia, conviene advertirlo, no es del todo decisivo. Así, los conceptos del *amateur* y el *gentleman* fueron importantes en la Grecia clásica y la China imperial, sociedades que en teoría desestimaban el estado hereditario por encima de cierto nivel, de la esclavitud por ejemplo. Con todo, las personas reputadas capaces de adquirir pleno estado aristocrático no pasaban tampoco de un número limitado. Para tales sociedades, el auténtico gobernante-*gentleman* era una forma de humanidad cualitativamente distinta. Lo mismo en ellas que en otras con una estructura de castas más explícita, se esperaba del aristócrata que hiciera muy bien todas las cosas, pero ninguna, ni siquiera el amor, demasiado bien. En la sociedad occidental esa idea desapareció en gran parte con el triunfo de la sociedad industrial. En los Estados Unidos, por ejemplo, la distinción entre *amateur* y profesional, con matices aprobatorios para el primero, sólo subsiste en esferas de existencia que el hombre de la calle no mira como del todo serias. Se puede calificar de *amateur* a un atleta o a un actor, y en ciertos círculos incluso a un historiador, pero difícilmente a un hombre de negocios o a un abogado, si no es usando la palabra a modo de epíteto despectivo.

Como era de esperar, el concepto tradicional del *amateur* ha subsistido al máximo en Inglaterra, donde

la aristocracia, usando el término en sentido lato para que incluya a mucha de la *gentry*, se ha mantenido con mínimo detrimento. Observa Namier: «En Inglaterra los aristócratas realizan más trabajo intelectual que en ninguna otra parte, y a su vez los científicos, médicos, historiadores y poetas han sido hechos pares... pero ningún *Gelehrter* alemán ha sido hecho jamás barón o conde». La postura crítica de la aristocracia ante toda noción de que la riqueza es un fin deseable en sí mismo le ha ayudado a conservar la dimensión que el arte, la literatura, la filosofía y la ciencia pura no son meros apéndices decorativos al negocio verdaderamente serio de ganarse la vida, sino el fin supremo de la existencia humana. Que tales ideas puedan tomarse en serio y se hayan tomado en serio se debe en considerable medida a la persistencia de una aristocracia independiente capaz de patrocinarlas y de aureolarlas con su prestigio, por más que ningún grupo aristocrático las haya adoptado como su propio código operante de conducta.

También deriva del concepto aristocrático del *amateur* la postura crítica ante el técnico como cerebro desecado al servicio de cualquier amo. El mismo Namier ha puesto de relieve la importancia de esas ideas en la Inglaterra del siglo xx:

> Preferimos que parezca como si las ideas vinieran a nosotros casualmente —como el Imperio— en un acceso de enajenación... La especialización supone por necesidad deformación mental y pérdida del equilibrio, y el intento característico del inglés de parecer acientífico nace del deseo de permanecer humano... Lo que no se valora en Inglaterra es el conocimiento abstracto como profesión, porque la tradición cultural inglesa exige que las profesiones sean prácticas y la cultura obra de las clases ociosas.[3]

Visto por su mejor lado, ese ideal afirma que el hombre culto debiera alcanzar una comprensión de las cuestiones generales y los conceptos fundamentales de las ciencias y artes lo bastante ilustrada y justa para apreciar sus implicaciones sociales y políticas.

No es un ideal utópico, ni siquiera hoy día. La objeción tópica, que sencillamente hay demasiado que conocer, elude el problema medular: ¿qué es digno de conocerse? Procura un escudo ideológico al nihilista técnico y conceptual temeroso de que su área limitada de saber no pueda competir con otras en un debate abierto sobre su importancia relativa. Así, el antiguo conflicto entre lo aristocrático y lo plebeyo, transpuesto en nuevas formas, prosigue dentro del recinto académico.

Todos esos temas tienen marcados aspectos negativos. El ideal del *amateur* ha servido y sirve de excusa para la superficialidad e incompetencia. Si la aristocracia ha ayudado a salvaguardar la independencia de la dimensión estética, ha ejercido también presiones muy fuertes hacia lo meramente decorativo y halagador. El puro esnobismo, es decir el trazado de distinciones sociales y la adjudicación de prestigio sin ninguna base racional, ha tenido un papel tremendo. La incisiva caricatura de Veblen en *Theory ot the Leisure Class* capta aspectos esenciales de la verdad. Por último, es forza-

do reconocer la marcadísima veta antiintelectual entreverada en la aristocracia europea occidental, incluso en la inglesa. En muchos círculos de la *gentry* para arriba, cualquier intento de llevar la conversación mas allá de los deportes y jardines es probable que suscite amarga sorpresa y la sospecha de que el colocutor simpatiza con los «*Bolshie*». Para cada ilustre mecenas del intelecto, para cada excéntrico defensor de causas impopulares, y ciertamente para cada aristócrata que ha usado de su independencia como escalón para auténticos logros intelectuales, hay muchas vidas vacías y frívolas. Para cada Bertrand Russell, hay probablemente docenas de coroneles Blimp. Si la existencia continua de aristocracia ha ayudado a conservar la vida intelectual, ha contribuido a la vez en muy gran medida a la asfixia del intelecto. Aunque no conozco ninguna tentativa seria de pasar balance me parece que sólo una exigua proporción de los recursos económicos y humanos asidos por la aristocracia se ha transformado en vida intelectual y artística. Esa contribución aristocrática a la concepción y realización de una sociedad libre ha sido, pues, adquirida a un tremendo precio social.

Si hay algunos motivos para mirar el concepto del *amateur* como una contribución positiva, los hay clarísimos para una valoración negativa de varias otras ideas. Las que vamos a debatir surgen con todo en un contexto social bastante distinto. Las teorías sociales reaccionarias son propensas a florecer en una clase alta rural que se las arregla para seguir agarrada al poder político, pero está en retroceso económico o se siente amenazada por un poder económico nuevo y extraño

(temor subyacente a algunas corrientes de pensamiento en el Sur norteamericano de la anteguerra). Hemos tenido ocasión de advertir en diversos puntos de este libro que, cuando las relaciones comerciales empiezan a minar una economía campesina, los elementos sociales conservadores tienden a engendrar toda una retórica ensalzadora del campesino como médula de la sociedad. Ese fenómeno no está circunscrito a los tiempos modernos ni a la civilización occidental. Los elementos característicos de tal retórica —apología de las más austeras virtudes y del militarismo, desprecio por los «decadentes» extranjeros, antiintelectualismo— aparecen ya en Occidente a lo menos con Catón *el Viejo* (234-149 a. J. C.), latifundista que explotaba sus tierras con mano de obra esclava. Procede, pues, etiquetar ese complejo de ideas con su nombre. Una retórica similar, según algunas autoridades también en respuesta a una amenaza a la economía campesina tradicional, había surgido en la China por el siglo IV a. J. C. con los «legalistas». La función del catonismo es tan obvia, que no requiere sino breve comentario. Justifica un orden social represivo que apuntale la posición de quienes detentan el poder. Niega la existencia de cambios que son ya un hecho y han dañado a los campesinos. Niega la necesidad de otros cambios sociales en particular de los revolucionarios. Puede aun tranquilizar la conciencia de los más responsables del daño —después de todo, la expansión militar destruyó al campesinado romano.

Las versiones modernas del catonismo han surgido también de la adopción por las clases altas rurales de

métodos represivos y explotadores en respuesta a la intrusión creciente de las relaciones de mercado en una economía agraria. Sus rasgos típicos son conspicuos en los círculos *Junker* de los siglos XIX y XX, el movimiento japonés *Nohon-shugi*, las Centurias Negras rusas a principios de siglo, el conservadurismo extremista que afloró en Francia como camuflaje para Vichy.[4] Hallamos algunos de sus elementos fundamentales entre los apologistas del Sur antes de la Guerra Civil Americana. El catonismo fue también un componente importante del fascismo europeo y asiático, así como de las declaraciones programáticas de Chiang Kai-chek. Naturalmente, todos esos movimientos difieren unos de otros. Pero no es difícil percibir cierto plano básico de ideas y predisposiciones interrelacionadas en que coinciden.

Uno de los síntomas más indicativos es el desencadenamiento de una ola de palabras sobre la necesidad de una profunda regeneración moral. Disimulan la ausencia de un análisis realista de las condiciones sociales imperantes, que amenazaría los intereses creados inspiradores del catonismo. Probablemente sea una buena norma práctica sospechar de los líderes políticos e intelectuales que hablan sobre todo de virtudes morales; muchos pobres diablos corren el riesgo de salir malparados. No es totalmente correcto decir que la moralidad carece de contenido; el catonismo persigue una clase específica de regeneración, aunque es más fácil especificar aquello de que está en contra que no aquello de que está a favor. Los argumentos catonistas despiden un aura de seriedad moral. Esa moralidad no

es instrumental; o sea, las medidas regeneradoras no se propugnan a fin de hacer más felices a los hombres (la felicidad y el progreso son desechados como decadentes ilusiones burguesas) ni, ciertamente, más ricos. Son importantes porque se supone que contribuirán a conservar un modo de vivir cuya validez quedó probada en el pasado. Que las visiones catonistas del pasado no son sino deformaciones románticas, está de más decirlo.

Tal modo de vivir debe ser un todo, y, por descontado, estando conexo con el suelo, es esencial hacerlo orgánico. «Todo» y «orgánico»: nebulosos términos favoritos del catonismo. La vida orgánica rural aventaja, se supone, al mundo atomizado y desintegrador de la ciencia y la civilización urbana modernas.[5] La pretendida adherencia del campesino al suelo pasa a ser objeto de mucho encomio y poca acción. La práctica religiosa tradicional, con ribetes arcaizantes, se pone de moda. De hecho, como en el caso del *Shinto* japonés, la tradición se guisa al gusto, aunque no enteramente. Obediencia, jerarquía, a menudo con armónicos en torno a la raza o cuando menos metáforas biológicas sobre la sociedad, tales son las nuevas consignas. Pero la jerarquía, se afirma, no ha de cobrar el carácter de la impersonal burocracia moderna. Cierto es que se habla mucho de camaradería, calor humano. Palabras como *Gemeinschaft*, *Genossenschaft*, *Heimat*, que entrañan matices emocionantes mucho más intensos que las nuestras equivalentes, comunidad, asociación, país natal, son a propósito para caldear el ambiente, y no tan sólo en lengua alemana.

A fin de cuentas, el énfasis en el calor humano parece ser un elemento tan decisivo como la especie de la regeneración moral. En el contexto de la ideología entera, su combinación acarrea actitudes contradictorias respecto al sexo. Por una parte, de acuerdo con la perspectiva generalmente antiintelectual y antiindustrial del catonismo, se mira la civilización urbana moderna como algo que, al hacer frías e impersonales las relaciones humanas, desvalora el sexo. De ahí la preocupación por la frigidez e impotencia, la glorificación del sexo, como por ejemplo de *Lady Chatterley's Lover*. Por otra parte, todo esto tiene un aire de culpable lascivia, por cuanto el sexo debe ser la base del hogar, la familia, el Estado. En la Alemania nazi, coexistieron las orgías de la SS, los esfuerzos secundarios por fomentar el engendramiento de hijos ilegítimos por los héroes de la SS, y la política más general tendente a restaurar un medio doméstico «sano» a base de *Kinder*, *Kirche*, *Küche* (niños, iglesia, cocina) para las mujeres. Las manifestaciones políticas son, claro está, un «pensar con la sangre», pues hay que rechazar el análisis racional como algo «frío» o «mecánico» que inhibe la acción. La acción, por otro lado, es «ardiente», epíteto que alude de ordinario al combate. El esfuerzo por rodear la muerte y la destrucción de un halo erótico es también bastante perceptible, sobre todo en la versión japonesa. En última instancia, la vida se sacrifica a la muerte, Marte absorbe a Venus. *Dulce et decorum est...*[6] Pese a toda su retórica en torno al calor humano, el catonismo expresa un profundo temor ante el afecto entre los hombres como una forma de blandura.

Cabe advertir ahí asimismo otras curiosas contradicciones y ambivalencias. El catonismo aborrece la «malsana» preocupación por la muerte y la descomposición a la manera de un Baudelaire. La identificación con el extranjero, con el «decadente cosmopolitismo». El arte tiene que ser «sano», tradicional y sobre todo fácilmente comprensible. Las nociones artísticas catonistas giran en torno del arte provincial y folklórico; constituyen un esfuerzo de las clases urbanas cultas por revivificar las costumbres, danzas y celebraciones campesinas. Una vez que tiene parte en el poder, parece que la actitud catonista respecto al arte converge con una tendencia general perceptible en todos los regímenes interesados en mantener la cohesión social: promover formas artísticas tradicionales y académicas. Como han observado muchos, hay una sorprendente semejanza entre el arte nazi y el estalinista. Ambos fueron igualmente severos en la condena del *Kunstbolchewismus* y del «cosmopolitismo desarraigado». Similares tendencias pueden notarse en la Roma augusta.[7]

En el anterior esbozo de lo que las teorías catonistas aprueban, ha sido ya necesario mencionar lo que condenan. Concretamente, son hostiles a los comerciantes, usureros, gran capital, cosmopolitismo, intelectuales. En Norteamérica, el catonismo ha tomado la forma de resentimiento contra el ciudadano embaucador y, más en general, contra cualquier forma de razonamiento que vaya más allá de la más primitiva sabiduría popular. En el Japón, se manifestó como un violento sentimiento antiplutocrático. La ciudad apa-

rece como una úlcera cancerosa llena de invisibles conspiradores y como un gran monstruo que estafa y desmoraliza a los honrados campesinos. Claro está, tales sentimientos tienen una base real en las experiencias cotidianas de los campesinos y pequeños granjeros, que se hallan en seria desventaja dentro de una economía de mercado.

En el plano de los sentimientos (en la medida que los conocemos de veras) y de las causas del odio, resulta difícil diferenciar en el campo la derecha radical y la izquierda radical. La distinción decisiva está en la dosis de análisis realista de las causas por que los campesinos sufren y en las imágenes de un futuro potencial. El catonismo pasa en silencio las causas sociales y proyecta una imagen de sumisión perenne. El radicalismo izquierdista pondera las causas y proyecta una imagen de liberación final. El que las emociones y causas sean similares no implica que el desarrollo de uno u otro como fuerza política significativa dependa de la habilidad en manipular el descontento de los campesinos, como demuestran claramente los repetidos fracasos en las tentativas de atraer a los radicalizados a causas conservadoras (o viceversa) por métodos de guerra psicológica. Las tácticas psicológicas y organizacionales son importantes, pero sólo surten efecto cuando cuadran con las experiencias cotidianas de los campesinos que se intenta movilizar.

Así, pues, el catonismo no es meramente una mitología de la clase alta sobre los campesinos atribuida a los campesinos, sino que halla eco entre ellos porque les procura una explicación trillada de sus dificultades

por culpa de la intrusión del mercado. Es también de modo bastante palmario un cuerpo de ideas que dimanan de las condiciones de vida de una aristocracia rural amenazada por las mismas fuerzas. Si damos un vistazo a los temas mayores en la forma de respuesta aristocrática que culminó en la democracia liberal, advertiremos que son igualmente los del catonismo —transportados a otro tono. La crítica de la democracia de masas, las nociones de autoridad legítima e importancia de la costumbre, la oposición al poder del dinero y a la pericia meramente técnica, todos esos puntos constituyen motivos centrales en la cacofonía catonista. Una vez más la diferencia estriba en la manera como están combinados y, cosa más importante aún, en el fin último. En el catonismo, tales ideas tienden a reforzar la autoridad represiva. En el liberalismo aristocrático, se aúnan como armas intelectuales contra la autoridad irracional. El catonismo, por otro lado, carece de toda noción de pluralismo o de necesidad de frenos a la jerarquía y obediencia.

Como hemos observado arriba, el catonismo moderno va sobre todo asociado al intento de introducir formas «represivas» de mano de obra «de agricultura capitalista». Es además antiindustrial y antimoderno hasta los tuétanos. Ahí están tal vez las limitaciones básicas a la expansión y victoria del catonismo. La esperanza expresada tan cautelosa como repetidamente por Veblen de que el avance de la máquina podría echar al desaguadero de la Historia las irracionalidades humanas contiene, diría yo, un muy significativo residuo de verdad. Las formas más extremas de agri-

cultura represiva de mano de obra o explotadora pueden ser adjunciones decisivas al desarrollo capitalista, como en el caso de la conexión entre el esclavismo del Sur de los Estados Unidos y el capitalismo industrial norteamericano e inglés. Pero el capitalismo industrial halla grandes dificultades para establecerse en la propia área con un sistema represivo de mano de obra.[8] En su esfuerzo por disponer de una masa de población sujeta, las clases altas tienen que engendrar una visión del mundo antirracionalista, antiurbana, antimaterialista y, más imprecisamente, antiburguesa —una que excluya toda idea de progreso. Y cuesta ver cómo puede echar raíces el industrialismo sin el impulso de un pueblo cuyo concepto del progreso sea muy materialista e implique una mejora, a la corta o a la larga, en la situación de las clases bajas. En pugna con el industrialismo progresivo, el catonismo, parece, termina por comprometerse a muerte o a vida fusionándose con formas más definidamente urbanas y capitalistas de nostalgia romántica. Esas variedades de la extrema derecha, más respetables en el plano intelectual, han adquirido cada vez más influencia en Occidente durante los últimos veinte años, sobre todo en los Estados Unidos. Cabe pensar que el catonismo aparecerá un día a futuros historiadores, si aún quedan, como algo que no ha hecho sino aportar los ingredientes más explosivos a tan peligrosa mezcla.

Al volver la atención a las ideas derivadas de la experiencia de las clases altas rurales a las de los campesinos, el historiador siente al punto que se mete en un berenjenal, tanto por la escasez de materiales como

porque su autenticidad es a menudo dudosa. Determinar con exactitud qué ideas han estado en boga entre los campesinos es extraordinariamente difícil por ambas razones, para decirlo de un modo más concreto porque los campesinos han dejado tan pocos testimonios de sí mismos y porque les han sido atribuidas tantas ideas por ciudadanos con miras políticas interesadas. Aquí no me propongo emprender de lleno esa tarea, ni siquiera a guisa de esbozo. Voy a explorar, en cambio, posibles conexiones entre los temas habituales en la crítica revolucionaria de la sociedad moderna y la experiencia de los campesinos de su propio mundo al ser atacado en la era moderna. Sospecho que el mundo de la aldea ha sido, en una medida mucho mayor de lo que generalmente se ha supuesto, una fuente importante de aquellos tópicos con que gran número de hombres han juzgado y condenado la civilización industrial moderna, el antecedente a partir del que han formado sus conceptos de justicia e injusticia.

A fin de distinguir los conceptos genuinamente campesinos de los adscritos al campesinado por pensadores urbanos conservadores y radicales con la mira puesta en sus propios objetivos políticos, será útil dar un último y fugaz vistazo a las condiciones de vida del mismo antes del impacto moderno. Destacan ciertos fenómenos recurrentes. Como una forma de aseguramiento contra los riesgos naturales, y a veces también como respuesta a los métodos de recaudación de los impuestos o prestaciones al superior, los campesinos han desarrollado en muchas partes del mundo sistemas de posesión de la tierra con una tendencia implícita a la

distribución igualitaria de los recursos. El sistema de explotaciones en hazas, diseminadas por diversas zonas del territorio perteneciente a la aldea, estuvo muy difundido tanto en Europa como en Asia. Tenemos además la costumbre de acceso igual para todos a una parte de la tierra poseída indivisamente, los campos comunes. Aunque fueron más importantes en Europa, donde el ganado descargó algo las espaldas humanas, han existido también en Asia; por ejemplo en el Japón, como fuente de recursos suplementarios tales como abonos. A pesar de considerables variaciones, la idea fundamental que entrañan esos ajustes está muy clara: todo miembro de la comunidad debe tener acceso a suficientes recursos para cumplir obligaciones respecto a la comunidad, empeñada en una lucha colectiva por la supervivencia.[9] Cada cual, aun el superior y el sacerdote, tiene una contribución específica que hacer. Romanticizadas por intelectuales de los más diversos tipos, tales nociones descansan con todo sobre una firme base de hechos de la experiencia campesina.

Esa experiencia, entonces, proporciona el suelo de que germinan las costumbres de los campesinos y las normas morales por las que cada campesino juzga su propia conducta y la de los demás. La esencia de las últimas es una rudimentaria idea de igualdad que encarece cómo es justo y necesario poseer un mínimo de tierra para la ejecución de tareas comunitarias vitales. Se apoyan por lo general en algún género de sanción religiosa. Si la religión de los campesinos difiere de la de las otras clases sociales, es probablemente por su hacer hincapié en dichos puntos. En el curso de la mo-

dernización, los campesinos aplicaron tales normas a evaluar y, en parte, explicar su propio hado. De ahí procede la insistencia en la restauración de antiguos derechos. Como bien observa Tawney, al campesino radical le pasmaría enterarse de que está minando los cimientos de la sociedad; está tan sólo tratando de recuperar lo que por largo tiempo ha sido legítimamente suyo.[10]

Cuando el mundo del comercio y la industria empezó a minar la estructura de la comunidad aldeana, los campesinos europeos reaccionaron con una forma de radicalismo que acentuaba los temas de libertad, igualdad y fraternidad, pero entendiéndolos de distinta manera que los ciudadanos, más específicamente la burguesía más próspera. Por toda Europa y Asia, la corriente de respuesta rural a la modernización siguió su propio curso, a veces convergente con el de las ciudades, a veces orientado en sentido opuesto. Para el campesino, lo primero no fue la libertad, sino la igualdad. Y la experiencia campesina aportó los antecedentes para una demoledora crítica del concepto burgués de la igualdad, como procuraré indicar abajo de un modo más concreto. En sustancia, los campesinos objetaban: «¿Qué significan vuestras primorosas regulaciones políticas cuando el rico puede aún oprimir al pobre?». Libertad quería decir también librarse del superior que ya no les protegía, pero que usaba de sus antiguos privilegios para arrebatarles sus tierras o hacerles trabajar para él por nada. Fraternidad quería decir la aldea como una unidad cooperativa territorial y económica, y poco más. Parece probable que la idea pasara

del campesino a los intelectuales que desarrollaron sus teorías sobre la despersonalización de la vida moderna y la maldición del gigantismo burocrático mirando hacia atrás, a través de la calina romántica, lo que creían ver en la comunidad alemana. Sospecho que habrían resultado bien peregrinas e incomprensibles a un campesino, cuya experiencia cotidiana incluía el hecho habitual de disputas entre los aldeanos por bienes y mujeres. Para el campesino, la fraternidad fue sobre todo un concepto negativo, una forma de localismo. El campesino no tenia ningún interés abstracto en alimentar a las ciudades. Su concepto orgánico de la sociedad no llegaba ni con mucho al altruismo. Para él, los «forasteros» eran y son ante todo una fuente de impuestos y deudas. Los convecinos, en cambio, aunque a menudo se imponía tratarles también con cautela, eran gente con la que era necesario trabajar codo a codo en las fases críticas del ciclo agrícola. Cooperación dentro del grupo, hostilidad y recelo hacia afuera constituían, pues, los temas dominantes, con muchas variaciones en las circunstancias diarias concretas. Es obvio, por otra parte, que el localismo campesino no es una carácter innato (menos aún que la vinculación al suelo), sino el producto de experiencias y circunstancias concretas.

Esas ideas, en la forma que acabamos de esbozar, atrajeron también a los pequeños artesanos y oficiales de las ciudades, agobiados de deudas, víctimas de la ascensión de grandes empresarios. Como algunos sabían escribir, fueron a menudo ellos o algún que otro descarriado del sacerdocio quienes fijaron por escrito los

agravios, preservándolos así para los historiadores. Tal circunstancia hace doblemente difícil aislar el componente estrictamente campesino. Con todo, si se consideran las manifestaciones de izquierdismo extremista de la Guerra Civil Inglesa y la Revolución Francesa, los *Diggers* («cavadores») y «Gracchus» Babeuf —nombres ambos sintomáticos—, así como ciertas tendencias del radicalismo ruso pre-1917, no es difícil percibir su conexión con la vida y los problemas campesinos.

Algunos detalles concretos ayudarán una vez más a corporificar esas observaciones generales. En el curso de la Guerra Civil Inglesa, el 16 de abril de 1649, el Council of State recibió la trastornadora noticia de que una pequeña, pero creciente pandilla de individuos se habían puesto a cavar la tierra en Saint George's Hill (Surrey) y a sembrarla de chirivías, zanahorias y habas, y de que traían entre manos algún designio político. Previamente a que el Consejo hubiera podido decidir qué hacer, se presentaron ante él los líderes de los «cavadores», entre ellos Gerrard Winstanley, a justificar su conducta y esbozar un programa de comunismo agrario. El rasgo más significativo del programa, como patentizó aquel conflicto con las autoridades y el subsiguiente, era su denuncia de la democracia política sin reforma social. «Nosotros sabemos», dijo Winstanley, «que Inglaterra no puede ser una *Commonwealth* [República] libre a menos que todos los *commoners* [plebeyos] pobres tengan libre uso y beneficio de la tierra; porque, si esa libertad no es garantizada, nosotros, los *commoners* pobres estamos en una situación peor que no estábamos en los días del Rey,

porque entonces teníamos alguna posesión, aunque estábamos bajo opresión, pero ahora nuestras posesiones son gastadas para adquirir libertad, y estamos aún bajo la opresión de la tiranía de los *Lords of Mannours* [señores]». Aunque extremidad radical, los «cavadores» no fueron con todo un movimiento aislado; hubo otros similares, particularmente en áreas donde las *enclosures* se habían extendido de prisa. Pero se desarrollaron poco, y aquel prematuro ataque a la propiedad fue pronto aplastado.[11]

Los cahiers que presentaron a los *États généraux* de 1789 los campesinos de un área del Nordeste de Francia duramente afectada por las tendencias modernizadoras, aunque tres cuartas partes de su población fuese todavía rural, vierten asimismo considerable luz. Si bien algunos historiadores consideran muy dudoso su valor como fuente informativa sobre los problemas campesinos, Georges Lefebvre da convincentes razones para aceptarlos, con sólo ciertas reservas en casos sueltos. Se refieren sobre todo a abusos locales muy concretos que podemos aquí pasar por alto. Los puntos generales más enjundiosos son negativos: los campesinos, como ya podíamos esperarnos, estaban poco interesados en la cuestión de organizar el poder que agitaba entonces París. Por lo demás, las palabras del propio Lefebvre son bien incisivas: «*Pour presque tous les paysans, être libre c'était être débarassé du seigneur; liberté, egalité, deux mots pour une seule chose qui était l'essence même de la Revolution*».[12]

Lefebvre es también autor de dos breves, pero instructivos estudios sobre un famoso líder de la extrema

ala radical de la Revolución, François-Émile (o «Gracchus») Babeuf.[13] Las ideas de Babeuf son un precipitado de teorías sacadas de libros (especialmente de Rousseau y Mably) y asimismo de sus experiencias en la Picardía, donde había nacido y se había hecho hombre, en ambientes campesinos. Entre esas experiencias, la más decisiva fue su trabajo como pequeño jurisconsulto feudista, *commissaire feudiste*, al servicio de la aristocracia, que le obligó a examinar las bases legales para los derechos señoriales sobre los campesinos en una región donde los influjos comerciales estaban expandiéndose rápidamente.[14] De la amalgama de lecturas y experiencia brotó su firme convicción de que las desigualdades en riquezas y bienes derivaban del hurto, la violencia y la astucia, revestidos con una capa de hipócrita honestidad por la ley. El remedio que discurrió fue desmontar el sistema vigente de relaciones de propiedad e introducir igualdad en la distribución y la organización comunal de la producción. Según una carta poco ha descubierta que se abstuvo prudentemente de mandar a cierto noble liberal, ya en 1786 había concebido la idea de transformar los latifundios picardos en algo muy próximo a las granjas colectivas soviéticas, aunque manteniendo la práctica de pagar rentas a un propietario.[15] Llegó a advertir la necesidad de un fuerte control centralizado a fin de asegurar que la igualdad fuese siempre efectiva y que la producción se guiase siempre por los requisitos de utilidad y de un nivel de bienestar decoroso para todos.[16]

Como antes Winstanley, Babeuf consideró que la igualdad política era pura farsa si no se apoyaba en de-

rechos económicos. Su crítica del triunfo de la democracia burguesa y derrota de la democracia social, marcada por la caída de Robespierre, se hizo vitriólica tras iniciales vacilaciones. La trama de la Conspiración de los Iguales, por la que Babeuf pagó con la vida, es materia para especialistas. El punto más importante para nosotros está claro. Los *bavouvistes* esperaban que llegase la hora de de la igualdad real. «Jamás», afirmaban, «se ha concebido y ejecutado un designio tan vasto. Muy de cuando en cuando algunos hombres de genio, algunos sabios han hablado de ello, en voz baja y temblorosa. Ninguno de ellos ha tenido el valor de decir toda la verdad... La Revolución Francesa no es sino la precursora de otra revolución, mucho más grande, mucho más solemne, que será la última».[17]

También en el caso de Babeuf, pues, la experiencia campesina contribuyó a una crítica de la sociedad burguesa que vendría a ser moneda corriente del pensamiento radical posterior. Tanto la tradición del alzamiento en armas como la de la dictadura del proletariado, sugiere Lefebvre, pueden ser parte del cuerpo de ideas que trascienden al registro histórico con Babeuf, para volver a ocultarse hasta fines del siglo XIX.

En la aldea campesina rusa de los siglos XVIII y XIX, las ideas igualitarias campesinas, tal y como se manifestaron en la redistribución periódica de la tierra, tenían tanto o más de respuesta al sistema tributario que a las condiciones físicas. Su rasgo capital era el postulado de que cada familia debía tener suficiente tierra para poder pagar su cuota de las prestaciones y contribuciones impuestas a la comunidad en bloque. Como

bien se sabe, los «populistas» rusos sacaron sus objetivos y muchas de sus críticas a la sociedad industrial moderna de una versión idealizada de la comunidad aldeana. Pese a numerosas diferencias internas reinaba en aquel grupo de radicales pre-marxistas del siglo XIX general acuerdo sobre la igualdad como su primer principio y sobre la tesis de que las formas políticas democráticas eran absurdas e inútiles para hombres que estaban muriendo de hambre.[18] En suma, en Inglaterra, Francia y Rusia esa famosa crítica trae su origen de prácticas campesinas, si bien en Francia y Rusia el papel del pensador urbano fue cada vez más importante.

Discernir los otros postulados políticos explícitos que estuvieron en boga entre los campesinos rusos es, por obvias razones, más difícil que en la Europa occidental. No obstante, una investigación seria, prácticamente nula sobre ese tema particular, exhumaría a buen seguro materiales muy iluminadores.[19] A juzgar por lo que hicieron en el siglo XIX, sobre todo cuando la emancipación, el primer anhelo de los campesinos rusos era no tener que cultivar más por nada la tierra del señor. Sintiendo que el vínculo entre la sociedad propia y el señor les explotaba, ansiaban romperlo y gobernar por sí mismos la comunidad aldeana. Ése fue su concepto básico de la «verdadera libertad».[20] El zar, estaban bastante bien dispuestos a seguirlo soportando, pues veían en él un aliado contra la nobleza, juicio erróneo que tuvo muchas expresiones patéticas y dramáticas a lo largo del siglo XIX, aunque no sin algunos fundamentos en la experiencia histórica previa. Tal concepto de la autonomía aldeana se asentó como una

importante tradición campesina, cuyas corrientes subterráneas, con toda probabilidad, todavía no se han extinguido. Su última expresión abierta fue quizá la consigna «Soviets sin comunistas» de la rebelión de Kronstadt en 1921, cuya represión por los bolcheviques reveló el «secreto» de la Revolución Rusa, de la misma manera que la represión de los *Diggers* había revelado el de la Revolución Inglesa.

En Asia, el descontento campesino, antes que el comunismo lo sorbiera, cobró diversas formas. Sobre su contenido intelectual, hay muy pocos datos. Podemos aproximarnos a esa corriente consignando algunas observaciones sobre sus semejanzas y diferencias con los movimientos campesinos europeos. En la India, el descontento campesino no ha tomado hasta la fecha un color revolucionario subido, por haberse circunscrito en general a la versión gandhiana del tema de la fraternidad, retorno asimismo a una comunidad aldeana pretérita e idealizada. La China experimentó una cadena ininterrumpida de rebeliones religiosas, siempre de rebote de una vasta crisis agrícola. Más allá del descontento campesino chino que se expresó en formas religiosas, como lo hizo en Europa durante la Edad Media y al principio de la era moderna, hay probablemente todavía mucho por descubrir. Lo cierto es que las fuentes occidentales ofrecen escasos indicios de críticas sociales chinas comparables a las europeas recién discutidas, salvo en lo tocante a la idea taoísta de retorno a un simple orden primitivo como cura a los males de una civilización demasiado compleja.[21] Cabe sugerir dos hipotéticas razones. La ortodoxa con-

fuciana fue de por sí un volver la vista hacia una pasada edad de oro, y es posible por tanto que absorbiera las tendencias campesinas a inspirarse en modelos pasados para criticar las realidades presentes. Asimismo, puede que los rasgos seglares del confucianismo de las clases altas estimularan al descontento campesino a revestir formas místicas y religiosas, tendencia que en todo caso fue muy pronunciada. Más importante que las anteriores consideraciones es esta otra: difícilmente podría uno esperarse que el campesino chino desarrollara una crítica igualitaria de la democracia política cuando en la China no se desarrolló ninguna tradición indígena de democracia política que criticar. Si hubo malestar y revuelo entre los campesinos japoneses bajo los Tokugawa, no parece que hallaran nunca expresión política coherente, o a lo menos no consta nada por el estilo en el registro histórico. En tiempos más modernos, el descontento campesino adoptó una forma conservadora. En el curso de esta discusión, ha habido lugar varias veces para mencionar los aspectos retrógrados y reaccionarios del radicalismo campesino. Por más que los hayan recogido y glorificado reaccionarios con voz, de ninguna manera son tan sólo obra suya. Con esa advertencia como recordatorio, podemos interrumpir ya el análisis.

Justamente porque el descontento campesino se ha expresado a menudo en formas reaccionarias, los teóricos marxistas lo miran a menudo con una mezcla de desdén y recelo o, en el mejor de los casos, con aire protector. Sonreírse de tal ceguedad, recordar que los éxitos marxistas han dimanado de revoluciones cam-

pesinas, son ya casi cotidianos pasatiempos antimarxistas, cuánto más que distraen de otras cuestiones más importantes. Cuando uno vuelve la vista al despliegue de la revolución moderna, desde sus puntos de partida, la *Bauernkrieg* alemana y la Revolución Puritana inglesa, y a través de sus fases de triunfo o derrota, al propagarse hacia el Oeste, a los Estados Unidos, y hacia el Este, a Francia, Alemania, Rusia y la China, destacan dos puntos. El primero, que los conceptos radicales utópicos de una fase pasan a ser las instituciones aceptadas y lugares comunes filosóficos de la siguiente. El segundo, que los campesinos artesanos de la ciudades han constituido la gran base social del radicalismo. De esos hechos cabe concluir que los manantiales de libertad humana no están tan sólo donde los vio Marx, en las aspiraciones de las clases ascendientes a conquistar el poder, sino tal vez aún más en los gemidos agónicos de una clase que la ola del progreso está a punto de arrollar. Si el industrialismo sigue expandiéndose, puede que a la larga acalle esas voces para siempre y haga del radicalismo revolucionario algo tan anacrónico como la escritura cuneiforme.

Para un estudioso occidental, no es cómodo hablar bien del radicalismo revolucionario, pues ello choca con reflejos mentales profundamente grabados. El supuesto de que la reforma gradual y a pedazos ha demostrado su superioridad sobre la revolución violenta como medio para promover la libertad humana es tan dominante, que incluso resulta extraño ponerlo en tela de juicio. Antes de poner fin a este libro, quisiera llamar la atención por última vez sobre qué pueden de-

cirnos a ese respecto los datos colegibles de la historia comparativa de la modernización. Por mi conocimiento de los mismos, adquirido de mala gana, el precio de la moderación ha sido cuando menos tan atroz como el de la revolución, quizá mucho más.

Es de justicia reconocer el hecho de que la manera como se ha escrito casi toda la Historia impone una parcialidad abrumadora contra la violencia revolucionaria. Parcialidad que horroriza cuando uno se detiene a evaluarla. Equiparar la violencia de quienes resisten a la opresión con la violencia de los opresores es ya no poco engañoso. Pero hay mucho más. Desde los días de Espartaco hasta los de Robespierre y hasta hoy mismo, el uso de la fuerza por los oprimidos contra sus amos ha sido objeto de casi universal condena. A la vez, la represión cotidiana de la sociedad «normal» vaga confusamente por el trasfondo de la mayor parte de los libros de historia. Aun los historiadores radicales que hacen hincapié en las injusticias de las épocas prerrevolucionarias se ciñen por lo general a un corto período de tiempo previo al estallido inmediato. De ese modo, deforman también sin darse cuenta la relación histórica.

Tenemos ahí un argumento contra el confortador mito del gradualismo. Hay otro todavía más importante, el precio de pasar sin revolución. La modernización sin una revolución auténtica ha tenido consecuencias trágicas: el fascismo y sus guerras de agresión con millones de víctimas. En los países atrasados, hoy día, hombres que no se han rebelado siguen sufriendo. Hemos visto que en la India ese sufrimiento ha sido en

buena parte el precio del traslado de la lentitud democrática a un contexto asiático. Procede quizá calificar su situación de estancamiento democrático. Hay, por otro lado, argumentos positivos a favor de la revolución. En los países democráticos occidentales, la violencia revolucionaria (junto a otras formas de violencia) formó parte del complejo proceso histórico que hizo posible el cambio pacífico subsiguiente. En los países comunistas ha contribuido a la ruptura con un pasado represivo y al esfuerzo por construir una sociedad menos represiva.

La tesis gradualista parece demolida. Pero justamente en ese punto se viene también abajo la tesis revolucionaria. No cabe ni sombra de duda que las pretensiones de los Estados socialistas existentes a representar una forma más alta de libertad que el capitalismo democrático occidental estriban en promesas, no en realizaciones. Es imposible negar el hecho patente de que la revolución bolchevique no liberó al pueblo ruso. A lo sumo, puede que le trajera una posibilidad de liberarse. La Rusia estalinista fue una de las tiranías más sangrientas que ha visto el mundo hasta aquí. Aunque de la China se sabe mucho menos, y que en ella la victoria comunista ha acarreado probablemente algún progreso en seguridad personal para la masa de la población tras casi un siglo de bandidaje muy difundido, opresión extranjera y revolución, cabe afirmar bastante de cierto que también allá las pretensiones de socialismo estriban en promesas, no en realizaciones. En hecho de verdad, los comunistas no pueden jactarse de que el pueblo haya soportado una

parte menor de las cargas de sufrimiento en su forma de industrialización que en las formas capitalistas precedentes. Conviene recordar a ese respecto que no hay indicio alguno de que el pueblo de ningún país haya querido una sociedad industrial, y multitud de indicios de lo contrario. En el fondo, todas las formas de industrialización han sido hasta aquí revoluciones desde arriba, la obra de una minoría despiadada.

A tal acusación, los comunistas pueden replicar que en gran parte los rasgos represivos de sus regímenes han respondido al imperativo de crear una base industrial propia a marchas forzadas y rodeados de voraces enemigos capitalistas. No creo yo posible que razones por el estilo constituyan una defensa convincente de los hechos. La amplitud y la profundidad de la represión y el terror estalinistas fueron demasiado extremadamente grandes para hallar explicación, ni mucho menos justificación, en algún concepto de necesidad revolucionaria. En muchos aspectos, el terror estalinista probablemente contribuyó más a dificultar los objetivos revolucionarios que a favorecerlos, como en el caso de la cruenta purga del cuerpo de oficiales que precedió al estallido de la Segunda Guerra Mundial, o en la mezcla de caos y pétrea rigidez que el régimen estalinista introdujo por toda la estructura administrativa soviética, incluso en los sectores industriales. Tampoco juzgo posible echar toda la culpar a la persona de Stalin. El lado repugnante de la era estalinista tenía raíces institucionales. El comunismo como complejo de ideas e instituciones no puede eludir la responsabilidad del estalinismo. En general, uno de

los rasgos que más sublevan de las dictaduras revolucionarias es su uso del terror contra la gente menuda, contra hombres que habían sido tan víctimas del antiguo orden como los propios revolucionarios, a menudo más.

Puede también alegarse que estamos todavía demasiado cerca de las revoluciones comunistas para juzgarlas con propiedad: los efectos liberadores de las revoluciones del pasado tardaron largo tiempo en revelarse. Ni ese argumento ni el precedente al efecto de que los horrores del comunismo se siguen de su defensa contra los del capitalismo son desechables a la ligera. Hay motivo, sin embargo, para sostener que acusan considerable ingenuidad lo mismo hacia el pasado que hacia el futuro. Son ingenuos respecto al pasado porque todo gobierno imputa sus facetas represivas a sus enemigos: sólo con que el enemigo desapareciera, todas sus súbditos podrían vivir felices por siempre jamás. En ese sentido todas las *élites* dominantes, aunque se combatan unas a otras, tienen un «interés creado» en la existencia de sus rivales. Son ingenuas respecto al futuro porque olvidan hasta qué punto las deformaciones de una revolución engendran intereses creados en el despotismo. En conjunto, la defensa comunista requiere un acto de fe cara al futuro que implica una renuncia excesiva de racionalidad crítica.

En vez de aceptarla, me haría yo fuerte en el juicio de que tanto el liberalismo occidental como el comunismo (sobre todo la versión rusa) han empezado a presentar múltiples síntomas de atrofia histórica. Como doctrinas triunfantes, han empezado a volverse

ideologías que justifican y encubren numerosas formas de represión. Las diferencias, ni qué decir tiene, son enormes. La represión comunista se ha dirigido y sigue aún dirigiéndose por la mayor parte contra la población nacional. La represión de la sociedad liberal, tanto en la fase primitiva de imperialismo como ahora en la lucha armada contra los movimientos revolucionarios de las áreas atrasadas, se ha dirigido más bien hacia afuera, contra otros. Sin embargo, el rasgo común de una práctica represiva tapada con palabras de libertad es quizás el más significativo de todos. En tal caso, el deber del pensador honesto es desembarazarse de ambas series de prejuicios, descubrir las causas de las tendencias opresivas en ambos sistemas para ayudar a superarlas. Si pueden o no superarse en efecto, es un punto en extremo dudoso. Mientras poderosos intereses creados combaten los cambios que se enderezan a un mundo menos opresivo, ninguna gestión por una sociedad libre podrá prescindir de algún sistema de coerción revolucionaria. Ello, no obstante, es una necesidad última, un recurso extremo de la acción política, cuya justificación racional varía demasiado en el tiempo y el espacio para que intentemos aquí considerarlo. Si el antiguo sueño occidental de una sociedad racional y libre seguirá o no siendo siempre una quimera, nadie puede saberlo al cierto. Pero si los hombres del futuro han de romper las cadenas del presente, es preciso que comprendan las fuerzas que lo han forjado.

APÉNDICE

UNA NOTA SOBRE LA ESTADÍSTICA Y SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA CONSERVADORA

Cualquiera que acuda a los escritos históricos en busca ya de instrucción general ya de información sobre problemas específicos ha de advertir probablemente tarde o temprano un conflicto entre generaciones no menos agudo que el expresado en la famosa novela de Turguéniev. Las interpretaciones conservadoras y radicales de un mismo conjunto de hechos se suceden unas a otras en una sucesión bastante regular. Del conflicto resulta un crecimiento en comprensión histórica, como cualquiera puede comprobar por sí mismo dando un vistazo primero, digamos, a un Taine o un Michelet y después a una exposición moderna corriente de la Revolución Francesa. Siendo como es la naturaleza humana, tal vez el conocimiento de los asuntos humanos no puede desarrollarse de otro modo.

Pero ese proceder acarrea muchos daños, que se atraviesan en el curso de la comprensión acumulativa del pasado. Uno de ellos proviene de la tendencia a aceptar acríticamente la idea de que la generación pre-

sente ha resuelto determinadas cuestiones poco más o menos para siempre. Bien mirado, puede que reine con igual pujanza en la izquierda política que en la derecha. A mí me preocupa más la derechista por dos razones. Una es en parte accidental. Da la casualidad que este libro ha sido escrito durante una temporada de clima político conservador y atmósfera erudita con fuertes corrientes revisionistas contra las obras anteriores que podían suscitar recelos acerca de nuestra propia sociedad. Por los días en que lo terminé se había ya desencadenado una manifiesta reacción contra tal corriente. La otra razón es más simple: la parcialidad de la izquierda doctrinaria suele ser tan grosera, que resulta cómica. Nadie tiene dificultades en reconocerla.

Por eso las observaciones siguientes se refieren ante todo a cierta forma de parcialidad conservadora. Pretenden poner en guardia al profano curioso y al investigador novicio contra versiones extremas del revisionismo conservador según las que el objetivo científico moderno y la investigación cuantitativa han «demolido» las antiguas interpretaciones y el adherirse hoy en día a cualquier aspecto importante de las mismas no representa sino «la afirmación de un mito religioso» —actitud con que uno se tropieza más a menudo en los intercambios orales que en la fría letra impresa, la cual impele a la mayoría de los autores a buscar seguridad en la moderación. Un examen detenido de los datos estadísticos en que se funda tal crítica indica que de hecho la estadística corrobora las tesis tradicionales, según veremos en breve al discutir algu-

nos ejemplos señalados. Tras el análisis estrictamente técnico, haré algunas reflexiones sobre el tenor general de dichos argumentos. Previamente, sin embargo, quiero explicitar el espíritu de mis observaciones. Aunque sin competencia especial en estadística, no comparto con todo en absoluto la mentalidad rompemáquinas que rechaza las cifras *per se*. Hacer arrancar esa deformación de la mentalidad humanista de los ludditas es injusto en rigor para con ellos, que eran bastante más inteligentes. Tampoco se debe leer este Apéndice como una diatriba solapada contra todo revisionismo conservador. Cualquiera que conozca una parte sustanciosa de la literatura en que se funda este libro reconocerá la semejanza entre algunos de mis argumentos y los de relevantes obras revisionistas. Por último, los investigadores cuya obra vamos a discutir no acusan aquel deseo de complacer perceptible entre los que hacen de conclusiones hipotéticas ingredientes del consenso de la opinión profesional —en el estudio del hombre, la opinión más engañosa de todas.

Podemos empezar pasando por tamiz un notable estudio del Long Parliament de Brunton y Pennington. Es una obra mayor dentro de la influyente tradición de la literatura histórica que se resiste a reconocer una gran grieta social en el fondo de la Guerra Civil Inglesa.[1] A primera vista, los datos que aduce parecen confirmar tal tesis y, más específicamente, refutar los juicios de Tawney.

En cierto lugar de ese estudio estadístico, se sostiene que la única diferencia significativa entre realistas y parlamentarios en el Long Parliament concernía a la

edad: los realistas eran generalmente más jóvenes. *Gentry* alta y baja, *landlords* conservadores y progresistas, comerciantes metropolitanos y provinciales se hallaban en ambos lados en proporciones que no eran considerablemente distintivas.[2] Tawney observó generosamente en su introducción al estudio:

> Por lo que concierne (...) a los miembros de la Casa de los Comunes, a que se circunscribe la presente obra, la inferencia deducible de las cifras contenidas en él es palmaria: la división entre realistas y parlamentarios tenía escasa relación con las diversidades de interés económico y clase social. Hasta que no se aduzcan datos igualmente comprensivos en sentido contrario, tal conclusión debe quedar en pie.[3]

Sin embargo, datos bastante firmes sobre la importancia de la clase y el interés económico son asequibles en el propio estudio de Brunton y Pennington, aunque por una u otra razón escaparon a la advertencia de Tawney. Buenos eruditos como eran, los autores consignaron detalladas cifras que revelan el significado de esos factores. Ello aparece tan pronto como uno atiende a la distribución geográfica de los efectivos parlamentarios y realistas entre los miembros del Long Parliament. Distingamos las áreas donde los parlamentarios estaban en mayoría de aquellas donde estaban en minoría. Las cifras pertinentes vienen indicadas en la tabla.[4] Se refieren a los 552 miembros «originales» que tomaron parte en el Parliament en algún momento entre noviembre de 1640 y agosto de 1642, es decir antes de la ruptura efectiva de las hostilidades.

Aun en el caso de que no sepa nada de la Guerra Civil, cualquier historiador social que repare en esas cifras tenderá probablemente a conjeturar que los diversos sectores geográficos de Inglaterra habían desarrollado, por razones históricas, tipos bastante distintos de estructura social que de un modo u otro habían venido a entrar en conflicto. (Sólo en el Suroeste la proporción es casi mitad y mitad.) Tales distinciones, por supuesto, son bien conocidas de los historiadores. Trevelyan indaga su sentido con gran perspicacia y de una manera que hace muy vívida la mezcla de intereses de clase, vínculos tradicionales de lealtad a los superiores y mero deseo de guardar la neutralidad, operante dentro de varios estratos en diversas partes del país. El resultado a que llega es a poco más o menos el presumible en una sociedad donde los modos capitalistas y, más generalmente, modernos de pensar y actuar estaban abriéndose paso a través de una estructura social antigua. Ese nuevo mundo tenía su centro en Londres, desde donde se irradiaba sobre todo hacia el Sur y el Este. La causa del rey, por otro lado, prevalecía en las áreas más atrasadas, especialmente en el Norte y el Oeste, excepto las comarcas textiles puritanas y los puertos marítimos.[4]

Explicar con minuciosidad dichas diferencias regionales rebasaría el alcance de esta nota, y asimismo mis limitados conocimientos; el equilibrio imperante en el Suroeste, con franqueza, es para mí un enigma. Sin embargo, vale la pena mencionar varios indicios de conexión entre el terrateniente cercador y la causa parlamentaria. Según Tawney, los Middlands y el Este

fueron durante el siglo XVI las áreas donde las *enclosures* tuvieron efectos sociales más trastornadores.[5] Fueron también áreas de considerable mayoría parlamentaria. Del Sur y el Este, áreas mayores de la causa parlamentaria, poseemos algo más de información, que nos permite comprender con mayor claridad el desarrollo de los hechos. En Kent y Essex, hacia el Sur, hubo poco trastorno durante el siglo XVI, toda vez que gran parte de sus tierras habían sido ya cercadas con anterioridad. Kent, objeto de una investigación especial, parece que fue una típica área de neutralismo, donde la *gentry* se unió bastante de mala gana a la causa parlamentaria y, tras un período de desorden, dio la bienvenida a la Restauración, todo ello en virtud de una mezcla de anglicanismo y deseo de que se respetaran debidamente los derechos establecidos de propiedad.[6] Suffolk, en el Este, suelo natal de Cromwell, fue un baluarte de la causa parlamentaria. En una monografía reciente, el grupo directivo de las fuerzas parlamentarias se describe como «una suerte de club aristocrático selecto que comprendía la mayor parte del pensamiento y mucha de la riqueza del condado». Al igual que en otros condados orientales, su economía, tanto la rural como la urbana, estaba singularmente avanzada. El grado de interpenetración de las empresas mercantiles y agrícolas era asimismo extraordinariamente alto. Entre las familias hacendadas, «pocas había sin estrechas relaciones comerciales, y en la explotación agrícola de sus heredades los terratenientes de Suffolk eran ardorosos como los que más».[7]

TABLA 4.—*Miembros del Long Parliament 1640-1642*

Áreas donde los parlamentos estaban en mayoría:

	Este		*Centro*		*Sureste*	
	núm.	%	*núm.*	%	*núm.*	%
Realistas	14	20	32	37	28	27
Parlamentarios	55	80	51	59	70	68

Áreas donde los parlamentos estaban en minoría:

	Norte		*Oeste*		*Suroeste*	
	núm.	%	*núm.*	%	*núm.*	%
Realistas	37	55	43	67	82	50
Parlamentarios	28	42	20	31	78	48

FUENTES: adaptada de Brunton y Pennington, *Long Parliament*, tabla I. Véase también p. 2 para la definición de miembros «originales», y apéndice V para las divisiones geográficas.

Tal descripción de un baluarte mayor del parlamentarismo cuadra casi perfectamente con lo que uno esperaría hallar según la tesis de Tawney. Cuando uno remira los datos estadísticos de Brunton y Pennington y aquilata las variaciones sociales que reflejan, le ofrecen, sugeriría yo, un argumento que, lejos de demoler la tesis de Tawney, la apoya con considerable fuerza.

El mismo juicio cabe colegir de los datos estadísticos aducidos para refutar los escritos tradicionales que hacían hincapié en la dureza del impacto del movimiento cercador a fines del siglo XVIII y principios del XIX. En *The Size of Farms in the Eighteenth Century*, Mingay discute la cuestión del decaimiento de la pe-

queña agricultura a consecuencia de las *enclosures* y otros factores. Nada tengo contra el ensayo en conjunto, que concluye que sí hubo decaimiento. De hecho proyecta valiosa luz sobre varios extremos, así sobre el papel legal y político, y no estrictamente económico, del «*spirited landlord*». La parte dudosa de su interpretación está en la serie de observaciones estadísticas con que se inicia el artículo. El punto de Mingay ahí, creo, es el siguiente: las estadísticas censuales del siglo XIX revelan una imagen de la sociedad rural inglesa incongrua con cualquier tesis al efecto de qué la posición del pequeño granjero había sufrido un deterioro muy grave durante el siglo anterior. «Quien tenga a bien creer que las granjas pequeñas "desaparecieron" en el siglo XVIII debe estar preparado para explicar cómo reaparecieron con tanta fuerza en el siglo XIX». Mingay resume el testimonio del censo en esta frase (con una referencia a Clapham, *Economic History*, II, 263-264): «En 1831 casi la mitad de los *farmers* no empleaban otra mano de obra que la de sus familias, y en 1851, el 62 por ciento de los ocupantes de 5 o más acres tenían menos de 100 acres. Las declaraciones de renta de 1855 muestran aproximadamente el mismo cuadro...».[8]

De esas observaciones de Mingay se saca fácilmente la impresión de que durante el siglo XIX los pequeños granjeros siguieron floreciendo y constituían una elevada proporción de la población rural, entre «casi la mitad» y el 62 por ciento. Parte de la dificultad es cosa de terminología. Mingay, autor de estilo culto y clausurado, no tenía ciertamente por qué puntualizar que

en el inglés normal la palabra «*farmer*» se refiere generalmente al rentero, que cultiva sus campos con o sin ayuda de mano de obra asalariada. También se refiere, pero más raramente, a la persona que posee tierra y la cultiva. De ahí que el término «*farmer*» excluya ya de por sí a grupos humanos que tuvieron un papel decisivo en la vida rural, a saber los rentistas, en la cúspide de la escala social, y los jornaleros agrícolas, en el fondo. Pero poner en perspectiva las observaciones de Mingay recordando el uso idiomático inglés es insuficiente. Tenemos que ver, en la medida de lo posible, cuál era la situación, y ello exige introducir en nuestro cuadro de la sociedad inglesa a otras personas además de los pequeños *farmers*. Tan pronto como se hace así, la impresión que dan las cifras de Mingay cambia radicalmente. Es probable que, durante el siglo XIX, los pequeños granjeros y las granjas pequeñas sobrevivieran. Con todo, su ambiente social se había transformado tanto, que hablar de supervivencia *tout court* es absurdo, si no engañoso. La sociedad rural inglesa se había convertido en una sociedad compuesta esencialmente de un corto número de grandes propietarios rurales y de un enorme número de jornaleros disponibles sin tierra, es decir en una sociedad donde la pequeña agricultura era marginal.

Antes de entrar en los datos concretos, quizás una analogía aclare el carácter de mi objeción. Considérese el número de viviendas de distintos tipos que podían hallarse en puntos temporales diversos en el ámbito de Manhattan Island, que empieza el siglo como un racimo de casas de campo y lo termina como una metró-

polis de cristal y hormigón. Es bien posible que se constatara un aumento en el número total de casas pequeñas (incluso de madera), por mucho que mientras tanto codiciosos especuladores hayan demolido barrios enteros de chabolas de madera para erigir rascacielos. Hacer hincapié en la supervivencia de las casas pequeñas sería en ese casi sin duda alguna engañoso, pues se pasarían por alto cambios infinitamente más significativos.

Ahora las cifras. En 1831, cuando el primer censo pasablemente fiable, había en Inglaterra alrededor de 961.000 familias ocupadas en la agricultura. De ésas[9]

I. 144.600 eran familias cultivadoras de ocupantes que contrataban mano de obra.

II. 130.500 eran familias de ocupantes que no contrataban mano de obra y que sería razonable considerar como pequeños *farmers*.

III. 686.000 eran familias obreras.

Cuando Mingay observa que en 1831 casi la mitad de los *farmers* no empleaban más mano de obra que la de sus familias, se refiere, parece, a que el grupo II es casi tan numeroso como el I, sobreentendiendo que los dos juntos constituyen el cuerpo de los *farmers*. Su observación es verídica. Pero el grupo II sólo representa cosa de una *séptima* parte del número total de hogares dedicados a la agricultura. Ese hecho, creo yo, da una idea mucho más clara de qué significó en realidad la supervivencia del pequeño granjero —si la hubo.

Las mismas observaciones críticas cabe aplicar a sus comentarios sobre los datos del censo de 1851. Había entonces en Inglaterra, Escocia y el País de Gales algo menos de 2,4 millones de personas que se mantuvieran vinculadas económica y socialmente a la tierra. Se distribuían, a grandes rasgos, de la siguiente manera:

A. Unas 35.000 eran propietarios rurales. Es de presumir que tal categoría abarcaba a los aristócratas titulados y a los miembros de la todavía influyente *gentry*.

B. Unas 306.000 eran *farmers* (y ganaderos, si bien los últimos sólo sumaban 3.000 personas). Según parece, los *farmers* ocupaban la parte del león del área cultivada, tenían sus tierras en arrendamiento de los grandes propietarios rurales y las cultivaban en la inmensa mayoría de los casos por sí mismos, con ayuda de mano de obra contratada o nada más con los brazos de sus propias familias.

C. Unas 1.461.000 eran hombres y mujeres que trabajaban manualmente en el campo, sobre todo como asalariados externos.

El resto (no incluido en la tabla precedente) integraba categorías misceláneas que comprendían las esposas, los hijos y otros parientes de las personas antedichas.[10] Basándose en Clapham, observa Mingay al discutir el censo de 1851, como hemos observado arriba que el 62 por ciento de los ocupantes de 5 o más acres tenían menos de 100 acres. Pero las cifras de Clapham *sólo* se refieren al grupo B de mi tabla. No a los otros dos grupos, A y C. Clapham lo indica muy claramente.[11] Así y todo, para advertir lo que implica esa limitación, hay que volver a las mismas cifras del censo. Si el descuido de tal diligencia es o no la causa

de la impresión engañosa que dan las breves observaciones de Mingay, yo, claro está, no lo sé.

Para terminar, es necesario repetir que las anteriores estadísticas no constituyen sino groseras estimaciones. Los porcentajes concretos no han de tomarse al pie de la letra. Pero, en sustancia, las estadísticas concuerdan perfectamente con la tesis tradicional de que los cambios sociales del siglo XVIII eliminaron al pequeño granjero como figura significativa del paisaje social inglés.

El tercer y último estudio que quiero discutir aquí es anterior, la interpretación estadística por Greer del impacto del Terror en la Revolución Francesa. Niega de un modo abierto la importancia del conflicto de clases, con lo que su tesis se asemeja íntimamente al análisis del Long Parliament por Brunton y Pennington. Al investigar la composición social de las víctimas del Terror, Greer halló que el 84 por ciento de los ejecutados pertenecían al tercer estado. Basándose en ello concluyó que «la hendidura en la sociedad francesa fue perpendicular, y no horizontal. El Terror fue una guerra intra-clasista, y no inter-clasista».[12] Esa conclusión ha despertado considerable interés. Tomada en sentido estricto, está en flagrante contradicción con cualquier interpretación sociológica, ni qué decir tiene. Tal es el tipo de «prueba» que mueve a algunos estudiosos a considerar a un Mathiez, por ejemplo, como anticuado. Con todo, dentro de la mejor tradición erudita, Greer da suficientes datos para deshacer la paradoja y anular su propia conclusión.

Concentremos la atención en las capas más bajas del tercer estado, la clase obrera y los campesinos, que

sumaron en conjunto más del 79 por ciento de las víctimas, e inquiramos cuándo y dónde se consumó su aciago sino. La respuesta es rotunda: la inmensa mayoría murieron en virtud de la represión revolucionaria ejercida contra las contrarrevoluciones de la Vendée y de Lión. Si bien los datos estadísticos apuntan marcadamente hacia esa conclusión, no tendría mucho sentido reproducirlos, pues son inherentemente, y no por culpa de Greer, muy incompletos. No incluyen, por ejemplo, las víctimas de uno de los episodios más dramáticos de la contrarrevolución de la Vendée, el anegamiento de unas 2.000 personas en las glaciales aguas del Loira en invierno, ni la descarga cerrada contra la muchedumbre en Tolón, que costó tal vez 800 vidas.[13]

Por tanto, la hendidura de la sociedad francesa corrió entre los revolucionarios y los contrarrevolucionarios. ¿Fue perpendicular? Según pone de manifiesto el propio Greer, los contrarrevolucionarios tuvieron bases geográficas limitadas cuya estructura social difería de la del resto de Francia. No se trató de una guerra del campesino contra el campesino, del burgués contra el burgués por toda Francia. A decir verdad, hubo miembros de *grosso modo* los mismos estratos sociales combatiendo en frentes opuestos. Pero combatían por objetivos sociales opuestos, la restauración del antiguo orden o su abolición. La victoria de una u otra parte implicaba la victoria o derrota de los privilegios de clase. Por esa sola razón, parece ya imposible negar que el Terror fue un instrumento de la guerra de clases, cuando menos en sus líneas esenciales.

Hay asimismo algunas razones generales para sostener que en cualquier conflicto violento la composición social de las víctimas no revela mucho *de por sí* sobre el carácter social y político de la lucha. Supongamos que estalla una revolución en algún país latinoamericano donde el gobierno está controlado por los grandes terratenientes y unos pocos hombres de negocios ricos. Supongamos además que el ejército está compuesto por la mayor parte de reclutas campesinos y que un sector del mismo se disgrega y se une a los rebeldes que están luchando por derribar al gobierno y establecer un régimen comunista. Al cabo de unas cuantas batallas campales, el estadístico constataría sin duda que la mayoría de las bajas de ambas partes fueron campesinos. Concluir que la principal hendidura fue vertical, negar que el conflicto de clases fue el factor decisivo de las contiendas políticas, sería en semejante caso a ojos vistas absurdo. En cambio, si los rebeldes no plantearon reivindicaciones sociales y no persiguieron más que reemplazar a un grupo de dirigentes latifundistas y capitalistas por otro, habría motivo para afirmar que existió alguna suerte de hendidura perpendicular. En una palabra, no sólo importa quién combate, sino por qué se combate. Ese aspecto suscita cuestiones más generales que podemos considerar acto seguido.

Hasta aquí la discusión se ha desarrollado dentro del marco estricto de la información estadística. Sin embargo, ciertos temas comunes de la crítica estadística suscitan cuestiones que trascienden la estadística. A fin de sacar a luz esos puntos, me tomaré la libertad de

reformular el sentido general de la línea del argumento que acabamos de discutir. El contenido implícito del mismo parece ser el siguiente: en las supuestas grandes revoluciones *contra opresores*, es posible demostrar, contando que en realidad no hubo o apenas hubo alzamiento contra la opresión. Ninguna diferencia importante distinguió a una parte de otra en las revoluciones Puritana y Francesa. Semejantemente, en la supuesta transformación social revolucionaria promovida *por una clase alta opresiva*, el movimiento cerrador en Inglaterra, es posible demostrar contanto que en realidad no hubo mucha opresión. Las víctimas, lejos de perecer, se desarrollaron y florecieron. Así, pues, toda la tradición radical está plagada de desatinos sentimentales.

Probablemente la anterior formulación excede los propósitos de los autores discutidos, si bien parece bastante claro que la implican. Sea como fuere, ese tipo de argumento existe y requiere discusión. Pide en parte una respuesta en sus propios términos. Ya he procurado evidenciar que la estadística no da de sí tal resultado. Quiero ahora plantear una nueva cuestión sugiriendo que, aun cuando pueda arrojar considerable luz sobre esa tesis concreta y otras similares, a partir de cierto punto los métodos estadísticos son quizá inaplicables, contar es un procedimiento erróneo. En el análisis de los cambios cualitativos de un tipo de organización social a otro, digamos del feudalismo al capitalismo industrial, se topa quizá siempre con un límite superior al uso provechoso de los métodos estadísticos.

Se atribuye a *Lord* Kelvin la observación de que todo lo que existe existe en cantidad. Pero ese aforismo no significa que todo lo que existe pueda medirse según la misma escala o que todas las diferencias puedan reducirse a diferencias cuantitativas. Que yo sepa, los estadísticos no tienen tal pretensión; tampoco, ciertamente, la mayoría de los matemáticos. Verdad es que, hasta cierto punto, los cambios en la estructura social se reflejan en cambios en las mediciones estadísticas. Por ejemplo, que se emplean en determinadas ocupaciones nos dicen mucho sobre los cambios en la estructura social. Pero, cuando el período de tiempo es largo o muy marcados los cambios en la estructura de la sociedad, resulta difícil hallar un buen criterio de medida.[14] Una misma proporción entre población rural y urbana puede tener significados muy distintos en dos sociedades distintas si una es como el Sur de los Estados Unidos antes de la Guerra Civil Americana y la otra una sociedad precomercial. Hasta cierto punto, es preciso también admitirlo, la investigación estadística puede afrontar esas dificultades definiendo cuidadosamente sus categorías. Hay quizá, sin embargo, un límite superior a tales reajustes que implica una materia de principio. Contar implica necesariamente ignorar todas las diferencias excepto la que se pretende medir. Ello exige reducir la realidad a unidades similares. Los seres humanos tienen que clasificarse en pilas estadísticas por edad, sexo, estado civil y otros muchos criterios. Las necesidades del contar, sugiero yo, obligan tarde o temprano a ignorar las distinciones estructurales. Cuantas más definiciones hace el investigador

a fin de tomar en cuenta los cambios estructurales, tanto menores y menos útiles y confiables se vuelven las pilas estadísticas con que trabaja. En el fondo, los tamaños de las distintas pilas son consecuencia de los cambios estructurales. No son los cambios mismos.

Esos cambios son alteraciones cualitativas en las relaciones que los hombres sostienen unos con otros. Conciernen a diferencias tales como las que median entre ser propietario y producir mercancías con algunas herramientas elementales y las propias manos, y no poseer nada, trabajar para otro y producir mercancías con complicadas máquinas. Para hablar por un momento en términos muy neutros y abstractos, son cambios en la forma de las estructuras sociales. Las distinciones en esas formas y estructuras no me parecen reducibles a ninguna suerte de diferencias cuantitativas; son inconmensurables.[15] Pero talès diferencias son precisamente las que más importan a los seres humanos. Son aquéllas en que el cambio ha producido los conflictos más violentos, la fuente de las grandes lides históricas.

Si los métodos estadísticos tienen en efecto limitaciones inherentes, ¿cabe aún la posibilidad de describir y explicar dichos cambios cualitativos de una manera objetiva? En principio sí, a mi entender, aunque las deficiencias en los datos y los defectos humanos en el historiador hacen que la objetividad no sea sino un ideal siempre inasequible. Objetividad implica fe en la verdad con v minúscula, el concepto de que los acontecimientos sociales suceden de la manera que suceden por razones averiguables. Como ese concepto puede

llevar a enfoques muy distintos de los conservadores imperantes y también de los de algunas versiones de la tradición radical, trataré de especificar brevemente su sentido.

Hay una respetable tradición intelectual que niega rotundamente que la objetividad sea posible, incluso en principio. Ello parece obedecer a una confusión entre las causas de los acontecimientos históricos y sus consecuencias o significado. Las causas de la Guerra Civil Americana habían ya llegado al término de su curso por la época en que se disparó el primer tiro en Fort Sumter. Ninguna opinión de historiador sobre las mismas puede tener el más mínimo efecto en lo que de hecho fueron. Las consecuencias ya son otro cantar. Están todavía hoy entre nosotros y pueden seguir estando entre nosotros mientras la historia humana continúe. Ese segundo aspecto de la tesis sobre la permanente ambigüedad de la historia me parece perfectamente válido. Los informes históricos acerca de las causas de la Guerra Civil tienen efectos polémicos *ahora*, piensen lo que piensen sus autores. En ese sentido, la imparcialidad es ciertamente imposible e ilusoria. Continuando el argumento, el historiador, lo sepa o no, tiene que adoptar algún principio al seleccionar y ordenar sus hechos. Lo mismo cabe decir del sociólogo que estudia asuntos contemporáneos. En virtud de lo que incluyen y excluyen, valoran o desvaloran, esos principios tienen consecuencias políticas y morales. De ahí que sean sin remedio principios morales. Es imposible quedar al margen, de pretender adoptar una actitud no partidista, significa ya adoptar una forma de pseudo-objetividad apolítica que en realidad sostiene el *statu quo*.

La tesis de que la neutralidad es imposible resulta convincente, cuando menos para mí. Pero, creo yo, no supone negar que sea posible un análisis social e histórico objetivo. Diferentes perspectivas sobre el mismo conjunto de hechos debieran llevar a interpretaciones complementarias y congruentes, y no a interpretaciones contradictorias. Negar que la verdad objetiva sea posible abre de par en par las puertas a las peores formas de deshonestidad intelectual. Una de las versiones más groseras de tal tesis viene a ser ésta: como la neutralidad es imposible, tomaré partido por el hombre de nada y escribiré historia para servir al hombre de nada, contribuyendo así a alcanzar una «Verdad más alta». Hablando claro, eso es hacer trampa. Cualesquiera que sean sus ineludibles premisas y predisposiciones morales, todo estudioso de los asuntos humanos se encuentra tarde o temprano con datos profundamente trastornadores. Tiene entonces el deber de adecuarse a ellos de una manera honesta.

Las graduaciones de la Verdad con V mayúscula inspiran, justamente a mi entender, vivas sospechas. Pero ello no significa que la objetividad y la verdad con v minúscula hayan de llevar a una cómoda actitud complaciente. Objetividad no es lo mismo que sensatez convencional. Toda exaltación de las virtudes de la sociedad propia que pase por alto sus aspectos repugnantes y crueles, que evite plantear el punto de una posible conexión entre esos aspectos y los atractivos, no es sino una apología, por mucho que se exprese en

los más mesurados tonos académicos. Hay una fuerte tendencia a dar por sentado que las manifestaciones melifluas a favor del *statu quo* son «objetivas» y que todo lo demás es «retórica».

Ese tipo de prejuicio, una mala interpretación de la objetividad, es el más difundido hoy en Occidente. Confunde la objetividad con la trivialidad e insignificancia. Por las razones ya expuestas, cualquier verdad monda y lironda sobre instituciones o hechos políticos está predestinada a tener consecuencias polémicas. Dañará a intereses de grupo. En todas las sociedades, los grupos dominantes son los más interesados en ocultar cómo funciona la sociedad. Muy a menudo, entonces los análisis veraces están predestinados a sonar a críticos, a parecer denuncias y no informes «objetivos». (Lo mismo ocurrirá en los países comunistas si algún día llegan a permitir que salgan a luz exposiciones de su pasado pasaderamente francas.) Todo estudioso de la sociedad humana puede hallar en la simpatía por las víctimas de los procesos históricos y el escepticismo respecto a las vanaglorias de los triunfadores las salvaguardias esenciales para no quedar prendido en la mitología dominante. El estudioso que quiera ser objetivo necesita esos sentimientos como parte de su equipo profesional ordinario.

NOTAS

CAPÍTULO 1. *INGLATERRA Y LAS CONTRIBUCIONES VIOLENTAS AL GRADUALISMO*

1. SCHWEINETZ, *Industrialization*, 6, observa: «Las reformas políticas que, a partir del *bill* de Reforma de 1832, trajeron la plena democracia a la Gran Bretaña tuvieron lugar en el siglo XIX y a principios del XX. Pero tales medidas tuvieron éxito en gran parte a causa de la *evolución gradual de las instituciones constitucionales y parlamentarias en los siglos anteriores a 1832*». (El subrayado es mío.) Más adelante (10-11), el autor argumenta con cierta cautela que es imposible repetir las soluciones capitalistas y democráticas a los problemas de la modernización, tesis con la cual estoy de acuerdo.
2. El feudalismo significa algo distinto para los historiadores sociales y económicos, de las leyes y de las constituciones, y tales aspectos distintos cambiaron a distinto ritmo. Véase una útil exposición de ese punto en CAM, *Decline and Fall*, 216.
3. POWER, *Wool Trade*, 16.
4. CAM, *Decline and Fall*, 218, 225, 232.
5. HILL, *Puritanism*, 34-35.
6. TAWNEY, *Agrarian Problem*, 188-189. También HEXTER,

Reappraisals, 144-145, donde presenta el mismo hecho como parte de la critica a que somete el excesivo énfasis de Tawney sobre los factores económicos. THIRSK, *Tudor Enclosures*, aporta una breve revisión moderna del campo que cubre Tawney. Aun haciendo hincapié en la variedad de condiciones geográficas y sociales de las *enclosures*, llega a idénticas conclusiones generales (véase 19-21). También Tawney se había esmerado a poner de relieve tales distinciones. La principal diferencia estriba en que Thirsk considera el crecimiento natural de la población como uno de los factores más importantes (9). KERRIDGE, *Depopulation*, 212-218, da buenas razones para desconfiar de las estadísticas sobre las *enclosures*. Su argumento básico es que muchos de las acusados de *enclosure* fueron después absueltos y que, por lo tanto, las estadísticas son exageradas. Dada la influencia política preponderante, incluso bajo los Tudor, de los elementos que efectuaban las *enclosures*, tal hecho no es nada sorprendente. Aunque las cifras disponibles no puedan tomarse en serio, no cabe duda que el problema fue grave en sustanciales partes de Inglaterra. En la breve recensión bibliográfica que da al final de *Tudor Enclosure*, Thirsk no cita ni a Tawney ni a Kerridge.

Medio siglo después de Tawney, los investigadores modernos siguen insistiendo en la conexión entre negocio lanero y cambios agrarios. Hacia la mitad del siglo XVI, no obstante, el impulso a sustituir los cereales por la lana pasó a ser más débil, haciéndose la tierra más escasa y la mano de obra más abundante, mientras los precios de los granos aumentaban fuertemente. Aunque el carácter del negocio lanero cambiara, el movimiento de los precios de la lana, de 1450 a 1650, fue en general muy ascendente también, con intensas

fluctuaciones ocasionales. Véase BOWDEN, *Wool Trade*, XXIII, 6, y la tabla en 219-220.

7. Eso concluye KLEIN, *The Mesta*, 351-357.
8. LIPSON, *Economic History*, II, lxvii-lxviii. Hexter, *Reappraisals*, 94-95, simplifica y tergiversa el análisis de tal tendencia por Tawney al afirmar que Tawney trata de encajar la Revolución Puritana en la concepción doctrinaria predeterminada de una revolución burguesa inevitable urdiendo la «leyenda de que la llegada de los ciudadanos al campo arruinó a la antigua economía rural patriarcal y la reemplazó por un duro y despiadado mercantilismo burgués». Eso es sencillamente falso. Todo el análisis de Tawney subraya la adaptación, más o menos espontánea, de las clases altas rurales a una nueva situación creada por la importancia creciente del comercio, cuyo principal foco de desarrollo ve en las ciudades (véase *Agrarian Problem*, 408). Lo cual es muy distinto de la simple migración al campo de hombres de las ciudades con nuevas ideas. En apoyo de sus críticas Hexter cita, con un *passim* de propina, *Agrarian Problem*, 177-200, y el ensayo de Tawney *Rise ot the Gentry*. Para conocer el verdadero punto de vista de Tawney, véase *Rise of the Gentry*, 184-186. En la mismísima primera página de la primera cita de Hexter (*Agrarian Problem*, 177), escribió Tawney una de las advertencias más elocuentes contra la historia determinista doctrinaria que jamás haya yo leído. Puede que, dentro de los largos pasajes citados, haya frases aisladas que aludan a la compra de heredades por elementos ciudadanos y a su cultivo según principios comerciales, pero no representan la línea principal de la argumentación de Tawney.
9. Véase HEXTER, *Reappraisals*, 133.

10. Tawney, *Agrarian Problem*, 150. En el uso inglés, *farmer* significa por lo común «granjero» llevador, o sea el que arrienda y cultiva una finca, con o sin mano de obra asalariada, según el capital de que disponga. Es más raro que *farmer* se refiera a un propietario. Véase *The Shorter Oxford English Dictionary*, artículo «*farmer*».
11. *Agrarian Problem*, 264-265, 224.
12. *Agrarian Problem*, 217, 191-193.
13. CAMPBELL, *English Yeoman*, 23-27.
14. *English Yeoman*, cap. IV.
15. *English Yeoman*, 104.
16. *English Yeoman*, 102, 197-203; BOWDEN, *Wool Trade*, XV, 2.
17. *English Yeoman*, 179, 184, 192.
18. *English Yeoman*, 87-91, 170, 173. Véase también TAWNEY, *Agrarian Problem*, 161-166.
19. *Cf. English Yeoman*, 176-178, donde cita las investigaciones de G. E. Fussell sobre los primitivos métodos agrícolas.
20. TAWNEY, *Agrarian Problem*, 126, 128, 130-132.
21. *Agrarian Problem*, 232, 237, 240-241, 257.
22. Para el contraste con Francia, véase NEF, *Industry and Government*. Para la acometida contra las empresas privilegiadas, véase también LIPSON, *Economic History*, II, lviii-lix.
23. Las revueltas campesinas han recibido, evidentemente, escasa atención. Tawney exagera quizá su conexión con las *enclosures*. Los mejores materiales, los he hallado en SEMENOV, *Ogorazbivaniya*, especialmente en 249, 277, 284, 287-291, 300-304, 307, 309, 321, 324, 327. El eje de aquéllos, limitados al siglo XVI, es el siguiente. Hubo tres grandes revueltas en que tomaran parte los campesinos: 1) la Peregrinación de Gracia, 1536-1537, primordialmente un movimiento feudal y antimonárquico en que los campesinos se levantaron junto con sus señores; 2) en 1549 en los condados de Devonshire y Cornualles, zona de economía atrasada; y 3) en el de Norfolk, también en 1549, donde hay indicios de conexión con las *enclosures*. Trevor-Roper, en «Gentry», 40, se refiere a la revuelta de los campesinos de los Midlands en 1607 como «la última rebelión puramente campesina en Inglaterra»; aparecen en ella los términos de *Levellers* («niveladores») y *Diggers* («excavadores»), e iba también claramente dirigida contra las *enclosures*.
24. LIPSON, *Economic History*, II, lxv, 404-405; JAMES, *Social Problems*, 79, 241-243.
25. Se puede encontrar un excelente análisis de tal fenómeno en MANNING, *Nobles*, 247-269, especialmente 252, 263.
26. JAMES, *Social Policy*, 80.
27. TAWNEY, *Rise of the Gentry*, 181. Sobre ese punto, Véase asimismo un estudio muy completo, que ha aparecido mientras este libro estaba en prensa: STONE, *Crisis of the Aristocracy*, cap. IV, especialmente, 163. El autor concluye que la parte de los pares en la riqueza en rápido aumento de Inglaterra disminuyó fuertemente, y que fue ese cambio en su posición financiera relativa, no en la absoluta, lo que tuvo importancia.
28. *Rise of the Gentry*, 176, 187-188.
29. *Rise of the Gentry*, 186. La gran aportación de Tawney estriba en que reconoció los cambios estructurales de la sociedad inglesa y llamó la atención sobre ellos, aunque el apuntalamiento estadístico de su argumentación sea probablemente su parte más débil. Es posible que exagerara el número de los nobles titulados para quienes la nueva situación resultó difícil y el de

los miembros de la *gentry* que se aprovecharon de ella. Para una crítica de los métodos estadísticos de Tawney, véase COOPER, *Counting of Manors*, 377-389, y el apéndice sobre la interpretación de datos estadísticos.

30. Véase TREVOR-ROPER, *Gentry*, 8, 16, 24, 26, 31, 34, 38, 40, 42, 51. Aunque su argumentación no sea del todo convincente, Trevor-Roper ha presentado abundantes testimonios que indican la sustancial influencia de la «mera *gentry*» en los ejércitos de Cromwell. Para modificaciones a la postura de Trevor-Roper, Véase YULE, *Independents*, 48-50, 52, 56, 61, 65, 79, 81 y especialmente 80, donde Yule admite que la *gentry* más humilde suministraba los oficiales «independientes» del ejército. Encontramos una crítica incisiva de la tesis de Trevor-Roper en ZAGORIN, *Social Interpretation*, 381, 383, 385, 387.
31. FIRTH, *Cromwell's Army*, 346-360.
32. Véase YULE, *Independents*, tabla en 129.
33. ZAGORIN, *Social Interpretation*, 390, reúne los testimonios más demostrativos. Véase también, *Royalists*, 5-6.
34. Véase JAMES, *Social Policy*, 117-128.
35. THIRSK, *Restoration Land Settlement*, 323, 326-327.
36. JAMES, *Social Policy*, 118, 120, 122, 124.
37. *Social Policy*, 343.
38. ZAGORIN, *English Revolution*, 681.
39. Véase, por ejemplo, la monografía clásica de los HAMMOND, *Village Labourer*. Cl. JOHNSON, *Disappearance*.
40. NAMIER, *England*, 4, 22, 25.
41. HAMMOND y HAMMOND, *Village Labourer*, 16-17; JOHNSON, *Disappearance*, 132.
42. *Village Labourer*, 49-50. Un estudio posterior les objetó que habían exagerado el elemento de corrupción y parcialidad en la manera de llevar el Parlamento las

enclosures. Véase TATE, *Members of Parliament*, 74, 75. Tate estudió todas las ocasiones de que pudo encontrar constancia documental en las cuales los miembros del Parlamento se habían reunido para considerar peticiones de *enclosure* en un área precisa, el condado de Nottinghamshire. Halló que, en un 71 por ciento de las 365 ocasiones examinadas, «parece que no hay ninguna razón para suponer que se procediera en ellas con injusticia en provecho de los intereses privados de los miembros a quienes concernían, *salvando que debe darse necesariamente cierta injusticia cuando, en una sociedad de clases, los miembros de una de las clases legislan respecto a los medios de subsistencia y los bienes de aquellos que ocupan una posición muy diferente en el orden social*». (El subrayado es mío.) Si, más adelante, el autor observa que «Probablemente un parlamento de señores rurales era casi tan partidista al considerar los argumentos para la preservación de un campesino terrateniente como lo sería un parlamento de propietarios hulleros al deliberar sobre la necesidad de una existencia perdurable de los propietarios hulleros», el lector puede concluir que ha destruido su propia causa.

43. Véase el estudio de THIRSK antes citado.
44. HABAKKUK, *English Landownership*, 4.
45. *English Landownership*, 17.
46. NAMIER, *England*, 16, y asimismo 13; véase también en GOODWIN, ed., *European Nobility*, el cap. I sobre Inglaterra por HABAKKUK.
47. MINGAY, *Size of Farms*, 480.
48. A pesar de su simpatía por las víctimas, los Hammond se hicieron perfectamente cargo de ello al decir que hubiera sido «para volverse loco tener que acomodar el paso al lento temperamento bucólico de los pequeños

farmers, criados dentro de una rutina simple y anticuada, que miraban con suspicacia cualquier propuesta que fuera nueva para ellos». Véase *Village Labourer*, 36.

49. HABAKKUK, *English Landownership*, 15. Cf. NAMIER, England, 15.
50. *English Landownership*, 14.
51. Véase MINGAY, *Size of Farms*, 479, 472, donde aprovecha datos de *Tours* de Arthur YOUNG. En otros pasajes Mingay cita considerables testimonios documentales que demuestran que los grandes terratenientes no eran progresivos económicamente; si acaso aumentaban su hacienda, lo hacían casi siempre por medio de matrimonios ventajosos y manejando los fondos públicos. El impulso hacia el perfeccionamiento de los métodos de cultivo procedía de «publicistas, *gentlemen* del campo, residentes propietarios y grandes renteros». Véase MINGAY, *Landed Society*, cap. III y págs. 166, 171. La *enclosure*, conviene en ello (179), fue la principal contribución del terrateniente al progreso económico.
52. Véase ASHTON, *Economic History*, 40, y la tabla de precios del trigo entre 1704 y 1800 en 239; DEANE y COLE, *British Economic Growth*, con una tabla que muestra el número anual de *bills* parlamentarios de *enclosure* entre 1719 y 1835 (aunque, por sí mismo, no dé más que una indicación muy ligera del número de campesinos y la cantidad de territorio afectados); GONNER, *Common Land*, 197; LEVY, *Large and Small Holdings*, 10, 14, 16, 18, 19. Para un punto de vista diferente, véase JOHNSON, *Disappearance*, 87, 136. Véase, también la observación de CHAMBERS, *Enclosure and Labour Supply*, 325, nota 3. Una teoría más antigua que situaba la desaparición del pequeño propietario rural antes de 1760 estaba basada, en parte, en el estudio de registros de la contribución territorial (como en Johnson, citado arriba). Véanse, sin embargo, las objeciones que a la fiabilidad de tales datos pone MINGAY, *Land Tax Assessments*, 381-388.
53. Véase MINGAY, *Landed Society*, 99, 180-181, 184, 186. Si esa conclusión es correcta, la falta más grave de los Hammond habría sido el enfatizar en exceso las *enclosures* parlamentarias como tales. Contrastando con mis puntos de vista, Mingay minimiza la dureza y el alcance de las *enclosures*. Véase su *Landed Society*, 96-99, 179-186, 268-269.
54. HOSKINS, *Midland Peasant*, 217, 219, 226-227.
55. Véase un mapa sobre las *enclosures* de campos comunales durante los siglos XVIII y XIX en CLAPHAM, *Economic History*, I, 20, folio vuelto. El mapa se basa en GONNER, *Common Land*, que apareció en 1912 y que utilizaba, a su vez, estudios anteriores de cuyas estadísticas hay motivos para desconfiar.
56. GONNER, *Common Land*, 201-202, 367-369; HOSKINS, *Midland Peasant*, 260.
57. CHAMBERS, *Enclosure and Labour Supply*, 326-327. Véase también HOSKINS, *Midland Peasant*, 268.
58. *Enclosure and Labour Supply*, 336.
59. Véase, por ejemplo, *Enclosure and Labour Supply*, 332-333, 336.
60. THOMPSON, *Making of the Working Class*, 222-223.
61. HOSKINS, *Midland Peasant*, 269-270.
62. ASHTON, en *Economic History*, 36, afirma que «... si hubieran sido desposeídas grandes masas [de campesinos], difícilmente se habrían marchado en silencio. Pero no hay constancia alguna de levantamientos agrarios, ni tan sólo de contiendas locales de alguna tras-

cendencia, en aquel tiempo. Fue un proceso de desgaste». Para la última revuelta agraria, en 1830, véase HAMMOND y HAMMOND, *Village Labourer*, caps. XI, XII.

63. Véase HOSKINS, *Midland Peasant*, 249-250, 254-255.
64. PLUMB, *England*, 132. Ese excelente estudio pone muy claramente de manifiesto el conflicto entre intereses terratenientes y comerciales. Véase también MINGAY, *Landed Society*, 260-262, 265, para los conflictos de intereses entre los grandes propietarios y la pequeña *gentry*, *farmers* y clase media urbana, cuyo descontento llegó a su punto culminante en el curso de la guerra de América.
65. Buena parte de lo que aconteció se asemeja a las reacciones norteamericanas ante la expansión comunista tras 1945. Se dio la misma ambigüedad acerca del carácter del enemigo revolucionario, la misma explotación de esa ambigüedad por los elementos sociales dominantes, el mismo desencanto y desánimo entre los inicialmente partidarios de la revolución cuando ésta defraudó en el extranjero sus esperanzas. Trataré de explicar de modo más completo tal fase en un capítulo posterior, donde la pondré en relación con movimientos reaccionarios de otros tipos.
66. CLARK, *Victorian England*, 209-210, 214, 222.
67. THOMPSON, en *Landed Society*, 273-280, reconoce dicho peligro y da detallada información sobre el carácter de la conexión de aquellas capas con el poder político después de 1830. Ese magnífico estudio, que apareció demasiado tarde para que yo pudiera sacar partido plenamente de sus hallazgos, haría superflua toda ampliación del puro bosquejo de los desenvolvimientos del siglo XIX dado aquí.
68. En la aprobación del *bill*, llevaron la iniciativa aristócratas terratenientes *whig* con características conexiones familiares y de grupo entre los «intereses monetarios» de la City de Londres y buena parte de los intereses manufactureros de las zonas industriales. Seguros de sí mismos y «aristocráticos», estaban dispuestos a aceptar la Reforma para evitar males peores, en especial un estallido revolucionario como el que se había producido en Francia en 1830. No obstante, tampoco eran reacios al uso de la fuerza en caso de necesidad. Desde el ministerio del Interior, Lord Melbourne, suma y compendio de aquella iniciativa, reprimió la revuelta de los braceros aldeanos (1830) implacablemente: nueve braceros fueron ahorcados, cuatrocientos cincuenta y siete deportados, más o menos otros tantos encarcelados para cumplir condenas de distinta duración. Se negó, en cambio, a considerar la adopción de leyes positivas para aliviar la miseria. Con todo ello los líderes *whig* pusieron de manifiesto muy a las claras su intención de mantener a Inglaterra sana y salva para las clases propietarias. Véase BRIGGS, *Age of Improvement*, cap. V, para un análisis de las fuerzas favorables y opuestas a la Reforma, especialmente 237, 239, 249-250; también la biografía de Melbourne por *Lord* Cecil, muy legible e instructiva.
69. MATHER, Government and Chartists, 375-376, 383, 393-398.
70. *Government and Chartists*, 374.
71. WOODWARD, *Age of Reform*, 142.
72. Lo que hubo de ello puede encontrarse en TURBERVILLE, *House of Lords*, especialmente caps. XI-XIII.
73. SCHORSKE, *German Social Democracy*, 168.
74. CLARK, *Victorian England*, 216-217; THOMPSON, *Landed Society*, pone de manifiesto la variedad de las prácticas.

75. Durante el siglo XVIII, hacia el final, habían asomado indicios de duro antagonismo entre la vieja aristocracia rural, apegada a su monopolio del poder político local, y los nuevos elementos industriales. Muchos de éstos fueron más tarde absorbidos pacíficamente. El dueño de una empresa pequeña, sin embargo, ha quedado fuera de los círculos aristocráticos hasta el día de hoy.
76. Véase el interesante apéndice de Aydelotte, en CLARK, *Victorian England*, 290-305, sobre los intereses comerciales de la *gentry*, concretamente sobre los miembros de ésta que formaban parte del Parlamento entre 1841 y 1847.
77. Para Alemania, véase VON PREDAROVICH, *Führungsgeschichten*, 164; para Inglaterra CLARK, *Victorian England*, 301 (apéndice de Aydelotte). Desgraciadamente Aydelotte no da cifras aparte para la Cámara de los Comunes, que podrían modificar el cuadro de modo considerable.
78. THOMPSON, *Landed Society*, 308-318, expone los diversos efectos de la depresión sobre los diferentes sectores de los intereses terratenientes.
79. Véase el brillante artículo de GALLAGHER Y ROBINSON *Imperialism of Free Trade*, 1-15.
80. CLARK, *Victorian England*, 247-249.

CAPÍTULO II. *EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN EN FRANCIA*

1. DUBY, *Économie rurale*, II, 572-599; BLOCH, *Histoire rurale*, I, 95-105. El estudio de Duby, escrito unos treinta años después, coincide por lo general con el de Bloch (aunque es más detallado), pero sitúa las tendencias mayores un siglo y medio más tarde.

2. BLOCH, *Passé de la noblesse*, 366.
3. BLOCH, *Histoire rurale*, I, 120-121; SÉE, *Histoire économique*, I, 125, 129 (para la emancipación de los siervos); LEFEBVRE *Études*, 251.
4. Además de DUBY, *Économie rurale*, véase SÉE, *Histoire économique*, I, 93; y en particular BLOCH, *Histoire rurale*, I, 107, 111-112, 134-135, 150-153.
5. BLOCH, *Histoire rurale*, I, 142-143, 145, 149-150; II, 169-170.
6. GÖHRING, *Feudalität*, 69-70.
7. BLOCH, *Histoire rurale*, I, 154.
8. SÉE, *Histoire économique*, I, 395.
9. SÉE, *Histoire économique*, I, 83; SAGNAC, *Société française*, I, 209-210.
10. SAGNAC, *Société française*, I, 32, 35.
11. *Société française*, I, 56.
12. *Cf.* LAVISSE, *ed.*, *Histoire de France*, VII, parte I, 383. A pesar del tiempo transcurrido, ese volumen de la *Histoire de France*, escrito por el propio Lavisse, continúa siendo una de las exposiciones más ilustrativas de la sociedad francesa bajo Luis XIV.
13. LAVISSE, *Histoire*, VII, parte I, 377.
14. USHER, *Grain Trade*, donde los mapas del frontispicio muestran la situación entre 1660 y 1710.
15. *Grain Trade*, 5, 11, 17.
16. *Grain Trade*, 20, 21, 25-26, 42-43, 101, 105-106.
17. *Grain Trade*, 7, 8, 16, 87, 88, 91-93.
18. LABROUSSE, *Crise de l'économie*, I, 208. Que yo sepa, sólo han llegado a aparecer dos partes de las seis anunciadas. No se tiene entonces a mano la base documental de algunas de las generalizaciones de Labrousse.
19. *Crise de l'économie*, 586, 207.
20. FORSTER, *Noble Wine Producers*, 19, 25, 33.

21. *Noble Wine Producers*, 26.
22. *Noble Wine Producers*, 19-21.
23. LAVISSE, *Histoire*, VII, parte I, 378; CARRÉ, *Noblesse*, 135-138.
24. CARRÉ, *Noblesse*, 140, 149, 152.
25. *Noblesse*, 137-138.
26. *Noblesse*, 141-142, 145-146
27. *Noblesse*, 142.
28. FORSTER, *Nobility of Toulouse*, 26-27.
29. FORSTER, *The Provincial Noble*, 683.
30. FORSTER, *Nobility of Toulouse*, 47-48, 68-71. De no indicarse expresamente su procedencia, las comparaciones con Inglaterra son mías.
31. *Nobility of Toulouse*, 118-119, 115, 22-24. 32. Nobility of Toulouse, 41-42, 44, 62.
33. *Cf. Nobility of Toulouse*, 66.
34. *Nobility of Toulouse*, 35, 38-39, 40-41.
35. *Nobility of Toulouse*, 32-33, 55-56.
36. *Nobility of Toulouse*, 56-58, 77-87.
37. *Nobility of Toulouse*, 32-34, 40-44, 58.
38. *Nobility of Toulouse*, 29, 34-35.
39. Véase LEFEBVRE, *Études*, 164, 210-211; SÉE, *Histoire économique*, I, 175; BOIS, *Paysans de l'Ouest*, 432-433, donde el autor, de conformidad con otros estudiosos, hace hincapié en que lo más importante, no es la naturaleza de su derecho a explotarlas.
40. SÉE, *Histoire économique*, I, 178.
41. GÖHRING, *Feudalität*, 68.
42. NEF, *Industry and Government*, 88.
43. SAGNAC, *Société française*, 1, 46, 63.
44. *Cf.* GÖHRING, *Ämterkäuflichkeit*, 291.
45. Es imposible poseer cifras exactas. Pero véanse las estimadas por GÖHRING, en *Ämterkäuflichkeit*, 232, 260,

para el final del siglo XVII.
46. *Ämterkäuflichkeit*, 290.
47. *Ämterkäuflichkeit*, 301.
48. *Ämterkäuflichkeit*, 293-294.
49. LAVISSE, *Histoire*, VII, parte I, 369.
50. *Histoire*, VII, parte I, 367; SAGNAC, en *Société française*, I, 61, señala que Luis XIV venia a tener tan sólo treinta y tantos oficiales que actuaran en su nombre y fueran responsables ante él. Según GÖHRING, *Ämterkäuflichkeit*, 262, existían en aquel momento unos cuarenta y seis mil oficiales para una población de aproximadamente diecisiete millones.
51. *Histoire*, VII, parte 1, 361-362.
52. COBBAN, *Parlaments of France*, 72.
53. GÖHRING, *Ämterkäuflichkeit*, 306.
54. LAVISSE, *Histoire*, VIII, p. 2, 397-401. El autor de ese volumen es H. Carré.
55. GÖHRING, *Ämterkäumlichkeit*, 309-310.
56. LAVISSE, *Histoire*, VIII, p. 2, 402.
57. JAURÈS, *Histoire socialiste*, VI, 37. Véase asimismo MATHIEZ, *Révolution française*, I, 18, 21, que expresa parecida opinión, pero con mayores dudas.
58. SÉE, *Histoire économique*, I, 189.
59. GÖHRING, *Feudalität*, 72-73.
60. LABROUSSE, *Mouvement des prix*, 378, 381-382, 420-421. A mi modo de ver Labrousse tiene probablemente razón en cuanto a la tendencia general, pero dudo que sus estadísticas la evalúen con estrictez, de forma que no he tratado de sustanciarlas. Las fundadas constataciones de Forster apoyan la conclusión de Labrousse.
61. BLOCH, *Histoire rurale*, I, 210, 212.
62. BLOCH, *Individualisme agraire*, 350, 354-356, 360; GÖHRING, *Feudalität*, 76, 80.

63. BLOCH, *Histoire rurale*, I, 226; BLOCA, *Individualisme agraire*, 381.
64. GÖHRING, *Feudalität*, 92.
65. BLOCH, *Individualisme agraire*, 549-550.
66. GÖHRING, *Feudalität*, 82-84, 96; LEFEBVRE, *Études*, 255, 257.
67. FORD, *Robe and Sword*, 199-201.
68. *Robe and Sword*, 250-251 y cap. XI.
69. *Robe and Sword*, 145-146, donde comenta un trabajo de Jean Égret, del cual proceden las cifras.
70. GÖHRING, *Feudalität*, 74. Ese punto merecería una investigación mas detallada. Göhring incluye también a los magistrados en tal categoría. Pero las constataciones de Égret citadas por Ford —véase nota precedente— inclinan a ponerlo en duda.
71. FORD, *Robe and Sword*, VII.
72. Entre las escasas excepciones, BARBER, *Bourgeoisie in Eigteenth Century France*, pero la base económica es inconsistente.
73. LABROUSSE, *Crise de l'économie*, XXVII, XXVIII, XVIII. En XXVIII, el autor llama la atención sobre el hecho de que el comercio exterior en el último tercio del siglo XVIII se basaba en la reexportación de productos coloniales, y por consiguiente no puede utilizarse como indicio de un aumento en la producción nacional. Véase también SÉE, *Histoire économique*, II, XIV-XV; más detalles en su *Évolution commerciale*, 245-249.
74. *Crise de l'économie*, XXXII, XXXVI.
75. SÉE, *Évolution commerciale*, 303-305.
76. SÉE, *Histoire économique*, I, 348, 351. LABROUSSE, *Crise*, I.
77. LAVISSE, *Histoire*, IX, parte I, 28, 43, 45.
78. *Histoire*, IX, parte 1, 32. Véase MATHIEZ, *Vie chère*, para las derivaciones posteriores.

79. *Histoire*, IX, parte I, 40.
80. SÉE, *Histoire économique*, I, 214-215; SAGNAC, *Société française*, I, 139-143. Abundantes materiales en PORCHNEV, *Soulèvement populaires*.
81. Véase, por ejemplo, GOUBERT, *Beauvais*, estudio consagrado primordialmente a la información estadística sobre un área limitada y poco valioso para el funcionamiento de las instituciones.
82. LEFEBVRE, *Études*, 209-212.
83. COBBAN, en *Social Interpretation*, 112-117, rebate la muy difundida creencia de que los campesinos pobres generalmente se opusieron al reparto de los terrenos comunales.
84. Para una lúcida descripción general de las prácticas colectivistas y de la resistencia a abandonarlas, véase BLOCH, *Individualisme agraire*, especialmente 330-332, 523-527. En el último pasaje, Bloch señala que la actitud de los campesinos pobres respecto al parcelamiento de los terrenos comunales de las aldeas varió según las circunstancias locales, mientras que las maniobras para eliminar los derechos comunales por medio de cercamientos limitados generalmente les hirieron. Véase también LEFEBVRE, *Paysans du Nord*, 72-114, sobre los derechos colectivos, y 424-430, sobre su reavivación durante el período revolucionario. Las constataciones de Lefebvre apuntan, en sustancia, hacia la misma dirección: que los campesinos pobres solían estar a favor del parcelamiento de los terrenos comunales, pero se aferraban a los otros derechos colectivos.
85. Se pueden discernir muchos detalles en tal proceso en un área específica en el excelente estudio de SAINT JACOB *Paysans de la Bourgogne*, especialmente 435-573.
86. GÖHRING, *Feudalität*, 57-58, 60.

87. *Feudalität*, 115-116.
88. Las usuales observaciones sobre el carácter opresivo del sistema tributario bajo el antiguo orden posiblemente sean exageradas. Goubert, en *Beauvais*, 152, recalca que, en el área estudiada por él, era fundamentalmente justo.
89. LEFEBVRE, *Études*, 258.
90. LEFEBVRE, *Grande Peur*, 13-14; GÖHRING, *Feudalität*, 129.
91. *Grande Peur*, 119.
92. *Grande Peur*, 30, 31, 103-105, 109, 157-158.
93. *Grande Peur*, 165-167, 246.
94. *Grande Peur*, 56, 139.
95. LEFEBVRE, *Révolution française*, 125-126, 134-135.
96. *Révolutión française*, 133.
97. *Révolution française*, 140-141. Vale la pena notar que los dirigentes revolucionarios procedieron de un modo bastante más cauteloso en lo tocante al desmantelamiento de las prácticas tradicionales entre los campesinos. La Asamblea Constituyente no trató de abolir el *assolement forcé*, la obligación para todos los miembros de una aldea de arar, sembrar y cosechar al mismo tiempo, hasta el 5 de junio de 1791. Y aún tan sólo indirectamente, por un decreto que permitía al propietario escoger con libertad los cultivos. Ni la Asamblea Constituyente ni la Convención suprimieron la *vaine pâture obligatoire*, el derecho a apacentar el ganado en los campos una vez recogida la cosecha. Véase BLOCH, *Individualisme agraire*, 544-545.
98. Véase LEFEBVRE, *Grande Peur*, 246-247, y *Révolution française*, 113, 119. Sobre, las concesiones del 4 de agosto, Marat escribió: «Es por el resplandor de las llamas de sus *chateaux* incendiados que renuncian magnánimamente el privilegio de mantener en cadena a quienes ya han recuperado a viva fuerza su libertad». Traducción de POSTGATE, *ed.*, *Révolution*, 27.
99. LEFEBVRE, *Révolution française*, 225, 227-228, 243.
100. MATHIEZ, *Vie chère*, 59-71, especialmente 67; LEFEBVRE, *Révolution française*, 241.
101. RUDÉ, *Crowd*, aporta detalladas noticias sobre la composición de las masas que participaron en las grandes *journées* de la Revolución.
102. LEFEBVRE, *Révolution française*, 246.
103. RUDÉ, *Crowd*, 109-110.
104. LEFEBVRE, *Révolution française*, 254.
105. COBBAN, *Social Interpretation*, 115. Véase también BOURGIN, ed., *Partage des biens communaux*, XVII, para más detalles sobre la legislación. El parlamento del presidente del Comité de Agricultura (337-373), significativamente, intenta combinar característicos conceptos capitalistas acerca del progreso de la agricultura, por vía de la propiedad privada y de la supresión *à l'anglaise* de las tierras comunales, con providencias para satisfacer las acucias de los pobres. «*Cependant, Messieurs, si le droit de propriété est sacré, la cause da pauvre l'est aussi*», observa (360). Tras haber hojeado las peticiones impresas en Bourgin, me he convencido de que Cobban interpreta correctamente las aspiraciones de los campesinos y de la falsedad del tópico de que los campesinos se oponían al reparto de las tierras comunales.
106. Citado por GUÉRIN, *Lutte des classes*, I, 350.
107. Se puede encontrar una larga cita del discurso de Barère en SOREAU, *Révolution française et le proletariat rural*, 121-122.
108. Citado por MATHIEZ, *Vie chère*, 73.
109. Para todo ese lance, véase, *Vie chère*, 66, sobre el asesinato, y 72-76, sobre el propio Dolivier.

110. *Vie chère*, 90-94. Las citas de César y Tácito indican que el autor difícilmente podía ser un campesino. Parece obvio, por otra parte, que las prácticas igualitarias *generales* entre los campesinos (como la *vaine pâture*) y los ataques de que eran objeto tuvieron que suministrar el impulso para intentar legitimarlas con precedentes históricos.

111. *Vie chère*, 91-92.

112. Calificar de proletariado, o tan siquiera de protoproletariado, en aquel punto de la historia francesa, a los *sans-culottes* urbanos, como lo hace Guérin en *Lutte de classes*, me parece totalmente erróneo. El impulso radical procedía de una serie de estratos excluidos de la escena histórica, fenómeno característico de las revoluciones modernas, según espero patentizar a su debido tiempo. Está de moda criticar a Guérin por tal concepto equivocado sin tratar, no obstante, de reemplazarlo por una interpretación más justa. Considero poco noble esa actitud y, por lo que a mí respecta, prefiero reconocer públicamente mi deuda para con Guérin. Sin su obra y, por supuesto, sin la de Mathiez, *Vie chère*, no habría podido escribir estas páginas.

113. LEFEBVRE, *Révolution française*, 334.

114. *Révolution française*, 340.

115. *Révolution française*, 340-342.

116. Como señaló MATHIEZ, *Vie chère*, 613, la inflación del *assignat* trajo consigo que la gente menuda costeara la Revolución no menos que los sacerdotes y *émigrés*.

117. *Vie chère*, 113.

118. *Vie chère*, 212, 218, con extensas citas de Roux. Para un análisis más detallado de la composición social y las aspiraciones de los *sans-culottes*, véase SOBOUL, *Sans-culottes*, especialmente parte II.

119. *Vie chère*, 120-121.

120. LEFEBVRE, *Révolution française*, 344; COBBAN, *Social Interpretation*, 117.

121. LEFEBVRE, *Paysans du Nord*, 647. Para una excelente exposición general del programa de controles del Comité, véase MATHIEZ, *Vie chère*, parte III, cap. III.

122. *Vie chère*, 479.

123. *Vie chère*, 464-470, 477.

124. *Vie chère*, 483-484.

125. *Vie chère*, 436; véase también 423-425.

126. *Vie chère*, 462, 464.

127. LEFEBVRE, *Paysans du Nord*, 648, 671. Aunque los datos de Lefebvre procedan tan sólo del Norte, es sumamente probable que tales circunstancias reinaran en la mayor parte del país.

128. MATHIEZ, *Vie chère*, 471. Aquí y allá las fechas entre paréntesis, que expresan según el calendario gregoriano las correspondientes del revolucionario, han sido calculadas por mí a partir de la útil tabla que facilita SOBOUL, *Sans-culottes*, 1159-1160. Dado que los historiadores de la Revolución tienen la mala costumbre de darlas sin mencionar el año, o, en todo caso, tan sólo según el calendario revolucionario, el riesgo de error es considerable.

129. LEFEBVRE, *Paysans du Nord*, 846-847.

130. GUÉRIN, *Lutte de classes*, I, 166-168, 189-191. Según COBB. *Armées révolutionnaires*, II, 403, la resistencia fue más enérgica en las zonas ricas en grano. En otras, a menudo se dio la bienvenida a los ejércitos como aportadores de justicia contra los especuladores, los comerciantes ricos y los granjeros. Sin embargo, las indagaciones de Cobb conciernen principalmente a las reacciones populares en los pueblos, más bien que entre los mismos campesinos.

131. LEFEBVRE, *Paysans du Nord*, 673, 678, 651-652, 702.
132. Véase LEFEBVRE, *Questions agraires*, 1-3, 43-45.
133. *Questions agraires*, 57, 129.
134. *Questions agraires*, 55. Véase también, del mismo autor, *Paysans du Nord*, 915.
135. LEFEBVRE, *Révolution française*, 373-374; SOBOUL, *Sans-culottes*, 1.029.
136. MATHIEZ, *Vie chère*, 557.
137. LEFEBVRE, *Paysans du Nord*, 652, 672.
138. GUÉRIN, *Lutte des classes*, II. cap. XIV; SOBOUL, *Sans-culottes*, 1025-1035, es más concreto y penetrante.
139. *Lutte des classes*, II, 330-331.
140. *Lutte des classes*, II, 331-338; LEFEBVRE, *Révolution française*, 426-428.
141. TILLY, *Vendée*, 317.
142. *Vendée*, y BOIS, *Paysans de l'Ouest*. La obra de Tilly se centra en las diferencias entre las áreas contrarrevolucionarias y «patrióticas» del Anjou meridional; la de Bois, en las correspondientes del departamento de la Sarthe. Ambos combinan métodos históricos y sociológicos.
143. *Paysans de l'Ouest*. (libro III), trata de relacionar las diferencias sociales con el comportamiento político de un modo mucho más explícito que Tilly. Sin embargo, a fin de cuentas no queda nada claro qué consecuencias políticas precisas dimanaron de la «personnalité sociale de la paysannerie». Ni en este caso ni en otros me propongo en modo alguno valerme del truco barato de andar buscando baches lógicos en los resultados obtenidos por los investigadores tras ímprobo trabajo. El uso efectivo de la investigación ajena (opuesto al mero resumirla y reproducirla) lleva tarde o temprano a suscitar cuestiones que van más allá de sus respuestas explícitas. Tales cuestiones, no obstante, sólo son perceptibles gracias a la intensa tarea efectuada.
144. Véase TILLY, *Vendée*, 136-137. 219-224; también *Paysans de l'Ouest*. 620-621.
145. *Vendée*, 54, 55, 71, 81, 144; Paysaos de l'Ouest, 628-629.
146. *Vendée*, 7475.
147. *Vendée*, 77, 119-120.
148. *Vendée*, 122-123, 125. 131.
149. *Vendée*, 177-183.
150. *Vendée*, 67-68. 114-115, 121, 125.
151. *Cf.* BOIS, *Paysans de l'Ouest*, 610-617.
152. TILLY, *Vendée*, 79.
153. BOIE, *Paysans de l'Ouest*, 628, 633; TILLY, *Vendée*, 201.
154. *Paysans de l'Ouest*, 632-633.
155. TILLY, *Vendée*, 103-110, 155; *Paysans de l'Ouest*, 614-615.
156. *Vendée*, 232, y también 206, 211-212; *Paysans de l'Ouest*, 650. En el área estudiada por Bois, los burgueses forasteros llevaron la mejor parte en la pugna por los bienes eclesiásticos.
157. *Vendée*, 105.
158. Mapas en *Vendée*, 238, 240.
159. *Vendée*, 252-257.
160. GUÉRIN, *Lutte des classes*, refiere circunstanciadamente el proceso.
161. GREER, *Incidence of Terror*. Los dos mapas de Francia del frontispicio expresan ese aspecto con meridiana claridad. Uno muestra las áreas de contrarrevolución e invasiones, graduando los departamentos desde aquellos que no experimentaron perturbaciones de cuidado hasta aquellos donde una situación de guerra civil acarreó serias operaciones militares. El otro mapa muestra el alcance de las ejecuciones, desde los departamentos con

menos de diez ejecuciones hasta aquellos donde se practicaron más de cien. Con la comprensible excepción de París, la correspondencia resulta en extremo estrecha. Ello, a mi entender, constituye un argumento de reposo contra la tesis central del propio Greer de que la hendedura en la sociedad francesa fue perpendicular y de que el Terror no fue un instrumento de la lucha de clases, materia debatida más ampliamente en el apéndice.

162. Véase *Incidence of the Terror*, 7, 101-103, 30, 36, 120. Greer aprovecha una serie de valiosas monografías locales sobre la economía y la estructura social.
163. *Incidence of the Terror*, 26-27, 37; LEFEBVRE, *Révolution française*, 404-405.
164. *Incidence of the Terror*, 109.
165. Véase L'HOMME, *Grande bourgeoisie*, 17-27.
166. LEFEBVRE, *Études*, 232, 237, 239, 242.
167. LEFEBVRE, *Paysans du Nord*, 911-912, 915-916.
168. Las generalizaciones que siguen se basan principalmente en los escritos de Lefebvre y en AUGÉ-LARIBÉ, *Politique agricole*; en HUNTER, *Peasantry and Crisis in France*; y en dos ilustrativos artículos de WRIGHT, *Aprarian Syndicalism in Postwar France* y *Catholics and Peasantry in France*. Para consideraciones recientes sobre el tema, véase WRIGHT, *Rural Revolution in France*.

CAPÍTULO III. *LA GUERRA CIVIL AMERICANA: LA ÚLTIMA REVOLUCIÓN CAPITALISTA*

1. Como acostumbra a suceder con tales términos, es imposible definir la palabra campesinado con absoluta precisión, toda vez que las distinciones, en la realidad social misma, son borrosas en los límites. Una historia

previa de subordinación a una clase alta rural reconocida e impuesta por las leyes —las cuales, sin embargo, no siempre prohiben el traspaso a otra clase—, acusadas diferencias culturales y un grado considerable de posesión defacto de la tierra: he aquí los principales rasgos distintivos del campesinado. Los aparceros negros en el Sur de hoy en día, por tanto, podrían ser considerados legítimamente como una clase campesina dentro de la sociedad norteamericana.

2. DONALD, en el prefacio a RANDALL y DONALD, *Civil War*, VI. Ampliamente documentada y con una bibliografía excelente, esa revisión general proporciona una guía utilísima para conocer el estado presente de la opinión histórica. Para las interpretaciones del pasado, se puede recurrir a la esclarecedora revisión general de Beale, «Causes of the Civil War» (1946). STAMPP, *Causes of the Civil War* (1959), ofrece un ilustrativo repertorio de escritos históricos contemporáneos a la guerra y modernos sobre los motivos de la contienda. En el prefacio (VI), Stampp reitera la observación de Beale, formulada más de diez años antes, de que el debate seguirá inconcluso mientras los historiadores modernos se limiten casi a repetir los juicios partidistas emitidos por los que vivieron los hechos.
3. NORTH, *Economic Growth*, 67, 167, 189.
4. *Economic Growth*, 194.
5. GATEE, *Farmers Age*, 152.
6. RANDALL y DONALD, *Civil War*, 36.
7. *Civil War*, 69.
8. Citado por HACKER, *Triumph of American Capitalism*, 288. Las cifras de Randall y Donald son afines.
9. GATES, *Farmer's Age*, 151, 152.
10. NORTH, *Economic Growth*, 130.

11. OWSLEY, *Plain Folk*, 138-142. Ese estudio me parece un auténtico dechado de sociología folklórica; ¡pasa por alto casi todas las cuestiones políticas y económicas relevantes!
12. RANDALL y DONALD, *Civil War*, 374-375.
13. *Civil War*, 380-381.
14. STAMPP, *Peculiar Institution*, especialmente cap. IX.
15. CONRAD y MEYER, *Economics of Slavery*, 95-130; para la tesis general, véase especialmente la página 97.
16. NEVINS, *Ordeal*, I, 423.
17. GATES, *Farmers Age*, E43; GRAY, *Agriculture in Southern United States*, II, caps. XXXVII, XXXVIII, para más detalles.
18. Véanse la tabla en PHILIPS, *Life and Labor*, 177, y la discusión sobre la alegada supercapitalización de la mano de Obra en CONRAD y MEYER, *Economics of Slavery*, 115-118. Aun cuando el propietario de plantación no estuviese atrapado en una red fabricada por él mismo —la tesis de Philips que Conrad y Meyer combaten—, parece bastante claro, y no lo niegan los dos últimos autores, que muchos plantadores debían hacer frente a costes de mano de obra en aumento. Véase además NEVINS, *Ordeal*, I, 480, para algunos testimonios de la época.
19. *Ordeal*, I, 438.
20. La plantación, tal como la describe Nevin, se asemeja sorprendentemente con los métodos racionales de cálculo que, aun sin el uso de la escritura, prevalecieron en el *manor* inglés medieval. Véase una vívida descripción de éste en BENNETT, *Life on the English Manor*, 186-192, especialmente 191.
21. NEVINS, *Ordeal*, I, 267.
22. NEVINS, *Emergence of Lincoln*, I, 218.
23. *Emergence of Lincoln*, II, 68.

24. NORTH, *Economic Growth*, 204-206.
25. *Economic Growth*, 159-160.
26. *Economic Growth*, 68.
27. *Economic Growth*, 103.
28. *Economic Growth*, 161.
29. Como en el caso de la burguesía francesa antes de la revolución burguesa, no he encontrado ninguna buena monografía que trate de las cuestiones económicas y políticas decisivas. FONER, *Business and Slavery*, es muy útil, pero no puede fundamentar un análisis general, toda vez que se concreta a las relaciones entre el mundo de los negocios neoyorquino y el Sur. El autor, notorio marxista, se muestra en este estudio poco dogmático. Seria preciso considerar los intereses industriales en Pensilvania y Massachusetts, pero no existe tampoco ningún estudio adecuado.
30. Sobre los sentimientos respecto a la Unión, véase NEVINS, *Ordeal*, II, 242, y sobre la opinión periodística, STAMPP, *Causes of the Civil War*, 49-54. La citación del «Courier» de Buffalo, 27 de abril de 1861, (52-53) es interesante por su lenguaje protofacista.
31. NEVINS, *Emergence of Lincoln*, I, 225-226. En su estimación final de las causas de la guerra, Nevins desvalora el papel del arancel y de los factores económicos en general. Véase *Emergence of Lincoln*, II, 465-466. Cuando menos por lo que se refiere al arancel, su argumentación me parece contradictoria.
32. NORTH, *Economic Growth*, 143, 67-68, 102.
33. BEARD y BEARD, *American Civilization*, I, 535-536.
34. NORTH, *Economic Growth*, 136, y cuadro en 137.
35. *Economic Growth*, 103, 140-141.
36. *Economic Growth*, 154.
37. BEARD y BEARD, *American Civilization*, I, 638, NEVINS,

Ordeal, II, caps. V, VI, expone esencialmente la misma evolución.

38. Un mapa de la distribución de las Sociedades de Abolición en 1847 (*Ordeal*, I, 141) muestra que estaban casi tan extendidas en Ohio, Indiana e Illinois como en Massachusetts.
39. Véase *Ordeal*, II, 123. Puesto que el apoyo a Seward fue grande en el Nueva York rural (*Ordeal*, I, 347), hay motivos para sospechar que tal sentimiento era también intenso entre los granjeros del Este.
40. ZAHLER, *Eastern Workingmen*, 178-179, 188, especialmente nota 1, p. 179.
41. BEARD y BEARD, *American Civilization*, I, 691-692; más detalles sobre las actitudes en el Congreso en *Eastern Workingmen*, cap. IX.
42. *Eastern Workingmen*, 178.
43. BEARD y BEARD, *American Civilization*, I, 692. Para más información sobre el trasfondo de tal acercamiento, que representaba un vuelco muy significativo en las directrices que habían prevalecido hasta entonces en el Este, Véanse *Eastern Workingmen*, 185, y NEVINS, *Emergence of Lincoln*, I, 445.
44. *American Civilization*, I, 677. 45. *American Civilization*, I, 648-649.
46. *American Civilization*, I, 751.
47. Basándose en la experiencia latinoamericana, ELKINS, *Slavery*, 194-197, presenta un «catálogo de preliminares» que habrían ayudado a eliminar el esclavismo sin derramamiento de sangre: cristianizar a los esclavos, salvaguardar la santidad de la familia esclava, permitir que los esclavos utilizasen su tiempo libre para acumular el dinero de su rescate. Un tal programa, que introduce una suerte de simbolismo en la

cuestión esclavista, me parece sobre manera reaccionario.

48. Nevins Subraya las causas morales, pero a la vez afirma que tenían sin cuidado a la mayoría, paradoja que, a mi ver, no afronta nunca directamente. Véase *Emergence of Lincoln*, II, 462-471, para su explicación general; sobre la amplitud del anhelo de paz, *ibid.*, 63, 68. Nevins, eso sí, proporciona muchos materiales fácticos de gran utilidad para intentar resolver dicha paradoja. Para una exposición sucinta de la tesis que imputa la guerra a los políticos, véase la citación de *Lincoln the Liberal Statesman*, de Randall, en STAMP, *Causes of the Civil War*, 83-87. NICHOLS, *Disruption of American Democracy*, y CRAVEN, *Growth of Southern Nationalism*, presentan versiones de la tercera tesis. Ningún autor, conviene notarlo, presenta una versión neta, digamos un memorial forense, para una explicación específica. El énfasis, en cambio, sobreabunda.
49. Sobre los grupos sociales que respaldaron el compromiso en el Sur, Véase NEVINS, *Ordeal*, I, 315, 357, 366, 375. En 357, observa: «el (...) elemento más considerable era un cuerpo de moderados (...) que creían así en los Derechos del Sur como en la Unión, y esperaban que una y otra cosa podrían ser conciliadas». Sobre las reacciones en general y, particularmente, las del Norte, véase *Ordeal*, I, 346, 293-294, 348; más detalles sobre la reacción en el Norte del mundo de los negocios en FONER, *Business and Slavery*, caps. 2-4. Lo mismo en el Norte que en el Sur, el apasionamiento por la cuestión de los esclavos fugitivos parea haber sido mayor en los Estados menos afectados por el fenómeno. Los fundamentos para esa tesis se encuentran en los propios Clay y Webster. Véase *Ordeal*, I, 384.
50. Sobre las reacciones a la propuesta de Douglas en el

Norte y en el Sur, véase *Ordeal*, II, 121, 126-127, 133-135, 152-154, 156-151. Para un enfoque vindicativo de Douglas, véase CRAVEN, *Coming of the Civil War*, especialmente 325-331, 392-393. Sobre el asunto Kansas-Nebraska, Craven razona de forma plausible según la tesis de que deshonestos políticos del Norte enconaron la cuestión de la esclavitud. Sobre los debates Lincoln-Douglas, arguye que lo que hizo aparecer a Douglas como en extremo indiferente a las cuestiones morales fueron, precisamente, las ambigüedades morales altisonantes de Lincoln. Diametralmente opuesto es el enfoque de Nevins. Al comentar el renuevo por Douglas de la cuestión de la esclavitud con el proyecto de ley de Kansas-Arkansas (*Ordeal*, II, 108), escribe: «Cuando la indignación se encrespó como el océano azotado por un huracán, él [Douglas] quedó sorprendido. El hecho de que en la Historia las fuerzas de marea irresistible sean fuerzas morales se le escapa siempre al individuo de percepciones morales confusas». Eso no es historia, sino pura declamación. Los adalides políticos prevalecientes tienen que ser moralmente ambiguos en sus esfuerzos para poder con las fuerzas morales adversas. Los historiadores, después, convierten a los políticos que triunfan en héroes morales. Nevins no suele incurrir en semejante desatino.

51. Durante el invierno de 1858-1859, se planeó en el Sur la creación de un nuevo partido, caracterizado por NEVINS, *Emergence of Lincoln*, II, 59, como «un partido conservador, nacionalista, exaltador de la Unión, que orillara la cuestión de la esclavitud, denunciara todo secesionismo, promoviera un amplio programa de mejoras internas y desbancara a los demócratas valiéndose de medios constructivos». Ejerció atracción sobre gente acaudalada, líderes políticos, periodistas, intentó mover a los pequeños granjeros contra los grandes propietarios de esclavos, pero apenas hizo mella alguna. Durante la última fase, cuando los secesionistas se impusieron, la principal oposición parea haber procedido de aquellos que tenían conexiones mercantiles directas con el Norte, es decir traficantes y navieros de algunos puertos del Sur, y de los pequeños granjeros. Véase *Emergence of Lincoln*, II, 322, 323, 324, 326. Los círculos de negocios de Nueva York dieron una de cal y otra de arena. Tras haber defendido a capa y espada el compromiso de 1850, pasaron a ser casi abolicionistas cuando la cuestión de Kansas-Nebraska, para volver de nuevo la hoja muy pronto. Como observa FONER, *Business and Slavery*, 138, «desde 1850, la gran mayoría de los traficantes de Nueva York habían actuado siempre movidos por la ilusión de que el conflicto interregional se arreglaría andando el tiempo sólo con tal que "políticos y fanáticos" no se inmiscuyeran en los incidentes de la controversia». Ese deseo de eludir los problemas planteados parece haber sido una constante en su actitud. El apasionamiento casaba mal con el negocio. El 10 de octubre de 1857, el *Herald* afirmaba (*Business and Slavery*, 140-141): «La cuestión negra tiene que dejar paso a las cuestiones superiores de una manera estable, créditos firmes, y una base sólida y permanente de seguridad sobre la que puedan reposar todos los variados intereses comerciales y de negocios». En ese programa, cuando menos, los moderados del Norte y del Sur podían estar de acuerdo. Sería, con el tiempo, el que permitiría liquidar la Guerra Civil y sus consecuencias.

52. Tal vez, la Commonwealth británica. Su desintegración en unidades independientes durante los últimos cincuenta años corrobora mi generalización.

53. *Business and Slavery*, 143.
54. Aptheken, de orientación marxista, colige las agitaciones esclavas en su *American Negro Slave Revolts*, cap. XV.
55. Véase el excelente estudio de SHORTREED, *Antislavery Radicals*, 65-87, especialmente 68-69, 77, del que proceden las citaciones anteriores.
56. CURREN, *Old Thad Stevens*, 226-227, 312, 315-316.
57. Véase RAYBACK, *American Workingman and Antislavery Crusade*, 152-163.
58. SHARKEY, *Money, Class and Party*, 281-282, 287-289.
59. Discurso pronunciado en Lancaster, Pensilvania, el 6 de septiembre de 1865, transcrito de CURRENT, *Old Thad Stevens*, 215.
60. *Reconstruction, Speech, December* 18, 1865, p. 5.
61. *Reconstruction, Speech, December* 18, 1865, p. 5.
62. Discurso del 6 de septiembre de 1865, en CURRENT, *Old Thad Stevens*, 215.
63. STAMPP, *Reconstruction*, 123, 125-126.
64. «Sin el derecho de sufragio en los Estados antes esclavistas, (no hablo ya de los Estados de hombres libres), creo que hubiera sido mucho mejor dejar a los esclavos en su servitud». —*Reconstruction, Speech, December*, 18, 1865, pp. 6, 8.
65. Del número de 12 de septiembre de 1865, en CURRENT, *Old Thad Stevens*, 216-217. Greeley también criticaba a Stevens por no haberse referido en su discurso al sufragio, cosa que harta en uno posterior, según parece apremiado por el senador de Massachusetts Charles Summer. He prescindido aquí de las diferencias de opinión dentro de las filas radicales; me ha parecido preferible concretarme a Stevens, su figura más revolucionaria, así como su estratega más señalado cuando el movimiento estuvo en primer plano.

67. Véase la excelente exposición de STAMPP, *Reconstruction*, 128-130; la citación de la «Nation» figura en 130.
68. Véase SHANNON, *American Farmers Movements*, 53, para una descripción sucinta.
69. RANDALL y DONALD, *Civil War*, 549-551.
70. *Civil War*, 627-629, describen sucintamente tales maniobras.
71. *Civil War*, 680-685.
72. WOODWARD, *Reunion and Reaction*, 42-43. El capítulo II aporta un análisis excelente de todo el proceso de recuperación moderada.
73. *Reunion and Reaction*, 36-37.
74. RANDALL y DONALD, *Civil War*, 583; véase también la bibliografía (783-784).
75. La Tarifa Morril de 1861 representó el inicio de un fuerte movimiento ascensional en los aranceles. Hizo pasar las tasas arancelarias, en promedio, de un 20 por ciento a un 47 por ciento; aumentó, pues, de más del doble las vigentes en 1860. Impuesta, en principio, para incrementar los ingresos fiscales de la Unión durante la guerra, de hecho estableció profundamente el proteccionismo en las directrices económicas norteamericanas. Los decretos de 1883, 1890, 1894 y 1897 aún concedieron más protección. Véase DAVIS *et al.*, *American Economic History*, 322-323.
76. SHARHEY, *Money, Class and Party*, 284-285, 303.
77. BEARD y BEARD, *American Civilization*, II, 105; véanse las pp. 105-115 para un examen detenido de las medidas aquí compendizadas; véase también Hacker, *Triumph of American Capitalism*, 385-397, para un análisis similar y, en algunos aspectos, más conciso.
78. *American Civilization*, II, 29.
79. *American Civilization*, II, 115.

80. COCHRAN, *Did the Civil War Retard Industrialization?*, 148-160, me parece una versión de ese argumento y el anterior. No la encuentro convincente, pues se limita a demostrar a base de estadísticas que la Guerra Civil interrumpió temporalmente el desarrollo industrial. Sólo toca breve y tangencialmente el problema de los cambios institucionales, que yo estimo el meollo de la cuestión.

CAPÍTULO IV. *LA DECADENCIA DE LA CHINA IMPERIAL Y LOS ORÍGENES DE LA VARIANTE COMUNISTA*

1. La mejor versión que conozco de esa tesis es de WITTFOGEL, *Oriental Despotism*.
2. Para una revisión general de los tratados históricos sino-comunistas, que no he visto directamente, *cf.* FEUERWERKER, *Chinas History in Marxian Dress*, 323-353. Las fuentes rusas sobre los problemas aquí debatidos me han decepcionado. Para el período manchú, pese a diligentes búsquedas, no he dado con ninguna obra que merezca seria consideración, fuera de unos cuantos artículos recientes citados abajo; para el periodo 1911-1949, examinado más por encima, los estudios rusos contemporáneos no parecen menos descuidados de lo que estaba sucediendo en el campo (tanto en el territorio comunista como en el nacionalista) que los occidentales, ni menos libres de deformadores prejuicios.
3. Tenemos una historia congruente y concisa del sistema de exámenes en FRANKE, *Reform and Abolition of Examination System*. Los detalles citados proceden de la p. 7.
4. Para una interpretación en general opuesta a las tesis de Wittfogel, *cf.* EBERHARD, *Conquerors and Rulers*.

5. Además de las fuentes mencionadas en la siguiente nota, ct. CHANG, Income, 125, 142, 146.
6. *Cf.* BALÁZS, *Aspects significatifs*, 81, 84-85. Ese ensayo analítico es indispensable para los problemas aquí debatidos. Se encuentran algunos datos sobre el clan en LIU, *Clan Rules*, 110, 129, 140. *Cf.* también CANG, *Chinese Gentry*, 186, e *Income*, 42.

En el Occidente, el uso del término *gentry* para la clase alta china es materia de considerable discusión. Aunque quienes lo desecharían a causa de sus connotaciones occidentales y particularmente inglesas aducen algunos motivos convincentes, parece pedantesco titubear ante el mismo después que se ha generalizado en gran manera para designar la clase alta rural tanto de Rusia como de la China. *Cf.* HO, *Ladder of Success*, para los argumentos contra su uso en el caso de la China.

Para una definición de la *gentry* china que pretende distinguir la posesión de grado de la de tierra, *cf.* CHANG, Gentry. La reseña de FREEDMAN, *Pacific Affairs*, XXIX, 78-80, patentiza las dificultades que presenta limitar la definición a los graduados. HO, *Ladder of Success*, 38-41, difiere de Chang en puntos críticos, tales como el estado social de los aspirantes a grado y de los tenedores de grados elementales. Siendo así que contiene escasos datos sobre la posición económica, el libro arroja muy poca luz sobre los problemas que nos ocupan. Trata de la riqueza como un aspecto de la movilidad social, pero limitándose al problema secundario de la riqueza mercantil, sin decir casi nada sobre la consistente en tierras.

En esta y otras cuestiones, estoy en deuda con Owen Lattimore, que me brindó comentarios por escrito sobre una versión anterior de este capítulo.

Algunos de ellos me parecieron tan penetrantes que, después de haber leído algunas fuentes adicionales, los he incorporado casi palabra por palabra en mi texto. Como en otros puntos he creído que los indicios apuntaban hacia una dirección distinta, la usual frase exculpatoria de que dicho autor no tiene ninguna responsabilidad en los juicios aquí expresados refleja fielmente la verdad.

7. No he podido dar con ningún tratado monográfico. Hay una breve exposición histórico-geográfica en HO, *Population*, 217-226. *Cf.* también CHANG, *Income*, 127, y HSIAO, *Rural China*, 384, 385, 389. Hsiao ha espulgado una enorme masa de materiales, muchos de ellos procedentes de gaceteros locales, y luego los ha seleccionado y puesto un poco en orden con un mínimo de comentarios y un máximo de citación directa. El resultado es bastante similar a un fichero de artículos periodísticos y observaciones de viajeros sobre el lado umbrío de la política norteamericana. Siempre que uno recuerde que esos materiales exageran el aspecto oscuro de una sociedad en lo superficial —los defectos fundamentales raras veces aparecen en ellos directamente, salvo en alguna que otra observación de los viajeros perspicaces—, un libro así es en extremo útil, más que no los intentos de reunir dudosas estadísticas que a menudo ocultan los auténticos mecanismos del sistema. Hay aun buenos motivos para sostener que un libro como el de Hsiao proporciona mejores materiales al sociólogo que no muchas brillantes monografías que filtran los hechos a través de una tesis, por más honesto e inteligente que sea el autor. Aunque sería horroroso tener que leer muchos libros como ése.

8. Un investigador soviético, KHOKLOV, *Agrarnye otnosheniya*, 110, afirma que por el año 1812 el 80 por ciento de la tierra cultivada pertenecía a las clases altas, mientras que los campesinos poseían el 20 por ciento restante. Aunque las cifras son dudosas, no hay motivos para dudar que la parte del león estaba en manos del primer grupo.

9. Esa impresión podría deberse a la falta de datos. Pero la genealogía del clan citada por CHANG, *Income*, 127, *supra*, da por supuesto que también las tareas administrativas tienen que evitarse. La actitud respecto al trabajo manual hace sumamente improbable que el erudito pudiese enseñar a veces al campesino cómo efectuar determinada faena. Según se indica más abajo, la contribución «económica» del señor rural rico consistió en recabar favores del gobierno.

10. En los días florecientes de la dinastía manchú, juncos del gobierno le acarreaban por el Gran Canal, proeza de ingeniería comparable a las pirámides. El abastecimiento de la corte imperial, gran número de los oficiales-eruditos y algunas de las fuerzas militares imperiales dependían en buena parte del viaje anual de los juncos. HINTON, *Grain Tribute System*, especialmente 5, 97. El sistema contrasta con el abastecimiento de granos de la ciudad de París a lo largo de la fase correspondiente de absolutismo real. El sistema parisino fue muy inorganizado, al margen de la ley y de un control administrativo efectivo, y descansó casi por entero en el estímulo de una economía monetaria a la codicia privada.

11. HO, *Population*, 266-268; algunos textos chinos al respecto, muy ilustrativos, vienen traducidos en LEE, *Economic History*, 416, 417, 419, 420.

12. Información detallada en HSIAO, *Rural China*, 386-395.
13. HSIAO, *Rural China*, 284-287, 292. Cf. también CH'Ü, *Local Government*, cap. X.
14. *Cf.* LATTIMORE, «Industrial Impact on China», 106-107. CHANG, *Income*, 49, pese a partir de un punto de vista muy distinto del de Lattimore, también subraya el origen local de las obras de irrigación.
15. Ése es el estribillo de CHANG, *Income*. Pero el hecho de que las ganancias más pingües se obtuviesen en la burocracia no se contradice con el juicio de que la posesión de tierra constituía la principal base económica de la *gentry*, toda vez que, como el propio Chang muestra, aquéllas beneficiaban a un pequeño grupo. A fin de cuentas, la misma generalización podría aplicarse a la Inglaterra de los Tudor y Estuardo. En la p. 147, Chang afirma que, en el siglo XIX, sólo una pequeña porción de la *gentry* sacaba la mayor parte de sus ingresos de la tierra. Lo que sus datos indican es que sólo una pequeña *proporción de los ingresos de la gentry en conjunto* procedían de las rentas territoriales, cosa bastante distinta. No hallo cifras que precisen cuántos miembros de la *gentry* no eran terratenientes. Probablemente los había en número considerable entre los situados en sus peldaños inferiores, los *sheng-yüan*, que Ho no consideraba como auténtica *gentry*. Chang concluye que los ingresos por rentas pueden haber oscilado entre un 34 y un 29 por ciento de los totales embolsados por la *gentry* en conjunto (tabla 41, p. 329), lo cual no deja de ser una proporción considerable. Por otro lado, como Chang cuida de advertirnos, tales estadísticas no merecen demasiada confianza.

Sea como fuere, se trata de un punto técnico y un tanto secundario. Los poseedores de tierra, al cierto,

necesitaban que la burocracia sostuviese sus derechos, y a menudo la posesión de tierra traía su origen de una carrera en la burocracia. En esos puntos mayores, a mi ver, no hay desacuerdo.

16. Tratar del ciclo dinástico está más allá de la competencia del autor. Los sinólogos modernos tienden a negar que la historia china se haya desarrollado sin cambios fundamentales por espacio de dos mil años, y afirman que ello es una ilusión debida a nuestra ignorancia. A un no especialista, no obstante, le parece bien obvio que, a vista de Europa, la civilización china ha permanecido muy estática. ¿Qué cambios hay en la China comparables a la serie occidental de Estado-ciudad, imperio universal, feudalismo, absolutismo real y moderna sociedad industrial? Pongamos por caso la arquitectura: ¿hay en la China una variedad a través de los tiempos comparable a la del Partenón, la catedral de Chartres, Versalles, los rascacielos?
17. WEBER, *Konfuzianismus und Taoismus*, 344; CHANG, *Income*, 30, 42.
18. CH'Ü, *Local government*, 2.
19. *Ibid.*, cap. IV, y p. 137.
20. Con todo, no hay que hiperbolizar ese rasgo. Cuando se sentían amenazados, individual o colectivamente, los chinos eran tan capaces de recurrir al terror como cualquiera. Uno de los castigos que practicaron, según he venido a saber, fue el de freír a gente viva en aceite. *Cf.* también DE GROOT, *Sectarianism and Religious Persecutions*, instructiva réplica a la primitiva idealización occidental de la China.
21. HO, *Rural China*, 448, 450, 473, 479; también, *Ladder ot Success*, 35-36.
22. *Cf.* PIRENNE, *Histoire économique*, 365-372, para una pe-

netrante revista de los factores políticos a fines del siglo XIII.

23. MASPÉRO y ESCARBA, *Institutions de la Chine*, 131.
24. EBERHARD, *Chinas Geschichte*, 280-282.
25. CHANG, *Income*, 154-155.
26. Para la totalidad del proceso, *cf.* LATTIMORE, *Industrial Impact*.
27. WRIGHT, *Last Stand of Chinese Conservatism*, 84, 146-147; LEVY y SHIH, *Chinese Business Class*, 24.
28. FEUERWERKER, *China's Early Industrialization*, 1, 12-13; también *Chinese Business Class*, 27, 29.
29. LEVY y SHIH, *Chinese Business Class*, 50.
30. ALLEN y DONNITHORNE, *Western Enterprise*, 37, 49.
31. FEUERWERKER, *Chinas Early Industrialization*, 5.
32. *Ibid.*, 13.
33. LEVY y SHIH, *Chinese Business Class*, 50; LANG, *Chinese Family*, 97.
34. CAMERON, *Reform Movement*, 11.
35. FEUERWERKER, *China's Early Industrialization*, 37.
36. *Ibid.*, 34.
37. JAMIESON *et al.*, *Tenure of Land in China*, 100, mencionan grandes latifundios en el Kiangsu. KHOKLOV, *Agrarnye otnosheniya*, 110, afirma que a principios del siglo XIX los había casi por doquier.
38. Breve y buen resumen en CH'Ü, *Local Government*, 173-175. HO, *Ladder of Success*, 99, expone que los miembros de la clase con el mismo grado se llamaban unos a otros hermanos, y que ese parentesco ficticio a menudo pasaba a la próxima generación.
39. Cf. WRIGHT, *Last Stand*, 184-190; CAMERON, *Reform Movement*, 163; MORSE, *Trade and Administration*, esp. el cap. IV, muy digno de leerse.
40. *Last Stand*, 129, 167.

41. CAMERON, *Reform*, 103, 105. *Cf.* también BLAND y BACKHOUSE, *China*, 431-432.
42. Para mayor evidencia, cf. su decreto del 21 de enero de 1901, citado, por BLAND y BACXHOUSE, *China*, 419-424, esp. 423.
43. CRANG, *Chinese Gentry*, 111, 141; para una interpretación diferente del carácter de los «irregulares», *cf.* HO, *Ladder of Success*, 38-41.
44. *Ibid.*, 46, 66, 70.
45. WRIGHT, *Land Stand*, 168-169.
46. BEAL, *Origin of Likin*, 41-44; cf. CHANG, *Chinese Gentry*, 69.
47. *Agrarian China*, 101-109. El artículo de que proceden tales noticias apareció en 1931. Pese a los prejuicios marxistas que sesgan muchos de los estudios extractados, dicha obra constituye una útil fuente de información sobre un período poco conocido.
48. Entre los estudios principales, está HOLCOMBE, *Chinese Revolution*. ISAACS, *Tragedy of the Revolution*, me parece la mejor exposición general. SCHWARTZ, *Chinese Communism*, y BRANDT, *Stalin's Failure*, añaden precisiones sobre las trayectorias del comunismo chino y ruso durante ese período.
49. BRANDT, *Stalin's Failure*, 106-107, 125.
50. Un periodista afirma que Chiang obtuvo la promesa de firme apoyo financiero por parte de los principales banqueros y comerciantes de Shangai, quienes convinieron en subvencionarle bajo esta condición: que el nuevo gobierno tenía que ser decididamente anticomunista. *Cf.* BERKOV, *Strong Man of China*, 64.
51. ISAACS, *Tragedy of the Revolution*, cap. 11. El papel de las fuerzas extranjeras se describe en la p. 180.
52. *Ibid.*, 181.
53. TAWNEY, *Land and Labour*, es con mucho la mejor ex-

posición. BUCK, *Land Utilization*, contiene algunos útiles datos estadísticos recogidos bajo la dirección de Buck.

54. TAWNEY, *Land and Labour*, 48.
55. *Ibid.*, 63, 65; China-U.S. Agricultural Mission, Report, 53; *Agrarian China*, 59.
56. BUCK, *Land Utilization*, 9. *Cf.* China-U.S. Agricultural Mission, Report, 17.
57. *Land Utilization*, 194.
58. China-U.S. Agricultural Mission, *Report*, 55.
59. CROOK y CROOK, *Revolution in a Chinese Village*, 3, 12, 13, 27-28. Ese estudio, llevado a cabo en 1948 por una canadiense y una inglesa bajo auspicios comunistas, tiene la ventaja de que presenta con menos inhibiciones que otros el reverso del régimen Kuomintang. Aunque los autores se mantienen en un nivel de objetividad científica y que el libro no es en absoluto un *tract* comunista, me da la impresión de que han aceptado un tanto acríticamente la versión comunista del pasado próximo de la aldea.
60. BUCK, *Land Utilization*, 194, mapa en p. 195.
61. TAWNEY, *Land and Labour*, 37-38; China-U.S. Agricultural Mission, *Report*, 55.
62. LINEBARGER, *China of Chiang*, 233.
63. *Ibid.*, 147-148.
64. Algunos de ellos figuran resumidos en LAMB, *Agrarian Movement*, 45-46, 78-79.
65. LINEBARGER, *China of Chiang*, 222.
66. China-U.S. Agricultural Mission, *Report*, 56. No da la fecha de la legislación del Kuomintang.
67. LINEBARGER, *China of Chiang*, 220-221. Los entrecomillados proceden del mismo.
68. *Ibid.*, 218-219. *Cf.* también el informe sobre esa comunidad por GAMBLE, *Ting Hsien*. Quizá sea significativo que la estructura social de la comunidad resulte muy poco visible al través de la masa de datos estadísticos del estudio.
69. *China of Chiang*, 220.
70. *Agrarian China*, 155, de un artículo publicado en 1937.
71. *Cf.* SHEN, *Local Government*, 190-191, 193, para un episodio revelador.
72. *Agrarian China*, 147. El artículo original apareció en 1932.
73. *Cf.* FEI y CHANG, *Earthbound China*, 19, 81-84, 92.
74. *Cf.* el estudio realizado durante los años treinta: FEI, *Peasant Life*, 9-10, 185, 191. Sobre la significación de la doble propiedad del suelo, Fei está de acuerdo con TAWNEY, *Land and Labour*, 36-38.
75. FRIED, *Fabric of Chinese Society*, 7, 17, 101, 196.
76. Para más información sobre la supervivencia de la antigua clase dirigente en las nuevas circunstancias, *cf.* YANG, *Chinese Village*, 1. 183-186. En otra aldea, próxima a Cantón, según YANG, *Village in Transition*, 19, un profesor del saber tradicional estaba sin trabajo. Los grandes terratenientes vivían en la ciudad y no tomaban parte alguna en las labores agrícolas.
77. LIU, *Military History*, 155.
78. *Ibid.*, 145.
79. WRIGHT, *Last Stand*, 300. Para un análisis penetrante de los aspectos estrictamente chinos de la doctrina del Kuomintang, *cf.* pp. 301-312.
80. CHIANG KAI-SHEK, *China's Destiny*, capa. I y II.
81. *Ibid.*, 212.
82. *Ibid.*, 212-216, 219-221, 233.
83. Aunque no hay datos oficiales, LINEBARGER, *China of*

Chiang, 141-142, estima que contaba con unos dos millones de miembros.

84. CHIANG KAI-SHEK, *China's Destiny*, 208.
85. *Revolution in China*, 13.
86. HSIAO, *Rural China*, 125-127.
87. Quizá núnca. *Cf.* EBERHARD, *Conquerors and Rulers*, 22-23. *Rural China*, obra de sumo valor, en parte porque recoge indiscriminadamente toda suerte de noticias que puedan guardar relación, por mínima que sea, con los problemas de ordenación social del campo, no menciona para nada ese particular.
88. CH'Ü, *Local Government*, 118-119.
89. *Ibid.*, 116, 151.
90. HSIAO, *China Rural*, cap. V, da detalles al respecto.
91. CH'Ü, *Local Government*, 151-152; también, *China Rural*, 26-30, 43-49, 55.
92. *Ibid.*, cap. VI.
93. *Cf. ibid.*, 326-329, y LIU, *Clan Rules*.
94. Para un análisis general de ese fenómeno, *cf.* HOMANS, *The Human Group*.
95. *Cf.* BANFIELD, *Moral Basis of a Backward Society*.
96. *Cf.* LANG, *Chinese Family*, 17, 155, 138-141; para la familia en zonas sujetas a influencias comerciales, *cf.* FEI, *Peasant Life*, cap. III y pp. 169-171; YANG, *Village in Transition*, 32, 37, 91-92.
97. *Peasant Life*, 170, 172, y 162-163, para un vívido cuadro del trasplante del arroz, con la rítmica cooperación de la familia como un grupo laboral.
98. *Ting Hsien*, de Gamble, nos abruma de estadísticas; bastante más esclarecedora es la obra de CROOK y CROOK, *Revolution in a Chinese Village*, especialmente, 1-5.
99. FEI, *Earthbound China*, 36, 144, 64-65; YANG, *Village in transition*, 265.

100. *Cf. Earthbound China*, 299, donde los autores estiman que la proporción de los mismos, en las cuatro aldeas estudiadas, venían a ascender a un 70 por ciento. *Cf.* también *ibid.*, 60-63, para las fuentes de trabajo suplementario en una aldea atrasada.
101. *Earthbound China*, 58-62; YANG, *Village in Transition*, 11, 51-52, 101, 149.
102. *Cf.* CROOK y CROOK, *Revolution in a Chinese Village*, 63; GAMBLE, *Ting Ssien*, 221-222.
103. HSIAO, *Rural China*, 419.
104. *Ibid.*, 60, 84-86, 96, y espe. 100.
105. YANG, *Village in Transition*, 80, 91-92.
106. Ibid., 17-19. *Cf.* también CROOK y CROOK, *Revolution in a Chinese Village*, 7-11, donde se describe la situación por lo general similar de una aldea del Norte.
107. YANG, *Village in Transition*, 51.
108. Sobre el descontento considerablemente intenso entre los jóvenes y las mujeres dentro del sistema familiar tradicional, en la ciudad como en el campo, *cf.* YANG, *Chinese Family*, 192-193, 201.
109. HSIAO, *Rural China*, 430, 456, 462, 465.
110. Sobre ese punto, *cf.* también HINTON, *Grain Tribute*, 16-23, para la desviación del curso del río Amarillo.
111. CHIANG, *Nien Rebellion*, V-VII, 17, 32. La introducción, de Renville Lund, es en extremo interesante.
112. *Ibid.*, 38-42, 48, 113.
113. *Ibid.*, 41.
114. *Ibid.*, 37.
115. *Ibid.*, VII, XII, XIII.
116. *Ibid.*, 90.
117. HSIAO, *Rural China*, 183, 200-201, 483-484.
118. CHIANG, *Nien Rebellion*, 101-107, 116-117.
119. Cf. HSIAO, *Rural China*, 484.

120. Ibid., 396-407, esp. 397.
121. CROOK y CROOK, *Revolution in a Chinese Village*, 4; FEI y CHANG, *Earthbound China*, 173-177.
122. BUCK, *Land Utilization*, 349.
123. TAWNEY, *Land and Labour*, 56-57.
124. *Tragedy of the Chinese Revolution*, 221; más datos sobre los cambios sociales en las zonas costeras en *Land and Labour*, 74; LANG, *Chinese Family*, 64, 178.
125. *Cf.* YANG, *Village in Transition*, 61-62, 41, 44-45; FEI y CHANG, *Earthbound China*, 299, 300.
126. Para los temores imperiales a ese respecto, *cf.* HSIAO, *Rural China*, 395396, 687-688 (nota 84).
127. YANG, *Village in Transition*, cap. VII; CROOK y CROOK, *Revolution in a Chinese Village*, cap. II.
128. Realizados bajo los auspicios del Kuomintang y en zonas donde reinaba la paz, los estudios de antropólogos, salvo el de los Cook, adolecen de una oblicuidad congénita, intensificada por presupuestos metodológicos demasiado abstrusos para discutirse aquí. Aun así, sus testimonios no dejan de ser muy significativos, y resultan confirmados por otros datos, como el que los comunistas no lograran conquistar una base extensa antes de la ocupación japonesa.
129. CH'EN, *Mao*, 107-108.
130. SCHWARTZ, *Chinese Communism*, tiene el mérito de haber sido el primero en trazar la historia de ese cambio de estrategia y en valorar la importancia de las circunstancias externas favorables (*cf.* p. 190).
131. Para ciertas coyunturas críticas, *cf.* CH'EN, *Mao*; BRANDT *et al.*, *Documentary History*, 39-40, 224-226, 275-285. Vale la pena recordar que, especialmente en aquellos tiempos caóticos, lo que se decretaba no equivalía ni con mucho a lo que se llevaba a efecto.

132. JOHNSON, *Peasant Nationalism*, especialmente, 70, 110, 48-60, 116-117.
133. *Ibid.*, 66-67, 146.
134. *Ibid.*, 120.
135. CROOK y CROOK, *Revolution in a Chinese Village*, caps. I-V, especialmente 31-37.
136. YANG, *Village in Transition*, 167, 134. Esa monografía es más rica y completa que la de los Crook. Notablemente objetiva, quizá sea el mejor estudio sobre la vida aldeana china.
137. *Ibid.*, 133.
138. *Ibid.*, 145.
139. *Ibid.*, 178-179.
140. *Ibid.*, 174-175, 158-159.

CAPÍTULO V. *EL FASCISMO ASIÁTICO: EL JAPÓN*

1. Para una exposición reciente de las semejanzas y diferencias entre el feudalismo europeo y el japonés, *cf.* HALL, *Feudalism in Japan*, 15-51. la idea de que el feudalismo previo tiene que ver con la adopción de prácticas occidentales es bastante común entre los orientalistas, aunque no he hallado ningún examen detenido de la naturaleza del nexo. Al final de su instructivo ensayo, REISCHAUER, *Japanese Feudalism*, 46-48, enumera varias características del feudalismo japonés que, sugiere, pueden haber facilitado la transición japonesa a las instituciones sociales modernas. Una de ellas, la intensa conciencia nacional, me parece antitética con el feudalismo. Otra, el desarrollo independiente de la empresa capitalista dentro del feudalismo, habla más también del crecimiento de instituciones antifeudales que no

de un legado del feudalismo. Con todo, el caso japonés apoya la tesis de que el capitalismo puede establecerse más fácilmente dentro de un sistema feudal que dentro de una burocracia agraria. La lista de Reischauer resume el legado de la experiencia histórica japonesa *en general*, no tan sólo el del feudalismo.

2. Excelente descripción general en SANSON, *Short Cultural History*, cap. XXI. Véase también su *Western World and Japan*, cap. IX. Las fuentes sobre puntos más específicos irán citándose abajo.
3. ASAKAWA, *Notes on Village Government*, I, 260, 278.
4. ALLEN, *Short Economic History*, 10.
5. ASAKAWA, *Notes on Village Government*, I, 261.
6. Estaban clasificados en tres grupos según sus lazos con la case de Tokugawa. Véase la exposición de Craig en Choshu, 17-21.
7. ASAKAWA, *Notes on Village Government*, II, 160. Un *koku* equivale a ligeramente menos de 183'2 litros. El hecho de que un feudo estuviese registrado como productor de 70.000 *koku* no significa que su señor devengase tal cantidad de ingresos anuales, sino tan sólo que, en teoría, la tierra era capaz de producirlos. Sobre ese punto, *cf.* RAMMING, *Wirtschaftliche Lage der Samurai*, 4. Para más detalles, en particular sobre la distribución geográfica del nivel tributario y sus consecuencias políticas, *cf.* BEASLEY, *Feudal Revenue*, 255-271.
8. Para más detalles sobre tales diferencias, *cf. Wirtschaftliche Lage der Samurai*, 45.
9. ALLEN, *Short Economic History*, 11.
10. SMITH, *Agrarian Origins*, 1.
11. SANSOM, *Short Cultural History*, 430.
12. SMITH, *Agrarian Origins*, 179.
13. *Ibid.*, 68.

14. *Ibíd.*, 202.
15. MURDOCH, *History of Japan*, III, 20-22.
16. FUKUDA, *Gesellschaftliche und Wirtschaftliche Entwicklung*, cap. IV.
17. SANSOM, *History of Japan*, I, 359-360, 368.
18. HALL, *Feudalism in Japan*, 33-34.
19. Tal imposición se mantuvo en pleno vigor hasta 1862; su abandono anunció el fin de la era tokugawa. *Cf.* MURDOCH, *History of Japan*, III, 723.
20. SHELDON, *Merchant Class*, 18.
21. Algunos datos en RAMMING, «Wirtschaftliche Lage der Samurai», 3435.
22. *Ibid.*, 7.
23. *Cf.* SHELDON, *Merchant Class*, 32; RAMMING, *ibid.*, 10.
24. MURDOCH, *History of Japan*, III, 737.
25. Citado en *History of Japan*, III, 720.
26. CRAIG, *The Restoration Movement*, 187-197, especialmente 190-191.
27. SHELDON, *Merchant Class*, 6, indica que los comerciantes de origen *samurai* eran numerosos y prósperos en los primeros años del período tokugawa.
28. HONJO, *Social and Economic History*, 204-2205.
29. SHELDON, *Merchant Class*, 165.
30. Es muy interesante, a ese respecto, la polémica entre Dore y Sheldon en *Journal of Asian Studies*, XVIII, 507-508, y XIX, 238-239.
31. SHELDON, *Merchant Class*, 119, 122-123.
32. Citado por Sheldon, *ibíd.*, 105.
33. *Ibid.*, 8, 25,37.
34. *Ibid.*, 20-24.
35. *Ibid.*, 88, 92, 108.
36. *Ibid.*, 32-36.

37. *Ibid.*, 163.
38. *Ibid.*, 99.
39. NORMAN, *Ando Shoeki*, 75.
40. *Ibid.*, 2.
41. Finalmente, Norman optó por interpretar con detención a un médico de principios del siglo XVIII, Ando Shoeki, sin duda alguna un pensador aislado sin influencia ni en vida ni en épocas posteriores. La obra capital de Ando Shoeki quedó inédita y, aunque crítica respecto al feudalismo, huele más a primitivismo agrario utópico que a crítica «burguesa» del Japón contemporáneo. *Cf. Ando Shoeki*, cap. I y 100-110, 224-226, 242-243.
42. Para una interpretación de ese tipo, *cf.* BELLAH, *Tokugawa Religion*.
43. RAMMING, *Wirtschaftliche Lage der Samurai*, 28.
44. NORMAN, *Soldier and Peasant*, 73.
45. CRAIG, *Choshu*, cap. II, 355-356.
46. *Ibid.*, 55-58, 135, 201-203, 278-279.
47. BORTON, *Peasant Uprisings*, 17, 18, 207.
48. NORMAN, *Soldier and Peasant*, 38-39.
49. A principios de siglo, al tratar de los feudos durante la fase foral de los Tokugawa, un estudioso francés afirmaba que la autoridad del *shôgun* no era estrictamente obedecida sino en las ciudades; cuanto más se alejaba uno de Edo, más aparecían el espíritu de independencia y el particularismo. Cf. COURANT, *Clana japonais*, 43.
50. Sobre el sistema agrario tradicional, *cf.* NORMAN, *Soldier and Peasant*, 58-65. Satsuma era la tierra de los gôshi, hidalgos rurales a medio camino entre los campesinos y los *samurai* y supervivientes de los días pre-Tokugawa.

51. *Cf.* MURDOCH, *History of Japan*, III, 733.
52. Para seguir el curso de los hechos, *cf.* CRAIG, *Choshu*, cap. IX, y *History of Japan*, III, caps. XVIII-XIX.
53. SHELDON, *Merchant Class*, 162, 172.
54. SANSOM, *Western World and Japan*, 323-324, 327-328.
55. *Ibid.*, 324, donde el autor añade un iluminador comentario general, a saber que la famosa Jura de Carta de 1868, el primer documento «constitucional» japonés que habló de asambleas y de debates públicos, fue «no una concesión a un sentimiento democrático ascendente, sino una salvaguardia contra la ascensión de un solo grupo feudal».
56. *Ibid.*, 326.
57. ALLEN, *Short Economic History*, 27. Según NORMAN, *Japan's Emergence*, 137, la prohibición legal de la venta de tierra no fue alzada hasta 1872.
58. SANSOM, *Western World and Japan*, 327-328. Para más información sobre los aspectos económicos del problema, *cf.* ALLEN, *Short Economic History*, 34-37. Volveremos a debatir ese punto más adelante.
59. SANSOM, *ibid.*, 330.
60. SCALAPINO, *Democracy*, 36.
61. Para detalles sobre el trasfondo de los orígenes del «liberalismo», *cf.* IKE, *Beginnings of a Political Democracy*, 55-58, 61, 65; *Democracy*, 44-49, y 57-58, Para los orígenes conexos del *Jiyuto* (Partido Liberal), que consideraré en el apartado final. También se hallan algunos hechos importantes en NORMAN, *Japan's Emergence*, 85-86, 174-175, y SANSOM, *Western World and Japan*, 333. Para muchos japoneses, el liberalismo occidental corrió parejas con las armas de fuego occidentales; veían en él un elemento más de la magia occidental que el Japón debía asimilar para volverse poderoso y triunfar de los bárbaros; a sus ojos, la democracia era ante todo una

técnica con que lograr lo que ahora llamaríamos consenso totalitario. Hay ahí interesantes paralelos con determinadas ideas norteamericanas sobre la «contrainsurrección» y el comunismo.

62. BORTON, *Peasant Uprisings*, 18.19.
63. *Ibid.*, 27-28.
64. *Ibid.*, 31, 32.
65. *Ibid.*, 31.
66. NORMAN, *Japan's Emergence*, 71-72.
67. *Political Change*, 30.
68. *Cf.* NORMAN, *Japan's Emergence*, 75.
69. *Ibid.*, 72, 75.
70. IKE, *Beginnings of Political Democracy*, 164. Para una visión de conjunto de las diversas rebeliones, véase el cap. XIV.
71. *Ibid.*, 188.
72. ASAKAWA, *Notes on Village Government*, I, 269.
73. *Ibid.*, 277.
74. *Cf.* NORMAN, *Japan's Emergence*, 21.
75. SMITH, *Land Tax*, 3-19, especialmente 5-6, 8, 10.
76. *Ibid.*, 4, 10-11.
77. ASAKAWA, *Notes on Village Government*, I, 277.
78. *Ibid.*, 267.
79. *Ibid.*, 268.
80. *Cit.* en TAKIZAWA, *Penetration of Money Economy*, 118.
81. ASAKAWA, *Notes on Village Government*, I, 275.
82. SMITH, *Agrarian Origins*, 58.
83. ASAKAWA, *Notes on Village Government*, II, 167.
84. SMITH, *Agrarian Origins*, 58.
85. *Ibid.*, 59-60.
86. *Ibid.*, 60-64.
87. *Ibid.*, 36.
88. *Ibid.*, 24, 42, 182-183.

89. Toda esa sinopsis ha sido tomada casi palabra por palabra de *Agrarian Origins*, 50-51. Muchos de los problemas puramente técnicos subsisten invariados en el Japón de hoy en día. *Cf.* BEARDSLEY *et al.*, *Village Japan*, cap. 7.
90. *Agrarian Origins*, 8-11.
91. *Ibid.*, 46, 49.
92. *Ibid.*, 50.
93. *Ibid.*, 42.
94. *Ibid.*, 25-26.
95. *Ibid.*, 51.
96. *Ibid.*, 48.
97. *Ibid.*, 37-40, 42-45.
98. *Ibid.*, 87-88, 92.
99. *Ibid.*, 97-102.
100. *Ibid.*, 101-102, 142-143.
101. *Ibid.*, 72-73.
102. *Ibid.*, 72.
103. *Ibid.*, 33, 34, 83, 133, 114, 137.
104. *Ibid.*, 108-118, 120, 123.
105. *Ibid.*, 5, 132.
106. *Ibid.*, 127, 131-132, 124.
107. *Ibid.*, 127-131.
108. *Ibid.*, 126, 131, 141.
109. *Ibid.*, 145-146, 149, 157-163.
110. Según SMITH, *Political Change*, 25, sobre el 78 por ciento de los ingresos ordinarios del gobierno entre 1868 y 1880 procedieron de la contribución territorial. *Cf.* también *ibid.*, 73-82.
111. SMITH, *Agrarian Origins*, 211.
112. Para algunos datos, *cf.* MORRIS, *Problem of the Peasant Agriculturist*, 361-362.
113. DORE, *Land Reform*, 19.
114. El perjuicio causado a los campesinos por la ruina de las

industrias artesanas domésticas del Japón es más dudoso. Al presente opinan diversos investigadores occidentales que, si bien es probable que se diesen graves trastornos, las nuevas exportaciones de productos rurales, en particular de té, seda y arroz, subsanaron de sobra las pérdidas. Cotéjese SMITH, *Political Change*, 26-31, con MORRIS, *Problem of the Peasant Agriculturist*, 366.

115. *Cf.* NORMAN, *Japan's Emergence*, 138-144, y la crítica del mismo en *Problem of the Peasant Agriculturist*, 357-370. Aunque probablemente el cuadro de miseria campesina debida a la mayor exposición al mercado que nos pinta Norman sea arbitrario, desconfío de las estadísticas alegadas por Morris para demostrar que hubo poca o ninguna miseria. Sus cálculos descansan en dos supuestos cuestionables: *a*) que la creciente productividad seguía distribuida como antes (362), y *b*) que por aquel tiempo estaba ya en pleno vigor en el campo una economía monetaria —hipótesis contradicha por los observadores contemporáneos (*cf.* 360, 364). Como indico abajo, Norman reconoce a la postre que no hubo una expropiación a gran escala del campesinado.
116. *Japan's Emergence*, 149, 153.
117. Sobre esa cuestión en todos sus aspectos, *cf.* NORMAN, *Soldier and Peasant*. Se trata de una monografía sumamente iluminadora, si bien, como señala Sansom en la introducción (XI), caracterizar a los alzamientos campesinos de fines de la era tokugawa y principios de la meiji como una «creciente revolución antifeudal y democrática» que fue atajada por la introducción del servicio militar obligatorio es atribuirles objetivos políticos no documentados.
118. SCALAPINO, *Democracy*, 295-298.
119. Para un penetrante análisis del papel de los campesinos ricos antes y después de la Restauración, *cf.* SMITH, *Landlords and Rural Capitalists*.
120. NORMAN, *Japan's Emergence*, 96; REISCHAUER, *Japan*, 68.
121. NORMAN, *ibid.*, 100.
122. SCALAPINO, *Democracy*, 93.
123. NORMAN, *Japan's Emergence*, 99.
124. SMITH, *Landlords' Sons in the Business Elite*, 98.
125. NORMAN, *Japan's Emergence*, 81, basándose en fuentes japonesas. TAEUBER, *Population of Japan*, 28, informa: «la compilación de registros de 1886 indica que un 5 por ciento de la población total eran nobles, *samurai* o miembros de las familias de esos grupos»; pero no da cifras absolutas.
126. *Japan's Emergence*, 100.
127. *Cf.* SMITH, *Political Change*, 31.
128. *Ibid.*, 32.
129. *Ibid.*, 33-34.
130. HAROOTUNIAN, *Economic Rehabilitation of the Samurai*, 435, 443-444.
131. NORMAN, *Japan's Emergence*, 75 (nota 70); SCALAPINO, *Democracy*, 95 (nota 3).
132. LKE, *Beginnings of Political Democracy*, 131, 134.
133. SMITH, *Political Change*, 32.
134. DORE, *Land Reform*, 18. *Cf.* también HAROOTUNIAN, *Economic Rehabilitation of the Samurai*, 435-439.
135. LA MAZELIÈRE, *Japan*, V, 108-109, enumera, además de los *daimyô*, varios otros sectores de la nobleza militar que también tenían tierra. GRAIG, *Restoration Movement*, 190, afirma que cierto *samurai* «tenía un feudo de 16.000 *koku*, mayor que el de muchos *daimyô*».
136. ALLEN, *Short Economic History*, 57-58, 88. Reveladoras cifras estadísticas y exposición general asimismo en OHKAWA y ROSOVSKY, *Role of Agriculture*, 43-67.

137. ALLEN, *ibid.*, 87. *Cf. infra* pp. 306.308 para la importancia de la sericicultura en la economía rural.
138. NORMAN, *Japan's Emergence*, 161.
139. OKHAWA y ROSVSKY, *Role of Agriculture*, 45 (tabla I), 65.
140. *Ibid.*, tabla 6, 52.
141. DORE, *Agricultural Improvement*, 69-91.
142. OKHAWA y ROSOVSKY, *Role of Agriculture*, 52 (nota 15); *Agricultural Improvement*, 81-82.
143. *Agricultural Improvement*, 89. *Cf.* también 77-78 sobre la utilización de la estructura social tradicional.
144. TAKEKOSHI, *Land Tenure*, 118; NASU, *Aspects of Japanese Agriculture*, 11 (tabla 15).
145. *Cf.* NASU *ibid.*, 11 (tablas 13 y 14). Los totales de esas tablas no están sumados correctamente en varias filas, de modo que no pueden fundarse en ellas sino groseras aproximaciones.
146. Para una breve revisión del problema, *cf.* DORE, *Meiji Landford*, 343-355, donde se somete a crítica la tradición radical que ha predominado hasta hace poco en la mayoría de las obras japonesas y occidentales.
147. DORE, *Land Reform*, 29.
148. *Cf.* NASU, *Aspects of Japanese Agriculture*, 130-131; NORMAN, *Japan's Emergence*, 150-151.
149. TAEUBER, *Population of Japan*, 20.
150. *Foundations of Japan*, 261. El autor visitó muchas comarcas rurales del Japón durante la Primera Guerra Mundial.
151. Norman, *Japan's Emergence*, 138-139.
152. DORE, *Meiji Landlord*, 352, 351.
153. MORRIS, *Problem of the Peasant Agriculturist*, 359 (tabla II).
154. LADEJINSKY, *Farm Tenancy*, 431, 435.
155. *Ibid.*, 435.
156. *Ibid.*, 443-444.

157. Citado por LADEJINSKY, *ibid.*, 441-442.
158. Véase a ese respecto SMITH, *Landlords' Sons in the Business Elite*, 102-105, donde el autor razona que la clase rural poseedora dio proporcionalmente muchos grandes hombres de negocios porque tenía los medios para educar a sus hijos, fe en las virtudes del trabajo y el deseo de empujarles escala social arriba.
159. SMITH, en *Political Change*, 31, hace hincapié en el último extremo. La consigna «País Rico-Ejército Fuerte» indica muy por lo claro el carácter y los auspicios de la reforma económica, cuyos aspectos nacionalistas subraya BROWN, *Nationalism in Japan*, cap. V. La expansión exterior estuvo en el ánimo de señalados gobernantes desde el principio. Como ya se ha dicho, lo dudoso era qué debía venir primero, reforma o conquistas. En 1871, Yamagata Aritomo, uno de los fundadores del ejército moderno japonés, manifestó a Saigo, el caudillo de la facción *samurai* más exaltada, que los tiempos no eran aún maduros. «Nuestro ejército —le dijo— está al presente en plena reorganización; pero dentro de un año o cosa así, los fundamentos del sistema militar estarán establecidos, y entonces probablemente no habrá obstáculos que impidan la expedición de un ejército al continente». *Cf.* IKE, *Beginnings of Political Democracy*, 51.
160. SCALAPINO, *Democracy*, 251, 253, 258, 262.
161. ALLEN, *Short Economic History*, 107.
162. *Cf.* IKE, *Beginnings of Political Democracy*, 212.
163. ALLEN, *Short Economic History*, 128.
164. DORE, *Land Reform*, 99.
165. ALLEN, *Short Economic History*, 201 (tabla X). Las cifras de Allen sólo llegan hasta 1937. Según OHKAWA y ROSOVSKY, *Role of Agriculture*, 54 (tabla 8) y 57 (tabla XII),

continuaron las mismas tendencias por lo menos hasta 1942.

166. TANIN y YOHAN, *Militarism and Fascism*, 137. Es la traducción de una obra soviética, pero relativamente poco dogmática y muy estimable. Su principal defecto es un injustificado optimismo acerca de la «agudización de la lucha de clases».
167. *Ibid.*, 155-157.
168. *Japan's Emergence*, 169-170.
169. Cf. IKE, *Beginnings ot Political Democracy*, 173.
170. SCALAPINO, *Democracy*, 101.
171. Para seguir el desarrollo del proceso, *cf.* SCALAPINO, *ibid.*, 96-107, e IKE, *Beginnings ot Political Democracy*, 68-71, 88-89, 107-110.
172. Citado en SCALAPINO, *ibid.*, 65.
173. *Cf.* IKE, *Beginnings ot Politic Democracy*, cap. XIV.
174. *Ibid.*, 181, 185-187.
175. SCALAPINO, *Democracy*, 206; REISCHAUER, *Japan*, 98.
176. REISCHAUER, *ibid.*, 121, 125.
177. DORE, *Land Reform*, 56-57.
178. *Ibid.*, 57.
179. *Ibid.*, 58-59.
180. *Ibid.*, 60-62.
181. *Cf.* BENEDICT, *Chrysanthemum and the Sword*. Debo confesar que yo mismo las tomé en serio hasta que no he estudiado en igual modo la historia japonesa.
182. ALLEN, *Short Economic History*, 99.
183. *Land Reform*, 64.
184. TANIN y YOHAN, *Militarism and Fascism*, 176.
185. Véase, por ejemplo, COLEGROVE, *Militarism in Japan*, 23-24.
186. Es probable que muchos estudiosos occidentales del Japón se resistan a aceptar esa tesis. Aquéllos con que

he debatido el problema sostienen que el equilibrio entre las potencialidades democráticas y antidemocráticas era mucho más nivelado de lo que se indica aquí. Tal estimación, pienso yo, concede demasiado peso a las palabras y la mecánica política. El Japón carecía del requisito previo esencial para el arranque de la democracia: un sector industrial cuyo poder económico, por un lado, estuviese bastante distribuido entre sus miembros y, por el otro, fuese suficiente para permitirles actuar con considerable independencia respecto del gobierno y de otras formaciones sociales. Con todo, la cosa debería investigarse más a fondo.

187. SCALAPINO, *Democracy*, 283; DoRE, *Land Reform*, 86.
188. SCALAPINO, *ibid.*, 353, 357, 360, 362.
189. REISCHAUER, *Japan*, 138, 140.
190. *Ibid.*, 143-144.
191. *Ibid.*, 140-141.
192. En el caso de Alemania, se puede poner: «fin» a la historia de la República de Weimar en 1932, el año de las últimas elecciones libres.
193. REISCHAUER, *Japan*, 157; SCALAPINO, *Democracy*, 243.
194. SCALAPINO, *ibid.*, 369-370.
195. *Ibid.*, 381-383.
196. *Cf.* MARUYAMA, *Thought and Behavior*, 66-67.
197. REISCHAUER, *Japan*, 186; SCALAPINO, *Democracy*, 388-389; COHEN, *Japan's Economy*, 30, nota 62.
198. Para algunos detalles, *cf.* COHEN, *ibid.*, 58-59.
199. *Ibid.*, 1.
200. *Ibid.*, 59.
201. *Ibid.*, 101. Para una visión más comprensiva de los *zaibatsu*, cf. LOCKWOOD, *Economic Development*, 563-571; pero no me parece que sus datos autoricen el siguien-

te aserto (564): «Al fin y al cabo los *zaibatsu* fueron las víctimas del sistema que ayudaron a crear».

202. STORRY, *The Double Patriots*, 96-100; TSUNODA *et al.*, *Sources of Japanese Tradition*, 769-784, da algunas muestras de sus escritos.
203. TANIN, y YONAN, *Militarism and Fascism*, 180, 204.
204. *Ibid.*, 182-183.
205. CROWLEY, *Japanese Army Factionalism*, 325. El Incidente del 26 de Febrero representó una derrota decisiva para los militares radicales.
206. TANIN y YONAN, *Militarism and Fascism*, 198-200.
207. COHEN, *Japan's Economy*, 29.
208. *Ibid.*, 37, 42.
209. Algunos detalles en DORE, *Land Reform*, 29; también en TOTTEN, *Labor and Agrarian Disputes*, 192-200, y 203 (tabla 2).
210. MATSUI, *Silk Industry*, 52-57. *Cf.* también ALLEN, *Short Economic History*, 64-65, 110.
211. ALLEN, *ibid.*, 109.
212. LADEJINSKY, *Japanese Farm Tenancy*, 431.
213. *Cf.* ALLEN, *Short Economic History*, 98-99, 111.
214. Uno de esos movimientos estuvo envuelto en el asesinato del primer ministro Inukai en mayo de 1932. Pero era el primer ministro quien tenía una masa de seguidores en las zonas rurales. *Cf.* BORTON, *Japan Since 1931*, 21-22, y BEARDSLEY *et al.*, *Village Japan*, 431-435.
215. Surge aquí una dificultad terminológica. El *buraku* japonés no tiene ningún equivalente apropiado en la experiencia norteamericana. Es una comunidad, por lo común de menos de cien casas, cuyos miembros se conocen todos unos a otros personalmente. Los lindes de su territorio sólo están definidos de un modo vago, pero sus vecinos tienen un profundo sentimiento de pertenecer a una unidad claramente determinada. El *mura* es mayor, y sus miembros no se conocen unos a otros personalmente, aunque según la ley es la menor unidad administrativa del país. Un *mura* engloba de ordinario diversos *buraku*. R. P. Dore acostumbra traducir buraku por *hamlet* (aldehuela, caserío) y *mura* por *village* (aldea, pueblo). El problema no existe para T. C. Smith, que en *Agrarian Origins* trata exclusivamente de tiempos anteriores y usa el término *village* para referirse a una unidad social natural. Yo, por el mismo motivo, he usado *village* (aldea) por *buraku*, salvo en pocas ocasiones, claramente indicadas por el contexto, en que se refiere al *mura*. Para más detalles, *cf.* BEARDSLEY *et al.*, *Village Japan*, 3-5 y glosario.
216. DORE, *Land Reform*, 325.
217. *Ibid.*, 330.
218. *Ibid.*, 337.
219. *Cf. ibid.*, 373.
220. *Ibid.*, 371-372.
221. *Ibid.*, 367.
222. Para algunos detalles sobre el mantenimiento de las prácticas arriba descritas, *cf.* EMBREE, *Suye Mura*, cap. IV. Embree, sin embargo, entiende extraordinariamente poco en clases sociales y política social. *Cf.* también, sobre las prácticas de cultivo, BEARDSLEY *et al.*, *Village Japan*, especialmente 151; DORE, *ibid.*, 352-353.
223. DORE, *Land Reform*, 338, 341.
224. Sobre política aldeana, *cf.* DORE, *ibid.*, cap. XIII, y BEARDSLEY *et al.*, *ibid.*, capítulos 12, 13, especialmente 354-385. La exposición de Dore arroja mucha luz sobre la conducta política con anterioridad a 1945.
225. EMBREE, en *Suye Mura*, 34-35, sostiene que sí la hubo.
226. DORE, *Land Reform*, 355.

1. BRECHER, *Nehru*, 638.
2. MORELAND, *India at Death of Akbar*, 6.
3. MORELAND, *Agrarian System*, xi.
4. Resulta algo extraño que Moreland, en sus detalladas descripciones de la sociedad mogol, diga muy poco del sistema de castas, floreciente en aquel entonces —y desde siglos y siglos antes. Ello puede obedecer a que Moreland se vio obligado a construirlas fundándose en los documentos administrativos mogoles y las relaciones de viajeros. Ninguna de esas fuentes enfoca de lleno la comunidad aldeana, y es ahí justamente donde la casta es una realidad viva como base para la división del trabajo. Se podían recaudar contribuciones, levantar reclutas militares o incluso, si se era extranjero, comerciar con conocimientos mínimos acerca de los mecanismos del sistema de castas. *Ain i Akbari*, descripción general del reino mogol compilada por un ministro de Akbar, Abul Fazl, menciona las castas varias veces, pero sólo como una curiosidad. Habib, en *Agrarian System*, corrige y amplía a Moreland en algunos puntos importantísimos, particularmente en el del papel de la nobleza más baja y su conexión con las rebeliones campesinas. En otros confirma el análisis de Moreland. También toca el tema de la casta bastante por encima, aunque algo menos que Moreland.
5. *India at Death of Akbar*, 63.
6. *Ibid.*, 256. Según HABIB, *Agrarian System*, 154, sin embargo, los derechos sobre la tierra eran adquiribles.
7. MORELAND, *ibid.*, 67, y *Agrarian System*, 9-10.
8. *India at Death of Akbar*, 71, 263; MORELAND y CHATTERJEE, *Short History*, 211-212.

9. *India at Death of Akbar*, 65.
10. *Ibid.*, 69, 71.
11. *Ibid.*, 257.
12. *Ibid.*, 259.
13. *Ibid.*, 88-89.
14. Como reconoció claramente MORELAND, *ibid.*, 73.
15. *Travels in India*, II, 144.
16. MORELAND, *India at Death of Akbar*, 13.
17. Citado por MORELAND, *ibid.*, 26.
18. *Ibid.*, 239.
19. *Ibid.*, 160, 184, 187.
20. *Ibid.*, 41. *Cf.* también HABIB, *Agrarian System*, cap. II.
21. MORELAND, *ibid.*, 35-36.
22. MORELAND, *From Akbar to Aurangzeb*, 277-278.
23. *Ibid.*, 280.
24. MORELAND, *Agrarian System*, 5-6.
25. MORELAND, *India at Death of Akbar*, 33.
26. MORELAND, *Agrarian System*, 9-10, 93.
27. MORELAND, *India at Death of Akbar*, 31.
28. HABIB, *Agrarian System*, 154, 160, 165, 170, 174, 180, 183, 189.
29. *Ibid.*, 184.
30. *Cf. ibid.*, 165-167.
31. MORELAND, *India at Death of Akbar*, 96-97, y *Agrarian System*, xi-xii.
32. MORELAND y CHATTERJEE, *Short History*, 241, 242.
33. MORELAND, *Agrarian System*, 130.
34. Citado por MORELAND, *ibid*, 205.
35. HABIB, *Agrarian System*, cap. IX. *Cf.* también MORELAND, *ibid.*, 147, y *From Akbar to Aurangzeb*, 202.
36. HABIB, *ibid.*, 335-336.
37. Citado por HABIB, *ibid.*, 90-91; *cf.* también 350-351.
38. *Cf.* HABIB, *ibid*, 338-351.

39. MORELAND, *India at Death of Akbar*, 102, 104. Informaciones más detalladas en HABIB, *ibid.*, cap. I.
40. MORELAND, *ibid.*, 105-106.
41. O'MALLEY, en *Popular Hinduism*, 15, cita de la obra de un escritor indio moderno sobre la actitud respecto a la vaca: «La vaca es el más sagrado de todos los animales (...) Toda sus excreciones son santas (...) El agua que expele debería conservarse como la mejor de la aguas benditas —un líquido destructor del pecado que santifica cuanto toca, mientras que nada purifica tanto como el estiércol de vaca. Cualquier sitio que una vaca haya condescendido a honrar con el sagrado depósito de su excremento es por siempre jamás suelo sagrado». El uso del estiércol de vaca como combustible no puede deberse simplemente a la escasez de madera, toda vez que se usa en zona donde abundan otros combustibles. *Cf.* BUCHANAN, *Bhagalpur*, 445. Siendo así que arde muy lenta y uniformemente, y por tanto requiere poca atención, su uso aún hoy tan difundido puede explicarse en gran parte por ventaja prácticas.
42. *Purnea*, 345. Buchanan, médico de profesión, era un observador sagaz que no aceptaba acríticamente cuanto los indios le contaran, sino que procuraba comprobar las noticia. Era también un hombre libre de prejuicios nacionalistas, a lo menos en sus formas más groseras. Las detalladas observaciones que hizo así en el Norte como en el Sur de la India inspiran considerable confianza. Su nombre completo era Francis Hamilton Buchanan; parece que alguna de sus obras fueron publicadas bajo el de Francis Buchanan Hamilton.
43. *Ibid.*, 343.
44. *Bhagalpur*, 410-412.
45. HABIB, *Agrarian System*, 117; *cf.* también MORELAND, *Agrarian System*, XII, 161-163, 165, 169, 171. La huida a zona selvática dificultaba en extremo la reclamación. *Cf.* BADEN-PWELL, *Village Community*, 50-51.
46. SPEAR, *Twilight of the Mughuls*, 123-124; MORELAND, *ibid.*, 162, 203; BADEN-POWELL, *ibid.*, 13, 23-24; HABIB,. *ibid.*, 185.
47. SPEAR, *ibid.*, 120.
48. O'MALLEY, *Popular Hinduism*, 190-191.
49. HAYE, *Sepoy War*, I, 182-183.
50. Para la amplia variedad de ocupaciones en que andaban los brahmanes a fines del siglo XVIII y principios del XIX, véase la relación del abate DUBOIS, *Hindu Manners*, I, 295; para tiempos más avanzados, SENART, *Caste*, 35-36.
51. *Cf.*, por ejemplo, BUCHANAN, *Purnea*, 360, 429-430, 439. BAILEY, en *Caste and the Economic Frontier*, señala que antiguamente en esa parte de Orissa las familias militares tenían en común familias parias clientes que efectuaban trabajos agrícolas. El abate DUBOIS, en *ibid.*, I, 55, 57, 58, denuncia la existencia entre los parias de una forma de servidumbre próxima a la esclavitud, aunque a la sazón, según dice, había ya venido a ser relativamente rara.

PATEL, en *Agricultural Laborers in Modern India and Pakistan*, 9, afirma que la comunidad india tradicional carecía de toda dase definida de jornaleros agrícolas. Sus principales testimonios son CAMPBELL, *Modern India*, 65, y una cita de sir Thomas Munro sacada de una obra india moderna. Creo yo que esa tesis cae dentro de la tendencia nacionalista india a idealizar el período prebritánico. Buchanan halló jornaleros agrícolas en muchas zonas del Sur de la India. *Cf.* su *Journey from Madras*, I, 124, II, 217, 315, III, 398, 454-455. Los es-

clavos eran allí entonces lo bastante comunes para que su ausencia mereciera mención específica en el mismo *Journey from Madras*, III, 398. Los jornaleros agrícolas aparecen a menudo como una clase distinta en sus detallados informes sobre tres distritos del Norte. *Cf. Purnea*, 119, 123, 162-164, 409, 429, 433, 443-446; *Bhagalpur*, 193, 423, 460,. 468; *Shahabad*, 343, y otras páginas que no me tomé la molestia de anotar. Véase también sobre esa cuestión MORELAND, *India at Death of Akbar*, 90-91, 112-114; HABIB, *Agrarian System*, 120.

52. Por lo común, cualquier relación local detallada describe consejos de casta. *Cf.* también BLUNT, *Economic Aspect of the Caste System*, en MUKERJEE, *Economic Problems*, I, 69.
53. BUCHANAN, *Bhagalpur*, 281-282.
54. Cf. HUTTON, *Caste*, 79.
55. Cf. LÉVI-STRAUSS, *Pensée sauvage*, 117-119.
56. HABIB, *Agrarian System*, 256.
57. Estuvieron ampliamente difundidas hasta fechas bastante próximas, y, al parecer, todavía existen muchas. Para un interesante esbozo moderno, *cf.* BLUNT, *Caste System of Northern India*, 158.
58. Cf. BROWN, *Traditions of Leadership*, en PARK y TINKER, *eds., Leadership and Political Institutions*, 7.
59. Para todo el proceso aquí bosquejado, *cf.* WOODRUFF, *Founders*, parte I, y cap. 1 de la parte II. Aunque de carácter biográfico, e incluso anecdótico, el libro es en extremo ágil, y emergen en él gradualmente los puntos esenciales. *Cambridge History of India*, V, 141-180, da a veces útiles detalles suplementarios, pero cuesta seguirlo. *Twilight of the Mughuls*, es un análisis de primera categoría, particularmente de la situación en los alrededores de Delhi a fines del siglo XVIII.

60. Para un análisis detallado de las preconcepciones inglesas, *cf.* STOKES, *English Utilitarians*, parte II. Cuando, a fines del siglo XIX, Baden-Powell tomó a su cargo la tarea de exponer esos sistemas tributarios con un mínimo de antecedentes a los administradores británicos, compuso tres volúmenes bien poco adecuados a tal fin. *Cf. Land Systems*. En el esbozo que sigue, me he atenido sobre todo a esa obra. STOKES, en *English Utilitarians*, 105, sugiere que Baden-Powell exagera a veces los aspectos empíricos del proceder británico; sin conocer lo bastante el tema para emitir una sentencia firme, más bien me inclino a creer que la exposición de Stoke exagera la influencia de las teorías inglesas.
61. BADEN-POWELL, *ibid.*, I, 401-402, 432-433; GRIFFITHS, *British Impact on India*, 170-171; GOPAL, *Permanent Settlement in Bengal*, 17-18. HABIB, en *Agrarian Systems*, menciona claros precedentes en la práctica local mogol en Bengala.
62. COHN, *Initial British Impact on India*, 424-431.
63. Sir Henry Thomas COLEBROOKE, *Remarks on the Husbandry and Internal Commerce of Bengal*, 30, 64, 92-93, 96-97.
64. *Cf.* BUCHANAN, *Journey from Madras*, sobre los mercados y el comercio: I, 19, 39, 40, 265-266; II, 452, 459; sobre los superiores: I, 2-3, 124, 298; II, 67. 187-188, 213, 296, 477; III, 88 e índice *s. v.* «ganda»; sobre los campesinos y la tierra: I, 271; II, 309; III, 34, 385, 427-428. El libro apareció en 1807.
65. *Cambridge History of India*, V, 473; BADEN-POWELL, *Land Systems*, III, 11, 19, 22.
66. GADGIL, *Industrial Evolution*, 37, 43, 45; ANSTEY, *Economic Development*, 146, 205, 208; RAJU, *Economic Conditions in Madras*, 164, 175, 177, 181. *Cf.* también DUTT,

India in the Victorian Age, para abundancia de interesantes materiales concretos ahora en gran parte inasequibles.

67. Véanse los materiales de Dutt, arriba citados y WOODRUFF, *Guardians*, 91.
68. BADEN-POWELL, *Land Systems*, II, 21; *cf.* también WOODRUFF *Founders*, 293-298, 301.
69. CHATTOPADHYAYA, *Sepoy Mutiny*, 94-95. *Influence of the Mutiny*, de Metcalf es un artículo muy iluminador, aunque pienso que el autor exagera el contraste entre las políticas británicas de antes y después del Motín.
70. *Cf.* METCALF, *ibid.*, para una buena exposición moderna de la tesis; KAYE, *Sepoy War*, I, cap. IV, para una buena versión antigua centrada en que la causa del Motín fue el resentimiento de las clases altas rurales.
71. CHATTOPADHAYAYA, *Sepoy Mutiny*, 100-101. Algunos de los autores británicos de antaño imputan el Motín principalmente a los musulmanes y llegan a tesis que atribuye objetivos demasiado definidos a lo que fue una revuelta sostener que fue una postrera tentativa para restaurar el Imperio mogol, caótica y, en algunas zonas, genuina, espontánea. Es cierto, sin embargo, que el Motín quedó circunscrito sobre todo a la parte musulmana del Norte de la India. Véase el interesante mapa que muestra los principales centros del Motín en *Sepoy Mutiny*, adjunto a la página 28, y su exposición en 150-153.
72. WOODRUFF, *Founders*, 255.
73. Se atribuyo a sir Charles Napier, conquistador de Sind en 1843, en WOODRUFF, *ibid.*, 327.
74. WOODRUFF, *ibid.*, 257. Sin duda el tolerante Akbar había también desaprobado la costumbre —aunque se abstuvo de tomar medidas contra ella. Woodruff le cita aquí indirectamente observando: «Hay un extraño comentario sobre la magnanimidad de los hombres que han de buscar su liberación por el sutosacrificio de sus viudas».
75. CHATTOPADHAYAYA, *Sepoy Mutiny*, 37.
76. *Ibid.*, 33-34.
77. Cf. KAYE, *Sepoy War*, I, 195-196, sobre la eliminación de las facilidades de cocinar por separado para las distintas castas en las cárceles; también CHATTOPADHYAYA, *ibid.*, 37, donde se afirma que en los ejércitos de Madrás y Bombay los soldados rasos estaban por encima de los prejuicios de casta. Pero nótese la reveladora proclama rebelde citada por la p. 103 de la última obra.
78. CHATTOPADHYAYA, *ibid.*, 95-97, 159-160.
79. Para una interpretación opuesta, que tiene el mérito de airear los componentes populares, *cf.* CHAUDHURI, *Civil Rebellion in the Indian Mutinies*, cap. VI. 80. Para algunos significativos contrastes debidos a las condiciones locales, *cf.* METCALF, *Struggle over Land Tenure*, 295-308.
81. Sobre el pimiento, véase la interesante exposición de BUCHANAN, *Journey from Madras*, II, 455, 465-466, 523; GADGIL, *Industrial Evolution*, 48-50, para el índigo y otros aspectos del sistema de plantación, ANSTEY, en *Economic Development*, 115, observa que las auténticas plantaciones estaban generalmente en manos de europeos.
82. Great Britain, *Report of Famine Commission 1880*, II, 125. Great Britain, *Report of Commission on Agriculture in India 1928*, 9, declara que el alza ya era patente cuando el hambre de 1837-1838. Datos censuales sobre el desarrollo de la población no se tienen hasta el primer censo, del año 1871, aunque es casi seguro que

el aumento empezó antes. Una tabla por décadas registra sólo incrementos considerables en períodos alternos de diez años hasta 1921; después el ritmo se acelera constante y rápidamente. *Cf.* DAVIS, *Population of India and Pakistan*, 26, 28.

83. DARLING, *Punjab Peasant*, 208.
84. MORELAND, *India at Death of Akbar*, 111-112; *Agrarian System*, ii, 126; *From Akbar to Aurangzeb*, 304. Darling, *ibid*, 168-169, cita numerosas zonas donde el prestamista era una figura importante ya en tiempos prebritánicos.
85. DARLING, *ibid.*, 6-7.
86. *Ibid.*, xxiii, 170.
87. *Ibid.*, 6-7, 167.
88. METCALF, *British and the Moneyender*, 295-307.
89. DARLING, *Punjab Peasant*, 180; GADGIL, *Industrial Evolution*, 166.
90. ANSTEY, *Economic Development*, 186-187; GADGIL, *ibid.*, 30-31, 164; DARLING, *ibid.*, 191, 197; India, *Report of Famine Inquiry Commission 1945*, 294.
91. Great Britain, *Report of Famine Commission 1880*, II, 130.
92. *Cf.* GADGIL, *Industrial Evolution*, 166.
93. India, *Report of Famine Inquiry Commission 1945*, 271.
94. DARLING, *Punjab Peasant*, 20; *cf.* también 218-222.
95. Great Britain, *Report of Commission on Agriculture in India 1928*, 442.
96. THIRUMALAI, *Postwar Agricultural Problems*, 178. Puede que ese juicio sea demasiado riguroso. *Cf.* LEWIS, *Village Live*, para una lista de innovaciones técnicas, algunas bastante importantes, en una sola aldea.
97. India, *Report of Famine Inquiry Commission 1945*, 288.
98. ANSTEY, *Economic Development*, 154.

99. India, *Census* 1951, VI, parte IA, 445-446.
100. METCALF, *Struggle over Land Tenure*, 299. Por las razones abajo indicadas, pienso que la valoración por Metcalf de los efectos favorables quizá sea demasiado optimista.
101. MUKERJEE, *Economic Problems*, I, 221-223, 227-228, 230.
102. India, *Report of Famine Inquiry Commission 1945*, 282.
103. *Ibid.*, 278.
104. India, *Census* 1951, VI, parte IA, 355.
105. *Ibid.*, IX, parte IA, 121-122.
106. *Ibid.*, 119.
107. *Cf.* RAGRAVAIYANGAR, *Madras*.
108. *Ibid.*, 132, 134.
109. *Ibid.*, 135-136.
110. *Ibid.*, 137, 135.
111. *Ibid.*, 133.
112. Great Britain, *Report of Famine Commission 1880*, II, 123.
113. MUKERJEE, *Economic Problems*, I, 223; GADGIL, *Industrial Evolution*, ix.
114. India, *Census* 1951, IV, parte I, 16, 60.
115. *Punjab Peasant*, 98.
116. Geat Britain, *Report of Famine Inquiry Commission 1945*, 442.
117. *Punjab Peasant*, 99, 109-110, 257.
118. *Ibid.*, 48.
119. *Ibid.*, 157-158. *Cf.* también el prefacio por E. D. Maclagan para los designios rectores de la política británica.
120. GADGIL, *Industrial Evolution*, 63; THIRUMALAI, *Postwar Agricultural Problems*, 131; India, *Report of Famine Inquiry Commission 1945*, 258.

121. India, *ibid.*, 265.
122. Buena exposición en THIRUMALAI, *ibid.*, 133, donde se dan las cifras pertinentes. *Cf.* también THORNER y THORNER, *Land and Labour*, cap. X, para un análisis detallado.
123. India, *Report of Famine Inquiry Commission 1945*, 258.
124. India, *National Sample Survey, Report on Land Holdings*, iv, 16. *Cf.* también tablas 4-3, 4-4, 14, 15.
125. PATEL, *Agricultural Labourers*, 7-8, 14-15. India, *Agricultural Labour Enquiry*, I, 19, informa que sobre un tercio de las familias rurales eran jornaleros agrícolas, y de ésos la mitad sin tierra. THORNER y THORNER, *Land and Labour*, cap. XIII, someten sus métodos de reunir los datos a una incisiva crítica; puntualizan que la *Enquiry* se concentró en los aspectos técnicos del muestreo, negligiendo casi totalmente las realidades sociales. De ahí que los análisis y categorías sean inservibles, o, peor que inservibles, seriamente engañosos.
126. NAIR, *Blossoms in the Dust*, 83, con datos extraídos del National Council of Applied Economic Research.
127. Para valiosas observaciones hechas en su fase inicial, cf. BUCHANAN, *Purnea*, 443; *Bhagalpur*, 193, 460, 468.
128. Véase el breve, pero penetrante ensayo de Lamb, *The Indian Merchant*, en SINGER, ed., *Traditional India*, 25-35.
129. ANSTEY, *Economic Development*, 208.
130. Para más detalles, *cf.* MISRA, *Middle Classes*, cap. XI.
131. Great Britain, *Report of Indian Statutory Commission*, I, 23.
132. GADGIL, *Business Communities*, IX. Los principales hechos económicos pueden hallarse en MISRA, *Middle Classes*, cap. VIII.
133. GADGIL, *ibid.*, 30, 66; BRECHER, *Nehru*, 52. También eran importantes al principio en el Congreso los intereses de las clases rurales hacendadas. *Cf.* MISRA, *ibid.*, 353.
134. MAJUMDAR *et al.*, *Avanced History*, 895, 928, 981.
135. BRECHER, *Nehru*, 176-177.
136. *Ibid.*, 72, 76.
137. *Ibid.*, 75.
138. *Speeches and Writings of Mahatma Gandhi*, 336-337, 341-342.
139. Gandhi no se propuso resueltamente la abolición de la intocabilidad hasta 1933, paso bien acogido por los británicos, pues esperaban que distraería la atención de las cuestiones políticas. *Cf.* NANDA, *Mahatma Gandhi*, 355.
140. *Economic and Industrial Life*, I, 119.
141. *Ibid.*, 123.
142. *Ibid.*, III, 178, 180. Véase también la declaración de 1934 reproducida en *ibid.*, 189.
143. *Ibid.*, 190-191.
144. *Ibid.*, 11, 157.
145. *Ibid.*, 162.
146. NANDA, *Mahatma Gandhi*, 188.
147. *Speeches and Writings*, 699-700.
148. *Economic and Industrial Life*, II, 159.
149. *Ibid.*, 160. *Cf.* también 163.
150. NANDA, *Mahatma Gandhi*, 135.
151. *Ibid.*, 165.
152. *Speeches and Writings*, 1.049-1.050.
153. *Ibid.*, 1.048.
154. BRECHER, *Nehru*, 202.
155. CHAUDHURI, *Civil Disturbances*. Consúltese el índice *s. v. peasantry* y *peasant moviments*. En la p. 28, nota 2, se enumeran ocho casos acontecidos en Bengala. De ésos, los de las notas 14, 15, 18, 22 y 23 conciernen a

grupos no hindúes. Hay otros dos episodios que tuvieron lugar fuera de Bengala; *cf.* 141, 172 para algunos de los principales sucesos. Mi conocimiento de la India no es lo bastante preciso para permitirme juzgar con exactitud qué casos reflejan y qué casos no reflejan condiciones sociales hindúes, toda vez que el Islam a menudo no es más que un delgado barniz sobre instituciones hindúes. Por otra parte, un movimiento nativista islámico que predicaba la igualdad de todos los hombres (los wahabis del caso 14) me parece aquí ajeno a nuestro tema. Estudio mucho más breve y escrito partiendo de una actitud radical socialista, más que nacionalista, es *Peasant Uprisings in India*, de Natarajan. El autor ha recopilado datos sobre cuatro series mayores de alzamientos: 1) la Rebelión Santal de 1855-1856, a cargo de un grupo aborigen no hindú; 2) la Huelga de los Cultivadores de índigo de 1860, caso especial relativo a una economía de plantación; 3) los Alzamientos Marathra o Tumultos del Decán de 1875, los únicos en que parecen haber participado campesinos hindúes ordinarios; y 4) los Alzamientos Moplah, espaciados entre 1836 y 1896, revueltas de cultivadores islámicos contra sus señores hindúes. Aun siendo muy útil, ese librillo incumple su intento de hallar una tradición radical de rebeldía entre los campesinos indios.

156. CHAUDHURI, *ibid.*, 172, 141, 65-66.
157. NATARAJAN, *ibid.*, 23, 26, 58.
158. SMITH, *Hyderabad*, 28-31, da una buena descripción general.
159. QURESHI, *Hyderabad*, I, 30.
160. *Ibid.*, 39, 61, 67.
161. *Ibid.*, 72.

162. *Ibid.*, 133-134. Telingana también se halla a veces en las grafías Telengana y Tilangana.
163. SMITH, *Hyderabad*, 32; HARRISON, *India*, 162.
164. SMITH, *ibid.*, 33.
165. *Cf. ibid.*, 33-40.
166. *Ibid.*, 45, 47.
167. *Cf.* OVERSTREET y WINDMILLER, *Communism in India*, para detalles. Desgraciadamente, ese grueso volumen refiere muy poco el comunismo a las tendencias sociales indias.
168. MELLOR, *India Since Partition*, 45.
169. HARRISON, India, 222-223, expone un buen ejemplo.
170. Algunos vívidos ejemplos en NEALE, *Economic Change*, 204-205.
171. BEALS, *Gopalpur*, 78.
172. *Cf.* BRECHER, *Nehru*, 509-510, para todo el episodio de la supresión de los controles de precios; 390, 395, para el duunvirato y para el carácter de Patel.
173. *Ibid.*, 432-436, 520, 528-530.
174. India, Planning Commission, *Third Five Year Plan*, 14, 23.
175. *Far Eastem Economic Review*, 1964 Yearbook, 174, 168. Hubo un leve descenso de los ingresos *per cápita*, se estima, en 1962-1963.
176. PATEL, *Indian Land Problem*, 402.
177. *Ibid.*, 477.
178. *Cf.* «Times of India Yearbook, 1960-1961», 102.
179. PATEL, *Indian Land Problem*, 478-479.
180. Planning Commission, *Third Five Year Plan*, 224-225. *Far Eastern Economic Review* (7-XI-63), 294, cita continuas críticas de la Planning Commission a los Estados por falta de progresos en la reforma agraria.

181. *Land and Labour*, 5. Nótense también en 4 sus reveladoras observaciones de primera mano sobre el escenario del primitivo Community Development Project, Etawah.
182. *Cf.* NEALE, *Economic Chante*, 257.
183. Cifras citada en MITRA, *Tax Burden*, 299.
184. Segunda edición (Oxford, 1929).
185. Dey, *Community Projects in Action*, 348. El ensayo entero es un buen ejemplo de la mística oficial que rodeó el Programa de Desarrollo de la Comunidad.
186. *Times of India*, 27-XI-1963.
187. Según la «Resolución de Nagpur», como se ha dado en llamarla. «El futuro modelo agrario debe ser el de la agricultura en común cooperativa, en que la tierra se juntará para el cultivo en común, reteniendo los labradores sus derechos de propiedad y recibiendo una parte del producto acto en proporción con la tierra». También los jornaleros sin tierra debían recibir una parte, no especificada. Véase el texto de «Congress Bulletin» (enero-febrero 1959), 22-23.
188. *Cf.* DUBE, *India's Changing Villages*, 22.
189. TINKER, *The Village in the Framework of Development*, 116-117. *Cf.* también RETZLAFF, *Case Study of Panchayats*, especialmente 43, 72 y 110.
190. MITRA, *Tax Burden*, 295.
191. India, *Report of Food Crisis*, 98. THORNER, en *Land and Labour*, cap. VIII, rechaza el *Report* como una precipitada maniobra política para divertir al gobierno de concentrarse en el desarollo industrial suscitando alarma por la agricultura. Aunque, a mi juicio, el *Report* no llega a la raíz del problema, sus observaciones pesimistas han sido acreditadas por el curso posterior de los hechos; contiene, además, algunos datos factuales de gran valor.

192. India, *ibid.*, 6, 85, 71.
193. DUBE, *India's Changing Villages*, 12; «Times of India Yearbook 1960-1961», 264; «Times of India», 27-XI-1963.
194. U. S. Department of Agriculture, *Foreign Agriculture* (10-II-1964).
195. Para una discusión más amplia de ese punto, *cf.* «Food Statistics in India», *Studies in Agricultural Economics*, III, 8-11.
196. India, *Report of Food Crisis*, 180.
197. *Madras in Maps and Pictures*, 41-42.
198. DUPUIS, *Madras*, 130-131, 144-145.
199. *Ibid.*, 125, 132, 151-152.
200. *Cf.*, p. ej., TINKER, *The Village in the Framework of Economic Development*, que constituye un buen informe breve y reciente inspirado en la referencias evaluados del Programa de Desarollo de la Comunidad; trata más de cuestiones políticas, sin embargo, que no de económicas. DUMONT, *Terres vivantes*, es una obra muy valiosa, pero bastante episódica. EPSTEIN, *Economic Development and Social Change*, es quizás el más útil de todos los estudios particulares. Otras valiosas fuentes incluyen: MAYER *et al.*, Pilot Project India, sobre la primera tentativa del desarrollo rural tras la independencia; el repertorio editado por MARRIOTT, *Village India*; MAYER, *Caste and Kinship*, LEWIS, *Village Life in Northern India*; DUBE, *Indian Village* e *India's Changing Villages*, ambos centrados en los estadios iniciales, pero bastante reveladores de los problemas básicos. SINGER, ed., *Traditional India*, y SRINIVAS, *Caste in Modern India*, son más generales, pero alumbran también puntos significativos.
201. EPSTEIN, *Economic Development and Social Change*.

202. BEALS, *Gopalpur*, 79, 82.
203. *Terres vivantes*, 144-145; *cf.* también 124-127.
204. SINGH, *Impact of Community Development*.
205. *Terres vivantes*, 139; BEALS, *Gopalpur*, 79, subraya que los hacendados podían ganar poco con mejoras en la situación económica de sus clientes. Ese estado de cosas difiere sobre manera del que se dio en el Japón al principio de los Meiji.
206. Para un buen estudio detallado de la casta como medio de control, *cf.* GOUGH, *Social Structure of a Tanjore Village*. Tal función de la casta trasciende más o menos claramente en todas las relaciones, si bien la de Gough me parece la mejor y más concisa de todas.
207. Incluso la casta puede resultar conciliable con la democracia. *Cf.* RUDOLPH y RUDOLPH, *Political Role of India's Caste Associations*, 5-22, donde los autores sostienen que las asociaciones de casta pueden proporcionar un mecanismo idóneo para llevar a un campesinado analfabeto a la arena democrática. Para el lado negativo, los rasgos utópicos y reaccionarios de las nociones indias tradicionales de consenso y las maneras como limitan las posibilidades de acción creativa por parte de la aldea en el desarrollo económico, véase el más pesimista ensayo de Rudolph, *Consensus and Conflict*, especialmente 396-397.
208. EPSTEIN, *Economic Development and Social Change*; sobre la caña de azúcar, 30, 31, 34, 35, 53; sobre el arroz y los contrastes entre uno y otro cultivo, 63-65; sobre la aldea «seca» y contrastes generales, cf. el capítulo final.
209. TINKER, *Village, in the Framework of Development*, 130-131, expone ese hecho y algunas de sus consecuencias de un modo bastante explícito.

210. Citado en Great Britain, *Report of Commission on Agriculture in India 1928*, 481.
211. Citado en India, *Census 1951*, VI, parte IA, 80.
212. Para una buena exposición de los antecedentes desde un punto de vista británico, *cf.* WOODRUFF, *Guardians*, 333-337.
213. Reconocen el problema algunos estudiosos indios de cuestiones agrarias. *Cf.* p. ej., KHAN, *Resource Mobilization from Agriculture and Economic Development in Agriculture*, 42-54, y MITRA, *Tax Burden*, aunque posponen los aspectos político a las tecnicidades económicas.

CAPÍTULO VII. *LA RUTA DEMOCRÁTICA HACIA LA SOCIEDAD MODERNA*

1. *Cf.* HINTZE, *Staat und Verfassung*, I, «Weltgeschichtliche Bedingungen der Repräsentativverfassung (1931)», 140-185; «Typologie der ständischen Verfassungen des Abendlandes (1930)», 120-139; y «Wesen und Verbreitung des Feudalismus (1929)», 84119. Para seguir la evolución de algunas de tales ideas hasta el presente, *cf.* COULBORN, ed., *Feudalism*.

CAPÍTULO VIII. *REVOLUCIÓN DESDE ARRIBA Y FASCISMO*

1. Cf. ROSENBERG, *Bureaucracy*; CARSTEN, *Origins of Prussia*.
2. SANSOM, *History of Japan*, I, 368.
3. MARX, *Selected Works*, II, «Germany Revolution and Counter-Revolution», escrito que se debe principalmente a Engels.

4. Polonia, Hungría, Rumania e incluso Grecia desarrollaron a poco más o menos tal secuencia. Aunque debo admitir que mi conocimiento de Latinoamérica es escaso, aventuro la apreciación de que gran parte de ella está aún en la fase de gobierno autoritario semiparlamentario.
5. Es probable que una de las razones por que el conservador Cavour tuvo tantas dificultades con el relativamente radical Garibaldi fuese la debilidad de las tradiciones militares entre la aristocracia rural italiana.
6. Para un brillante análisis de la situación en Alemania a fines del siglo XIX, *cf.* KEHR, *Schlachtflottenbau*, Weber, «Entwickelungstendenzen in der Lage der Ostelbischen Landarbeiter», en *Gesammelte Aufsätze*, especialmente 471-476, indica muy claramente la posición de los *Junker*.
7. Tales argumentos estuvieron muy en boga en Inglaterra como parte de la reacción a la Revolución Francesa. *Cf.* TURBERVILLE, *House of Lords*. La reforma *tory*, sin embargo, pudo ir prosperando en el curso del siglo XIX, cuando menos parcialmente gracias a que se trataba en el fondo de un simulacro de combate: la burguesía había triunfado, y sólo los más obtusos podían dejar de ver su prepotencia.
8. A ese respecto, Alemania y el Japón no son casos únicos, claro está. Desde la Segunda Guerra Mundial, la democracia occidental ha ido presentando cada vez más muchos de los mismos rasgos por razones *grosso modo* similares, si bien ya no tienen demasiado que ver con problemas agrarios. En algún lugar Marx observa que la burguesía reproduce en su fase declinante todos los males e irracionalidades contra las que había combatido otrora. Tal ha hecho igualmente el socialismo

en su afán por establecerse, permitiendo así a la democracia liberal del siglo XX mantener enhiesta su bandera de libertad, tan poluta y tan salpicada de sangre, poco menos que con hipocresía absolutamente cínica.
9. HAVÉLY, *History of the English People*, II, 19.
10. *Cf.* THOMPSON, *Making of Working Class*, que ofrece una excelente y detallada descripción de cómo vivían las clases bajas en la Inglaterra de aquel período. Las principales medidas del gobierno y algunos de sus efectos pueden verse en COLE y POSTGATE, *British People*, 132-134, 148-149, 157-159, 190-193. Para algunos valiosos detalles adicionales, *cf.* HALÉVY, *ibid.*, 23-25. Para la oposición aristocrática a la represión, *cf.* TREVELYAN, *History of England*, III, 89-92, y TURBERVILLE, *House of Lords*, 98-100.
11. GITERMANN, *Geschichte Russlands*, III, 403, 409-410; BERLIN, *Russkaya burzhuaziya*, 226-227, 236.
12. LEVITSKII, «Pravyya partii», *Obshchestvennoye avizheniye v Rossii*, III, 347472. *Cf.* especialmente 432, 370-376, 401, 353-355.
13. *Cf.* SAMRA, *Subhas Chandra Bose*, especialmente 78-79.
14. LAMBERT, *Hindu Communal Groups*.
15. LAMBERT, *ibid.*, 219.
16. Con decir que el fascismo fue «atavístico» no se le distingue suficientemente. También lo son movimientos revolucionarios, como he intentado mostrar en el próximo capítulo.
17. *Bread and Democracy*, 53, 55.
18. Para el voto rural, véase el mapa de Alemania indicativo de la distribución del voto nazi por áreas rurales en las elecciones de julio de 1932, con *Stadkreise* (distritos urbanos) suprimidos, en LOOMIS y BEEGLE, *Spread of German Nazism*, 726. Para el porcentaje del voto nazi

en la totalidad de Alemania, consúltense las estadísticas electorales de 1919 a 1933 reunidas en DITTMANN, *Das politische Deutschland*.

19. Compárese el mapa de Loomis y Beegle arriba citado con los mapas de las hojas insertadas VIII, VIIIa y I en SERING, *ed.*, *Deutsche Landswirtschatt*.
20. Impresos como apéndices en *Statistik des Deutschen Reichs* y menos detalladamente, pero en una sola página como hoja insertada IV, en SERING, *ed.*, *ibid.*
21. También los estudios especiales abonan la apreciación de que el hombre corriente que lo estaba pasando mal bajo condiciones capitalistas fue el más receptivo a la propaganda nazi. En Schleswig-Holstein, las comunidades aldeanes donde los nazis obtuvieron entre el 80 y el 100 por ciento de los votos pertenecían a la Geest, comarca de suelo pobre y pequeñas granjas, muy dependientes para los terneros y cerdos de mercados altamente sensibles. *Cf.* HEBERLE, *Social Movements*, 226, 228. Hallamos la misma combinación en partes de la provincia de Hannover. Cerca de Nuremberg, el voto nazi alcanzó del 71 al 83 por ciento en un área donde los precios del terreno eran relativamente bajos, predominaban las granjas de dimensiones medianas y explotación familiar y la agricultura, generalmente marginal, dependía del mercado urbano. *Cf.* LOOMIS y BEEGLE, *Spread of German Nazism*, 726, 727. *Cf.* también BRACHER *et al.*, *Machtergreifung*, 389-390, donde se sustancian y citan más testimonios que apuntan hacia la misma dirección.
22. BRACHER *et al.*, *ibid.*, 390-391.
23. *Mein Kampf*, 151-152. Para los más significativos aspectos factuales de la política nazi, *cf.* SCHWEITZER, *Nazification*, en *Third Reich*, 576-594.

24. Para las vicisitudes del programa agrario nazi, *cf.* WUNDERLICH, *Farm Labor*, parte III, «The Period of National Socialism».
25. SILONE, *Fascismus*, 107.
26. SCHMIDT, *Plough and Sword*, 34-38; SILONE, *ibid.*, 109; SALVEMINI, *Fascist Dictatorship*, 67, 73.
27. Citado por SCHMIDT, *ibid.*, 39-40.
28. Para cifras y detalles, *cf.* SCHMIDT, *ibid.*, 132-134, 66-67, 71, 113.

CAPÍTULO IX. *LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCIÓN*

1. ROBINSON, *Rural Russia*, 206, es explícito a ese respecto.
2. *Ibid.*, 144.
3. Como denotan las palabras «inmune» y «vulnerable», el inglés usual impone un sesgo conservador al análisis de las revoluciones: el supuesto implícito es que una sociedad «sana» es inmune a la revolución. De ahí que sea necesario puntualizar explícitamente que el autor lo rechaza. El análisis de por qué advienen o no revoluciones no implica ninguna inferencia *lógica* de aprobación, aunque ningún investigador está libre de tales parcialidades. Sospecho que cabría tejer un sólido argumento en pro de la tesis que las sociedades enfermas son aquellas en que las revoluciones son imposibles.
4. HSIAO, *Rural China*, 462.
5. Los alzamientos japoneses presentan algunos de los signos característicos de la fase inical de la modernización en Europa, hecho que dice bien con el feudalismo más centralizado del Japón, semejante a los regímenes europeos de monarquía absoluta. Ambos sistemas in-

tentaron preservar los privilegios y el *statu quo*. *Cf.* SANSOM, *History of Japan*, II, 208-210.

6. A primera vista, la India parece exceptuarse a esa generalización sobre la supervivencia de la sociedad campesina como causa de la revolución moderna. En parte ello es explicable por los impedimentos a la rebelión y revolución inherentes a la estructura social premoderna de la India, y también por la forma como se ha desarrollado allí hasta la fecha la modernización. Pero lo más importante de todo es que la misma apenas ha empezado en el campo indio. Tales son los fundamentos de mayor cuantía para sostener que la India no es en realidad una excepción. Quizá llegue a serlo. Las generalizaciones históricas no son leyes inmutables como las de la física: gran parte del curso de la historia refleja un esfuerzo por escapar a los límites que imponen las condiciones previas expresadas en semejantes generalizaciones.
7. CARSTEN, *Origins of Prussia*, parte I, especialmente 29-31, 41, 62, 64, 73-74, para detalles sobre la situación de los campesinos. STEIN, *Agrarverfassung*, I, añade algunos materiales relativos a las leyes.
8. CARSTEN, *ibid.*, 30-31.
9. *Ibid.*, 32, 34-35, 37-39.
10. *Ibid.*, 115.
11. *Ibid.*, 115.
12. AUBIN, *Geschichte des gutsherlich-bäuerlichen Verhältnisses*, 155-156.
13. STEIN, *Agrarverfassung*, I, 437-439.
14. *Ibid.*, I, 463-464.
15. CARSTEN, *Bauernkrieg*, 407. La débil resistencia de los campesinos alemanes contrasta fuertemente con el malestar y las revueltas que acompañaron y siguieron

al establecimiento de la servidumbre en Rusia por el mismo período. Es probable que tal diferencia se explique sobre todo por un hecho al que hemos prestado atención antes: en Rusia la servidumbre surgió en virtud de una situación política. Parte del proceso por que se estableció el absolutismo, la servidumbre fue un método de cultivar las tierras concedidas a los oficiales del zar para su mantenimiento. Además, según parece, dañó mucho menos a la aldea rusa que a la prusiana. Pese a perder gran parte de su autonomía, la comuna aldeana rusa (*mir*, o más precisamente *sel'skoe obshchestvo*) mantuvo muchísimo de su vigor. Para los cambios que tuvieron lugar en Rusia durante los siglos XVI y XVII, véase la excelente exposición de BLUM, *Lord and Peasant*, caps. 8-14; sobre el malestar campesino, 258, 267-268; sobre el *mir*, 510-512.

16. *Cf.* los tres mapas al final de FRANZ, *Bauernkrieg*.
17. WASS, *Grosse Wendung*, 13-15, 19.
18. FRANZ, *Bauernkrieg*, 84, 32, 26.
19. *Ibid.*, 45-52.
20. La tesis de WAAS, *Grosse Wendung*.
21. NABHOLZ, *Ursachen des Bauernkriegs*, 144-167, muestra muy claramente esa conexión para el área de Zürich. Véanse especialmente las páginas 162-163, 165, 167.
22. FRANZ, *Bauernkrieg*, 1-40.
23. WAAS, *Grosse Wendung*, 40-42.
24. El estudioso soviético Smirin ofrece datos sobre ese punto en *Ocherki istorii politicheskoi bor'by v Germanii*, cap. II. Smirin hace cuanto puede para probar la existencia de una «reacción señorial» y a veces fuerza el sentido de los datos hasta extremos ridículos: así cuando menciona prestaciones laborales de tres días al año

como indicio de su importancia (60). Pero probablemente está en lo firme cuando afirma que el carácter incierto y variable de las obligaciones trastornó a los campesinos (85).

25. WIESSNER, *Sachinhalt und Wirtschaftliche Bedeutung der Weistümer*, 26-29.
26. WIESSNER, *Geschichte des Dorfes*, 43-44, 60, 63, 70-71. Aunque la exposición se limita a Austria, es sumamente probable que diferencias del mismo tipo fuesen apareciendo por doquier.
27. Para el área de Zürich, NABHOLZ, *Ursuchen des Bauernkriegs*, 158-159; para Austria, WIESSNER, *ibid.*, 49, 50, 67; para Alemania, WAAS, *Grosse Wendung*, 37-38.
28. WAAS, *ibid.*
29. *Cf.* FRANZ, *Bauernkrieg*, 1-40.
30. Las aldeas campesinas premodernas no carecían por entero de mercados, claro está. Y hasta el moderno hombre de negocios suburbano puede enorgullecerse de cuatro tomates cultivados en su jardín. No sería menester concretar tanto si no fuese por los eruditos anticonceptuales que se deleitan en esforzarse por pisotear las distinciones históricas puntualizando trivialidades como ésas. Naturalmente, lo que importa es el papel cualitativo del mercado en el campo: su efecto en las relaciones sociales.
31. Para detalles sobre esa relación en la Francia del siglo XVII, véase PORCHNEV, *Soulèvements populaires*.
32. Ello parece contradecir la tesis de que la explotación objetiva es causa de revuelta. Pero uno y otro aserto no son necesariamente incompatibles. La relación entre el superior y la comunidad campesina puede volverse más explotadora sin que los campesinos se vuelvan más pobres, incluso aun cuando su situación material

mejore. Probablemente, se vuelve más explotadora siempre que las exacciones del superior aumentan y su contribución a la defensa de la seguridad aldeana disminuye. A mi juicio la mengua en el servicio del superior y su afán por «tomar» más, junto con una mejora económica general, han de engendrar enorme resentimiento. Contrastar esa manera de concebir la explotación objetiva con diversos casos sería una empresa muy ardua, pero remuneradora. Yo no la he abordado; formé tal concepto en el curso de una larga pugna por dar sentido a los datos, y lo presento como una hipótesis de trabajo que halla algún sostén en los mismos.

33. Instructiva relación desde un punto de vista radical en NATARAJAN, *Peasant Uprisings*, cap. IV.
34. ROBINSON, *Rural Russia*, 153, puntualiza que, de los veinte *guberniias* cuyos señores sufrieron las agresiones más graves durante los alzamientos campesinos de 1905, dieciséis mostraban un predominio del régimen de tenencia reparticional sobre las explotaciones hereditarias a través de casas campesinas individuales. Para el temor del gobierno a la solidaridad campesina, véase *ibid.*, 264.
35. Para una humilde ilustración, compárese lo que sucede cuando una familia numerosa tiene que organizar un enredoso pícnic en la playa, donde un niño recogerá leña, otro encenderá el fuego, etc., con lo que sucede durante la carrera matinal por el cuarto de baño.
36. *Cf. Eighteenth Brumaire*, 415.
37. *Cf.* BANFIELD, *Moral Basis of a Backward Society*, cap. 8, especialmente 147, 150-154.
38. Eso está particularmente claro en los disturbios que precedieron y acompañaron a la *Fronde*. *Cf.* PORCHNEV,

Soulèvements populaires, 118-131, 392-466. El autor ha demostrado sin lugar a dudas que la *Fronde* fue mucho más que una serie de enredos aristocráticos. Por razones que huelga aquí exponer, toda vez que forman parte del argumento entero que he tratado de presentar en este libro, rechazo su intento de identificar el absolutismo real con el feudalismo —característico también de otros autores marxistas.

39. *Cf.* SCHWARTZ, *Chinese Communism*.

EPÍLOGO. *IMÁGENES REVOLUCIONARIAS Y REACCIONARIAS*.

1. Algún día espero examinar más detenidamente las circunstancias en que aparece o deja de aparecer una crítica radical.
2. PARSONS, *Social System*, 205, hace de esa perspectiva un postulado estructurante explícito.
3. Para ambas citas, *cf.* NAMIER, *England*, 14-15.
4. Penetrante exposición breve del desarrollo del movimiento en Francia, con referencias a algunos de los puntos más generales, en *The Folklore of Royalism*, «Times Literary Supplement», 7 septiembre 1962.
5. El catonismo se inspira mucho en la protesta romántica contra la ciencia moderna y la civilización industrial moderna. Ciertamente, tal protesta no es del todo absurda. Buena parte de sus elementos aparecen en Spengler. Pero la conciencia de Spengler de que el arcaísmo nunca da fruto es bien ajena al catonismo.
6. Puede que el cristianismo medieval también antepusiera la muerte a la vida, pero difícilmente con el mismo énfasis explícito en la violencia y la destrucción. Aunque los elementos de mansedumbre, piedad y clemencia no han predominado en la práctica del cristianismo, lo distinguen con todo el catonismo.
7. *Cf.* el excelente estudio de SYME, *Roman Revolution*, caps. XXVIII-XXIX, especialmente 460-468 sobre Virgilio y Horacio. Considérese también la caída en desgracia de Petronio, la actitud de los historiadores romanos respecto a los intereses artísticos de Nerón y Calígula. El que el arte estalinista presente rasgos que he calificado de catonistas o derivados del catonismo tal vez parezca hacer dudosa toda la interpretación aquí sugerida. Pero ¿es ridículo sugerir que el socialismo, especialmente con Stalin, ha tomado e incorporado algunos de los rasgos más represivos de sus antagonistas históricos?
8. El Japón podría exceptuarse. Quizás esos obstáculos a la industrialización sólo son graves en economías agrarias más próximas al tipo de plantación. Las áreas junkers de Alemania seguían siendo en gran medida rurales; la sociedad rusa en conjunto, por supuesto, fue predominantemente rural hasta 1917. Pero en el Japón *hubo* también dificultades, y en la práctica fue preciso echar por la borda buena parte de la ideología rural.
9. En la China, según parece, no hubo campos comunes, pero la institución del clan, allí donde existió, entrañó hasta cierto punto la idea similar de que cada uno de sus miembros debía tener acceso a los recursos necesarios para cumplir ciertas funciones sociales.
10. *Agrarian Problems*, 333-334, 337-338.
11. *Cf.* JAMES, *Social Problems*, 99-106; la cita procede de 102. Para una compilación completa de los textos de Winstanley y su interpretación, *cf.* SABINE, *ed.*, *Works of Winstanley: A Declaration from the Poor Oppressed People*

of England (269-277) es especialmente significativo para los puntos arriba considerados.

12. LEFEBVRE, *Paysans du Nord*, 353; ver también X, 344, 350-351.
13. Véase LEFEBVRE, *Études*, 298-314.
14. Véase la detallada descripción de las condiciones sociales imperantes en la Picardía que hace DALIN, *Grakkh Babef*, cap. 3; también 104 para una reveladora cita de Babeuf sobre el valor de su experiencia como feudista.
15. Sobre la carta de Babeuf del 1.° de junio de 1786, hallada en los archivos del Instituto de Marxismo-Leninismo, *cf.* DALIN, *Grakkh Babef*, 95-109; sobre *fermes collectives*, *cf.* 99, donde Dalin afirma que Babeuf propugnó la idea de *fermes collectives* en una *mémoire* de 1785; yo no he encontrado ni rastro de la misma en el texto de una *mémoire* del 25 de noviembre de 1785 reproducida en ADVIELLE, *Babeuf*, II, (parte 2), 1-14. Tampoco aparece el término en el índice del final de ese volumen sobre la correspondencia de Babeuf con Dubois de Fosseux.
16. *Cf.* DOMMANGET, *Babeuf*, especialmente 103-121, 250-264. En 268, Babeuf habla del derecho de propiedad como una de las más deplorables creaciones del desvarío humano. Otros aspectos de su pensamiento relacionados con esta breve exposición en 91, 96, 186, 209-211.
17. Del *Manifeste des Égaux* (1796), según la traducción inserta en POSTGATE, *Revolution from 1789 to 1906*, 54, 55.
18. Berlín en la introducción a VENTURI, *Roots of Revolution*, VII, X, XVI, XXVIII.
19. Los observadores, tanto los extranjeros como los nacionales, ponen constantemente en boca de los campesinos la afirmación de que pertenecen al señor, pero que la tierra les pertenece a ellos. Para algunos ejemplos, *cf.* VENTURI, *ibid.*, 68-69. ¿Hasta qué punto expresa el auténtico pensamiento campesino y no distorsiones aristocráticas? La conducta de los campesinos hace muy dudoso que se consideraran como pertenecientes al señor.
20. VENTURI, *ibid.*, 211, 218.
21. YANG, *Religion*, 114. *Cf.* también *ibid.*, cap. IX, «Religion and Political Rebellion».

APÉNDICE

1. Para lectores con un conocimiento vago de los hechos, quizá no esté de más recordar que el Long Parliament estuvo reunido durante toda la Guerra Civil, desde el 3 de noviembre de 1640 hasta el 16 de marzo de 1660. Unas semanas antes de la ejecución del rey, que tuvo lugar el 30 de enero de 1649, fue depurado por el coronel Pride y quedó reducido al Rump («culo», «remanente»). El número de sus miembros fluctuó al compás de otros acontecimientos así antes como después de la ejecución y durante el Protectorado de Cromwell (1653-1658). No necesitamos aquí especificarlos.
2. BRUNTON Y PENNINGTON, *Long Parliament*, 19-20.
3. *Ibid.*, xix, *cf.* también xviii.
4. TREVELYAN, *History of England*, II, 185-187. Véase también la crítica de Brunton y Pennington por HILL, *Puritanism*, 14-24; Hill llama la atención sobre las distinciones geográficas en 16.
5. TAWNEY *Agrarian Problem*, 8.
6. *Ibid.*; EVERITT, *County Commitee of Kent*, 9.
7. EVERITT, *Suffolk*, 16-17.

8. MINGAY, *Size of Farms*, 470.
9. *Great Britain, Census of 1831, Parliamentary Papers*, XXXVI, ix.
10. *Ibid.*, LXXXVIII, xci y c. Todos los datos están expresados en números redondos, según el millar más próximo.
11. Véase CLAPHAM, *Economic History*, II, 263-265.
12. *Incidence of the Terror*, 97-98. Conviene recordar que los ejecutados no fueron más que una minoría de las víctimas y que no poseemos información sobre el resto. Pero aquí no hace falta planteamos si tales datos modificarían la tesis de Greer, porque las cuestiones pertinentes pueden discutirse dentro del marco de los hechos establecidos.
13. *Ibid.*, 35-37, 115; *cf.* también la Tabla VIII, 165.
14. Para no alargarme, dejo a un lado el problema de obtener datos estadísticos confiables. Ese problema es muy serio. A mi juicio, nadie debiera tratar de fundarse en la información estadística sin ponderar antes cuidadosamente *Accuracy of Economical Observations*, de Morgenstern, que evidencia sus aspectos dudosos en las sociedades con métodos avanzados de recoger estadísticas, y *Land and Labour in India*, de Thorner, especialmente el cap. XIII, que los evidencia para un país atrasado.
15. Véase a ese respecto WHITEHEAD, *Modes of Thought*, 195: «Así, pues, más allá de todas las cuestiones de cantidad, están las cuestiones de estructura, que son esenciales para la comprensión de la naturaleza. Separada de una estructura presupuesta, la cantidad no determinada». Las reservas de Whitehead sobre los métodos de las ciencias naturales y las matemáticas han de tomarse muy en serio, ya que, a diferencia de otros muchos críticos, conocía a fondo la materia de que hablaba.

BIBLIOGRAFÍA

Las obras enumeradas abajo están distribuidas en tres grupos. El primero contiene las obras sobre Alemania y Rusia en que se funda mi interpretación de su historia social, conforme indiqué en la Introducción. El segundo y más importante consta de las obras citadas en cada uno de los capítulos, por países, según el orden en que se han ido considerando. Por último, los casos dispersos de rigor que no encajan en ninguna parte andan mezclados en una categoría «cajón de sastre». En modo alguno se trata, pues, de una bibliografía completa o selecta, sino tan sólo de una especificación de las principales fuentes que he manejado.

I

ALEMANIA

AUBIN, Gustav, *Zur Geschichte des gutsherrlich-bäuerlichen. Verhältnisses in Ostpreussen von der Gründung des Ordensstaates bis zur Steinschen Reform*, Leipzig, 1911.

BRACHER, Karl Dietrich; SAUER, Wolfgang y SCHULZ, Gerhard, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, Colonia y Opladen, 1960.

CARSTEN, F. L., *The Origins of Prussia*, Londres, 1954, reimpreso en 1958.
— *Der Bauernkrieg in Ostpreussen 1525*, «International Review for Social History», III (1938), 398-409.
DITTMANN, Wilhelm, *Das politische Deutschland vor Hitler*, Zurich, 1945.
FRANZ, Günther, *Der deutsche Bauernkrieg*, Darmstadt, 1956.
GERSCHENKRON, Alexander, *Bread and Democracy in Germany*, Berkeley, 1943.
HAMEROW, Theodore S., *Restoration, Revolution, Reaction: Economics and Politics in Germany*, 1815-1871, Princeton, 1958.
HEBERLE, Rudolf, *Social Movements: An Introducción to Political Sociology*, Nueva York, 1951.
HITLER, Adolf, *Mein Kampf*, 141.ª ed., Munich, 1935.
KEHR, Eckart, *Schlachtflottenbau und Parteipolitik 1894-1901*, Berlín, 1930.
KRIEGER, Leonard, *The German Idea of Freedom*, Boston, 1957.
LOOMIS, Charles P. y BEEGLE, J. Allen, *The Spread of German Nazism in Rural Areas*, «American Sociological Review», XI (diciembre 1946), 724-734.
NABHOLZ, Hans, «Zur Frage nach den Ursachen des Bauernkriegs 1525», reimpreso en *Ausgewählte Aufsätze zur Wirtschaftsgeschichte* (Zurich, 1954). Publicado por primera vez en 1928.
PRERADOVICH, Nikolaus von, *Die Führungsschichten in Österreich und Preussen* (1804-1918), Wiesbaden, 1955.
ROSENBERG, Hans, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy: The Prussian Experience 1660-1815*, Cambridge, Massachusetts, 1958.
SCHORSKE, Carl E., *German Social Democracy 1905-1917*, Cambridge, Massachusetts, 1955.

SCHWEITZER, Arthur, *The Nazification of the Lower Middle Class and Peasants*, en *The Third Reich*, colección de ensayos publicada por el International Council for Philosophy and Humanistic Studies (Londres, 1955), 576-594.
SERING, Max, ed., *Die deutsche Landwirtschaft unter volks und weltwirtschaftlichen Gesichtspunkten dargestellt...*, publicado como Sonderheft 50, Neue Folge, Berichte über Landwirtschaft (Berlín, 1932).
SMIRIN, MM., *Ocherki istorii politicheskoi bor'by v Germanii pered reformatiei*, 2.ª ed., Moscú, 1952.
STEIN, Robert, *Die Umwandlung der Agrarverfassung Ostpreussens durch die Reform des neunzehnten Jahrhunderts*, vol. I, Jena, 1918.
WAAS, Adolf, *Die grosse Wende im deutschen Bauernkrieg*, Munich, 1939.
WEBER, Max, «Entwicklungstendenzen in der Lage der ostelbischen Landarbeiter», en *Gesammelte Aufsätze zur sozial- und wirtschaftsgeschichte* (Tübingen, 1924), 470-507.
WIESSNER, Hermann, *Beiträge zur Geschichte des Dorfes und der Dorfgemeinde in Österreich*, Klagenfurt, 1946.
— *Sachinhalt und Wirtschaftliche Bedeutung der Weistümer im Deutschen Kulturgebiet*, Baden, 1934.
WUNDERLICH, Frieda, *Farm Labour in Germany* 1810-1945, Princeton, 1961.

RUSIA

BERLIN, P. A., *Russkaya burzhuaziya v staroye i novoye vremya*, Moscú, 1922.
BLUM, Jerome, *Lord and Peasant in Russia: From the Ninth to the Nineteenth Century*, Princeton, 1961.

GITERMANN, Valentin, *Geschichte Russlands*, 3 vols., Zurich 1944-1949.
KLIUCHEWSKII, V., *Kurs russkoi istorii*, 5 vols., Moscú 1937.
LEVITSKII, V., «Pravyya partii», en *Obshchestvennoye dvizheniye v Rossii v nachale XX-go veka*, III (San Petersburgo, 1914), 347-472.
MAYNAR, Sir John, *Russia in Flux: Before October*, Londres, 1946.
MILIUKOV, P., *Ocherki po istorii russkoi kultury*, San Petersburgo, 1909.
ROBINSON, Geroid T., *Rural Russia under the Old Regime: A History of the Landlord Peasant World and a Prologue to the Peasant Revolution of 1917*, Nueva York, 1932.
VENTURI, Franco, *Roots of Revolution: A History of de Populist and Socialist Movements in Nineteenth Century Russia*; traducción inglesa de Francis Haskell, Londres, 1960.

II

INGLATERRA

ASHTON, T. S., *An Economic History of England: The Eighteenth Century*, Londres, 1955.
ASTON, Trevor, ed., *Crisis in Europe 1560-1660: Essays from Past and Present*, Londres, 1965.
AYDELOTTE, W. O., «The Business Interests of the Gentry in the Parliament of 1841-47», apéndice en CLARK, *The Making of Victorian England*, 290-305.
BOWDEN, Peter J., *The Wool Trade in Tudor and Stuart England*, Londres, 1962.
BRIGGS, Asa, *The Age of Improvement*, Londres, 1959.
— *ed., Chartist Studies*, Londres, 1962.

BRUNTON, D. y PENNINGTON, D. H., *Members of the Long Parliament*, Londres, 1954.
CAM, Helen M., *The Decline and Fall of English Feudalism*, «History», nueva serie, vol. XXV, núm. 99 (diciembre 1940), 216-233.
CAMPBELL, Mildred, *The Englisch Yeomen under Elizabeth and the Early Stuarts*, 2.ª ed., Londres, 1960.
CARUS-WILSON, E. M., ed., *Essays in Economic History*, vol. I, Londres, 1954; vol. II, Londres, 1962.
CECIL, Lord David, *Melbourne*; reimpreso, Nueva York, 1954.
— *Census of Great Britain in 1851: An Analytical Index*, Londres, 1954.
CHAMBEAS, J. D., *Enclosure and Labor Supply in the Industrial Revolution*, «Economic History Review», 2.ª serie, vol. V, núm. 3. (1953), 319-343.
CLAPHAM, J. H., *An Economic History of Modern Britain*, 3 vols., reimpreso, Cambridge, 1950-1952.
CLARK, G. Kitson, *The Making of Victorian England*, Londres, 1962.
COLE, G.D.H. y POSTGATE, Raymond, *The British People*, 1746-1946, Nueva York, 1947.
COOPER J. P., *The Counting of Manors*, «Economic History Review», 2.ª serie, vol. VIII, núm. 3 (abril 1956), 377-389.
DAVIES, E., *The Small Landowner, 1780-1832, in the Light of the Land Tax Assessments*, reimpreso en CARUS-WILSON, ed., *Essays in Economic History*, 270-294.
DEANE, Phillis y COLE, W. A., *British Economic Growth 1688-1959: Trends and Structure*, Cambridge, 1962.
EVERITT, Alan Milner, *The Country Committee of Kent in the Civil War*, «Occasional Papers», núm. 9 (1957), publicado por el University College of Leicester, Department of English Local History.

— *ed., Suttolk and the Great Rebellion 1640-1660*, Ipswich, 1961.
FIRTH, C. H., *Cromwell's Army*, 3.ª ed., Londres, 1921, reimpreso 1962.
GALLAGHER, John y ROBINSON, Ronald, *The Imperialism of Free Trade*, «Economic History Review», 2.ª serie, VI, núm. 1 (agosto 1953), 1-15.
GOODWIN, E. C. K., *Common Land and Enclosure*, Londres, 1912.
GOODWIN, A., ed., *The European Nobility in the Eighteenth Century*, Londres, 1953.
— *Great Britain, Census of 1831, Parliamentary Papers*, Sesión: 29 enero-29 agosto 1833, vol. XXXVI, Accounts and Papers, vol. 12.
— *Census of 1851*, Parliamentary Papers, Sesión: 4 noviembre-20 agosto 1853, Accounts and Papers, vol. 32, I.
HABAKKUK, H. J., *English Landownership*, 1680-1740, «Economic History Review», vol. X, núm. 1 (febrero 1940), 2-17.
HALÉVYE, Elie, *A History of the English People in the Nineteenth Century*; Traducido por E. I. Watkin, 6 vols., 2.ª ed. revisada, Londres, 1949-52.
HAMMOND, J. L. y Barbara, *The Village Labourer 1760-1832*, Londres, 1911.
HARDACRE, Paul H., *The Royalists during the Puritan Revolution*, La Haya, 1956.
HEXTER, J. H., *Reappraisals in History*, Evanston, 1961.
HILL, Christopher, *Puritanism and Revolution*, Londres, 1958.
HOSKINS, W. G., *The Midland Peasant: The Economic and Social History of a Leicestershire Village*, Londres, 1957.
JAMES, Margaret, *Social Problems and Policy during the Puritan Revolution 1640-1660*, Londres, 1930.

JOHNSON, Arthur H., *The Disappearance of the Small Landowner*, Oxford, 1909, reimpreso en 1963.
KERRIDGE, Eric, *The Returns of the Inquisition of Depopulation*, «English Historical Review», vol. LXX, núm. 275 (abril 1955), 212-228.
LANGER, William, *Europe's Initial Population Explosion*, «American Historical Review», vol. LXIX (1963), 1-17.
LEVY, Hermann, *Large and Small Holdings*, traducido con adiciones por el autor, Cambridge, 1911.
LIPSON, E. *The Economic History of England*. Vol. I: *The Middle Ages*; reimpreso (Londres, 1956) de la 7.ª ed., 1937, vols., II y III: *The Age of Mercantilism*; reimpresos (Londres, 1956) de la 3.ª ed., 1943.
MANNING, Brian, «The Nobles, the People, and the Constitution», en Aston, editor, *Crisis in Europe 1560-1660*, 247-269.
MATHER, F. C., *The Government and the Chartists*, en BRIGGS, ed., *Chartist Studies*, 385-394.
MINGAY, G. E., *English Landed Society in the Eighteenth Century*, Londres, 1963.
— *The Land Tax Assessment and the small Landowner*, «Economic History Review», 2.ª serie, vol. XVII, núm. 2 (diciembre 1964), 381-388.
— *The Size of Farms in the Eighteenth Century*, «Economic History Review», 2.ª serie, vol. XIV, núm. 3 (abril 1962), 469-488.
NAMIER, Sir Lewis, *England in the Age of the American Revolution*, 2.ª ed., Londres, 1961.
NEF, John U., *Industry and Government in France and England 1540-1640*; reimpreso de la edición de 1940, Ithaca, 1957.
PLUMB, J. H., *England in the Eighteenth Century*, Penguin Books, 1950.

POWER, Eileen, *The Wool Trade in English Medieval History*, Oxford, 1941.
SABINE, George H., ed., *The Works of Gerrard Winstanley*, Ithaca, 1941.
SEMENOV, V. F., *Ogorazhivaniya i krest'yanskiye dvizbeniya v Anglii XVI veka*, Moscú, 1949.
STONE, Lawrence, *The Crisis of the Aristocracy 1558-1641*, Oxford, 1965.
TATE, W. E., *Members of Parliament and the Proceedings upon Enclosure Bills*, «Economic History Review», vol. XII (1942), 68-75.
TAWNEY, R. H., *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century*, Londres, 1912.
— *The Rise of the Gentry 1558-1640*, reimpreso en CARUS-WILSON, ed., *Essays in Economic History*, 173-214.
THIRSK, Joan, *The Restoration Land Settlement*, «Journal of Modern History», vol. XXVI, núm. 4 (diciembre 1954), 315-328.
— *Tudor Enclosures*, Londres, 1959.
THOMPSON, E. P., *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963.
THOMPSON, F. M. L., *English Landed Society in the Nineteenth Century*, Londres, 1963.
TREVELYAN, G. M., *History of England*, 3 vols., reimpreso de la 2.ª edición revisada, Nueva York, 1953-1956.
TREVOR-ROPER, H. R., *The Gentry 1540-1640*, «Economic History Review Supplement», núm. 1 (1953).
TURBERVILLE, A. S., *The House of Lords in the Age of Reform 1784-1837*, Londres, 1958.
WOODWARD, E. L., *The Age of Reform 1815-1870*, Oxford, 1949.
YULE, George, *The Independents in the English Civil War*, Cambridge, 1958.

ZAGORIN, *The English Revolution 1640-1660*, «Journal of World History», vol. II, núm. 3 (1955), 668-681.
— *The Social Interpretation of the English Revolution*, «Journal of Economic History», vol. XIX (1959), 376-401.

FRANCIA

ADVIELLE, Victor, *Histoire de Gracchus Babeuf et du babouvisme*, 2 vols., París, 1884.
AUGÉ-LARIBÉ, Michel, *La politique agricole de la France de 1880 à 1949*, París 1950.
BARRER, Elinor G., *The Bourgeoisie in Eighteenth Century France*, Princeton, 1955.
BLOCH, Marc, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 2 vols., 2.ª ed., París, 1955-1956.
— *La lutte pour l'individualisme agraire dans la France du XVIIIe siècle*, «Annales d'Histoire Économique et Sociale», vol. II, núm. 7 (15 julio 1930), 329-381, y núm. 8 (15 octubre 1930), 511-556.
— *Sur le passé de la noblesse française; quelques jalons de recherche*, «Annales d'Histoire Économique et Sociale», VIII (julio 1936), 366-378.
BOIS, Paul, *Paysans de l'Ouest*, Le Mans, 1960.
BOURGIN, Georges, ed., *Le partage des biens communaux*, París, 1908.
CABRÉ, Henri, *La noblesse de France et l'opinion publique au XVIIIe siècle*, París, 1920.
COBB, Richard, *Les armées révolutionnaires*, 2 vols., París, 1961-1963.
COBBAN, Alfred, *The Parlements of France in the Eighteenth Century*, «History», nueva serie, vol. 35 (febrero-junio 1950), 64-80.

— *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge, 1964.
DALIN, V. M., *Grakkh Babef*, Moscú, 1963.
DOMMANGET, Maurice, *Pages choisies de Babeuf*, París, 1935.
DUBY, Georges, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'occident médiéval*, 2 vols., París, 1962.
— *The Folklore of Royalism*, «Times Literary Suplement» (Londres), 7 septiembre 1962.
FORD, Franklin L., *Robe and Sword: The Regrouping of the French Aristocracy after Louis XIV*, Cambridge, Massachusetts, 1953.
FORSTER, Robert, *The Nobility of Toulouse in the Eighteenth Century*, Baltimore, 1960.
— *The Noble Wine Producers of the Bordelais in the Eighteenth Century*, «Economic History Review», 2.ª serie, XIV, núm. 1 (agosto 1961), 18-33.
— *The Provincial Noble: A Reappraisal*, «American Historical Review», vol. LXVIII, núm. 3 (abril 1963), 681-691.
GÖHRING, Martin, *Die Amterkäuflichkeit im Ancien Régime*, Berlín, 1938.
— *Die Frage der Feudalität im Frankreich Ende des Ancien Régime und in der französischen Revolution (bis 17 Juli 1793)*, Berlín, 1934.
GOUBERT, Pierre, *Beauvais et le beauvaisis de 1600 à 1730*, París, 1960.
GREER, Donald, *The Incidence of the Terror during the French Revolution*, Cambridge, Massachusetts, 1935.
GUÉRIN, Daniel, *La lutte de classes sous la première république*, 2 vols., París, 1946.
HUNTER, Neil, *Peasantry and Crisis in France*, Londres, 1938.
JAURÈS, Jean, *Histoire socialiste de la Révolution française, édition revue par A. Mathiez*; vol. VI: La Gironde (París, 1923).

LABROUSSE, C. E., *La crise de l'économie française à la fin de l'ancien régime et au début de la Révolution*, 2 vols., vol. I (París, 1944).
— *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle*, París, 1932.
LAVISSE, Ernest, (dir.), *Histoire de France illustrée depuis les origines jusqu'à la Révolution*, (París, 1911).
LEFEBRE, Georges, *Études sur la Révolution française*, París, 1954.
— *La Grande Peur de 1789*, París, 1932.
— *Les paysans du Nord pendant la Révolution française*, París, 1959.
— *Questions agraires au temps de la Terreur*, 2.ª ed. revisada, La Roche-sur-Yon, 1954.
— *La Révolution française*, París, 1957.
L'HOMME, Jean, *La grande bourgeoisie en pouvoir 1830-1880*, París, 1960.
MATHIEZ, A., *La Révolution française*, 3 vols., 12.ª ed., París, 1954-1955.
— *La vie chère et le mouvement social sous la Terreur*, París, 1927.
NEF, John U., *Industry and Government in France and England 1540-1640*, Ithaca, 1957; reimpreso de la edición de 1940.
PORCHNEV, Boris, *Les soulèvements populaires en France de 1623 à 1648*, París, 1963.
POSTGATE, R. W., ed., *Revolution from 1789 to 1906*, Nueva York, 1962.
RUDÉ George, *The Crowd in the French Revolution*, Oxford 1959.
SAGNAC, Philippe, *La formation de la société française moderne*, 2 vols., París, 1945.
SAINT JACOB, P. de, *Les paysans de la Bourgogne du Nord au dernier siècle de l'ancien régime*, París, 1960.

SÉE, Henri, *Évolution commerciale et industrielle de la France sous l'ancien régime*, París, 1925.
— *Histoire économique de la France*, 2 vols., París, 1939.
SOBOUL, Albert, *Les Sans-culottes parisiens en l'an II*, 2.ª ed., París, 1962.
SOREAU, Edmond, *La Révolution française et le proletariat rural*, «Annales Historiques de la Révolution Française», vol. IX, núm. 50 (marzo-abril 1932), 116-127.
TILLY, Charles, *The Vendée*, Cambridge, Massachusetts, 1964.
USHER, Abbot Payson, *The History of the Grain Trade in France 1400-1710*, Cambridge, Massachusetts, 1913.
WRIGHT, Gordon, *Agrarian Syndicalism in Postwar France*, «American Political Science Review», vol. XLVII, núm. 2 (junio 1953), 402-416.
— *Catholics and Peasantry in France*, «Political Science Quarterly», vol. LXVIII, núm. 4 (diciembre 1953), 526-551.
— *Rural Revolution in France*, Stanford, 1964.

ESTADOS UNIDOS

ANDREANO, Ralph, ed. *The Economic Impact of the American Civil War*, Cambridge, Massachusetts, 1962.
APTHEKER, Herbert, *American Negro Slave Revolts*, Nueva York, 1943.
BEALE, Howard K., *The Critical Year: A Study of Andrew Johnson and the Reconstruction*, Nueva York, 1958; publicado por primera vez en 1930.
— «What Historians have said about the Causes of the Civil War», en *Theory and Practice in Historical Study*, A Report of the Committee of Historiography, Social Science Research Council (Nueva York, 1946), 53-102.
BEARD, Charles A. y MARY R., *The Rise of American Civilization*, 2 vols. en uno; edición revisada, Nueva York, 1940.
BENNETT, H. S., *Life on the English Manor: A Study of Peasant Conditions, 1150-1400*, Cambridge, 1956; primera edición, 1937.
COCHRAN, Thomas C., *Did the Civil War Retard Industrialization?*, reimpreso en ANDREANO, ed., *Economic Impact of the American Civil War*, 148-160.
CONRAD, Alfred H. y MEYER, John R., *The Economics of Slavery in the Ante Bellum South*, «Journal of Political Economy», vol. LXVI, núm. 2 (abril 1958), 95-130.
CRAVEN, Avery O., *The Coming of the Civil War*, 2.ª ed., Chicago, 1957.
— *The Growth of Southern Nationalism*, Baton Rouge, 1953.
CURRENT, Richard Nelson, *Old Thad Stevens: A Story of Ambition*, Madison, 1942.
DAVIS, Lance E. *et al.*, *American Economic History*, Homewood, 1961.
ELKINS, Stanley M., Slavery: *A Problem in American Institutional and Intellectual Life*, Chicago, 1959; reimpreso, Nueva York, 1963.
FONER, Philip S., *Business and Slavery: The New York Merchants and the Irrepressable Conflict*, Chapel Hill, 1941.
GATES, Paul W., *The Farmer's Age: Agriculture 1815-1860*, Nueva York, 1962.
GRAY, Lewis C., *History of Agriculture in Southern United States to 1860*, Nueva York, 1941.
HACKER, Louis M., *The Triumph of American Capitalism*, Nueva York, 1940.

NEVINS, Alan, *The Emergence of Lincoln*; vol. I: *Douglas, Buchanan and Party Chaos 1857-1859*, vol. II: *Prologue to Civil War 1859-1861*, Nueva York, 1950.
— *Ordeal of the Union*, vol. I, Nueva York, 1947.
NICHOLS, Roy F., *The Disruption of American Democracy*, Nueva York, 1948.
NORTH, Douglass C., *The Economic Growth of the United States 1790-1860*, Englewood Cliffs, 1961.
OWSLEY, Frank L., *Plain Folk of the Old South*, Baton Rouge, 1949.
PHILLIPS, Ulrich B., *Life and Labor in the Old South*, Boston, 1929.
RANDALL, J. G., y DONALD, David, *The Civil War and Reconstruction*, 2.ª ed., Boston, 1961.
RAYBACK, Joseph G., *The American Workingman and the Antislavery Crusade*, «Journal of Economic History», Vol. III, núm. 2 (noviembre 1943), 152-163.
SCHLESINGER, Arthur M., Jr., *The Age of Jackson*, Boston, 1945.
SHANNON, Fred A., *American Farmers Movements*, Princeton, 1957.
SHARKEY, Robert P., *Money, Class, and Party: An Economic Study of Civil War and Reconstruction*, Baltimore, 1959.
SHORTREED, Margaret, *The Antislavery Radicals: From Crusade to Revolution 1840-1868*, «Past and Present», núm. 16 (noviembre 1959), 65-87.
STAMPP, Kenneth M., *The Causes of the Civil War*, Englewood Cliffs, 1959.
— *The Era of Reconstruction 1865-1877*, Nueva York, 1965.
— *The Peculiar Institution*, Nueva York, 1956.
[STEVENS, Thaddeus], *Reconstruction, Speech of Hon. Thaddeus Stevens of* Pennsylvania, delivered in the *House of Representatives... December, 18 1865*, Washington, 1865.

WOODWARD, C. Vann, *Reunion and Reaction*; edición revisada, Nueva York, 1956.
ZAHLER, Helene S., *Eastern Workingmen and National Land Policy*, 1829-1862, Nueva York, 1941.

CHINA

Agrarian China: Selected Source Materials from Chinese Authors, Londres, 1939.
ALLEN, G. C. y DONNITHORNE, A. G., *Western Enterprise in Far Eastern Commercial Development*, Londres, 1954.
BALÁZS, Étienne, *Les aspects significatifs de la société chinoise*, «Études Asiatiques», vol. VI (1952), 77-87.
— *Chinese Civilization and Bureaucracy: Variations on a Theme*; selección de sus escritos, traducida por H. M. Wright, editada por Arthur F. Wright, New Haven, 1964.
BEAL, Edwin George, Jr., *The Origin of Likin (1853-1864)*, Cambridge, Massachusetts, 1958.
BERKOV, Robert, *Strong Man of China: The Story of Chiang Kai-shek*, Cambridge, Massachusetts, 1938.
BLAND, J. O. P. y BACKHOUSE, E., *Chine under the Empress Dowager*, Londres, 1911.
BRANDT, Conrad, *Stalin's Failure in China 1924-1927*, Cambridge, Massachusetts, 1958.
BRANDT, Conrad; SCHWARTZ, Benjamin y FAIRBANK, John K., *A Documentary History of Chinese Communism*, Cambridge, Massachusetts, 1952.
BUCK, John Lossing, *Land Utilization in China*, Chicago, 1937.
CAMERON, Meribeth E., *The Reform Movement in China 1898-1912*, Stanford, 1931.

CHANG, Chung-li, *The Chinese Gentry*, Seattle, 1955.
— *The Income of the Chinese Gentry*, Seattle, 1962.
CH'EN, Jerome, *Mao and the Chinese Revolution*, Londres, 1965.
CHIANG KAI-SHEK, *China's Destiny*; traducción autorizada de Wang Chung-hui, Nueva York, 1947.
CHIANG, Siang-tseh, *The Nien Rebellion*, Seattle, 1954.
China — United States Agricultural Mission, *Report* (U. S. Office Of Foreign Agricultural Relations, Report núm. 2), Washington, 1947.
CH'O, T'ung-tsu, *Local Government in China under the Ch'ing*, Cambridge, Massachusetts, 1962.
CROOK, David y Isabel, *Revolution in a Chinese Village: Ten Mile Inn*, Londres, 1959.
DEGROOT, J. J. M., *Secretarianism and Religious Persecution in China*, 2 vols., Amsterdam, 1903-1904.
EBERHARD, Wolfram, *Chinas Geschichte*, Berna, 1948.
— *Conquerors and Rulers: Social Forces in Medieval China*, Leiden, 1952.
FEI, Hsiau-tung, *Peasant Life in China: A Field Study of Country Life in the Yangtze Valley*, Nueva York, 1946.
FEI, Hsiau-Tung y CHANG, Chih-i, *Earthbound China: A Study of Rural Economy in Yunnan*, Londres, 1948.
FEUERWERKER, Albert, *China's Early Industrialization: Sheng Hsuan-huai (1844-1916) and Mandarin Enterprise*, Cambridge, Massachusetts, 1958.
— *China's History in Marxian Dress*, «American Historical Review», vol. XLVI, núm. 2 (enero 1961), 323-353.
FITZGERALD, C. P., *Revolution in China*, Londres, 1952.
FRANKE, Wolfgang, *The Reform and Abolition of the Traditional Chinese Examination System*, Cambridge, Massachusetts, 1960.
FREEDMAN, Maurice, *Book review of Chung-li Chang*, «The Chinese Gentry, Pacific Affairs», vol. XXIX, núm. 1 (marzo 1956), 78-80.
FRIED, Morton H., *The Fabric of Chinese Society: A Study of the Social Life of a Chinese County Seat*, Nueva York, 1953.
GAMBLE, Sidney D., *Ting Hsien: A North China Rural Community*, Nueva York, 1954.
HINTON, Harold C., *The Grain Tribute System of China 1845-1911*, Cambridge, Massachusetts, 1956.
HO, Ping-ti, *The Ladder of Success in Imperial China*, Nueva York, 1962.
— *Studies on the Population of China 1368-1953*, Cambridge, Massachusetts, 1959.
HOLCOMBE, Arthur M., *The Chinese Revolution*, Cambridge, Massachusetts, 1930.
HSIAO, Kung-chuan, *Rural China: Imperial Control in the Nineteenth Century*, Seattle, 1960.
ISAACS, Harold R., *Tragedy of the Chinese Revolution*; edición revisada, Stanford, 1951.
JAMIESON, George, *et al.*, *Tenure of Land in China and Condition of the Rural Population*, «Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland», North China Branch (Shanghai) *n. s.*, XXIII (1888) (publicado en Shanghai, 1889), 59-174.
JOHNSON, Chalmers A., *Peasant Nationalism and Communist Power: The Emergence of Revolutionary Power 1937-1945*, Stanford, 1962.
KHOKHLOV, A. N., *Agrarnye otnosheniya v Kitai vo vtoroi polovine XVIII-nachale XIX v.*, «Kratkie Soobshcheniya Narodov Azii», núm. 53 (1962), 95-115.
LAMB, Jefferson D. H., *Development of the Agrarian Movement and Agrarian Legislation in China 1912-1930*, Peiping, 1931.

LANG, Olga, *Chinese Family and Society*, New Haven, 1946.
LATTIMORE, Owen, «The Industrial Impact on China, 1800-1950», en *First International Conference of Economic History*, Stockholm, August, 1960 (Parts, 1960), 103-113.
LEE, Mabel Ping-hua, *The Economic History of China*, Nueva York, 1921.
LEVY, Marion J., Jr. y SHIH, Kuo-shen, *The Rise of the Modern Chinese Business Class*; mimeografiado, Nueva York, 1949.
LINEBARGER, Paul M., *The China of Chiang K'ai-shek*, Boston, 1941.
LIU, F. F., *A Military History of Modern China 1924-1949*, Princeton, 1956.
LIU, Hui-chen Wang, *Traditional Chinese Clan Rules*, Locust Valley, 1959.
MASPERO, Henri y ESCARRA, Jean, *Les institutions de la Chine*, París, 1952.
MORSE, H. B., *Trade and Administration of the Chinese Empire*, Londres, 1908.
NORTH, Robert C., *Moscow and the Chinese Communists*, Stanford, 1953.
SCHWARTZ, Benjamin I., *Chinese Communism and the Rise of Mao*, Cambridge, Massachusetts, 1951.
SHEN, N. C., *The Local Government of China*, «Chinese Social and Political Science Review», vol. XX, núm. 2.ª (julio 1936), 163-201.
TAWNEY, R. H., *Land and Labor in China*, Londres, 1932; reimpreso, Nueva York, 1964.
WEBER, Max, «Konfuzianismus and Taoismus», *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, vol. I (4.ª ed., Tübingen, 1947), 276-536.
WITTFOGEL, Karl A., *Oriental Despotism: A Comparative Study of Total Power*, New Haven, 1957.

WRIGHT, Mary Glabaugh, *The Last Stand of Chinese Conservatism*, Stanford, 1957.
YANG, C. K., *The Chinese Family in the Communist Revolution*, Cambridge, Massachusetts, 1959.
— *A Chinese Village in Early Communist Transition*, Cambridge, Massachusetts, 1959.
— *Religion in Chinese Society: A Study of Contemporary Social Functions of Religion and some of their Historical Factors*, Berkeley, 1961.
YANG, Martin C., *A Chinese Village: Taitou, Shantung Province*, Nueva York, 1945.

JAPÓN

ALLEN, G. C., *A Short Economic History of Modern Japan: 1867-1937*, Londres, 1946; 2.ª ed., Londres, 1962.
ASAKAW, K., *Notes on Village Government in Japan*, Part I, «Journal of the American Oriental Society», vol. XXX (1910), 259-300; y *Notes on Village Government in Japan*, Part II, vol. XXX (1911), 151-216.
BEARDSLEY, Richard K., *et al.*, *Village Japan*, Chicago, 1959.
BEASLEY, W. G., *Feudal Revenue in Japan at the Time of the Time of the Medi Restoration*, «Journal of Asian Studies», vol. XIX, núm. 3 (mayo 1960), 255-271.
BELLAH, Robert N., *Tokugawa Religion: The Values of the Pre-Industrial Japan*, Glencoe, 1957.
BENEDICT, Ruth, *The Chrysantemum and the Sword*, Nueva York, 1946.
BORTON, Hugh, *Japan Since 1931: Its Political and Social Developments*, Nueva York, 1940.
— *Peasant Uprisings in Japan of the Tokugawa Period*, Nueva York, 1937.

BROWN, Delmar M., *Nationalism in Japan*, Berkeley, 1955.
COSEN, Jerome B., *Japan's Economy in War and Reconstruction*, Minneapolis, 1949.
COLEGROVE, Kenneth W., *Militarism in Japan*, Boston, 1936.
COURANT, Maurice, «Les clans japonais sous les Tokugawa», *Conférences faites au Musée Guimet*, 15, I parte (Parts, 1903-1905).
CRAIG, Albert M., *The Restoration Movement in Choshu*, «Journal of Asian Studies», vol. XVIII, núm. 2 (febrero 1959), 187-197.
— *Choshu in the Meiji Restoration*, Cambridge, Massachusetts, 1961.
CROWLEY, James B., *Japanese Army Factionalism in the Early 1930's*, «Journal of Asian Studies», vol. XXI, núm. 3 (mayo 1962), 309-326.
DORE, R. P., *Agricultural Improvement in Japan: 1870-1900*, «Economic Development and Cultural Change», vol. IX, núm. 1, II part (Octubre 1960), 69-91.
— *Land Reform in Japan*, Oxford, 1959.
— *The Meiji Landlord: Good of Bad?*, «Journal of Asian Studies», vol. XVIII, núm. 3 (mayo 1959), 343-355.
DORE, R. P. y SHELDON, C. D., cartas en «Journal of Asian Studies», vol. XVIII, núm. 4 (agosto 1959), 507-508, y vol. XIX, núm. 2 (febrero 1960), 238-239.
EMBREE, John F., *Suye Mura: A Japanese Village*, Chicago, 1939.
FUKUDA, Tokuzo, *Die Gesellschaftliche and Wirtschaftliche Entwicklung in Japan*, Suttgart, 1900.
HALL, John W., *Feudalism in Japan — A Reassessment*, «Comparative Studies in Society and History», vol. V, núm. 1 (octubre 1962), 15-51.
HAROOTUNIAN, Harry D., *The Economic Rehabilitation of the Samurai in the Early Meiji Period*, «Journal of Asian Studies», vol. XIX, núm. 4 (agosto 1960), 433-4.

HONJO, E., *Social and Economic History of Japan*, Kyoto, 1935.
IKE, Nobutaka, *The Beginnings of Political Democracy in Japan*, Baltimore, 1950.
LADEJINSKY, W., *Farm Tenancy and Japanese Agriculture*, «Foreign Agriculture» (publicada por el Bureau of Agricultural Economics, U. S. Department of Agriculture), vol. I, núm. 9 (septiembre 1937), 425-446.
LA MAZELIÈRE, Antoine Rous de, *Le Japon, histoire et civilisation...*, 8 vols., París, 1907-1923.
LOCKWOOD, William W., *The Economic Development of Japan*, Princeton, 1954.
MARUYAMA, Masao, *Thought and Behavior in Modern Japanase Politics*, Oxford, 1963.
MATSUI, Shichiro, *Silk Industry, Encyclopaedia of the Social Sciences* (Nueva York, 1937), vol. XIV, 52-57.
MORRIS, Morris D., *The Problem of the Peasant Agriculturist in Meiji* Japan, 1873-1885, «Far Eastern Quarterly», vol. XV, núm. 3 (mayo 1956), 357-370.
MURDOCH, James A., *A History of Japan*, 3 vols., Londres, 1925-1926.
NASU, Shiroshi, *Aspects of Japanese Agriculture*, Nueva York, 1941.
NORMAN, E. Herbert, *Ando Shoeki and the Anatomy of Japanese Feudalism*, «Transactions of the Asiatic Society of Japan», 3.ª serie, vol. II (diciembre 1949).
— *Japan's Emergence as a Modern State: Political and Economic Problems of the Meiji Period*, Nueva York, 1940.
— *Soldier and Peasant in Japan: The Origins of Conscription*, Nueva York, 1943.
OKHAWA, Kazushi y ROSOVSKY, Henry, *The Role of Agriculture in Modern Japanese Economic Development*, «Economic Development and Cultural Change», vol. IX, núm. 1, II parte (Octubre 1960), 43-67.
RAMMING, Martin, «Die Wirtschaftliche Lage der Samurai

am Ende der Tokugawa-periode», *Mitteilungen der Deutschen Gesellschaft für Natur and Völkerkunde Ostasiens*, vol. XXII, parte A (Tokyo, 1928), 1-47.
REISCHAUER, Edwin O., *Japanese Feudalism*, en COULBURN, Rushton, *ed.*, *Feudalism in History* (Princeton, 1956).
REISCHAUER, Robert K., *Japan: Government-Politics*, Nueva York, 1939.
SANSOM, Sir George, *A History of Japan*, 3 vols.; vol. I: To 1334 (Stanford, 1958); vol. II: 1334-1615 (Stanford, 1961); vol. III: 1615-1867 (Stanford, 1963).
— *Japan: A Short Cultural History*, Nueva York, 1943.
— *The Western World and Japan*, Nueva York, 1950.
SCALAPINO, Robert A., *Democracy and the Party Movement in Prewar Japan*, Berkeley, 1953.
SCOTT, J. W. Robertson, *The Foundations of Japan*, Nueva York, 1922.
SHELDON, Charles David, *The Rise of the Merchant Class in Tokugawa Japan 1600-1868*, Locust Valley, 1958.
SMITH, Thomas C., *Agrarian Origins of Modern Japan*, Stanford, 1959.
— *The Land Tax in the Tokugawa Period*, «Journal of Asian Studies», vol. VIII, núm. 1 (noviembre 1958), 3-19.
— *Landlords' Sons in the Business Elite*, «Economic Development and Cultural Change», vol. IX, núm. 1, II parte (Octubre 1960), 93-107.
— *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880*, Stanford, 1955.
STORRY, Richard, *The Double Patriots: A Study of Japanese Nationalism*, Boston, 1957.
TAEUBER, Irene B., *The Population of Japan*, Princeton, 1958.
TAKEKOSHI, Y., *Land Tenure, China and Japan, Encyclopaedia of the Social Sciences* (Nueva York, 1937), IX, 112-118.

TAKIZAWA, Matsuyo, *The Penetration of Money Economy in Japan and its Effects upon Social and Political Institutions*, Nueva York, 1927.
TANIN, O. y YOHAN, E., *Militarism and Fascism in Japan*, Nueva York, 1934.
TOTTEN, George O., *Labor and Agrarian Disputes in Japan Following World War I*, «Economic Development and Cultural Changes, vol. IX, núm. 1, II parte (octubre 1960), 192-200.
TSUNODA, Ryusaku, *et al.*, compiladores, *Sources of Japanese Tradition*, Nueva York, 1958.

INDIA

ANSTEY, Vera, *The Economic Development of India*, 4.ª ed., Londres, 1952; publicado por primers vez en 1929.
BADEN-POWELL, B. H., *The Indian Village Community*, Londres, 1896.
— *Land Systems of British India*, 3 vols., Oxford, 1892.
BAILEY, F. G., *Caste and the Economic Frontier*, Manchester, 1959.
BEALS, Alan R., *Gopalpur: A South Indian Village*, Nueva York, 1963.
BLUNT, E. A. H., *Caste System of Northern India*, Londres, 1931.
— *Economic Aspect of the Caste System*, en MUKERJEE, *ed. Economic Problems*, 63-81.
BRAIBANTI, Ralph y SPENGLER, Joseph, *eds.*, *Administration and Economic Development in India*, Durham, 1963.
BRAINE, F. L., *The Remaking of Village India*, 2.ª ed., Oxford, 1929.
BRECHER, Michael, *Nehru: A Political Biography*, Oxford, 1959.

BROWN, D. Mackenzie, *Traditions of Leadership*, en PARK y TINKER, *eds.*, *Leadership and Political Institutions in India*, 1-17.
BUCHANAN, Francis, *An Account of the District of Bhagalpur in 1810-1811*, Patna, 1939.
— *An Account of the District of Purnea in 1809-1810*, Patna, 1928.
— *An Account of the District of Shahabad in 1809-1810*, Patna, 1934.
— *A Journey from Madras through the Countries of Mysore, Canara, and Malabar...*, 3 vols., Londres, 1807.
Cambridge History of India, 6 vols., Cambridge, 1922-1937.
CAMPBELL, Sir George, *Modern India*, Londres, 1852.
CATTOPADHYAYA, Haraprasad, *The Sepoy Mutiny 1857: A Social Study and Analysis*, Calcutta, 1957.
CHAUDHURI, S. B., *Civil Disturbances During the British Rule in India 1765-1857*, Calcutta, 1955.
— *Civil Rebellion in the Indian Mutinies 1857-1859*, Calcutta, 1957.
COHN, Bernard S., *The Initial British Impact on India*, «Journal Of Asian Studies», vol. XIV, núm. 4 (agosto 1960), 424-431.
COLEBROOKE, Sir Henry Thomas, *Remarks on the Husbandry and Internal Commerce of Bengal*, Calcuta, 1804.
DARLING, Sir Malcolm, *The Punjab Peasant in Prosperity and Debt*, 4.ª ed., Oxford, 1947.
DAMS, Kingsley, *The Population of India and Pakistan*, Princeton, 1951.
DEY, Sushil K., *Community Projects in Action in India*, en PARK y TINKER, *eds.*, *Leadership and Political Institutions in India*, 347-357.
DUBE, S. C., *India's Changing Villages*, Ithaca, 1958.
— *Indian Village*, Londres, 1955.

DUBOIS (Abbé), Jean Antoine, *Hindu Manners, Customs and Ceremonies*; traducido y editado por Henry K. Beauchamp, 2 vols., Londres, 1897.
DUMONT, Rend, *Terres vivantes: Voyages d'un agronome autour du monde*, Paris, 1961.
DUPUIS, Jacques, *Madras et le Nord du Coromandel*, Paris, 1960.
DUTT, Romesh, *The Economic History of India in the Victorian Age*, 7.ª ed., Londres, 1950; editado por primera vez en 1903.
— *The Economic History of India Under Early British Rule*, 7.ª ed., Londres, 1950; publicado por primers vez en 1901.
EPSTEIN, T. Scarlett, *Economic Development and Social Change in South India*, Manchester, 1962.
«Far Eastern Economic Review» (Hongkong), números de 1963 y anuarios de 1960-1964.
Ford Foundation, *Report*. Cf. India: Agricultural Production Team.
GADGIL, D. R., *The Industrial Evolution of India in Recent Times*, 4.ª ed., Oxford, 1942; publicado por primera vez en 1924.
— *Notes on the Rise or the Business Communities in India*, a Preliminary Memorandum Not for Publication by Members of the Staff of the Gokhale Institute of Politics and Economics, Poona, with Introduction by D. R. Gadgil, Nueva York, 1951.
GANDHI, M. K., *Economic and Industrial Life and Relations*, compilado y editado por V. B. Kher, 3 vols., Ahmedabed, 1957.
— *Speeches and Writings of Mahatma Gandhi*, 4.ª ed., Madrás, 1933.
GOPAL, S., *The Permanent Settlement in Bengal and its Results*, Londres, 1949.

GOUGH, Kathleen, *The Social Structure of a Tanjore Village*, en MARRIOTT, *ed.*, *Village India*, 30-52.

Great Britain: Indian Famine Commission, *Report of the Indian Famine Commission... Presented to Parliament*, I y II partes, Londres, 1880.

— Indian Statutory Commission, *Report of the Indian Statutory Commission... Presented by the Secretary of State for the Home Department to Parliament... May 1930*, 17 vols., Londres, 1930.

— *Royal Commission on Agriculture in India, Report... Presented to Parliament, June 1928*; abreviado, Londres, 1928.

GRIFFITHS, Sir Percival, *The British Impact on India*, Londres, 1952.

HABIB, Irfan, *The Agrarian System of Mogul India 1556-1707*, Londres, 1963.

HARRISON, Selig, *India: The Most Dangerous Decade*, Princeton, 1960.

HUTTON, J. H., *Caste in India*, Cambridge, 1936.

India: Agricultural Production Team, *Report of India's Food Crisis and Steps to Meet it*; patrocinado por la Ford Foundation, editado por el Ministry of Food and Agriculture y el Ministry of Community Development and Cooperation, abril 1959.

— Cabinet Secretariat, Central Statistical Organisation, *Statistical Abstract*, India 1957-58. Nuevas series, núm. 8, Nueva Delhi, 1959.

— Cabinet Secretariat, Indian Statistical Institute, *The National Sample Survey. Eighth Round: July 1954-March 1955. N.° 10: First Report on Land Holdings, Rural Sector*, Delhi, 1958.

— *Census 1951*. Diversos volúmenes, publicados en los diferentes Estados en 1953. Vol. VI (Bengala Occidental, Sikkim y Chandernagore), Part IA — Report, Delhi, 1953.

— Directorate of Economics and Statistics, *Studies in Agricultural Economics*, III, Third Issue (Delhi, 1960), con «Food Statistics in India».

— Famine Inquiry Commission, *Final Report*, Delhi, 1945.

— Ministry of Labour, *Agricultural Labour Enquiry*. Vol. I: All India, Nueva Delhi, 1954.

— Planning Commission, *Third Five Year Plan*, Delhi, 1961.

Indian National Congress, All-India Congress Committee, «Congress Bulletin», enero-febrero 1959.

KAYE, John William, *A History of the Sepoy War in India 1857-1858*, 3 vols., Londres, 1864-1876.

KHAN, N. A., Resource *Mobilization from Agriculture and Economic Development in India*, «Economic Development and Cultural Change», XII, núm. 1 (octubre 1963), 42-54.

LAMB, Helen, *The Indian Merchant*, en SINGER, ed., *Traditional India*, 25-35. LAMBERT, Richard D., *Hindu Communal Groups*, en PARK y TINKER, eds., *Leadership and Political Institutions in India*, 211-224.

LEWIS, Oscar, *Village Life in Northern India*, Urbana, 1958.

Madras in Maps and Pictures; publicado por el Director of Information and Publicity, Madrás, 1959.

MAJUMDAR, R. C; RAYCHAUDHURI, H. C. y DATTA, K., *An Advanced History of India*, Londres, 1950.

MARRIOTT, McKim, ed., *Village India: Studies in the Little Community*, American Anthropological Association, Memoria núm. 83, junio 1955.

MAYER, Adrian C., *Caste and Kinship in Central India*, Londres, 1960.

MAYER, Albert, *et al.*, *Pilot Project, India: The Story of Rural Development at Etawah*, Uttar Pradesh, Berkeley, 1958.

MELLOR, Andrew, *India Since Partition*, Londres, 1951.
METCALF, Thomas R., *Struggle over Land Tenure in India 1860-1868*, «Journal of Asian Studies», vol. XXI, núm. 3 (mayo 1962), 295-308.
— *The British and the Moneylender in Nineteenth-Century India*, «Journal of Modern History», vol. 34, núm. 4 (diciembre 1962), 295-307:
— *The Influence of the Mutiny of 1857 on Land Policy in India*, «The Historical journal», vol. 4, núm. 2 (1961), 152-163.
MISRA, B. B., *The Indian Middle Classes*, Oxford, 1961.
MITRA, Ashok, *Tax Burden for Indian Agriculture*, en BRAIBANTI y SPENGLER, *eds.*, *Administration and Economic Development in India*, 281-303.
MORELAND, W. H., *The Agrarian System of Moslem India*, Cambridge, 1929.
— *From Akbar to Auranzeb: A Study in Indian Economic History*, Londres, 1923.
— *India at the Death of Akbar*, Londres, 1920.
MORELAND, W. H. y CHATTERJEE, A. C., *A Short History of India*, 4.ª ed., Londres, 1957.
MUKERJEE, Radhakamal, ed., *Economic Problems of Modern India*, Vol. I, Londres, 1939.
NAIR, Kusum, *Blossoms in the Dust*, Oxford, 1961.
NANDA, B. R., Mahatma Gandhi: *A Biography*, Boston, 1958.
NATARAJAN, L., *Peasant Uprisings in India 1850-1900*, Bombay, 1953.
NEALE, Walter C., *Economic Change in Rural India: Land Tenure and Reform in Uttar Pradesh 1850-1955*, New Haven, 1962.
O'MALLEY, L. S. S., *Popular Hinduism*, Cambridge, 1935.
OVERSTREET, Gene D. y WINDMILLER, Marshall, *Communism in India*, Berkeley, 1959.

PARK, Richard L. y TINKER, Irene, *eds.*, *Leadership and Political Institutions in India*, Princeton, 1959.
PATEL, Govindlal D., *The Indian Land Problem and Legislation*, Bombay, 1954.
PATEL, Surendra J., *Agricultural Labourers in Modern India and Pakistan*, Bombay, 1952.
QURESHI, Anwar Iqbal, *The Economic Development of Hyderabad*, Bombay, 1949.
RAGHAVAIYANGAR, S. Srinivasa, *Memorandum on the Progress of the Madras Presidency during the Last Forty Years of British Administration*, Madrás, 1893.
RAJU, A. Sarada, *Economic Conditions in the Madras Presidency 1800-1850*, Madrás, 1941.
RETZLAFF, Ralph H., *A Case Study of Panchayats in a North Indian Village*, Berkeley, 1959.
RUDOLPH, Lloyd I. y Susanne H., *The Political Role of India's Caste Associations*, «Pacific Affairs», XXXIII, núm. 1 (marzo 1960), 5-22.
RUDOLPH, Susanne H., *Consensus and Conflict in Indian Politics*, «World Politics», XIII, núm. 3 (abril 1961), 385-399.
SAMRA, Chattar Singh, *Subhas Chandra Bose*, en PARK y TINKER, eds., *Leadership and Political Institutions in India*, 66-86.
SENART, Emile, *Caste in India*; traducido par E. D. Ross, Londres, 1930.
SINGER, Milton, ed., *Traditional India: Structure and Change* (American Folklore Society, «Bibliographical and Special Series», Vol. X), Philadelphia, 1959.
SINGH, Baij Nath, *The Impact of Community Development on Rural Leadership*, en PARK y TINKER, eds., *Leadership and Political Institutions in India*, 361-365.
SMITH, Wilfred Cantwell, *Hyderabad: Muslim Tragedy*, «Middle East journal», IV, núm. 1 (enero 1950), 27-51.

SPEAR, T. G., *Twilight of the Mughuls*, Cambridge, 1951.
SRINIVAS, M. N., *Caste in Modern India*, Londres, 1962.
STOKES, Eric, *The English Utilitarians and India*, Oxford, 1959.
TAVERNIER, Jean-Baptiste, *Travels in India*; traducido por V. Ball, 2.ª ed., editada por William Crooke, Oxford, 1925.
THIRUMALAI, S., *Postwar Agricultural Problems and Policies in India*, Nueva York, 1954.
THORNER, Daniel y Alice, *Land and Labour in India*, Londres, 1962.
«Times of India: Directory and Year Book, 1960-1961», Bombay, Delhi, Calcuta y Londres, 1961.
TINKER, Hugh, *The Village in the Framework of Development*, en BRAIBANTI y SPENGLER, *eds.*, *Administration and Economic Development in India*, 94-133.
WOODRUFF, Philip, *The Men Who Ruled India*; vol. I: *The Founders*; vol. II: *The Guardians*, Londres, 1953.

III

OBRAS GENERALES Y MISCELÁNEAS

«Annuaire internationale de statistique agricole, 1937-1938»; editado por el Instituto Internacional de Agricultura, Roma, 1938.
BANFIELD, Edward C., *The Moral Basis of a Backward Society*, Glencoe, 1958.
COULBORN, Rushton, ed., *Feudalism in History Princeton*, 1956.
«Foreign Agriculture», semanario del U. S. Department of Agriculture, Washington, D. C.
HRNTZE, Otto, *Staat and Verfassung: Gesammelte Abhandlungen zur allgemeinen Verfassungsgeschichte*; editado por Gerhard Oestreich, 2.ª ed., Göttingen, 1962.

HOMANS, George C., The Human Group, Nueva York, 1950.
KLEIN, Julius, *The Mesta: A Study in Spanish Economic History 1273-1836*, Cambridge, Massachusetts, 1920.
LÉVI-STRAUSS, Claude, *La pensée sauvage*, París, 1962.
MARX, Karl, *Selected Works*; traducción editada por C. P. Dutt, 2 vols., Nueva York, s. f.
MORGENSTERN, Oskar, *On the Accuracy of Economic Observations*, 2.ª ed. revisada, Princeton, 1963.
PARSONS, Talcott, *The Social System*, Glecoe, 1951.
PIRENNE, Henri, *Histoire économique de l'occident médieval.* [Bruselas], 1951.
POSTGATE, R. W., ed., *Revolution from 1789 to 1906: Documents selected and edited with Notes and Introductions*, Londres, 1920; reimpreso, Nueva York, 1962.
SALVEMINI, Gaetono, *The Fascist Dictatorship in Italy*, Londres, 1928.
SCHMIDT, Carl P., *The Plough and the Sword: Labour, Land and Property in Fascist Italy*, Nueva York, 1938.
SCHWEINETZ, Karl de, Jr., *Industrialization and Democracy: Economic Necessities and Political Possibilities*, Nueva York, 1964.
SILONE, Ignazio, *Der Faschismus*, Zurich, 1934.
SYME, Sir Ronald, *The Roman Revolution*, Oxford, 1956.
United Nations: Food and Agriculture Organization, «Production Yearbook», XIV (1960) y XVI (1962).
WHITEHEAD, Alfred N., *Modes of Thought*, Nueva York, 1938; reimpreso, 1958.